

EL OSO Y EL DRAGÓN

(The Bear and the Dragon)

(Parte Primera)

TOM CLANCY

ÍNDICE

PRÓLOGO EL MERCEDES BLANCO.....	3
UNO ECOS DE LA EXPLOSIÓN	18
DOS LA DIOSA MUERTA.....	22
TRES LOS PROBLEMAS DE LA RIQUEZA.....	30
CUATRO SACUDIENDO EL POMO	39
CINCO TITULARES	49
SEIS EXPANSIÓN	57
SIETE DESARROLLANDO PISTAS	67
OCHO SUBORDINADOS Y PAÑOS MENORES	76
NUEVE RESULTADOS INICIALES	79
DIEZ LECCIONES DEL OFICIO	89
ONCE LA FE DE LOS PADRES	100
DOCE CONFLICTOS DEL BOLSILLO	108
TRECE AGENTE DE PENETRACIÓN	120
CATORCE (PUNTO)COM	125
QUINCE EXPLOTACIÓN	135
DIECISÉIS LA FUNDICIÓN DEL ORO.....	145
DIECISIETE LA ACUÑACIÓN DEL ORO	152
DIECIOCHO EVOLUCIONES	162
DIECINUEVE PERSECUCIÓN.....	167
VEINTE DIPLOMACIA.....	178
VEINTIUNO HERVOR.....	183
VEINTIDÓS LA MESA Y LA RECETA.....	191
VEINTITRÉS MANOS A LA OBRA	197
VEINTICUATRO INFANTICIDIO	210

PRÓLOGO

EL MERCEDES BLANCO

Ir al trabajo era igual en todas partes y el cambio de marxismo/leninismo a capitalismo caótico no había modificado mucho las cosas; bueno, tal vez las había empeorado un poco. Ahora era más difícil circular por las anchas calles de Moscú, cuando casi todo el mundo podía tener coche y el carril central de sus vastos bulevares ya no estaba custodiado por agentes de la milicia para el Politburó y el uso de los miembros de la Junta Central, que lo consideraban su paso privado, como los príncipes del zarismo con sus trineos. Ahora se había convertido en un carril para girar a la izquierda, utilizado por cualquiera que poseyera un Zil o cualquier otro coche privado. En el caso de Sergey Nikolay'ch Golovko, el coche era un Mercedes 600 blanco, el de grandes dimensiones con carrocería clase S y doce cilindros de potencia alemana bajo el capó. No había muchos como ése en Moscú y era realmente una extravagancia que debía haberle hecho sentir vergüenza ajena... pero no lo hacía. Puede que la nomenclatura ya no fuera vigente en la ciudad, pero el rango tenía sus privilegios y él era el director de la SVR. Su piso era también grande, estaba situado en la última planta de un alto edificio de Kutusovskiy Prospekt, era una estructura relativamente nueva y bien construida, incluidos los electrodomésticos alemanes, que constituían un lujo reservado tradicionalmente a los altos funcionarios gubernamentales.

No conducía personalmente. Para eso tenía a Anatoliy, un robusto ex soldado de operaciones especiales de la Spetsnaz, que llevaba una pistola bajo la chaqueta y conducía el coche con gran agresividad, al tiempo que lo cuidaba con todo cariño. Las gruesas ventanas de policarbonato estaban cubiertas de un plástico oscuro, que impedían a los curiosos ver a los pasajeros del vehículo, y la empresa había asegurado a los representantes de Golovko, al comprar el vehículo hacía dieciséis meses, que resistirían cualquier impacto, incluso el de una bala de 12,72 milímetros. El blindaje hacía que pesara casi una tonelada más que un Mercedes S-600 normal, pero eso no parecía afectar su potencia ni su comodidad. Eran los baches de las calles lo que acabaría por destruir el coche; asfaltar las calzadas era una costumbre que su país todavía no había adquirido, pensaba Golovko mientras volvía la página de su periódico matutino. Leía el International Herald Tribune norteamericano, que siempre era una buena fuente de noticias por tratarse de una empresa conjunta de The Washington Post y The New York Times, dos de los servicios de inteligencia más expertos del mundo, aunque pecaban de cierta soberbia para ser auténticos profesionales como Sergey Nikolay'ch y su gente.

Había ingresado en el servicio de inteligencia cuando el organismo era conocido como KGB, la Junta de Seguridad Estatal, según él, el mejor organismo de su género que el mundo entero había conocido, aunque acabara por fracasar. Golovko dio un suspiro. Si la URSS no hubiera caído a principios de la década de los noventa, su cargo de director lo habría convertido en miembro de pleno derecho del Politburó, en un hombre de auténtico poder en una de las dos superpotencias mundiales, cuya mirada bastaría para hacer temblar a los más fuertes... pero... bueno, ¿qué importancia tenía eso ahora? Sólo era una mera ilusión, cosa curiosa en un hombre supuestamente interesado por la verdad objetiva. Esa era la cruel ambivalencia de siempre. El KGB se había interesado constantemente por hechos concretos, pero luego se los comunicaban a personas que albergaban sueños, que tergiversaban la verdad en función de sus fantasías. Cuando por fin salió a relucir la verdad, los sueños se habían evaporado como una nube en un vendaval y la realidad había fluido como un río en primavera. Y entonces en el Politburó, esos hombres brillantes que habían vivido de sueños descubrieron que sus teorías no eran más que meros juncos endebles y la realidad era la guadaña, en manos de una eminencia que no se interesaba por la salvación.

Pero ése no era el caso de Golovko. Como persona que se ocupaba de hechos concretos, había podido seguir en su profesión, ya que su gobierno todavía los necesitaba. En realidad, gozaba ahora de una mayor autoridad que antes, porque gracias a su buen e íntimo conocimiento del mundo y de las personalidades más importantes, era la persona más indicada para asesorar a su presidente, e influía en la política exterior, la defensa y los asuntos internos. Estos últimos, al contrario de lo que sucedía anteriormente, se habían convertido ahora en los más delicados. Y también en los más peligrosos. Era curioso. Anteriormente,

bastaba pronunciar, o con mayor frecuencia gritar, las palabras «¡Seguridad del Estado!» para que los ciudadanos soviéticos quedaran paralizados, ya que el KGB había sido el organismo más temido del anterior gobierno, con un poder con el que la Sicherheitsdienst de Reinhart Heydrich sólo había soñado, el poder de detener, encarcelar, interrogar y matar a cualquier ciudadano que se les antojara. Pero eso también era cosa del pasado. Ahora, el KGB estaba dividido y la rama de seguridad nacional se había convertido en una sombra de lo que había sido anteriormente, mientras que la SVR, ex Primer Consejo de Dirección, se dedicaba todavía a reunir información, pero carecía de la fuerza inmediata que comportaba su capacidad para imponer la voluntad, si no exactamente la ley, del gobierno comunista. Pero sus funciones actuales eran todavía muy amplias, se dijo Golovko, mientras doblaba el periódico.

Estaba a sólo un kilómetro de la plaza Dzerzhinskiy. Esta también había cambiado. La estatua de Feliks de Hierro había desaparecido. Había tenido siempre un efecto escalofriante para los que sabían quién había sido aquel hombre, cuya estatua de bronce se erguía solitaria en la plaza, pero eso también era ahora un recuerdo lejano. Sin embargo, el edificio del fondo era el mismo. En otra época había sido la lujosa sede central de la Compañía de Seguros Rossiya, posteriormente conocida como la Lubyanka, temida palabra incluso en el atemorizado país que gobernaba Iosef Vissarionvich Stalin, con su sótano repleto de celdas y salas de interrogatorio. La mayor parte de dichas funciones habían sido transferidas a lo largo de los años a la prisión de Lefortovo, al este, conforme crecía la burocracia del KGB, como lo hacen todas las burocracias por el estilo, llenando el vasto edificio como un globo en expansión que penetraba en todos los cuartos y rincones, hasta que funcionarios y secretarías acabaron por ocupar los espacios (remodelados) donde Kamanev y Ordzhonikidze habían sido torturados en presencia de Yagoda y Beriya. Golovko suponía que no había demasiados fantasmas.

El caso es que una nueva jornada de trabajo estaba por empezar. Reunión de personal a las ocho cuarenta y cinco, seguida de la rutina habitual de informes y comentarios, almuerzo a las doce y cuarto y, con suerte, de nuevo en el coche de regreso a su casa poco después de las seis, a tiempo de vestirse para la recepción en la embajada francesa. Le apetecía la comida y el vino, aunque no la conversación.

Otro coche le llamó la atención. Era idéntico al suyo, otro Mercedes clase S, también blanco como la nieve, e incluso con el mismo plástico oscuro en las ventanas de fabricación norte-americana. Circulaba decidido aquella mañana soleada, cuando Anatoliy redujo la velocidad tras un volquete, uno de los centenares de camiones igualmente feos que dominaban las calles de Moscú, cargado de herramientas en lugar de arena. Había otro volquete a cien metros detrás de él, que avanzaba lentamente como si el conductor no estuviera seguro de su camino. Golovko se desperezó en su asiento, sin visibilidad apenas más allá del camión que había delante de su Mercedes, pensando en la primera taza de té de Sri Lanka en su despacho, el mismo utilizado por Beriya en... el volquete a su espalda. Había un individuo acostado en la caja, que ahora se había levantado y tenía en las manos...

—¡Anatoliy! —exclamó Golovko, aunque su conductor no alcanzaba a ver más allá del camión que tenía delante.

... era un RPG, con un tubo largo, un extremo abultado y la mira levantada. El camión más alejado se había detenido y el individuo de la caja, apoyado en una rodilla, se colocó en posición y apuntó al otro Mercedes blanco...

... el otro conductor lo vio e intentó escabullirse, pero el tráfico matutino le cortaba el paso y...

... no fue muy llamativo, sólo una pequeña nube de humo en la parte trasera del lanzacohetes, pero salió disparada la parte abultada, que penetró en el capó del otro Mercedes blanco y allí estalló.

Impactó cerca del parabrisas. No hizo una gran explosión, como las que tanto gustan en las películas americanas, sino un destello apagado acompañado de humo gris, pero el estruendo retumbó en toda la plaza y se abrió un boquete en el maletero del coche, lo cual significaba, y Golovko lo sabía perfectamente, que todos sus ocupantes estarían muertos. A continuación prendió fuego la gasolina y ardió el vehículo, junto con unos metros cuadrados de asfalto. El Mercedes paró casi inmediatamente, con los neumáticos de la izquierda destrozados por la explosión. El volquete frente al coche de Golovko se detuvo, asustado el chófer, y Anatoliy giró a la derecha, con los ojos casi cerrados por la explosión, pero todavía no...

—¡Govno! —exclamó, consciente ahora de lo sucedido.

Siguió avanzando hacia la derecha, acelerando y aprovechando todos los espacios que veía para sortear el tráfico. La mayoría de los vehículos que circulaban se habían detenido, y el conductor de Golovko aprovechó todos los espacios entre los coches parados para llegar en menos de un minuto al Moscú Center. Los guardias armados salían ya a la plaza, acompañados de un contingente suplementario de fuerzas acuarteladas discretamente en el interior. El comandante del grupo, un teniente veterano, vio el coche de Golovko, lo reconoció y ordenó a dos de sus hombres que lo acompañaran a su destino. La hora de llegada era lo único normal de aquel día incipiente. Golovko se apeó y dos jóvenes soldados se pegaron a su pesado abrigo. Anatoliy también bajó del coche, pistola en mano, con la chaqueta desabrochada, y miró ansiosamente hacia la puerta. Volvió inmediatamente la cabeza.

—¡Llévalo dentro! —ordenó, y los dos soldados introdujeron a Golovko por la doble puerta de bronce, adonde llegaban más tropas de seguridad.

—Por aquí, camarada director —dijo un capitán uniformado, al tiempo que agarraba el brazo de Sergey Nikolay'ch y lo conducía hacia el ascensor de ejecutivos.

Al cabo de un minuto entraba en su despacho y empezaba a digerir lo que había visto hacía tan sólo unos instantes. Evidentemente, se acercó a la ventana para mirar.

Tres policías de Moscú, denominados milicianos, corrían hacia el lugar de la explosión. Entonces apareció un coche de policía, sorteando el tráfico parado. Tres conductores se habían apeado de sus vehículos y se acercaban al coche en llamas, tal vez con la intención de prestar ayuda. Muy valiente por su parte, pensó Golovko, aunque una completa pérdida de tiempo. Lo veía mejor ahora, incluso a trescientos metros de distancia. El techo del vehículo se había abovedado. El para-brisas había desaparecido y lo que veía era un agujero humeante, que pocos minutos antes había sido un coche enormemente caro, destruido por una de las armas más baratas que el Ejército Rojo jamás había producido en serie. Quienquiera que fuese el que viajaba en su interior había sido desmenuzado instantáneamente por fragmentos de metralla, que se desplazaban a casi diez mil metros por segundo. ¿Se habrían percatado de lo que sucedía? Probablemente, no. Puede que el conductor tuviera tiempo de mirar y preguntárselo, pero el propietario en el asiento trasero probablemente iba leyendo el periódico de la mañana, antes de que su vida acabara sin previo aviso.

Fue entonces cuando Golovko sintió debilidad en las rodillas. Podía haber sido él... quien descubriera de pronto si, después de todo, había otro mundo, uno de los grandes misterios de la vida, pero en el que no pensaba muy a menudo...

Pero fuera quien fuese el autor de la matanza, ¿quién era su objetivo? Como director de la SVR, Golovko no creía en las coincidencias, y en Moscú no había muchos Mercedes S600 blancos.

—¿Camarada director? —dijo Anatoliy, desde la puerta del despacho.

—Dime, Anatoliy Ivan'ch.

—¿Está usted bien?

—Mejor que él —respondió Golovko, alejándose de la ventana.

Ahora necesitaba sentarse. De pronto sentía una gran debilidad en las piernas, e intentó alcanzar su silla giratoria sin tambalearse. Se sentó, colocó las palmas de las manos sobre la mesa y contempló la superficie de roble, cubierta de papeles a la espera de ser leídos: la rutina cotidiana de un día que ahora no tenía nada de rutinario. Levantó la cabeza.

Anatoliy Ivan'ch Shelipin no era un hombre propenso a manifestar el miedo. Había servido como capitán en la Spetsnaz, antes de que lo descubriera un cazatalentos del KGB para ocupar un puesto en el octavo de «guardias» del Directorio, que aceptó inmediatamente antes de la desintegración del KGB. Pero ahora Anatoliy era el conductor y guardaespaldas de Golovko desde hacía años, formaba parte de su familia oficial, como un hijo mayor, y sentía devoción por su jefe. Era un hombre alto e inteligente de treinta y tres años, con el cabello rubio y los ojos azules, ahora mucho mayores que de costumbre, ya que aunque Anatoliy había pasado gran parte de la vida entrenándose para ocuparse de actos de violencia y participar en los mismos, ésta había sido la primera vez en que estaba presente cuando ocurría. Se había preguntado a menudo cómo sería arrebatarse la vida a otro, pero nunca se había planteado la posibilidad de perder la suya propia, ciertamente, no en una emboscada, ni mucho menos a cuatro pasos de donde trabajaba. En su escritorio de la antesala del despacho

de Golovko desempeñaba esencialmente la función de secretario personal. Como todos los de su oficio, le había quitado importancia a la rutina de proteger a alguien a quien nadie se atrevería a atacar, pero su cómodo mundo se había desmoronado de una forma tan completa y segura como el de su jefe.

Curiosa, pero previsiblemente, fue el cerebro de Golovko el primero en volver a la realidad.

—Anatoliy.

—Si, camarada director.

—Debemos descubrir quién ha muerto en ese coche y averiguar si debíamos haber sido nosotros en su lugar. Llama al cuartel general de la milicia y entérate de lo que hacen.

—Inmediatamente.

El apuesto rostro del joven se retiró del umbral.

Golovko respiró hondo y se puso de pie, para asomarse de nuevo a la ventana. Ahora había un coche de bomberos y los bomberos rociaban el coche destrozado, para extinguir las llamas. Había también una ambulancia a la espera, aunque Sergey Nikolay'ch sabía que eso era una pérdida de tiempo y recursos. Lo primero era obtener el número de matrícula del coche siniestrado, averiguar la identidad de su propietario y, con esa información, determinar si el desgraciado había muerto en lugar de Golovko, o si tal vez tenía sus propios enemigos. La ira no había sustituido todavía al susto de lo acontecido. Puede que eso sucediera más adelante, pensó Golovko, cuando se dirigía a su cuarto de baño privado, porque de pronto sintió la necesidad de orinar. Parecía una terrible demostración de la debilidad humana, pero Golovko nunca había conocido el miedo inmediato en toda su vida y, al igual que muchos, pensaba como en las películas. Los actores eran intrépidos y decididos, poco importaba que sus palabras formaran parte del guión y hubieran ensayado sus reacciones, ni su situación era nunca como cuando los explosivos llegan por el aire sin previo aviso.

¿Quién me quiere muerto?, se preguntó, después de tirar de la cadena.

La embajada estadounidense, a pocos kilómetros de distancia, tenía un tejado plano con toda clase de antenas de radio, la mayoría conectadas a receptores de radio de diferentes niveles de complejidad, conectados a su vez a magnetófonos que giraban muy lentamente, para aprovechar las cintas con mayor eficacia. En la sala de grabación había una docena de personas, civiles y militares, todos especialistas en el idioma ruso, que mandaban sus informes a la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade, Maryland, entre Baltimore y Washington. Empezaban a trabajar temprano, generalmente antes que los funcionarios rusos, cuyas comunicaciones procuraban escuchar. Uno de los muchos aparatos que había en la sala era un receptor analítico, como los usados en otra época por civiles norteamericanos para escuchar las llamadas de la policía. La policía local usaba las mismas bandas y exactamente el mismo tipo de radios que la policía norteamericana en los años setenta, y escuchar sus transmisiones, todavía no codificadas, era un juego de niños. Las escuchaban para enterarse de algún que otro accidente de tráfico, en el que pudiera estar involucrado algún pez gordo, pero sobre todo para controlar el pulso de Moscú, cuyo nivel de delincuencia iba de mal en peor. Era útil para el personal de la embajada saber qué partes de la ciudad convenía evitar y poder seguir la pista de algún delito cometido contra alguno de los millares de norteamericanos.

—¿Una explosión? —preguntó el sargento del ejército por radio, antes de volver la cabeza—. Teniente Wilson, la policía informa que ha tenido lugar una explosión, exactamente frente al Moscú Center.

—¿Qué clase de explosión?

—Parece que ha estallado un coche. Ahora están allí los bomberos, una ambulancia... —conectó los auriculares para oír mejor lo que decían—. De acuerdo, un Mercedes Benz blanco, número de matrícula... —Tomó nota en un cuaderno—. Tres personas muertas, el conductor y dos pasajeros y... ¡mierda!

—¿Qué ocurre, Reins?

—Sergey Golovko... —dijo el sargento Reins con los ojos cerrados, mientras apretaba con una mano los auriculares contra sus orejas—. ¿No utiliza un Mercedes blanco?

—¡Oh, mierda! —exclamó ahora la teniente Wilson—. ¿Es Golovko uno de los muertos?

Golovko era una de las personas cuyos pasos su personal seguía habitualmente.

—No lo sé todavía, teniente. Una nueva voz... el capitán de la estación, dice que ahora baja. Señora, parece que esto los ha alterado bastante. Se oyen muchas voces.

La teniente Susan Wilson se meció en su silla giratoria. ¿Debía llamar para comunicar lo sucedido? No podían fusilarlo a uno por dar parte a sus superiores.

—¿Dónde está el jefe de la estación?

—De camino al aeropuerto, teniente, hoy vuela a San Petersburgo, ¿no lo recuerda?

—De acuerdo —dijo antes de volver la espalda a su personal y levantar el teléfono de seguridad, un STU-6 (unidad telefónica de seguridad), para llamar a Fort Meade, al tiempo que introducía su tarjeta codificadora en la ranura del aparato, que ya estaba conectado y sincronizado con otro semejante en el cuartel general de la ANS.

Pulsó la tecla # para llamar.

—Sala de vigilancia —respondió una voz, a medio mundo de distancia.

—Aquí estación Moscú. Tenemos indicios de que Sergey Golovko puede haber sido asesinado.

—¿El director de la SVR?

—Afirmativo. Un coche semejante al suyo ha estallado en la plaza Dzerzhinskiy y ésta es la hora a la que él va habitualmente a trabajar.

—¿Confidencia? —preguntó una voz masculina de ultratumba, probablemente la de un oficial de rango medio de las fuerzas aéreas, al cargo del turno de once a siete.

Confidencia era uno de los términos de moda, en su jerga institucional.

—Lo estamos recibiendo de las radios de la policía; es decir, la milicia de Moscú. Hay mucho tráfico radiofónico y parecen muy excitados, según mi operador.

—Muy bien, ¿puede pasarnos la transmisión?

—Afirmativo —respondió la teniente Wilson.

—Bien, hagámoslo. Gracias por el aviso, a partir de ahora lo seguiremos nosotros.

—De acuerdo, estación Moscú, corta y cierra —oyó el comandante Bob Teeters, que era nuevo en su trabajo de la ASN.

Era un distinguido ex piloto con dos mil cien horas al mando de aparatos C-5 y C-17, que se había lastimado el codo izquierdo en un accidente de motocicleta hacía ocho meses y la falta de movilidad resultante, muy a su pesar, había puesto fin a su carrera como piloto. Ahora había renacido como espía, actividad bastante más interesante desde el punto de vista intelectual, pero no exactamente una alternativa feliz a la de pilotar aviones. Le hizo una seña a un voluntario, un brigada de la marina, para que conectara con la línea directa desde Moscú. El marino obedeció, se puso los auriculares y abrió el procesador de textos en el ordenador que tenía sobre la mesa. Además de conocer el ruso a la perfección, era especialista en señales visuales y, por consiguiente, muy competente con el ordenador. Al tiempo que traducía lo que oía por las radios de la policía rusa intervenidas, lo mecanografiaba y el texto aparecía en la pantalla del ordenador del comandante Teeters.

«Tengo el número de matrícula, lo compruebo ahora», decía la primera línea.

«Bien, cuanto antes.»

«Estoy en ello, camarada.» (Ruido de teclado en el fondo. ¿Disponen ahora los rusos de ordenadores para estas cosas?)

«Ya lo tengo, Mercedes Benz, blanco, registrado a nombre de G. F. Avseyenko (no estoy seguro de la ortografía), 677 Protopopov Prospekt, piso 18A.»

«¿El? ¡Conozco ese nombre!»

Lo cual era bueno para alguien, pensó el comandante Teeters, aunque no maravilloso para Avseyenko. Bien, ¿qué más? El comandante de guardia del servicio de vigilancia pertenecía también a la armada, el contraalmirante Tom Porter, y estaba probablemente en su despacho del edificio principal tomando café y mirando la televisión. Había llegado el momento de cambiar la situación. Marcó el número correspondiente.

—Almirante Porter.

—Señor, habla el comandante Teeters desde el centro de vigilancia. Tenemos noticias importantes de Moscú.

—¿De qué se trata, comandante? —preguntó una voz cansada.

—La estación de Moscú creyó inicialmente que alguien había matado al director Golovko del KGB, quiero decir, de la SVR.

—¿Cómo ha dicho, comandante? —preguntó ahora, con la voz un poco más despierta.

—Resulta que probablemente no fuera él, señor, sino alguien llamado Avseyenko —deletreó Teeters—. Recibimos las transmisiones intervenidas de la policía. Todavía no he investigado el nombre.

—¿Qué más?

—Esto es todo lo que tengo hasta el momento, señor.

Ahora, un agente de campo de la CIA llamado Tom Barlow recibía también la información en la embajada. Era el tercer espía en la jerarquía actual del servicio y no quería desplazarse personalmente a la plaza Dzerzhinskiy, pero optó por la mejor alternativa. Llamó a la oficina de la CNN, por una línea directa, a un amigo.

—Mike Evans.

—Mike, habla Jimmy —dijo Tom Barlow, iniciando una mentira concebida de antemano y ampliamente utilizada—. En la plaza Dzerzhinskiy han asesinado a alguien en un Mercedes. Parece turbio y bastante espectacular:

—De acuerdo —respondió el periodista, mientras tomaba nota—. Nos ocupamos de ello.

En su despacho, Barlow consultó su reloj: las 8.52 hora local. Evans era un reportero tenaz, en un ajetreado servicio de noticias, y Barlow calculó que en veinte minutos habría una minicam en el lugar del atentado. El furgón dispondría de su propio vínculo con un satélite, que transmitiría la señal directamente al cuartel general de la CNN en Atlanta y el Departamento de Defensa la intervendría, la mandaría a Fort Belvoir en Virginia y de allí la distribuiría a través de los satélites gubernamentales a las partes interesadas. Un atentado contra la vida del director Golovko era algo sumamente interesante para mucha gente. A continuación conectó el ordenador compacto que tenía sobre su escritorio y abrió la carpeta de los nombres rusos conocidos de la CIA.

Existían duplicados de dicha carpeta en numerosos ordenadores de la CIA en Langley, Virginia y en uno de los ubicados en la sala de operaciones, en el séptimo piso del antiguo cuartel general, alguien tecleó A-V-S-Y-E-N-K-O y lo único que apareció en pantalla fue: «Carpeta entera examinada. Objeto de búsqueda no encontrado.»

La persona del ordenador refunfuñó. Evidentemente, la ortografía no era correcta.

—¿Por qué suena familiar ese nombre pero el ordenador no lo encuentra? —preguntó.

—Veamos —dijo un colega, después de acercarse y modificar la ortografía del nombre—. Pruébalo ahora.

Nada. Intentaron una tercera variación.

—¡Aleluya! Gracias, Beverly —dijo el oficial de guardia—. Sí, claro, sabemos quién es. Rasputín. Un cabrón barriobajero, no cabe duda, no hay más que ver lo que le ha sucedido al enmendarse —agregó con una carcajada.

—¿Rasputín? —preguntó Golovko—. ¿Ese cerdo nekitlturniy? —sonrió—. ¿Pero quién querría matarlo?

Hablaba con su jefe de seguridad que, si cabe, se tomaba el asunto con mayor seriedad que el propio director; se le acababa de complicar enormemente el trabajo. Para empezar, debía comunicarle a Sergey Nikolay'ch que el Mercedes blanco ya no estaba a su disposición. Era demasiado ostentoso. Su próxima tarea consistiría en preguntarles a los centinelas armados, situados en las esquinas del tejado del edificio, cómo no habían visto a un individuo en la caja de un volquete, armado con un RPG, ¡a menos de trescientos metros del edificio que

supuesta-mente protegían! Ni siquiera se había recibido el menor aviso por sus radios portátiles hasta después de que estallara el Mercedes de Gregoriy Filipovich Avseyenko.

—¿Desde cuándo no pertenece al servicio? —preguntó Golovko.

—Desde el noventa y tres, camarada director —respondió el comandante Anatoliy Ivan'ch Shelepin, que acababa de formular la misma pregunta y recibir la respuesta hacía unos segundos.

La primera gran reducción de personal, pensó Golovko, pero parecía que el proxeneta se había adaptado bien al sector privado. Suficientemente bien para ser propietario de un Mercedes Benz S-600... y para ser asesinado por enemigos que había adquirido... a no ser que hubiera sacrificado involuntariamente su vida por la de otro. Era una pregunta que todavía estaba por contestar. Ahora el director había recuperado el control de sí mismo, por lo menos lo suficiente para que su mente empezara a funcionar. Golovko era demasiado inteligente para preguntarse ¿quién querría acabar conmigo? Los hombres que ocupaban cargos como el suyo tenían muchos enemigos, algunos de ellos letales... aunque la mayoría eran demasiado listos para cometer semejante atentado. Las venganzas eran peligrosas para iniciarlas a su nivel y por ello nunca ocurrían. El espionaje internacional era asombrosamente moderado y civilizado. Claro que algunos morían. Cualquiera a quien descubrieran espiando a la Madre Rusia para un gobierno extranjero estaba en un grave aprieto, con o sin nuevo régimen. La traición seguía siendo traición. Pero esas matanzas seguían... ¿cómo lo llamaban los norteamericanos? El debido proceso de la ley. Sí, eso era. Los norteamericanos y sus abogados. Si sus abogados lo aprobaban, era civilizado.

—¿Quién más había en el coche? —preguntó Golovko.

—Su chófer. Tenemos su nombre, un ex miliciano. Y una de sus mujeres, al parecer, de nombre todavía desconocido.

—¿Qué sabemos de la agenda de Gregoriy? ¿Por qué estaba allí esta mañana?

—Todavía no lo sabemos, camarada —respondió el comandante Shelepin—. La milicia lo investiga.

—¿Quién se ocupa del caso?

—El teniente coronel Shablikov, camarada director.

—Yefim Konstantinovich; sí, lo conozco. Es un buen hombre —reconoció Golovko—. Supongo que necesitará un poco de tiempo.

—El tiempo es necesario —admitió Shelepin.

Más del que tardó Rasputín en morir, pensó Golovko. La vida era algo extraño, tan permanente cuando uno la tenía, tan fugaz cuando la perdía, y los que la habían perdido no podían explicar cómo había sucedido. A no ser que uno creyera en los fantasmas, o en Dios, o en otra vida, que eran cosas que de algún modo se habían pasado por alto durante la infancia de Golovko. He ahí otro gran misterio, se dijo a sí mismo el maestro consumado del espionaje. Por primera vez, había estado muy cerca. Era inquietante, aunque retrospectivamente, no tan aterrador como hubiera imaginado. El director se preguntó si eso podría denominarse valor. Nunca se había considerado un hombre valiente, por la simple razón de que nunca se había enfrentado directamente a ningún peligro físico. No es que lo hubiera evitado, simplemente nunca había sucedido hasta el día de hoy y, superada la indignación, comprobó que sentía más curiosidad que desconcierto. ¿Por qué había ocurrido? ¿Quién lo había hecho? Esas eran las preguntas que debía responder, para evitar que sucediera de nuevo. Bastaba con haber sido valiente una vez, pensó Golovko.

El doctor Benjamin Goodley llegó a Langley a las 5.40, cinco minutos antes de su hora habitual. Su trabajo le impedía en gran parte tener vida social, lo cual no le parecía particularmente justo al agente del servicio secreto nacional. ¿No era un hombre en edad de contraer matrimonio, apuesto y con buenas perspectivas tanto profesionales como en los negocios? Tal vez no en los negocios, pensó Goodley, mientras aparcaba su coche en un espacio reservado a los VIP, junto a la marquesina de cemento del edificio del antiguo cuartel general. Conducía un Ford Explorer porque era un buen coche para circular por la nieve, que no tardaría en caer. Por lo menos llegaba el invierno, que en la zona de Washington era

totalmente imprevisible, especialmente ahora que, según los fanáticos de la ecología, el calentamiento global haría que ese invierno fuera inusualmente frío. Le parecía completamente ilógico. Tal vez hablaría con el asesor científico de la presidencia, para ver si encontraba a alguien capaz de explicárselo. El nuevo asesor era bastante bueno y sabía cómo expresarse en términos sencillos.

Goodley entró por la puerta y se dirigió al ascensor. Llegó a la sala de operaciones a las 5.50.

—Hola, Ben —dijo alguien.

—Buenos días, Charlie. ¿ocurre algo interesante?

—Esto te encantará, Ben —aseguró Charlie Roberts—. Un gran día en la Madre Rusia.

—¿Ah, sí? —preguntó Goodley con los párpados entornados, que al igual que su jefe tenía sus preocupaciones acerca de Rusia—. ¿Qué ocurre?

—Nada extraordinario. Sólo que alguien ha intentado cargarse a Sergey Nikolay'ch.

—¿Cómo? —exclamó, volviendo la cabeza como un búho.

—Lo que oyes, Ben, pero han disparado el RPG contra el coche equivocado y han eliminado a otra persona a quien también conocemos... bueno, conocíamos —respondió Roberts.

—Cuéntamelo desde el principio.

—Peggy, adelante vídeo —ordenó Roberts con un histriónico ademán, dirigiéndose al oficial de vigilancia.

—¡Cielo santo! —exclamó Goodley después de los primeros cinco segundos—. ¿Entonces quién era en realidad?

—¿Me creerías si te digo que se trataba de Gregoriy Filipovich Avseyenko?

—No conozco ese nombre —reconoció Goodley.

—Toma —dijo Peggy en un tono de desagrado, al tiempo que le entregaba una carpeta—. Lo que teníamos sobre él cuando estaba en el KGB. Es un verdadero encanto.

—¿Rasputín? —dijo Goodley, mientras examinaba la primera página—. Sí, claro, he oído algo acerca de ese individuo.

—Apuesto a que el jefe también ha oído hablar de él.

—Lo sabré en un par de horas —pensó Goodley en voz alta—. ¿Qué dice la estación Moscú?

—El jefe de la estación está en San Petersburgo, para asistir a una conferencia comercial que forma parte de su tapadera. Lo que tenemos es de su jefe de guardia. Lo más probable es que Avseyenko tuviera un gran enemigo en la mafia rusa, o tal vez Golovko era el verdadero objetivo y se equivocaron de coche. Es imposible saberlo todavía —concluyó, encogiéndose de hombros, como para indicar que no tenía la más remota idea.

—¿Quién querría eliminar a Golovko?

—¿Su mafia? Alguien consiguió un RPG, y no los venden en las ferreterías. Eso significa, probablemente, que el atentado es obra de alguien muy afincado en su imperio criminal, ¿pero quién era el verdadero objetivo? Avsevenko debe de haberse ganado enemigos importantes a lo largo de su carrera, pero Golovko también debe de tener enemigos o rivales —respondió Peggy, encogiéndose nuevamente de hombros.

—Al jefe le gusta tener información más fiable —advirtió Goodley.

—Y a mí también, Ben —respondió Peggy Hunter—. Pero esto es todo lo que tengo y ni siquiera los jodidos rusos saben más en este momento.

—¿Hay alguna manera de husmear en su investigación?

—Se supone que el agregado jurídico, Mike Reilly, tiene bastante intimidad con su policía. Logró que un puñado de sus agentes ingresara en la academia nacional del FBI en Quantico, para asistir a un curso avanzado.

—Tal vez el FBI debería ordenarle que investigara. La señora Hunter volvió a encogerse de hombros.

—No hay nada que perder. Lo peor que puede ocurrir es que nos digan que no.

Goodley asintió.

—De acuerdo, voy a decírselo. Por cierto, hoy el jefe no se quejará de que el día es aburrido —dijo cuando se dirigía a la puerta, después de coger la cinta de la CNN, de regreso a su despacho.

El sol se esforzaba por salir. Por el camino del parque de George Washington empezaba a aumentar el tráfico de los entusiastas del trabajo, probablemente en su mayoría empleados del Pentágono que deseaban llegar cuanto antes a sus despachos, pensó Goodley cuando cruzaba el puente Key, después de la isla de Teddy Roosevelt. El Potomac estaba llano y tranquilo, casi aceitoso, como las balsas de los molinos. La temperatura exterior, según el salpicadero de su coche, era de siete grados, y según el pronóstico meteorológico, a lo largo del día alcanzaría los quince, con pocas nubes y escaso viento. En general, un día agradable para finales de otoño, aunque él lo pasaría enteramente en su despacho, fuera o no placentero.

La actividad empezaba temprano en la Casa, como pudo comprobar a su llegada. El helicóptero Blackhawk se elevaba cuando llegó a su aparcamiento reservado y se había formado ya una caravana de coches en la entrada del oeste. Bastó para que consultara su reloj. No, no llegaba tarde. Se apresuró a salir del coche y entrar en el edificio, con un montón de papeles y la cinta bajo el brazo.

—Buenos días, doctor Goodley —dijo uno de los guardias uniformados.

—Hola, Chuck.

Conocido o desconocido, tuvo que pasar por el detector de metales. La cinta y sus papeles fueron sometidos a una inspección visual, como si intentara introducir un arma, pensó Ben, momentáneamente irritado. Bueno, el caso es que había habido algunas alarmas, y el personal de seguridad estaba entrenado para no confiar en nadie.

Superada la prueba cotidiana de seguridad, giró a la izquierda, corrió por la escalera y luego de nuevo a la izquierda para entrar en su despacho, donde una alma caritativa, no sabía si del personal administrativo o de seguridad, había cargado su cafetera con Hazelnut francés de Gloria Jean. Se sirvió una taza y se sentó a su escritorio, para ordenar sus papeles y sus pensamientos. Logró tomarse media taza, antes de clasificarlo todo para emprender el camino de treinta metros. El jefe ya estaba en su despacho.

—Buenos días, Ben.

—Buenos días, señor presidente —respondió el asesor de seguridad nacional.

—Bien, ¿qué hay de nuevo en el mundo? —preguntó el mandamás.

—Parece que alguien ha intentado asesinar a Sergey Golovko esta mañana.

—¿En serio? —preguntó el presidente Ryan, levantando la cabeza de su taza de café.

Goodley le contó los detalles, introdujo la cinta en el video del despacho oval y pulsó play.

—¡Joder! —exclamó Ryan, al ver aquel lujoso coche convertido en chatarra—. ¿A quién han alcanzado en su lugar? —A un tal Gregoriy Filipovich Avseyenko, de cincuenta y dos años...

—Conozco ese nombre. ¿De qué me suena?

—En general es más conocido como Rasputín. Solía dirigir la Escuela de Gorriones del KGB.

Ryan abrió un poco más los ojos.—¡Ese gilipollas! ¿Qué sabemos de él?

—Fue despedido alrededor del noventa y tres, y se dedicó evidentemente al mismo negocio, en el que parece haber ganado bastante dinero, por lo menos a juzgar por su coche. Había una joven con él cuando murió, además del conductor. Todos muertos.

Ryan asintió. La Escuela de Gorriones era el lugar donde a lo largo de los años los soviéticos habían formado mujeres jóvenes y atractivas, para convertirlas en prostitutas al servicio de la patria, tanto en su país como en el extranjero, porque desde tiempos inmemoriales se había comprobado que los hombres con cierta debilidad por las mujeres se iban de la lengua con el lubricante adecuado. No eran pocos los secretos que había obtenido el KGB con ese método, y las mujeres también habían sido útiles para reclutar súbditos extranjeros, que luego explotaban los agentes del KGB. De modo que cuando cerraron su

departamento, Rasputín, así llamado por los soviéticos por su habilidad para someter a las mujeres a su voluntad, se había limitado a ejercer su profesión en el nuevo ambiente del libre mercado.

—De modo que Avseyenko podía haber tenido enemigos en el «mundo de los negocios» suficientemente furiosos para eliminarlo y puede que, después de todo, Golovko no fuera el objetivo.

—Efectivamente, señor presidente. La posibilidad existe, pero no disponemos de datos que apoyen una teoría u otra.

—¿Cómo podemos obtenerlos?

—El agregado jurídico de la embajada está bien relacionado con la policía rusa —respondió el asesor de seguridad nacional.

—Bien, llama a Dan Murray al FBI y que le ordene fisgonear a su hombre —dijo Ryan, que había pensado en llamar directamente a Golovko, a quien conocía desde hacía más de diez años, pero en uno de sus primeros encuentros, Golovko había apuntado con su pistola a la cabeza de Jack en una de las pistas del aeropuerto de Sheremetyevo en Moscú, y decidió que no era conveniente mostrar tanto interés de inmediato, aunque más adelante, si podían hablar en privado, podría preguntarle por el incidente sin darle importancia—. Haz lo mismo con Ed y con MP en la CIA.

—De acuerdo —respondió Goodley.

—Sigue.

Goodley volvió la página.

—Indonesia está haciendo unas maniobras navales que han despertado ligeramente el interés de los australianos...

Ben prosiguió con su informe matutino durante otros veinte minutos, hablando principalmente de asuntos políticos más que militares, ya que en eso se había convertido la seguridad nacional a lo largo de los últimos años. Incluso el comercio internacional de armas había disminuido, hasta el punto de que bastantes países trataban sus fuerzas armadas nacionales como escaparates, más que como importantes instrumentos del gobierno del estado.

—¿De modo que hoy el mundo está en plena forma? —resumió el presidente.

—Salvo por el socavón en Moscú, eso parece, señor.

El asesor de seguridad nacional se retiró y Ryan examinó su agenda del día. Como de costumbre, dispondría de muy poco tiempo libre. En los escasos momentos de su agenda durante los que estaría solo en su despacho tendría que leer los informes para su próxima reunión, muchas de las cuales habían sido organizadas con semanas de antelación. Se quitó las gafas de leer, las detestaba, y se frotó los ojos, anticipando ya la jaqueca matutina que llegaría dentro de unos treinta minutos. Otra ojeada a la página reveló la ausencia de momentos de tranquilidad durante el día. Ninguna representación de los Eagle Scouts de Wyoming, ni de los campeones de la World Series, ni de Miss Plum Tomato del Valle Imperial de California, que le ofreciera algo para sonreír. No. Hoy sería todo trabajo.

Mierda, pensó.

Desempeñar el cargo de la presidencia era una gran contradicción. El hombre más poderoso del mundo estaba completamente incapacitado para usar su poder, salvo en las circunstancias más adversas, que debía evitar en lugar de estimularlas. En realidad, la función de la presidencia consistía en negociar, sobre todo con el Congreso, que era algo para lo que Ryan no estaba capacitado hasta que recibió un curso intensivo de su jefe de personal, Arnold Van Damm. Afortunadamente, Arnie se ocupaba personalmente de muchas de las negociaciones y acudía luego al despacho oval para comunicarle al presidente cuál era su decisión o posición (la de Ryan) respecto a cierto asunto, antes de que él (Van Damm) ofreciera un comunicado o una declaración en la sala de prensa. Ryan suponía que un abogado trataba generalmente de ese modo a su cliente, defendiendo como mejor sabía sus intereses, sin revelar en qué consistían los mismos hasta que la decisión estaba tomada. Era preciso proteger al presidente, decía Arnie a todo el mundo, de negociaciones directas con cualquiera, especialmente con el Congreso. Y Jack se recordaba a sí mismo que tenía un Congreso

bastante dócil. ¿Cómo se las habían arreglado los presidentes que debían tratar con una cámara polémica?

¿Y qué diablos —se preguntó y no por primera vez— estaba haciendo allí?

El proceso electoral había sido un infierno, a pesar de que Arnie lo había descrito en todo momento como un paseo. Nunca menos de cinco discursos diarios, generalmente hasta nueve en distintos lugares y ante un público igualmente diverso, pero siempre el mismo discurso, con la ayuda de fichas que llevaba en el bolsillo, modificado sólo en pequeños detalles por su ajetreado personal a bordo del avión presidencial, procurando no perder la pista del plan de vuelo. Lo asombroso fue que nunca cometieron ningún error que él lograra detectar. Para variar, el presidente alteraba el orden de las fichas. Pero la utilidad de dicha técnica desapareció al cabo de unos tres días.

Si efectivamente existía un infierno en la creación, una campaña electoral era lo más parecido. Ryan se oía a sí mismo repetir incesantemente las mismas cosas hasta que el cerebro empezaba a rebelarse y a sentir el anhelo de introducir al azar cambios absurdos, que podrían resultarle entretenidos, pero que ante el público darían la impresión de que estaba loco y eso era impensable, porque lo que se espera de un candidato presidencial es que sea un autómatas perfecto y no un hombre falible.

También había tenido su lado positivo. Ryan se había sumergido en un mar de amor durante las diez semanas de la carrera de resistencia. Los vítores ensordecedores de la muchedumbre en un aparcamiento de las afueras de Xenia, Ohio, o en un centro comercial, o en el Madison Square Garden de la ciudad de Nueva York, o en Honolulu, o en Fargo, o en Los Angeles... era siempre lo mismo. Enormes concentraciones de ciudadanos comunes que negaban y celebraban simultáneamente el hecho de que John Patrick Ryan fuera uno de ellos... o algo por el estilo, aunque también había algo más. Desde su primer discurso formal en Indianápolis, poco después de su traumático ascenso a la presidencia, se había percatado del poderoso efecto narcótico de aquella clase de adulación y, evidentemente, su repetida exposición a la misma le provocaba un estado de excitación semejante al de las sustancias prohibidas. Eso comprendía un deseo de ser perfecto ante el público, enunciar debidamente las palabras, parecer sincero, como en realidad era, aunque habría sido más fácil repetirlo sólo un par de veces, en lugar de las trescientas once que fueron en total.

Los medios de comunicación formulaban en todas partes las mismas preguntas, escribían o grababan las mismas respuestas y publicaban las mismas noticias en toda la prensa local. En todas las ciudades, pequeñas y grandes, los editoriales alababan a Ryan y expresaban su preocupación por que aquellos comicios no eran realmente unas elecciones, salvo a nivel parlamentario, donde Ryan había revuelto la situación concediendo su beneplácito a los representantes de ambos partidos mayoritarios, con lo que conservaba su independencia y no se arriesgaba a ofender a nadie.

Evidentemente, el aprecio que la gente sentía por Ryan no era universal. Había quienes protestaban, quienes asomaban la cabeza en los debates vespertinos para aludir a su pasado profesional y criticar la dureza de sus actos, para poner fin a la plaga de ébola de origen terrorista, que había amenazado la nación en aquella época tan oscura. «Si, había resuelto aquel caso en particular, pero...» Y, especialmente, para criticar su política, que como Jack repetía en sus discursos, no era realmente ninguna política, sino simple sentido común.

Entretanto, Arnie era como un ángel caído del cielo, que seleccionaba con antelación una respuesta para cada objeción. Ryan es rico, decían algunos.

—Mi padre era agente de policía —respondía—. He ganado hasta el último centavo que poseo y, además —agregaba con una seductora sonrisa—, ahora mi esposa gana mucho más que yo.

Ryan no sabía nada de política.

—La política es uno de esos campos que todo el mundo sabe lo que es, pero nadie logra que funcione. Pues puede que yo no sepa lo que es, ¡pero voy a conseguir que funcione!

También se había ganado la simpatía del Tribunal Supremo.

—Tampoco soy abogado, lo siento —dijo en la conferencia anual del Colegio Norteamericano de Abogados—. Pero sé distinguir entre el bien y el mal, al igual que los jueces.

Entre el asesoramiento estratégico de Arnie y las respuestas preconcebidas de Callie Weston, había logrado parar todos los golpes importantes y contraatacar con respuestas suaves y ocurrentes de su propia cosecha, impregnadas de palabras contundentes, pronunciadas con la sosegada convicción de alguien a quien poco queda por demostrar. Fundamentalmente, con la debida preparación e interminables horas de práctica, había logrado convencer a la gente de que Jack Ryan era un hombre corriente.

Sorprendentemente, dio su paso político más importante sin ningún tipo de ayuda externa.

—Buenos días, Jack —dijo el vicepresidente, después de abrir la puerta sin previo aviso.

—Hola, Robby —sonrió Ryan.

Jack se percató de que todavía parecía un poco incómodo vestido de paisano. Algunas personas habían nacido para llevar uniforme y Robert Jefferson Jackson era uno de ellos, aunque en la solapa de todos sus trajes llevaba sus alas de oro de la armada en miniatura.

—Hay algunos problemas en Moscú —dijo Ryan, antes de explicárselo.

—Eso es un poco preocupante —comentó Robby.

—Dile a Ben que te facilite un informe completo. ¿Cómo se te presenta el día? —preguntó el presidente.

—0 de, eme al cuadrado —que era su código personal para «otro día, la misma mierda»—. Tengo una reunión con el Consejo Espacial al otro lado de la calle, dentro de veinte minutos. Y esta noche debo volar a Mississippi, para hacer un discurso mañana en Ole Miss.

—¿Tomas el mando? —preguntó Ryan.

—Te lo aseguro, Jack, lo que tiene de bueno este maldito trabajo es que puedo volver a pilotar —respondió Jackson, que había insistido en que se lo catalogara como piloto del CV-20B, con el código «Fuerzas Aéreas Dos», en el que se desplazaba mayormente por el país en viajes oficiales, lo cual daba muy buena impresión en la prensa y constituía la mejor terapia posible para un piloto de caza que echaba de menos su propio avión, aunque probablemente debía de enojar a la tripulación de las fuerzas aéreas—. Aunque siempre sea a indeseables misiones de mierda —agregó, guiñándole un ojo.

—Ha sido la única forma de conseguirte un aumento de sueldo, Robby. Y también un bonito alojamiento —le recordó su amigo.

—Has olvidado la paga de piloto —respondió el contraalmirante de la reserva R. J. Jackson—. ¿Qué indica ese atentado respecto a la situación en Rusia?

—Nada bueno —dijo Jack, encogiéndose de hombros—. Parece que no son capaces de anticiparse a los acontecimientos.

—Eso parece —reconoció el vicepresidente—. El problema es ¿cómo diablos podemos ayudarlos?

—Todavía no lo sé —admitió Jack—. Y ya tenemos bastantes problemas económicos a la vista, con Asia que se desliza por la alcantarilla.

—Eso es algo que debo aprender; esa mierda de la economía —reconoció Robby.

—Pasa un poco de tiempo con George Winston —sugirió Ryan—. No es tan difícil, pero hay que aprender una nueva jerga: puntos base, derivados y cosas por el estilo. George está bastante bien informado.

—Tomo nota, caballero —asintió Jackson.

—¿Caballero? ¿Por qué diablos me llamas así, Rob?

—Sigues siendo la Autoridad Nacional Suprema, oh, gran señor —respondió Robby con una mueca, con un fuerte acento del bajo Mississippi—. Yo no soy más que el segundo de a bordo, lo que significa que hago todos los trabajos de mierda.

—Imagínate que estás en la escuela de oficiales, Rob, y dale gracias a Dios por la oportunidad de aprender de una forma fácil. En mi caso o fue así...

—Lo recuerdo, Jack. ¿Olvidas que estuve allí como subalterno de tercera? Y lo hiciste bien. ¿Por qué crees que permití que destrozaras mi carrera?

—¿Entonces no fue por la bonita casa y los coches caros? El vicepresidente movió la cabeza.

—Ni tampoco el incentivo económico. No podía decirle que no a mi presidente, aunque se tratara de un papanatas como tú. Hasta luego, amigo.

—Nos veremos a la hora del almuerzo, Robby —dijo Jack, cuando se cerraba la puerta.

—Señor presidente, el director Foley por la tres —se oyó por el interfono.

Jack levantó el teléfono de seguridad y pulsó el botón indicado.

—Buenos días, Ed.

—Hola, Jack, tenemos algo más sobre Moscú.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Ryan, para poder evaluar la información que estaba a punto de recibir.

—Comunicaciones interceptadas —respondió el director de la CIA, indicando que la información sería bastante fiable, ya que la gente no solía mentir por radio o por teléfono—. Parece que este caso para ellos es de alta prioridad y los agentes de la milicia hablan muy abiertamente por sus radios.

—Bien, ¿qué tienes?

—De momento parecen creer que Rasputín era el objetivo principal. Era bastante poderoso y ganaba un montón de dinero con sus... empleadas —respondió delicadamente Ed Foley—. Además, intentaba extenderse a otras áreas. Tal vez presionó excesivamente a alguien que no quería ser presionado.

—¿Tú crees? —preguntó Mike Reilly.

—Mikhail Ivan'ch, no sé qué creer. Al igual que tú, me han enseñado a no creer en las coincidencias —respondió el teniente Oleg Provalov, de la milicia de Moscú.

Estaban en un bar para extranjeros, lo cual resultaba bastante evidente, a juzgar por la calidad del vodka que servían.

Reilly no era precisamente nuevo en Moscú. Hacía catorce meses que estaba allí, antes de lo cual ejercía como subagente especial encargado de la oficina del FBI en Nueva York, aunque no relacionado con el contraespionaje internacional. Reilly era un experto en el crimen organizado que había dedicado quince años intensos a atacar las cinco familias mafiosas de Nueva York, más comúnmente conocidas en el FBI como LCN: La Cosa Nostra. Los rusos lo sabían, y había establecido buenas relaciones con la policía local, especialmente después de hacer que algunos de sus mandos superiores se trasladaran a Norteamérica, para participar en el programa de la academia nacional del FBI, que era esencialmente un doctorado para policías de alto rango, título muy apreciado en el sector político norteamericano.

—¿Se da alguna vez un atentado de estas características en Norteamérica?

Reilly movió la cabeza.

—No, es bastante fácil obtener armas comunes en mi país, pero no armas antitanque. Además, su utilización lo convierte inmediatamente en un caso federal y han aprendido a mantenerse alejados de nosotros, en la medida de lo posible. Los listillos han utilizado coches bombas —reconoció—, pero sólo para asesinar a los ocupantes del vehículo. Un ataque como éste es demasiado espectacular para su gusto. Dime, ¿qué clase de individuo era Avseyenko?

Provalov refunfuñó, antes de escupir la respuesta:

—Era un proxeneta. Se aprovechaba de las mujeres, las obligaba a abrirse de piernas y se quedaba con su dinero. No lamentaré su muerte, Mishka. Pocos lo harán, aunque supongo que crea un vacío que alguien llenará en los próximos días.

—¿Pero crees que él era el objetivo y no Sergey Golovko?

—¿Golovko? Atentar contra él sería una locura. ¿El jefe de un organismo estatal tan importante? No creo que ninguno de nuestros delincuentes tenga tantas agallas.

Tal vez —pensó Reilly—, pero no se puede empezar una investigación importante con ninguna clase de suposiciones, Oleg Gregoriyevich. Lamentablemente, en realidad no podía decirselo. Eran amigos, pero Provalov, consciente de que el cuerpo de policía al que pertenecía no era comparable al FBI norteamericano, era muy susceptible. Lo había descubierto en Quantico. Ahora daba los pasos habituales, buscaba entre la maleza, sus investigadores

hablaban con contactos conocidos de Avseyenko para comprobar si había mencionado a algún enemigo, discusiones o peleas de cualquier género, e interrogaban a los confidentes de los bajos fondos de Moscú para averiguar si alguien había oído algo sospechoso.

Los rusos necesitaban ayuda en los aspectos forenses, Reilly lo sabía. De momento no habían localizado siquiera el volquete. Claro que había millares de vehículos semejantes y el que se había utilizado para el atentado podía haber sido robado, sin que el propietario o el gerente fuera siquiera consciente de que había desaparecido. El lanzamiento se había efectuado en ángulo descendente —según testigos presencia-les—, por lo que habrían quedado pocas huellas o ninguna del disparo en la caja del camión que permitieran identificarlo, y necesitaban hacerlo para recuperar pelos y fibras. Evidentemente, nadie había tomado nota del número de matrícula, ni había aparecido nadie que circulara con una cámara fotográfica en hora punta... de momento. A veces alguien aparecía uno o dos días después, y en las investigaciones importantes, uno se mantenía a la expectativa de nuevas oportunidades, que surgían generalmente cuando alguien no podía mantener la boca cerrada. Investigar a la gente que sabía cómo guardar silencio era una forma muy dura de ganarse la vida. Afortunadamente, la mente criminal no era tan circunspecta, salvo entre los más listos que, por lo que Reilly había descubierto, no escaseaban en Moscú.

Había dos clases de delincuentes listos. La primera la componían agentes del KGB despedidos en una serie de importantes reducciones de plantilla, conocidas entre los norteamericanos como rifles, pues en Norteamérica había sucedido algo parecido con las fuerzas armadas. Esos delincuentes potenciales eran aterradores. Eran personas con una auténtica formación y experiencia profesional en operaciones clandestinas, que sabían cómo reclutar y explotar a los demás y actuar sin llamar la atención. Personas, según pensaba Reilly, que tenían las de ganar en su guerra contra el FBI, a pesar de los esfuerzos del servicio norteamericano de contraespionaje.

La segunda era una secuela del difunto sistema comunista. Sus componentes eran conocidos como *tolkach*, que significaba «activadores», y en el régimen económico anterior habían sido el lubricante que hacía funcionar la maquinaria. Eran los facilitadores, gracias a cuya relación con todo el mundo, los propósitos se convertían en realidad, parecidos en cierto modo a los guerrilleros en la jungla, que utilizan caminos desconocidos para trasladar mercancías de un lugar a otro. Con la caída del comunismo, su habilidad se había convertido en algo auténticamente lucrativo porque, a decir verdad, prácticamente nadie comprendía todavía el capitalismo, y ahora la habilidad para convertir los proyectos en realidad era más valiosa que nunca, además de estar mucho mejor pagada. El talento, como siempre, acudía donde estaba el dinero y en un país que todavía aprendía lo que significaba un estado de derecho, era normal que personas con dicha habilidad quebrantaran las leyes vigentes, en primer lugar al servicio de quienes los necesitaran y, luego, casi inmediatamente, en beneficio propio. Los *ex tolkach* eran las personas más ricas del país. Con la riqueza habían adquirido poder. Con el poder había llegado la corrupción, y con la corrupción el crimen, hasta el punto de que el FBI era casi tan activo en Moscú como la CIA. Y con razón.

La unión de los *ex* agentes del KGB y los *ex tolkach* estaba creando el imperio criminal más poderoso y altamente perfeccionado de la historia de la humanidad.

Por consiguiente, a Reilly no le quedaba más remedio que reconocer que ese tal Rasputín, cuyo nombre significaba literalmente «libertino», podía perfectamente haber formado parte de dicho imperio, y era posible que su muerte estuviera relacionada con el mismo. O podía tratarse de algo completamente diferente. Iba a ser una investigación muy interesante.

—Bien, Oleg Gregoriyevich, si necesitas ayuda, haré cuanto esté en mi mano para ofrecértela —prometió el agente del FBI.

—Gracias, Mishka.

Y se separaron, cada uno pensando en lo suyo.

UNO

ECOS DE LA EXPLOSIÓN

—¿Quiénes eran entonces sus enemigos? —preguntó el teniente coronel Shablikov.

—Gregoriy Filipovich tenía muchos. Hablaba sin tapujos, había ofendido a demasiadas personas y...

—¿Qué más? —preguntó Shablikov—. ¡No hicieron saltar su coche en pedazos por herir la susceptibilidad de algún delincuente!

—Empezaba a pensar en la importación de narcóticos —respondió el confidente.

—¡Caramba! Cuéntame más.

—Grisha había tenido contacto con colombianos. Se reunió con ellos en Suiza hace tres meses y planeaba que le mandaran cocaína por el puerto de Odessa. Oí rumores de que organizaba una línea de transporte, para trasladar la droga a Moscú.

—¿Y cómo pensaba pagarla? —preguntó el coronel de la milicia, puesto que la moneda rusa, a fin de cuentas, carecía esencialmente de valor.

—En moneda extranjera. Grisha ingresaba grandes cantidades de sus clientes extranjeros y de algunos de sus clientes rusos. Sabía cómo hacerlos felices a cambio de unos billetes.

Rasputín, pensó el coronel. Qué duda cabe de que era un libertino. Vendía los cuerpos de niñas rusas, Shablikov sabía que también de algunos niños, a cambio de suficiente dinero para comprarse un gran coche alemán (pagado al contado, por lo que habían averiguado ya sus investigadores) y ahora se disponía a importar drogas. Eso tenía que pagarse en dinero contante y sonante, como decían los norteamericanos, lo cual significaba que se proponía venderlas también a cambio de moneda extranjera, ya que con toda probabilidad los colombianos tenían muy poco interés por los rublos. La muerte de Avseyenko no suponía ninguna grave pérdida para su país. Quien lo hubiera eliminado merecía un premio... Sin embargo, pronto aparecería alguien nuevo para llenar el vacío y tomar el control de la organización de proxenetas... y ese alguien podría ser más astuto que Avseyenko. Ese era el problema con los delincuentes. La policía atrapaba a algunos, a veces a muchos, pero sólo a los más torpes, mientras que los listos eran cada vez más astutos y parecía que la policía iba siempre unos pasos por detrás de ellos, porque los que quebrantaban la ley tomaban siempre la iniciativa.

—Bien, ¿quién más importa drogas?

—No lo sé. Evidentemente circulan rumores y conozco a algunos de los vendedores callejeros, pero no sé quién lo organiza.

—Averígualo —ordenó fríamente Shablikov—. No debería ser muy difícil para ti.

—Haré lo que pueda —prometió el confidente.

—Y lo harás rápidamente, Pavel Petrovich. También quiero que averigües quién se apodera del imperio de Rasputín.

—Sí, camarada Polkovnik —respondió, inclinando la cabeza, como era habitual.

Un policía de alto rango tenía poder, pensó Shablikov; un auténtico poder que podía ejercer sobre los demás y convertirlo en un placer. En este caso le había ordenado a un delincuente lo que debía hacer, y lo haría, ya que de lo contrario lo detendrían e interrumpirían su fuente de ingresos. La otra cara de la moneda era una cierta protección. Mientras el delincuente en cuestión no se alejara demasiado de lo que para el policía decano eran violaciones aceptables de la ley, se le permitiría actuar con impunidad. Era lo mismo en casi todo el mundo, de ello estaba seguro el teniente coronel Yefim Konstantinovich Shablikov, de la milicia de Moscú. ¿De qué otro modo podía obtener la policía la información que precisaba, acerca de los que se excedían? Ninguna organización policial del mundo disponía de tiempo

para investigarlo todo y, por consiguiente, utilizar a unos delincuentes para espiar a otros era el método más fácil y menos caro de obtener información.

Lo importante era no olvidar que los confidentes eran delincuentes y, por consiguiente, uno no podía fiarse de ellos; eran demasiado dados a la mentira, a la exageración y a inventar lo que creían que sus amos querían oír. Por tanto, Shablikov debía andarse con cuidado antes de creer lo que aquel delincuente le contara.

Por su parte, Pavel Petrovich Klusov tenía sus propias dudas, en su trato con ese coronel corrupto de la policía. Shablikov no era un ex agente del KGB, sino un policía salido de la academia y, por consiguiente, no tan astuto como él se consideraba a sí mismo, pero más acostumbrado a los sobornos y a los tratos informales con aquellos a quienes perseguía. Probablemente, así era como había conseguido acceder a su cargo. Sabía cómo obtener información haciendo tratos con personas como él, pensó Klusov. El confidente se preguntó si en algún lugar tendría una cuenta en divisas. Sería interesante averiguar dónde vivía y qué clase de coche conducían él o su esposa. Pero haría lo que le habían ordenado, porque sus propias actividades «comerciales» florecían bajo la protección de Shablikov, y más tarde, por la noche, saldría a tomar una copa con Irma Aganovna, tal vez luego se acostaría con ella y de paso averiguaría lo afligidas que estaban sus «ex empleadas» por la muerte de Avseyenko.

—Sí, camarada Polkovnik —respondió Klusov—. Se hará como usted dice. Procuraré volver a verlo mañana.

—No lo procures. Hazlo, Pasha —ordenó Shablikov, como un maestro de escuela que le pide los deberes a un alumno retrasado.

—Ya está en camino —dijo Zhang a su primer ministro.

—Espero que en esta ocasión funcione mejor que en las dos anteriores —respondió escuetamente el primer ministro.

Los riesgos de esta operación eran incomparablemente mayores. En los dos casos anteriores, con el intento de Japón para alterar radicalmente la ecuación de los países de la costa del Pacífico y el esfuerzo de Irán para crear una nueva nación a partir de las cenizas de la Unión Soviética, la República Popular no había hecho nada, salvo... alentar entre bastidores. Sin embargo, esta empresa era diferente. Después de todo, ¿podía alguien esperar realmente que algo grande fuera barato?

—He... hemos tenido mala suerte.

—Tal vez —asintió levemente, mientras movía papeles sobre su escritorio.

Zhang Han San sintió un ligero escalofrío. El primer ministro de la República Popular era conocido por su imparcialidad, pero siempre había sentido cierto afecto por su ministro sin cartera. Zhang era una de las pocas personas a cuyos consejos, el primer ministro solía prestar atención. Como efectivamente lo haría hoy, aunque sin sentimiento alguno por parte del mandatario.

—No hemos arriesgado nada, ni perdido nada tampoco —prosiguió Zhang.

El primer ministro no levantó la cabeza.

—Salvo que ahora hay un embajador norteamericano en Taipei.

Y ahora se hablaba de un pacto de defensa mutua, cuyo único propósito era el de situar la armada norteamericana entre los dos países, con visitas regulares a sus puertos, e incluso tal vez una base permanente —construida, sin lugar a dudas, enteramente con dinero taiwanés—, cuyo único propósito, como dirían inocentemente los norteamericanos, sería el de reemplazar la de la bahía de Subic, en Filipinas. La economía de Taiwan había crecido exponencialmente desde su pleno reconocimiento diplomático por parte de Estados Unidos, con un influjo masivo de capital de inversión de todos los confines del mundo. Gran parte de dicho dinero podía y debería haber sido aportado por la República Popular China, si no hubiera sido por el cambio de actitud de Norteamérica.

Pero el presidente norteamericano Ryan había tomado dicha decisión por cuenta propia, o así lo afirmaban los servicios secretos, en contradicción con los consejos políticos y diplomáticos en Washington, aunque al parecer, el secretario de estado norteamericano, ese tal Adler, había apoyado la absurda decisión de Ryan.

La temperatura de la sangre de Zhang descendió otro grado. Sus dos planes habían surtido prácticamente el efecto previsto. En ambos casos, su país no había arriesgado nada importante; bueno, salvo en la última ocasión, cuando habían perdido un avión de caza, pero en todo caso, esos aparatos y sus pilotos solían estrellarse generalmente en vano. Especialmente en el caso de Taiwan, la República Popular había actuado de un modo responsable, permitiendo que el secretario Adler se desplazara varias veces entre Pekín y su discolorada provincia por el estrecho de Formosa, como si le otorgara legitimidad, lo cual, evidentemente, no se proponía la República Popular China, sino en realidad para facilitar la tarea del norteamericano en su labor pacificadora y parecer más razonables ante los norteamericanos... Así pues, ¿por qué lo había hecho Ryan? ¿Había adivinado el juego de Zhang? Era posible, pero lo más probable era que hubiera habido una filtración, un confidente, un espía cerca de la cúspide del poder político de la República Popular. Los servicios de contraespionaje examinaban dicha posibilidad. Pocos eran los que sabían lo que salía de su mente y de su despacho, y todos ellos serían interrogados, al tiempo que los técnicos examinaban sus líneas telefónicas e incluso las paredes de su despacho. ¿Se había equivocado Zhang? ¡En absoluto! Aunque su primer ministro lo creyera... Acto seguido, Zhang consideró su posición respecto al Politburó. Podía haber sido mejor. Para muchos era un aventurero, con demasiado acceso al oído equivocado. Era fácil rumorear, porque estarían casi tan encantados de alejarse de él si su política fracasaba, como de aprovecharse de sus beneficios si triunfaba. Esos eran los gajes de haber alcanzado la cumbre donde se elaboraba la política, en un país como el suyo.

—Aunque nos propusiéramos aplastar Taiwan, a no ser que optáramos por utilizar armas nucleares, necesitaríamos años y enormes cantidades de dinero hasta disponer de los medios necesarios, e incluso entonces correríamos un grave riesgo para obtener a cambio un pequeño beneficio. Es preferible que la República Popular experimente un crecimiento económico con tanto éxito, que sean ellos quienes supliquen que se los admita de nuevo en el seno de la familia. Después de todo, no son enemigos poderosos. Apenas son siquiera una pequeña molestia en el escenario mundial.

Pero por alguna razón, Zhang se recordó a sí mismo que eran una molestia especial para su primer ministro, como una especie de alergia personal que producía úlceras y escozor en su sensible piel.

—Hemos perdido prestigio, Zhang. Eso basta de momento.

—El prestigio no es sangre, Xu, ni dinero.

—Ellos tienen mucho dinero —señaló el primer ministro, todavía sin mirar a su interlocutor.

Y era cierto. La pequeña isla de Taiwan era inmensamente rica, debido al diligente empeño de sus habitantes, predominantemente de origen chino, que hacían comercio con casi todo en casi todas partes. Y con la recuperación del reconocimiento diplomático norteamericano habían aumentado, tanto su prosperidad comercial como su prestigio en la escena mundial. Eso era algo que Zhang no podía cambiar, por mucho que lo deseara y lo intentara.

¿Qué había fallado?, se preguntó de nuevo a sí mismo. ¿No eran sus intentos brillantemente sutiles? ¿Había amenazado su país alguna vez abiertamente a Siberia? No. ¿Conocían incluso los planes los dirigentes del Ejército Popular de Liberación? Bueno, sí, tuvo que reconocer que algunos los conocían, pero sólo las personas de mayor confianza en el directorio de operaciones y un puñado de comandantes: los que deberían ejecutar los planes si algún día llegaba el momento. Pero esas personas sabían cómo guardar secretos y si hablaban con alguien... pero no lo harían, porque sabían lo que les ocurría a personas que hablaban de lo que no debían en una sociedad como la suya y sabían también que hasta las paredes oyen a su nivel de «confianza». Ni siquiera habían comentado con nadie los planes tácticos, se habían limitado a efectuar los ajustes habituales en la organización técnica, como siempre suelen hacer los mandos del ejército. Tal vez algunos funcionarios habían tenido la posibilidad de examinar los planes, pero eso era también sumamente improbable. La seguridad era excelente

en el Ejército Popular de Liberación. Los militares, desde los soldados rasos hasta los generales, gozaban de tan poca libertad como una máquina atornillada al suelo de una fábrica, y cuando llegaban a altos cargos, prácticamente habían olvidado pensar como seres independientes, salvo quizás en algunos aspectos técnicos, como la clase de puente que se debía construir sobre un determinado río. No, para Zhang podían haber sido perfectamente máquinas y eran igualmente fiables.

Pero volviendo a la pregunta original: ¿por qué había establecido de nuevo relaciones con la República de China ese tal Ryan? ¿Había adivinado algo sobre las iniciativas de Japón e Irán? El incidente del avión de pasajeros ciertamente había parecido un accidente, y acto seguido, la República Popular China había invitado a la armada norteamericana a visitar la zona y «conservar la paz», como si la paz pudiera meterse en una caja metálica y protegerla. En realidad, era todo lo contrario. La guerra era el animal que se mantenía enjaulado y se soltaba en el momento conveniente.

¿Había adivinado Ryan las intenciones de la República Popular China de descuartizar la antigua Unión Soviética y había decidido castigar a la República Popular con su reconocimiento de los renegados en Taiwan? Era posible. Había quienes consideraban a Ryan inusualmente perceptivo para tratarse de un político norteamericano... después de todo, era un ex agente de los servicios secretos y probablemente había sido bueno, se recordó Zhang a sí mismo. Era un grave error-subestimar al adversario, como habían descubierto los japoneses y los iraníes a costa de su propio sufrimiento. Ese tal Ryan había respondido hábilmente a ambos planes de Zhang, sin el menor indicio de displicencia hacia la República Popular China. No se habían realizado maniobras militares norteamericanas dirigidas siquiera indirectamente a la República Popular, no había habido filtración alguna en la prensa norteamericana, ni nada que sus propios agentes secretos en la embajada de Washington hubieran descubierto. Eso lo llevaba de nuevo a su pregunta inicial: ¿por qué había tomado Ryan esa iniciativa? Desconocía la respuesta. Y el desconocimiento era una enorme molestia para alguien a su nivel gubernamental. Su primer ministro podría formularle pronto una pregunta, para la cual precisaría dicha respuesta. Pero de momento el jefe de su gobierno se limitaba a hojear los papeles de su escritorio, como para expresarle su displicencia, aunque por ahora no hiciera nada respecto a sus sentimientos.

A diez metros de distancia, al otro lado de una sólida puerta de madera maciza, Lian Ming tenía sus propios sentimientos. La silla de oficina en la que estaba sentada era cara, importada de Japón, y su precio equivalía al sueldo de un obrero especializado de... ¿cuatro, cinco meses? Ciertamente superior al de una bicicleta nueva, que le habría venido muy bien.

Estaba licenciada en idiomas modernos, por lo que hablaba francés e inglés suficientemente bien para hacerse comprender en cualquier ciudad del mundo y, por consiguiente, por sus manos pasaban toda clase de documentos secretos y diplomáticos de su jefe, cuyos conocimientos lingüísticos eran considerablemente inferiores a los suyos. La cómoda silla era un regalo de agradecimiento de su jefe, por la forma de organizar su trabajo y su agenda. Y quizás algo más.

DOS

LA DIOSA MUERTA

Allí era donde había sucedido todo, se dijo Chester Nomuri. La vasta extensión de la plaza de Tiananmen, la «plaza de la paz celestial», con sus enormes murallas a la derecha, era como... ¿como qué? Al pensar en ello se percató de que no tenía con qué compararla. Si había otro lugar como aquél en el mundo, nunca lo había visto ni tampoco había oído hablar de él.

Sin embargo, allí incluso las losas del suelo parecían estar empapadas de sangre. Prácticamente podía olerla, aunque habían transcurrido más de diez años desde que una gran cantidad de estudiantes, no mucho más jóvenes que él en aquella época, en California, se habían concentrado allí para protestar contra su gobierno. La protesta no iba particularmente dirigida a la forma de gobierno de su país, sino a la corrupción en sus más altos niveles y, como era previsible, resultó enormemente ofensiva a los corruptos. Así era como solía suceder. Sólo con discreción, uno puede señalarle su propia naturaleza a un poderoso, oriental u occidental, pero entre todos, ése era el lugar más peligroso, debido a su larga trayectoria de brutalidad. Allí existía la expectativa de que sucediera... sin embargo, la primera vez que lo intentaron, los soldados que recibieron la orden de despejar la plaza se negaron a obedecerla. Y eso debió de asustar a los líderes apoltronados en sus cómodos despachos, porque cuando los órganos estatales se niegan a obedecer las órdenes del Estado, eso indica que algo llamado «revolución» ha empezado (y precisamente en el lugar donde había habido ya una revolución, consagrada en aquel mismo lugar). Entonces optaron por retirar las tropas originales y sustituirlas por otras, de jóvenes soldados reclutados lejos de allí (todos los soldados eran jóvenes, recordó Nomuri). Todavía no se habían contagiado por las palabras y los pensamientos de sus contemporáneos que se manifestaban en la plaza, todavía no simpatizaban con ellos, todavía no se habían preguntado por qué el gobierno que suministraba sus armas y sus uniformes quería lastimar a esas personas, en lugar de escuchar lo que tenían que decir... y, por consiguiente, actuaron como los autómatas sin inteligencia en que su entrenamiento los había convertido.

Allí, sólo a unos metros de distancia, desfilaban unos soldados del Ejército Popular de Liberación, con ese aspecto de muñeca de cera que suelen tener, aparentemente inhumanos en sus uniformes de lana verde, casi como si usaran maquillaje, pensó Chet, con el deseo de acercarse para comprobar si era cierto. Movié la cabeza y dejó de mirarlos. No había llegado a China en un avión de la JAL para eso. Le había costado ya lo suyo convencer a la Nippon Electric Company para que autorizara su viaje. Era bastante difícil tener dos empleos, uno como contable ejecutivo de nivel medio en NEC y otro como agente de campo de la CIA. Para triunfar en el segundo debía triunfar también en el primero, y para triunfar en el primero debía simular que era un auténtico asalariado japonés, de los que lo sacrifican todo por el bien de la empresa. Por lo menos, lograba conservar los dos salarios y, a decir verdad, el japonés no estaba nada mal, sobre todo al cambio actual.

Nomuri suponía que su misión era indicio de una gran confianza en sus habilidades, después de haber fundado en Japón una red de agentes moderadamente productiva que suministraba información a otros agentes de la CIA; pero también fruto de la desesperación. La agencia había tenido poco éxito a la hora de establecer una red de espías en la RPC. Langley no había reclutado a muchos chinos norteamericanos... y uno de los pocos que había incorporado a sus filas estaba ahora en una cárcel federal, después de sufrir una grave crisis de lealtades ambivalentes. Era un secreto a voces que a ciertos organismos federales se les permitía ser racistas, y actualmente en la central de la CIA se consideraba altamente sospechosas a las personas de ascendencia china. En todo caso, Nomuri sabía que no podía hacer nada al respecto, ni hacerse pasar por chino. Para algunos europeos, todas las personas con los ojos rasgados eran iguales, pero aquí en Pekín, Nomuri, cuya ascendencia era cien por cien japonesa (aunque enteramente de la variedad del sur de California), comprendía que llamaba tanto la atención como lo habría hecho Michael Jordan. No era una situación en la que

un agente secreto sin apoyo diplomático pudiera sentirse cómodo, especialmente con lo activo y bien organizado que estaba el Ministerio chino de Seguridad Estatal. El MSE era tan poderoso en esa ciudad como el KGB soviético en Moscú, y con toda probabilidad, igualmente despiadado. Nomuri se recordó a sí mismo que China se había dedicado a torturar criminales y otros indeseables a lo largo de los siglos... y su identidad étnica no iba a suponerle ninguna ventaja. Los chinos hacían negocios con los japoneses porque era conveniente, o necesario, para ser exactos, pero no existía ningún tipo de afecto entre ambos países. Japón había aniquilado muchos más chinos durante la segunda guerra mundial que Hitler judíos, hecho poco apreciado en cualquier lugar del mundo, salvo naturalmente en China, y esto sólo había servido para incrementar una antipatía racial y étnica que se remontaba, por lo menos, a Kublai Khan.

Nomuri estaba acostumbrado a adaptarse. En un principio había ingresado en la CIA para servir a su país y para divertirse un poco. Luego descubrió la enorme seriedad de ser agente secreto de campo, junto al reto de infiltrarse donde se suponía que no debía estar, obtener información que se suponía que no debía poseer y facilitársela a personas que se suponía que no debían conocerla. No era sólo servir a su país lo que impulsaba a Nomuri a seguir adelante. Estaba también la emoción, el placer de saber que los demás no lo sabían, de vencer a los demás en su propio juego, en su propio campo.

Pero si en Japón pasaba desapercibido, aquí en Pekín, no. Además, era unos cuantos centímetros más alto que la mayoría de los chinos, debido a la alimentación recibida durante su infancia y al mobiliario norteamericano, e iba vestido con ropa occidental. Lo de la ropa tenía solución, pero no sus facciones. De entrada tendría que cambiar su corte de pelo, pensó Chet. Por lo menos, de ese modo podría pasar inadvertido de espaldas y tal vez desprenderse del sabueso del MSE que lo seguía a sol y a sombra. Disponía de un coche, pagado por NEC, pero conseguiría también una bicicleta; de marca china, en lugar de una de las caras europeas. Si alguien se lo preguntaba, respondería que era una buena forma de hacer ejercicio y, además, eran unas excelentes bicicletas socialistas. Pero alguien le formularía esas preguntas y tomarían nota de su presencia allí, mientras que cuando dirigía a sus agentes en Japón, Nomuri se percató de que lo hacía de un modo tranquilo y relajado. Sabía que podía refugiarse en un lugar tan íntimo como una sala de baños y allí hablar de mujeres, deportes, y otras muchas cosas, pero raramente de negocios. En Japón, todos los negocios, a un nivel u otro, eran secretos y un asalariado japonés no comentaba lo que sucedía en su empresa hasta que era del dominio público, ni siquiera con sus amigos más íntimos, entre los que hablaban incluso de los defectos de sus esposas. Y eso, evidentemente, facilitaba la seguridad de sus operaciones.

Mientras miraba a su alrededor como cualquier otro turista, se preguntó cómo haría aquí las cosas. Pero, sobre todo, se percató de las miradas de la gente cuando paseaba de un lado a otro de la inmensa plaza. ¿Cómo sonaron las voces de esas personas cuando llegaron los tanques? Se paró un momento a recordar... sí, había sido exactamente allí... donde un individuo con un maletín y una bolsa de la compra había detenido una compañía de tanques, simplemente quedándose de pie... porque el soldado que conducía el tanque PRC 80 no tuvo agallas para atropellarlo, a pesar de las órdenes que su capitán pudiera vociferar por los altavoces desde su puesto en la torreta. Efectivamente, era allí donde había ocurrido. Más tarde, cuando había transcurrido aproximadamente una semana, el individuo del maletín había sido detenido por el MSE, según fuentes de la CIA, e interrogado para averiguar por qué había adoptado una actitud política tan pública y tan descabellada, contra el gobierno y contra las fuerzas armadas de su país. Eso duró probablemente algún tiempo, pensó el agente de la CIA, mirando a su alrededor desde el lugar donde había actuado aquel valiente... porque los interrogadores del MSE no habrían creído que actuara por cuenta propia... la idea de actuar por cuenta propia no era recomendable en un régimen comunista y, por consiguiente, era un concepto completamente ajeno para los encargados de imponer la voluntad del Estado a quienes quebrantaban las normas estatales. Quienquiera que fuese el individuo del maletín, ahora estaba muerto; las fuentes no tenían la menor duda de eso. Un funcionario del MSE lo había comentado con satisfacción más tarde, delante de alguien que secretamente estaba vinculado a Norteamérica. Había recibido un tiro en la nuca y su familia, esposa e hijo menor, según dicha fuente, tuvo que pagar la bala utilizada para ejecutar al marido, padre, contrarrevolucionario y enemigo del Estado en cuestión. Así era la justicia en la República Popular China.

¿Y cómo llamaban aquí a los extranjeros? Bárbaros. Sí, pensó Nomuri, eso era, wilbur. El mito del centralismo estaba tan vivo aquí como lo había estado en el Ku-Damm del Berlín de Adolf Hitler. El racismo era igual en el mundo entero. ¡Qué tontería! Esa era una lección que su país había dado al mundo, pensó Chester Nomuri, a pesar de que la propia Norteamérica no lo había asimilado todavía.

Era una puta y muy cara, pensó Mike Reilly, sentado tras el cristal. Le habían teñido el pelo rubio en alguna peluquería cara de Moscú y necesitaba otro tratamiento, porque se le empezaban a ver las raíces oscuras, pero hacía juego con sus pómulos y con sus ojos, de un tono azul que nunca había visto en una mujer. Pensó que eso, el color, era probablemente el gancho que hacía repetir a sus clientes, pero no su expresión. Su cuerpo, que podía haber sido esculpido por Fidias de Atenas, parecía el de una diosa destinada a ser adorada en público, con unas generosas curvas y unas piernas demasiado delgadas para el gusto ruso, pero que habrían tenido mucho éxito en la esquina de Hollywood y Vine, si ése fuera todavía un barrio elegante donde ser visto...

Pero la expresión de sus ojos podía haber parado el corazón de un corredor de fondo. ¿Qué tenía la prostitución, que producía ese efecto en las mujeres? Reilly movió la cabeza. No se había ocupado demasiadas veces de esa clase de delitos, que estaban reservados principalmente a la policía local, y suponía que no lo suficiente para comprender a quienes la ejercían. La mirada de sus ojos era aterradora. Se suponía que sólo los hombres eran depredadores, así lo creían él y la mayoría de los hombres. Pero esa mujer demostraba la falsedad de dicho concepto.

Se llamaba Tanya Bogdanova. Dijo que tenía veintitrés años. Su cara era la de un ángel, y su cuerpo el de una estrella de cine. Eran su corazón y su alma de lo que el agente del FBI no estaba seguro. Puede que sus circuitos fueran diferentes de los de la gente corriente, como al parecer ocurre con muchos delincuentes profesionales. Tal vez de joven había sido objeto de algún tipo de abuso sexual. Pero incluso a los veintitrés, a juzgar por su forma de mirar fijamente a su interrogador, su juventud era algo muy lejano. Reilly examinó su ficha del cuartel general de la milicia. Contenía una sola fotografía, una instantánea en blanco y negro con un «Pepe», bueno, probablemente con un «Iván», pensó Reilly con una mueca, y en la foto su rostro parecía animado, juvenil y tan seductor como lo había sido para Bogie el de la joven Ingrid Bergman en Casablanca. Tanya sabía actuar, pensó Reilly. Si la que tenía ahora delante era la auténtica Tanya, y probablemente lo era, la de la fotografía era una creación, un personaje en escena, una ilusión, indudablemente maravillosa, aunque potencialmente muy peligrosa para quien se tragara la mentira. La chica sentada al otro lado del espejo unidireccional sería capaz de arrancarle a un hombre los ojos con la lima de las uñas y comérselos crudos, antes de acudir a su próxima cita en el nuevo hotel de las Cuatro Estaciones y Centro de Convenciones de Moscú.

—¿Quiénes eran sus enemigos, Tanya? —preguntó el agente de la milicia en la sala de interrogatorios.

—¿Quiénes eran sus amigos? —preguntó con hastío Tanya, a modo de respuesta—. No tenía ninguno. Enemigos, muchos.

Su lenguaje era culto, casi refinado. Se suponía que hablaba también un inglés excelente. Indudablemente lo necesitaba para sus clientes... era probable que le permitiera ganar unos dólares, marcos, libras o euros adicionales, divisas por las que ofrecería un descuento, cuando se lo proponía con una coqueta sonrisa a su cliente extranjero. ¿Antes o después?, se preguntó Reilly, que nunca había pagado por una mujer, pero al ver a Tanya comprendió que algunos hombres lo hicieran...

—¿Cuánto cobra? —le preguntó a Provalov en un susurro.

—Más de lo que yo puedo permitirme —refunfuñó el teniente de detectives—. Alrededor de seiscientos euros, puede que más, por toda la noche. Por asombroso que parezca, está sanitariamente limpia. Lleva una colección considerable de preservativos en el bolso: americanos, franceses y japoneses.

—¿Cuál es su historial? ¿Bailarina o algo por el estilo? —preguntó el agente del FBI, pensando especialmente en su elegancia.

Provalov refunfuñó burlonamente.

—No, tiene las tetas demasiado grandes para eso y también es demasiado alta. Imagino que debe de pesar aproximadamente unos cincuenta y cinco kilos. Demasiado para que esos pequeños maricas del Bolchoy la levanten por los aires. Podría convertirse en modelo en nuestro creciente sector de la moda, pero no, para responder a tu pregunta, su historial es bastante común. Su padre, fallecido, era obrero en una fábrica, y su madre, también fallecida, trabajaba en unos almacenes. Ambos murieron por causas relacionadas con el abuso del alcohol. Nuestra Tanya bebe sólo con moderación. Educación esta-tal, sin distinciones. Nuestra Tanya, que no tiene hermanos, está sola en el mundo desde hace bastante tiempo. Ha trabajado casi cuatro años para Rasputín. Dudo que la Escuela de Gorriones produjera jamás una puta tan pulida como ésta. El propio Gregoriy Filipovich la usó muchas veces, no sé si para acostarse con ella o sólo como acompañante en público. En cualquier caso, es muy decorativa, ¿no te parece? Pero cualquier afecto que pudiera haber sentido por ella, como puedes comprobar, no es recíproco.

—¿Algún allegado?

—Ninguno, que nosotros sepamos —respondió Provalov, moviendo la cabeza—, ni siquiera ninguna amiga íntima.

Reilly vio que la entrevista era puro camelo, como pescar en un criadero de peces. Era uno de los veintisiete interrogatorios llevados a cabo hasta el momento relacionados con la muerte de G. F. Avseyenko, en los que todo el mundo parecía olvidar que había otros dos seres humanos en el coche, aunque probablemente ninguno de ellos fuera el objetivo. La situación no mejoraba. Lo que realmente necesitaban era el camión, alguna prueba material. Al igual que la mayoría de los agentes del FBI, Reilly creía en lo tangible, algo que se pudiera tocar con la mano para mostrárselo luego al juez o al jurado y explicarles que aquello era una prueba de que se había cometido un crimen y demostraba quién lo había perpetrado. Los testigos presenciales, por otra parte, a menudo mentían, y en el mejor de los casos, los abogados de la defensa los confundían con facilidad, razón por la cual, tanto la policía como los jurados raramente confiaban en ellos. En el camión podría haber residuos de la explosión, tal vez huellas dactilares en el papel engrasado que utilizaban los rusos para envolver las armas, o cualquier otra cosa. Lo ideal sería la colilla de un cigarrillo del conductor o el francotirador, ya que el FBI podía comparar el ADN de la saliva residual con el de cualquier persona, lo cual constituía una de las mejores nuevas armas de las que disponían (seiscientos millones de posibilidades contra una era algo difícil de discutir, incluso para los abogados defensores mejor pagados). Uno de los proyectos predilectos de Reilly consistía en importar la tecnología del ADN para la policía rusa, pero para ello los rusos habrían tenido que depositar por adelantado el coste del material del laboratorio, y eso era problemático, porque no parecían disponer de dinero para nada importante. Lo único de lo que disponían ahora eran los restos del proyectil, y era asombroso lo mucho que había sobrevivido al lanzamiento y la detonación, cuyo número de serie estaba siendo investigado, aunque era dudoso que dicha información condujera a ninguna parte. Pero se investigaba todo porque uno nunca sabía lo que era valioso y lo que no lo era hasta llegar a la meta, que era generalmente cuando se comparecía ante el juez y el jurado. Las cosas eran un poco distintas en Rusia, con respecto al procedimiento, pero algo que intentaba inculcarles a todos los policías rusos a los que asesoraba era que el objetivo de toda investigación era una condena. La mayoría lo aprendían lentamente y unos pocos con rapidez, así como que el hecho de que torturar a los sospechosos durante el interrogatorio no era una técnica eficaz. En Rusia tenían una constitución, pero el respeto público por la misma todavía tenía que crecer y tardaría tiempo en hacerlo. La idea de regirse por la ley en ese país era algo muy remoto.

El problema, pensó Reilly, consistía en que ni él ni nadie sabía de cuánto tiempo disponían los rusos para ponerse al día con respecto al resto del mundo. Allí había muchas cosas admirables, especialmente en lo relacionado con el arte. Debido a su condición diplomática, Reilly y su esposa solían recibir invitaciones a conciertos —que a él le gustaban— y al ballet —que le encantaba a ella—, y en eso eran todavía los mejores del mundo... pero en todo lo demás habían estado siempre rezagados. Algunos funcionarios de la embajada, viejos agentes de la CIA que estaban allí desde antes de la caída de la URSS, afirmaban que las mejoras eran increíbles. Si eso era cierto, pensó Reilly, lo anterior debía de haber sido realmente penoso, aunque el Bolchoy probablemente era el Bolchoy incluso entonces.

—¿Eso es todo? —preguntó Tanya Bogdanova en la sala de interrogatorios.

—Sí, gracias por haber venido. Puede que volvamos a llamarte.

—Llamadme a este número —dijo Tanya, al tiempo que le entregaba una tarjeta de visita—. Es el de mi móvil.

En Moscú, tener un teléfono móvil era un lujo occidental, reservado para quienes disponían de divisa extranjera, que evidentemente era el caso de Tanya.

El interrogador era un joven sargento de la milicia. Se puso educadamente de pie y le abrió la puerta a Bogdanova, dispensándole la cortesía que ella había llegado a esperar de los hombres. En el caso de los occidentales, era por sus atributos físicos. En el de sus paisanos, era su atuendo lo que les indicaba el nivel que había alcanzado. Reilly observó sus ojos cuando salía de la sala. Su expresión era como la de una niña que temía que descubrieran alguna travesura, pero no lo habían hecho. «Qué estúpido es mi padre», decía aquella clase de sonrisa, que no encajaba en su rostro angelical, pero ahí estaba, al otro lado del espejo.

—Oleg.

—Dime, Misha —respondió Provalov.

—Está sucia. Participa en el juego —dijo Reilly en inglés, consciente de que Provalov estaba familiarizado con la jerga de los policías norteamericanos.

—Estoy de acuerdo, Misha, pero no puedo acusarla de nada para retenerla.

—Supongo que no. Pero puede que sea interesante no perderla de vista.

—Si pudiera, no sería sólo la vista lo que no le quitaría de encima, Mikhail Ivan'ch.

—Si, no me sorprende —sonrió Reilly.

—Pero tiene un corazón de hielo.

—Es cierto —reconoció el agente del FBI.

Y el juego en el que participaba era peligroso, en el mejor de los casos, y letal en el peor.

—¿Entonces qué tenemos? —preguntó Ed Foley al cabo de unas horas, al otro lado del río de Washington.

—De momento, gornischt —respondió Mary Pat, a la pregunta de su marido.

—Jack quiere que nos demos prisa con este caso.

—Bueno, dile al presidente que hacemos lo que podemos y que lo único que tenemos hasta ahora es del agregado jurídico. Está íntimamente relacionado con la policía local, pero ellos tampoco parecen saber una mierda. Puede que alguien intentara matar a Sergey Nikolay'ch, pero el agregado cree que Rasputín era el verdadero objetivo.

—Supongo que tenía sus propios enemigos —reconoció el director de la CIA.

—Gracias —concluyó el vicepresidente, ante el nutrido público que llenaba la sala de las instalaciones del estadio de Ole Miss.

El objeto del discurso era anunciar la construcción de ocho nuevos destructores en los grandes astilleros de Litton, en la costa del golfo de Mississippi, lo cual significaba muchos puestos de trabajo y mucho dinero para el estado, asuntos siempre preocupantes para su gobernador, que aplaudía ahora de pie como si el equipo de fútbol americano de Ole Miss acabara de derrotar al de Texas en la liga de Cotton Bowl. Aquí se tomaban muy en serio sus deportes. Y su política, se recordó Robby a sí mismo, al tiempo que reprimía una maldición por su escabrosa profesión, que tanto se parecía al regateo medieval en la plaza del pueblo: tres buenos cerdos por una vaca, o algo por el estilo, y de regalo una jarra de cerveza. ¿Era así como se gobernaba un país? Hizo una mueca mientras movía la cabeza. También había política en la armada, y había escalado hasta la cumbre, pero lo había hecho distinguiéndose como oficial y convirtiéndose en el mejor piloto de caza. En cuanto a lo último, sabía evidentemente que todo piloto en di-cha situación creía exactamente lo mismo... pero en su caso, su juicio sobre sí mismo era absolutamente correcto.

Después de estrechar las manos habituales, que se acercaron a la tarima custodiadas por su escolta del servicio secreto, con sus adustas gafas oscuras, el vicepresidente descendió por una escalera para dirigirse a su coche, que estaba situado junto a la puerta trasera. Allí lo esperaba otro grupo de hombres armados, con su mirada siempre atenta en la lejanía, como debieron de hacerlo los artilleros de los B-17 sobre Schweinfurt, pensó el vicepresidente. Uno de ellos abrió la puerta y Robby subió al coche.

—Tomcat en movimiento —dijo el jefe de la escolta por su micrófono, cuando empezó a circular el vehículo.

Cuando el coche llegó a la autopista que conducía al aeropuerto, Robby levantó su carpeta de instrucciones.

—¿Sucede algo importante en Washington? —preguntó. —Nada de lo que me hayan informado —respondió el agente del servicio secreto.

Jackson asintió. Los que cuidaban de él eran buenos profesionales. Calculó que el jefe del equipo debía de ser capitán, y el resto de sus hombres entre sargentos y tenientes, que era como él los trataba. Eran subordinados, pero buenos profesionales que merecían una sonrisa y un saludo cuando cumplían debidamente con su obligación, que era casi siempre. La mayoría habrían sido buenos aviadores, y el resto, probablemente, buenos marines. Por fin el coche se acercó al reactor VC-20B en un rincón aislado de la zona de aviación general del aeropuerto, rodeado también de tropas de seguridad. El conductor detuvo el coche a sólo seis metros del pie de la escalera autoextensible del avión.

—¿Va a llevarnos usted a casa, señor? —preguntó el jefe de la escolta, que sospechaba conocer la respuesta de antemano.

—No le quepa la menor duda, Sam —sonrió el vicepresidente.

Eso no fue del agrado del capitán de las fuerzas aéreas asignado como copiloto del avión, ni entusiasmó al teniente coronel que supuestamente debía pilotar el Gulfstream III modificado. Al vicepresidente le gustaba tener en todo momento los controles del aparato en sus manos, mientras el coronel se comunicaba por radio y controlaba los instrumentos. El avión volaba la mayor parte del tiempo con el piloto automático, naturalmente, pero Jackson, estuviera o no en el asiento de la derecha, estaba decidido a actuar como comandante de vuelo y nadie podía impedirselo. Por consiguiente, el capitán se sentaba en el asiento trasero y el coronel en el de la izquierda, aun-que sin mover un solo dedo. Pero qué diablos, pensaba éste, el vicepresidente tenía una conversación amena y era un piloto bastante competente para un fantoche de la armada.

—Despejado a la derecha —dijo Jackson a los pocos minutos.

—Despejado a la izquierda —respondió el piloto, después de recibir la confirmación del señalizador situado frente al Gulfstream.

—Arrancando uno —dijo a continuación Jackson—. Arrancando dos —agregó a los quince segundos.

Aparecieron satisfactoriamente las franjas de los indicadores.

—Todo parece correcto, señor —declaró el teniente coronel de las fuerzas aéreas.

El Gulfstream llevaba motores Rolls-Royce Spey, los mismos utilizados en otra época en las versiones británicas del caza Phantom F-4, pero ligeramente mejorados.

—Torre, aquí Fuerzas Aéreas Dos listo para dirigirse a la pista.

—Fuerzas Aéreas Dos, despejado el camino tres.

—Recibido, torre. Fuerzas Aéreas Dos dirigiéndose a la pista por camino tres.

Jackson soltó los frenos y el aparato empezó a moverse, con sus reactores apenas al ralentí, pero consumiendo a pesar de todo una enorme cantidad de combustible. En los porta-aviones había ayudantes en cubierta de camisa amarilla para mostrar el camino, pensó Jackson. Aquí, uno debía seguir las indicaciones de un plano, sujeto al travesaño de las palancas, para llegar al lugar adecuado, sin dejar de mirar en todo momento a su alrededor, para asegurarse de que algún imbécil con un Cessna 172 no se cruzara en su camino, como hacían algunos coches en los aparcamientos de los supermercados. Por fin llegaron al extremo de la pista y se situaron en posición de despegue.

—Torre, aquí Spade solicitando permiso para despegar —dijo automáticamente, sin reflexionar.

—Esto no es el Enterprise, Fuerzas Aéreas Dos, ni disponemos de catapultas —respondió con una carcajada el controlador—, pero tiene pista libre para despegar, señor.

—Recibido, torre. Fuerzas Aéreas Dos en movimiento —sonrió el vicepresidente.

—¿Su apodo era realmente Spade? —preguntó el comandante designado, cuando el VC-20B empezaba a rodar por la pista.

—Me lo asignó mi primer comandante, cuando acababa de ingresar en el cuerpo. Y de algún modo perduró —respondió el vicepresidente, moviendo la cabeza—. Cielos, parece que ha pasado mucho tiempo.

—Velocidad uno, señor —dijo el oficial de las fuerzas aéreas—. Velocidad de rotación —agregó a continuación. Jackson tiró suavemente de la palanca, el aparato se levantó de la pista y empezó a ganar altura. El coronel subió el tren de aterrizaje cuando Jackson se lo ordenó, mientras éste movía el timón un centímetro a la derecha y un centímetro a la izquierda, moviendo ligeramente las alas, para asegurarse de que el aparato le obedecería. Al cabo de tres minutos, el Gulfstream volaba con el piloto automático, programado para virar; ascender y nivelarse a los once mil metros de altura.

—¿No le parece aburrido?

—Es una medida de seguridad, señor —respondió el oficial de las fuerzas aéreas.

Maldito conductor de camiones de basura, pensó Jackson. Ningún piloto de cazas se atrevería a decir algo semejante en voz alta. Desde cuándo se suponía que volar debía ser... bueno, Robby tuvo que reconocer que siempre se abrochaba el cinturón antes de arrancar el coche y nunca cometía imprudencias, ni siquiera con un avión de combate. Pero le ofendía que este aparato, como casi todos los nuevos, hicieran gran parte del trabajo para el que él había sido formado. Podía incluso aterrizar solo... bueno, la marina disponía de dichos sistemas en los aparatos de sus portaaviones, pero ningún aviador naval que se preciara los utilizaba, a no ser que se lo ordenaran, cosa que Robert Jefferson Jackson siempre había evitado. Este viaje quedaría registrado en su historial como tiempo al mando, pero en realidad no lo era. Lo que estaba al mando era un microprocesador, y su función real consistía en intervenir si algo marchaba mal. Pero nada se estropeaba. Ni siquiera los malditos motores. En otra época, los turborreactores duraban apenas nueve o diez horas antes de tener que ser reemplazados. Ahora había motores Spey en la flota G que llevaban doce mil horas. Había uno en servicio con treinta mil horas, que Rolls-Royce quería recuperar y ofrecía uno nuevo a cambio, para que sus ingenieros pudieran desarmarlo y comprobar qué era lo que tan bien habían hecho, pero su dueño, perversa y previsiblemente, se negaba a deshacerse del mismo. El resto del Gulfstream era igualmente fiable y llevaba los circuitos electrónicos más avanzados. Jackson observaba ahora la pantalla de color del radar meteorológico. Estaba despejada y tranquilizadamente oscura, lo cual indicaba que probablemente no haría viento durante todo el camino hasta Andrews. No había todavía ningún aparato que detectara las turbulencias, pero a una altitud de vuelo de unos once mil metros, dichos fenómenos no eran habituales, y, además de que Jackson no solía marearse en el aire, sus manos estaban a escasos centímetros de la palanca por si ocurría algo inesperado. Ocasionalmente deseaba que sucediera, para poder demostrar lo buen piloto que era... pero nunca ocurría. Volar se había convertido en algo demasiado rutinario desde su infancia en los Phantom F-4N y su adolescencia en los Tomcat F-14A. Tal vez fuera mejor así. Sí, claro, pensó.

—Señor vicepresidente —dijo la voz de la sargento de comunicaciones de las fuerzas aéreas, a bordo del VC-20.

Robby volvió la cabeza y vio que tenía una hoja de papel en las manos.

—Diga, sargento.

La sargento extendió la mano y Robby cogió el documento. —Acabamos de recibir este avance informativo.

—Coronel, el avión está temporalmente en sus manos —dijo el vicepresidente, dirigiéndose al teniente coronel en el asiento de la izquierda.

—Piloto al mando —respondió el oficial, cuando Robby empezaba a leer.

Siempre era lo mismo, aunque también era siempre diferente. La cubierta tenía el formato habitual de los documentos secretos. En otra época le había impresionado a Jackson que por el hecho de mostrarle una hoja de papel a la persona equivocada pudiera acabar en la Penitenciaría Federal de Leavenworth, o en su época, en realidad, en el desde entonces clausurado Penal Naval de Portsmouth en New Hampshire, pero ahora, como miembro decano del gobierno de Washington, sabía que podía mostrarle casi cualquier cosa a un periodista de The Washington Post con toda impunidad. No es que estuviera por encima de la ley, sino que era una de las personas que decidían lo que la ley significaba. Lo enormemente secreto y delicado en este caso era que la CIA no sabía absolutamente nada sobre el posible atentado contra la vida del maestro de espías ruso... lo que significaba que tampoco había nadie en Washington que lo supiera...

TRES

LOS PROBLEMAS DE LA RIQUEZA

El tema era el comercio, no exactamente el predilecto del presidente, pero a este nivel todos los temas eran suficientemente complejos, como para que incluso los que uno creía conocer se convirtieran en extraños en el mejor de los casos, o en el peor, ajenos y desconocidos.

—George —dijo Ryan, dirigiéndose a George Winston, secretario de la Tesorería.

—Señor pre...

—¡Maldita sea, George! —exclamó el presidente, que casi derramó el café del enfado.

—De acuerdo —asintió el secretario de la Tesorería—. No es fácil adaptarse... Jack.

Ryan empezaba a hartarse de las formalidades de la presidencia y su norma era que aquí, en el despacho oval, su nombre era Jack, por lo menos para los de su círculo más íntimo, del que Winston formaba parte. Después de todo, como el propio Ryan había dicho varias veces bromeando, puede que cuando abandonara aquella cárcel de mármol fuera a trabajar a Wall Street para Trader, como se lo conocía en el servicio secreto, en lugar de a la inversa. Después de abandonar la presidencia, algo por lo que se postraba ante Dios todas las noches, o al menos eso se rumoreaba, tendría que buscar en algún lugar un empleo remunerado y el comercio lo llamaba. Winston recordó que Ryan había demostrado una habilidad inusual para los negocios. Su último esfuerzo en este sentido había sido una empresa californiana llamada Silicon Alchemy, una de las muchas dedicadas a la informática, pero la única por la que Ryan se había interesado. Tan habilidoso fue en conducir dicha empresa a la Oferta Pública Inicial de nuevos valores, que sus propias acciones de SALC —acrónimo con el que aparecía en el índice de la Bolsa— estaban ahora valoradas en más de ochenta millones de dólares, que convertían sobradamente a Ryan en el presidente norteamericano más rico de la historia. Eso era algo que su jefe de personal, Arnold Van Damm, con la astucia política que lo caracterizaba, no divulgaba en los medios de comunicación, que solían considerar a todos los ricos como ladrones, salvo, naturalmente, los propios dueños de los periódicos y las cadenas de televisión que eran, evidentemente, las personas más humanitarias que existían. Asombrosamente, nada de esto era del dominio público, ni siquiera entre los poderosos de Wall Street. Si algún día regresaba a la Bolsa, a Ryan le bastaría su prestigio para ganar dinero mientras se quedaba durmiendo en su casa. Winston no tenía el menor reparo en reconocer que se lo había ganado sobradamente y no le importaba un comino lo que pudieran pensar los sabuesos de la prensa.

—¿Se trata de China? —preguntó Ryan.

—Efectivamente, jefe —asintió Winston.

«Jefe» era un término que Ryan era capaz de aceptar, ya que era también el que utilizaba en privado el servicio secreto, que formaba parte del Departamento de la Tesorería que dirigía Winston, para referirse al hombre al que habían jurado proteger.

—Tienen un pequeño problema de falta de fondos, e intentan resolverlo con nosotros.

—¿Cómo de pequeño? —preguntó el presidente.

—Parece que se trata de unos setenta mil millones anuales. —Como se suele decir, esto es dinero de verdad.

—A partir de nueve ceros es dinero de verdad —asintió George Winston—, pero está un poco mejor que nueve ceros mensuales.

—¿En qué se lo quieren gastar?

—No estoy completamente seguro, pero debe de estar relacionado en gran parte con el ejército. Ahora, las industrias armamentistas francesas se han puesto duras con ellos, después de que los británicos dieran al traste con la adquisición de reactores de Rolls-Royce.

El presidente asintió, mientras examinaba los informes que había sobre su escritorio.

—Efectivamente, Basil disuadió al primer ministro —respondió, refiriéndose a sir Basil Charleston, jefe del Servicio Secreto de Inteligencia británico, a veces denominado (erróneamente) MI6, que era un viejo amigo de Ryan desde su época en la CIA—. Fue un verdadero alarde de dignidad.

—Nuestros amigos en París no son del mismo parecer.

—Nunca suelen serlo —reconoció Ryan.

Lo curioso era la ambivalencia inherente en el trato con los franceses. En ciertos aspectos, más que aliados eran hermanos de sangre, pero en otros no llegaban siquiera a la categoría de asociados, y Ryan tenía dificultades para comprender la lógica por la que los franceses cambiaban de opinión. Esa es la razón por la que dispongo de un Departamento de Estado, pensó el presidente...

—¿Entonces crees que la República Popular China está ampliando de nuevo sus fuerzas armadas? —preguntó.

—A gran escala, pero no particularmente la armada, lo cual tranquiliza relativamente a nuestros amigos de Taiwan.

Esta había sido una de las iniciativas del presidente Ryan en política exterior, concluidas las hostilidades con la difunta República Islámica Unida, convertida ahora en las dos naciones independientes de Irán e Iraq, entre las que por lo menos reinaba la paz. Las verdaderas razones para el reconocimiento de Taiwan no se habían dado nunca a conocer al público. Parecía bastante claro, tanto para Ryan como para su secretario de Estado, Scott Adler, que la República Popular China había jugado cierto papel en la segunda guerra del golfo Pérsico, así como probablemente en el conflicto anterior con Japón. ¿Exactamente por qué? Algunos miembros de la CIA creían que China codiciaba la riqueza mineral de Siberia oriental, como sugerían los mensajes interceptados y otros accesos al correo electrónico de los industriales japoneses, que habían torcido el rumbo de su país creando una confrontación no del todo abierta con Norteamérica. El hecho de referirse a Siberia como «zona de recursos septentrional» era reminiscente de una generación anterior de estrategias japoneses, que denominaba el sur de Asia «zona de recursos meridional». Eso había formado parte de otro conflicto, conocido en la historia como segunda guerra mundial. En cualquier caso, la complicidad de la República Popular China con los enemigos de Norteamérica merecía una contrapartida, Ryan y Adler estaban de acuerdo y, además, la República China de Taiwan era una democracia, con representantes gubernamentales elegidos por la población de dicha nación insular y eso era algo que supuestamente Norteamérica debía respetar.

—Sería preferible que empezaran a reforzar su armada y amenazaran Taiwan. Estamos en mejor situación de impedir eso que...

—¿Tú crees? —interrumpió el secretario de la Tesorería. —Los rusos lo hacen —respondió Jack.

—¿Entonces por qué venden los rusos tanto armamento a los chinos? —preguntó Winston—. ¡No tiene sentido!

—George, no existe ninguna norma que diga que el mundo debe tener sentido —respondió Ryan, con uno de sus aforismos predilectos—Esto es algo que se aprende en los servicios secretos. ¿Sabes cuál era en 1938 el país con el que más comercio mantenía Alemania?

—¿Francia? —dijo el secretario de la Tesorería, que vio caer el ladrillo antes de que lo golpeará en la cabeza.

—Efectivamente —asintió Ryan—. Luego, en los años cuarenta y cuarenta y uno, hicieron mucho comercio con los rusos. Y eso tampoco tuvo un final muy feliz, que digamos.

—Sin embargo, todo el mundo me había dicho siempre que el comercio tenía una influencia moderadora —comentó el secretario.

—Puede que así sea entre las personas, pero recuerda que los gobiernos no tienen principios, sino intereses... por lo menos los primitivos, los que todavía no lo han dilucidado...

—¿Como la República Popular China?

Ahora fue Ryan quien asintió.

—Si, George, como esos pequeños cabrones de Pekín. Gobiernan una nación de mil millones de habitantes, pero lo hacen como si fueran una reencarnación de Calígula. Nadie les

ha dicho que tienen el deber de cuidar de los intereses del pueblo al que gobiernan... bueno, puede que esto no sea completamente cierto —reconoció Ryan, en un pequeño alarde de generosidad—. Disponen de ese gran modelo teóricamente perfecto promulgado por Karl Marx, refinado por Lenin y aplicado a su país por un rechoncho pervertido sexual llamado Mao.

—¿Cómo? ¿Un pervertido?

—Efectivamente —respondió Ryan, después de levantar la cabeza—. En Langley teníamos la información. A Mao le gustaban las vírgenes, cuanto más jóvenes, mejor: Puede que disfrutara viendo el miedo en sus lindos ojitos virginales; eso pensaba uno de nuestros asesores siquiátricos, una especie de violación, más que el sexo como poder. Bueno, supongo que pudo haber sido peor, por lo menos eran niñas —comentó con bastante aspereza—, y su cultura es bastante más liberal que la nuestra en ese sentido —agregó, moviendo la cabeza—. Deberías ver los informes que me entregan cuando nos visita algún importante dignatario extranjero, lo que llegamos a saber sobre sus costumbres personales.

—¿No sé si realmente quiero saberlo —dijo George, con una carcajada.

Ryan hizo una mueca.

—Probablemente, no. A veces preferiría que no me entregaran esos informes. A pesar de que cuando se sientan aquí en el despacho son correctos y encantadores, uno se pasa toda la jodida reunión buscando cosas raras.

Eso podía ser desconcertante, evidentemente, pero predominaba el criterio de que al igual que cuando se juega al póquer por mucho dinero, cuanto más se sabe sobre el individuo que está sentado al otro lado de la mesa, mayor es la ventaja que uno tiene, aunque le entren ganas de vomitar en la ceremonia de bienvenida en el jardín de la Casa Blanca. Pero Ryan se recordó a sí mismo que eso formaba parte de sus funciones como presidente. Y las personas pelean como tigres para alcanzar la presidencia. Y lo harían de nuevo cuando él se marchara, se recordó a sí mismo el presidente. Entonces, Jack, ¿es tu deber proteger a tu país de la clase de ratas, que aspiran a llegar al lugar donde realmente se encuentra el mejor queso? Ryan movió de nuevo la cabeza. Eran tantas las dudas... Lo principal no era que nunca desaparecieran, sino que aumentaran constantemente. Era extraño cómo, a pesar de comprender y poder describir todos los pasos que lo habían conducido a aquel despacho, todavía se preguntaba varias veces y a todas horas cómo diablos había llegado a encontrarse en ese lugar... y cómo diablos podría llegar a abandonarlo. En esta ocasión, sin embargo, no tenía pretexto alguno. Se había presentado a unas elecciones a la presidencia, si así podían llamarse, en lo que por cierto no coincidía Arnie Van Damm, ya que había cumplido todos los requisitos constitucionales, como lo reconocieron prácticamente todos los juristas del país y lo comentaron exhaustivamente en todos los principales medios de comunicación. En aquella época, pensó Jack, no miraba mucho la televisión. Pero en realidad se resumía a lo siguiente: las personas con las que uno trataba como presidente, a menudo no eran las que uno invitaría a su casa, no precisamente por falta de modales ni de encanto personal, de lo cual, para mayor perversión, gozaban en abundancia. Al principio, Arnie le había comentado a Jack que uno de los requisitos primordiales de la política profesional consistía, ni más ni menos, en la capacidad de ser agradable con las personas que uno despreciaba y luego hacer negocios con ellos, como si de amigos de la infancia se tratara.

—¿Entonces qué sabemos de nuestros amigos chinos, los paganos? —preguntó Winston—. Me refiero a los actuales.

—No mucho. Lo estamos investigando. A la CIA le falta mucho por descubrir, pero se han puesto en camino. Seguimos recibiendo mensajes interceptados. Su servicio telefónico tiene muchas fisuras y utilizan demasiado sus móviles sin codificar la información. Algunos son hombres de un vigor ejemplar; George, pero no hemos descubierto nada terriblemente escandaloso. Unos cuantos tienen secretarías que mantienen relaciones muy íntimas con sus jefes.

El secretario de la Tesorería soltó una carcajada.

—Bueno, eso es muy común, y no sólo en Pekín.

—¿Incluso en Wall Street? —preguntó Jack, levantando burlonamente una ceja.

—No puedo asegurarlo, señor, pero he oído algunos rumores —respondió Winston con una mueca.

Ocurría incluso en aquel mismo despacho, se recordó Ryan a sí mismo. Claro que desde entonces habían cambiado la alfombra y todo el mobiliario, salvo el escritorio presidencial. Uno de los problemas para ejercer su cargo era el bagaje acumulado por sus predecesores. Se decía que la memoria del público era fugaz, ¿pero era eso cierto? No cuando uno oía susurros, seguidos de carcajadas, acompañadas de ciertas miradas y algún que otro gesto, que le hacían a uno sentirse sucio al saberse objeto de las burlas. Y lo único que uno puede hacer al respecto es vivir su propia vida como mejor sepa, pero consciente de que su máxima esperanza es que la gente lo crea suficientemente astuto para no ser descubierto, ¿porque no es verdad que todo el mundo lo hace? Uno de los problemas de vivir en un país libre consistía en que fuera de este palacio-prisión, cualquiera podía pensar y decir lo que se le antojara. Y Ryan no gozaba siquiera del derecho que tenía cualquier otro ciudadano de darle un puñetazo a cualquier imbécil que osara mancillar su carácter sin aportar ninguna prueba. No parecía justo, pero en la práctica obligaría a Ryan a visitar muchas tabernas y romper muchos nudillos en vano. Y mandar a la policía o a los marines armados para resolver esos problemas no habría sido exactamente hacer un correcto uso del poder presidencial.

Jack sabía que era demasiado susceptible a las críticas para el cargo que ocupaba. Normalmente, la piel de los políticos era más dura que la de los rinocerontes, porque estaban a la expectativa de que les echaran en cara cualquier cosa, ya fuera verdadera o falsa. A base de cultivar dicha coraza, atenuaban hasta cierto punto el dolor hasta que por fin la gente dejaba de meterse con ellos, o por lo menos, ésa era la teoría. Puede que a algunos les funcionara. O tal vez esos cabrones sencillamente carecían de conciencia. Uno pagaba su dinero y hacía su elección.

Pero Ryan tenía conciencia. Esa era una elección que había hecho mucho antes. Uno tenía que seguir mirándose todos los días al espejo, normalmente para afeitarse, y no había ningún remedio fácil si no le gustaba el rostro que veía.

—Bien, George, volvamos a los problemas de la República Popular China —ordenó el presidente.

—Van a activar su comercio, en sentido unidireccional. Desaconsejan a sus propios ciudadanos que compren productos norteamericanos, pero venden todo lo que pueden. Incluidas, probablemente, algunas de las jóvenes vírgenes de Mao.

—¿Tenemos alguna prueba de ello?

—Jack, presto mucha atención a los resultados y tengo amigos en varios negocios que indagan y hablan con otros entre copa y copa. Lo que descubren suele llegar a mis oídos. ¿Sabías que la gente de raza china padece una curiosa enfermedad? Cuando toman una copa, les hace el mismo efecto que a nosotros cuatro o cinco, y después de la segunda copa, es como si se hubieran bebido una botella entera de Jack Daniel's, pero algunos intentan aguantar de todos modos, tal vez por una cuestión de hospitalidad. En cualquier caso, cuando eso ocurre, se van de la lengua, ya sabes. Sucede desde hace bastante tiempo, pero últimamente, Mark Gant ha organizado un pequeño programa. Los altos ejecutivos frecuentan ciertos lugares especiales y, bueno, ahora soy el amo del servicio secreto y su especialidad son los delitos financieros, ¿no es cierto? Muchos de mis viejos compañeros, conscientes de quien soy y de lo que hago ahora, cooperan muy a gusto y recibo mucha información interesante. Por regla general la mandan a mi personal ejecutivo al otro lado de la calle.

—Estoy impresionado, George. ¿Se la facilitas a la CIA?

—Supongo que podría hacerlo, pero temo que se molesten por una cuestión de competencias o algo por el estilo. Ryan puso los ojos en blanco al oír sus palabras.

—No en el caso de Ed Foley. Es un auténtico profesional desde hace mucho tiempo y la burocracia de Langley todavía no lo ha absorbido. Invítalo a almorzar en tu despacho. No le importará lo que estás haciendo. Lo mismo te digo de Mary Pat, que dirige el Centro de Operaciones. Mary Pat es una verdadera vaquera y también aspira a obtener resultados.

—Tomo nota de ello. Sabes, Jack, es asombroso lo mucho que habla la gente y lo que llega a revelar cuando las circunstancias son propicias.

—¿Cómo te las has arreglado para ganar tanto dinero en Wall Street, George? —preguntó Ryan.

—Principalmente, sabiendo un poco más que el individuo del otro lado de la calle —respondió George.

—En mi caso es lo mismo. Bien, ¿qué debemos hacer si nuestros amiguitos siguen adelante con ese asunto?

—Jack, no, ahora debo llamarte señor presidente, hace va varios años que financiamos la expansión industrial china. Nos venden mercancías que nosotros pagamos al contado y ellos se guardan el dinero para utilizarlo a su antojo en los mercados internacionales de divisa, o compran lo que quieren a otros países, a menudo cosas que podrían comprarnos fácilmente a nosotros, pero tal vez cero coma cinco por ciento más caras de un fabricante norteamericano. La razón por la que lo denominamos «comercio» obedece a que, en teoría, uno intercambia algo suyo por algo del otro individuo, como los niños con los cromos de béisbol, pero ellos juegan de otro modo. Además, nos mandan ciertos productos sólo para obtener dólares, que venden aquí a un precio más bajo que a sus propios ciudadanos. Esto supone una infracción técnica de por lo menos un par de estatutos federales —dijo Winston, encogiéndose de hombros—. Reconozco que dichos estatutos se aplican de una forma un tanto selectiva, pero están en el código y son vigentes. Si agregamos el Decreto de Reforma del Comercio que aprobamos hace unos años, debido a los juegos de los japoneses...

—Lo recuerdo, George. Inicío en cierto modo una pequeña batalla, en la que algunos fallecieron —comentó secamente el presidente.

Pero lo peor del caso era que posiblemente habla iniciado el proceso que había culminado con Ryan en ese despacho.

—Es cierto —asintió Winston—, pero la ley sigue siendo vigente. No se trata de un decreto temporal aplicable sólo a Japón. Si aplicamos a China las mismas leves comerciales que ellos nos aplican a nosotros, reduciremos considerablemente la capacidad operativa de sus cuentas exteriores, Jack. ¿Sería eso malo? No, teniendo en cuenta el desequilibrio comercial que ahora tenemos con ellos. Si se pusieran a fabricar automóviles y actuaran igual que lo hacen con todo lo demás, nuestro déficit comercial podría ser terrible en muy poco tiempo y, francamente, estoy harto de financiar su desarrollo económico, que llevan a cabo con pesados equipos adquiridos en Japón, en Europa. Si quieren comerciar con los Estados Unidos de América, bien, que comercien. Somos capaces de defender nuestra posición en una guerra comercial realmente justa con cualquier país, porque los obreros norteamericanos pueden producir tan bien como los demás en el mundo entero y mejor que la mayoría. Pero si les permitimos que nos tomen el pelo, nos lo toman. Y eso, Jack, me gusta tan poco aquí como cuando juego al póquer. Además, amigo mío, aquí las apuestas son mucho más fuertes.

—Te comprendo, George. ¿Pero no pretenderás que les pongamos una pistola en la sien? No se le hace eso a una nación, especialmente a una gran nación, a no ser que se tengan razones muy sólidas para ello. Ahora, nuestra economía funciona bastante bien, ¿no es cierto? Podemos permitirnos ser un poco indulgentes.

—Tal vez, Jack. Había pensado en algún detalle amistoso por nuestra parte, y no precisamente una pistola en la sien. El arma está siempre ahí, en la pistolera; la potencia armamentista es lo que concede categoría a un estado, ellos lo saben y nosotros sabemos que lo saben. El Decreto de Reforma del Comercio se puede aplicar a cualquier país, y estoy convencido de que la idea en la que se apoya esa ley es fundamentalmente sólida. Ha constituido una amenaza bastante útil con muchos países, pero nunca la hemos esgrimido con la República Popular China. ¿Por qué no?

El presidente se encogió de hombros, relativamente avergonzado.

—Porque todavía no he tenido oportunidad de hacerlo y antes de que yo ocupara la presidencia, demasiada gente en esta ciudad sólo pretendía besarles el culo.

—Eso le deja a uno mal sabor de boca, señor presidente, ¿no cree?

—Es posible —reconoció Jack—. Bien, lo que debes hacer es hablarlo con Scott Adler. Todos los embajadores trabajan para él.

—¿A quién tenemos en Pekín?

—Carl Hitch. Carrera diplomática, casi sesenta años, supuestamente muy bueno, y éste es su último destino.

¿La recompensa después de muchos años de servicio?

Ryan asintió.

—Algo por el estilo, supongo. No estoy completamente seguro. La administración del estado no era mi burocracia. Aunque no lo menciono, le había bastado con la de la CIA.

Este despacho era mucho más bonito, pensó Bart Mancuso, Y las charreteras de su uniforme blanco eran ahora un poco más pesadas, con cuatro estrellas en lugar de las dos que llevaba como comandante de la flota de submarinos del Pacífico. Pero eso era todo Su antiguo jefe, el almirante Dave Seaton, había ascendido a Jefe de operaciones navales y el presidente (o alguien próximo a él) había decidido que Mancuso era la persona indicada para ocupar ahora el cargo de comandante en jefe de la Fota del Pacífico. De modo que estaba en el mismo despacho que en otra época había ocupado Chester Nimitz y una serie de excelentes mandos navales desde entonces, algunos de ellos brillantes. Había transcurrido mucho tiempo desde el verano de su ingreso en la academia naval de Annapolis y los muchos años anteriores, especialmente porque había tenido un solo destino en el mar, en el USS Dallas, aunque cabía destacar que dicho destino había sido notable, incluidas dos misiones sobre las que todavía no podía hablar con nadie. Y el hecho de haber sido compañero a bordo, aunque sólo brevemente, del actual presidente con toda probabilidad no había perjudicado su carrera.

Su nuevo cargo incluía una elegante residencia oficial, una considerable dotación de marineros y suboficiales para cuidar de él y de su esposa (todos sus hijos estaban ahora en la universidad), coches oficiales con sus correspondientes conductores y también una escolta armada, porque por asombroso que parezca, existen personas que desprecian a los almirantes. Como comandante general, Mancuso estaba ahora a las órdenes directas del secretario de Defensa, Anthony Bretano, quien a su vez recibía órdenes directamente del presidente Ryan. A cambio, Mancuso tenía muchas ventajas. Ahora tenía acceso directo a toda clase de información secreta, incluida la más sagrada, sus fuentes y sus métodos, su procedencia y cómo se había obtenido, porque como ejecutivo principal norteamericano de una cuarta parte de la superficie del globo debía saberlo todo a fin de asesorar al secretario de Defensa, que a su vez asesoraba al presidente sobre el punto de vista, intenciones y deseos de la comandancia del Pacífico.

El Pacífico —pensó Mancuso después de completar su primer informe secreto de la mañana— parecía tranquilo. No siempre había sido así, evidentemente, incluido el conflicto bastante importante en el que había luchado recientemente contra los japoneses (la palabra «guerra» había caído en desuso en el habla civilizada), en el que había perdido dos de sus submarinos nucleares, destruidos en su opinión a traición y con engaño, aunque un observador más objetivo podría haber considerado que las tácticas del enemigo habían sido astutas y eficaces.

Hasta el presente se le había comunicado el paradero y actividades de sus diversos submarinos, pero ahora se le informaba también de sus portaaviones, acorazados, cruceros y buques de abastecimiento, así como de los marines e incluso recursos del ejército y de las fuerzas aéreas, que estaban técnicamente a su disposición como comandante en jefe de operaciones. Eso significaba que el informe duró hasta la tercera taza de café, al final de la cual miraba con cierta nostalgia al oficial sentado al otro lado de su escritorio. Su coordinador de inteligencia era, en realidad, un general de brigada del ejército, que hacía la ronda de servicios especiales y, francamente, desempeñaba bastante bien su trabajo. Dicho general, llamado Mike Lahr, había sido profesor de Ciencias Políticas en West Point, entre otros destinos. El hecho de tener que considerar factores políticos era algo nuevo en la carrera de Mancuso, pero paralelamente iba acompañado de un aumento del territorio que estaba bajo su mando. El comandante en jefe del Pacífico había hecho también su «ronda», y estaba teóricamente familiarizado con la capacidad y orientación de las demás fuerzas armadas, pero la confianza que pudiera haber obtenido en ese sentido decreció ante la responsabilidad de utilizar dichas fuerzas de modo profesional bajo sus órdenes. Disponía de comandantes subordinados en los demás ejércitos para asesorarlo, pero su trabajo consistía en saber más de lo imprescindible para formular preguntas, y para Mancuso eso significaba salir y ensuciarse la ropa para ver el lado práctico de la situación, porque los muchachos destinados a su campo de operaciones verterían su sangre si él no desempeñaba debidamente sus funciones.

Se trataba de un equipo mixto, formado por Atlantic Richfield Company, British Petroleum y la mayor empresa rusa de prospección petrolífera. Los rusos eran los de mayor

experiencia pero menor pericia, y sus métodos eran los más anticuados. Eso no significaba que fueran estúpidos, sino todo lo contrario. Dos de ellos eran geólogos de gran talento, con unos conocimientos teóricos que impresionaron a sus colegas norteamericanos y británicos. Además, asimilaban las ventajas de los equipos más modernos de exploración, casi con la misma rapidez que los ingenieros que los habían concebido.

Se sabía desde hacía muchos años que esta parte de Siberia oriental era geológicamente gemela de la región septentrional de Alaska y norte de Canadá, donde se habían localizado vastos yacimientos petrolíferos que explotaban dichos países. Lo difícil había sido trasladar hasta allí los equipos adecuados, para comprobar si la similitud no era sólo superficial.

Llevar los aparatos a los lugares indicados había sido una pesadilla. Después de trasladar por tren los camiones de percusión hasta el sureste siberiano desde el puerto de Vladivostok, puesto que eran demasiado pesados para el transporte aéreo, habían tardado un mes a campo traviesa hacia el norte desde Magdagachi, cruzando Aim y List Maya, hasta empezar por fin a trabajar al este de Kazachve.

Pero lo que encontraron los dejó estupefactos. Desde Kazachve, junto al río Yana, hasta Kolvmskava, junto al Kolyma, era todo un yacimiento petrolífero comparable al del golfo Pérsico. Los camiones de percusión y los vehículos informatizados de detección sísmica habían localizado una gran cantidad de perfectas formaciones abovedadas en el subsuelo, algunas a seiscientos metros escasos de profundidad, pocos metros en línea vertical desde la superficie helada, cuya perforación sería tan fácil como cortar un pastel de boda con el sable de un oficial de caballería. Era imposible determinar el alcance del yacimiento sin perforar pozos experimentales, que según el ingeniero en jefe norteamericano serían del orden de un centenar, pero ninguno de ellos había visto jamás un yacimiento petrolífero tan vasto y prometedor en toda su carrera profesional. Evidentemente, las cuestiones relacionadas con la explotación no serían insignificantes. Salvo en la Antártida, no había ningún lugar en el planeta con un clima menos apetecible. Trasladar aquí la maquinaria de extracción supondría años de inversiones en múltiples etapas, la construcción de aeródromos, probablemente la construcción de puertos para mercantes, indispensables para el transporte de los equipos pesados, y luego el oleoducto necesario para hacer llegar el petróleo al mercado, probablemente por Vladivostok, al parecer de los norteamericanos, todo ello en los breves meses veraniegos. Los rusos podrían venderlo desde allí, y los superpetroleros, más propiamente denominados VLCC o ULCC, lo transportarían a través del Pacífico tal vez a Japón, o a Norteamérica, o a cualquier otro lugar donde se necesitara petróleo, que era casi en todas partes. De dichos usuarios se obtendrían divisas. Rusia tardaría muchos años más en poder construir la infraestructura necesaria para suministrar el petróleo a sus propias industrias y sus propios consumidores, pero el dinero obtenido de la venta del crudo siberiano podría utilizarse para adquirir petróleo de otras fuentes, más fácil de trasladar a puertos rusos y, por consiguiente, a los oleoductos rusos ya existentes. La diferencia económica entre comprar y vender por una parte, o construir un enorme oleoducto extraordinariamente caro por otra, era en todo caso insignificante y, por regla general, dichas decisiones obedecían a razones políticas más que económicas.

Exactamente en aquel mismo momento y a sólo unos novecientos sesenta kilómetros de distancia, había otro equipo de geólogos en el extremo oriental de la cordillera de Sayan. Algunas de las tribus seminómadas de la zona, que habían sobrevivido a lo largo de los siglos con sus rebaños de renos, llevaron a una oficina del gobierno unas piedras amarillas y brillantes. Pocas personas en el mundo fueron conscientes del significado de dichas piedras, por lo menos durante los treinta siglos precedentes, y decidieron mandar un equipo de la Universidad Estatal de Moscú, que todavía era el centro intelectual de mayor prestigio. Pudieron trasladarse en avión, puesto que sus aparatos eran mucho más ligeros, y cubrieron los últimos centenares de kilómetros a caballo, lo que supuso un maravilloso anacronismo para los intelectuales del equipo de investigación, más acostumbrados al metro de Moscú.

Lo primero que encontraron fue a un hombre de ochenta y tantos años, que vivía solo con su rebaño y un rifle para ahuyentar a los lobos. Vivía solo desde la muerte de su esposa, hacía veinte años, completamente olvidado por los sucesivos gobiernos de su país, cuya existencia era sólo conocida por algunos tenderos de un lóbrego pueblo situado treinta kilómetros hacia el sur, y su estado mental reflejaba su prolongado aislamiento. Lograba matar dos o tres lobos todos los años y guardaba las pieles como lo haría todo pastor y cazador, pero con una diferencia. Primero llevaba las pieles al riachuelo que corría cerca de su cabaña y las sumergía bajo unas piedras.

En la literatura occidental existe el relato de Jason y los Argonautas, y su heroica búsqueda del vellocino de oro. Hasta hace poco no se había sabido que el objeto de la leyenda era real: los miembros de las tribus de Asia Menor sumergían las pieles de cordero en los riachuelos de su región para atrapar el polvo de oro que era arrastrado por el agua y convertir las fibras pálidas de la lana en una prenda de aspecto casi mágico.

Lo mismo ocurría aquí. Las pieles de lobo que los geólogos encontraron colgando en la puerta de la cabaña de aquel viejo luchador, a primera vista, parecían esculturas (le maestros del Renacimiento, o incluso de artesanos del antiguo Egipto de los faraones con su impecable capa dorada, antes de comprobar que cada piel pesaba sus buenos sesenta kilos y que había treinta y cuatro pieles. Sentados alrededor de la indispensable botella de vodka, descubrieron que su nombre era Pavel Petrovich Gogol, que había luchado contra los fascistas en la «gran guerra patriótica» como francotirador y que, asombrosamente, había sido nombrado dos veces héroe de la Unión Soviética por su habilidad como tirador, principalmente en las batallas de Kiev y de Varsovia. En un alarde relativo de agradecimiento, su patria le había permitido regresar a la tierra de sus antepasados, que resultaron ser emprendedores rusos llegados a Siberia a principios del siglo xix, donde vivía olvidado por los burócratas, a quienes nunca preocupaba realmente la procedencia de los renos que consumía la población, ni quién podía invertir el dinero de su pensión en la compra de munición para su viejo rifle. Pavel Petrovich conocía el valor del oro que había encontrado, pero nunca se lo había gastado, porque su vida en solitario le resultaba perfectamente satisfactoria. El yacimiento de oro, pocos kilómetros río arriba del lugar donde los lobos tomaban su último baño, como Pavel Petrovich lo describía con un destello en la mirada y un trago de vodka, resultó ser quizá tan importante como el descubrimiento en Sudáfrica a mitad del siglo xix de la mina de oro más rica de la historia del planeta. El oro local no se había descubierto por diversas razones, relacionadas sobre todo con el terrible clima siberiano, que había impedido en primer lugar una prospección detallada y, en segundo lugar, cubría de hielo durante tanto tiempo los riachuelos locales, que el polvo de oro en el agua pasaba inadvertido.

Tanto el equipo de prospección petrolífera como el de prospección geológica se habían desplazado a la zona con teléfonos que funcionaban vía satélite, para informar cuanto antes de sus hallazgos. Y así lo hicieron ambos, casualmente el mismo día.

El sistema Iridium de comunicaciones vía satélite que utilizaban suponía un avance extraordinario en las comunicaciones globales. Un instrumento fácilmente portátil les permitía comunicarse con una constelación de satélites de comunicaciones de baja altitud, que transmitían la señal a la velocidad de la luz (que era casi instantánea, pero no del todo) a los satélites de comunicaciones convencionales y de allí a la superficie de la tierra.

El sistema Iridium estaba concebido para acelerar las comunicaciones en todo el planeta. Sin embargo, no era seguro. Había formas de conseguir que lo fuera, pero para ello era preciso que cada usuario tomara sus propias medidas de seguridad. En teoría, ahora era posible adquirir libremente sistemas de codificación de 128 bits, sumamente difíciles de descifrar incluso para las naciones más avanzadas y sus servicios secretos... o, al menos, eso aseguraban los vendedores. Pero lo asombroso era que pocos se preocupaban de hacerlo. Su pereza facilitaba enormemente la vida de la Agencia Nacional de Seguridad, situada en Fort Meade, Maryland, entre Baltimore y Washington. Disponían de un sistema informático denominado ECHELON, programado para escuchar todas las conversaciones transmitidas por el éter y activarse al detectar ciertas palabras clave. La mayoría eran términos relacionados implícitamente con la seguridad nacional, pero desde el fin de la guerra fría, la ASN y otros cuerpos prestaban más atención a los asuntos económicos y, por consiguiente, algunos de los nuevos términos eran palabras como «petróleo», «nacimiento», «crudo», «mina» y «oro», entre otras, todas ellas en treinta y ocho idiomas. Cuando una de dichas palabras llegaba al oído electrónico de ECHELON, grababa la conversación a partir de aquel momento por medios electrónicos, la transcribía y si era necesario la traducía, todo ello informatizado. No era en absoluto un sistema perfecto y las sutilezas del lenguaje eran todavía difíciles de desentrañar para un programa informático, por no mencionar la tendencia de muchas personas a refunfuñar por teléfono, pero cuando se producía un desacierto, un lingüista, de los muchos que trabajaban en la Agencia de Seguridad Nacional, revisaba la conversación original.

Los informes paralelos de los descubrimientos de petróleo y oro llegaron con sólo cinco horas de diferencia y recorrieron velozmente la cadena de mando. Ambos se convirtieron en un Aviso Especial de la Inteligencia Nacional (conocido como SNIE) destinado al despacho del presidente después de su próximo desayuno, que le entregaría el doctor Benjamin Goodlev, asesor de seguridad nacional, previo examen de la información por parte de un equipo de la Dirección de Ciencia y Tecnología de la CIA, con la inestimable ayuda de expertos del Petroleum Institute de Washington, algunos de cuyos miembros mantenían una cordial relación con diversos departamentos gubernamentales. La primera evaluación, definida cautelosamente como preliminar para evitar acusaciones posteriores si resultaba ser incorrecta, utilizaba varios superlativos cuidadosamente elegidos.

—Maldita sea —exclamó el presidente a las 8.10, hora de la costa este—. De acuerdo, Ben, ¿cuál es realmente su alcance?

—¿No confía en nuestras pequeñas técnicas? —respondió el asesor de seguridad nacional.

—Durante todo el tiempo que he trabajado en la otra orilla, ni una sola vez he comprobado que se equivocaran en algo parecido, pero, maldita sea, a menudo subestiman la situación —dijo Ryan, antes de hacer una pausa—. Y si éste es un cálculo por lo bajo, las repercusiones pueden ser bastante grandes.

—Señor presidente —respondió Goodley, que no formaba parte del círculo íntimo de Ryan—, hablamos de miles de millones, nadie sabe exactamente cuántos, pero póngale como mínimo doscientos mil millones de beneficios en divisas durante los próximos cinco a siete años. En dinero útil.

—¿Y como máximo?

Goodley reclinó momentáneamente la espalda y respiró hondo.

—He tenido que calcularlo. Un billón es un millón de millones. La cifra puede ser superior. Esto es pura especulación, pero según nuestro personal al otro lado del río y los expertos del Petroleum Institute que utiliza la CIA, no dejaban de repetir «¡válgame Dios!».

—Una buena noticia para los rusos —afirmó Jack, mientras hojeaba el SNIE.

—Efectivamente, señor.

—Ya empezaba a ser hora de que les sonriera la suerte —pensó en voz alta el presidente—. Bien, mándele una copia de este informe a George Winston. Queremos su evaluación de lo que esto significa para nuestros amigos de Moscú.

—Me proponía llamar a algunas personas de Atlantic Richfield. Han formado parte de la exploración, e imagino que participarán de los beneficios. Su presidente es un individuo llamado Sam Sherman. ¿Lo conoce?

Ryan negó con la cabeza.

—Me suena el nombre, pero no nos conocemos. ¿Cree que conviene remediarlo?

—Si quiere información fidedigna, no vendría mal.

—De acuerdo —asintió Ryan—, tal vez le diré a Ellen que lo localice —agregó, refiriéndose a su secretaria particular, Ellen Sumter, que se encontraba seis metros a su derecha tras una puerta esculpida—. ¿Algo más?

—Todavía andan a tientas en busca de los que perpetraron el atentado contra el proxeneta de Moscú. Nada nuevo que aportar sobre el caso.

—Estaría bien saber lo que sucede en el mundo, ¿no le parece?

—Podría ser peor, señor —respondió Goodley.

—Desde luego —dijo Ryan, después de dejar el informe sobre su mesa—. ¿Algo más?

Goodley negó con la cabeza.

—Así están las cosas esta mañana, señor presidente. Ryan le sonrió.

CUATRO

SACUDIENDO EL POMO

No importaba en qué ciudad o país se encontrara uno, se dijo Mike Reilly a sí mismo. El trabajo de la policía era siempre el mismo. Uno hablaba con posibles testigos, con posibles implicados y con la víctima. Aunque en esta ocasión no hablaría con la víctima. Grisha Avseyenko nunca volvería a hablar. El patólogo asignado al caso comentó que no había visto semejante desastre desde su período de uniforme en Afganistán. Pero era de esperar. El lanzacohetes utilizado había sido concebido para perforar carros blindados y búnkers de hormigón, que era más difícil que destruir un vehículo privado destinado al transporte de pasajeros, aunque se tratara de un coche tan caro como el alcanzado en la plaza Dzezhinskiy. Eso significaba que las partes del cuerpo eran difíciles de identificar. Resultó que las muelas empastadas de media mandíbula bastaron para determinar con gran certeza que el fallecido era efectivamente Gregoriy Filipovich Avseyenko, como confirmarían más adelante las pruebas de ADN (así como el grupo sanguíneo, que también coincidía). Ningún fragmento del cuerpo era lo suficientemente grande para su identificación; la cara, por ejemplo, había desaparecido por completo, así como el antebrazo izquierdo, en el que llevaba un tatuaje. Su muerte había sido instantánea, declaró el patólogo, después de guardar los fragmentos examinados en un recipiente de plástico, que a su vez se introdujo en una caja de roble, probablemente para su posterior incineración, después de que la milicia moscovita comprobara si existía algún pariente y averiguara sus intenciones respecto a los restos mortuorios. El teniente Provalov suponía que se optaría por la incineración. Además de ser el método más fácil, rápido y limpio, también era más barato encontrar un lugar de reposo para una pequeña caja o una urna, que para un ataúd con un cadáver en su interior.

Provalov recuperó el informe patológico de su colega norteamericano. No esperaba que revelara nada interesante, pero algo que había aprendido a raíz de su asociación con el FBI norteamericano era que debía examinarse todo meticulosamente, porque pronosticar el desarrollo de un caso criminal era como acertar una quiniela dos semanas antes de que se jugaran los partidos. Las mentes de los criminales eran demasiado azarosas en su forma de actuar para hacer cualquier clase de pronóstico.

Y ésa había sido la parte fácil. El informe patológico del conductor no servía para nada. Los únicos datos del mismo que podían tener algún interés eran el grupo sanguíneo y las clases de tejido (que podrían compararse con su ficha militar, si lograban localizarla), ya que su cuerpo había quedado tan descuartizado que no había ninguna marca ni característica identificables, aunque, curiosamente, sus documentos de identidad habían sobrevivido en su cartera y probablemente sabían quién era. Lo mismo había sucedido con la mujer que viajaba en el coche, cuyo bolso había sobrevivido, en el asiento, junto a ella, prácticamente intacto, incluidos sus documentos de identidad, que era mucho más de lo que podía decirse de su cara y torso superior. Reilly examinó las fotografías de las víctimas y sólo pudo suponer que coincidían. El conductor tenía un aspecto muy común, tal vez un poco más atlético que la mayoría. La mujer, otra de las prostitutas de lujo del proxeneta con una fotografía en los archivos de la policía, había sido un bombón, digna aspirante a estrella de Hollywood y sin duda suficientemente bella para aparecer en las páginas centrales de Playboy. Bueno, eso era todo.

—Dime, Mishka, ¿has intervenido en suficientes atentados de este tipo como para que ya no te afecten? —preguntó Provalov.

—¿Sinceramente? —respondió Reilly, moviendo la cabeza—. La verdad es que no. No nos ocupamos de muchos homicidios, salvo los que tienen lugar en propiedad federal: reservas indias o bases militares. Pero me he ocupado de algunos secuestros y uno nunca llega a acostumbrarse.

Reilly no se molestó en agregar que especialmente se debía a que los secuestros por dinero ya no se estilaban en Norteamérica. Ahora secuestraban a los niños por su utilidad

sexual y a menudo los asesinaban en el plazo de cinco horas, incluso antes de que el FBI tuviera la oportunidad de responder a la solicitud inicial de la policía local. Entre todos los delitos de los que Mike Reilly se había ocupado, éstos eran con mucho los peores, después de los cuales, uno se refugiaba en el bar local del FBI y tomaba una copa de más rodeado de colegas igualmente estupefactos, entre juramentos ocasionales de que atraparía a ese memo costara lo que costase. Por regla general, los malhechores eran capturados, acusados y condenados, y los más afortunados eran ejecutados. Los condenados en estados donde se había abolido la pena de muerte iban a la cárcel con presos comunes, donde descubrían lo que los atracadores pensaban de los que abusaban de los menores.

—Pero sé a lo que te refieres, Oleg Gregoriyevich —agregó Reilly—. Es algo difícil de explicar a una persona normal.

Era el hecho de que lo peor del escenario de un crimen o de la fotografía de la autopsia era la tristeza que inspiraba, por haberle arrebatado a la víctima, no sólo su vida, sino también su dignidad. Y esas fotos eran particularmente espeluznantes. La belleza de María Ivanovna Sablin no era ahora más que un recuerdo en la mente de quienes habían alquilado su cuerpo. ¿Quién lamentaba la muerte de una prostituta?, se preguntó Reilly. No sus clientes, que buscarían otra sin apenas pensar en ello. Probablemente tampoco sus colegas en el comercio de la carne y el deseo, ni los parientes que pudiera haber dejado en este mundo, que seguramente no la recordarían como una niña que al crecer había seguido el camino equivocado, sino como una persona encantadora que se había deshonrado a sí misma fingiendo pasión, pero sin mayor sentimiento que el cirujano que descuartizaba sus órganos sobre la mesa de acero del depósito municipal de cadáveres. ¿Era eso lo que eran las prostitutas —se preguntó Reilly—, patólogas del sexo? Un delito sin víctima, decían algunos. Reilly deseaba que esa gente hubiera visto aquellas fotos y comprobara hasta qué punto «no eran víctimas» las mujeres que vendían su cuerpo. —¿Algo más, Oleg? —preguntó Reilly.

—Seguimos interrogando a personas que conocían al fallecido —respondió, encogiéndose de hombros.

—Ofendía a las personas equivocadas —respondió el confidente, al tiempo que se encogía de hombros, para indicar lo absurda que era la pregunta.

¿Cómo, si no, habría muerto de un modo tan espectacular alguien de la categoría de Avseyenko?

—¿De qué personas estamos hablando? —preguntó el sargento de la milicia, sin esperar una respuesta significativa, aunque uno formulaba de todos modos esa clase de preguntas, porque no conocía la respuesta hasta que la oía.

—Sus colegas de la Seguridad del Estado —sugirió el confidente.

—¿En serio?

—¿Quién, si no ellos, podía haberle matado de ese modo? Una de sus chicas habría utilizado un cuchillo. Un rival comercial se habría servido de una pistola o un cuchillo de mayores dimensiones, ¿pero un lanzagranadas... en serio, dónde se consigue eso?

Evidentemente no era el primero en expresar dicha idea, aunque la policía local debía tener en cuenta que toda clase de armas, pesadas y ligeras, habían desaparecido de un modo u otro de los arsenales de lo que antes se llamaba el Ejército Rojo, para entrar en el mercado negro de los delincuentes.

—¿Puedes facilitarnos algún nombre? —preguntó el policía.

—No un nombre, pero sí una cara. Es alto y robusto, como un soldado, pelirrojo, piel clara, algunas pecas de cuando era joven, ojos verdes —respondió el confidente, antes de hacer una pausa—. Sus amigos lo llaman el Niño por su aspecto juvenil. En otra época perteneció a la Seguridad del Estado, pero no era espía ni cazador de espías. Hacía algún otro tipo de trabajo, pero no sé en qué consistía.

En ese momento, el sargento de la milicia empezó a tomar notas más precisas, con la letra de su lápiz más oscura y más legible sobre el papel amarillo.

—¿Y ese hombre estaba descontento de Avseyenko?

—Eso he oído.

—¿Y la razón de su descontento?

—Eso no lo sé, pero Gregoriy Filipovich tenía una habilidad especial para ofender a los hombres. Evidentemente era muy mañoso con las mujeres. Para eso tenía un don especial, pero ese don no se extendía a su trato con los hombres. Muchos lo tomaban por zhopnik, pero evidentemente no lo era. Cada noche llevaba una mujer distinta colgada del brazo y nunca eran feas, pero por alguna razón no se llevaba bien con los hombres, ni siquiera con los de la Seguridad del Estado donde, según él, había desempeñado una función de gran importancia nacional.

—¿En serio? —comentó el sargento de la milicia, de nuevo aburrido.

Si había algo que les gustaba a los delincuentes era vanagloriarse de sí mismos.

—Desde luego. Gregoriy Filipovich aseguraba haber suministrado amantes a toda clase de extranjeros, incluidos algunos de rango ministerial, que siguen facilitando valiosa información a la Madre Rusia. Yo lo creo —agregó el confidente, introduciendo de nuevo sus propias opiniones—. Para pasar una semana con uno de esos ángeles, yo estaría dispuesto a contar cualquier cosa.

—¿Cómo se las arregló Avseyenko para ofender a personas tan poderosas? —preguntó de nuevo el policía con un bostezo, mientras pensaba «¿y quién no lo haría?».

—Ya le he dicho que no lo sé. Hable con el Niño, puede que él lo sepa.

—Se dice que Gregoriy empezaba a importar drogas —dijo a continuación el policía, lanzando el sedal en otra dirección, para comprobar qué peces merodeaban por las aguas tranquilas.

—Es cierto —respondió el confidente—. Eso se dice. Pero yo no he visto ninguna prueba.

—¿Quién puede haberla visto?

—No lo sé —respondió, después de encogerse nuevamente de hombros—. Puede que alguna de las chicas. Nunca comprendí cómo se proponía distribuir lo que intentaba importar. Usar a las chicas era lógico, evidentemente, pero peligroso para ellas... y para él, porque sus prostitutas habrían traicionado su lealtad ante la perspectiva de acabar en un campo. ¿Cuál es entonces la otra alternativa? —preguntó retóricamente el confidente—. Habría tenido que crear una organización completamente nueva y eso comportaba también sus peligros. De modo que sí, creo que pensaba en importar drogas para venderlas y ganar con ello muchísimo dinero, pero Gregoriy no sentía ningún deseo de ir a la cárcel y creo que sólo se lo planteaba y hablaba un poco de ello, pero no mucho. Me parece que todavía no se había decidido definitivamente. No creo que hubiera importado nada cuando murió.

—¿Rivales con las mismas ideas? —preguntó a continuación el policía.

—Hay personas que pueden suministrar cocaína y otras drogas, como bien sabe.

El policía levantó la cabeza. En realidad, el sargento de la milicia no lo sabía con certeza. Había oído rumores, pero no había recibido informes fiables de confidentes que merecieran su confianza (en la medida que cualquier policía de cualquier ciudad pueda confiar en un confidente). Como con tantas otras cosas, circulaban voces por las calles de Moscú, pero al igual que la mayoría de sus compañeros de la policía, consideraba que donde se manifestaría en primer lugar sería en el puerto de Odessa, en el mar Negro, una ciudad cuya actividad criminal se remontaba a la época de los zares y que hoy en día, con la restauración del libre comercio con el resto del mundo, tendía a introducir en Rusia toda clase de actividades clandestinas. Si existía un comercio activo de drogas en Moscú, era tan nuevo y tan pequeño que todavía no lo había descubierto. Tomó nota mental de comprobarlo con Odessa, para averiguar si se había detectado allí algún indicio de lo mencionado.

—¿Y de qué personas podría tratarse? —preguntó el sargento.

Si existía en Moscú una red creciente de distribución, valía la pena averiguarlo.

El trabajo de Nomuri en Nippon Electric Company incluía la venta de avanzados ordenadores de sobremesa y periféricos. Para él, eso significaba dirigirse al gobierno de la República Popular China, cuyos funcionarios de alto rango debían poseer lo mejor y lo más nuevo en todos los campos, desde coches hasta amantes, pagados siempre por el gobierno,

que a su vez obtenía el dinero del pueblo al que los funcionarios representaban y protegían como mejor sabían. Al igual que con muchas otras cosas, la República Popular China podía haber comprado marcas norteamericanas, pero en este caso había decidido adquirir ordenadores japoneses, que eran ligeramente más baratos (y con menos prestaciones), al igual que habían preferido comprar aviones Airbus de fabricación europea, en lugar del Boeing norteamericano, decisión tomada hacía unos años para darle una lección a Norteamérica. Dicha decisión había provocado cierto resentimiento en Estados Unidos durante un breve período, pero no habían tardado en olvidarlo, como suelen hacer con estas cosas, al contrario de los chinos, que nunca olvidan nada.

Cuando el presidente Ryan anunció la reanudación del re-conocimiento oficial del gobierno de la República China en Taiwan, las repercusiones retumbaron por los pasillos del poder de Pekín, como fuertes sacudidas de un gran terremoto.

Nomuri no había estado allí el tiempo suficiente para percibir la ira que había generado, pero las secuelas eran suficientemente significativas y se había percatado de su eco desde su llegada a Pekín. Las preguntas que le formulaban eran a veces tan directas y tan exigentes que momentáneamente llegó a creer que sus interlocutores habían descubierto su tapadera y sabían que era un agente «clandestino» de la CIA en la capital de la República Popular China, sin ninguna clase de cobertura diplomática. Pero no se trataba de eso, sino simplemente del eco prolongado de su ira política. Paradójicamente, el propio gobierno chino intentaba ahuyentar dicha ira, porque ellos también tenían que hacer negocios con Estados Unidos, convertidos ahora en su primer socio comercial y fuente de vastas cantidades de dinero sobrante, que su gobierno necesitaba para hacer lo que Nomuri tenía la misión de averiguar. Y ahí estaba ahora, en la antesala del despacho de uno de los altos funcionarios de la nación.

—Buenos días —sonrió, con una reverencia a la secretaria.

Sabía que trabajaba para un ministro llamado Fang Gan, cuyo despacho estaba cerca. La secretaria vestía sorprendentemente bien para ser una trabajadora casi común, en un país donde la moda sólo se expresaba en el color de los botones de las chaquetas estilo Mao, tan características del uniforme de los funcionarios del estado como lo era la lana verde grisácea del de los soldados del Ejército Popular de Liberación.

—Buenos días —respondió la joven—. ¿Es usted Nomuri?

—Sí, ¿y usted...?

—Lian Ming —dijo la secretaria.

Interesante nombre, pensó Chester. «Lian», en mandarín, significaba «sauce grácil». Era bajita, como la mayoría de las mujeres chinas, con el rostro bastante cuadrado y los ojos oscuros. Lo menos atractivo en ella era el pelo, corto y peinado al peor estilo de los años cincuenta en Norteamérica, que incluso entonces usaban sólo los chicos de los suburbios marginales en los Apalaches. En general, sus facciones eran típicamente chinas y muy apreciadas en un país aferrado a sus tradiciones. Su mirada, por lo menos, desprendía inteligencia y educación.

—Ha venido para hablar de ordenadores y de impresoras, ¿no es así? —dijo en un tono neutro.

—Efectivamente. Creo que nuestra nueva impresora matricial les parecerá particularmente interesante.

—¿Por qué? —preguntó Ming.

—¿Habla usted inglés? —preguntó Nomuri en dicha lengua.

—Por supuesto —respondió Ming, también en inglés.

—Entonces se lo puedo explicar con mayor facilidad. En el caso de una transliteración inglesa de un texto en mandarín, la impresora convierte automáticamente la escritura a ideogramas mandarines —explicó, al tiempo que sacaba una hoja de su carpeta de plástico y se la entregaba a la secretaria—. También estamos elaborando un sistema de impresión por láser, cuya presentación será todavía más pulcra.

—Caramba —exclamó la secretaria.

La calidad de los caracteres era excelente, comparable fácilmente a la de las monstruosas máquinas de escribir que utilizaban las secretarías para mecanografiar

documentos oficiales, cuando no los escribían a mano para procesarlos luego con fotocopadoras, principalmente Canon, también de fabricación japonesa. El proceso era laborioso, tedioso y odiado por las secretarías.

—¿Y cómo se resuelven las variaciones de inflexión?

Buena pregunta, pensó Nomuri. El idioma chino dependía enormemente de la inflexión. El tono en el que se pronunciaba una palabra determinaba su verdadero significado entre hasta cuatro opciones distintas y a su vez era también un factor determinante para designar el ideograma que la representaba.

—¿Aparecen también en esa forma los caracteres en la pantalla del ordenador? —preguntó la secretaria.

—Es posible hacerlo, basta pulsar el botón del ratón —afirmó Nomuri—. Puede haber un problema de software, en cuanto a que hay que pensar simultáneamente en dos idiomas —agregó con una sonrisa.

Ming soltó una carcajada.

—Bueno, aquí ya estamos acostumbrados a eso.

Un buen ortodoncista podría haber mejorado su dentadura, pensó Nomuri, pero al igual que otras especialidades burguesas, como la cirugía plástica, no abundaban en Pekín.

—¿Le gustaría ver una demostración de nuestras nuevas tecnologías? —preguntó el agente de campo de la CIA.

—Claro, ¿por qué no? —respondió la secretaria, al parecer ligeramente decepcionada de que no pudiera hacerlo en aquel mismo momento.

—Estupendo, pero necesitaré su autorización para introducir los aparatos en el edificio. Su personal de seguridad, ya me entiende.

¿Cómo pude haberlo olvidado?, vio que se preguntaba la secretaria, con un fuerte parpadeo de enfado consigo misma. Era preferible tenerlo todo previsto.

—¿Basta con su autorización, o debe consultarlo con sus superiores?

El aspecto más vulnerable de un burócrata comunista era su conciencia de la importancia del cargo que ocupaba.

—Sí, desde luego, mi autorización bastará —respondió, con una sonrisa de autosuficiencia.

—Estupendo —sonrió a su vez Nomuri—. Puedo estar aquí con mis aparatos, pongamos... a las diez de la mañana.

—Bien, vaya por la entrada principal. Lo estarán esperando.

—Gracias, camarada Ming —dijo Nomuri, con una pequeña reverencia formal a la joven secretaria, que en su opinión, también era probablemente la amante del ministro.

Esa chica tenía posibilidades, reflexionó mientras esperaba el ascensor, pero por el bien de ambos debería ser cauteloso con ella. Para eso cobraba un generoso salario de Langley, por no mencionar el sueldo principesco que le pagaba Nippon Electric Company, que iba directamente a su bolsillo. Pero aquí lo necesitaba para sobrevivir. Si el coste de la vida era a muy alto para los chinos, todavía era peor para un extranjero, porque todo era y debía ser especial para los forasteros. Los pisos eran especiales y casi con toda seguridad tenían micrófonos ocultos. Incluso la comida que Nomuri compraba en una tienda especial era más cara, pero no le importaba porque casi con toda certeza era más sana.

China era lo que Nomuri denominaba un país de diez metros. Todo tenía muy buen aspecto a distancia, hasta que uno se acercaba a menos de diez metros. Entonces uno se percataba de que las piezas no encajaban a la perfección. Había descubierto que, entre otras cosas, podía ser particularmente complicado entrar en un ascensor con la ropa que usaba confeccionada en Occidente (para los chinos, Japón era un país occidental, lo cual habría parecido cómico a mucha gente, tan-to japonesa como occidental), lo catalogaban inmediatamente de qwai, «diablo extranjero», incluso antes de verle la cara. Cuando eso ocurría cambiaban de expresión, unas veces para convertirse en mera curiosidad y otras en franca hostilidad, porque los chinos no eran como los japoneses, no se los había educado tan concienzudamente para ocultar sus sentimientos, o puede que no les importara un comino, pensaba el agente de la CIA tras su propio rostro impasible. Había aprendido la táctica durante

su estancia en Tokio y la había aprendido bien, lo cual explicaba, tanto el hecho de que tuviera un buen trabajo en NEC como que nunca lo hubieran descubierto en su trabajo de campo.

El ascensor funcionaba bastante bien, pero daba la sensación de que tenía algún fallo. Puede que, una vez más, porque las piezas no encajaban a la perfección. Nomuri no había tenido esa sensación en Japón. A pesar de todos sus defectos, los japoneses eran ingenieros competentes. Lo mismo ocurría en Taiwan, pero tanto Taiwan como Japón tenían un sistema capitalista, que premiaba las buenas prestaciones con contratos, beneficios y buenos salarios para los obreros que hacían un buen trabajo. La República Popular China todavía lo estaba aprendiendo. Exportaban mucho, pero hasta ahora las mercancías que mandaban al extranjero eran bastante sencillas (como zapatillas de tenis), o estaban fabricadas ajustándose estrictamente a modelos elaborados en otro lugar y luego copiados fielmente aquí en China (como, por ejemplo, aparatos electrónicos). Eso, sin embargo, ya estaba cambiando. Los chinos eran tan listos como cualquiera, e incluso el comunismo sólo podía mantenerlos sometidos hasta cierto punto. Sin embargo, los industriales que empezaban a innovar y ofrecer al mundo productos auténticamente nuevos recibían, en el mejor de los casos, el mismo trato que campesinos inusualmente productivos por parte de sus maestros gubernamentales. Esta no era una idea reconfortante para los hombres útiles, que eran quienes aportaban riqueza a su país y que, de vez en cuando, entre copa y copa, se preguntaban por qué aquellos que se consideraban maestros de su país y de su cultura los trataban como a campesinos inusualmente productivos. Cuando Nomuri salió a la calle y se dirigía hacia donde su coche estaba aparcado se preguntó cuánto duraría aquella situación.

Sabía que aquel programa político y económico era esquizofrénico. Tarde o temprano, los industriales se levantarían y exigirían una voz en la dirección política de su país. Tal vez, incluso, ya habían empezado dichos susurros. En tal caso, la voz habría llegado a los susurradores de que el árbol más alto es el que se tala para utilizar su madera, el pozo con el agua más dulce es el que antes se agota, y el que grita más fuerte es el primero en ser silenciado. De modo que, quizá, los principales industriales chinos se limitaban a esperar y miraban a su alrededor en los lugares donde se reunían, preguntándose cuál entre ellos sería el primero en arriesgarse y tal vez verse recompensado con la fama, el honor y los recuerdos posteriores de heroísmo o, con mayor probabilidad, su familia recibiría la factura de la bala del 7,62 x 39 necesaria para mandarlo al otro barrio, prometida por Buda pero negada desdeñosamente por el gobierno.

—De modo que todavía no lo han hecho público. Es un poco extraño —reflexionó Ryan.

—Lo es —asintió Ben Goodley.

—¿Tienes idea de por qué ocultan la noticia?

—No, señor.., a no ser que alguien espere sacar algún beneficio de ello, pero exactamente cómo...

—¿Comprando acciones de Atlantic Richfield? Algún constructor de equipos de excavación...

—O simplemente adquiriendo opciones de compra de terreno al este de Siberia —sugirió George Winston—. Claro que eso no es lo que hacen los honorables servidores del pueblo.

Al presidente le entró tanta risa, que tuvo que dejar el café sobre la mesa para no derramarlo.

—Ciertamente no, en esta administración —señaló el presidente.

Una de las suertes de los medios de comunicación respecto al equipo de Ryan era que muchos de sus miembros no fueran «trabajadores», sino plutócratas de mayor o menor magnitud. La prensa parecía tener la impresión de que el dinero se limitaba a aparecer milagrosamente en las manos de algunos afortunados... o mediante alguna actividad criminal secreta y silenciosa. Pero nunca como fruto del trabajo. La fuente de la riqueza no era el trabajo, sino alguna otra cosa nunca especificada, pero siempre sospechosa, lo cual constituía el más antiguo de los prejuicios políticos.

—Sí, Jack —rió a su vez Winston—. Somos suficientemente ricos para permitirnos el lujo de ser honrados. Además, ¿quién diablos necesita un yacimiento petrolífero o una mina de oro?

—¿Alguna novedad en un campo u otro?

Goodley movió la cabeza.

—No, señor. La información inicial se va confirmando. Ambos descubrimientos son grandes. Especialmente el petróleo, pero también el oro.

—Lo del oro alterará de algún modo el mercado —dijo el secretario de la Tesorería—, según la rapidez con que se incorpore. Incluso puede obligarnos a tener que cerrar nuestra mina en Dakota.

—¿Por qué? —preguntó Goodley.

—Si el descubrimiento ruso es tan bueno como sugieren los datos, producirán oro por un coste aproximadamente un veinticinco por ciento inferior al nuestro, a pesar de las condiciones ambientales. La reducción consecuente del precio mundial del oro hará que la operación de Dakota no sea rentable —respondió Winston, encogiéndose de hombros—. Entonces pararán la producción y esperarán a que suba de nuevo el precio. Probablemente, después de la euforia productiva inicial, nuestros amigos rusos reducirán el ritmo para obtener sus beneficios de una forma más ordenada. Lo que ocurrirá es que otros productores, principalmente sudafricanos, se reunirán con ellos para aconsejarles el modo de explotar el yacimiento con mayor eficacia. Normalmente, los novatos suelen seguir los consejos de los veteranos. Los rusos coordinan la producción de diamantes con De Beers desde hace mucho tiempo, desde la época en que el país se llamaba Unión Soviética. Los negocios son los negocios, incluso para los comunistas. ¿Vas a ofrecerles nuestra ayuda a los amigos de Moscú? —preguntó, dirigiéndose al presidente.

Ryan movió la cabeza.

—Todavía no puedo. No puedo revelarles que lo sabemos. Sergey Nikolay'ch empezaría a preguntarse cómo lo hemos averiguado, probablemente acabaría por descubrir SIGNIT, y ése es un método de obtener información que procuramos mantener en secreto.

Ryan era perfectamente consciente de que con toda probabilidad era una pérdida de tiempo, pero el juego tenía sus reglas y todo el mundo las respetaba. Golovko podía imaginárselo por los indicios, pero nunca lo sabría con certeza. Probablemente nunca dejaré de ser un espía, reconoció el presidente para sus adentros. Guardar secretos era algo muy natural para él, demasiado natural, según solía advertirle Arnie Van Damm. Se suponía que un gobierno democrático moderno debía ser más abierto, como una cortina desgarrada en el dormitorio que permitiera a la gente mirar cuando lo deseara. Esa era una idea con la que Ryan nunca había llegado a simpatizar. El era quien decidía qué y cuándo el pueblo estaba autorizado a saber. Era un punto de vista al que se aferraba incluso cuando sabía que estaba equivocado, por la única y simple razón de haber aprendido el funcionamiento de la administración gubernamental de la mano de un almirante llamado James Greer. Era difícil cambiar las viejas costumbres.

—Llamaré a Sam Sherman de Atlantic Richfield —sugirió Winston—. Si me lo comunica, será del dominio público, o por lo menos suficientemente público.

—¿Podemos confiar en él?

Winston asintió.

—Sam respeta siempre las reglas del juego. No podemos pedirle que traicione a su propia junta, Jack, pero sabe cuál es su bandera.

—De acuerdo, George, una investigación discreta.

—Sí, señor. De acuerdo, señor presidente.

—¡Maldita sea, George!

—Jack, ¿cuándo aprenderás a relajarte en este jodido cargo que ocupas? —preguntó el secretario de la Tesorería.

—El día en que abandone este condenado museo y me convierta de nuevo en un hombre libre —respondió sumisamente Ryan.

Winston tenía razón. Debía aprender a mantener la calma en su cargo de presidente. Además, ponerse nervioso con la parafernalia del cargo no era beneficioso para él, ni especialmente provechoso para el país. Eso también daba pie a que el secretario de la Tesorería lo fastidiara, y George Winston era una de esas personas a quien le encantaba hacerlo... tal vez porque en definitiva lo ayudaba a relajarse, pensó Ryan.

—George, ¿por qué crees que debería relajarme en el trabajo?

—Porque tu trabajo, Jack, consiste en ser eficaz, y estar siempre nervioso no ayuda demasiado. Responde con un puñetazo, muchacho, puede que incluso llegue a gustarte algún aspecto del trabajo.

—¿Como qué?

—Maldita sea —exclamó Winston, encogiéndose de hombros, mientras movía la cabeza en dirección a la oficina de las secretarías—. Ahí hay un montón de chicas atractivas.

—De eso ya ha habido bastante —replicó Ryan, enojado, antes de lograr relajarse y sonreír un poco—. Además, estoy casado con una cirujana. Si cometo un pequeño error, tal vez un día podría despertar sin algún órgano importante de mi cuerpo.

—Sí, supongo que no sería bueno para el país que le amputaran la polla al presidente. Tal vez dejarían de respetarnos —dijo Winston, después de ponerse de pie—. Debo regresar al otro lado de la calle y examinar unos modelos económicos.

—¿Qué tal va la economía? —preguntó el presidente.

—Ninguna queja por mi parte, ni tampoco por parte de Mark Gant. Siempre y cuando al canciller federal no se le ocurra tocar el tipo de interés, pero no creo que lo haga. La inflación está bastante baja y no detecto ninguna presión ascendente.

—¿Ben?

Goodley consultó sus notas, como si hubiera olvidado algo. —Ah, sí. ¿No es asombroso que el papa haya nombrado un nuncio para la República Popular China?

—Es curioso. ¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Winston de camino a la puerta, después de detenerse.

—El nuncio es esencialmente un embajador. La gente olvida que el Vaticano es un estado soberano por derecho propio y tiene todo el boato de una nación. Eso incluye representación diplomática. Un nuncio no es más que eso, un embajador... y un espía —agregó Ryan.

—¿En serio? —preguntó Winston.

—George, el Vaticano tiene el servicio de espionaje más antiguo del mundo. De varios siglos de antigüedad. Y el nuncio recoge información que manda a su sede, porque la gente habla con él. ¿Quién mejor que un cura para contarle cualquier cosa? Son tan buenos obteniendo información, que en varias ocasiones hemos intentado intervenir sus comunicaciones. En los años treinta, esto provocó la dimisión de un criptógrafo decano del Departamento de Estado —explicó Ryan, convertido de nuevo en profesor de historia.

—¿Todavía lo hacemos? —preguntó Winston, dirigiéndose a Goodley, asesor presidencial de seguridad nacional. Goodley miró primero a Ryan y éste asintió.

—Sí, señor. En Fort Meade se siguen inspeccionando sus mensajes. Sus códigos son un poco anticuados y logramos descifrarlos.

—¿Y los nuestros?

—El sistema actual se denomina TAPDANCE. Es totalmente azaroso y, por consiguiente, teóricamente indescifrable, a no ser que alguien meta la pata y use de nuevo un segmento ya utilizado, pero con aproximadamente seiscientos cuarenta y siete millones de transposiciones en cada CD-ROM diario, no es muy probable que ocurra.

—¿Y nuestros servicios telefónicos?

—¿El STU? —preguntó Goodley, y Ryan asintió—. Es un sistema informatizado, con una clave de codificación de doscientos cincuenta y seis kas generada por ordenador. Puede descifrarse, pero se necesita un ordenador, el algoritmo adecuado y, al menos, un par de semanas. Además, cuanto más breve es el mensaje, más difícil es de descifrar, en lugar de a

la inversa. Los muchachos de Fort Meade utilizan ecuaciones de física cuántica para descifrar códigos, y evidentemente obtienen cierto éxito, pero si quieren una explicación, tendrán que preguntárselo a otro. Yo ni siquiera fingí que escuchaba —reconoció Goodley—. Está tan fuera de mi alcance, que no llego ni a vislumbrar los cimientos.

—Llama a tu amigo Gant —sugirió Ryan—. Parece ser bastante ducho con los ordenadores. Por cierto, podrías hablarle de esos sucesos en Rusia. Tal vez pueda modelar los efectos que surtirán en la economía rusa.

—Sólo si todos respetan las reglas del juego —advirtió Winston—. Si prevalece la corrupción que ha caracterizado su economía durante los últimos años, es imposible hacer ningún pronóstico, Jack.

—No podemos permitir que suceda de nuevo, camarada presidente —dijo Sergey Nikolay'ch, con media copa de vodka en la mano.

Era todavía el mejor licor de su género en el mundo, aunque fuera el único producto ruso del que pudiera decirse tal cosa. Esa idea lo obligó a fruncir el entrecejo, sólo de pensar en lo que su país se había convertido.

—¿Qué propones, Sergey Nikolay'ch?

—Camarada presidente, esos dos descubrimientos son un auténtico regalo del cielo. Si los utilizamos adecuadamente podemos transformar nuestro país, o por lo menos empezar a hacerlo debidamente. Las ganancias en divisa serán colosales y nos permitirán reconstruir suficientemente nuestra infraestructura para transformar nuestra economía. Siempre y cuando —respondió Nikolay'ch, después de levantar un dedo en son de cautela— no permitamos que unos cuantos ladrones se apoderen del dinero y lo ingresen en Ginebra o Liechtenstein. Allí no nos serviría de nada, camarada presidente.

Golovko no agregó que unas cuantas personas, que ocupaban altos cargos, se beneficiarían considerablemente de aquel asunto. No agregó siquiera que él personalmente era una de ellas, al igual que su presidente. Era pedirle demasiado a alguien que volviera la espalda a semejante oportunidad. La integridad era una virtud más propia de quienes podían permitírsela, y la prensa podía irse al carajo, pensó el espía profesional. ¿Después de todo, qué habían hecho los periodistas por su país, o por cualquier otro? Se limitaban a sacar a la luz el trabajo honrado de unos y el fraudulento de otros, sin hacer gran cosa ellos mismos. Además, ¿no era cierto que se los podía sobornar fácilmente, como a cualquiera?

—¿Quién obtendrá entonces la concesión para explotar esos recursos? —preguntó el presidente ruso.

—En el caso del petróleo, nuestra propia empresa de prospección, junto con la empresa norteamericana Atlantic Richfield. Tienen más experiencia en la producción de petróleo en esas condiciones ambientales y nuestro personal puede aprender mucho de ellos. Yo propondría un acuerdo de pago por servicios prestados, un trato generoso, pero no un porcentaje en el yacimiento propiamente dicho. El contrato de prospección es de este género, ampliamente generoso, pero sin participación alguna en los descubrimientos.

—¿Y el oro?

—Todavía más fácil. Ningún extranjero ha intervenido en ese descubrimiento. El camarada Gogol tendrá una participación en el mismo, evidentemente, pero es un anciano sin herederos y al parecer de gustos muy sencillos. Una cabaña con buena calefacción y un nuevo rifle para cazar probablemente lo harán muy feliz, a juzgar por estos informes.

—¿Y el valor de esta empresa?

—Superior a setenta mil millones. Y lo único que debemos hacer es adquirir maquinaria especializada; la mejor procede de la empresa norteamericana Caterpillar.

—¿Es eso necesario, Sergey?

—Camarada presidente, los norteamericanos son nuestros amigos, en cierto modo, y no estará de más conservar las buenas relaciones con su presidente. Además, su maquinaria pesada es la mejor del mundo.

—¿Mejor que la japonesa?

—Para este propósito, sí, aunque un poco más cara —respondió Golovko, pensando que en realidad las personas eran todas iguales y que, a pesar de la educación que hubieran recibido en su infancia, en todo hombre parecía haber un capitalista que aspiraba a reducir costes e incrementar beneficios, olvidando a menudo los aspectos más generales.

Bueno, después de todo, ¿no era ésa la razón por la que Golovko estaba aquí ahora?

—¿Y quién querrá el dinero?

Sonó una inusual carcajada en el despacho.

—Camarada presidente, todo el mundo quiere tener dinero. Nuestras fuerzas armadas encabezarán la lista.

—Evidentemente —exclamó el presidente ruso, con un suspiro de resignación—. Siempre suelen hacerlo. Por cierto, ¿se sabe algo más del ataque contra tu coche? —preguntó, después de levantar la cabeza.

—No, nada interesante —respondió Golovko, negando con la cabeza—. Actualmente se supone que ese tal Avseyenko era realmente el objetivo y que su coche fuera igual que el mío fue pura coincidencia. La milicia sigue investigando.

—Manténme al corriente, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, camarada presidente.

CINCO

TITULARES

Sam Sherman era una de esas personas a las que el tiempo no había tratado con cariño, aunque él tampoco ponía mucho de su parte. Era un entusiasta jugador de golf, que se trasladaba en coche de hoyo en hoyo. Estaba demasiado obeso para caminar más de unos centenares de metros todos los días, lo cual era bastante triste, para un ex jugador de los Princeton Tigers. Winston consideraba que era normal que el músculo se convirtiera en grasa si no se utilizaba debidamente. Pero la obesidad de su cuerpo no desmerecía la agudeza de su cerebro. Sherman se había licenciado en el quinto lugar de una promoción que no estaba exactamente formada por memos, después de especializarse en Geología y Economía. A continuación había obtenido un MBA en Harvard y un doctorado en Geología por la Universidad de Texas. Gracias a ello, no sólo podía hablar de minerales con sus exploradores, sino de finanzas con sus directivos, razón por la cual, Atlantic Richfield era una de las empresas petrolíferas más sanas del planeta. Tenía el rostro agrietado por el sol y el polvo, y el vientre abultado por las muchas cervezas compartidas con los obreros de los pozos en numerosos lugares abandonados de la mano de Dios, así como abundantes perros calientes y otras porquerías por el estilo que les encantaban a quienes hacían esa clase de trabajo. A Winston le sorprendió que Sam no fuera también fumador. Pero luego vio una caja de cigarrillos sobre su escritorio; probablemente de calidad. Sherman podía permitirse lo mejor, pero conservaba los exquisitos modales de las universidades de la costa este, como para no encender un cigarrillo ante un invitado a quien podría ofender la nube azul que generaba.

La central de Atlantic Richfield estaba en otro lugar, pero al igual que la mayoría de las grandes empresas, disponía también de oficinas en Washington, para poder influir con mayor facilidad en los miembros del congreso con alguna lujosa fiesta de vez en cuando. El elegante despacho personal de Sherman, con una gruesa moqueta beige, estaba en la esquina del piso superior. Su escritorio era de caoba, o de roble añejo, reluciente como el cristal, y probablemente costaba más de lo que ganaba su secretaria en uno o dos años.

—Bueno, George, ¿te gusta trabajar para el gobierno?

—Supone un cambio de ritmo agradable para mi vida. Ahora puedo jugar con todo aquello de lo que antes me quejaba, de modo que supongo que he sacrificado mi derecho a quejarme.

—Eso es un gran sacrificio, amigo mío —respondió Sherman, con una carcajada—. ¿No es como haberse pasado al enemigo?

—Bueno, Sam, a veces hay que pagar, y hacer política como Dios manda puede resultar interesante.

—No me quejo de cómo lo hacéis. Parece que a la economía le sienta bien. De todos modos —dijo Sherman para cambiar de tema, después de incorporarse en su cómoda butaca, a fin de que su interlocutor se percatara de que su tiempo también era valioso—, tú no has venido para charlar de asuntos superficiales. ¿Qué puedo hacer por ti, señor secretario?

—Rusia.

La mirada de Sherman cambió ligeramente.

—¿Qué quieres saber?

—Tienes un equipo de expertos de alto nivel trabajando con los rusos... ¿han encontrado algo interesante?

—George, me preguntas por algo muy delicado. Si todavía dirigieras Columbus, esto constituiría información interna privilegiada. Maldita sea, ni siquiera yo puedo comprar más acciones ahora, basándome en esa información.

—¿Significa eso que te gustaría hacerlo? —sonrió el secretario.

—Bueno, después de todo, no tardará en ser del dominio público. Si, George. Parece que hemos encontrado el mayor yacimiento petrolífero de todos los tiempos, mayor que el del golfo Pérsico, mayor que el de México, mucho mayor que el de la bahía de Prudhoe y de Canadá occidental unidos. Hablo de algo gigantesco, de miles y miles de millones de barriles de lo que parece crudo de la mejor calidad, simplemente ahí, a la espera de que lo extraigamos de la tundra. Es un yacimiento que mediremos por años de producción, no sólo por barriles.

—¿Mayor que el del golfo Pérsico?

Sherman asintió.

—Del orden del cuarenta por ciento, calculado muy por lo bajo. El único problema es su ubicación. Extraer ese crudo va a ser muy complicado, por lo menos al principio. Hablamos de veinte mil millones de dólares, sólo para el oleoducto. Eso hará que Alaska parezca un proyecto de parvulario, pero valdrá la pena.

—¿Y tu participación? —preguntó el secretario de la Tesorería.

Sherman frunció el entrecejo.

—Eso es lo que estamos negociando ahora. Los rusos parecen querer pagarnos una cantidad fija por nuestro asesoramiento, del orden de mil millones de dólares anuales, aunque ahora hablan de mucho menos, pero ya sabes cómo empiezan esas negociaciones. Hablan de un par de centenares de millones, pero quieren decir mil millones, durante un período de siete a diez años, supongo. Y eso no está mal por lo que hacemos, pero yo quiero un mínimo de un cinco por ciento del ya-cimiento, lo cual no es una petición descabellada por nuestra parte. Disponen de buen personal en el campo de la geología, pero nadie puede oler el petróleo en el hielo como mi gente y tienen mucho que aprender sobre la explotación de algo semejante. Nosotros tenemos experiencia en esas condiciones ambientales. Nadie sabe tanto como nosotros, ni siquiera los de BP, que son bastante buenos, pero nosotros somos los mejores del mundo, George. Esa es la ventaja que tenemos sobre ellos. Pueden hacerlo sin nosotros, pero con nuestra ayuda ganarán muchísimo más dinero y mucho más de prisa; ellos lo saben y nosotros sabemos que lo saben. De modo que mis abogados hablan con sus abogados. Bueno, en realidad, quienes negocian en su nombre son diplomáticos —agregó con una mueca—, mucho menos listos que mis abogados.

Winston asintió. De Texas habían salido mejores abogados que de la mayoría del resto de los estados norteamericanos y eso se justificaba diciendo que en Texas había más hombres que precisaban ser asesinados, que caballos que precisaban ser robados. Además, las empresas petrolíferas eran las que mejor pagaban, y en Texas, como en cualquier otro lugar, la gente de talento acudía al lugar donde estaba el dinero.

—¿Cuándo será del dominio público?

—Los rusos intentan mantenerlo en secreto. Algo que sabemos por nuestros abogados es que les preocupa la forma de explotación, en realidad, a quién mantener excluido; ya sabes, su mafia y todo lo demás. Allí tienen problemas muy graves de corrupción y los compadeczo...

Winston sabía que podía prescindir de lo que venía a continuación. La industria petrolífera hacía negocios en el mundo entero. Tratar con la corrupción a pequeña escala (diez millones de dólares a lo sumo), o incluso a gran escala (diez mil millones de dólares como mínimo), formaba parte de las operaciones de empresas como la que dirigía Sam Sherman, y el gobierno de Estados Unidos nunca se había inmiscuido demasiado en esos asuntos. Aunque existían estatutos federales que regían la conducta de empresas norteamericanas en el extranjero, muchas de dichas leyes se aplicaban sólo selectivamente y éste era uno de dichos casos. Incluso en Washington, el negocio era el negocio.

—... de modo que procuran mantenerlo en secreto, hasta que hayan podido hacer los tratos pertinentes —concluyó Sherman.

—¿Has oído algo más?

—¿A qué te refieres? —dijo Sherman.

—Algún otro hallazgo geológico —aclaró Winston.

—No, no soy tan ambicioso. No me he expresado con suficiente claridad, George, este yacimiento es enorme. Es...

—Tranquilízate, Sam, soy capaz de sumar tan bien como cualquiera —afirmó el secretario de la Tesorería.

—¿Sabes algo que me convendría saber? —preguntó Sherman, que veía titubear a su interlocutor—. Toma y daca, George. ¿No he sido yo justo contigo?

—Oro —aclaró Winston.

—¿Cuánto?

—No están seguros. Por lo menos, tanto como en Sudáfrica. Puede que más.

—¿En serio? Bueno, ése no es mi campo, pero parece que nuestros amigos rusos tienen un buen año para variar. Me alegro por ellos —dijo Sherman.

—¿Te gustan?

—En realidad, sí. Son muy parecidos a los texanos. Pueden ser buenos amigos, pero también enemigos temibles. Son muy buenos anfitriones y, cielos, saben beber. Ya era hora de que tuvieran un poco de buena suerte; Dios sabe que han tenido mucha mala. Esto va a significar mucho para la economía de su país y casi todo será positivo, especialmente si logran controlar la corrupción y conservan el dinero dentro de sus fronteras, donde les permitirá beneficiarse, en lugar de ir a parar a algún ordenador de un banco suizo. Esa nueva mafia suya... son listos, duros... y dan un poco de miedo. Acaban de cargarse a un conocido mío.

—¿En serio? ¿De quién se trata, Sam?

—Lo llamábamos Grisha. Cuidaba de personas importantes en Moscú. Sabía cómo hacer bien las cosas. Era un buen contacto para necesidades especiales —reconoció Sherman.

Winston tomó nota mental de la información, para investigarla más adelante.

—¿Y lo mataron?

Sherman asintió.

—Sí, lo volaron con un bazuca en plena calle. Lo cubrió la CNN, ¿no lo recuerdas?

La cadena de noticias lo había tratado como un crimen común sin otro significado, salvo por la brutalidad del ataque, y lo olvidaron al día siguiente.

George Winston lo recordaba vagamente y decidió cambiar de tema.

—¿Con qué frecuencia vas tú allí de visita?

—No muy a menudo, dos veces este año. Suelo ir directo en mi G-V desde Reagan o Dallas-Fort Worth. Es un vuelo largo, pero lo hago de un tirón. Todavía no he visto el nuevo yacimiento petrolífero. Supongo que tendré que hacerlo dentro de unos meses, pero esperaré a que el clima sea razonable. Chico, no sabes lo que es el frío hasta que vas tan al norte en pleno invierno. Además, entonces está todo oscuro, por tanto es preferible esperar a que llegue el verano. Pero incluso en el mejor de los casos puedes dejar los palos en casa. En esa parte del mundo no se juega al golf, George.

—Entonces llévate el rifle y caza un oso, con la piel puedes hacerte una buena alfombra —sugirió Winston.

—Dejé la caza. Además, ya tengo tres osos polares. Ese es el número ocho en la escala universal de Boone & Crockett —respondió Sherman, al tiempo que señalaba una foto que colgaba de la pared, en la que se veía un oso polar realmente grande—. He engendrado dos hijos sobre esa alfombra —agregó el presidente de Atlantic Richfield, con una pícaro sonrisa.

La piel en cuestión estaba frente a la chimenea de su dormitorio en Aspen, Colorado, donde a su esposa le gustaba esquiar en invierno.

—¿Por qué lo dejaste?

—Mis hijos creen que ya no quedan osos polares. Es toda esa mierda que aprenden ahora en la escuela sobre ecología.

—Sí —dijo compasivamente el secretario de la Tesorería—, con lo estupendas que son las alfombras que se hacen con sus pieles.

—Efectivamente y el caso es que esa piel era una amenaza para algunos de nuestros trabajadores en la bahía de Prudhoe, en el año setenta y cinco, si mal no recuerdo. Lo abatí a sesenta metros con mi Winchester 338. De un solo disparo —afirmó el texano—. Supongo que lo que hay que hacer hoy en día es esperar a que el oso mate a un ser humano y luego

limitarte a meterlo en una jaula para trasladarlo a otro lugar, a fin de que el oso no se traumatice demasiado, ¿no es eso?

—Sam, yo soy secretario de la Tesorería. Dejo los pájaros y las mariposas para el Departamento de Protección del Medio Ambiente. No abrazo los árboles, por lo menos hasta que su pulpa se convierte en billetes de banco.

Sherman soltó una carcajada.

—Lo siento, George. No dejo de oír esas bobadas en mi casa. Puede que sea culpa de Disney. Todos los animales salvajes usan guantes blancos y hablan en un perfecto inglés de Iowa.

—Anímate, Sam. Por lo menos ahora no se meten con los superpetroleros como el Valdez. ¿Cuánto te pertenece del yacimiento de Alaska oriental y Canadá occidental?

—Un poco menos de la mitad, pero eso proporcionará leche y galletas a mis accionistas durante mucho tiempo.

—¿De cuántas opciones dispondrás ahora, entre eso y lo de Siberia?

Sam Sherman recibía un buen salario, pero a su nivel los ingresos se medían por el número de opciones sobre las acciones cuyo valor había incrementado gracias a su trabajo, ofrecidas invariablemente por la junta de directores, cuya propia cartera había aumentado de valor por sus esfuerzos.

—Muchas, George —respondió con una sonrisa de complicidad, levantando una ceja—. Muchas.

—La vida de casada le sienta bien, Andrea —comentó el presidente Ryan, con una sonrisa a su agente principal.

Ahora vestía mejor y había cierta alegría en su forma de andar. No estaba seguro de si su piel era más brillante, o puede que sencillamente hubiera cambiado de maquillaje. Jack había aprendido a no hacer ningún comentario sobre el maquillaje femenino; siempre metía la pata.

—No es usted el único que lo dice, señor.

—Uno duda en decirle eso a una mujer adulta, especialmente cuando es tan negado para la moda como yo —sonrió Jack, cuya esposa, Cathy, todavía aseguraba que debía ocuparse de la indumentaria de su marido, porque el único lugar donde tenía gusto era en la boca—. Pero el cambio es muy evidente, para que lo detecte incluso alguien como yo.

—Gracias, señor presidente. Pat es un gran hombre, incluso para un funcionario del FBI.

—¿Qué hace ahora?

—Actualmente está en Filadelfia. El director Murray lo ha mandado a investigar un atraco a un banco, en el que murieron dos policías locales.

—Lo vi la semana pasada por televisión. Un mal asunto. La agente del servicio secreto asintió.

—La forma en que los atracadores mataron a los policías, de un tiro en la nuca, fue muy despiadada, pero existe gente de esa calaña. En todo caso, el director Murray decidió que se ocupara de la investigación un inspector ambulante de la central y eso suele significar que es Pat quien debe hacerlo.

—Dígale que tenga cuidado —dijo Ryan.

El inspector Pat O'Day había salvado la vida de la hija del presidente hacía menos de un año y éste le había quedado eternamente agradecido.

—Lo hago todos los días —aseguró la agente especial Price O'Day.

—Bien, ¿qué hay en la agenda?

Su agenda estaba ya sobre la mesa. Andrea Price O'Day se la comentaba todas las mañanas, después del informe de seguridad nacional de Ben Goodley.

—Nada inusual hasta después del almuerzo. Una delegación de la Cámara de Comercio Nacional a la una y media y a las tres los Detroit Red Wings, que este año han ganado la copa Stanley. Fotografías, televisión, etcétera; durará unos veinte minutos.

—Este acto debería cedérselo a Ed Foley, él es el fanático del hockey...

—Él es un hincha de los Caps, señor, y los Red Wings derrotaron a los Caps en la final. Puede que el director Foley se lo tome como algo personal —comentó Price O'Day con media sonrisa.

—Es verdad. Bueno, el año pasado conseguimos las camisetas y demás artilugios para su hijo, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Un buen juego, el hockey. Tal vez debería ir a ver algún partido. ¿Sería difícil organizarlo?

—No, señor. Lo tenemos previsto con todas las organizaciones deportivas locales. En Camden Yards disponen incluso de un palco especial para nosotros, que nos permitieron ayudar a diseñar, en lo que concierne a seguridad.

—Sí —refunfuñó Ryan—, no debo olvidar a toda esa gente que querría verme muerto.

—Ese es mi trabajo, señor, no el suyo —dijo Price O'Day.

—Salvo cuando no me permite ir de compras ni ir al cine.

Ni Ryan ni su familia se habían acostumbrado enteramente a las limitaciones impuesta en la vida del presidente de Estados Unidos, o de sus parientes más inmediatos. Era particularmente duro para Sally, que había empezado a salir con un chico (lo cual no fácil de digerir para su padre) y era difícil cortejar con un coche de escolta delante y otro detrás (cuando el joven conducía su propio coche), o en un coche oficial con un conductor y un guardaespaldas armado (cuando no lo hacía), además de personal armado por todas partes. Todo lo cual solía desalentar al joven en cuestión y Ryan no le había dicho a su hija que le parecía bien, para evitar que dejara de hablarle durante por lo menos una semana. La agente principal de Sally Wendy Merritt, había demostrado ser una excelente agente del servicio secreto y una especie de hermana mayor estupenda. Iban de compras por lo menos dos sábados al mes con una escolta reducida, que en realidad no lo era, aunque a Sally Ryan se lo parecía cuando iban a Tyson's Corner o a las galerías Annapolis con el propósito de gastar dinero, algo para lo que las mujeres parecían tener una predisposición genética. El hecho de que dichas expediciones se hubieran programado con días de antelación, que todos los lugares estuvieran vigilados por el servicio secreto y que un contingente especial de jóvenes agentes, seleccionados por su habilidad para pasar relativamente inadvertidos, precediera su llegada, era algo que nunca se le había ocurrido a Sally Ryan. Era un alivio para ella, después de la irritación que le producían sus problemas para cortejar y de que un comando armado, como ella solía denominarlo, la siguiera a todas partes cuando circulaba por la escuela de Saint Mary en Annapolis. Por otra parte, al pequeño Jack le encantaba y últimamente había aprendido a disparar en la academia del servicio secreto en Beltsville, Maryland, con el permiso de su padre (aunque no había permitido que llegara a oídos de la prensa, para evitar que lo atacaran en la portada del New York Times, por la indiscreción social que suponía alentar a su propio hijo en el contacto con algo tan intrínsecamente perverso como una pistola). El agente principal del pequeño Jack era un muchacho llamado Mike Brennan, irlandés del sur de Boston, agente secreto de tercera generación, pelirrojo y con muy buen humor, que había jugado al béisbol en Holy Cross y jugaba frecuentemente a la pelota con el hijo del presidente en los jardines del sur de la Casa Blanca.

—Nunca le impedimos hacer nada, señor —dijo Price.

—No, son ustedes bastante sutiles —reconoció Ryan—. Saben que me preocupo demasiado por los demás y cuando me cuentan todas sus complicaciones para que yo pueda comprarme una hamburguesa en Wendy's, suelo cambiar de opinión... como un pelele.

El presidente movió la cabeza. Nada le asustaba más que la perspectiva de acostumbrarse a lo que él consideraba una retahíla de «tratos especiales». Como si acabara de descubrir que pertenecía a la familia real y apenas se le permitiera limpiarse el culo después de hacer sus necesidades. Indudablemente, algunos de los inquilinos de aquella casa lo habían hecho, pero John Patrick Ryan estaba decidido a evitarlo. Sabía que no era una persona tan especial, ni merecía tanto boato... y además, como todo mortal, cuando despertaba por la mañana, lo primero que hacía era ir al baño. Puede que fuera el ejecutivo en jefe, pero conservaba una vejiga de obrero. Gracias a Dios, pensó el presidente de Estados Unidos.

—¿Dónde está hoy Robby?

—Hoy el vicepresidente está en California, señor, en la base naval de Long Beach, haciendo un discurso en los astilleros. Ryan rió ligeramente entre dientes.

—Le doy mucho trabajo, ¿no es cierto?

—Como corresponde al vicepresidente —respondió Arnie Van Damm desde la puerta—. Y Robbie ya es mayor de edad —agregó el jefe de personal de la Casa Blanca.

—Te han sentado bien las vacaciones —comentó Ryan, después de observar lo moreno que estaba—. ¿Qué has hecho?

—Principalmente estar tumbado en la playa y leer todos los libros a los que no había podido dedicarme. Creí que iba a morir de aburrimiento —agregó Van Damm.

—¿Realmente te gusta esta mierda? —preguntó Jack con cierta incredulidad.

—Es mi trabajo, señor presidente —respondió—. Hola, Andrea —agregó, después de volver la cabeza.

—Buenos días, señor Van Damm —dijo Andrea, antes de dirigirse nuevamente a Jack—. Esto es todo lo que tengo para usted esta mañana. Si me necesita, estaré en mi puesto habitual.

Su despacho estaba en el viejo edificio ejecutivo, al otro lado de la calle, encima del nuevo centro de mando del servicio secreto, llamado JOC, que eran las siglas en inglés de Centro de Operaciones Conjuntas.

—De acuerdo, Andrea, gracias —asintió Ryan, cuando ésta se dirigía a la secretaría y de allí al centro de mando del servicio secreto—. ¿Café, Arnie?

—No es mala idea, jefe —respondió el jefe de personal, al tiempo que se sentaba en su silla habitual y se servía una taza de café.

El café en la Casa Blanca era particularmente bueno, una sabrosa mezcla de colombiano y de Blue Mountain jamaicano, a la que Ryan como presidente podía acostumbrarse con facilidad. Confiaba en encontrar algún lugar donde comprarla, cuando lograra escapar de aquel trabajo.

—Bien, he recibido el informe sobre seguridad nacional y el del servicio secreto. Ahora háblame de la política del día.

—Maldita sea, Jack, hace ya más de un año que lo intento y todavía no lo asimilas demasiado bien.

Ryan le lanzó una mala mirada, ante el insulto simulado.

—Eso ha sido un golpe bajo, Arnie. He estudiado esa mierda con mucha aplicación, e incluso los malditos periódicos afirman que me desenvuelvo bastante bien.

—La Reserva Federal dirige brillantemente la economía, y eso tiene muy poco que ver contigo. Pero como eres el presidente, se te atribuye el mérito de todo lo bueno que sucede, y es bueno que así sea, pero no olvides que también se te responsabilizará de todo lo malo que suceda, porque tú simplemente estás ahí y el pueblo cree que eres capaz de provocar la lluvia para que se rieguen sus flores y de hacer que salga el sol cuando van de merienda al campo, por el mero hecho de desearlo.

—¿Sabes lo que te digo, Jack? —prosiguió el jefe de personal, después de tomar un sorbo de café—, en realidad no hemos superado la idea de los reyes y las reinas. Mucha gente realmente cree que tienes esa clase de poder personal...

—¿Por qué, Arnie? Ésa no es la realidad.

—Pero las cosas son así, Jack. No tiene por qué tener sentido. Es simplemente así. Acéptalo.

Cómo me gustan estas lecciones, pensó Ryan para sus adentros.

—Bien, ¿hoy es...?

—La Seguridad Social.

—He estado leyendo sobre eso —respondió Ryan, ligeramente relajado—. El tercer raíl de la vida política norteamericana. Tocarlo equivale a perder la vida.

Durante la siguiente media hora hablaron de sus problemas, sus causas y de la responsabilidad del Congreso, hasta que Jack se reclinó en su butaca con un suspiro.

—¿Por qué no aprenden, Arnie?

—¿Qué necesitan aprender? —preguntó Arnie con la sonrisa de un veterano privilegiado, de un ungido por Dios—. Han sido elegidos. ¡Ya deben de saberlo! De lo contrario, ¿cómo habrían llegado a su situación?

—¿Por qué diablos me he permitido a mí mismo seguir en este maldito lugar? —preguntó retóricamente el presidente.

—Porque tuviste un ataque de conciencia y decidiste hacer lo que era justo para tu país, bobo, ésa es la razón.

—¿Por qué tú eres la única persona que puede hablarme de ese modo?

—¿Aparte del vicepresidente? Porque soy tu maestro. Volvamos a la lección de hoy. Este año podríamos dejar a un lado la Seguridad Social. Su situación fiscal es bastante buena para otros siete o nueve años, y eso significa que podrías dejar este asunto para tu sucesor...

—Eso no es ético, Arnie —replicó Ryan.

—Cierto —respondió el jefe de personal—, pero es una buena política. Se llama no molestar al perro cuando duerme.

—Eso no se hace cuando uno sabe que en el momento en que despierte, le abrirá la yugular al niño de un mordisco.

—Jack, realmente deberías ser rev. Lo harías muy bien —dijo Van Damm, al parecer con auténtica admiración.

—Nadie puede ostentar tanto poder.

—Lo sé. «El poder corrompe y el poder absoluto es, en realidad, bastante agradable», dijo el jefe de personal de uno de tus predecesores.

—¿Y no han ahorcado a ese cabrón por decir eso? —Debemos mejorar ese sentido del humor, señor presidente. Era una broma.

—Lo peor de este trabajo es que realmente veo su faceta humorística. De todos modos, le he dicho a George Winston que inicie un proyecto discreto, para ver lo que podemos hacer respecto a la Seguridad Social. Cuando digo discreto me refiero a secreto, un proyecto que no existe.

—Jack, si tienes una debilidad como presidente, es ésta: demasiado secretismo.

—Pero si haces algo así abiertamente, te machaca la crítica mal informada antes de haber producido nada, al tiempo que te acosa la prensa exigiendo información de la que todavía no dispones, y entonces se la inventan o acuden a algún patán que fragua una sarta de mentiras y te obligan a que respondas.

—Vas aprendiendo —dijo Arnie—. Así es exactamente como funciona el trabajo en esta ciudad.

—Eso no es «trabajo», según ninguna de las definiciones que yo conozco.

—Esto es Washington, ciudad gubernamental. Aquí no está previsto que nada funcione con eficacia. El ciudadano medio quedaría aterrorizado, si el gobierno empezara a funcionar debidamente.

—¿Qué te parece si dimito? —preguntó Ryan, mirando al techo—. Si no puedo conseguir que esta maldita mierda empiece a funcionar, ¿qué coño hago aquí?

—Estás aquí porque el piloto japonés de un 747 decidió irrumpir en la fiesta de la Cámara de Representantes, hace quince meses.

—Supongo que tienes razón, Arnie, pero todavía me siento como un maldito farsante.

—Bueno, Jack, según mis valores tradicionales, eres un farsante.

—¿Valores tradicionales? —preguntó Ryan.

—Ni siquiera Bob Fowler, después de tomar las riendas del estado de Ohio, intentó jugar limpio con tanto ahínco como tú, Jack, y además, acabó por sucumbir al sistema. Tú no lo has hecho todavía y eso es lo que me gusta de ti. O mejor dicho, eso es lo que al ciudadano medio le gusta de ti. Puede que sus puntos de vista no coincidan con los tuyos, pero todo el mundo sabe que te esfuerzas enormemente y estás seguros de que no eres corrupto. Y no lo eres. Y ahora volvamos a la Seguridad Social.

—Le he dicho a George que forme un pequeño grupo, que les tome juramento y que hagan varias recomendaciones, por lo menos, una de ellas de carácter enteramente extraoficial.

—¿Quién dirige el grupo?

—Mark Gant, el asesor técnico de George.

El jefe de personal reflexionó unos instantes.

—Menos mal que lo mantienes en secreto. Ese individuo no es del agrado del Capitolio. Demasiado listillo.

—¿Y ellos no lo son? —preguntó el presidente.

—Fuiste ingenuo en ese sentido, Jack. Intentaste que salieran elegidas personas que no eran políticos, y lo lograste a medias. Muchas de ellas eran personas normales, pero no tuviste en cuenta la naturaleza seductora de la vida al servicio de un gobierno democrático. El dinero no es espectacular, pero sí lo son las ventajas adicionales y a mucha gente le gusta que la traten como a un príncipe. A muchas personas les gusta imponer su voluntad al mundo. Las personas que estaban antes allí, las que aquel piloto congeló en sus asientos, también habían empezado actuando de buena fe, pero la naturaleza del trabajo te seduce y te atrapa. En realidad, el error que cometiste fue permitirles que conservaran su personal. Francamente, el problema en la cámara no es con los jefes, sino con el personal. Constantemente tienen más de diez personas a su alrededor que les repiten lo maravillosos que son y, tarde o temprano, empiezan a creerse esa basura.

—No se te ocurra hacer eso conmigo.

—No, en esta vida —afirmó Arnie, cuando se levantaba para retirarse—. Asegúrate de que el secretario Winston me mantenga informado respecto al proyecto de la Seguridad Social.

—Ninguna filtración —ordenó categóricamente Ryan.

—¿Yo? ¿Filtraciones? —exclamó Van Damm, con las manos abiertas y expresión de inocencia.

—Sí, Arnie, tú.

Cuando se cerró la puerta, el presidente se preguntó si Arnie habría sido un buen espía. Mentía con la credibilidad de un cura de confianza y era capaz de albergar en su mente simultáneamente toda clase de ideas contradictorias, como los mejores malabaristas circenses, sin que ninguna se le cayera al suelo. Actualmente Ryan era el presidente, pero el miembro de la administración al que no podía reemplazar era el jefe de personal, que había heredado de Bob Fowler a través de Roger Durling...

No obstante, Jack se preguntaba hasta qué punto lo manipulaba aquel funcionario. Francamente, no lo sabía y eso lo inquietaba ligeramente. Confiaba en Arnie, pero lo hacía porque no tenía otra alternativa. Jack no habría sabido qué hacer sin él... ¿pero era eso positivo?

Probablemente, no, reconoció Ryan mientras hojeaba su agenda, pero tampoco lo era estar aquí en el despacho oval y Arnie, en el peor de los casos, era uno más de los aspectos desagradables de aquel trabajo, y en el mejor de los casos era escrupulosamente honrado, muy trabajador y enteramente dedicado al servicio público... como todo el mundo en la ciudad de Washington, agregó el cinismo de Ryan.

SEIS

EXPANSIÓN

Moscú lleva ocho horas de adelanto respecto a Washington, lo cual enoja a los diplomáticos porque, o van un día por detrás de los acontecimientos, o el desfase sincrónico con su reloj corporal es excesivo para desempeñar debidamente sus funciones. Esto suponía un problema mayor para los rusos, ya que a las cinco o las seis de la tarde, la mayoría habían tomado unas cuantas copas y dada la rapidez relativa de los intercambios diplomáticos, ya había empezado a anochecer en Moscú cuando los diplomáticos norteamericanos concluían sus «almuerzos de trabajo» y mandaban una declaración, un comunicado o simplemente una carta de respuesta, a lo que los rusos hubieran planteado el día anterior. En ambas capitales, evidentemente, había un equipo que trabajaba de noche, para evaluar los asuntos en su momento. Estaba compuesto por subalternos, o en el mejor de los casos de funcionarios a punto de ser promocionados, que siempre debían decidir cuál de las siguientes posibilidades era peor: despertar a su jefe en plena noche para algo que no merecía la pena o esperar a comunicarle al ministro o al secretario algo que habría querido saber ¡inmediatamente! Más de un porvenir había triunfado o fracasado a raíz de dichas aparentes minucias.

Este caso en particular no pondría en peligro la carrera de ningún diplomático. Eran las seis y cuarto de un día primaveral en Rusia, con el sol alto en el firmamento, en perspectiva de las «noches blancas» por las que Rusia es justamente famosa.

—Dime, Pasha —dijo el teniente Provalov, que era quien interrogaba ahora a Klusov en lugar de Shablikov.

Este caso era demasiado importante para dejarlo en manos de cualquier otro y, además, nunca había confiado realmente en Shablikov, cuyo nivel de corrupción era un poco excesivo.

Pavel Petrovich Klusov no era exactamente un modelo de la calidad de vida en la nueva Rusia. Con un metro sesenta y cinco escaso de altura, pero casi noventa kilos de peso, era un hombre cuyas calorías emergían en forma líquida, mal afeitado cuando se molestaba en hacerlo y con una relación con el jabón menos íntima de lo deseable. Tenía los dientes torcidos, amarillos de no lavárselos y cubiertos de una capa de nicotina, debido a los cigarrillos baratos y sin filtro de elaboración local que fumaba. Tenía unos treinta y cinco años y, a juicio de Provalov, un cincuenta por ciento de probabilidades de alcanzar los cuarenta y cinco. Evidentemente, no supondría una gran pérdida para la humanidad. Klusov era un ladronzuelo de poca monta, que carecía incluso del talento, o del valor necesario, para cometer un delito importante. Pero conocía a quienes los cometían y, evidentemente, también a juicio del teniente de la milicia, deambulaba como un perrito en su entorno y les ofrecía pequeños servicios, como ir en busca de una botella de vodka. Pero Klusov tenía oído, que era algo que pasaba curiosamente inadvertido a mucha gente, especialmente a los delincuentes.

—Avseyenko fue asesinado por dos individuos de San Petersburgo. Desconozco sus nombres, pero creo que fueron contratados por Klementi Ivan'ch Suvorov. Tengo entendido que los asesinos, de cerca de cuarenta años, son ex soldados del Spetsnaz, con experiencia en Afganistán. Uno es rubio y el otro pelirrojo. Después de asesinar a Grisha, regresaron al norte antes del mediodía en un vuelo de Aeroflot.

—Muy bien, Pasha. ¿Has visto sus caras?

Klusov movió la cabeza.

—No, camarada teniente. Lo he sabido gracias a... alguien a quien conozco en una taberna —respondió, al tiempo que encendía un cigarrillo con la colilla del anterior.

—¿Dijo tu contacto por qué nuestro amigo Suvorov había ordenado el asesinato de Avseyenko?

¿Y quién diablos era Klementi Ivan'ch Suvorov?, se preguntó el policía. Nunca había oído ese nombre, pero no quería que Klusov lo supiera todavía. Era preferible parecer omniscio.

El confidente se encogió de hombros.

—Ambos habían pertenecido al KGB, puede que se guardaran rencor.

—¿Qué hace ahora Suvorov exactamente?

Klusov se encogió nuevamente de hombros.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Tengo entendido que vive bien, pero nadie conoce la fuente de sus ingresos.

—¿Cocaína? —preguntó el policía.

—Es posible, pero no estoy seguro.

Lo bueno de Klusov era que no se inventaba las cosas. El teniente de la milicia estaba convencido de que, la mayor parte del tiempo, contaba (relativamente) la verdad sin ornamentos.

A Provalov ya le daba vueltas la cabeza. Un ex agente del KGB había contratado a dos ex soldados del Spetsnaz, para asesinar a otro ex agente del KGB especializado en la explotación de mujeres. ¿Le habría propuesto ese tal Suvorov su cooperación a Avseyenko para un negocio de drogas? Al igual que a la mayoría de los policías moscovitas, nunca habían llegado a gustarle los agentes del KGB. La mayor parte del tiempo actuaban como soberbios matones, demasiado obsesionados con su propio poder para investigar debidamente, salvo con los extranjeros, a quienes debían tratar con la delicadeza propia de una conducta civilizada, para evitar malos tratos a ciudadanos soviéticos, o aún peor, a diplomáticos soviéticos, en otros países.

Pero eran muchos los agentes que el KGB había despedido y muy pocos los que se dedicaban a trabajos de ínfima importancia. Habían recibido formación en el arte de la conspiración, muchos de ellos habían viajado por el extranjero y habían conocido a muchas personas, a la mayoría de las cuales Provalov estaba convencido de que podían persuadir para llevar a cabo operaciones ilegales con el incentivo adecuado, que invariablemente significaba dinero. Por dinero la gente hacía cualquier cosa, como sabía todo agente de policía en cualquier país del mundo.

Suvorov. Debo localizar ese nombre —se dijo el teniente de la milicia, mientras sorbía un trago de vodka—. Examinar su historial, determinar su experiencia y obtener una fotografía. Suvorov, Klementi Ivan'ch.

—¿Algo más? —preguntó el teniente.

Klusov movió la cabeza.

—Esto es todo lo que he descubierto.

—Bueno, no está mal. Vuelve a trabajar y llámame cuando hayas descubierto algo más.

—Sí, camarada teniente —respondió el confidente, cuando se levantaba para retirarse.

Se marchó sin pagar la cuenta, pero al policía no le importó hacerse cargo de la misma. Oleg Gregoriyevich Provalov había pertenecido el tiempo suficiente a la policía, como para comprender que podía haber descubierto algo importante. Evidentemente, uno no podía estar seguro en ese momento, no hasta examinar todas las opciones y callejones sin salida, para lo cual se necesitaba cierto tiempo... pero si acababa por descubrir algo importante, habría valido la pena. De lo contrario, sería otro callejón sin salida, muy frecuentes en el trabajo policial.

Provalov pensó en que no le había preguntado a su confidente quién le había facilitado esa información. No lo había olvidado, pero tal vez se había dejado embaucar ligeramente por las descripciones de los supuestos ex soldados del Spetsnaz que habían cometido el asesinato. Tenía sus descripciones en la mente y sacó su cuaderno para tomar nota. Rubio y pelirrojo, experiencia en Afganistán, ambos domiciliados en San Petersburgo, regresaron en avión a su ciudad poco antes del mediodía, el día del asesinato de Avseyenko. Comprobaría el número de vuelo y examinaría los nombres de los pasajeros en los nuevos ordenadores que usaba Aeroflot para incorporarse al sistema global de billetes, luego lo cotejaría con la lista en su propio ordenador de delincuentes conocidos y supuestos, así como con los ficheros del ejército. Si obtenía algún resultado, mandaría a alguien para hablar con los tripulantes del vuelo de Moscú a San Petersburgo y comprobar si alguna persona los recordaba. Luego se ocuparía de que la milicia de San Petersburgo investigara discretamente a esos sujetos, sus domicilios, antecedentes si los tenían y un examen minucioso de su historial, que conduciría posiblemente a un interrogatorio. Puede que no lo dirigiera personalmente, pero estaría presente como

observador para obtener su impresión de los presuntos implicados, porque era imprescindible poder mirarlos a los ojos, ver cómo hablaban, cómo se sentaban, si estaban o no nerviosos, si miraban a los ojos del interrogador o si su mirada deambulaba por la sala. Si fumaban, daban caladas rápidas y nerviosas o lentas y desdeñosas... o con simple curiosidad, como lo harían si fueran inocentes de ese cargo, o tal vez de otro.

El teniente de la milicia pagó la cuenta del bar y salió a la calle.

—Debes elegir un lugar mejor para tus reuniones, Oleg —sugirió una voz a su espalda que le era familiar.

Provalov volvió la cabeza para verle la cara.

—Es una gran ciudad, Mishka, con muchas tabernas y la mayoría mal iluminadas.

—Y yo he encontrado la tuya, Oleg Gregoriyevich —respondió Reilly—. Dime, ¿qué has descubierto?

Provalov resumió lo que acababa de averiguar.

—¿Dos tiradores del Spetsnaz? Supongo que tiene sentido. ¿Cuánto costaría eso?

—No sería barato. Supongo que unos cinco mil euros, o algo por el estilo —especuló el teniente, cuando caminaban por la calle.

—¿Y quién podría permitirse derrochar tanto dinero?

—Un delincuente moscovita, Mishka. Como bien sabes, hay centenares de hombres que podrían permitírselo, y Rasputín no era el más popular de los seres humanos. Por cierto, tengo otro nombre: Suvo'rov, Klementi Ivan'ch.

—¿Quién es?

—No lo sé. Es un nombre nuevo para mí, pero Klusov hablaba como si debiera conocerlo bien. Es extraño que no lo conozca —reflexionó Provalov en voz alta.

—Ocurre. También me ha sucedido que algún listillo apareciera de la nada. ¿Vas a investigarlo?

—Sí, comprobaré el nombre. Evidentemente, también es un ex agente del KGB.

—Son muchos —reconoció Reilly, mientras conducía a su amigo al bar de un nuevo hotel.

—¿Qué harás cuando se desintegre la CIA? —preguntó Provalov.

—Reírme —prometió el agente del FBI.

La ciudad de San Petersburgo era conocida por algunos como la Venecia del norte, por los ríos y canales que la surcaban, aunque su clima, sobre todo en invierno, difícilmente podía haber sido más diferente. Y fue en uno de dichos ríos donde apareció la próxima pista.

Un transeúnte lo vio por la mañana cuando se dirigía al trabajo, se acercó a un miliciano en la próxima esquina, señaló el lugar y el policía miró por encima de la verja de hierro al lugar indicado.

No se veía gran cosa, pero el policía tardó sólo un segundo en percatarse de lo que era y lo que significaba. No era basura, ni un animal muerto, sino un cráneo humano de pelo rubio o castaño claro. Suicidio o asesinato, algo que debería investigar la policía local. El miliciano se acercó a la cabina telefónica más próxima para llamar a la central y a los treinta minutos apareció un coche, seguido poco después de una furgoneta negra. Entonces, el miliciano había fumado ya dos cigarrillos al aire fresco de la mañana, sin dejar de mirar al agua de vez en cuando, para asegurarse de que el objeto no había desaparecido. Los recién llegados eran detectives, de la brigada urbana de Homicidios. Los dos ocupantes de la furgoneta que llegó a continuación eran conocidos como técnicos, aunque en realidad habían recibido su formación en el departamento urbano de Obras Públicas, que significaba en realidad agua y alcantarillado, pero eran empleados de la milicia local. Después de mirar por encima de la verja, decidieron que la recuperación del cadáver sería físicamente difícil, aunque rutinaria. Colocaron una escalera y el más joven, ataviado con un mono impermeable y unos gruesos guantes de goma, descendió hasta agarrar el cuello sumergido, mientras su compañero observaba y tomaba unas fotos con una máquina barata, y los tres policías observaban fumando a pocos metros de distancia. Fue entonces cuando tuvieron la primera sorpresa.

El procedimiento habitual consistía en sujetar una correa flexible bajo los brazos del cadáver, como las utilizadas por los helicópteros de rescate, para poder levantar el cuerpo con un cabrestante. Pero cuando intentó colocar la correa alrededor del cuerpo, uno de sus brazos permanecía inmóvil y después de varios desagradables minutos de esfuerzos para levantarlo, acabó por comprobar que estaba esposado a otro brazo.

La revelación hizo que ambos detectives arrojaran sus cigarrillos al agua. Probablemente no se trataba de un suicidio, ya que esa forma de morir no solía ser un deporte de equipo. La rata de cloaca —pues así consideraban los policías a sus casi compañeros— tardó otros diez minutos en colocar la correa en su lugar, luego subió por la escalera y empezó a izar el cadáver con el cabrestante.

Quedó claro en un momento. Eran dos hombres, no muy mayores, ni mal vestidos. A juzgar por la distorsión y la desfiguración de sus rostros, hacía varios días que habían muerto. El agua estaba fría y había retrasado la proliferación y el hambre de las bacterias que devoran la mayoría de los cadáveres, pero los efectos de la propia agua en los cuerpos eran difíciles de contemplar con el estómago lleno y aquellos dos rostros tenían el aspecto de... muñecos Pokémon, pensó uno de los detectives, tan horribles y perversos como los que le gustaban a uno de sus hijos. Las dos ratas de cloaca colocaron los cadáveres en bolsas de plástico, para su traslado al depósito donde se practicarían las autopsias. Todavía no sabían nada, salvo que estaban realmente muertos. Parecía que no habían sido mutilados y la mugre general de los cadáveres impedía ver si tenían algún agujero de bala o herida de arma blanca. De momento tenían lo que los norteamericanos llamaban dos «fulanos», uno de pelo rubio o castaño claro y otro que parecía pelirrojo. A juzgar por su aspecto, habían estado en el agua tres o cuatro días. Y probablemente habían muerto juntos, puesto que estaban esposados, a no ser que uno hubiera matado al otro antes de quitarse su propia vida, en cuyo caso, uno o ambos podían haber sido homosexuales, pensó el más cínico de los detectives. Al policía uniformado se le ordenó rellenar los informes pertinentes en su comisaría, donde el miliciano pensó que estaría cómodo y caliente. No había nada como encontrar uno o dos cadáveres, para convertir un día frío en un día más frío todavía.

El equipo de recuperación de cadáveres cargó las bolsas en la furgoneta, para trasladarlas al depósito. Las bolsas no estaban propiamente cerradas debido a las esposas, y los cadáveres yacían uno junto al otro en el suelo de la furgoneta, con las manos perversamente unidas como amantes en la muerte... ¿al igual que en vida?, pensó en voz alta uno de los detectives en su coche. Su compañero se limitó a refunfuñar y siguieron su camino.

Era un día afortunadamente tranquilo en el depósito de cadáveres de San Petersburgo. El doctor Aleksander Koniev, patólogo de guardia, estaba en su despacho leyendo una revista médica, aburrido por la inactividad de la mañana, cuando se recibió la llamada de un posible doble asesinato. Los asesinatos eran siempre interesantes y Koniev era un entusiasta de las novelas de misterio, en su mayoría importadas de Inglaterra y Norteamérica, que además le resultaban útiles para mejorar sus conocimientos lingüísticos. Esperaba en la sala de autopsias cuando llegaron los cadáveres, los colocaron sobre unas camillas en la entrada y los introdujeron juntos en la sala. El patólogo tardó unos instantes en comprender por qué iban juntas las camillas.

—¿Entonces los ha matado la Milicia? —preguntó, con una sonrisa sardónica.

—Oficialmente, no —respondió en el mismo tono el detective en jefe, que conocía a Koniev.

—Muy bien —dijo el doctor, antes de conectar el magnetófono—. Tenemos dos cadáveres masculinos, todavía completamente vestidos. Parece que ambos han estado sumergidos en el agua. ¿Dónde los han encontrado? —preguntó, levantando la cabeza para mirar a los policías, que le respondieron—. Sumergidos en agua dulce en el Neva. A primera vista, calculo que han estado sumergidos tres o cuatro días después de muertos —prosiguió, mientras palpaba ambas cabezas con sus manos enguantadas—. ¡Ah! —exclamó—. Ambas víctimas parecen haber recibido disparos. Ambos cadáveres tienen lo que parecen ser agujeros de bala en el centro de la región occipital. La impresión inicial es que se trata de balas de pequeño calibre. Más adelante lo comprobaremos. Yevgeniy —agregó después de levantar la cabeza, dirigiéndose ahora a su propio ayudante—, desnúdalos y guarda la ropa en una bolsa, para inspeccionarla más tarde.

—Sí, camarada doctor —respondió el ayudante, antes de apagar su cigarrillo y acercarse con las herramientas.

—¿Ambos son víctimas de disparos? —preguntó el segundo detective.

—En el mismo lugar de la cabeza —confirmó Koniev—. Por cierto, curiosamente los esposaron después de muertos. No hay ningún morado aparente en las muñecas. ¿Por qué hacerlo luego? —se preguntó el patólogo.

—Para mantener los cuerpos unidos —pensó en voz alta el detective en jefe.

¿Pero por qué sería eso importante?, reflexionó para sus adentros. ¿Tenían los asesinos, o el asesino, un exagerado sentido de la pulcritud? Sin embargo, había investigado suficientes homicidios para saber que uno no podía explicar plenamente todos los asesinatos que resolvía, ni mucho menos los que acababa de descubrir.

—Bueno, ambos estaban en forma —afirmó Koniev, cuando su ayudante acabó de quitarles la ropa—. ¿Veamos qué es eso? —prosiguió mientras observaba el brazo izquierdo del rubio y luego el del otro cadáver—. Ambos llevan el mismo tatuaje.

El detective en jefe se acercó para mirar, pensando al principio que tal vez su compañero tuviera razón y en aquel caso hubiera un elemento sexual, pero...

—Spetsnaz, la estrella roja y la centella, estos dos estuvieron en Afganistán. Anatoliy, mientras el doctor lleva a cabo la autopsia, vamos a examinar la ropa de los cadáveres.

Así lo hicieron y en media hora comprobaron que ambos llevaban ropa bastante cara, pero sin ninguna clase de identificación. Eso no tenía nada de inusual en semejantes circunstancias, pero los policías, como cualquiera, preferían el camino fácil. No llevaban cartera, documentos de identidad, billetes de banco, cadena de llavero, ni siquiera aguja de corbata. Pero podrían seguir la pista de las etiquetas de la ropa y, puesto que nadie les había amputado las puntas de los dedos, podrían utilizar también las huellas dactilares para su identificación. Los autores de aquel doble asesinato habían sido suficientemente listos para negarles a la policía cierta información, pero no toda.

¿Qué significaba eso?, se preguntó el detective en jefe. La mejor forma de impedir la investigación de un asesinato consistía en hacer desaparecer el cadáver. Sin cadáver no había prueba de la muerte y, por consiguiente, ninguna investigación criminal. Se limitaba a un caso de persona desaparecida, que podía haber huido con otra mujer u otro hombre, o que simplemente había decidido empezar una nueva vida en otro lugar. Y deshacerse de un cadáver no era tan difícil, si uno se limitaba a pensar un poco. Afortunadamente, la mayoría de los asesinatos, sin llegar a serlo enteramente, eran casi impulsivos y la mayoría de los asesinos eran tan idiotas como para sellar su propia suerte hablando demasiado.

Pero no en esta ocasión. Si se hubiera tratado de un crimen sexual, ahora probablemente ya habría oído algo al respecto. Esa clase de crímenes eran prácticamente proclamados a los cuatro vientos por sus propios perpetradores, con el perverso anhelo de asegurar su propia detención y convicción, porque los que cometían esa clase de crímenes parecían incapaces de mantener la boca cerrada sobre cualquier cosa.

No, este doble asesinato mostraba todos los indicios de un crimen profesional. Ambos asesinados del mismo modo y luego esposados... probablemente para ocultar mejor o durante más tiempo los cadáveres. No había ningún indicio de resistencia en sus cuerpos, a pesar de que ambos eran claramente fuertes, adiestrados y peligrosos. Los habían cogido a ambos de improviso y eso solía significar que había sido alguien a quien conocían y en quien confiaban. Por qué los delincuentes confiaban en los de su calaña era algo que ninguno de los detectives alcanzaba a comprender. «Lealtad» era una palabra que apenas podían deletrear y mucho menos un principio al que cualquiera de ellos fuera capaz de adherirse... sin embargo, los delincuentes hacían gala de la misma.

Mientras los detectives observaban, el patólogo extrajo sangre de ambos cadáveres para su posterior análisis toxicológico. Puede que ambos hubieran sido drogados con antelación al disparo en la nuca; improbable pero posible y debían comprobarlo. Extrajo muestras de las veinte uñas de sus manos, cuyo análisis probablemente también resultaría infructuoso. Finalmente obtuvieron sus huellas dactilares, para poder identificarlos debidamente. El proceso no sería muy rápido. Los archivos centrales de Moscú eran notoriamente ineficaces y los

detectives investigarían en su propio territorio, con la esperanza de descubrir la identidad de aquellos cadáveres.

—Yevgeniy, esos no son hombres con los que yo hubiera querido enemistarme.

—Estoy de acuerdo, Anatoliy —respondió el mayor de los detectives—. Pero alguien no los temía en absoluto... o los temía lo suficiente como para adoptar esta medida tan extrema.

Ambos detectives estaban acostumbrados a resolver asesinatos fáciles, en los que el asesino confesaba casi inmediatamente, o había cometido el crimen ante numerosos testigos presenciales. Este pondría a prueba su capacidad y se lo comunicarían a su teniente, con la esperanza de que les asignara recursos adicionales para el caso.

Mientras observaban se tomaron fotos de sus caras, pero estaban tan distorsionadas que eran prácticamente irreconocibles, y como medio de identificación no servirían para mucho. Pero las normas establecían que se tomaran fotografías antes de abrir el cráneo, y el doctor Koniev obedecía el reglamento. Los detectives abandonaron la sala para hacer unas llamadas telefónicas y fumar un cigarrillo, en un entorno ligeramente más agradable. Cuando regresaron, las dos balas estaban en recipientes de plástico y Koniev les dijo que la presunta causa de ambas muertes había sido una sola bala en cada uno de sus cerebros, con quemaduras de pólvora en sus cráneos respectivos. Según el patólogo, ambos disparos se habían efectuado a corta distancia, menos de medio metro, con una pistola PSM de 5,45 mm reglamentaria de la policía. El hecho de que se tratara del arma reglamentaria de la policía podía parecer muy sospechoso, pero lo cierto era que habían llegado bastantes al mercado negro ruso.

—Los norteamericanos llaman a esto un trabajo profesional —comentó Yevgeniy.

—Es cierto, y realizado con gran pericia —reconoció Anatoliy—. Y ahora, en primer lugar...

—En primer lugar averiguaremos quiénes eran esos desgraciados. Luego, quiénes eran sus enemigos.

La calidad de la comida china en China era muy inferior a la de la comida china en Los Angeles, pensó Nomuri. Probablemente se debía a los ingredientes, dedujo en primera instancia. Si la República Popular disponía de una institución semejante al Ministerio de Sanidad, no le habían informado de ello y lo primero que pensó al entrar en aquel restaurante fue que prefería no inspeccionar la cocina. Al igual que la mayoría de los restaurantes de Pekín, éste era un pequeño negocio familiar, situado en el primer piso de lo que era esencialmente una residencia privada y para servir a veinte comensales con una cocina comunista estándar, habitual en China, debían hacer auténticos malabarismos. A pesar de que la mesa circular era pequeña, sumamente barata y la silla incómoda, el mero hecho de que el lugar existiera demostraba los cambios fundamentales en la dirección política de aquel país.

Pero su misión de aquella noche, Lian Ming, estaba sentada frente a él. Llevaba el habitual mono azulado, que constituía esencialmente el uniforme de los bajos y medios funcionarios ministeriales. Llevaba el cabello corto, casi como un casco. El responsable de la moda en aquella ciudad debía de ser un racista hijo de puta que detestaba a los chinos y procuraba que fueran lo menos atractivos posible. Todavía no había visto a ninguna mujer que vistiera de un modo que alguien pudiera considerar atractivo, salvo, quizás, por algunos atuendos importados de Hong Kong. El problema de Oriente era la uniformidad, la ausencia absoluta de variedad, a no ser que uno incluyera a los extranjeros, cada vez más abundantes, pero que llamaban la atención como cien rosas en un vertedero y sólo servían para poner de relieve la inmensidad de la basura. En su tierra, en California, uno disponía, o mejor dicho, uno podía contemplar, rectificó el agente de la CIA, todas las variedades de mujeres del planeta: blancas, negras, judías, cristianas, amarillas, latinas, algunas verdaderamente africanas y muchas auténticamente europeas. Existía, además, una gran diversidad: desenfadadas italianas de pelo oscuro, francesas altivas, damas británicas y severas alemanas. Había también algunas canadienses, españolas (que se esforzaban por diferenciarse de la población local de habla hispana) y muchas de origen japonés (que también se diferenciaban de los japoneses locales, aunque en este caso a instancias de los últimos en lugar de los primeros), que en su conjunto constituían un verdadero bazar humano. Lo único que tenían en común era

el ambiente californiano, que le exigía a todo el mundo trabajar intensamente para ser presentable y atractivo, ya que ése era el primer gran mandamiento de la vida en California, hogar del surf, del patinaje y de los cuerpos esbeltos propios de ambas actividades.

Pero no aquí. Aquí todo el mundo vestía del mismo modo, tenía el mismo aspecto, hablaba de la misma manera y en general actuaba de la misma forma... salvo en este caso. De ella podía obtenerse algo más, pensaba Nomuri, y ésa era la razón por la que la había invitado a cenar.

Se llamaba seducción y había formado parte de las técnicas de los espías desde tiempos inmemoriales, aunque ésta sería la primera vez para Nomuri. En Japón, donde habían cambiado las costumbres en la última generación, permitiendo que los jóvenes de distinto sexo se comunicaran y se relacionaran al más básico de los niveles, no había practicado exactamente el celibato, pero por una cruel ironía del destino para Chester Nomuri, las japonesas más disponibles se morían de ganas de ir con norteamericanos. Algunos decían que eso se debía a que los norteamericanos tenían la reputación de estar mejor dotados para hacer el amor que el japonés medio, lo que provocaba mucha risa entre las jóvenes japonesas sexualmente activas desde hacía poco tiempo. En parte se debía también a que los norteamericanos tenían la reputación de tratar mejor a las mujeres que los japoneses y puesto que las japonesas eran mucho más obsequiosas que las occidentales, con toda probabilidad las relaciones mixtas resultaban eminentemente satisfactorias para ambos. Pero Chet Nomuri era un espía en el pellejo de un asalariado japonés y se había integrado hasta tal punto que para las mujeres locales no era más que otro japonés, cuya pericia profesional dificultaba su vida sexual, lo cual no le parecía justo al agente, que había crecido como tantos norteamericanos con las películas de James Bond y sus numerosas conquistas: el señor beso beso, polvo polvo, como lo llamaban en el Caribe. Nomuri tampoco había utilizado ninguna pistola, por lo menos desde su época en La Granja, la academia de la CIA junto a la autopista 64, cerca de Yorktown, Virginia, e incluso entonces no había batido exactamente ninguna marca.

Pero esta situación ofrecía posibilidades, pensó el agente tras su expresión habitual de neutralidad, y no había ninguna norma que prohibiera acostarse con alguien durante una misión, lo cual habría sido muy desmoralizador, pensó. Los relatos sobre conquistas constituían un tema frecuente de conversación, en las escasas pero reales reuniones de agentes que organizaba de vez en cuando la institución, habitualmente en La Granja, a fin de que los espías compararan sus técnicas, cuyas sesiones posteriores de copas solían encaminarse en esa dirección. Desde la llegada de Chet Nomuri a Pekín, su vida sexual había quedado reducida a la contemplación de páginas pornográficas en Internet. Por alguna razón u otra, la cultura asiática favorecía la existencia de una amplia colección de dicho material y aunque Nomuri no se sentía exactamente orgulloso de su adicción, su impulso sexual necesitaba alguna salida.

Con un poco de esfuerzo, Ming podía haber sido atractiva, pensaba Nomuri. En primer lugar, tenía que dejarse el pelo largo. Luego, tal vez, una montura mejor para sus gafas; la que llevaba parecía hecha de alambre reciclado. Después, un poco de maquillaje. Nomuri, que no era un experto en esos menesteres, no sabía exactamente qué clase de maquillaje, pero su piel tenía un aspecto parecido al marfil, que un poco de química podía haber convertido en algo atractivo. Sin embargo, en su cultura, salvo para actuar en un escenario (donde los maquillajes eran tan sutiles como un letrero luminoso de Las Vegas), el maquillaje consistía, a lo sumo, en lavarse la cara por la mañana. Decidió que eran sus ojos: vivaces y... hermosos. Había vida en los mismos, o tras los mismos; a saber cómo funcionaba. Puede que incluso tuviera buen tipo, aunque era difícil saberlo con la ropa que llevaba.

—¿Entonces, funcionan bien los nuevos equipos informáticos? —preguntó, después de un prolongado sorbo de té verde.

—Como una seda —respondió casi precipitadamente—. Los caracteres son hermosos y la impresora láser los reproduce a la perfección, como si fueran obra de un calígrafo.

—¿Qué opina tu ministro?

—Está muy satisfecho. ¡Trabajo más rápido y eso le encanta! —afirmó Ming.

—¿Suficientemente satisfecho para hacer un pedido? —preguntó Nomuri, convertido de nuevo en asalariado japonés.

—Eso debo preguntárselo al jefe de la administración, pero creo que quedarás satisfecho con la respuesta.

Eso complacerá a la NEC, pensó el agente de la CIA, mientras pensaba de nuevo brevemente en el dinero que había ganado para la empresa que le servía de tapadera. A su jefe en Tokio le habría provocado náuseas saber para quién trabajaba realmente Nomuri, pero el espía había alcanzado su posición en la NEC por méritos propios, mientras trabajaba en los ratos libres para su verdadero país. Era realmente una suerte, pensó Chet, que su auténtico trabajo y su tapadera se integraran a la perfección. Así como el hecho de haberse criado en un hogar muy tradicional, hablando dos lenguas maternas, pero más que todo su sentido inquebrantable del deber al país donde había nacido, muy por encima del que fingía por su cultura ancestral. Probablemente había contribuido a ello de forma decisiva la placa enmarcada de su abuelo, con el escudo de infantería en el centro del terciopelo azul, rodeado de medallas y condecoraciones por su valentía, la Estrella de Bronce por su valor en combate, la Citación Presidencial, las condecoraciones como soldado del Regimiento 442 en Italia y el sur de Francia. Su abuelo había conseguido por fin la nacionalidad norteamericana, antes de regresar para dedicarse de nuevo al diseño de jardines, arte en el que se educaron sus hijos y sus nietos, y enseñarle a uno de ellos la deuda que tenía con su país. Además, podía ser divertido.

Ahora lo era, pensó Nomuri, con la mirada fija en los oscuros ojos de Ming, mientras se preguntaba en qué pensaba el cerebro que había tras los mismos. Tenía dos lindos hoyuelos, uno a cada lado de la boca y, a su parecer, una encantadora sonrisa en un rostro por otra parte corriente.

—Este país es fascinante —dijo Nomuri—. Por cierto, hablas muy bien el inglés.

Era cierto, mientras que el mandarín de Nomuri dejaba mucho que desear y uno no seduce a las mujeres hablando por señas.

—Gracias —sonrió, complacida—. Estudio mucho.

—¿Qué libros lees? —preguntó Nomuri, con una seductora sonrisa.

—Novelas, Danielle Steel, Judith Krantz. Norteamérica ofrece muchísimas oportunidades a las mujeres, a las que aquí no estamos acostumbradas.

—Norteamérica es un país interesante, pero caótico —respondió Nomuri—. Por lo menos en esta sociedad, uno puede saber el lugar que le corresponde.

—Sí —asintió Ming—. Esto da seguridad, pero a veces demasiada. Incluso el pájaro enjaulado aspira a desplegar las alas.

—Te diré una cosa que no me gusta de este país.

—¿De qué se trata? —preguntó Ming sin ofenderse, lo que pareció maravilloso a Nomuri.

Tal vez conseguiría una novela de Steel, para leer lo que a ella le gustaba.

—Deberíais vestir de otro modo. Vuestra ropa no os favorece en absoluto. Las mujeres deberíais llevar un atuendo más atractivo. En Japón la ropa es mucho más variada y uno puede vestir al estilo oriental u occidental, según le apetezca.

—Me contentaría con la ropa interior —dijo Ming con una risita—. Debe de ser muy agradable al tacto. Ésta no es una idea muy socialista —agregó, después de dejar la taza sobre la mesa.

Se acercó el camarero y, después de que Nomuri asintió, Ming pidió mao-tai, un fuerte licor del país. El camarero regresó rápidamente con dos pequeñas tazas de porcelana y un frasco, del que sirvió delicadamente. El agente de la CIA casi suspiró después del primer sorbo, que le ardió en la garganta y le calentó el estómago. Se percató de que a Ming se le enrojecía la piel y tuvo la sensación fugaz de que se acababa de abrir una puerta por la que habían entrado... y que probablemente conducía a la dirección correcta.

—No todo puede ser socialista —comentó Nomuri con otro pequeño sorbo—. Este restaurante es un negocio privado, ¿no es cierto?

—Desde luego. Y la comida es mejor que la que yo preparo. Esa es una habilidad que no poseo.

—¿En serio? Entonces tal vez me permitirás que yo cocine para ti algún día —sugirió Chet.

—No me digas.

—Por supuesto —sonrió—. Puedo cocinar al estilo norteamericano y conseguir los ingredientes adecuados en una tienda cercana.

Tampoco estarían tan buenos los ingredientes, importados como eran, pero mucho mejor que esa porquería que vendían en los mercados públicos y un bistec para cenar era probablemente algo que ella nunca había probado. ¿Podría justificar una buena carne en su cuenta de gastos de la CIA?, se preguntó Nomuri. Probablemente. Los contables de Langley no presionaban excesivamente a los agentes de campo.

—¿En serio?

—Por supuesto. Ser un bárbaro extranjero también tiene sus ventajas —respondió con una pícaro sonrisa.

La risita de Ming le pareció la reacción adecuada. Sí, señor. Tomó cuidadosamente otro sorbo de aquel licor incendiario. Ella le había confesado lo que le gustaría ponerse y le pareció muy sensato, dada su cultura; por muy cómodo que fuera, sería también discreto.

—Dime, ¿qué más puedes contarme sobre ti? —preguntó Nomuri.

—No hay mucho que contar. Mi formación es superior a la del trabajo que realizo, pero es un cargo de prestigio... bueno, por razones políticas. Soy una secretaria muy cualificada. Mi jefe... bueno, técnicamente trabajo para el Estado, como la mayoría de nosotros, pero en realidad trabajo para mi ministro, como si formara parte del sector capitalista y me pagara de su propio bolsillo —se encogió de hombros—. Supongo que siempre ha sido igual. Veo y oigo cosas.

No quiero que me las cuentes ahora, pensó Nomuri. Más adelante, sin lugar a dudas, pero no ahora.

—A mí me ocurre lo mismo, secretos industriales y todo lo demás —refunfuñó—. Es preferible dejar esas cosas en el despacho. No, Ming, quiero que me hables de ti.

—Tampoco hay mucho que contar. Tengo veinticuatro años. Formación superior. Supongo que tengo suerte de estar viva. ¿Sabes lo que ocurre aquí con muchas niñas cuando nacen...?

Nomuri asintió.

—He oído lo que se cuenta. Es muy desagradable.

Era peor. No era raro que el padre de una niña recién nacida la arrojara al pozo, con la esperanza de que su esposa tuviera un hijo varón en el próximo intento. Un hijo por familia era prácticamente lo que marcaba la ley en la República Popular China y como la mayoría de las leyes en un estado comunista, ésta se aplicaba a rajatabla. A menudo se permitía que llegaran a término los embarazos no autorizados, pero en el momento del parto, cuando asomaba la cabeza del feto, en el mismo momento del nacimiento, el médico o la enfermera que estuviera presente llenaba una jeringuilla con formaldehído, introducía la aguja en la parte blanda del cráneo del feto, empujaba el émbolo y extinguía su vida en el momento en que se iniciaba. No era algo que el gobierno de la República Popular China promulgara como política gubernamental, pero lo era. Nomuri sabía que su única hermana, Alice, que era ginecóloga licenciada en la Universidad de California, preferiría tomar ella misma el veneno antes de cometer semejante barbaridad, o estaría dispuesta a utilizar una pistola contra quien se lo

ordenara. A pesar de todo, se producía cierto superávit de nacimientos femeninos y las niñas nacidas en esas condiciones solían ser abandonadas, para su posterior adopción, principalmente por parte de occidentales, porque para los propios chinos no eran de utilidad alguna. Si hubiera ocurrido con los judíos, se habría denominado genocidio, pero los chinos eran muy numerosos. Llevado a un extremo, podía haber conducido a la extinción racial, pero aquí lo llamaban simplemente control de la población.

—A su debido tiempo, Ming, la cultura china reconocerá de nuevo el valor de las mujeres. No cabe la menor duda.

—Supongo que sí —admitió la chica—. ¿Cómo tratan a las mujeres en Japón?

Nomuri soltó una carcajada.

—La cuestión es cómo nos tratan ellas a nosotros y cómo nos permiten que las tratemos.

—¿En serio?

—Desde luego. Mi madre mandaba en casa hasta que murió.

—Interesante. ¿Eres religioso?

¿Por qué me preguntará eso?, pensó Chet.

—Nunca me he decidido entre el sintoísmo y el budismo zen —respondió sinceramente.

Había sido bautizado en la iglesia metodista, pero había abandonado la religión hacía muchos años. En Japón había examinado las religiones locales con el único propósito de comprenderlas, de encajar mejor en la sociedad, y después de aprender bastante sobre ambas, ninguna de ellas resultaba apetecible a sus costumbres norteamericanas.

—¿Y tú? —preguntó entonces Nomuri.

—En una ocasión me interesé por el Falun Gong, pero no seriamente. Tenía un amigo que se involucró muchísimo. Ahora está en la cárcel.

—¡Qué pena! —asintió compasivamente Nomuri, al tiempo que se preguntaba por la intimidad que habría habido entre ambos.

El comunismo seguía siendo un celoso sistema de creencias, que no toleraba ninguna clase de competencia. Los baptistas eran la nueva moda religiosa, que parecía surgir de la propia tierra, iniciada en su opinión por Internet, donde últimamente los cristianos norteamericanos, especialmente los baptistas y los mormones, habían invertido muchos recursos. ¿De modo que Jerry Falwell estaba consiguiendo aquí cierto asidero religioso e ideológico? Sorprendente... o no. El problema con el marxismo/leninismo, y al parecer también con Mao, era que a pesar de la excelencia de su modelo teórico, carecía de algo que anhelaba el alma humana. Pero eso no gustaba, ni podía gustar, a los cabecillas comunistas. El Falun Gong no era siquiera una religión, no desde el punto de vista de Nomuri, pero por alguna razón que no alcanzaba a comprender plenamente, había asustado lo suficiente a las autoridades de la República Popular China, como para que éstas lo atacaran como si se tratara de un auténtico movimiento político contrarrevolucionario. Había oído que los líderes sentenciados de la organización cumplían condenas particularmente duras en las cárceles locales. Sólo cabía imaginar lo que constituía una condena especialmente dura en este país. Chet recordó que algunas de las torturas más perversas del mundo se habían inventado aquí, donde la vida humana tenía mucho menos valor que en su país de origen. China era un viejo país con una antigua cultura, pero en muchos sentidos podían haber sido klingons en lugar de seres humanos, por lo mucho que se diferenciaban sus valores sociales de los que Chester Nomuri había adquirido en su infancia.

—Bueno, en realidad no tengo muchas convicciones religiosas.

—¿Convicciones? —preguntó Ming.

—Creencias —rectificó el agente de la CIA—. Dime, ¿hay algún hombre en tu vida? ¿Tal vez algún novio?

—No —suspiró Ming—. No desde hace algún tiempo.

—¿En serio? Me parece asombroso —dijo Nomuri, con estudiada galantería.

—Supongo que aquí no es como en Japón —reconoció Ming, con cierta tristeza en el tono de su voz.

Nomuri levantó el frasco y llenó las copas de mao-tai.

—En tal caso —dijo con una sonrisa y una ceja arqueada—, brindemos por nuestra amistad.

—Gracias, Nomuri-san.

—Es un placer, camarada Ming.

Se preguntó cuánto tardaría. Tal vez no mucho. Entonces empezaría el verdadero trabajo.

SIETE

DESARROLLANDO PISTAS

Fue una de esas coincidencias que caracterizan el trabajo policial en el mundo entero. Provalov llamó al cuartel general de la milicia y puesto que investigaba un asesinato, le pusieron con un capitán, que era el jefe de la Brigada de Homicidios de San Petersburgo. Cuando le dijo que buscaba a dos ex soldados del Spetsnaz, el capitán recordó que en la reunión de la mañana, dos de sus hombres habían informado sobre el hallazgo de dos cadáveres con posibles tatuajes del Spetsnaz y eso le bastó para ordenar el desvío de la llamada.

—¿El caso del lanzagranadas en Moscú? —preguntó Yevgeniy Petrovich Ustinov—. ¿Quién murió exactamente?

—El objetivo principal parece haber sido Gregoriy Filipovich Avseyenko. Era un proxeneta —respondió Provalov a su colega del norte—. También murieron su chófer y una de sus chicas, pero eso parece de poca importancia —agregó, sin entrar en detalles.

No se utilizaba una arma antitanque para matar a un chófer y a una prostituta.

—¿Y según vuestras fuentes, fueron dos veteranos del Spetsnaz quienes efectuaron el disparo?

—Exactamente y regresaron poco después en avión a San Petersburgo.

—Comprendo. Bueno, ayer sacamos dos cadáveres de esas características del río Neva, ambos de cerca de cuarenta años aproximadamente y los dos con un disparo en la nuca.

—No me digas.

—Sí. Tenemos las huellas dactilares de ambos cuerpos. Estamos a la espera de que las comprueben en el archivo central del ejército. Pero eso no suele ser muy rápido.

—Veré lo que puedo hacer, Yevgeniy Petrovich. El caso es que en el lugar del asesinato se encontraba también Sergey Nikolay'ch Golovko y nos preocupa que pudiera haber sido él el verdadero objetivo del atentado.

—Eso sería muy ambicioso —comentó tranquilamente Ustinov—. ¿Crees que vuestros amigos de la plaza Dzerzhinskiy pueden decirles a esos pasmarotes de los archivos que se apresuren?

—Los llamaré y lo intentaremos —prometió Provalov.

—Bien, ¿algo más?

—Otro nombre, Suvorov, Klementi Ivan'ch, supuestamente ex agente del KGB, pero eso es todo lo que tengo de momento. ¿Te suena de algo?

Provalov se percató de que casi podía oírlo mover la cabeza. —Nyet, nunca había oído ese nombre —respondió el detective, mientras tomaba nota—. ¿Relación?

—Mi confidente cree que fue quien organizó el atentado.

—Comprobaré nuestros archivos para ver si tenemos algo sobre él. ¡Otro individuo de «placa y espada»! ¿Cuántos guardianes del Estado han ido por mal camino? —preguntó retóricamente el policía de San Petersburgo.

—Bastantes —respondió su colega de Moscú, con una mueca invisible.

—¿Ese tal Avseyenko estaba también en el KGB?

—Sí, al parecer dirigía la «Escuela de Gorriones». Ustinov soltó una carcajada.

—Vaya, un proxeneta formado por el Estado. Estupendo. ¿Buenas chicas?

—Encantadoras —confirmó Provalov—, aunque demasiado caras para nosotros.

—Un hombre de verdad no tiene por qué pagar, Oleg Gregoriyevich —afirmó el policía de San Petersburgo.

—Tienes razón, amigo mío. Por lo menos no hasta mucho después —respondió Provalov.

—¡Es la pura realidad! —exclamó con una carcajada—. ¿Me comunicarás lo que averigües?

—Sí, te mandaré mis notas por fax.

—Estupendo. Yo también te mantendré informado —prometió Ustinov.

Existía un vínculo entre investigadores de homicidios a lo largo y ancho del mundo. Ningún país tolera que se disponga en privado de la vida humana; las naciones se reservan para sí dicho derecho.

En su lúgubre despacho moscovita, el teniente Provalov tomó notas durante varios minutos. Era demasiado tarde para llamar a la SVR y pedirles que presionaran al personal de los archivos centrales del ejército. Prometió hacerlo a primera hora de la mañana. Había llegado la hora de marcharse. Cogió el abrigo de la percha que había junto a su escritorio y se dirigió al lugar donde estaba aparcado su coche oficial. Condujo hasta un bar cómodo y caliente llamado Boris Godunov's, cerca de la embajada norteamericana. Hacía sólo cinco minutos que había llegado, cuando sintió una mano familiar en el hombro.

—Hola, Mishka —dijo Provalov, sin volver la cabeza.

—¿Sabes una cosa, Oleg? Es agradable ver que los policías rusos son como los norteamericanos.

—¿Es igual en Nueva York?

—No te quepa la menor duda —confirmó Reilly—. Después de un día entero persiguiendo malhechores, ¿hay algo mejor que tomar unas copas con los amigos? —dijo el agente del FBI, mientras le pedía al camarero su habitual vodka con soda—. Además, se trabaja mucho en lugares como éste. ¿Algo nuevo sobre el caso del proxeneta?

—Sí, es posible que los dos que perpetraron el atentado hayan sido encontrados muertos en San Petersburgo —respondió Provalov, antes de tomarse el vodka de un trago y contarle al norteamericano los detalles—. ¿Tú qué opinas?

—Amigo mío, es una venganza o un seguro. Lo he visto en mi país.

—¿Un seguro?

—Así sería si hubiera ocurrido en Nueva York. La mafia eliminó a Joey Gallo ante numerosos testigos presenciales, querían que sirviera de escarmiento y contrataron a un matón negro, pero el pobre desgraciado fue abatido a su vez a menos de cinco metros. Un seguro, Oleg. De ese modo, el sujeto no puede contarle a nadie quién lo había contratado para hacer el trabajo. El segundo asesino se limitó a retirarse sin dejar una sola pista. O podría tratarse de una venganza; quienquiera que los hubiera contratado pudo haberlos eliminado por equivocarse de objetivo. Quien paga manda, amigo.

—¿Cómo es eso que decís: más entresijos de lo que parece?

—Efectivamente —asintió Reilly—. Bueno, por lo menos te ofrece más posibilidades de investigación. Puede que los dos que efectuaron el disparo hablaran con alguien. Maldita sea, incluso es posible que escribieran un diario.

Era como arrojar una piedra a un estanque, pensó Reilly. En un caso como éste, las ondas no dejaban de extenderse. No como en un buen asesinato doméstico, donde el marido mataba a su esposa por ponerle los cuernos o por servir tarde la cena y luego confesaba con los ojos llenos de lágrimas de arrepentimiento. Pero al mismo tiempo, había sido un crimen muy espectacular y éstos solían ser los que uno acababa por resolver, porque la gente los comentaba y siempre había quien contaba algo que uno podía utilizar. Era sólo cuestión de sacar gente a la calle, ir de puerta en puerta y gastar suelas de zapatos, hasta conseguir la información necesaria. Esos policías rusos no eran imbéciles. A pesar de que carecían de cierta formación que Reilly daba por sentada, tenían los instintos policiales adecuados. Y, en realidad, si uno seguía el procedimiento establecido, acababa por resolver el caso, porque el otro bando no era excesivamente inteligente. Los listos no quebrantaban la ley de forma tan llamativa. No, el crimen perfecto era el que uno nunca llegaba a descubrir, la víctima de asesinato nunca encontrada, los fondos robados mediante una falsa contabilidad, el espionaje nunca descubierto. Cuando uno sabía que se había cometido un delito, disponía de un punto de partida y era como desentrañar un tejido. Lo que mantenía los puntos unidos no era mucho, bastaba con ir cortando los hilos.

—Dime, Mishka, ¿cómo eran de temibles tus adversarios de la mafia en Nueva York? —preguntó Provalov, después de sorber su segundo vodka.

—No es como en las películas, Oleg —respondió Reilly, después de tomar también un sorbo de vodka—. Salvo quizás Goodfellas. Son matones baratos. Carecen de formación. Algunos de ellos son verdaderamente estúpidos. Su distinción consiste en que en otra época no hablaban, solían llamarlo omerta, la ley del silencio. Es decir, cargaban con la culpa y nunca cooperaban. Pero eso ha cambiado con el paso del tiempo. La gente de la «vieja patria» murió, apareció una nueva generación más blanda y nosotros nos endurecimos. Es más fácil pasar alegremente tres años a la sombra que cumplir una condena de diez años y, además, la organización se desintegró. Dejaron de ocuparse de las familias cuando el padre estaba en la cárcel y eso fue realmente desmoralizados. Entonces empezaron a hablar con nosotros. Además, nosotros nos hicimos también más listos, con sistemas de vigilancia electrónica, ahora denominadas «operaciones especiales» pero conocidos entonces como «trabajos oscuros» y no siempre nos preocupábamos de disponer de una orden judicial. En la década de los sesenta, un capo no podía mear sin que nosotros supiéramos el color de su orina.

—¿Y nunca tomaron represalias?

—¿Te refieres a meterse con nosotros? ¿Atacar a un agente del FBI? —sonrió Reilly, sólo de pensar en ello—. Oleg, nadie se mete jamás con el FBI. En aquella época, y hasta cierto punto todavía ahora, somos la mano derecha del propio Dios y si alguien se mete con nosotros, van a suceder cosas realmente graves. La verdad es que nunca ha sucedido nada parecido, pero a los delincuentes les preocupa que pueda ocurrir. Doblamos un poco las normas, pero nunca llegamos a quebrantarlas, por lo menos que yo sepa. Pero si amenazas a un delincuente por salirse del camino marcado, lo más probable es que se lo tome en serio.

—Aquí, no. Todavía no nos tienen tanto respeto.

—Entonces, Oleg, debéis hacer que os lo tengan.

Y en realidad el concepto era así de simple, aunque Reilly sabía que no sería tan fácil en la práctica. ¿Tendrían que salir los policías de vez en cuando de la reserva, para mostrarles a los delincuentes el precio de la insolencia? Eso formaba parte de la historia norteamericana, pensó Reilly. Sheriffs locales como Wyatt Earp, Bat Masterson y Wild Bill Hickock, Lone Wolf González de los Rangers de Texas, Bill Tilghman y Billy Threepersons de la policía federal, todos ellos policías que en su época, más que aplicar la ley, la representaban en su forma de caminar por las calles. No había ningún agente del orden legendario comparable en Rusia. Tal vez necesitaban uno. Formaba parte de la herencia de todo policía norteamericano y el público, después de haber visto muchas películas y series del Oeste, estaba convencido de que si quebrantaba la ley algún individuo semejante se metería en su vida y no exactamente para mejorarla. El FBI se había formado en una época de crimen creciente durante la Gran Depresión y había aprovechado la tradición del Oeste existente, con tecnología y procedimientos modernos, para crear su propio halo de misterio institucional. Para lograrlo tuvieron que condenar a muchos delincuentes y matar también algunos en las calles. En Norteamérica existía la idea de que los policías eran unos personajes heroicos, que no sólo hacían respetar la ley, sino que también protegían al inocente. Aquí no existía ninguna tradición semejante. Forjarla resolvería muchos de los problemas de la antigua Unión Soviética, donde la tradición que persistía no era de protección, sino de opresión. No había ningún John Wayne ni Melvin Purvis en las películas rusas y eso empobrecía el país. A pesar de que a Reilly le gustaba trabajar aquí y de que había llegado a apreciar y respetar a sus homólogos rusos, tenía la sensación de que lo hubieran arrojado a un vertedero, con instrucciones de dejarlo tan ordenado como Bergdorf-Goodman's en Nueva York. Ahí estaban todos los componentes, pero ordenarlos convertiría la tarea de Hércules en los establos de Augias en algo insignificante. Oleg tenía la motivación necesaria y las aptitudes adecuadas, pero se enfrentaba a una tarea monumental. Reilly no lo envidiaba, pero debía ayudarlo tanto como pudiera.

—No te envidio mucho, Mishka, pero me gustaría que nuestra organización gozara del prestigio de la tuya en tu país.

—No surgió de la nada, Oleg. Es el producto de muchos años y de un montón de hombres extraordinarios. Tal vez debería mostrarte una película de Clint Eastwood.

—¿Harry, el sucio? La he visto.

Divertida —pensó el ruso—, pero no muy realista.

—No, La marca de la horca, sobre el servicio de policía federal en el antiguo Oeste, cuando los hombres eran hombres y las mujeres estaban agradecidas. A decir verdad, en el sentido estricto no es cierto. No se cometían muchos delitos en el viejo Oeste.

El ruso levantó la mirada, sorprendido.

—¿Entonces por qué todas las películas afirman lo contrario?

—Oleg, las películas tienen que ser emocionantes y no hay mucha emoción en el cultivo del trigo y la cría de ganado. El Oeste norteamericano lo poblaron principalmente veteranos de nuestra guerra civil. Aquél fue un conflicto duro y cruel, pero ningún superviviente de la batalla de Shiloh se dejaría intimidar fácilmente por un sujeto a caballo, con o sin pistola. Hace unos veinte años aproximadamente, un catedrático de la Universidad Estatal de Oklahoma escribió un libro sobre este tema. Entre otra documentación, examinó los archivos judiciales y comprobó que salvo tiroteos en los bares, las pistolas y el whisky no forman una combinación muy adecuada, no se cometían muchos delitos en el Oeste. Sus pobladores sabían cuidar de sí mismos y sus leyes eran muy duras, no había muchos reincidentes, pero lo cierto era que todos los pobladores tenían armas, en general sabían como usarlas y eso es un gran disuasivo para los delincuentes. A fin de cuentas, es menos probable que te dispare un policía que un ciudadano enfurecido. El policía no quiere enfrentarse a todo el papeleo si puede evitarlo, ¿no crees?

El norteamericano tomó un sorbo de vodka y soltó una carcajada.

—En eso somos iguales, Mishka —reconoció Provalov.

—Y, por cierto, todo ese desenfundar rápido de las películas, si alguna vez ha ocurrido en la realidad, no tengo constancia de ello. No, eso es un invento de Hollywood. Uno no puede desenfundar y disparar de ese modo con precisión. Si fuera posible, lo habríamos aprendido en Quantico. Pero salvo en el caso de personas que practican para espectáculos y competiciones especiales, y entonces la distancia y el ángulo son siempre los mismos, eso es sencillamente imposible.

—¿Estás seguro?

No es fácil destruir las leyendas, especialmente para un policía por otra parte bastante inteligente, pero que había visto muchas películas del Oeste.

—Yo era el instructor principal de mi división de campo, y que me zurzan si puedo hacerlo.

—¿Entonces eres un buen tirador?

Reilly asintió con una modestia inusual.

—Aceptable —reconoció—. Bastante aceptable.

No llegaban a trescientos los nombres en la lista de la academia del FBI de los que habían aprendido a disparar a la perfección al graduarse. Mike Reilly era uno de ellos. También había sido subjefe del equipo del SWAT en su primer destino en la ciudad de Kansas, antes de su traslado a los jugadores de ajedrez del Departamento de Crimen Organizado. Se sentía un poco desnudo sin su automática S&W 1070, pero así era la vida en el servicio diplomático del FBI, reflexionó el agente. Qué diablos, aquí el vodka era bueno y empezaba a gustarle. Para eso ayudaba su matrícula diplomática. La policía local era bastante diligente a la hora de poner multas. Lástima que todavía les faltara tanto por aprender sobre investigaciones criminales importantes.

—¿Entonces tú crees, Oleg, que nuestro amigo proxeneta era el objetivo principal?

—Sí, creo que es probable, pero todavía no estoy completamente seguro —respondió, encogiéndose de hombros—. No obstante, mantendremos abierta la posibilidad de que fuera Golovko —agregó Provalov, después de un prolongado sorbo de vodka—. Después de todo, eso nos aportará cooperación importante de otras instituciones.

Reilly no pudo evitar una carcajada.

—Oleg Gregorivich, tú sabes cómo manejar la parte burocrática de tu trabajo. ¡Yo no lo haría tan bien como tú!

Entonces llamó al camarero, que se apresuró a servirles otra ronda.

Internet debe de ser el mejor invento de la historia para el espionaje, pensó Patricia Foley. Bendijo también el día en que recomendó personalmente a Chester Nomuri al Directorio de Operaciones. Ese pequeño nipón hacía unas jugadas hermosas, para un agente que no había cumplido todavía los treinta. Su trabajo en Japón había sido excelente y se había ofrecido inmediatamente voluntario para la operación Genghis en Pekín. Su empleo de tapadera en la Nippon Electric Company difícilmente podía haber sido más indicado para los requisitos de la misión y parecía haberse introducido con la elegancia y facilidad de Fred Astaire en un día particularmente bueno. Al parecer, la parte más fácil era obtener la información.

Hacía seis años que la CIA había acudido a Silicon Valley —evidentemente bajo una tapadera— y le había encargado a un fabricante moderno una breve remesa de un módem muy especial. En realidad, a muchos les parecía una porquería porque tardaba de cuatro a cinco segundos más de lo habitual en conectar. Lo que no se detectaba era que el sonido de los cuatro últimos segundos no era el habitual, sino que se trataba de un sistema especial de codificación, pero que si la línea telefónica estaba intervenida sonaba como un ruido corriente. De modo que lo único que Chester debía hacer era preparar su mensaje y mandarlo. Para mayor seguridad, los mensajes estaban codificados con un sistema muy especial de 256 bits elaborado por la Agencia Nacional de Seguridad, y la doble codificación era tan compleja que incluso la ANS con sus superordenadores tenía dificultad para descifrarla, después de mucho tiempo y muchos recursos. A continuación, lo único que se precisaba era establecer un dominio punto como a través de cualquier empresa pública fácilmente accesible y una conexión a la red mediante uno de los abundantes servidores locales. Podía incluso utilizarse en llamadas directas de ordenador a ordenador, que en realidad era su aplicación original, y aunque la oposición hubiera intervenido la línea telefónica, precisaría un genio matemático y el ordenador más grande y más completo de Sun Microsystems para empezar a descifrar el mensaje.

Lian Ming, leyó Mary Pat, secretaria de... ¡ah, él! Una fuente potencial nada desdeñable. Lo más encantador era que Nomuri había incluido las posibilidades sexuales implícitas en el reclutamiento. La chica era todavía bastante ingenua, decía Nomuri, probablemente ruborizado, pensó la subdirectora de operaciones de la Agencia Central de Inteligencia, pero lo había incluido porque era extraordinariamente sincero en todo lo que hacía. La señora Foley tomó nota debidamente, para añadirla como anexo a su ficha. Discípulo de James Bond, pensó mientras se reía para sus adentros. Lo más fácil era la respuesta: «aprobado, proceda». Ni siquiera tuvo que agregar «con precaución». Nomuri sabía cómo comportarse en el campo, lo cual no era siempre así con los jóvenes agentes. A continuación levantó el teléfono y llamó a su marido por la línea directa.

—Hola, cariño —dijo el director de la CIA.

—¿Ocupado?

Ed Foley sabía que su esposa no le hacía esa pregunta a la ligera.

—No demasiado ocupado para ti, amor mío. Ven a mi despacho. —Y colgó.

El despacho del director de la CIA era relativamente largo y estrecho, con unos ventanales del suelo al techo, desde donde se divisaba el bosque y el aparcamiento de las visitas especiales. Más allá de los árboles está el valle del Potomac, la avenida del parque de George Washington y poca cosa más. La idea de que alguien pudiera haber divisado directamente este edificio, por no mencionar el despacho del director, habría causado graves quebraderos de cabeza al personal de seguridad. Ed levantó la cabeza cuando entró su esposa y se sentó en la butaca de cuero situada frente a su escritorio.

—¿Algo bueno?

—Incluso mejor que las notas de Eddie en el colegio —respondió con una suave sonrisa sensual, que reservaba exclusivamente para su marido.

Debía de tratarse de algo extraordinario. Edward Foley hijo se distinguía como estudiante en la politécnica de Rensselaer, en Nueva York, además de formar parte de su equipo de hockey, que casi siempre destacaba en la liga nacional. El pequeño Ed podía llegar a ganarse

una plaza en el equipo olímpico, aunque el hockey profesional estaba descartado. Ganaría demasiado como ingeniero informático para perder el tiempo con una actividad tan pedestre.

—Creo que tal vez hayamos encontrado algo —agregó la esposa.

—¿Como qué, querida?

—Como la secretaria ejecutiva de Fang Gan —respondió—. Nomuri intenta reclutarla y dice que las perspectivas son buenas.

—GENGHIS —comentó Ed.

Debían haber elegido otro nombre, pero a diferencia de la mayoría de las operaciones de la CIA, el nombre de ésta no había sido generado por un ordenador en el sótano. La verdad era que dicha medida de seguridad no se había aplicado en este caso, por la sencilla razón de que nadie esperaba que diera fruto alguno. La CIA nunca había logrado introducir ningún agente en el gobierno de la República Popular China. Por lo menos, no de rango superior a capitán en el Ejército Popular de Liberación. Los problemas eran los habituales. En primer lugar debían reclutar a alguien de raza china, y la CIA no había tenido mucho éxito en ese sentido, y en segundo lugar, el agente debía poseer conocimientos lingüísticos, así como la capacidad de pasar inadvertido en dicha cultura. Por diversas razones, nada de eso había sucedido. Entonces, Mary Pat sugirió que probaran a Nomuri. Después de todo, su empresa hacía muchos negocios en China y el chico tenía buenos instintos. Ed Foley le siguió la corriente, sin esperar grandes resultados. Pero una vez más, los instintos de su esposa superaron los suyos. En general se consideraba a Mary Pat Foley la mejor agente que había tenido la CIA en veinte años y parecía decidida a demostrarlo.

—¿Cuál es el grado de exposición de Chet? —preguntó el director.

Su esposa no pudo evitar mostrarse preocupada.

—Está solo, pero sabe ser cuidadoso y su material de comunicaciones es el mejor que tenemos. A no ser que la tomen con él, ya sabes, que lo detengan porque no les gusta su peinado, debería estar bastante seguro. En cualquier caso...

Le entregó a su marido la comunicación de Pekín.

El director leyó el documento tres veces, antes de devolvérselo a su esposa.

—Bien, cariño, si lo que pretende es acostarse con una chica, ésa no es la mejor técnica de un agente de campo. No es aconsejable involucrarte tanto con tu contacto...

—Lo sé, Ed, pero no olvides que uno juega con las cartas que le han repartido. Y si le facilitamos un ordenador como el que utiliza Chet, ella también estará bastante segura, ¿no te parece?

—A no ser que alguien lo desarme —pensó Ed Foley en voz alta.

—Maldita sea, Ed, nuestros mejores técnicos las pasarían canutas para comprenderlo. No olvides que me he ocupado personalmente del proyecto. ¡Es seguro!

—Tranquila, cariño —dijo el director, levantando la mano, consciente de que cuando Mary se expresaba de ese modo, realmente tenía la situación bajo control—. Si, es seguro, lo sé, pero recuerda que tú eres la vaquera y yo quien se preocupa.

—De acuerdo, querido —respondió ella con su seductora sonrisa, que le permitía salirse con la suya.

—¿Le has dicho ya que proceda?

—Es mi agente, Eddie.

El director asintió, resignado. No era justo tener que trabajar aquí con su esposa. Tampoco solía ganar ninguna discusión en el despacho.

—Bien, cariño. Es tu operación, adelante, pero...

—¿Pero qué?

—Pero vamos a cambiar Genghis por otro nombre. Si esta operación se prolonga, vamos a iniciar un ciclo de cambio de nombre mensual. Este tiene graves connotaciones y debemos procurar que la seguridad sea óptima en este caso.

Mary tuvo que estar de acuerdo. Como encargados de caso, ambos habían dirigido a un agente conocido legendariamente en la CIA como Cardinal, el coronel Mikhail Semyonovich Filitov, que había trabajado dentro del Kremlin durante más de treinta años, suministrando

excelente información sobre todos los aspectos de las fuerzas armadas soviéticas, además de datos valiosísimos de inteligencia política. Perdido por razones burocráticas en la memoria de los tiempos, Cardinal no había recibido el trato habitual de un agente fijo y eso le había salvado de Aldrich Ames y de su perversa traición de una docena de ciudadanos soviéticos, que trabajaban para Norteamérica. Ames había ganado aproximadamente cien mil dólares por vida entregada. Los dos Foley lamentaban que a Ames se le hubiera permitido seguir viviendo, pero ellos no eran quienes imponían el cumplimiento de la ley.

—De acuerdo, Eddie, ciclo mensual. Tú siempre tan cauteloso, cariño. ¿Llamas tú o lo hago yo?

—Esperaremos a que nos facilite algo útil antes de tomarnos tantas molestias, pero cambiemos Genghis por otro nombre. Es una referencia a China demasiado evidente.

—De acuerdo —respondió Mary con una pícaro sonrisa—¿Qué te parece de momento Sorge? —sugirió.

El nombre estaba inspirado en el de Richard Sorge, uno de los espías más extraordinarios de la historia, un alemán que había trabajado para los soviéticos y posiblemente quien impidió que Hitler ganara en el frente oriental contra Stalin. El dictador soviético, consciente de ello, no levantó un dedo para salvarlo del cadalso. «La gratitud —había dicho en una ocasión Iosif Vissarionovich— es una enfermedad de los perros.»

El director asintió. Su esposa tenía un vivaz sentido del humor, particularmente en lo concerniente al trabajo.

—¿Cuándo crees que sabremos si va a cooperar con nosotros?

—Supongo que en el momento en que Chet se tome un respiro en la cama.

—Mary, ¿tú alguna vez...?

—¿En el campo? Ed, eso es cosa de chicos, no de chicas —respondió con una radiante sonrisa, mientras recogía sus papeles para retirarse—Salvo contigo, cariño.

El DC-10 de Alitalia tomó tierra con unos diez minutos de anticipo gracias al viento favorable. Al cardenal Renato DiMilo le complació rezar mentalmente una oración apropiada de agradecimiento. Después de mucho tiempo en el servicio diplomático vaticano, estaba acostumbrado a los vuelos de larga duración, pero eso no era exactamente igual que disfrutar de los mismos. Llevaba su atuendo cardenalicio rojo y negro, que era en realidad una especie de uniforme oficial y aparentemente no muy cómodo, a pesar de habérselo hecho a medida en una de las mejores sastrerías romanas. Uno de los mayores inconvenientes de su cargo clerical y diplomático era no haberse podido quitar la chaqueta durante el vuelo, pero había logrado quitarse los zapatos, sólo para comprobar que sus pies se habían hinchado durante el vuelo, y ponérselos de nuevo fue más difícil de lo habitual. Eso provocó un suspiro en lugar de una maldición, cuando el avión se acercaba a la terminal. El primer auxiliar de vuelo lo acompañó a la puerta delantera, para que pudiera abandonar el aparato en primer lugar. Una de las ventajas de su cargo diplomático era que le bastaba mostrar su pasaporte diplomático a los funcionarios, y en este caso lo esperaba un alto funcionario gubernamental de la República Popular China, para recibirlo al final del pasillo.

—Bien venido a nuestro país —dijo el funcionario, tendiéndole la mano.

—Me alegro de estar aquí —respondió el cardenal, consciente de que aquel comunista ateo no le había besado el anillo, como establecía el protocolo habitual.

Claro que el catolicismo, en particular, y el cristianismo, en general, no eran exactamente del agrado de la República Popular China. Pero si el país deseaba formar parte del mundo civilizado, no tenía más alternativa que aceptar la representación de la Santa Sede. Además, empezaría a trabajar con esa población y, quién sabe, tal vez convertiría uno o dos. Cosas más extrañas habían ocurrido y la Iglesia católica se las había visto con enemigos más formidables.

Con un ademán y acompañado de un pequeño séquito, el viceministro condujo al distinguido visitante al lugar donde esperaba el coche oficial y su escolta.

—¿Cómo le ha ido el vuelo? —preguntó el funcionario.

—Largo, pero no desagradable —respondió previsiblemente el cardenal.

Los diplomáticos debían comportarse como si les encantara volar, aunque incluso la tripulación se cansaba en esos vuelos tan prolongados. La misión del funcionario consistía en observar al nuevo embajador del Vaticano, estudiar su conducta, fijarse incluso en cómo miraba por las ventanas del coche, que en este caso no era diferente de la forma en como lo hacían los demás diplomáticos llegados por primera vez a Pekín. Observaban las diferencias. Las formas de los edificios eran nuevas y diferentes para ellos, y la estructura de las paredes vistas de cerca y de lejos, la forma en que las cosas que eran esencialmente las mismas se convertían en fascinantes, debido a diferencias realmente microscópicas vistas con objetividad.

Tardaron un total de veintiocho minutos en llegar a la residencia-embajada. Era un viejo edificio, de principios del siglo pasado, que había sido el extenso hogar de un misionero metodista norteamericano, aficionado evidentemente a las comodidades norteamericanas — pensó el funcionario—, y que había experimentado diversas transformaciones, incluido su uso como prostíbulo en el barrio diplomático durante las décadas de los años veinte y treinta, como había descubierto el día anterior, porque a los diplomáticos también les gustaban sus comodidades. Se preguntó si las mujeres eran chinas, o rusas que siempre alegaban pertenecer a la nobleza zarista, por lo que había oído. Después de todo, a los occidentales les gustaba acostarse con mujeres de la nobleza por alguna razón u otra, como si su cuerpo fuera de algún modo diferente. Esto lo había oído también en el despacho del ministerio, de un archivero que registraba esa clase de datos. Las costumbres personales del presidente Mao no estaban registradas, pero su pasión de toda la vida por desvirgar doncellas de doce años era sobradamente conocida en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El joven funcionario sabía que todo líder nacional tenía algún rasgo personal extraño y desagradable. Los grandes hombres cometían aberraciones.

El coche se detuvo frente a un edificio de estructura de madera, donde un policía uniformado abrió la puerta para el visitante italiano e incluso lo saludó, a lo que el hombre del solideo color rubí correspondió con una ligera inclinación de la cabeza.

En el porche esperaba otro extranjero, monseñor Franz Schepke, cuya categoría diplomática era la de subdirector de la misión, lo que habitualmente significaba que él era quien se ocupaba de todo, mientras el embajador, elegido principalmente por razones políticas, reinaba en el despacho principal. Todavía no sabían si ahora sería éste el caso.

Schepke tenía un aspecto tan alemán como su árbol genealógico, alto y delgado con unos ojos azul grisáceo que no revelaban absolutamente nada, y poseía una asombrosa habilidad lingüística que le había permitido dominar, no sólo el complejo idioma chino, sino también el dialecto y acento local. Por teléfono, aquel extranjero podía pasar por un miembro del partido, para asombro de los funcionarios locales que no estaban acostumbrados a que los extranjeros logaran hablar debidamente su idioma, ni mucho menos dominarlo.

El funcionario chino se percató de que el alemán besaba el anillo de su superior. A continuación, el italiano estrechó la mano y abrazó al joven clérigo. Probablemente se conocían. Entonces, el cardenal DiMilo condujo a Schepke hasta su escolta se lo presentó. Evidentemente, ya lo había visto muchas veces y eso le dio la impresión al funcionario local de que el clérigo decano era un poco retrasado. A su debido tiempo se descargó el equipaje y acto seguido el funcionario chino subió de nuevo al coche oficial, para trasladarse al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde redactaría su informe de la llegada. «El nuncio papal que ha superado su mejor edad —escribiría— es un anciano quizá bastante agradable, pero sin mucho intelecto.» En otras palabras, un embajador occidental bastante típico.

Al entrar en el edificio, Schepke se tocó la oreja derecha y señaló a su alrededor.

—¿En todas partes? —preguntó el cardenal.

—Ja, doch —respondió monseñor Schepke en su alemán materno, antes de seguir hablando en griego, no moderno, sino clásico, como el que hablaba Aristóteles, semejante pero diferente de la versión moderna de dicho idioma, perpetuado sólo por un puñado de intelectuales en Oxford y en unas pocas universidades occidentales—. Bien venido, eminencia.

—Incluso los aviones pueden tardar demasiado. ¿Por qué no podemos viajar en barco? Sería una forma mucho más agradable de trasladarse de un lugar a otro.

—La maldición del progreso —respondió tímidamente el alemán.

Después de todo, el vuelo de Roma a Pekín tardaba sólo cuarenta minutos más que el de Roma a Nueva York, pero Renato era un hombre de otra época diferente y más paciente.

—Mi escolta. ¿Qué puede decirme de él?

—Se llama Qian. Cuarenta años, casado, con un hijo. Será nuestro contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Inteligente, buena educación, pero ferviente comunista, igual que su padre —respondió rápidamente Schepke, en el idioma que había aprendido hacía mucho tiempo en el seminario.

Tanto él como su jefe sabían que probablemente grababan su conversación, que luego volvería locos a los lingüistas del ministerio. Pero, al fin y al cabo, no era culpa suya que aquella gente fuera analfabeta.

—¿Entonces hay micrófonos en todo el edificio? —preguntó DiMilo, mientras se acercaba a una bandeja donde había una botella de vino tinto.

—Eso hay que suponer —asintió Schepke, al tiempo que el cardenal se servía un vaso de vino—. Haría inspeccionar el edificio, pero no es fácil encontrar aquí personas fiables y...

Y quienes fueran capaces de hacer un buen trabajo aprovecharían la oportunidad para colocar sus propios micrófonos para el país para el que trabajaran: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Israel... A todos les interesaba conocer lo que sabía el Vaticano.

El Vaticano, situado en el centro de Roma, es técnicamente un estado independiente, de ahí la categoría diplomática del cardenal DiMilo en un país donde las convicciones religiosas estaban mal vistas en el mejor de los casos, y perseguidas despiadadamente en el peor de los mismos. El cardenal Renato DiMilo era sacerdote desde hacía poco más de cuarenta años, durante la mayor parte de los cuales había pertenecido al servicio diplomático del Vaticano. Sus conocimientos lingüísticos no eran únicos en los confines de su propia organización, pero incluso allí, inusuales y sumamente excepcionales en el mundo exterior, donde hombres y mujeres tardaban muchísimo tiempo en aprender idiomas. Pero DiMilo los aprendía con facilidad, e incluso llegaba a sorprenderle que no pudieran hacerlo los demás. Además de sacerdote y diplomático, DiMilo era también agente de espionaje; todos los embajadores se supone que deben serlo, pero él iba mucho más allá. Una de sus misiones consistía en mantener informado al Vaticano, y por consiguiente al papa, de lo que sucedía en el mundo, a fin de que el Vaticano, y por consiguiente el papa, pudiera actuar o por lo menos usar su influencia en el sentido adecuado.

DiMilo conocía bastante bien al papa actual. Habían sido amigos muchos años antes de su elección al trono de Pontifex Maximus («maximus», que en este contexto significa «jefe», y «pontifex», que equivale a «constructor de puentes», ya que se supone que el sacerdote es el puente entre los hombres y su Dios). DiMilo había servido al Vaticano como diplomático en siete países. Antes de la caída de la Unión Soviética se había especializado en países de Europa oriental, donde había aprendido a discutir los méritos del comunismo con sus partidarios más acérrimos, generalmente para incomodidad de sus interlocutores y su propia diversión. Aquí sería diferente, pensó el cardenal, no sólo por las creencias marxistas, sino por tratarse de una cultura muy distinta. Hacía dos mil años que Confucio había definido el lugar de los chinos en el mundo, y ese lugar era diferente del que enseñaba la cultura occidental. Evidentemente, aquí había cabida para las enseñanzas de Jesucristo, como en cualquier otro lugar. Pero el terreno no era tan fértil para el cristianismo como en otros sitios. Los que se acercaran a misioneros cristianos lo harían por curiosidad, y una vez expuestos a los evangelios, las creencias cristianas les parecerían todavía más curiosas, por lo mucho que se diferenciaban de sus creencias ancestrales. Incluso las creencias más «normales» que coincidían, más o menos, con las tradiciones chinas, como el movimiento espiritualista oriental denominado Falun Gong, habían sido brutalmente reprimidas. El cardenal DiMilo se recordó a sí mismo que había llegado a uno de los pocos países paganos existentes, donde el martirio todavía era posible para los más o menos afortunados, según el punto de vista de cada uno. Tomó un sorbo de vino, intentando decidir qué hora era según su reloj corporal, al contrario de lo que indicaba el de pulsera. En ambos casos, el vino sabía bien y le recordaba su tierra, que nunca había realmente abandonado, ni siquiera cuando estaba en Praga o en Moscú. Pekín, sin embargo, podía ser un reto.

OCHO

SUBORDINADOS Y PAÑOS MENORES

No era la primera vez que lo hacía. A su manera, era emocionante, excitante y ligeramente peligroso, dado el momento y el lugar. Era principalmente un ejercicio de memoria práctica y capacidad de discernimiento. La parte más difícil consistía en convertir las medidas inglesas al sistema métrico. Se suponía que la mujer perfecta medía 36-24-36, no 90-60-90.

La última vez que había estado en un lugar parecido había sido en el Beverley Center Mall de Los Angeles, comprando para María Castillo, una voluptuosa latina a quien encantó su error de haber confundido su cintura por veinticuatro, en lugar de sus verdaderas veintisiete pulgadas. Era aconsejable errar por debajo en lo concerniente a cifras, pero probablemente por arriba en cuanto a letras. Si uno tomaba un pecho de 36B por 34C, a ella no le enfurecería, pero si creía que su cintura de veinticuatro medía veintiocho pulgadas, probablemente se enojaría. El estrés —pensó Nomuri mientras movía la cabeza— tenía manifestaciones diversas. Quería acertar porque aspiraba a convertir a Ming en una fuente de información, pero también en su amante, y ésa era una razón de más para no equivocarse.

El color era la parte fácil. Rojo. Evidentemente, rojo. Éste era todavía un país donde el rojo era un «buen» color, lo cual era conveniente, porque el rojo había sido siempre el color más vivaz elegido por las mujeres para su ropa interior, el color de la aventura, las risas y... la vida alegre. Y eso serviría para satisfacer, tanto sus necesidades biológicas como profesionales. También debía calcular otras cosas. Ming no era alta, medía escasamente cinco pies, ciento cincuenta y un centímetros aproximadamente, pensó Nomuri, después de hacer la conversión mentalmente. Era baja, pero no realmente menuda. En China no existía la obesidad auténtica. Aquí la gente no comía en exceso, probablemente por el recuerdo de la época en que escaseaba la comida, y el abuso era simplemente imposible. El peso de Ming se habría considerado excesivo en California, pensó Nomuri, pero eso era sólo por la estructura de su cuerpo. Parecía rechoncha porque era baja y eso era algo que no cambiaría ningún régimen, ejercicio, ni maquillaje. Su cintura no debía medir mucho menos de veintisiete pulgadas. En cuanto a su pecho, probablemente 34B... bueno, tal vez 34C... no, decidió, B+ a lo sumo. Por tanto, un sujetador 34B y unas bragas de talla mediana de seda roja, algo muy femenino... en el sentido arriesgado y libertino de la feminidad, algo que le permitiera mirarse al espejo a solas y reírse... tal vez incluso suspirar al comprobar lo diferente que era con esas prendas y quizá sonreír, con esa sonrisa interna que las mujeres reservan para esos momentos. El momento en el que uno sabe que la ha conseguido... y lo demás no es más que el postre.

La mejor parte de Victoria's Secret era el catálogo, diseñado para hombres que, en realidad, y con buen criterio, querían comprar ellos mismos los modelos, a pesar de sus actitudes faciales, ya que a veces parecían lesbianas, aunque con semejantes cuerpos, ¿quién podía quejarse? Fantasías, cosas de la mente. Nomuri se preguntó si las modelos realmente existían o eran imágenes generadas por ordenador. Actualmente se podía hacer cualquier cosa con la informática: convertir a Rosie O'Donnell en Twiggy, o a Cindy Crawford en obsoleta.

Vuelta al trabajo, se dijo a sí mismo Nomuri. Puede que aquél fuera un lugar para fantasías, pero aún no para ésa. Bien, debía ser algo erótico. Algo que resultara simultáneamente divertido y excitante para Ming, y para él; eso también formaba parte del plan. Nomuri cogió un catálogo del montón, porque era mucho más fácil ver lo que quería cuando estaba relleno. Lo hojeó hasta detenerse en la página veintiséis. La modelo era negra y en su potaje genético debía de haber excelentes ingredientes, porque su rostro habría resultado tan atractivo a un miembro de las SS hitlerianas como a Idi Amin. Era esa clase de rostro. Mejor aún, llevaba un sujetador Racer-back que hacía juego con sus braguitas y el color era perfecto, un rojo púrpura que los romanos en otra época habían denominado escarlata tirreno, el color de la franja de la toga de los miembros de la orden senatorial, reservada por su precio y por la tradición a la nobleza romana más acaudalada, no exactamente rojo, ni exactamente púrpura. El sujetador, de satén y lycra, se abrochaba por

delante, lo cual facilitaba a la chica la operación de ponérselo y al chico la de quitárselo, pensó mientras se dirigía al estante pertinente. Treinta y cuatro be, decidió. Si era demasiado pequeño, sería más halagador... ¿las bragas pequeñas o medianas? Qué coño, unas de cada. Para asegurarse, compró también un sujetador sin varillas de forma triangular y unas braguitas estilo tanga de color rojo anaranjado, que para los católicos sería pecado mortal sólo mirarlas. Decidió impulsivamente adquirir varios pares adicionales de bragas, pensando que probablemente se ensuciaban con mayor facilidad que los sujetadores, cosa de la que no estaba seguro a pesar de ser agente de campo de la CIA. No le enseñaban a uno esas cosas en La Granja. Debería comentarlo en un mensaje. Probablemente, Mary Patricia soltaría una carcajada en su despacho del séptimo piso en Langley.

Otra cosa, pensó. Perfume. A las mujeres les encanta el perfume. Era lógico que les gustara, especialmente aquí. Toda la ciudad de Pekín olía como unos altos hornos, el aire estaba impregnado de polvo de carbón y otros productos contaminantes, probablemente como Pittsburgh a principios del siglo pasado, y la triste realidad era que los chinos no se duchaban con la diligencia de los californianos, ni mucho menos con la regularidad de los japoneses. Por consiguiente, algo que oliera bien...

Dream Angels era la marca. Estaba disponible en aerosol, loción y otras aplicaciones que Nomuri no alcanzaba a comprender, pero estaba seguro de que Ming lo entendería porque era mujer y eso era una quintaesencia femenina. De modo que compró también el perfume, pagando con su tarjeta de crédito de NEC... sus jefes japoneses lo entenderían. Se hacían viajes meticulosamente preparados y organizados para asalariados japoneses a diversos lugares de Asia, especializados en comercio sexual. Así había sido probablemente como se había introducido el Sida en Japón, y Nomuri utilizaba un preservativo para todo, salvo para orinar. El total ascendió a unos trescientos euros. La dependienta se lo envolvió todo y comentó que la mujer de su vida era muy afortunada.

Lo será, se prometió Nomuri a sí mismo. La ropa interior que acababa de comprarle era tan suave al tacto como el cristal y sus colores excitarían incluso a un ciego. La única cuestión era cómo afectarían a la rechoncha secretaria china de un ministro gubernamental. No era como si intentara seducir a Suzie Wong. Lian Ming se distinguía más por su aspecto común que por su atractivo, pero nunca se sabe. Amy Irvin, su primera conquista a la madura edad de diecisiete años y tres meses, era suficientemente atractiva para despertar su inspiración, que para un chico de dicha edad significaba que poseía los atributos corporales necesarios, que no llevaba barba como los generales de la guerra civil y que durante el último mes había tomado una ducha. Por lo menos, Ming no sería como tantas norteamericanas actuales, que habían visitado al cirujano plástico para reducir el vientre, aumentar los pechos hasta que parecieran tazones, e inyectarse toda clase de productos químicos en los labios, que acababan por tener el aspecto de una extraña fruta partida. Lo que hacían las mujeres para atraer a los hombres... y lo que hacían los hombres con la esperanza de seducirlas. Qué fuente potencial de energía, pensó Nomuri, cuando hacía girar la llave del contacto en su Nissan de la empresa.

—¿Qué tenemos hoy Ben? —preguntó Ryan, dirigiéndose a su asesor de seguridad nacional.

—La CIA intenta lanzar una nueva operación en Pekín. De momento la denominan Sorge.

—¿Como Richard Sorge?

—Correcto.

—Alguien debe ser ambicioso. Bien, cuéntamelo.

—Hay un agente clandestino llamado Chester Nomuri que está en Pekín como vendedor de la empresa NEC. Corteja a la secretaria de un ministro decano de la República Popular, un individuo llamado Fang Gan...

—¿Quién es? —preguntó Ryan, sin soltar su taza de café.

—Una especie de ministro sin cartera que trabaja para el primer ministro y para el de Asuntos Exteriores.

—¿Como ese tal Zhang Han San?

—No tan decano, pero sí. Parece una especie de comodín de muy alto nivel. Tiene contactos en las fuerzas armadas y en los ministerios de Asuntos Exteriores, buenas credenciales ideológicas, es un punto de referencia para otros miembros de su Politburó. En cualquier caso, Nomuri se propone seducir a la chica.

—Bond —comentó Ryan en un tono deliberadamente neutro—. James Bond. Conozco el nombre de Nomuri. Hizo un buen trabajo para nosotros en Japón, cuando yo ocupaba tu puesto. ¿Me lo comunicas a título meramente informativo o quieres mi aprobación?

—Correcto, señor presidente. La señora Foley dirige este caso y quiere mantenerlo informado.

—De acuerdo, dile a Mary Patricia que me interesa todo lo que vaya llegando.

Ryan hizo un esfuerzo para reprimir una mueca, provocada por el hecho de recibir información de la vida privada de otra persona, o si no privada, sexual.

—Sí, señor.

NUEVE

RESULTADOS INICIALES

Chester Nomuri había aprendido muchas cosas en la vida, de sus padres, sus profesores y los instructores en La Granja, pero una lección que todavía le quedaba por aprender era el valor de la paciencia, por lo menos en lo concerniente a su vida privada. Eso, sin embargo, no le impedía ser cauteloso y por esa razón había comunicado sus planes a Langley. Era violento tener que explicarle a una mujer los proyectos de su vida sexual; a pesar de que Nomuri sabía perfectamente que Mary Pat era una espía brillante, se agachaba para mear como todas las mujeres, y él no quería que la CIA lo tomara por un gato callejero con sueldo gubernamental, porque la verdad era que le gustaba su trabajo. La emoción era por lo menos tan adictiva como la cocaína, con la que algunos de sus compañeros habían coqueteado.

Puede que quizá fuera ése el motivo por el que le gustaba a la señora Foley, especuló Nomuri. Mary Pat, según se decía en la dirección de operaciones, era «la vaquera». Se había pavoneado por las calles de Moscú durante los últimos días de la guerra fría, como la jodida Annie Oakley poniendo las cosas al rojo vivo, y a pesar de que la descubriera el subjefe del KGB, no sólo no les reveló absolutamente nada, sino que la operación que dirigía, que era todavía sumamente secreta, debía de tener una enorme importancia, porque nunca volvió a trabajar en el campo, pero ascendió por el escalafón de la CIA como una ardilla hambrienta a un roble. El presidente consideraba que era lista, y el mejor amigo que uno podía tener en ese trabajo era el presidente de Estados Unidos, porque conocía el mundo del espionaje. Luego se habló de lo que el presidente Ryan había hecho en otra época. ¿Exponer al jefe supremo del jodido KGB? Todos los jóvenes de la dirección de operaciones estaban convencidos de que Mary Pat debía de haber participado en aquello. Lo único que sabían incluso en los confines de la CIA, salvo, naturalmente, los que necesitaban saberlo (los dos imprescindibles, según se decía), era lo que había publicado la prensa, y aunque por regla general los medios de comunicación no sabían una mierda sobre operaciones clandestinas, un equipo de televisión de la CNN había colocado una cámara en la cara del ex jefe supremo del KGB, que vivía ahora en Winchester, Virginia. Éste no se fue demasiado de la lengua, pero el mero hecho de que apareciera su rostro en la pantalla, después de que el gobierno soviético lo declaró muerto en un accidente aéreo, provocó un buen escándalo. Nomuri dedujo que trabajaba para un par de auténticos profesionales y, por consiguiente, les reveló lo que se proponía, aunque eso pudiera ruborizar a Mary Patricia Foley, subdirectora de operaciones de la CIA.

Elegió un restaurante estilo occidental. No eran pocos los que había ahora en Pekín, destinados, tanto a la población local como a los turistas que sentían nostalgia de los sabores de su país (o a quienes les preocupaba la salud de su organismo, justificadamente al parecer de Nomuri). Su calidad no era ni siquiera remotamente parecida a la de un verdadero restaurante norteamericano, pero sí considerablemente más apetecible que las ratas fritas, que Nomuri sospechaba que servían en muchos restaurantes de Pekín.

El llegó primero, y se estaba relajando con un bourbon barato norteamericano cuando Ming entró por la puerta. La saludó con la mano, confiando no parecer excesivamente juvenil. Ella reaccionó con una sonrisa, que a Nomuri le pareció acertada. Ming se alegraba de verlo y eso suponía un paso adelante en los planes que tenía para la velada. Se acercó a su mesa, situada en un rincón del fondo. El se puso en pie, mostrando un nivel de caballerosidad inusual en China, donde no se valoraba siquiera remotamente a las mujeres como en Occidente. Nomuri se preguntó si eso cambiaría, si la matanza de tantas niñas convertiría de pronto a Ming en un bien valioso, a pesar de su sencillez. Todavía no alcanzaba a digerir que mataran con tanta facilidad a los bebés y lo mantenía siempre presente en su mente, para no olvidar quiénes eran los buenos y los malos en el mundo.

—Me alegro mucho de verte —dijo Nomuri con una seductora sonrisa—. Temía que no vinieras.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Bueno, tu jefe... Estoy seguro de que él... bueno... te necesita. Supongo que ésa es la forma educada de expresarlo —titubeó Nomuri, consiguiendo a su parecer el efecto ensayado.

Ming se rió un poco.

—El camarada Fang tiene sesenta y cinco años —respondió—. Es un buen hombre, un buen jefe y un ministro excelente, pero trabaja mucho y ya no es joven.

De acuerdo, se acuesta contigo, pero no muy a menudo, interpretó Nomuri. ¿Y tal vez te apetece un poco más, con alguien de tu edad? Claro que si Fang tenía más de sesenta y cinco años y todavía ejercía, tal vez merecía cierto respeto, pensó, antes de descartar la idea.

—¿Has comido antes aquí?

El lugar se llamaba Vincenzo's y pretendía ser italiano. El gerente era un mestizo de Vancouver, chino e italiano, cuyo idioma le habría causado problemas con la mafia en Palermo o incluso en Mulberry Street, en Manhattan, pero en Pekín parecía bastante auténtico.

—No —respondió Ming, mientras miraba a su alrededor lo que para ella era un entorno sumamente exótico.

Sobre cada mesa había una vieja botella de vino, con la base cubierta de mimbre y una vela roja encendida en el cuello. Los manteles eran de cuadros blancos y rojos. Quienquiera que hubiera decorado el local, evidentemente había visto demasiadas películas antiguas. No se parecía en nada a los restaurantes locales, incluso a pesar de los camareros chinos; paneles de madera oscura, perchas para los abrigos cerca de la puerta... Podía haberse encontrado en cualquier lugar de la costa este norteamericana, donde se habría reconocido como uno de esos viejos restaurantes familiares italianos, en los que una pareja madura sirve buena comida sin pretensiones.

—¿Cómo es la comida italiana? —preguntó Ming.

—Si está bien preparada, la comida italiana es de las mejores del mundo —respondió Nomuri—. ¿No la has probado? ¿Nunca? ¿Me permites entonces que elija por ti?

Ming reaccionó con un encanto juvenil. Las mujeres eran todas iguales. Si las tratas del modo adecuado, se derriten como la cera en tus manos y puedes moldearlas a voluntad. A Nomuri empezaba a gustarle aquella parte de su trabajo, que algún día podría serle también útil en su vida privada. Llamó al camarero, que se acercó con una sonrisa servil. Nomuri pidió en primer lugar un vino blanco auténticamente italiano, de una carta asombrosamente de primer orden y unos precios, por supuesto, elevadísimos, y luego, con un hondo suspiro, fettuccine Alfredo, la quintaesencia italiana de los síncope cardíacos. Miró a Ming y dedujo que no rechazaría una comida consistente.

—¿Siguen funcionando bien los nuevos ordenadores y las nuevas impresoras?

—Sí, el ministro Fang me ha felicitado ante los demás funcionarios por mi elección. Me has convertido en una especie de heroína, camarada Nomuri.

—Me alegro de saberlo —respondió el agente de la CIA, al tiempo que se preguntaba si era bueno o malo para su misión actual que lo llamara «camarada»—. Ahora vamos a sacar un nuevo ordenador portátil, un modelo que puedes llevarte a tu casa, pero evidentemente con la misma capacidad que el de tu oficina, las mismas características y el mismo software, e incluso un módem para acceder a Internet.

—¿En serio? Yo lo hago con muy poca frecuencia. En el trabajo no se nos permite navegar por la red, salvo cuando el ministro quiere algo específico.

—No me digas. ¿Qué le interesa de la red al ministro Fang?

—Principalmente comentarios políticos, sobre todo de Norteamérica y Europa. Todas las mañanas imprimo varios artículos de los periódicos como el Times de Londres, el New York Times, el Washington Post y otros por el estilo. Al ministro le gusta ver especialmente lo que piensan los norteamericanos.

—No mucho —comentó Nomuri, cuando llegaba el vino.

—¿Cómo dices? —preguntó Ming, obligándolo a volver la cabeza.

—Pues que los norteamericanos no piensan mucho. Son la gente más superficial que he conocido en mi vida. Son chillones, mal educados y sus mujeres... —la voz de Chet se perdió en la lejanía.

—¿Qué pasa con sus mujeres, camarada Nomuri? —preguntó Ming, casi como si le diera una orden.

—Muy bueno —dijo Nomuri después de catar el vino, una cosecha de Toscana bastante satisfactoria, e indicarle al camarero que llenara las copas—. ¿Has visto alguna vez ese juguete norteamericano, la muñeca Barbie?

—Sí, se fabrican aquí en China, ¿no es cierto?

—Así es como quieren ser todas las norteamericanas, muy altas, con unos pechos enormes y una cintura que puedas rodear con las manos. Eso no es una mujer. Es un juguete, un maniquí para que se entretengan los niños. Y con una inteligencia semejante a las norteamericanas corrientes. ¿Crees que saben idiomas como tú? Piensa que tú y yo ahora hablamos en inglés, que no es tu idioma materno ni el mío, pero nos entendemos perfectamente, ¿no es cierto?

—Sí —reconoció Ming.

—¿Cuántos norteamericanos crees que hablan mandarín? ¿O japonés? No, los norteamericanos carecen de educación, de elegancia. Son un país retrasado y sus mujeres son muy retrasadas. Incluso acuden al cirujano para que haga sus pechos más grandes, como esa estúpida muñeca infantil. Son cómicas, especialmente desnudas —concluyó Nomuri.

—¿Las has visto? —preguntó Ming, tal como él había previsto.

—¿Visto qué, norteamericanas desnudas?

Ming asintió. Esto funcionaba a pedir de boca. Si, Ming, soy hombre de mundo.

—Sí, las he visto. Viví allí unos meses y fue interesante en un sentido un tanto grotesco. Algunas pueden ser encantadoras, pero no como una mujer asiática decente con las proporciones adecuadas y un cabello femenino sin adulteraciones cosméticas. Y los modales. Las norteamericanas no tienen los modales de una asiática.

—Pero allí hay muchas de las nuestras. ¿Tú no...?

—¿Si conocí a alguna? No, los de ojos redondos se las guardan para ellos. Supongo que valoran a las verdaderas mujeres, cuando las suyas se convierten en otra cosa —respondió Nomuri, mientras llenaba de vino la copa de Ming—. Pero debo reconocer que hay algunas cosas en las que los norteamericanos son buenos.

—¿Por ejemplo? —preguntó Ming, cuando el vino empezaba a soltarle ya la lengua.

—Te lo mostraré luego. Tal vez debería disculparme, pero me he tomado la libertad de comprarte unas cosas norteamericanas.

—¿En serio? —exclamó con emoción en la mirada.

Aquello funcionaba realmente bien, se dijo Nomuri. Desearía moderarse con el vino. Bueno, media botella, un par de vasos, no le perjudicarían. Como decía la canción... «puedes hacerlo en la primera Y en este caso no tenía de qué preocuparse en cuanto a convicciones religiosas o inhibiciones. ¿No era ésa una ventaja del comunismo?

Los fettuccine llegaron en el momento oportuno, y eran sorprendentemente sabrosos. Observó a Ming cuando comía el primer bocado. (En Vincenzo's servían los platos con cuchillo y tenedor en lugar de palillos, que en cualquier caso era más práctico para comer fettuccine.) Abrió enormemente sus ojos oscuros cuando la pasta entró en su boca.

—Excelente... aquí hay mucho huevo. Me encantan los huevos —confesó Ming.

Son tus arterias, querida, pensó el agente, observando cómo tragaba el primer bocado. Nomuri extendió el brazo para coger el vino y llenarle de nuevo la copa. Ming estaba tan entusiasmada con la pasta, que apenas se percató de lo que hacía.

Después de comerse medio plato, levantó la cabeza.

—Nunca había comido algo tan delicioso —dijo Ming. Nomuri respondió con una cálida sonrisa.

—No sabes cuánto me alegro de que te guste.

Espera a ver la ropa interior que te he comprado, cariño.

—¡Firmes!

El capitán general Marion Diggs se preguntaba qué le traería su nuevo puesto de mando. La segunda estrella en su charretera... creía poder percibir su peso, pero no era así en realidad. Los últimos cinco años con el uniforme de su país habían sido interesantes. Como primer comandante del reorganizado 10.º Regimiento Blindado de Caballería, los «Buffalo Soldiers», había convertido a los miembros de aquel antiguo y honroso regimiento en los maestros de entrenamiento del ejército israelí, convirtiendo el desierto de Negev en otro Centro de Entrenamiento Nacional, y en dos años había reducido a polvo a todos los comandantes de brigada israelíes, para luego levantarlos de nuevo, triplicando su eficacia en combate por todos los medios cuantificables, de modo que ahora pudieran pavonearse justificadamente de su pericia. Luego le habían mandado al auténtico CEN en el desierto californiano, donde repitió la hazaña con su propio ejército estadounidense. Allí estaba cuando empezó la guerra biológica, con su propio 11.º Regimiento Blindado de Caballería, la famosa Caballería de Caballos Negros y una brigada de la Guardia Nacional, cuyo inesperado uso de equipo avanzado de control bélico sorprendió enormemente a los Caballos Negros y a su orgulloso comandante, el coronel Al Hamm. Todos ellos se trasladaron a Arabia, junto con el 10.º de Israel, e infligieron una derrota aplastante al ejército de la fugaz República Islámica Unida. Después de sobresalir como coronel en jefe, se distinguió como general de brigada, lo cual facilitó su ascenso y su nuevo destino como comandante en jefe de los conocidos como «primeros tanques», «viejos acorazados» o «división blindada norteamericana». Era la 1.ª División Blindada, basada en Bad Kreuznach, Alemania, una de las pocas divisiones pesadas que quedaban con bandera norteamericana.

En otra época habían sido muchas: dos cuerpos enteros aquí en Alemania, el 1.º y el 3.º blindados, el 3.º y el 8.º de infantería, además de un par de regimientos de caballería blindada, el 2.º y el 11.º, y las bases de POMCUS, unos monstruosos almacenes de material, para unidades como la 2.ª blindada y la 1.ª de infantería, la Gran Roja de Fort Riley en Kansas, que podía establecerse en Europa con tanta rapidez como los aviones logran trasladarla, recoger su equipo y ponerse en movimiento. Toda esa fuerza, que era realmente enorme según recordaba Diggs, formaba parte del compromiso de la OTAN para defender Europa occidental de un país denominado Unión Soviética y su organización paralela del Pacto de Varsovia, el objetivo de cuyas numerosísimas fuerzas era llegar hasta el Cantábrico, o eso habían creído siempre los agentes de operaciones e inteligencia en Mons, Bélgica. Habría sido una gran confrontación. ¿Quién habría ganado? Probablemente, la OTAN, pensaba Diggs, según la interferencia política y la habilidad de los mandos en ambos bandos.

Pero ahora la Unión Soviética ya no existía. Y ya no era tampoco necesaria la presencia de los cuerpos 5.º y 7.º en Alemania occidental, de modo que su 1.º División Armada era el único vestigio que quedaba de lo que había sido en otra época una enorme y poderosa fuerza. Incluso los regimientos de caballería se habían retirado, el 11.º a la fuerza de oposición, o «malos chicos», en el Centro de Entrenamiento Nacional y el 2.º Regimiento de Dragones había sido esencialmente desarmado en Fort Polk, Louisiana, en un intento por crear una nueva doctrina de tropas sin armas. Quedaban sólo los «viejos acorazados», de tamaño un poco reducido desde su época idílica, pero con una fuerza todavía formidable. En aquel momento, Diggs no sabía a quién se enfrentaría, en el caso de que surgieran inesperadamente hostilidades de la nada.

Ése, evidentemente, era el trabajo de su oficial de inteligencia G-2, el teniente coronel Tom Richmond, y entrenarse para el mismo era la misión encomendada a su oficial de operaciones G-3, el coronel Duke Masterman, a quien Diggs había arrancado del Pentágono chillando y pataleando. En el ejército de Estados Unidos no era extraño que un jefe se rodeara de jóvenes oficiales a los que había conocido a lo largo de su carrera militar. Era responsabilidad del jefe cuidar de los ascensos de sus subordinados y obligación de los jóvenes oficiales cuidar de su mentor, conocido en el Departamento de Policía de Nueva York como «rabino» o como «padre del mar» en la armada estadounidense, en una relación que era más como padre e hijo que cualquier otra cosa. Lo único que Diggs, Richmond y Masterman esperaban de su tiempo en la 1.ª División Blindada era una experiencia profesional interesante y eso era más que suficiente. Habían visto el elefante, frase que se remontaba en el ejército estadounidense a la guerra civil para indicar participación activa en operaciones de combate, y matar gente con armas modernas no era exactamente una excursión a Disney World. Todos creían que les bastaría con un tranquilo período de entrenamiento y ejercicios tácticos sobre el tapete. Además, la cerveza era bastante buena en Alemania.

—Bien, Mary, es todo tuyo —dijo el capitán general saliente, Sam Goodnight, después de un saludo formal.

«Mary» era un apodo de Diggs que se remontaba a West Point y hacía mucho tiempo que había dejado de enfurecerle. Pero sólo oficiales de rango superior al suyo lo utilizaban y, a decir verdad, ya no eran muchos los que quedaban.

—Sam, parece que tienes a los muchachos bastante bien entrenados —dijo Diggs, dirigiéndose al hombre que acababa de relevar.

—Estoy especialmente satisfecho de las fuerzas de los helicópteros. Después del éxito con los Apaches en Yugoslavia decidimos acelerar este personal. Tardamos tres meses, pero ahora están en condiciones de comerse un león crudo, después de descuartizarlo con un cortaplumas.

—¿Quién es el comandante de la escuadrilla?

—El coronel Dick Boyle. Lo conocerás en unos minutos. Ha participado en combate y sabe cómo dirigir a sus hombres. —Me alegra saberlo —admitió Diggs, cuando subían al coche oficial de la segunda guerra mundial para pasar revista a la tropa, como despedida de Sam Goodnight y bienvenida de Mary Diggs, cuya reputación en las fuerzas armadas era la de un pequeño negro, duro de roer e hijo de puta. Su doctorado en Administración de Empresas de la Universidad de Minnesota no parecía contar para nada, salvo a efectos de promoción y de las empresas privadas que quisieran contratarlo después de su jubilación, posibilidad que ahora debía contemplar de vez en cuando, a pesar de que, a su parecer, las dos estrellas conseguidas eran apenas la mitad de lo que le esperaba. Diggs había luchado en dos guerras y se había distinguido en ambas. Había muchas formas de ascender en las fuerzas armadas, pero ninguna tan eficaz como tener éxito como comandante en el campo de batalla, porque en el fondo, la función del ejército consistía en matar gente y destrozarse cosas con la mayor eficacia posible. No era divertido, pero de vez en cuando era necesario. Uno no podía permitirse perderlo de vista. Se entrenaba a los soldados de modo que si al día siguiente despertaban en una guerra, sabían lo que debían hacer y cómo debían hacerlo, estuvieran o no los oficiales a su alrededor para mandárselo.

—¿Qué me dices de la artillería? —preguntó Diggs, cuando pasaban frente a una formación de obuses autopropulsados de 155 mm.

—Ningún problema con la artillería, Mary. En realidad, ningún problema en ningún lugar. Tus comandantes de brigada estuvieron todos presentes en 1991, en general como comandantes de compañía o de batallón. Tus comandantes de batallón eran casi todos jefes de sección u oficiales ejecutivos de compañía. Están bastante bien entrenados. Ya lo verás —prometió Goodnight.

Diggs sabía que todo sería cierto. Sam Goodnight era general de brigada, pendiente de promoción, lo cual significaba que obtendría su tercera estrella, en cuanto el Senado de Estados Unidos aprobara el nuevo decreto, que incluía a los altos mandos de las fuerzas armadas y eso no podía apresurarse. Ni siquiera el presidente podía hacerlo. Diggs había conseguido su segunda estrella hacía seis meses, antes de abandonar Fort Irving para pasar unos meses de sedentarismo en el Pentágono, para lo que denominaban un ciclo «de unificación» abreviado, antes de su traslado a Alemania. La división tenía programadas unas maniobras a gran escala contra el Bundeswehr en tres semanas. La División Blindada frente a cuatro brigadas alemanas, dos de tanques y dos de infantería mecanizada, lo que prometía poner la división a prueba. Eso era algo de lo que el coronel Masterman debía preocuparse; era su pellejo el que estaba en juego. Duke había llegado a Alemania la semana anterior; para conocer a su predecesor también saliente como oficial de operaciones de la división y repasar las normas y supuestos de las maniobras. El comandante de las fuerzas alemanas en las maniobras era el general Siegfried Model. Siggie, como se lo conocía entre sus colegas, era descendiente de un comandante bastante bueno de la Wehrmacht en los viejos tiempos y se decía también de él que lamentaba la caída de la URSS, porque en parte deseaba enfrentarse al ejército ruso y aniquilarlo. Eso se había dicho de muchos mandos alemanes y algunos norteamericanos, pero en la mayoría de los casos no eran más que habladurías, porque nadie que hubiera visto un campo de batalla anhelaba ver otro.

Claro que, pensaba Diggs, no quedaban muchos alemanes que hubieran visto un campo de batalla.

—Tienen buen aspecto, Sam —dijo Diggs, cuando pasaban frente al último grupo estático.

—Es muy duro marcharse, Marion. Maldita sea —respondió el general saliente, haciendo un esfuerzo para controlar las lágrimas.

Diggs sabía que ahí se demostraba quiénes eran verdaderamente duros en su profesión. Dejar a los soldados bajo su mando era como abandonar a un hijo en el hospital, o tal vez aún peor. Todos habían sido los muchachos de Sam, pensó Diggs, y ahora serían los suyos. A primera vista, todos parecían bastante sanos e inteligentes.

—Sí, Arnie —dijo el presidente Ryan, en un tono que delataba sus sentimientos, más que si hubiera chillado o refunfuñado.

—Nadie dijo que el trabajo sería divertido, Jack. Maldita sea, no sé de qué te quejas. No tienes que embaucar a nadie para conseguir fondos para tu campaña de reelección. No tienes que lamer culos. Lo único que debes hacer es tu trabajo y eso te permite ahorrar una buena hora diaria, tal vez una hora y media, para ver televisión y jugar con tus hijos.

Si había algo que le encantaba a Arnie, pensó Ryan, era decirle lo fácil que era su jodido trabajo.

—Pero sigo dedicando la mitad del día a actividades inútiles, en lugar de hacer el trabajo para el que me pagan.

—Sólo la mitad y todavía se queja —exclamó Arnie, mirando al techo—. Jack, ya es hora de que empiece a gustarte esto, si no quieres que te devore. Esta es la parte agradable de ser presidente. Y, maldita sea, hacía quince años que trabajabas para el gobierno antes de llegar aquí. ¡Debería encantarte no ser productivo!

Ryan estuvo a punto de reírse, pero logró controlarse. Si había algo que Arnie sabía hacer, era suavizar las lecciones con humor. Eso podía ser muy molesto.

—Bien, ¿pero qué les prometo exactamente?

—Promételes que apoyarás ese proyecto de pantano y canal navegable.

—Pero probablemente es un desperdicio de dinero.

—No, no es ningún desperdicio de dinero. Proporciona empleo en esa zona de dos estados, lo cual favorece los intereses, no de uno ni de dos, sino de tres senadores estadounidenses, que te apoyan incondicionalmente en la cámara y a quienes tú, por consiguiente, también debes apoyar. Recompensas la ayuda que te han prestado ayudándolos a ellos a ser reelegidos. Y los ayudas a ser reelegidos permitiéndoles crear unos quince mil puestos de trabajo en ambos estados.

—Y a la mierda con un río perfectamente agradable por... —Ryan consultó la carpeta que tenía sobre el escritorio— tres mil millones y cuarto de dólares... Maldita sea —concluyó con un prolongado suspiro.

—¿Desde cuándo eres amante de los árboles? Las malditas truchas no votan, Jack. Y aunque el tráfico de barcazas no llegue a establecerse en el río, se habrá convertido en una magnífica zona de recreo para el esquí acuático y para la pesca, agrégale unos cuantos nuevos moteles, tal vez uno o dos campos de golf, restaurantes de comida rápida...

—No me gusta decir y hacer cosas en las que no creo —alegó a continuación el presidente.

—Para un político, esto es como el daltonismo o una pierna fracturada: un impedimento grave —señaló Van Damm—. Esto también forma parte del trabajo. Nikita Khrushchev lo definió: «Los políticos somos igual en todo el mundo, construimos puentes donde no hay ríos.»

—¿Entonces desperdiciar dinero es algo que se supone que debemos hacer? ¡Arnie, no es nuestro dinero! Es el dinero del pueblo. Pertenece a la población, ¡y no tenemos derecho a derrocharlo!

—¿Derecho? ¿Quién ha dicho alguna vez que esto fuera una cuestión de derecho? —preguntó pacientemente Arnie, antes de consultar su reloj—. Esos tres senadores que estarán aquí dentro de un momento aprobaron tu decreto de defensa hace un mes, por si lo habías

olvidado, y puede que vuelvas a necesitar sus votos. ¿Reconocerás que el decreto de defensa era importante?

—Sí, claro que sí —respondió cautelosamente el presidente Ryan.

—¿Y que aprobar dicho decreto era lo indicado para el país? —preguntó a continuación Van Damm.

Un prolongado suspiro. Ryan veía hacia dónde se encaminaba.

—Sí, Arnie, lo era.

—Por consiguiente, ¿no es cierto que tomar esta pequeña decisión te ayuda a hacer lo que es bueno para el país?

—Supongo que sí.

Ryan detestaba ceder en esos asuntos, pero discutir con Arnie era como hacerlo con un jesuita. Uno casi siempre se encontraba desarmado.

—Jack, vivimos en un mundo imperfecto. No puedes esperar hacer siempre lo justo. A lo sumo puedes aspirar a que lo justo impere la mayor parte del tiempo; en realidad, harías bien en compensar con lo justo las cosas que no lo son tanto a largo plazo. La política es el arte del compromiso, el arte de conseguir las cosas importantes que deseas, al tiempo que les das a los demás las cosas menos importantes que ellos quieren, hecho de tal modo que seas tú quien se las dé y no ellos quienes se las tomen, porque eso es lo que te convierte en jefe. Debes comprenderlo —dijo Arnie, antes de hacer una pausa para tomar un sorbo de café—. Jack, tú te esfuerzas y aprendes bastante bien, para un alumno de cuarto en la escuela de posgrado, pero debes aprenderlo hasta que no precises siquiera pensar en ello. Debe convertirse en algo tan natural como subirse la cremallera después de mear. Todavía no tienes la menor idea de lo bien que lo estás haciendo.

Y puede que sea mejor así, agregó Arnie para sus adentros. —El cuarenta por ciento de la población no cree que esté haciendo un buen trabajo.

—El cincuenta y nueve por ciento sí lo cree y, en cualquier caso, ¡parte de ese cuarenta por ciento votó por ti!

Ryan recordó que las elecciones se habían distinguido por la cantidad de candidatos cuyos nombres no estaban inscritos en las papeletas y habían sido agregados por los votantes, y el ratón Mickey había obtenido un éxito extraordinario.

—¿Qué hago para ofender a los demás? —preguntó Ryan.

—Jack, si en el antiguo Israel hubieran existido las encuestas, probablemente Jesús se habría desanimado y habría vuelto a la carpintería.

Ryan pulsó un botón en el teléfono de su escritorio.

—Ellen, la necesito.

—Sí, señor presidente —respondió la señora Sumter.

A los treinta segundos entró por la puerta, con una mano pegada al cuerpo. Se acercó al escritorio del presidente y extendió la mano en la que llevaba un cigarrillo. Jack lo cogió, lo encendió con un mechero de butano y sacó un cenicero de cristal del cajón de su escritorio.

—Gracias, Ellen.

—De nada —respondió la secretaria, antes de retirarse.

Todos los días, Ryan le entregaba un dólar para saldar la deuda de los cigarrillos. Estaba mejorando y por regla general no pasaba de tres cigarrillos en los días de mayor estrés.

—No permitas que los medios de comunicación te sorprendan haciendo eso —aconsejó Arnie.

—Sí, lo sé. Puedo acostarme con una secretaria aquí mismo en el despacho oval, pero si me sorprendieran fumando sería como si hubiera abusado de un menor —respondió Ryan, mientras se llevaba el Virginia Slim a los labios y daba una prolongada calada, también consciente de lo que diría su esposa si lo sorprendiera—. ¡Si fuera rey, yo dictaría las malditas normas!

—Pero no lo eres —señaló Arnie.

—Mi trabajo consiste en conservar, proteger y defender el país...

—No, tu trabajo consiste en conservar, proteger y defender la Constitución, que es mucho más complicado. No olvides que para el ciudadano medio, «conservar, proteger y defender» significa recibir el sueldo todas las semanas y alimentar a su familia, pasar una semana en la playa todos los años o tal vez en Disney World, e ir al fútbol todos los domingos por la tarde en otoño. Tu trabajo consiste en mantenerlos contentos y seguros, protegiéndolos, no sólo de los ejércitos extranjeros, sino de las vicisitudes generales de la vida. La buena noticia es que si lo haces, podrás conservar este cargo otros siete largos años y jubilarte con su cariño.

—Has olvidado el aspecto del legado.

—¿El legado? —exclamó Arnie, con un vestigio de furor en la mirada—. Cualquiera presidente que se preocupe excesivamente por eso ofende a Dios y eso es casi tan estúpido como ofender al Tribunal Supremo.

—Sí, y cuando el caso llegue a Pennsylvania...

Arnie levantó las manos, como para protegerse de un puñetazo.

—Jack, me preocuparé de este asunto cuando llegue el momento. No aceptaste mi consejo respecto al Tribunal Supremo, pero si, o mejor dicho, cuando estalle ante tus narices, no será agradable —dijo Van Damm, que ya preparaba la estrategia de la defensa.

—Tal vez, pero yo no voy a preocuparme por ello. A veces es preferible dejar que las cosas caigan por su propio peso.

—Y a veces uno vigila para que el maldito árbol no se le caiga encima.

Sonó el intercomunicador, Jack apagó el cigarrillo y se oyó la voz de la señora Sumter:

—Los senadores acaban de entrar por la puerta oeste.

—Me voy —dijo Arnie—. No olvides que apoyarás el proyecto del pantano, el canal y ese maldito río, y que agradeces su apoyo. Estarán ahí cuando los necesites, Jack. No lo olvides. Y tú los necesitas. Tampoco lo olvides.

—Si, papá —respondió Ryan.

—¿Has venido andando? —preguntó Nomuri, un tanto sorprendido.

—Son sólo dos kilómetros —respondió alegremente Ming, con una risita—. Va bien para abrir el apetito.

Bueno, te has tragado esos fettuccine como un tiburón devora a su presa, pensó Nomuri. Supongo que no te faltaba apetito. Pero eso era injusto. Había sido él quien había planeado cuidadosamente la velada y ella había caído en su trampa, era culpa suya y no de la chica. Además, tenía cierto encanto, pensó cuando subía con él al coche de la empresa. Ya habían decidido que irían a casa de Nomuri, para que éste pudiera entregarle el regalo que le había prometido. Ahora él empezaba a sentirse un poco emocionado. Lo venía planeando desde hacía más de una semana y la persecución tenía su propio encanto, que no había cambiado en decenas de milenios para los varones de la especie... Y ahora se preguntó en qué estaría pensando ella. Se había tomado dos buenos vasos de vino con la cena y había decidido no tomar postre. Se incorporó de un brinco cuando él sugirió que lo acompañara a su casa. O bien había preparado magistralmente su trampa, o ella estaba más que lista por cuenta propia... El camino era corto y lo recorrieron en silencio. Aparcó en su estacionamiento numerado y se preguntó si alguien registraría el hecho de que hoy iba acompañado. Debía suponer que aquí lo vigilaban. El Ministerio chino de Seguridad Estatal se interesaba probablemente por todos los extranjeros que residían en Pekín, puesto que todos eran espías potenciales. Curiosamente, su piso no estaba en la misma parte del edificio que los de los norteamericanos y otros occidentales. No era segregación o categorización explícita, pero ése era el resultado, con los norteamericanos principalmente en una sección, junto a la mayoría de los europeos... donde Nomuri se percató de que también estaban los taiwaneses. Por consiguiente, la vigilancia que existiera se encontraba probablemente en dicho extremo del complejo. Afortunadamente ahora para Ming y más adelante tal vez para él.

Su piso estaba en una esquina de la segunda planta sin ascensor, de la versión china de un complejo ajardinado norteamericano. El piso era bastante amplio, unos cien metros cuadrados y probablemente sin micrófonos. O por lo menos, él no los había encontrado al instalarse y colgar sus cuadros, ni había captado ninguna señal anómala con su detector, aunque su teléfono debía de estar intervenido evidentemente, pero eso no significaba que alguien escuchara las cintas todos los días, ni siquiera todas las semanas. El Ministerio de Seguridad Estatal no era más que un departamento gubernamental, que en China probablemente no se diferenciaba mucho de los de Norteamérica, o Francia, con empleados vagos y mal pagados que trabajaban lo menos posible, al servicio de una burocracia que no alentaba el esfuerzo personal. Probablemente pasaban la mayor parte del tiempo fumando esos asquerosos cigarrillos locales y masturbándose.

Tenía un cerrojo Yale norteamericano en la puerta, a prueba de ganzúas y con un sólido mecanismo de cierre. Si alguien le pedía explicaciones, diría que cuando estaba en California en representación de NEC unos ladrones habían forzado la puerta de su casa, los norteamericanos eran muy anárquicos e incivilizados, y no quería que volviera a sucederle.

—De modo que ésta es la casa de un capitalista —comentó Ming, mirando a su alrededor.

Las paredes estaban cubiertas de ilustraciones, sobre todo carteles de cine.

—Sí, bueno, es la casa de un asalariado. No sé si soy realmente un capitalista, camarada Ming —sonrió con una ceja arqueada, mientras señalaba el sofá—. Por favor, siéntate. ¿Puedo ofrecerte algo?

—Tal vez otro vaso de vino —sugirió Ming, al tiempo que vislumbraba y luego miraba un paquete envuelto, en el sillón situado frente al sofá.

—Encantado —sonrió Nomuri, antes de dirigirse a la cocina, donde guardaba una botella de Chardonnay californiano en la nevera, que descorchó sin ninguna dificultad. Regresó a la sala con dos copas y le entregó una a su invitada—. Por cierto —dijo entonces, entregándole el paquete envuelto en papel rojo, evidentemente de regalo—, esto es para ti, Ming.

—¿Puedo abrirlo ahora?

—Por supuesto —sonrió Nomuri, con toda la caballerosa lujuria de la que fue capaz—. Tal vez preferirías desenvolverlo en...

—¿Te refieres a tu dormitorio?

—Disculpame. Sólo pensaba que tal vez prefieras abrirlo en privado. Te ruego que me perdones si soy demasiado atrevido.

El regocijo en su mirada lo decía todo. Ming tomó un sorbo de vino blanco, se dirigió al dormitorio y cerró la puerta. Nomuri tomó un pequeño sorbo de su propia copa y se sentó en el sofá a la espera de acontecimientos. Si su elección había sido errónea, puede que le arrojara el paquete a la cabeza y abandonara el piso furiosa... pero no le parecía probable. Seguramente, aunque lo considerara demasiado atrevido, se quedaría con el regalo y con la caja, acabaría su copa de vino, charlaría un poco y luego se despediría al cabo de unos treinta minutos, sólo por respeto a los buenos modales, lo que en realidad surtiría el mismo efecto sin el insulto explícito y se vería obligado a buscar otro recluta potencial. No, el mejor resultado sería...

Se abrió la puerta y ahí estaba Ming, con una pequeña y pícara sonrisa. El mono había desaparecido. En su lugar llevaba el conjunto rojo anaranjado de bragas y sujetador, con cierre delantero. Levantó la copa para brindar; daba la impresión de que había tomado otro trago, tal vez para armarse de valor... o relajar sus inhibiciones.

De pronto Nomuri sintió cierta aprensión. Tomó otro trago antes de levantarse, para acercarse lentamente y con cierto titubeo a la puerta del dormitorio.

Detectó también cierto titubeo en su mirada, como si estuviera un poco asustada, y con un poco de suerte ella captaba a su vez la inquietud en sus ojos, porque a las mujeres les gustaba que los hombres fueran un poco vulnerables. Tal vez John Wayne no había logrado siempre todo lo que se proponía, pensó de pronto Nomuri, antes de sonreír.

—He acertado con la talla.

—Sí, y sienta de maravilla, como una segunda piel. Suave y sedoso.

Nomuri se percató de que todas las mujeres la poseían: esa habilidad de sonreír y mostrar, independientemente del exterior, su feminidad interna, frecuentemente perfecta, repleta de ternura y deseo, recato y coquetería, y todo lo que uno debía hacer...

Su mano se elevó para acariciarle la cara, con toda la suavidad que su ligero temblor le permitía. ¿Qué diablos es esto?, se preguntó a sí mismo. ¿Temblando? A James Bond nunca le temblaban las manos. Este era el momento en que se suponía que debía levantarla en brazos, llevarla imperiosamente a la cama y poseerla con el dominio que ejercía Vince Lombardi en un equipo de fútbol y el ímpetu de George Patton en el ataque. Pero a pesar de su triunfal anticipación de aquel momento, las cosas ocurrían de una forma distinta a la esperada. Quienquiera o comoquiera que fuese Ming, ahora se le entregaba. No había más en ella, eso era todo lo que poseía. Y se lo ofrecía.

Al agachar la cabeza para besarla captó el aroma del perfume Dream Angel, de algún modo perfecto para la ocasión. Lo abrazó antes de lo esperado. Las manos de Nomuri emularon su ejemplo, descubrió que el tacto de su piel era suave, como seda humedecida, y las manos se desplazaron por su cuerpo ajenas a su voluntad. Sintió algo extraño en el pecho, agachó la cabeza y vio unas pequeñas manos que desabrochaban sus botones, los ojos de Ming fijos en los suyos, y su rostro ya no era común. Él se desabrochó los puños de la camisa, ella se la quitó, intentó quitarle la camiseta por la cabeza, pero tenía los brazos demasiado cortos y no alcanzaba, él la abrazó con fuerza y sintió el tacto sedoso de las fibras artificiales de su nuevo sujetador en su pecho lampiño. Fue entonces cuando la abrazó fuertemente, con mayor insistencia, al tiempo que le daba un apasionado beso en los labios, antes de colocar las manos en sus mejillas, mirar fijamente sus ojos oscuros, de pronto profundos, y ver a la mujer.

Ming le desabrochó el cinturón y los pantalones, que cayeron hasta sus tobillos. Estuvo a punto de caerse al mover una pierna, pero Ming lo sujetó y ambos se rieron un poco cuando levantó los pies para librarse de los zapatos y los pantalones, y se desplazaron juntos en dirección a la cama. Ming dio otro paso y una vuelta, para exhibir su cuerpo. La había subestimado. Su cintura medía cuatro pulgadas menos de lo que imaginaba, debido evidentemente a ese maldito mono que usaba para trabajar, y sus pechos llenaban el sujetador a la perfección. Incluso su atroz peinado parecía perfecto ahora, complementando su piel ambarina y sus ojos rasgados.

Lo que ocurrió a continuación fue simultáneamente fácil y enormemente difícil. Nomuri extendió la mano y la acercó, pero no demasiado. Luego la mano corrió hacia su pecho, acariciando por primera vez la tela sedosa de su sujetador, con la mirada en sus ojos pendiente de su reacción. No fue muy evidente, aunque sus ojos parecieron relajarse, incluso quizá sonreír un poco cuando la acariciaba y entonces llegó el próximo paso obligatorio. Con ambas manos, Nomuri le desabrochó el sujetador. Ming se cubrió inmediatamente el pecho con las manos. ¿Qué significa esto?, se preguntó el agente de la CIA. Pero entonces Ming bajó las manos, tiró de él, sus cuerpos se encontraron, Nomuri agachó la cabeza para besarla de nuevo, acabó de quitarle el sujetador y lo dejó caer al suelo. Quedaba poco por hacer y, al parecer, ambos proseguían con una mezcla de lujuria y temor. Ming bajó las manos para aflojar el elástico de sus calzoncillos, con la mirada fija en sus ojos y en esta ocasión con una radiante sonrisa que hizo que Nomuri se ruborizara, porque estaba tan listo como era necesario cuando ella le bajó los calzoncillos, dejando sólo los calcetines. Ahora le tocaba a él agacharse para bajarle las sedosas braguitas rojas; Ming las apartó con el pie y se separaron para contemplarse mutuamente. Sus pechos eran de la talla B grande, pensó Nomuri, y sus pezones, castaños como tierra fertilizada. Su cintura no era tan esbelta como la de una modelo, pero contrastaba femeninamente con sus caderas y su torso. Nomuri se acercó, la cogió de la mano, la condujo a la cama, la acostó con un suave beso y en aquel momento dejó de ser un espía al servicio de su país.

DIEZ

LECCIONES DEL OFICIO

El camino se inició en el piso de Nomuri y de allí a una página web basada en Pekín, perteneciente en teoría a la Nippon Electric Company, pero elaborada para NEC por un ciudadano norteamericano que trabajaba para más de una empresa, una de las cuales era una tapadera dirigida por y para la CIA. De ese modo, el destino preciso del mensaje electrónico de Nomuri era accesible al jefe de la estación de la CIA en Pekín, quien por cierto no sabía nada de Nomuri. Ésa era una medida de seguridad a la que probablemente habría puesto reparos, pero la habría comprendido como característica de la forma de dirigir la operación de Mary Patricia Foley; además, la estación de Pekín no se había lucido exactamente reclutando agentes en la República Popular China para Estados Unidos.

El mensaje que descargó el jefe de la estación era para él un puro galimatías de letras desordenadas, como si lo hubiera mecanografiado un chimpancé a cambio de un racimo de plátanos en algún centro de investigación y, sin prestarle la menor atención, lo sometió a su propio sistema interno de supercodificación denominado TAPDANCE y lo introdujo en una red oficial de comunicaciones gubernamentales vía satélite con destino a Sunnyvale, California, donde se descargó y cargó de nuevo dirigido ahora a Fort Belvoir, Virginia, frente a Washington, en la otra orilla del Potomac. De allí el mensaje se transmitió por fibra óptica de alta seguridad a la central de la CIA en Langley, donde se recibió en primer lugar en Mercury, centro de comunicaciones de la organización, en el que eliminaron la supercodificación de la estación de Pekín, convirtiendo de nuevo el mensaje en el galimatías original, que transmitieron entonces por última vez a la terminal personal de la señora Foley, que era la única que poseía el sistema de descodificación y la clave algorítmica cotidiana equivalente a la del ordenador portátil de Chet Nomuri, llamada INTERCRYPT. Mary Pat, que estaba ocupada en aquel momento, tardó veinte minutos en conectarse a su propia red y descubrir la llegada de un mensaje de SORGE. Eso despertó inmediatamente su interés. Ejecutó la orden para descifrar el mensaje y, al obtener otro galimatías, se percató (no por primera vez) de que donde se encontraba Nomuri era ya el día siguiente y había utilizado por tanto otra clave. Ajustó la fecha y... ¡efectivamente! Imprimió una copia del mensaje para su marido y lo guardó en su disco duro, codificándolo automáticamente mientras lo hacía. Luego dio un pequeño paseo hasta el despacho de Ed.

—Hola, cariño —dijo el director, sin levantar la cabeza.

No eran muchos los que entraban en su despacho sin llamar a la puerta. Mary Pat debía de ser portadora de buenas noticias, pues lo miró con una radiante sonrisa cuando le entregaba el papel.

—¡Anoche Chet se acostó con la chica! —dijo la directora de operaciones.

—¿Se supone que debo encender un cigarro? —preguntó el jefe de la CIA, mientras ojeaba el mensaje.

—Bueno, es un paso adelante.

—Tal vez para él —respondió Ed Foley, con un destello en la mirada—. Supongo que uno puede llegar a ponerse muy cachondo en esa clase de misiones, aunque personalmente nunca tuve ese problema.

Los Foley siempre habían trabajado en el campo como pareja y habían estado también juntos en La Granja. Eso le había ahorrado a Ed las múltiples complicaciones que James Bond debía de haber tenido.

—¡Eddie, a veces eres muy casca!

—¿Muy qué? —preguntó el director, después de levantar la cabeza.

—¡Cascarrabias! —exclamó Mary Pat—. Esto podría ser un paso de gigante. Esa pequeña buscona es la secretaria particular de Fang Can. Sabe un montón de cosas que nos gustaría conocer.

—Y Chet la probó anoche. Cariño, esto no es lo mismo que haberla reclutado. Todavía no disponemos de un agente residente —aclaró Ed.

—Lo sé, lo sé, pero tengo un presentimiento.

—¿Intuición femenina? —preguntó Ed, repasando de nuevo el mensaje en busca de detalles escabrosos, pero sin encontrar nada más que hechos objetivos, como si *The Wall Street Journal* hubiera descrito la seducción.

Bueno, por lo menos Nomuri tenía cierta discreción. Ninguna vara rígida y temblorosa introduciéndose en una vaina húmeda, aunque Nomuri tenía veintinueve años y a esa edad la vara solía ser bastante rígida. ¿No era Chet californiano?, se preguntó el director. Eso significaba que probablemente no era virgen, puede que incluso fuera un amante competente, aunque la primera vez que uno se acostaba con alguien deseaba comprobar principalmente que las piezas encajaran debidamente, como siempre lo hacían, por lo menos en la experiencia de Ed Foley, pero eso no impedía que deseara comprobarlo. Recordó a Robin Williams en su parodia de Adán y Eva: «¡Será mejor que retrocedas, cariño. No sé qué tamaño llega a alcanzar esto!» Una combinación de tradicionalismo cauteloso y deseo desenfrenado, común a todos los varones de la especie.

—Dime, ¿qué vas a responderle? ¿Cuántos orgasmos habéis tenido?

—¡Maldita sea, Ed! —exclamó su atractiva esposa, furiosa—. Sabes perfectamente lo que voy a sugerirle. Que deje florecer la relación y la induzca suavemente a hablar de su trabajo. Tardará un poco, pero si funciona habrá valido la pena esperar.

Y si no funciona, por lo menos Chet habrá disfrutado, pensó Ed Foley. No había muchas profesiones en el mundo en las que el sexo formara parte del trabajo que podía proporcionarle un ascenso.

—Mary.

—Dime, Ed.

—¿No te parece un poco extraño que ese muchacho nos informe de su vida sexual? ¿No te resulta ligeramente incómodo?

—Lo sería si lo hiciera cara a cara. El correo electrónico es preferible. Es menos humano.

—¿Estás satisfecha con la seguridad de la transferencia de información?

—Sí, ya lo hemos hablado. Este mensaje podría contener perfectamente información delicada y el sistema de codificación es muy robusto. Los chicos y chicas de Fort Meade son capaces de descifrarlo, pero siempre utilizando la fuerza bruta y pueden llegar a tardar una semana, incluso después de adivinar el funcionamiento del sistema de codificación. Los de la República Popular China tendrían que empezar de cero. La trampilla de acceso al servidor se ha diseñado con mucho ingenio y nuestra forma de intervenirlo también debería ser segura, pero incluso aunque se comprobara que se interviene un servidor desde el teléfono de una embajada, eso no significaría nada. Tenemos también a un funcionario del consulado que descarga pornografía de una página web local a través del mismo servidor, como tapadera adicional, por si allí aparece alguien más listo de lo esperado.

Aquello había sido meticulosamente planeado. Era lógico que uno deseara mantenerlo oculto y que al servicio de inteligencia de Pekín le parecería comprensible y divertido, en caso de que llegara a descifrarlo.

—¿Algo que valga la pena? —preguntó Ed Foley, sólo para buscarle las cosquillas a su esposa.

—No, a no ser que te guste el abuso de menores. Algunos de los sujetos de esa página son demasiado jóvenes para votar. Si la descargaras aquí, tendrías al FBI llamando a tu puerta de inmediato.

—Parece que allí ha despertado realmente el capitalismo.

—Al parecer, a algunos de los altos funcionarios del partido les gustan esas cosas. Supongo que cuando te acercas a los ochenta necesitas algo especial para que el motor arranque.

Mary Pat había visto algunas de las fotografías y con una sola vez le había bastado. Ella era madre y todos los sujetos de las fotografías habían sido niños, por extraño que pudiera parecerles a los suscriptores de dicha página. Los que abusaban de las niñas debían de creer

que habían venido al mundo con las piernas abiertas y una expresión de anhelo en sus rostros infantiles. La directora de operaciones sabía que éste no era el caso, pero su trabajo no era el de un cura. A veces tenía que tratar con esos perversos, porque poseían información necesaria para su país. Si tenía suerte y la información era realmente útil, a menudo se organizaba su desertión para que se instalaran en Estados Unidos, donde podían vivir y disfrutar de sus perversiones en mayor o menor grado, después de haberlos informado de la legislación vigente y de las consecuencias de quebrantarla. Luego siempre había un cuarto de baño y jabón para lavarse las manos. Era una necesidad de la que ella se había servido en más de una ocasión. Uno de los problemas del espionaje era que uno no siempre se relacionaba con la clase de gente que invitaría a su casa. Pero no era una cuestión de modales. Se trataba de obtener información que tu país necesitaba para proteger sus intereses estratégicos, e incluso, llegado el caso, para preponderar en la guerra. A menudo había vidas en juego, directa o indirectamente. Por consiguiente, uno trataba con las personas que poseían la información necesaria, aunque no pertenecieran precisamente al clero.

—De acuerdo, cariño. Manténme informado —dijo Foley.

—Lo haré, encanto —respondió su esposa, antes de regresar a su propio despacho, donde escribió la respuesta a la comunicación de Nomuri: «Mensaje recibido. Manténnos informados de tu progreso. MP. Fin.»

La respuesta supuso un alivio para Nomuri, cuando despertó por la mañana y comprobó su correo electrónico. Fue decepcionante no despertar acompañado, pero no era realista esperar lo contrario. Era desaconsejable para Ming no pasar la noche en su propia cama. Nomuri no pudo siquiera acompañarla en coche a su casa. Se limitó a marcharse con los regalos bajo el brazo y algunos puestos, para regresar andando al piso que compartía, donde Nomuri esperaba fervientemente que no comentara las aventuras de la velada. Nunca se sabía con las mujeres y lo mucho que hablaban. Tampoco se diferenciaban tanto los hombres, según recordaba Nomuri de la universidad, donde algunos de sus compañeros comentaban detalladamente sus conquistas, como si hubieran matado un dragón con un cortaplumas. Nomuri nunca había practicado ese deporte oral. Puede que ya entonces tuviera mentalidad de espía, o que estuviera de algún modo imbuido por la máxima de que un caballero besa pero no lo cuenta. ¿Pero lo hacían las mujeres? Era un misterio para él, como el hecho de que siempre parecieran ir de dos en dos al baño, sobre lo que a veces bromeaba diciendo que ahí era donde celebraban sus «reuniones sindicales». En cualquier caso, las mujeres hablaban más que los hombres. De eso estaba seguro. Y si bien guardaban muchos secretos de los hombres, ¿cuántos guardaban de las demás mujeres? Cielos, lo único que faltaba era que le confiara a una de sus compañeras de piso que había jodido apasionadamente con un asalariado japonés y que la compañera en cuestión fuera una confidente del Ministerio de Seguridad Estatal, para que Ming recibiera la visita de un agente de seguridad, que en el mejor de los casos le aconsejaría que no volviera a ver a Nomuri. Con mayor probabilidad, el consejo incluiría la exigencia de devolverle esa porquería norteamericana (la ropa interior de Victoria's Secret), más la amenaza de perder su trabajo ministerial si algún día volvía a coincidir con él en la misma calle. Y eso significaba a su vez que el Ministerio de Seguridad lo vigilaría e investigaría también a él, y eso era algo que debía tomarse en serio. No era preciso que lo sorprendieran espionando. Aquél era un país comunista, donde el proceso legal era un concepto burgués que no merecía ser tenido en cuenta seriamente y los derechos civiles se limitaban a obedecer órdenes. Como extranjero que hacía negocios en la República Popular China recibiría tal vez un trato más indulgente, pero no mucho.

Más allá del maravilloso recuerdo de la apasionada velada, Nomuri era consciente de que no sólo había aplacado sus instintos sexuales. Había cruzado una ancha línea roja en la calle y su seguridad dependía enteramente de la discreción de Ming. No le había advertido —pero tampoco podía hacerlo— que no comentara que habían estado juntos. Esas cosas no podían decirse, porque agregaban un nivel de gravedad a lo que supuestamente había sido una experiencia gozosa y amigable... o incluso potencialmente más que amigable. Chester se recordó que las mujeres pensaban en dichos términos y por dicha razón, tal vez vería una nariz puntiaguda y unos bigotes la próxima vez que se mirara al espejo, pero esto era trabajo, nada personal, se dijo a sí mismo cuando apagaba su ordenador.

Salvo por un pequeño detalle. Había mantenido relaciones sexuales con una joven inteligente y no desprovista por completo de atractivo, y el problema era que cuando uno entregaba una pequeña parte de su corazón, en realidad nunca la recuperaba. Y Nomuri se percató retrospectivamente de que su corazón estaba lejanamente vinculado a su polla. El no era James Bond. No podía besar a una mujer, como una prostituta profesional besa a un hombre. Era incapaz de actuar como un cerdo sin corazón. Lo que eso tenía de bueno era que, de momento, podía seguir mirándose al espejo. Lo negativo era que tal vez no perduraría su capacidad de hacerlo, si trataba a Ming como a un objeto y no como a una persona.

Nomuri necesitaba consejo sobre sus sentimientos respecto a esta operación y no tenía dónde obtenerlo. No era algo que pudiera consultarle por correo electrónico a Mary Pat, ni a ninguno de los siquiátras empleados por la organización, para aconsejar a los agentes que necesitaran un poco de orientación en su trabajo. Eso era algo que se debía hablar cara a cara con una persona real, cuyo lenguaje corporal uno pudiera interpretar y discernir el contenido del tono de su voz. No, el correo electrónico no era lo que necesitaba ahora. Necesitaba desplazarse a Tokio y hablar con un agente decano de la dirección de operaciones, para que le aconsejara cómo manejar la situación. ¿Pero qué haría si le aconsejaba que dejara de mantener relaciones íntimas con Ming?, se preguntó Nomuri. Después de todo, no tenía novia ni nada por el estilo, pero sentía la necesidad de mantener relaciones íntimas y, además, si dejaba de verla, ¿qué efecto surtiría en la perspectiva de su agente potencial? Uno no arrojaba a la alcantarilla sus sentimientos humanos cuando se afiliaba a la organización, a pesar de lo que dijeran los libros y de cuáles fueran las expectativas públicas. Todas las risas entre cervezas, durante las noches después de las sesiones de entrenamiento, parecían ahora un recuerdo lejano, así como las expectativas que tanto él como sus colegas albergaban en aquella época. Había sido todo muy diferente, a pesar de lo que les habían dicho sus instructores. Entonces él no era más que un niño y en cierto modo lo seguía siendo incluso en Japón, pero de pronto se había convertido en hombre, solo en un país en el mejor de los casos sospechoso y en el peor hostil hacia él y hacia su pueblo. Bien, ahora estaba en las manos de Ming y eso no lo podía cambiar.

Sus colegas notaron una ligera diferencia. Sonreía un poco más y de una manera un tanto diferente. Algo bueno debía de haberle sucedido, pensaban algunas y se alegraban, aunque de un modo privado y reservado. Si Ming deseaba compartir su experiencia con ellas, se alegrarían de que lo hiciera y de lo contrario, tampoco les importaría, porque ciertas cosas eran privadas, aun entre un grupo de mujeres que lo compartían prácticamente todo, incluso las historias sobre su ministro, así como sus torpes, prolongados y a veces vanos esfuerzos de hacer el amor. Era un hombre sensato y generalmente amable, si bien como jefe tenía sus defectos. Sin embargo, hoy Ming no le encontraba ninguno. Su sonrisa era más dulce que nunca y sus ojos emitían destellos como pequeños diamantes, pensaban todas sus compañeras de la oficina. Todas lo habían visto antes, aunque no en Ming, cuya vida amorosa había sido muy breve y por quien el ministro sentía una debilidad ligeramente excesiva, pero sin satisfacer debidamente sus necesidades y además con escasa frecuencia. Se sentó frente a su ordenador, para ocuparse de la correspondencia y traducir los artículos de la prensa occidental que pudieran ser de interés para su ministro. Ming era quien mejor dominaba el inglés en aquel sector del edificio y el nuevo sistema informático funcionaba de maravilla. El próximo paso, según se decía, sería un ordenador al que bastaría hablarle para que elaborara los caracteres, que se convertiría con toda seguridad en la pesadilla de todas las secretarías de ejecutivos en el mundo entero, porque ellas pasarían a ser prescindibles. O tal vez no. El jefe no podía acostarse con un ordenador. Claro que el ministro Fang no era excesivamente exigente, y las primas que ofrecía a cambio no eran nada despreciables.

Su primera tarea del día duró como de costumbre noventa minutos, después de los cuales imprimió las copias y juntó las páginas por artículos. Esa mañana había traducido fragmentos del Times de Londres, The New York Times y The Washington Post, para que su ministro supiera lo que pensaban los bárbaros alrededor del mundo de la política ilustrada de la República Popular.

En su despacho privado, el ministro Fang repasaba los artículos. Entre los documentos había un doble informe sobre los rusos: petróleo y oro, decían los artículos. De modo que

Zhang había tenido razón en todo momento, pensó el ministro, incluso más de lo que él suponía. El este de Siberia era realmente un tesoro, repleto de cosas que todo el mundo necesitaba. Petróleo, porque el crudo era la misma sangre de la sociedad moderna, y oro, porque además de su valor negociable como medio antiguo pero todavía muy real de intercambio, tenía además usos industriales y científicos. Y cada uno en su propio alijo. Era lamentable que esa riqueza cayera en manos de quienes carecían del ingenio para utilizarla debidamente. Era muy extraño que los rusos, que habían ofrecido al mundo el don del marxismo pero no habían sabido explotarlo debidamente y luego lo habían abandonado, hubieran fracasado también en su transición a una sociedad capitalista y burguesa. Fang encendió un cigarrillo, el quinto del día —intentaba fumar menos porque le faltaba poco para cumplir los setenta—, dejó el informe sobre la mesa, se acomodó en su butaca y dio una honda calada a su cigarrillo sin filtro, mientras reflexionaba sobre la información que acababa de recibir. Siberia, como Zhang venía diciendo desde hacía varios años, tenía mucho de lo que la República Popular necesitaba: madera, minerales en abundancia, incluso en mayor cantidad de la imaginada según esos documentos, y espacio, que China necesitaba por encima de todo.

Había demasiada gente en China, a pesar de las medidas de control de la población que sólo cabía calificar de draconianas, tanto en su contenido como en su aplicación implacable. Dichas medidas eran una afrenta a la cultura china, que siempre había considerado a los hijos como una bendición, y ahora la ingeniería social surtía un efecto inesperado. Sólo se permitía un hijo por matrimonio, por lo que la gente solía preferir un varón a una hembra. No era extraño que un campesino arrojara a su hija de un par de años a un pozo —si era misericordioso, después de desnucarla— para librarse del molesto estorbo. Fang comprendía sus razones. La niña crecía para contraer matrimonio, para unir su vida a la de un hombre, mientras que siempre se podía depender de un varón para ayudar y honrar a sus padres, y aportarles seguridad. Sin embargo, la niña se limitaría a abrirse de piernas para el hijo de otra familia, ¿y qué seguridad aportaba eso a sus padres?

Eso había sido cierto en el caso de Fang. Cuando llegó a convertirse en un alto funcionario del partido se aseguró de que sus padres tuvieran un lugar cómodo donde vivir, porque ésa era la obligación de un hijo hacia quienes le habían dado la vida. Entretanto se había casado, evidentemente, pero su esposa había fallecido hacía mucho tiempo de una enfermedad cardiovascular y había ayudado un poco a sus suegros, pero no tanto como a sus propios padres. Incluso su esposa lo comprendía y utilizaba su influencia a la sombra, como esposa de un funcionario del partido, para tomar sus propias medidas, aunque modestas. Su hermano había fallecido joven, luchando contra el ejército norteamericano en Corea y, por consiguiente, no era más que un recuerdo sin valor práctico.

Pero el problema de China del que nadie realmente hablaba, ni siquiera a nivel de su Politburó, era que su política de control de la población afectaba la demografía del país. Al elevar el valor de los varones por encima del de las hembras, la República Popular creaba un desequilibrio que empezaba a ser estadísticamente significativo. En el plazo de unos quince años habría escasez de mujeres, que según algunos supondría una ventaja, porque alcanzarían antes el gran objetivo nacional de estabilidad de la población, pero también significaba que durante una generación, millones de hombres chinos no tendrían mujeres con las que casarse y aparearse. ¿Provocaría eso una oleada de homosexualidad? Para la República Popular, la homosexualidad seguía siendo una despreciable degeneración burguesa, aunque en 1998 habían despenalizado la sodomía. Pero si no había mujeres, ¿qué debían hacer los hombres? Además de matar a las niñas sobrantes, las hembras abandonadas por sus padres eran frecuentemente entregadas a parejas norteamericanas y europeas que no podían tener sus propios hijos. Estos casos se daban por centenares de millares y se deshacían de los bebés con la misma facilidad que los norteamericanos venden perritos calientes en sus centros comerciales. En el fondo, a Fang le molestaba, pero eso era puro sentimentalismo burgués. La política nacional dictaba lo que debía ser y ésa era la forma de alcanzar la meta necesaria.

En su vida gozaba de todas las comodidades propias del privilegio. Además de un lujoso despacho tan agradable como el de cualquier capitalista, disponía de un coche oficial con chófer para desplazarse a su residencia, un bonito piso con sirvientes para cuidar de sus necesidades, la mejor comida disponible en el país, buenas bebidas y televisión vía satélite para recibir toda clase de espectáculos, incluidos los canales japoneses de pornografía, ya que sus impulsos varoniles no lo habían abandonado todavía. (No hablaba japonés, pero no es preciso entender el idioma para ver esa clase de películas.)

Fang, que trabajaba todavía muchas horas diarias, se levantaba a las seis treinta y estaba en su despacho todas las mañanas antes de las ocho. Su equipo de secretarías y ayudantes cuidaba debidamente de él y algunas de las hembras eran muy complacientes, una u ocasionalmente dos veces por semana. Pocos hombres de su edad tenían su vigor, de eso Fang estaba seguro, y al contrario del presidente Mao, él no abusaba de los menores, cosa que cuando supo en su momento le pareció bastante desagradable. Pero los grandes hombres tenían sus defectos, que uno disculpaba por la grandeza que los convertía en quienes eran. En cuanto a él y sus semejantes, tenían derecho a un entorno adecuado donde descansar, buena comida para sustentar el cuerpo durante sus largas y agotadoras jornadas laborales, y las oportunidades de relajación y recreación que los hombres vigorosos e inteligentes necesitaban. Era necesario para ellos vivir mejor que la mayoría de los ciudadanos de su país y también se lo ganaban. Dirigir el país más poblado del mundo no era tarea fácil. Exigía toda su energía intelectual y dicha energía debía conservarse y renovarse. Fang levantó la cabeza cuando entró Ming con su carpeta de nuevos artículos.

—Buenos días, ministro —dijo Ming, con la debida deferencia.

—Buenos días, niña —asintió afectuosamente Fang.

Aquella chica se portaba bastante bien en la cama y por tanto merecía algo más que un mero gruñido. ¿No era también cierto que le había conseguido una silla de despacho muy cómoda? Entonces Ming se retiró, como de costumbre con una respetuosa reverencia a la figura paterna. Fang no detectó nada raro en su actitud, cuando levantó la carpeta y sacó los artículos, junto con un lápiz para tomar notas. Los compararía con las estimaciones del Ministerio de Seguridad Estatal de la opinión y parecer de sus gobiernos. Era la forma de Fang de comunicarle al ministerio que los miembros del Politburó tenían todavía mentes con las que pensar. Era particularmente significativo que el Ministerio de Seguridad Estatal no hubiera pronosticado el reconocimiento diplomático de Taiwan por parte de Estados Unidos, aunque para ser justos, también era cierto que los medios de comunicación norteamericanos tampoco habían sido capaces de pronosticar las decisiones del presidente Ryan. Era un hombre muy extraño y no particularmente amigo de la República Popular. Campesino, lo llamaban los analistas del Ministerio de Seguridad y, en muchos sentidos, el calificativo parecía justo y apropiado. Sus puntos de vista eran curiosamente ingenuos, como comentaba con cierta frecuencia *The New York Times*. ¿Por qué no les gustaba? ¿No era suficientemente capitalista, o tal vez lo era en exceso? Comprender los medios de comunicación norteamericanos era algo que superaba la capacidad analítica de Fang, pero podía por lo menos digerir lo que decían, cosa de la que eran incapaces los «expertos» en inteligencia del instituto de estudios norteamericanos del Ministerio de Seguridad Estatal. Pensando en ello, Fang encendió otro cigarrillo y se acomodó en su butaca.

Era un milagro, pensó Provalov. En el archivo central del ejército habían encontrado las fichas, las huellas y las fotografías de los dos cadáveres recuperados en San Petersburgo, pero contra toda lógica se las habían mandado a él, en lugar de a Abramov y Ustinov, sin duda porque había invocado el nombre de Sergey Golovko. La plaza Dzerzhinskiv incitaba todavía a la gente a cumplir con su deber. Los nombres y demás datos esenciales serían transmitidos inmediatamente a San Petersburgo, para que sus colegas nortños pudieran seguir investigando. Los nombres y las fotografías, de casi veinte años de antigüedad con impasibles rostros juveniles, eran sólo el principio. Su historial militar era bastante impresionante. En otra época, Pyotr Alekseyevich Amalrik y Pavel Borissovich Zimyanin habían sido considerados soldados excepcionales, fuertes, inteligentes..., y desde un punto de vista político, altamente fiables, razón por la cual los habían mandado a la academia del Spetsnaz y a la de suboficiales. Ambos habían luchado en Afganistán con bastante éxito, habían sobrevivido, que no era lo habitual con las tropas del Spetsnaz, encargadas de las misiones más peligrosas en una guerra particularmente sucia. Como era habitual, no se habían reenganchado. Casi nadie se reenganchaba voluntariamente en el ejército soviético. Después de licenciarse habían trabajado ambos en una fábrica de las afueras de Leningrado, como se llamaba entonces. Pero al parecer, tanto a Amalrik como a Zimyanin la vida de paisano les resultaba aburrida y ambos emprendieron otras actividades. Debería esperar a que los investigadores de San Petersburgo averiguaran algo más. Sacó una nota de ruta del cajón de su escritorio y la sujetó a la carpeta

con una goma elástica. Los documentos se remitirían a San Petersburgo, donde Abramov y Ustinov trabajarían con su contenido.

—Un tal señor Sherman, señor secretario —dijo la secretaria de Winston por el intercomunicador—, por la línea tres.

—Hola, Sam —respondió el secretario de la Tesorería, después de descolgar el teléfono—. ¿Qué hay de nuevo?

—Nuestro yacimiento petrolífero del norte —dijo el presidente de Atlantic Richfield.

—¿Buenas noticias?

—Podría decirse que sí. Nuestra gente en el campo dice que el yacimiento supera aproximadamente en un cincuenta por ciento nuestras estimaciones iniciales.

—¿Cómo es de fiable esa información?

—Más o menos como tus billetes de banco, George. El jefe de mi equipo es Ernie Beach. Es tan bueno para encontrar petróleo como tú solías serlo en Wall Street.

Tal vez mejor, pensó Sam Sherman. Winston tenía fama de ser un poco egocéntrico con respecto a su propia valoración. En todo caso, le llegó el mensaje de la coetilla.

—Hazme un resumen —ordenó el secretario de la Tesorería.

—Cuando ese yacimiento esté en producción, los rusos estarán en condiciones de comprar al contado Arabia Saudita, más Kuwait y tal vez la mitad de Irán. Hace que el este de Texas parezca un pedo en un huracán. Es enorme, George.

—¿Difícil de extraer?

—No será fácil ni barato, pero desde un punto de vista técnico es bastante sencillo. Si quieres hacer una buena inversión elige una empresa rusa que fabrique material de abrigo. Durante los próximos diez años aproximadamente, van a estar muy ocupados —sugirió Sherman.

—¿Y qué me dices de las consecuencias para Rusia en términos económicos?

—Es difícil de decir. Se tardarán entre ocho y doce años para que este yacimiento esté en plena producción y la cantidad de crudo que se introducirá en el mercado distorsionará bastante las condiciones del mismo. No lo hemos calculado todavía, pero será enorme, del orden de cien mil millones de dólares anuales, hablando de dólares actuales.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Winston y casi oyó cómo su interlocutor se encogía de hombros.

—Veinte años, puede que más. Nuestros amigos rusos todavía insisten en que guardemos el secreto, pero en nuestra empresa proliferan las habladurías; es como intentar ocultar la salida del sol. Yo le doy un mes antes de que aparezca en la prensa. Tal vez un poco más, pero no mucho.

—¿Qué me dices del hallazgo del oro?

—Maldita sea, George, no me cuentan nada de ese asunto, pero mi representante en Moscú dice que se trata de un gran descubrimiento, o por lo menos eso le parece a él. Probablemente reducirá el precio mundial del oro en un cinco o puede que un diez por ciento, pero nuestros modelos indican que el precio remontará antes de que los rusos empiecen a vender el oro que extraigan del subsuelo. Es como si a un tío rico de nuestros amigos rusos le hubiera tocado el gordo y se lo dejara todo a ellos.

—Sin consecuencias negativas para nosotros —reflexionó Winston.

—Todo lo contrario. Van a tener que comprarle a nuestra gente toda clase de maquinaria, además de necesitar muchos conocimientos que sólo nosotros poseemos, y cuando todo haya terminado bajará el precio del petróleo, lo cual a nosotros tampoco puede perjudicarnos. Sabes lo que te digo, George, me gustan los rusos. Han sido unos cabrones con mala suerte durante mucho tiempo, pero puede que esto cambie su fortuna.

—Ninguna objeción aquí, ni en el despacho contiguo, Sam —afirmó el secretario de la Tesorería—. Gracias por la información.

—Vosotros seguís siendo quienes cobráis mis impuestos —cabrones, agregó en silencio, pero Winston lo oyó, incluida la risita—. Hasta luego, George.

—De acuerdo. Que tengas un buen día, Sam, y gracias.

Winston apretó un botón para desconectar la llamada, seleccionó otra línea y pulsó el número nueve de marcado rápido.

—Diga —respondió una voz familiar.

Sólo diez personas tenían acceso a aquel número.

—Jack, soy George, acabo de hablar con Sam Sherman, de Atlantic Richfield.

—¿Rusia?

—Sí. El yacimiento es un cincuenta por ciento mayor de lo que pensaban inicialmente. Eso lo convierte en algo verdaderamente enorme, el mayor yacimiento petrolífero descubierto hasta ahora, en realidad más abundante que todos los del golfo Pérsico juntos. Extraerlo será un poco caro, pero Sam asegura que es pan comido. Difícil, pero saben cómo hacerlo, no hay que inventar nuevas tecnologías, es sólo cuestión de gastar dinero. Además, tampoco será excesivo porque allí la mano de obra es más barata que aquí. Los rusos van a hacerse ricos.

—¿Cómo de ricos? —preguntó el presidente.

—Del orden de los cien mil millones de dólares anuales a pleno rendimiento, durante veinte años o puede que más. Jack no pudo evitar un silbido.

—Dos billones de dólares. Eso es una fortuna, George.

—Eso es lo que decimos en Wall Street, señor presidente—reconoció Winston—. No cabe duda de que es una fortuna.

—¿Y qué efecto tendrá en la economía rusa?

—No los perjudicará —respondió el secretario de la Tesorería—. Les proporcionará una tonelada de divisas. Con ese dinero podrán comprar las cosas que desean y las herramientas para construir lo que puedan hacer por su cuenta. Les servirá para industrializar de nuevo su país, Jack, lanzarlos al nuevo siglo, en el supuesto de que tengan el cerebro para utilizarlo debidamente y no permitan que acabe todo en Suiza y Liechtenstein.

—¿Cómo podemos ayudarlos? —preguntó el presidente.

—Lo mejor sería que tú, yo y dos o tres personas más nos reuniéramos con nuestros homólogos rusos y les preguntáramos qué necesitan. No nos perjudicaría que algunos de nuestros industriales construyeran allí algunas plantas, y sin duda quedaría muy bien por televisión.

—Tomo nota, George. Consígueme un informe para principios de la semana próxima y luego veremos si encontramos la forma de comunicarles a los rusos que lo sabemos.

Era el fin de otro día excesivamente largo para Sergey Golovko. Dirigir la SVR era suficientemente laborioso para cualquiera, pero además tenía que apoyar a Eduard Petrovich Grushavoy, presidente de la República Rusa. El presidente Grushavoy tenía su propia colección de ministros, algunos competentes, otros seleccionados por su capital político o simplemente para negarles sus servicios a la oposición política. También podían perjudicar dentro de la administración de Grushavoy, pero no tanto como fuera. En el interior debían utilizar armas de pequeño calibre, para evitar lastimarse a sí mismos con sus disparos.

La buena noticia era que el ministro de Economía, Vasily Kosntantinovich Solomentsev, era inteligente y al parecer también honrado, combinación tan inusual en el espectro político ruso como en cualquier otra parte del mundo conocido. Tenía sus ambiciones, era raro el ministro que no las tuviera, pero al parecer, su mayor anhelo era la prosperidad de su nación y no aspiraba a obtener grandes beneficios personales. A Golovko no le importaba enriquecerse moderadamente, siempre y cuando no exagerara. El límite, para Sergey Nikolay'ch, era de unos veinte millones de euros. Más sería un abuso, pero una cantidad inferior era comprensible. Después de todo, si un ministro lograba ayudar con éxito a su país merecía una recompensa adecuada. ¿Le importaría a la gente común, si a cambio obtenían un mayor nivel de vida para ellos? Probablemente no, pensó el maestro de espías. Rusia no era Norteamérica, que estaba saturada de leyes «éticas» inútiles y contraproductivas. El presidente

norteamericano, a quien Golovko conocíabien, tenía un aforismo que al ruso le encantaba: «Si te ves obligado a escribir tus normas éticas, ya has perdido.» No era tonto ese Ryan, en otra época enemigo acérrimo y ahora buen amigo, o eso parecía. Golovko había cultivado esa amistad, proporcionando ayuda a Norteamérica en dos graves crisis internacionales. Lo había hecho en primer lugar porque era favorable a los intereses de su país y, en segundo lugar; porque Ryan era un hombre honorable que seguramente no olvidaría esos favores. También le había divertido a Golovko, después de pasar casi toda su vida adulta en una organización consagrada a la destrucción de Occidente.

¿Y su propia seguridad? ¿Alguien había decidido destruirlo? ¿Alguien había intentado poner un espectacular y ruidoso fin a su vida sobre los adoquines de la plaza Dzerzhinskiv? Cuanto más pensaba en ello, más aterradora le parecía la idea. Pocos hombres sanos podían plantearse el fin de su propia vida con imparcialidad, y Golovko no era uno de ellos. Nunca le temblaban las manos, pero no discutió en absoluto las crecientes medidas de seguridad del comandante Shelepin para proteger su vida. El coche cambiaba todos los días de color y a veces de marca, y las rutas a su despacho tenían sólo en común el punto de partida, ya que el edificio de la SVR era suficientemente grande para que su desplazamiento cotidiano al despacho pudiera acabar en cinco lugares diferentes. Lo más astuto, que Golovko admiraba, era que a veces él se desplazaba en el asiento delantero del primer vehículo, mientras algún funcionario lo hacía en el asiento trasero del coche supuestamente custodiado. Anatoliy no era ningún imbécil e incluso tenía destellos ocasionales de creatividad.

Pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso. Movi6 la cabeza, abrió la última carpeta del día, examinó ante todo el resumen del contenido y con la mente casi paralizada extendió la mano, para marcar un número de teléfono.

—Habla Golovko —fue lo único que tuvo que decir a la voz masculina que contestó.

—Sergey Ninolay'ch —respondió amablemente el ministro a los cinco segundos—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Puedes confirmar estas cifras, Vasily Konstantinovich. ¿Son posibles?

—Son más que posibles, Sergey. Son tan reales como una puesta de sol —respondió Solomentsev al jefe de inteligencia, además de ministro y consejero del presidente Grushavoy.

—Solkinsyn —susurró el jefe del servicio secreto, ¡hijo de puta!—. ¿Y cuánto hace que está ahí esa riqueza? —preguntó con incredulidad.

—El petróleo, tal vez quinientos mil años; el oro, bastante más, Sergey.

—Y nunca lo supimos —farfulló Golovko.

—Nadie lo había buscado, camarada ministro. A mi parecer, lo más interesante es el informe sobre el oro. Quiero ver una de esas pieles de lobo chapadas en oro. Dignas de Prokofiev, ¿no te parece? Pedro y el lobo dorado.

—Una idea interesante —respondió Golovko, descartándola inmediatamente—. ¿Qué significará para nuestro país?

—Sergey Nikolay'ch, tendría que ser adivino para responder con cierta propiedad, pero a largo plazo podría suponer la salvación de nuestro país. Ahora tenemos algo que todas las naciones quieren, dos cosas en realidad que nos pertenecen, por las que los extranjeros están dispuestos a pagar enormes cantidades de dinero y, además, con una sonrisa en los labios. Japón, por ejemplo. Satisfaremos sus necesidades energéticas durante los próximos cincuenta años y de paso les ahorraremos enormes cantidades en costes de transporte; los petroleros sólo deberán desplazarse unos centenares de kilómetros en lugar de diez mil. Y puede que también Norteamérica, a pesar de su propio descubrimiento en la frontera de Alaska y Canadá. La cuestión es cómo trasladar el petróleo al mercado. Construiremos un oleoducto desde el yacimiento a Vladivostok, evidentemente, pero puede que también otro a San Petersburgo para poder venderlo con mayor facilidad a Europa. En realidad, probablemente lograremos que los europeos, en particular los alemanes, construyan el oleoducto para nosotros, sólo con el fin de conseguir un descuento en el precio del petróleo. Sergey, si hubiéramos descubierto ese petróleo hace veinte años, habríamos...

—Tal vez.

No era difícil imaginar lo que venía a continuación: en lugar de caer, la Unión Soviética se habría hecho más fuerte. Golovko no compartía esas ilusiones. El gobierno soviético se las

habría arreglado para joder esos nuevos tesoros, como había jodido todo lo demás. El gobierno soviético había sido propietario de Siberia durante setenta años, pero nunca se le había ocurrido investigar lo que podría haber allí. El país no disponía de los expertos adecuados, pero tenía demasiado orgullo para permitir que lo hicieran otros y menospreciaran la patria. Si algo en particular había acabado con la URSS, no había sido el comunismo, ni siquiera el totalitarismo. Era ese perverso amor propio que constituía el aspecto más peligroso y destructivo del carácter ruso, producto de un complejo de inferioridad que se remontaba más allá de la Casa de Romanov. La muerte de la Unión Soviética había sido tan auto-infligida como cualquier suicidio, aunque más lenta y, por tanto, más perniciosa. Golovko soportó los noventa segundos siguientes de especulación histórica, por parte de un hombre que tenía escaso sentido de la historia.

—Eso está muy bien, Vasily Konstantinovich, ¿pero qué me dices del futuro? —preguntó por fin—. Esa, después de todo, será la época en la que todos viviremos.

—No nos perjudicará. Sergey, ésta es la salvación de nuestro país. Tardaremos diez años en obtener plenos beneficios de los yacimientos, pero luego dispondremos de unos ingresos regulares durante por lo menos una generación y puede que más.

—¿Qué ayuda necesitaremos?

—Los norteamericanos y los británicos tienen la experiencia que necesitamos, de sus propias explotaciones en los yacimientos de Alaska. Poseen los conocimientos. Nosotros los adquiriremos y los utilizaremos. Actualmente estamos negociando con Atlantic Richfield, la petrolera norteamericana, para conseguir apoyo técnico. Son muy codiciosos, pero era de esperar. Saben que sólo ellos tienen lo que necesitamos y pagarles es más barato que si tuviéramos que reproducirlo nosotros. Por consiguiente, conseguirán casi todo lo que piden. Puede que les paguemos en lingotes de oro —sugirió alegremente Solomentsev.

Golovko tuvo que resistir la tentación de interesarse excesivamente por el yacimiento de oro. El petróleo era mucho más lucrativo, pero el oro era más bonito. El también quería ver una de esas pieles, que ese tal Gogol había utilizado para recoger el polvo. Y habría que ocuparse debidamente de ese solitario habitante del bosque, aunque eso no sería un gran problema, porque vivía solo y no tenía hijos. Lo que le dieran, a su avanzada edad, el Estado no tardaría en recuperarlo. Y se haría un programa de televisión, puede que incluso una película, sobre ese cazador. Después de todo, en otra época había cazado alemanes, y los rusos todavía convertían en héroes a personas como él. ¿No bastaría eso para que Pavel Petrovich Gogol se sintiera suficientemente feliz?

—¿Qué sabe Eduard Petrovich?

—Me he reservado la información, hasta disponer de una lectura más completa y fiable. Ahora la tengo. Creo que se alegrará en la próxima reunión del gabinete, Sergey Nikolay'ch.

Debería hacerlo, pensó Golovko. Desde hacía tres años, el presidente Grushavoy estaba tan ocupado como un pintor de brocha gorda manco y con una sola pierna. O aún peor, como un mago o un prestidigitador obligado a sacar cosas reales de la nada, y su éxito para sacar la nación adelante a menudo parecía prácticamente milagroso. Puede que ésa fuera la forma en que Dios recompensaba sus esfuerzos, aunque no todo sería necesariamente una bendición. Todos los departamentos gubernamentales querrían su parte del pastel de oro y petróleo, cada uno de ellos con sus propias necesidades, presentadas por el ministro correspondiente como fundamentales para la seguridad del Estado, con una lógica aplastante y un razonamiento convincente. Quién sabe, puede que algunos dijeran incluso la verdad, aunque la verdad era un ingrediente inusual en la sala del gabinete. Cada ministro tenía un imperio que construir y cuanto mejor lo construyera, más cerca estaría de la silla de la Presidencia, que por ahora ocupaba Eduard Petrovich Grushavoy. Golovko se preguntó si habría sido lo mismo bajo los zares. Probablemente, decidió de inmediato. La naturaleza humana no cambiaba mucho. La forma de actuar de las personas en la próxima reunión de ministros, que tendría lugar dentro de tres días, probablemente no sería muy diferente de la conducta de los babilonios y los bizantinos. Se preguntó cómo recibiría la noticia el presidente Grushavoy.

—¿Cuánto se ha divulgado? —preguntó el maestro del espionaje.

—Indudablemente circulan ciertos rumores —respondió el ministro Solomentsev—, pero los cálculos actuales tienen menos de veinticuatro horas y habitualmente tardan más las filtraciones. Te mandaré estos documentos por mensajero, mañana por la mañana.

—Me parece bien, Vasily. Haré que mis analistas examinen los datos, a fin de poder presentar mis propios cálculos independientes de la situación.

—No tengo ninguna objeción —respondió el ministro de Economía, sorprendiendo más que ligeramente a Golovko.

Pero aquello no era ya la Unión Soviética. Puede que el gabinete actual fuera la contrapartida moderna del antiguo Politburó, pero allí nadie contaba mentiras... o por lo menos no grandes mentiras. ¿Y acaso no era eso una medida de progreso para su país?

ONCE

LA FE DE LOS PADRES

Se llamaba Yu Fa An y dijo que era cristiano, lo cual era suficientemente extraño como para que monseñor Schepke lo invitara a entrar inmediatamente. Yu Fa An era un chino de cincuenta y tantos años, encorvado, con el pelo negro salpicado de canas, cosa bastante rara en esta parte del mundo.

—Bien venido a nuestra embajada. Soy monseñor Schepke —dijo con una breve reverencia, antes de estrecharle la mano.

—Gracias. Soy el reverendo Yu Fa An —respondió.

—Estupendo. ¿De qué confesión?

—Soy baptista.

—¿Ordenado? ¿Cómo es posible? —dijo Schepke, mientras le indicaba al visitante que lo siguiera y a los pocos momentos se encontraban ante el nuncio—. Eminencia, he aquí el reverendo Yu Fa An. ¿De Pekín? —preguntó tardíamente el monseñor.

—Sí, efectivamente. Mi congregación está básicamente al noroeste de aquí.

—Bien venido —respondió el cardenal DiMilo, levantándose para estrecharle calurosamente la mano y ofrecerle una cómoda butaca donde sentarse, mientras Schepke iba en busca de té—. Es un placer conocer a otro cristiano en esta ciudad.

—No somos muchos, eminencia, la verdad sea dicha —confirmó Yu.

El monseñor Schepke regresó rápidamente con los ingredientes para el té en una bandeja, que colocó sobre la mesita.

—Gracias, Franz.

—Creía que algunos residentes locales le darían la bienvenida. Supongo que el Ministerio del Exterior lo ha recibido formalmente, con corrección y tal vez... ¿cierta frialdad? —preguntó Yu.

El cardenal sonrió cuando le entregaba una taza a su invitado.

—Como bien dice, la recepción ha sido correcta, pero podría haber sido más calurosa.

—Comprobará que aquí el gobierno tiene muy buenos modales y gran respeto por el protocolo, pero no se distingue precisamente por su sinceridad —dijo Yu en inglés, con un acento muy extraño.

—¿Y usted es originario de...?

—Nací en Taipei. De joven me trasladé a Estados Unidos para estudiar. Empecé en la Universidad de Oklahoma, pero recibí la llamada de Dios y cambié a la de Oral Roberts, en el mismo estado. Allí obtuve mi licenciatura en Ingeniería Eléctrica, para proseguir luego con un doctorado en Teología y ser ordenado —explicó Yu.

—Estupendo. ¿Y cómo llegó a la República Popular?

—En la década de los setenta, al gobierno del presidente Mao le encantaba que vinieran a vivir aquí los taiwaneses, que rechazaban el capitalismo para abrazar el marxismo, ¿comprende? —agregó con un destello en la mirada—. Fue duro para mis padres, pero llegaron a comprenderlo. Inicié mi congregación al poco de mi llegada. Eso fue problemático para el Ministerio de Seguridad Estatal, pero también trabajaba como ingeniero y en aquel momento el Estado necesitaba especialistas como yo. Es asombroso lo que puede llegar a aceptar el Estado si tienes algo que necesite, y en aquella época tenía una necesidad acuciante de personas con mi formación. Pero ahora me dedico exclusivamente a la Iglesia.

Con esa afirmación triunfal, Yu levantó la taza para tomar un sorbo de té.

—¿Qué puede decirnos entonces del ambiente local? —preguntó Renato.

—El gobierno es auténticamente comunista. No tolera ni confía en ninguna lealtad, salvo a sí mismo. Incluso el Falun Gong, que no es realmente una religión, es decir, que no es un

verdadero sistema de creencias como usted o yo lo entenderíamos, ha sido brutalmente reprimido y mi propia congregación ha sido perseguida. Es raro el domingo en que más de una cuarta parte de mi congregación acuda a la iglesia. Debo dedicar gran parte de mi tiempo a desplazarme de casa en casa, para hacer llegar el evangelio a mis feligreses.

—¿Cómo se mantiene? —preguntó el cardenal.

Yu sonrió serenamente.

—Ese es el menor de mis problemas. Los baptistas norteamericanos me tratan con suma generosidad. Hay un grupo de iglesias en Mississippi particularmente generosas, que curiosamente muchas de ellas son negras. Precisamente ayer recibí algunas cartas. Uno de mis compañeros de clase en Oral Roberts tiene una gran congregación cerca de Jackson, Mississippi. Se llama Gerry Patterson. Eramos buenos amigos y seguimos siendo hermanos en Cristo. Su congregación es grande y próspera, y sigue cuidando de mí.

Yu casi agregó que tenía más dinero del que podía gastar. En Norteamérica, esto se habría traducido en un Cadillac y una fastuosa parroquia. En Pekín, significaba una bonita bicicleta y regalos para sus feligreses necesitados.

—¿Dónde vive usted, amigo mío? —preguntó el cardenal.

El reverendo Yu se sacó una tarjeta de visita del bolsillo y se la entregó. Como muchas otras tarjetas en China, tenía un plano dibujado en el reverso.

—Tal vez tendría usted la amabilidad de cenar conmigo y con mi esposa. Usted también, por supuesto —agregó, refiriéndose a monseñor Schepke.

—Con mucho gusto. ¿Tiene usted hijos?

—Dos —respondió Yu—. Ambos nacidos en Norteamérica y, por consiguiente, exentos de las brutales leyes que han impuesto los comunistas.

—Conozco esas leyes —aseguró DiMilo—. Antes de obligarlos a que las cambien necesitamos más cristianos aquí. Rezo por ello todos los días.

—También yo, eminencia, también yo. Supongo que ya sabe que su residencia está, bueno...

Schepke se tocó la oreja y señaló con el dedo a su alrededor.

—Sí, lo sabemos.

—¿Le han asignado un chófer?

—Sí, es muy amable por parte del ministerio —respondió Schepke—. Es católico. ¿No le parece asombroso?

—No me diga —exclamó retóricamente Yu, mientras movía la cabeza de un lado a otro—. No me cabe duda de que también es leal a su país.

—Por supuesto —comentó Di Milo.

No era una gran sorpresa. Hacía mucho tiempo que el cardenal pertenecía al servicio diplomático vaticano y había visto la mayoría de los trucos por lo menos una vez. A pesar de lo listos que eran los comunistas chinos, la Iglesia católica tenía muchos más años de experiencia a sus espaldas, por mucho que al gobierno local le costara reconocerlo.

La charla duró otros treinta minutos antes de que el reverendo Yu se retirara, con otro caluroso apretón de manos de despedida.

—¿Y bien, Franz? —preguntó DiMilo en la calle, donde el ruido de la brisa impediría que los micrófonos instalados en el exterior captaran sus palabras.

—Es la primera vez que lo he visto. Oí su nombre a mi llegada. El gobierno chino le ha hecho la vida realmente difícil, en más de una ocasión, pero es un hombre de fe inquebrantable y no le falta valor. Desconocía su formación. Podemos comprobarlo.

—No es mala idea —respondió el nuncio papal, no porque desconfiara de Yu, sino porque siempre era bueno estar seguro de las cosas.

Les había facilitado incluso el nombre de un compañero de curso, Gerry Patterson, ahora ordenado ministro. En algún lugar de Mississippi, Estados Unidos. Eso facilitaría la operación. El mensaje hacia Roma salió al cabo de una hora, por Internet, medio que facilitaba enormemente las operaciones de inteligencia.

En este caso, la diferencia horaria funcionaba a su favor, como ocurría a veces cuando se solicitaba información al oeste en lugar del este. A las pocas horas, el mensaje había sido recibido, descifrado y mandado al despacho pertinente. De allí salió un nuevo mensaje también codificado en dirección a Nueva York, donde el cardenal Timothy McCarthy, arzobispo de Nueva York y jefe del servicio vaticano de inteligencia en Estados Unidos, lo recibió inmediatamente después del desayuno. A partir de allí fue todavía más fácil. El FBI seguía siendo un baluarte norteamericano de catolicismo irlandés, aunque no tanto como en los años treinta, con unos cuantos italianos y polacos agregados. El mundo no era perfecto, pero cuando la Iglesia necesitaba información y siempre y cuando no comprometiera la seguridad nacional norteamericana, se obtenía, habitualmente, con mucha rapidez.

En este caso, fue particularmente así. La Universidad Oral Roberts era una institución muy conservadora y, por consiguiente, dispuesta a cooperar con las investigaciones del FBI, fueran o no oficiales. Tan inofensiva le pareció a la secretaria la llamada telefónica del ayudante del agente especial Jim Brennan, de la oficina del FBI en Oklahoma, que no se molestó siquiera en consultar a su supervisor. El registro informático de la universidad no tardó en confirmar que Yu Fa An se había licenciado en aquella institución, en primer lugar en Ingeniería Eléctrica, y después de otros tres años se había doctorado en Teología, en ambos casos «con distinción», según dijo la secretaria, lo que significaba que nunca había obtenido una nota inferior a ocho. La oficina de alumnos agregó que el reverendo Yu residía ahora en Pekín, China, donde evidentemente hacía gala de su valor predicando los evangelios en tierra de paganos. Brennan le dio las gracias, tomó unas notas, mandó la respuesta por e-mail a Nueva York y acudió a su reunión matutina con el agente en jefe de la región, para repasar las actividades relacionadas con la aplicación de la ley federal en aquel estado.

Fue un poco diferente en Jackson, Mississippi. Allí, el propio agente especial en jefe fue personalmente a la primera iglesia baptista de Gerry Patterson, situada en un elegante barrio de la capital estatal de Mississippi. A la iglesia le faltaban ya sólo veinticinco años para cumplir dos siglos y era una de las más prósperas de la región. Difícilmente podía haber causado mejor efecto el reverendo Patterson, con su impecable camisa blanca y corbata a rayas azules. Su chaqueta oscura colgaba en un rincón, como concesión a la temperatura reinante. Recibió al visitante del FBI con modales aristocráticos, lo condujo a su lujoso despacho y le preguntó en qué podía ayudarlo.

—¡Yu! Sí, es un hombre excelente y un buen amigo de la universidad —respondió a la primera pregunta—. Solíamos llamarlo Skip. Fa se parecía demasiado a una nota musical, ya me comprende. Un buen tipo y un excelente sacerdote. Podría darle lecciones de fe a Jerry Falwell. ¿Si mantengo con él una relación epistolar? ¡Por supuesto! Le mandamos unos veinticinco mil dólares anuales. ¿Quiere ver una fotografía? La tenemos en la propia iglesia. Entonces los dos éramos mucho más jóvenes —agregó con una sonrisa—. Skip tiene muchas agallas. No puede ser muy divertido ser sacerdote cristiano en China, sabe usted. Pero nunca se queja. Sus cartas son siempre optimistas. Ojalá tuviéramos a muchos como él en el clero.

—¿Entonces está usted impresionado con él? —preguntó el agente en jefe Mike Leary.

—Era un buen muchacho en la universidad, hoy es un buen hombre y un excelente ministro de los evangelios que realiza su trabajo en un ambiente muy adverso. Para mí Skip es un héroe, señor Leary.

Era una declaración muy poderosa, viniendo de un miembro tan destacado de la comunidad. La Primera Iglesia Baptista no había tenido una hipoteca en su vida, a pesar de su impresionante estructura y sus bancos cómodamente acolchados.

—Esto es todo lo que necesito —dijo el agente del FBI, después de ponerse en pie—. Gracias, caballero.

—¿Le importaría decirme por qué ha venido aquí a preguntar por mi amigo?

Leary esperaba que se lo preguntara y había preparado la respuesta.

—Pura rutina, señor. Su amigo no tiene ningún problema, por lo menos, no con el gobierno de Estados Unidos.

—Me alegra saberlo —respondió el reverendo Patterson, con una sonrisa y un apretón de manos—. Por cierto, nosotros no somos la única congregación que cuida de Skip.

—¿De veras? —preguntó Leary, después de volver la cabeza.

—Por supuesto. ¿Conoce usted a Hosiah Jackson?

—¿El reverendo Jackson, el padre del vicepresidente? Nunca he hablado con él, pero sé quién es.

—Sí. Hosiah es insuperable —asintió Patterson, sin que ninguno de ellos comentara lo inusual que habría sido cuarenta años antes que un pastor blanco hablara tan favorablemente de otro negro, pero Mississippi había cambiado con el transcurso del tiempo, en cierto sentido, más rápidamente que el resto de Norteamérica—. Lo visité hace unos años y empezamos a hablar de cosas en general, cuando surgió este tema. La congregación de Hosiah también le manda a Skip de cinco a diez mil dólares anuales, y además ha organizado a otras congregaciones negras para que también le manden ayuda.

Blancos y negros de Mississippi ayudando a un cura chino, —reflexionó Leary—. ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo? Supuso que el cristianismo significaba algo después de todo y regresó a su despacho en su coche oficial, satisfecho de haber averiguado algo para variar, aunque no fuera exactamente en nombre del FBI.

El cardenal McCarthy se enteró por su secretario de que sus dos peticiones de información habían sido contestadas antes del almuerzo, lo cual era muy impresionante incluso para los niveles de la alianza entre el FBI y la Iglesia católica. Poco después del almuerzo, el cardenal McCarthy codificó personalmente ambas respuestas y las mandó a Roma. No sabía por qué se lo habían preguntado, pero suponía que lo averiguaría a su debido tiempo si era importante, o no, si no lo era. Le divertía ser el primer espía del Vaticano en Norteamérica.

No le habría divertido tanto saber que la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade, Maryland, también se interesaba por aquellas actividades y que el monstruoso superordenador instalado en el vasto y tenebroso sótano de sus extensas instalaciones se ocupaba del caso. Esa máquina, cuyo fabricante se había arruinado hacía unos años, había sido simultáneamente el mayor orgullo y la mayor decepción entre una enorme colección de ordenadores de la ASN, hasta que últimamente, uno de los matemáticos del centro había descubierto por fin cómo utilizarla. Era una máquina descomunal de procesamiento paralelo, que supuestamente funcionaba como el cerebro humano y que en teoría era capaz de atacar al mismo tiempo un problema desde distintos ángulos, como creían que lo hacía el cerebro. El problema estribaba en que nadie sabía cómo funcionaba realmente el cerebro humano y, por consiguiente, durante varios años había sido imposible elaborar el software necesario para obtener pleno rendimiento de aquel potentísimo ordenador. Esto había relegado aquel impresionante y carísimo artefacto a un uso tan común como el de una estación de trabajo corriente. Pero luego alguien se percató de que la mecánica cuántica había sido útil para descifrar algunos códigos extranjeros, se preguntó el porqué y empezó a examinar los problemas de programación. Siete meses después, el esfuerzo intelectual dio como resultado el primero de tres nuevos sistemas operativos para el superordenador, y el resto era material altamente secreto. La ASN era ahora capaz de descifrar cualquier código en el mundo y sus analistas, enriquecidos con dicha información, habían pagado a un carpintero para que construyera una especie de altar pagano, instalado frente al hipercerebro electrónico para el sacrificio simbólico de ovejas a su nuevo dios. (Sugerir el sacrificio de vírgenes habría ofendido al personal femenino de la institución.) Hacía tiempo que la ASN era conocida por su sentido del humor institucional. El único temor real era que el mundo descubriera el sistema Tapdance elaborado por la ASN, que funcionaba totalmente al azar y era, por consiguiente, completamente indescifrable, además de fácil de elaborar. Pero era también una pesadilla administrativa y eso impediría que la mayoría de los gobiernos extranjeros lo utilizaran.

La ASN copió los comunicados electrónicos del cardenal, de forma ilegal pero rutinaria, los introdujo en el superordenador, que los convirtió en textos perfectamente claros y pasaron inmediatamente a la mesa de un analista de la ASN, del que se habían asegurado con antelación que no fuera católico.

Es curioso —pensó el analista—, ¿por qué se interesa el Vaticano por un predicador chino? ¿Y por qué se han dirigido a Nueva York para obtener información sobre él? Ah, claro, educado aquí y con amigos en Mississippi... ¿de qué diablos va todo esto? Se suponía que debía saber esas cosas, pero eso no era más que la teoría en que se basaba. A menudo no entendía absolutamente nada sobre la información que examinaba, pero era suficientemente honrado para reconocerlo ante sus superiores. Entonces transmitió electrónicamente su informe cotidiano a su supervisor, que lo examinó, lo codificó y lo transmitió a la CIA, donde lo

examinaron otros tres analistas, decidieron que tampoco tenía ningún sentido para ellos y lo archivaron. En este caso, la información se grabó en dos cintas formato VHS, una de las cuales se guardó en un recipiente titulado «Doctor» y la otra en un recipiente llamado «Gruñón», de los siete que había en la sala de informática de la CIA con los nombres de los enanitos de Blancanieves, después de introducir los nombres respectivos en el ordenador central, a fin de poder localizar la información que el gobierno de Estados Unidos todavía no comprendía. Esta situación era bastante común y por ello la CIA guardaba todos los datos que generaba informatizados y debidamente clasificados, de forma que cualquiera pudiera tener acceso inmediato a los mismos, tanto desde la vieja como desde la nueva central, separada por una cresta del río Potomac. La mayor parte de la información incluida en los siete enanitos estaba simplemente ahí, y ahí permanecería para siempre, sin que ni siquiera se interesara por ella el más estrafalario de los intelectuales.

—¿Y bien? —preguntó Zhang Han San.

—Pues que nuestros vecinos rusos tienen la suerte del diablo —respondió Fang Gan, al tiempo que le entregaba la carpeta al ministro sin cartera de rango superior.

Zhang era siete años mayor que Fang y estaba más cerca del presidente, aunque no demasiado, y había poca competencia entre los dos ministros.

—Lo que haríamos nosotros si tuviéramos esos dones... —su voz se perdió en la lejanía.

—Efectivamente.

El hecho de que cualquier país se beneficiaría del petróleo y del oro era una verdad tan evidente que no era preciso hablar de ello. Lo que importaba realmente era que China no lo haría y Rusia, sí.

—¿Sabes que lo tenía previsto?

—Tus planes eran geniales, amigo mío —respondió Fang desde su butaca, antes de sacarse un paquete de cigarrillos del bolsillo, mostrárselo a su anfitrión, que había dejado de fumar hacía cinco años en busca de su aprobación, que éste hiciera un gesto con la mano para indicar que no le importaba, dar unos golpecitos en el extremo del cigarrillo y encenderlo con un mechero de butano—. Pero cualquiera puede tener mala suerte.

—Primero nos fallaron los japoneses y luego ese loco religioso de Teherán —refunfuñó Zhang—. Si uno u otro de nuestros aliados hubiera hecho honor a sus promesas, ahora el oro y el petróleo serían nuestros...

—Ciertamente útil para nuestros propósitos, pero tengo mis dudas respecto a la aceptación mundial de nuestra prosperidad teórica —dijo Fang, dando una prolongada calada.

Su interlocutor gesticuló de nuevo con una mano.

—¿Crees que los capitalistas gobiernan por principios? Necesitan petróleo y oro, y quien puede suministrarlo barato es quien más vende. Fíjate a quién se lo compran, mi viejo amigo, a cualquiera que lo tenga. Con todo el petróleo que hay en México, los norteamericanos no son siquiera capaces de armarse de valor y apoderarse del mismo. ¡Son unos cobardes! En nuestro caso, los japoneses, como hemos aprendido para nuestro pesar, carecen de principios. Si pudieran comprarle el petróleo a la empresa que fabricó las bombas arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, lo harían. Lo denominan realismo —concluyó burlonamente Zhang.

Vladimir Il'yich Ulyanov, el propio Lenin, pronosticó, sin que le faltara razón, que las naciones capitalistas competirían para vender a la Unión Soviética la cuerda con la que más adelante los rusos los ahorcarían a todos. Pero Lenin nunca anticipó que fracasaría el marxismo. Al igual que Mao tampoco anticipó que su perfecta visión político-económica fracasaría en la República Popular, como lo manifiestan los lemas como «el gran salto adelante»), que entre otras cosas alentaron a simples campesinos a fundir hierro en los patios traseros de sus casas. El hecho de que la escoria no sirviera ni para fabricar morillos no se había divulgado en el este ni en el oeste.

—El caso es que la suerte no nos ha sonreído y ni el petróleo ni el oro nos pertenecen.

—De momento —susurró Zhang.

—¿Cómo dices? —preguntó Fang, que no estaba seguro de haberle comprendido.

Zhang levantó la mirada, casi sobresaltado de su sueño.

—¿Cómo? Ah, nada, amigo mío.

Durante el resto de la reunión, que duró setenta y cinco minutos antes de que Fang regresara a su propio despacho, hablaron de asuntos internos.

—Ming —dijo Fang en la antesala de su despacho, mientras gesticulaba.

La secretaria se puso en pie, lo siguió, cerró la puerta a su espalda y se instaló en su asiento.

—Nueva entrada —dijo Fang cansado, después de una larga jornada—. Reunión habitual de la tarde con Zhang Han San, en la que hemos hablado...

Prosiguió con el relato del contenido de la reunión, y Ming tomó debidamente notas para el diario oficial del ministro. Además de que los chinos eran cronistas empedernidos, los miembros del Politburó sentían tanto la obligación (por razones intelectuales e históricas), como la necesidad personal (por razones de supervivencia individual), de documentar todas sus conversaciones sobre asuntos políticos y de administración nacional, a fin de que quedara constancia de sus puntos de vista y sus meticulosas valoraciones, por si alguno de ellos cometía un error de juicio. El hecho de que eso significara que su secretaria personal, como en realidad todas las secretarías personales de los miembros del Politburó, tuvieran acceso a los secretos más delicados del país era algo a lo que no se daba importancia, puesto que esas chicas eran meros robots, máquinas de grabar y transcribir, y poca cosa más... bueno, un poco más, pensaban Fang y sus colegas con una sonrisa en los labios. Un magnetófono no podía chuparle a uno el pene, y Ming lo hacía de maravilla. Fang era comunista y lo había sido durante toda su vida adulta, pero no carecía enteramente de corazón y sentía por Ming el afecto que otro, o incluso él mismo, podía haber sentido por una hija predilecta... salvo que uno no solía follar con su propia hija... Su relato para la anotación en el diario se prolongó durante veinte minutos, describiendo meticulosamente todos los puntos importantes de su intercambio con Zhang, que sin duda en aquel momento hacía exactamente lo mismo con su secretaria privada, a no ser que Zhang hubiera sucumbido a la costumbre occidental de usar un magnetófono, cosa que no habría sorprendido a Fang. A pesar del desprecio que Zhang aparentaba por los occidentales, los emulaba en muchos sentidos.

Localizaron también el nombre de Klementi Ivan'ch Suvorov. Era a su vez ex agente del KGB, incorporado entonces a la Tercera Jefatura, departamento híbrido de la antigua organización de espionaje, encargado de supervisar a los ex militares soviéticos, así como ciertas operaciones especiales de las fuerzas posteriores, como el Spetsnaz, por lo que sabía Oleg Provalov. Pasó unas páginas del informe de Suvorov, encontró una fotografía, sus huellas y también descubrió que su primer destino había sido en la Primera Jefatura, conocida como «jefatura extranjera» por su trabajo en la recopilación de inteligencia de otras naciones. Se preguntó por qué habría cambiado. Habitualmente, en el KGB, uno se quedaba donde empezaba. Pero un alto mando de la Tercera lo había rescatado de la Primera... ¿por qué? El comandante general Pavel Konstantinovich Kabinet había solicitado por nombre a Suvorov K. I. Ese nombre obligó a Provalov a hacer una pausa. Lo había oído antes en algún lugar, pero no recordaba exactamente dónde y era inusual en un investigador tan veterano. Tomó nota y la guardó.

De modo que tenían el nombre y la fotografía de ese tal Suvorov. ¿Habría conocido a Amalrik y Zimvanin, los presuntos y fallecidos asesinos del proxeneta Avsevenko? Parecía posible. En la Tercera Jefatura habría gozado posiblemente de acceso al Spetsnaz, aunque eso también podía haber sido una mera coincidencia. El principal interés de la Tercera Jefatura del KGB era el control político del ejército soviético, pero eso había dejado de ser una necesidad del estado. Toda la retahíla de oficiales políticos, la zanzpoliti que durante tanto tiempo había sido la pesadilla del ejército soviético, ahora había esencialmente desaparecido.

¿Dónde estaban ahora?, se preguntó Provalov con la ficha en las manos. Al contrario del archivo central del ejército, los archivos del KGB solían ser bastante precisos en cuanto al paradero y actividades de los ex oficiales de inteligencia. Era una secuela del régimen anterior útil para la policía, aunque no en este caso. ¿Dónde te has metido? ¿Cómo te ganas la vida? ¿Eres un delincuente? ¿Un asesino? Las investigaciones de homicidios, por su naturaleza,

generaban más preguntas que respuestas y frecuentemente acababan con muchas de dichas preguntas sin responder, porque uno no podía penetrar nunca en la mente de un asesino y aunque pudiera haberlo hecho, lo que encontrara no habría tenido necesariamente ningún sentido.

Este había empezado como un caso complicado de asesinato, y su complejidad aumentaba. Lo único que sabía con certeza era que Avseyenko estaba muerto, junto con su chófer y una puta. Y ahora puede que aún supiera menos. Desde el principio había supuesto que el proxeneta era el verdadero objetivo, pero si ese tal Suvorov había contratado a Amalrik y Zimyanin para cometer el asesinato, ¿por qué se molestaría un ex teniente coronel de la Tercera Jefatura del KGB, por lo que había comprobado, en asesinar a un proxeneta? ¿No era igualmente probable que el objetivo fuera Sergey Golovko y no explicaría eso también la eliminación de los dos presuntos asesinos, por haberse equivocado de objetivo? El teniente de detectives abrió un cajón, en busca de un frasco de aspirinas. No era la primera jaqueca que le provocaba aquel caso, ni parecía probable que fuera la última. Quienquiera que fuera Suvorov, si el objetivo era Golovko, no habría sido él quien tomara la decisión de asesinarlo. El era el asesino contratado y, por consiguiente, la decisión la habría tomado otro.

¿Pero quién?

¿Y por qué?

Qui bonuo era la vieja pregunta, tan antigua que se formulaba en una lengua muerta. ¿A quién el bien? ¿Quién se beneficia?

Llamó a Abramov y Ustinov. Tal vez lograrían localizar a Suvorov y entonces él se desplazaría al norte para interrogarlo. Provalov redactó el fax, lo mandó a San Petersburgo y abandonó su escritorio para dirigirse a su casa. Consultó su reloj. Sólo dos horas de retraso. No estaba mal para este caso.

El teniente general Gennady Iosifovich Bondarenko miró a su alrededor en su despacho. Ya hacía algún tiempo que lucía tres estrellas y a veces se preguntaba si llegaría más lejos. Había sido militar profesional durante treinta y un años, y el cargo al que siempre había aspirado era el de comandante general del ejército ruso. Muchos hombres buenos, y algunos malos, lo habían sido. Gregoriy Zhukov, por ejemplo, era el hombre que había salvado su país de los alemanes. Había muchas estatuas de Zhukov, a quien Bondarenko había oído pronunciando conferencias hacía muchos años, cuando era un mero cadete novato, y había visto su rostro franco de sabueso, con la mirada helada de un asesino, un auténtico héroe ruso a quien la política no podía doblegar y cuyo nombre habían llegado a temer los alemanes.

Nadie, ni siquiera el propio Bondarenko, se sorprendía de haber llegado tan lejos. Había empezado como oficial de comunicaciones, destinado brevemente al Spetsnaz en Afganistán, donde había burlado la muerte dos veces, en ambas ocasiones tomando el mando en situaciones dignas de pánico, a las que sobrevivió con extraordinario valor. Había sido herido y había matado con sus propias manos, cosa que pocos coroneles hacen y mucho menos se enorgullecen de ello, salvo en el club de oficiales con sus camaradas después de unas cuantas copas.

Como muchos generales que le habían precedido, Bondarenko era en cierto modo un general «político». Había ascendido bajo los auspicios de un casi ministro, Sergey Golovko, aunque en realidad no habría conseguido su segunda estrella sin mérito propio y el valor en el campo de batalla, tan reconocido en el ejército ruso como en cualquier otro. La inteligencia iba todavía más allá y por encima de todo estaban los logros. Su trabajo consistía en lo que los norteamericanos denominaban J-3, jefe de operaciones, que significaba matar gente en la guerra y entrenarla en tiempo de paz. Bondarenko había viajado por todo el planeta, aprendiendo cómo otros ejércitos entrenaban a sus hombres, analizando las lecciones y aplicándolas a sus propios soldados. Después de todo, la única diferencia entre un soldado y un paisano era el entrenamiento, y Bondarenko se proponía que el ejército ruso alcanzara nada menos que el estado de alerta dureza con el que había derribado las puertas de Berlín, a las órdenes de Zhukov y Koniev. La meta estaba todavía lejana, pero el general estaba convencido de haber construido unos buenos cimientos. Tal vez en diez años el ejército la habría alcanzado y él estaría allí para verlo, por supuesto, honrosamente jubilado, con sus

condecoraciones enmarcadas colgando de la pared, nietos saltando sobre su regazo... y de vez en cuando objeto de alguna consulta, para que viera algo y diera su opinión, como ocurría a menudo con generales jubilados.

De momento había acabado su trabajo, pero no sentía ningún deseo de regresar a su casa, donde su esposa había invitado a las mujeres de otros altos mandos. A Bondarenko siempre le habían hastiado esas veladas. El agregado militar en Washington le había mandado un libro, *La espada veloz*, de Nicholas Eddington, coronel de la guardia nacional del ejército norteamericano. Eddington era efectivamente el coronel que se había entrenado con su brigada en el desierto de California, cuando se tomó la decisión de desplegarse en el golfo Pérsico y sus tropas, en realidad paisanos vestidos de uniforme, habían respondido bien; a decir verdad, más que bien, se dijo a sí mismo el general ruso. Habían practicado el «toque de medusa», aniquilado todo lo que se cruzaba en su camino, junto con las fuerzas regulares norteamericanas de los regimientos 10.º y 11.º de caballería. Dicha colección de fuerzas del tamaño de una división había destruido por completo cuatro cuerpos de tropas mecanizadas como ovejas en un matadero. Incluso el rendimiento de los guardias de Eddington había sido magnífico. Gennady Iosifovich sabía que eso se debía en parte a su motivación. El ataque biológico en su propia patria había enfurecido comprensiblemente a los soldados, y dicho furor podía convertir en héroe a un soldado mediocre, con la misma facilidad que se enciende un interruptor. «Voluntad de combate» era como lo denominaban técnicamente. En un lenguaje más cotidiano, era la razón por la que un hombre se jugaba la vida y, por consiguiente, era algo de no poca importancia para los altos mandos, cuya labor consistía en poner a dichos hombres en peligro.

Hojeando el libro, comprobó que para ese tal Eddington —que según la contracubierta, también era catedrático de historia, ¿no era eso interesante?— dicho factor tenía mucha importancia. Puede que fuera listo, además de afortunado. Su buena suerte consistía en tener bajo su mando soldados de la reserva con muchos años de experiencia, que a pesar de haberse entrenado sólo a tiempo parcial, formaban parte de unidades sumamente estables, donde todos los soldados se conocían entre sí y eso era un lujo prácticamente desconocido entre los soldados regulares. Además, disponían del nuevo y revolucionario equipo IVIS norteamericano, que ponía al alcance de todos los hombres y vehículos en el campo exactamente toda la información que poseía su comandante, a menudo con gran detalle... y a su vez comunicaba al comandante con toda exactitud lo que sus hombres veían. Eddington aseguraba que eso había hecho que el de cualquier comandante anterior de una fuerza mecanizada.

El oficial norteamericano también hablaba de saber, no sólo lo que sus comandantes subordinados decían, sino de la importancia de saber lo que pensaban y no tenían tiempo de expresar. El énfasis implícito estaba en la importancia de la continuidad dentro del cuerpo de oficiales y eso —pensó Bondarenko mientras tomaba nota— era una lección sumamente importante. Debería leer aquel libro detenidamente y tal vez encargar un centenar de ejemplares en Washington para que lo leyeran sus compañeros en el ejército... ¿conseguir incluso los derechos de impresión en Rusia? Los rusos lo habían hecho en más de una ocasión...

DOCE

CONFLICTOS DEL BOLSILLO

—Vamos, George, desembucha —dijo Ryan, después de tomar un sorbo de café.

En Casa Blanca había muchos actos rutinarios y uno que había surgido a lo largo del último año era que Ryan recibiera al secretario de la Tesorería dos o tres veces por semana, inmediatamente después del informe cotidiano sobre inteligencia. Habitualmente, Winston cruzaba andando la calle Quince, por un túnel que unía la Casa Blanca con el edificio de la Tesorería, que se remontaba a la época de Roosevelt. Otra parte de dicha rutina consistía en que los marinos que prestaban servicio como asistentes del presidente les servían café y unos bollos (con mantequilla) que ambos degustaban en detrimento de su nivel de colesterol.

—La República Popular China. Las negociaciones comerciales se han estrellado contra un muro de hormigón. Se niegan rotundamente a seguir las reglas del juego.

—¿Cuál es el problema?

—Maldita sea, Jack, ¿cuál no es el problema? —respondió el secretario, después de morder un bollo con mermelada de pomelo—. Esa nueva empresa de informática que su gobierno ha fundado elabora un aparato patentado por Dell, y ese nuevo aparatejo ha incrementado en un veinte por ciento el valor de sus acciones. Se limitan a introducirlo en las cajas que suministran en su propio mercado y en las que han empezado a vender en Europa. Esto es una violación de todas las patentes y tratados comerciales, pero cuando se lo mencionamos en la mesa de negociaciones se limitan a cambiar de tema sin prestar atención. Esto podría costarle a Dell unos cuatrocientos millones de dólares, y eso es una gran pérdida para cualquier empresa. Si yo fuera su asesor comercial, buscaría un asesino a sueldo en las páginas amarillas. Bien, ésta es una. Luego nos han dicho que si exageramos demasiado estos «pequeños» desacuerdos, Boeing puede olvidar su pedido de veintiocho aviones 777, que irán a parar a Airbus.

Ryan asintió.

—Dime, George, ¿cómo está ahora la balanza comercial con la República Popular?

—Setenta y ocho mil millones, a favor suyo, no nuestro, como bien sabes.

—¿Se ocupa Scott de analizarlo?

—Tiene un equipo bastante bueno —asintió el secretario de la Tesorería—, pero les falta un poco de dirección ejecutiva.

—¿Y cómo nos afecta eso a nosotros?

—Facilita a los consumidores un montón de mercancías a bajo precio, aproximadamente el setenta por ciento de las cuales son de baja tecnología, como montones de juguetes, animales disecados y cosas por el estilo. Pero el treinta por ciento son productos avanzados, Jack. Esa cantidad casi se ha doblado en dos años y medio. Pronto empezará a costarnos puestos de trabajo, tanto en términos de la producción para consumo interno, como de exportaciones perdidas. Venden muchos ordenadores portátiles en el mercado nacional, me refiero a su país, pero no nos permiten entrar en el mismo, a pesar de que los superamos en prestaciones y precio. Sabemos con certeza que utilizan parte del superávit comercial con nosotros para subvencionar sus industrias informáticas. Supongo que quieren reforzar el sector por razones estratégicas.

—Además de vender armas a quienes preferiríamos que no las tuvieran —agregó el presidente.

Lo cual también hacían por razones estratégicas.

—¿Acaso no necesita todo el mundo un AK-47 para ocuparse de sus alimañas?

Un cargamento de mil cuatrocientos auténticos rifles de asalto, es decir, plenamente automáticos, había sido confiscado hacía dos semanas en el puerto de Los Angeles, pero la República Popular negaba toda responsabilidad, a pesar de que los servicios de inteligencia

estadounidenses habían rastreado la transacción hasta un número de teléfono concreto de Pekín. Ryan lo sabía, pero no habían permitido que se divulgara, para no dar a conocer los métodos de espionaje utilizados en esta ocasión por la Agencia de Seguridad Nacional en Fort Meade. El nuevo sistema telefónico de Pekín no había sido construido por una empresa norteamericana, pero se había contratado gran parte del trabajo de diseño a una empresa, que había llegado a un acuerdo muy rentable con un organismo del gobierno de Estados Unidos. No era estrictamente legal, pero se aplicaban otras reglas a asuntos de seguridad nacional.

—Sencillamente se niegan a obedecer las reglas del juego.

—¡Y que lo digas! —refunfuñó Winston.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó el presidente Ryan.

—Recordarles a esos pequeños cabrones de ojos rasgados que nos necesitan mucho más a nosotros que nosotros a ellos.

—Debes tener cuidado cuando hablas de otras naciones, especialmente las que poseen armas nucleares —señaló Ryan—. Por no hablar del deje racial.

—Mira, Jack, el campo es llano o no lo es. Se respetan las reglas del juego o no se respetan. Si reciben mucho más dinero de nosotros que nosotros de ellos, deben jugar limpio con nosotros. Sí, lo sé —dijo, levantando las manos a la defensiva—, están un poco molestos por lo de Taiwan, pero eso fue una buena movida, Jack. Tu castigo fue justo. Esos pequeños cabrones estaban matando gente y además probablemente conspiraron durante nuestra última aventura en el golfo Pérsico, así como en el ataque de Ebola contra nosotros, de modo que se lo merecían. ¿No podemos castigarlos por asesinato y conspiración en un acto de guerra contra Estados Unidos? Somos demasiado fuertes y poderosos para actuar con tanta mezquindad. ¡Mezquindad, una mierda, Jack! Directa o indirectamente, esos pequeños cabrones ayudaron a ese tal Daryaei a matar a siete mil de nuestros ciudadanos y establecer relaciones diplomáticas con Taiwan es el precio que han pagado por ello, además, en mi opinión, les ha salido muy barato. Deberían comprenderlo. Deben aprender que el mundo tiene reglas. Tenemos que mostrarles que hay dolor cuando se quebrantan las reglas y asegurarnos de que el dolor perdure. Hasta que lo comprendan, seguirán creando problemas. Tarde o temprano deben entenderlo. Creo que ya hemos esperado suficiente.

—De acuerdo, pero no olvides su punto de vista: ¿quiénes somos nosotros para dictar las reglas?

—¡Y una mierda, Jack! —exclamó Winston, que era una de las pocas personas con la capacidad, si bien no exactamente el derecho, para hablar de aquel modo en el despacho oval, debido en parte a su propio éxito y en parte a que Ryan respetaba el lenguaje franco, aunque ocasionalmente subiera de tono—.

Recuerda que son ellos quienes nos lo imponen. Nosotros jugamos limpio. El mundo tiene reglas honradas y respetadas por la comunidad de las naciones, y si Pekín desea formar parte de la misma, debe obedecer las mismas reglas que todos los demás. Si uno desea hacerse socio de un club, debe pagar la cuota de ingreso, e incluso entonces no se le permite circular en coche por el green. Todo no pueden ser ventajas.

El problema —pensó Ryan— era que la gente que gobernaba naciones, especialmente si eran grandes y poderosas, no eran la clase de personas a las que se pudiera decir cómo y por qué hacer las cosas, especialmente en los países despóticos. En una democracia liberal, regirse por la legalidad era algo aplicable a prácticamente todo el mundo. Ryan era presidente, pero no podía robar un banco aunque necesitara dinero.

—De acuerdo, George. Siéntate con Scott, elaborad algo con lo que yo pueda estar de acuerdo y haremos que el Departamento de Estado explique las reglas a nuestros amigos de Pekín.

Y quién sabe, puede que en esta ocasión llegara incluso a funcionar. Aunque Ryan no habría apostado por que lo hiciera.

Ésta sería la noche importante, pensó Nomuri. Sí, efectivamente, la noche anterior se había acostado con Ming y parecía haberle gustado, ¿pero reaccionaría ahora del mismo modo,

después de haber tenido tiempo para reflexionar? ¿O habría llegado a la conclusión de que se había aprovechado de ella, después de emborracharla? Nomuri había salido y se había acostado con bastantes mujeres, pero no confundía el éxito amoroso con ningún género de comprensión de la psique fe-menina.

Estaba sentado en el bar de un restaurante de tamaño medio, diferente del anterior, fumando un cigarrillo, que era algo nuevo para el agente de la CIA. No tosía, aunque después de las dos primeras caladas la sala parecía girar a su alrededor. Envenenamiento por monóxido de carbono, pensó. Fumar reducía el suministro de oxígeno al cerebro y era perjudicial en muchos otros sentidos. Pero también facilitaba la espera. Había comprado un mechero Bic, azul, con una ilustración de la bandera de la República Popular, que parecía ondear en un cielo despejado. Sí —pensó—, aquí estoy, preguntándome si mi chica se presentará —consultó su reloj— y lleva ya nueve minutos de retraso. Llamó al camarero y pidió otro whisky.

Era japonés, potable, no excesivamente caro y, a fin de cuentas, el alcohol era alcohol.

¿Vas a llegar, Ming?, pensó el agente en voz alta. Igual que la mayoría de los bares en el mundo entero, éste tenía un espejo detrás de la barra y el californiano observó socarronamente su propio rostro, fingiendo ser otro y preguntándose qué vería en él: ¿Nerviosismo? ¿Recelo? ¿Temor? ¿Soledad? ¿Lujuria? En aquel mismo instante podía haber alguien efectuando dicha evaluación, algún agente de contraespionaje del Ministerio de Seguridad Estatal en servicio de vigilancia, que procurara no mirarlo con excesiva insistencia. Puede que lo vigilara indirectamente por el espejo. Con mayor probabilidad, sentado en diagonal a él, de modo que lo tuviera en la línea de su mirada, mientras que Nomuri debería volver la cabeza para verlo, brindándole al agente de vigilancia la oportunidad de desviar la mirada, probablemente hacia su compañero, ya que más que individual, ésta solía ser una labor de equipo, cuya cabeza estaría en la misma línea de su mirada, para poder observar a su objetivo sin que pareciera que lo hacía directamente. Todos los países del mundo disponían de una policía o fuerza de seguridad entrenada para ello, y sus métodos eran siempre los mismos porque la naturaleza humana era igual en todas partes, tanto si el objetivo era un traficante de drogas como un espía. Así eran las cosas, se dijo Nomuri a sí mismo, mientras consultaba de nuevo su reloj. Once minutos de retraso. No pasa nada, amigo, las mujeres llegan siempre tarde. Lo hacen porque no saben la hora que es, o porque tardan una eternidad en vestirse y maquillarse, o porque no se acuerdan de llevar un reloj... o con mayor probabilidad, porque les da ventaja. Puede que gracias a dicho comportamiento, parecieran más valiosas que los hombres; después de todo, ¿no eran ellos quienes las esperaban? Eso otorgaba un valor especial a su afecto, ya que si no se las esperaba, puede que un día no aparecieran y eso les daba a los hombres algo que temer.

Chester Nomuri, antropólogo conductista, refunfuñó para sus adentros, mientras miraba de nuevo al espejo.

Maldita sea, tío, puede que aún no haya salido del trabajo, o que haya mucho tráfico, o que alguna amiga de la oficina haya ido a su casa para ayudarla a mover sus malditos muebles. Diecisiete minutos. Sacó otro Kool de la cajetilla y lo encendió con su mechero comunista. El este es rojo, pensó. Y puede que éste fuera el último país del mundo que era realmente rojo... ¿No se sentiría Mao orgulloso...?

¿Dónde estás?

Si algún agente de seguridad lo estaba observando y tenía alguna duda respecto a lo que hacía, ahora sabría con seguridad que esperaba a una mujer y su nerviosismo delataría que lo tenía hechizado. ¿Pero no se suponía que los espías no debían dejarse cautivar por las mujeres?

¿De qué te preocupas, imbécil, sólo de que puede que te quedes sin follar esta noche?

Veintitrés minutos de retraso. Apagó el cigarrillo y encendió otro. Si éste era un mecanismo que las mujeres utilizaban para controlar a los hombres, era muy eficaz.

James Bond nunca tenía esos problemas, pensó el agente del servicio secreto. El siempre dominaba a sus mujeres... y si alguien necesitaba alguna prueba de que Bond era un personaje de ficción, ¡ésta indudablemente lo era!

Nomuri estaba tan absorto en sus pensamientos, que no vio llegar a Ming. Sintió unos suaves golpecitos en la espalda y volvió inmediatamente la cabeza.

Ming lo miraba con una sonrisa radiante, contenta de haberlo sorprendido, y unas pequeñas arrugas en las comisuras de sus brillantes ojos oscuros, que reflejaban el placer del momento.

—Siento llegar tarde —dijo inmediatamente—. Fang necesitaba que le transcribiera unas cosas y me ha obligado a quedarme en el despacho hasta bastante tarde.

—Tendré que hablar con ese viejo —dijo Nomuri con aire de superioridad, irguiéndose en el taburete junto a la barra.

—Como bien dices, es un viejo y no oye muy bien. Puede que esté un poco sordo.

No, probablemente ese cabrón no quiere oír, pensó Nomuri, aunque no lo dijo. Fang era probablemente como muchos otros jefes en el mundo entero, de una edad demasiado avanzada para interesarse por las ideas de los demás.

—Dime, ¿qué te apetece para cenar? —preguntó Nomuri, y recibió la mejor respuesta posible.

—No tengo hambre —dijo Ming, con un destello en sus ojos oscuros que delataban lo que realmente le apetecía.

Nomuri vació su copa, apagó el cigarrillo y abandonaron juntos el local.

—¿Y bien? —preguntó Ryan.

—No son buenas noticias —respondió Arnie Van Damm.

—Supongo que eso depende del punto de vista. ¿Cuándo oirán los argumentos?

—En menos de dos meses y eso también lleva implícito un mensaje, Jack. Esos «rigurosos» jueces que tú nombraste van a oír este caso, y si tuviera que apostar, aseguraría que fallarán contra Roe.

Jack se acomodó en su butaca y sonrió.

—¿Qué tiene eso de malo, Arnie?

—Jack, es malo porque muchos ciudadanos quieren tener la opción de elegir si abortar o no. Esa es la razón. Lo denominan «pro elección» y en estos momentos es lo que determina la ley.

—Puede que eso cambie —dijo el presidente, esperanzado, mientras consultaba su agenda.

El secretario del Interior estaba a punto de llegar para hablar de parques nacionales.

—¿No es nada halagüeño, maldita sea! ¡Y te culparán a ti!

—Si eso ocurre, alegraré que no soy juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos y me mantendré completamente al margen. Si la decisión que adopten es la que tanto tú como yo creemos que tomarán, el aborto se convertirá en un asunto legislativo, y como está previsto en la Constitución, se reunirá la legislatura de cada estado para decidir por su cuenta si sus votantes quieren o no que se mate a los bebés antes de nacer. Pero no olvides, Arnie, que yo tengo cuatro hijos. Estuve presente en todos sus nacimientos y nunca me convencerás de que el aborto es aceptable.

El cuarto hijo de Ryan, Kyle Daniel, había nacido durante la presidencia de su padre y las cámaras estaban presentes para registrar su rostro cuando salía de la sala de partos, permitiendo que toda la nación, y en realidad el mundo entero, compartiera su experiencia. Eso había aumentado la popularidad de Ryan en quince puntos y en aquel momento Arnie se sintió sumamente satisfecho.

—Maldita sea, Jack, yo nunca he dicho que lo fuera —declaró Van Damm—. ¿Pero no es cierto que de vez en cuando todos hacemos algo reprochable? Y tampoco les negamos a los demás el derecho de hacerlo. Por ejemplo, fumar —agregó, para tocarle un punto débil a Ryan.

—Arnie, eres sumamente astuto con las palabras y ahora te has lucido, lo reconozco. Pero existe una diferencia cualitativa entre encender un maldito cigarrillo y matar a un ser humano.

—Cierto, si un feto es un ser humano, lo cual es cosa de teólogos y no de políticos.

—Arnie, permíteme que te lo aclare. Los defensores del aborto dicen que tanto si el feto es humano como si no lo es carece de importancia, porque está dentro del cuerpo de una mujer y, por consiguiente, es algo que le pertenece y puede disponer a su antojo de él. Bien. Durante la república y el Imperio romano, la esposa y los hijos pertenecían legalmente al padre de familia, que podía disponer de sus vidas a su antojo. ¿Crees que deberíamos volver a esa situación?

—Claro que no, porque concede poder a los hombres pero se lo quita a las mujeres y ahora ya no hacemos las cosas así.

—De modo que tomas un asunto moral y lo degradas a lo que es políticamente bueno o malo. Arnie, yo no estoy aquí para esto. Incluso el presidente puede tener principios morales, ¿o crees que debería colgar mis ideas sobre el bien y el mal en la antesala, cuando vengo a trabajar por la mañana?

—Pero no puedes imponérselos a los demás. Los principios morales son algo que guardas en tu interior, para ti mismo.

—Lo que llamamos ley no es más que la creencia colectiva de la población, su convicción de lo bueno y lo malo. Tanto si hablamos de asesinato, secuestro o saltarse un semáforo en rojo, la sociedad decide las reglas. En una república democrática, lo hacemos a través de la legislatura eligiendo a las personas que comparten nuestros puntos de vista. Así se hacen las leyes. Establecemos también una constitución, la ley suprema del país, que se elabora muy cuidadosamente porque decide lo que las demás leyes pueden y no pueden hacer y, por consiguiente, nos protege de nuestras pasiones transitorias. El trabajo de la judicatura consiste en interpretar las leyes, o en este caso los principios constitucionales incorporados en dichas leyes, en cuanto a su aplicación a la realidad. En Roe contra Wade, el Tribunal Supremo fue demasiado lejos. Legisló; cambió la ley de forma no prevista por quienes la habían elaborado y eso fue un error. La anulación de este veredicto devolverá el asunto del aborto a las legislaturas estatales, donde pertenece.

—¿Desde cuándo preparas este discurso? —preguntó Arnie.

La forma de expresarse de Ryan era demasiado refinada para ser improvisada.

—Desde hace algún tiempo —reconoció el presidente.

—En tal caso, cuando se anuncie la decisión, prepárate para la tormenta —advirtió su jefe de personal—. Hablo de manifestaciones, reportajes por televisión y suficientes artículos en los periódicos para empapelar las paredes del Pentágono. Además, el personal del servicio secreto deberá preocuparse del peligro adicional que correrá tu vida, la de tu esposa y las de tus hijos. Si crees que bromeo, pregúntaselo a ellos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—No hay ninguna ley, federal, estatal ni local, que obligue al mundo a ser lógico, Jack. La gente depende de ti para que el jodido clima sea agradable, y te culpan cuando no lo es. Resuélvelo.

Dicho esto, el jefe de personal abandonó la sala, enojado, para dirigirse hacia su propio despacho.

—Mierda —exclamó Ryan, mientras hojeaba el informe del secretario de Interior:

Propietario de Smokey Bear. También guardián de los parques nacionales, que el propio presidente sólo había visto en los documentales, cuando tenía tiempo por la noche de encender el televisor.

No podía decirse mucho sobre cómo vestía la gente en ese país, pensó una vez más Nomuri, salvo una cosa: cuando desabrochabas los botones y debajo aparecían las prendas de Victoria's Secret, bueno, era como si una película pasara de blanco y negro a technicolor. En esta ocasión, Ming le permitió que fuera él quien se los desabrochara, le quitara la chaqueta y

luego los pantalones. Las bragas tenían un aspecto particularmente tentador, pero también lo tenía todo su cuerpo. Nomuri la levantó en brazos y la besó apasionadamente, antes de dejarla sobre la cama. Al cabo de un minuto, estaba junto a ella.

—Dime, ¿por qué has llegado tarde?

Ming hizo una mueca.

—Todas las semanas, el ministro Fang se reúne con otros ministros y a su regreso me ordena transcribir las notas de la reunión, para que quede constancia de todo lo que se ha dicho.

—¿Para ello utilizas mi ordenador? —preguntó Nomuri, sin delatar el escalofrío que recorrió su cuerpo al oír las palabras de Ming.

¡Esa chica podía ser una fuente extraordinaria! Nomuri respiró hondo y adoptó de nuevo su expresión cortés e impasible.

—Por supuesto.—Estupendo. Tiene instalado un módem, ¿no es cierto?

—Claro está, lo utilizo todos los días para obtener artículos y noticias occidentales, de las páginas web de los medios de comunicación.

—Muy bien.

Concluida la misión del día, Nomuri se acercó a Ming para besarla.

—Antes de entrar en el restaurante, me he puesto carmín en los labios —explicó Ming—. No lo uso en la oficina.

—Ya veo —respondió el agente de la CIA, repitiendo el beso y prolongándolo.

Ming le rodeó el cuello con los brazos. La razón de su tardanza no guardaba relación alguna con falta de afecto. Eso era ahora evidente, cuando las manos de Nomuri empezaron también a vagar. El cierre delantero del sujetador había sido su mejor acierto. Bastaba con presionar levemente con el índice y el pulgar para que se abriera, revelando simultáneamente sus lindos pechos: otros dos lugares que su mano podía explorar. Su piel allí era particularmente sedosa... y, al cabo de unos momentos, decidió que también era sabrosa.

Esto provocó un agradable gemido y un estremecimiento de placer en su... ¿qué? ¿Amiga? Bueno, sí, pero no lo suficiente. ¿Agente? Todavía no. De momento sólo amante. Nunca habían hablado de esas cosas en La Granja, salvo la advertencia habitual de no intimar demasiado con tu agente, para no perder objetividad. ¿Pero cómo ibas a reclutar a alguien, sin intimar un poco? Aunque Chester en ese momento sabía que no sólo intimaba un poco.

Independientemente de su aspecto, Ming tenía una piel encantadora; que las yemas de sus dedos exploraban detenidamente entre beso y beso, con sus sonrientes miradas enlazadas. Tenía un cuerpo muy apetecible y un buen tipo incluso de pie. Tal vez demasiada cintura, pero aquello no era la playa de California, y el tipo estilo reloj de arena, por muy bonito que fuera en las ilustraciones, no era más que eso, un modelo. Su cintura era más delgada que sus caderas y de momento eso bastaba. No era como si tuviera que desfilar por una pasarela de Nueva York, donde en todo caso las modelos parecen chicos. De modo que Ming no es, ni será nunca una supermodelo; acéptalo Chet, se dijo el agente. Entonces llegó el momento de dejar a un lado todo lo relacionado con la CIA. Era un hombre, que sólo llevaba calzoncillos, junto a una mujer; que sólo llevaba bragas. Unas bragas con cuya tela se podría hacer quizás un pañuelo, aunque rojo anaranjado no sería el color ideal para que se lo sacara un hombre del bolsillo, especialmente, agregó para sí con una sonrisa, de seda artificial.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Ming.

—Porque eres muy atractiva —respondió Nomuri, con una sonrisa especial.

Y era cierto. No, nunca sería modelo, pero toda mujer encierra en su interior la belleza que no siempre manifiesta. Y su piel era maravillosa, especialmente sus labios, con la capa de carmín suave y grasienta aplicada después del trabajo, que no impedía que Nomuri persistiera en besarla. Poco tardaron sus cuerpos en estar casi entrelazados y calientes, el cuerpo de Ming agradablemente acurrucado bajo el brazo derecho de Nomuri, mientras su mano izquierda vagaba y jugaba. El pelo de Ming apenas se enmarañaba. Evidentemente podía cepillarlo con mucha facilidad, de tan corto que lo llevaba. Sus axilas también eran velludas, como las de muchas chinas, pero eso le facilitaba a Nomuri otro punto de recreo, rizando y tirando un poco de los pelos. Evidentemente le hacía cosquillas. Ming se rió y lo abrazó con fuerza, pero luego se relajó para que su mano siguiera vagando. Después de pasar el ombligo, permaneció de

pronto inmóvil, en una especie de invitación relajada. Era el momento de darle otro beso mientras sus dedos se aventuraban más allá y había ahora humor en la mirada de Ming. ¿Qué juego podía ser éste...?

En el momento en que la mano de Nomuri entró en contacto con sus bragas, ella levantó el trasero de la cama. El se incorporó, se las bajó por las piernas y al llegar al pie izquierdo, Ming las lanzó por el aire, donde describieron un arco iris monocromático, rojo anaranjado, y entonces...

—¡Ming! —exclamó Nomuri, como si la acusara.

—Me han dicho que esto les gustaba a los hombres —respondió radiante, con una risita.

—Caramba, es diferente —dijo Nomuri, cuando sus dedos acariciaban una piel todavía más suave que la del resto de su cuerpo—. ¿Lo has hecho en la oficina?

Ming soltó una sonora carcajada.

—¡No seas bobo! ¡Lo he hecho esta mañana en mi casa! En mi propio cuarto de baño, con mi propia maquinilla.

—Sólo quería asegurarme —afirmó el agente de la CIA.

¡Válgame Dios, esto es extraordinario!

Entonces la mano de Ming se movió, para hacerle a él casi lo mismo que él le hacía a ella.

—Eres diferente de Fang —dijo en un susurro juguetón.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Creo que lo peor que una mujer puede decirle a un hombre es «¿ya estás dentro?» y una de las secretarias se lo dijo en una ocasión a Fang. El le dio una paliza y la obligó a ir al día siguiente a la oficina con los ojos morados. Aquella noche, me llevó a mí a la cama —reconoció, con más vergüenza que pudor—, para demostrar que todavía era un hombre. Evidentemente no se me ocurrió decirle lo mismo. Ahora ninguna de nosotras lo hacemos.

—¿Me lo dirás a mí? —preguntó Nomuri, con una sonrisa y otro beso.

—¡Claro que no! ¡Tú eres una salchicha, no una judía verde! —respondió Ming con entusiasmo.

No era el cumplido más elegante que había recibido en su vida —pensó Nomuri—, pero de momento bastaba.

—¿Crees que ha llegado el momento de que la salchicha encuentre un hogar?

—¡Ay, sí!

Al colocarse encima de ella, Nomuri vio dos cosas. La primera era una chica, una joven mujer con los impulsos femeninos habituales, que estaba a punto de satisfacer. La otra era una agente potencial, con acceso a secretos políticos con los que un agente experimentado sólo alcanzaba a soñar. Era todavía un poco novato y desconocía los límites de lo imposible. Debería preocuparse por su agente potencial, porque si tenía éxito en reclutarla, su vida correría un grave peligro... pensó en lo que le ocurriría, en cómo cambiaría su rostro con una bala en el cerebro... pero, no, era demasiado horrible. Con un esfuerzo, Nomuri alejó la idea de su mente mientras penetraba en su cuerpo. Para poder reclutarla, primero debía satisfacerla. Y si, de paso, él disfrutaba, pues mejor.

—Lo pensaré —prometió el presidente, cuando acompañaba al secretario del Interior a la puerta que daba al pasillo, a la izquierda de la chimenea.

Lo siento, amigo, pero no hay dinero para todo eso. Su secretario del Interior no era en absoluto una mala persona, pero había sido atrapado por la burocracia departamental, lo cual era tal vez el peor peligro de trabajar en Washington. Se acomodó en su butaca para leer los documentos que el secretario le había entregado. Evidentemente, no tendría tiempo de leerlo todo personalmente. Algún día lograría repasar el sumario, mientras algún subordinado examinaba todos los documentos y redactaba un informe, en realidad, otra especie de compendio, mecanografiado por un funcionario de la Casa Blanca de tal vez veintiocho años de antigüedad, basándose en el cual se elaboraría la política correspondiente.

¡Y eso era una locura!, pensó Ryan enojado. Se suponía que él era el jefe ejecutivo del país y quien debía elaborar la política. Pero el tiempo del presidente era valioso. De hecho, era tan valioso que otros se lo administraban y en realidad se lo ahorran, porque a fin de cuentas eran ellos quienes decidían lo que él veía y dejaba de ver. Así pues, a pesar de que Ryan era el jefe ejecutivo y único responsable de la política ejecutiva, la elaboraba basándose exclusivamente en la información presentada por otros. Y a veces le preocupaba sentirse controlado por la información que llegaba a su despacho, igual que la prensa decidía lo que veía el público y contribuía de ese modo a decidir lo que la gente pensaba sobre diversos asuntos cotidianos.

Bien, Jack, ¿te ha atrapado a ti también la burocracia? Era difícil de saber, difícil de asegurar y difícil de decidir cómo cambiar la situación, si la situación existía.

Puede que ésta sea la razón por la que Arnie quiere que salga de este edificio, para encontrarme con la gente de verdad, comprendió Jack.

El mayor problema era que Ryan fuera un experto en política exterior y seguridad nacional. En dichas áreas se sentía sumamente competente. Era en lo concerniente a asuntos internos que se sentía estúpido y desconectado. Eso se debía en parte a su riqueza personal. Nunca le había preocupado el precio del pan o de un litro de leche, especialmente desde que estaba en la Casa Blanca, donde en todo caso nunca veía la leche en una botella, sino en una jarrita de cristal refrigerada sobre una bandeja de plata, que un asistente de la marina llevaba hasta sus manos sin que él se moviera de su butaca. Había gente en la calle que se preocupaba de esas cosas, o por lo menos del coste de mantener a su hijo en la universidad, y Ryan, como presidente, debía interesarse por sus preocupaciones. Debía procurar mantener la economía equilibrada para que pudieran ganarse dignamente la vida, visitar Disney World en verano, ir al fútbol en otoño y que les sobrara lo suficiente para llenar el árbol de regalos en Navidad.

¿Pero cómo diablos se suponía que debía hacerlo? Recordó una cita atribuida al emperador romano César Augusto. Al enterarse de que se le había declarado Dios, que se habían levantado templos en su honor y que la gente ofrecía sacrificios ante las estatuas que lo representaban en dichos templos, Augusto preguntó, enojado: Cuando alguien me implore en sus oraciones que le cure la gota, ¿qué se supone que debo hacer? Lo verdaderamente fundamental era hasta qué punto la política gubernamental estaba relacionada con la realidad. Raramente se planteaba esa cuestión en Washington, ni siquiera por parte de los conservadores que detestaban ideológicamente al gobierno y todas sus medidas internas, aunque solían ser partidarios de enarbolar la bandera y esgrimir el sable nacional en el extranjero, sin que Ryan hubiera llegado nunca a comprender exactamente por qué les gustaba hacerlo. Tal vez para diferenciarse de los liberales, que se estremecían ante la perspectiva de utilizar la fuerza como un vampiro ante una cruz, pero que también al igual que los vampiros pretendían extender el gobierno al máximo hasta meterse en la vida de todo el mundo y chuparles la sangre, o en realidad utilizar la maquinaria de los impuestos para sacarles cada vez más y aumentar los compromisos del gobierno.

Sin embargo, la economía parecía seguir adelante, independientemente de lo que hiciera el gobierno. La gente encontraba trabajo, la mayoría en el sector privado, donde fabricaban mercancías u ofrecían servicios por los que el pueblo pagaba con su dinero libre de impuestos. Sin embargo, «servicio público» era una expresión referida casi exclusivamente a cargos políticos, habitualmente los elegidos en las urnas. ¿No servía todo el mundo al público, de un modo u otro? Los médicos, los maestros, los bomberos, los farmacéuticos... ¿Por qué los medios de comunicación hablaban sólo de Ryan, Robby Jackson y los quinientos treinta y cinco diputados elegidos del Congreso? El presidente movió la cabeza.

Maldita sea. Sé que llegué hasta allí, ¿pero por qué diablos me permití a mí mismo presentarme a las elecciones?, se preguntaba Jack. Había contentado a Arnie. Había contentado incluso a la prensa; ¿tal vez porque les gustaba como objetivo? —se preguntó el presidente— y a Cathy no le había molestado. ¿Pero por qué diablos había permitido que lo metieran en aquel tobogán? Esencialmente, no sabía lo que se suponía que debía hacer como presidente. No tenía un verdadero programa y avanzaba a trompicones de día en día. Tomaba decisiones tácticas (para las que no estaba singularmente cualificado), en lugar de grandes decisiones estratégicas. No había nada importante que deseara cambiar realmente acerca de su país. Sí, claro, había algunos problemas que resolver. Era preciso reformar la política

tributaria y dejaba que George Winston se ocupara de ello. También era necesario consolidar la defensa y de ello se encargaba Tony Bretano. Disponía de una comisión presidencial para examinar la política sanitaria, que en realidad su esposa supervisaba discretamente a cierta distancia, junto con algunos de sus colegas de Hopkins; sin olvidar la zona oscura de la Seguridad Social, dirigida por Winston y Mark Gant.

El «tercer raíl de la política norteamericana», pensó de nuevo. Pisarlo y morir. Pero la Seguridad Social era algo por lo que realmente se interesaba el público norteamericano, no por lo que era, sino por lo que erróneamente lo tomaban y, a decir verdad, a juzgar por las encuestas, sabían que sus ideas eran equivocadas. A pesar de estar tan mal administrada como la peor institución financiera, seguía formando parte de la promesa gubernamental de los representantes del pueblo y para el pueblo. No obstante, a pesar del cinismo reinante, que era considerable, el ciudadano medio confiaba realmente en que el gobierno cumpliera su palabra. El problema consistía en que lo que habían hecho los jefes sindicales y los empresarios de robar los fondos de jubilación, por lo que habían acabado en la cárcel federal, no era nada comparado con los efectos en la Seguridad Social de sucesivos congresos, pero la ventaja de un estafador en el Congreso consistía en que legalmente no lo era. Después de todo, el Congreso elaboraba la ley. El Congreso elaboraba la política del gobierno, ¿podía ser eso malo? Era una prueba más de que los autores de la Constitución habían cometido un simple error, pero de largo alcance. Suponían que los representantes elegidos por el pueblo para dirigir la nación serían tan honrados y honorables como lo habían sido ellos. Casi podían oírse las exclamaciones de sorpresa que surgían de sus viejas tumbas. Las personas que redactaron la Constitución habían estado sentadas en una sala presidida por el propio George Washington y el honor del que pudieran haber carecido, probablemente lo suministró él de su abundante reserva con su mera presencia. El Congreso actual, lamentablemente, no disponía de ningún guía y dios viviente que ocupara el lugar de George, pensó Ryan. El mero hecho de que la Seguridad Social hubiera obtenido beneficios durante la década de los sesenta significó que, bueno, el Congreso no podía permitir que ganara dinero. Los beneficios eran lo que enriquecía a los ricos (que debían de ser malos, porque nadie se enriquece sin explotar a alguien, lo cual nunca impidió, evidentemente, que los miembros del Congreso acudieran a ellos en busca de contribuciones a sus campañas) y puesto que debían gastarse dichos beneficios, los impuestos de la Seguridad Social (correctamente denominados aportaciones, porque el verdadero nombre de la Seguridad Social era Seguro de ancianos, supervivientes e incapacitados) se transformaron en fondos generales, para gastárselos con todo lo demás. Uno de los alumnos de Ryan, de cuando enseñaba Historia en la Academia Naval, le había mandado una pequeña placa para su escritorio en la Casa Blanca, que decía así: «La república norteamericana perdurará hasta el día en que el Congreso descubra que puede sobornar al público con dinero público. Alexis de Tocqueville.» Ryan le prestaba atención. Había momentos en los que deseaba agarrar al Congreso por su cuello colectivo y estrangularlo, pero dicho cuello no existía y Arnie no se cansaba de repetirle lo muy sumiso que era, especialmente la Cámara de Representantes, que era lo opuesto de lo que solía suceder.

El presidente refunfuñó y examinó su agenda, para ver cuál era su próximo compromiso. Como en todos los demás sentidos, el presidente de Estados Unidos seguía un horario determinado por otros, de citas concertadas con semanas de antelación, e informes elaborados el día anterior para que supiera quién diablos llegaría, de qué se proponía hablar y también cuál era su propia posición considerada al respecto (redactada principalmente por otros). La actitud del presidente era habitualmente amable, con el fin de que el visitante pudiera abandonar el despacho oval satisfecho de la experiencia y las normas impedían que se alterara la agenda, salvo si el jefe ejecutivo exclamaba: «¿Qué diablos queréis de mí ahora?!»

Eso alarmaba al invitado y a los agentes del servicio secreto a su espalda, con las manos cerca de sus pistolas, aspecto de robot, rostros impassibles pero que no dejaban de observar y oídos para todo. Al concluir su jornada laboral, probablemente se dirigían al bar de policías que solían frecuentar y se reían de lo que el alcalde de Podunk había dicho en el despacho oval...

—Te has fijado en la mirada del jefe, cuando ese imbécil...?

Porque eran personas listas y de sentido común, que en muchos aspectos conocían mejor su trabajo que él mismo, pensó Ryan. Era lógico. Tenían la ventaja de haberlo visto todo, sin ser responsables de nada. Afortunados hijos de puta, pensó Jack, de pie para recibir a su próxima visita.

Si para algo servía un cigarrillo, era para esto, pensó Nomuri. Con su brazo izquierdo alrededor de Ming, sus cuerpos apretados, la mirada fija en el techo, saboreando la relajación del momento con suaves caladas a su Kool, escuchando la respiración de Ming y sintiéndose como un hombre. El cielo estaba oscuro tras las ventanas. Se había puesto el sol.

Nomuri se levantó de la cama, se dirigió primero al baño y luego a la cocina. Regresó con dos copas de vino. Ming se incorporó y tomó un sorbo de la suya. Por su parte, Nomuri no pudo resistir la tentación de extender la mano para acariciarla; su piel era tan suave y tentadora...

—Todavía no me funciona el cerebro —dijo Ming, después del tercer trago.

—Cariño, hay momentos en que los hombres y las mujeres no necesitan el cerebro.

—Tu salchicha no lo necesita —respondió ella, al tiempo que bajaba la mano para acariciársela.

—¡Cuidado, niña! ¡Ha participado en una carrera larga y dura! —sonrió para sí el agente de la CIA.

—No me cabe la menor duda —dijo Ming, agachándose para besarla suavemente—. Y ha ganado la carrera.

—No, pero ha logrado alcanzarte —respondió Nomuri, mientras encendía otro cigarrillo.

Entonces le sorprendió comprobar que Ming metía la mano en el bolso, sacaba también un cigarrillo, lo encendía elegantemente, daba una prolongada calada y por fin expulsaba el humo por la nariz.

—¡La dragona! —exclamó Nomuri con una carcajada—. ¿Van a salir llamas a continuación? No sabía que fumaras.

—Todo el mundo fuma en la oficina.

—¿Incluso el ministro?

—Especialmente el ministro —respondió con una carcajada.

—Alguien debería decirle que fumar es perjudicial para la salud y pernicioso para el yang.

—Una salchicha ahumada pierde rigidez —dijo Ming, con otra carcajada—. Puede que éste sea su problema.

—¿No te gusta tu ministro?

—Es un viejo con lo que él cree que es un pene joven. Utiliza al personal de la oficina como prostíbulo privado. Pero podría ser peor —reconoció Ming—. Ha pasado mucho tiempo desde que yo era su favorita. Últimamente se ha obsesionado con Chai, que está comprometida, y Fang lo sabe. Eso no es una conducta civilizada por parte de un ministro decano.

—¿Las leyes no son aplicables a él?

Ming refunfuñó casi con asco.

—Las leyes no son aplicables a ninguno de ellos, Nomuri-san, hablamos de ministros del gobierno. Ellos sol la ley en este país y poco les importa lo que otros piensen de ellos y de sus costumbres, que, en cualquier caso, no muchos conocen. Su nivel de corrupción avergonzaría a los antiguos emperadores y dicen ser los protectores de la gente común, de los campesinos y los obreros, a los que aseguran querer como a sus propios hijos. Supongo que a veces yo soy una de esas campesinas, ¿no te parece?

—Creía que te gustaba tu ministro —respondió Nomuri, incitándola a que prosiguiera—. ¿De qué habla?

—¿A qué te refieres?

—El trabajo extra que te ha impedido llegar antes —sonrió Nomuri, señalando las sábanas con un ademán.

—Conversaciones entre ministros. Redacta un extenso diario político personal. Si el presidente pretendiera sustituirlo, ésa sería la defensa que podría presentar a sus pares, ¿comprendes? Fang no quiere perder su residencia oficial ni todos los privilegios que conlleva.

De modo que guarda constancia de todo lo que hace, y puesto que yo soy su secretaria, transcribo todas sus notas. A veces dura eternamente.

—Evidentemente, lo haces en tu ordenador.

—Sí, el nuevo, en ideogramas mandarines perfectos, ahora que nos has facilitado el nuevo software.

—¿Lo guardas en tu ordenador?

—Sí, en el disco duro. Claro que está codificado —aseguró Ming—. Lo aprendimos de los norteamericanos, cuando penetramos en sus archivos de armamento. Se denomina sistema robusto de codificación, a saber lo que significa. Seleccione el archivo que deseo abrir, introduzco la clave y el archivo se abre. ¿Te gustaría saber qué clave utilizo? —preguntó con una risita—. «Submarino amarillo». En inglés, debido al teclado, es anterior a tu nuevo software, y es de una canción de los Beatles que oí una vez por la radio. Decía más o menos «todos vivimos en un submarino amarillo». En aquella época, al principio de estudiar inglés, escuchaba mucho la radio. Pasé media hora buscando submarinos en el diccionario y luego en la enciclopedia, intentando averiguar por qué se pintaba un buque de color amarillo —concluyó con un suspiro, levantando las manos.

¡La clave de codificación! Nomuri intentó ocultar su emoción.

—Debes de tener muchas carpetas. Hace mucho tiempo que eres su secretaria —comentó Nomuri, como si no le diera importancia.

—Más de cuatrocientos documentos. Los guardo numerados en lugar de darles nombres. Hoy, por cierto, ha sido el número cuatrocientos ochenta y siete.

Cielos —pensó Nomuri—, cuatrocientos ochenta y siete documentos de conversaciones internas del Politburó. A su lado, una mina de oro parece un vertedero de residuos tóxicos.

—¿De qué hablan exactamente? Nunca he conocido a ningún alto funcionario del gobierno —aclaró Nomuri.

—¡De todo! —respondió Ming, mientras buscaba otro cigarrillo—. Quién tiene ideas en el Politburó, quién es partidario de ser amable con Norteamérica, quién quiere perjudicarla... todo lo que puedas imaginar. Política de defensa. Política económica. Lo más importante últimamente es cómo tratar a Hong Kong. La idea de «un país, dos sistemas» ha creado conflictos con algunos industriales alrededor de Pekín y de Shanghai. Consideran que no se los trata con el respeto que merecen, según ellos, menos del que reciben en Hong Kong, y eso les molesta. Fang es uno de los que intentan llegar a un compromiso satisfactorio. Puede que lo logre. Es muy listo para esas cosas.

—Debe de ser fascinante ver esa información, ¡saber realmente lo que ocurre en tu país! —exclamó efusivamente Nomuri—. En Japón nunca sabemos lo que hacen los caibatst y el personal del Ministerio de Industria y Comercio Internacional, en general unos imbéciles que no hacen más que arruinar la economía. Pero como nadie lo sabe, nunca se toma ninguna medida para resolver la situación. ¿Ocurre aquí lo mismo?

—¡Por supuesto! —respondió Ming, mientras encendía otro cigarrillo, imbuida en la conversación, sin apenas percatarse de que ya no hablaban de amor—. En otra época estude a Marx y a Mao. Entonces creía en todo ello. Incluso estaba convencida de que nuestros ministros eran hombres de honor e integridad, creía todo lo que me habían enseñado en la escuela. Pero luego descubrí que el ejército tenía su propio imperio industrial, gracias al cual, los generales son ricos y felices y están gordos. Y he visto cómo los ministros utilizan a las mujeres y amueblan sus pisos. Se han convertido en los nuevos emperadores. Tienen demasiado poder. Tal vez una mujer podría utilizar ese poder sin ser corrupta, pero no un hombre.

¿También ha llegado el feminismo aquí?, se preguntó Nomuri. Puede que Ming fuera demasiado joven para recordar a la esposa de Mao, Jiang Qing, que podía haber dado lecciones de corrupción a la corte bizantina.

—Buena, eso no supone ningún problema para las personas como nosotros. Y tú por lo menos llegas a ver y saber lo que ocurre. Eso te hace todavía más especial, Mine-chau —sugirió Nomuri, mientras le acariciaba el pezón izquierdo con la palma de la mano.

Ming se estremeció, como estaba previsto.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

Le dio un beso, fuerte y prolongado, sin dejar de acariciar su cuerpo. Estaba tan cerca... Le había facilitado toda la información que poseía, incluso su maldita contraseña. De modo que su ordenador estaba conectado a la red telefónica, lo que significaba que él podía acceder al mismo y con la contraseña sacar lo que quisiera, para mandarlo luego al ordenador de Mary Pat. Maldita sea, primero jodo a una china y luego puedo joder a todo su país. La situación no podía ser mucho más halagüeña, decidió sonriente el espía, con la mirada en el techo.

TRECE

AGENTE DE PENETRACIÓN

Cuando Mary Pat encendió su ordenador por la mañana, comprobó que en esta ocasión había omitido la parte lasciva. La Operación Sorge progresaba. Esa chica, Ming, quienquiera que fuese, hablaba un poco más de la cuenta. Extraño. ¿Acaso no habían recibido instrucciones las secretarías ejecutivas del Ministerio de Seguridad Estatal sobre esa clase de cosas? Probablemente —habría sido un descuido extraordinario que no lo hubieran hecho—, pero también parecía probable que de las cuatro razones para cometer traición o espionaje (conocidas como DICE: dinero, ideología, conciencia y ego), en este caso era el ego. La joven señorita Ming era utilizada sexualmente por su ministro Fang y Mary Patricia Foley comprendía perfectamente que no le gustara demasiado. Una mujer sólo podía ofrecerse a sí misma, y que un hombre poderoso la obligara a acostarse con él no era lo más propicio para su felicidad, aunque paradójicamente el poderoso en cuestión consideraba con toda probabilidad que le concedía un honor al dedicarle su atención biológica. Después de todo, él era un gran hombre, y ella, una simple campesina. La idea le hizo soltar un bufido, mientras tomaba su café matutino en el séptimo piso. Poco importa su raza o su cultura, todos los hombres son iguales. Muchos de ellos piensan con la polla, en lugar de hacerlo con la cabeza. Pues a éste le costaría muy caro, concluyó la subdirectora de Operaciones.

Ryan veía y escuchaba el IPC (Informe Presidencial Cotidiano) todos los días.

Cubría información secreta recopilada por la CIA, se redactaba tarde todas las noches y se imprimían menos de cien copias a primera hora de la mañana, la mayoría de las cuales eran trituradas e incineradas en el mismo día. Unas pocas copias, tal vez tres o cuatro, se guardaban en los archivos por si surgía algún problema con las fichas electrónicas, pero ni siquiera el presidente Ryan conocía la ubicación del archivo de seguridad. Esperaba que estuviera cuidadosamente custodiado, a ser posible por los marines.

El IPC no lo contenía todo, evidentemente. Algunas cosas eran tan secretas que no podían confiarlas siquiera al presidente, lo cual Ryan aceptaba con extraordinaria ecuanimidad. Los nombres de las fuentes debían permanecer secretos, incluso para él, y los métodos eran a menudo tan técnicos que, en cualquier caso, no le sería fácil comprender la tecnología que utilizaban. Pero incluso a veces se le ocultaba al jefe ejecutivo parte del «resultado», de la información obtenida por la CIA de fuentes anónimas y con métodos sumamente complejos, porque cierta información sólo podía proceder de un número limitado de fuentes. En el mundo del espionaje, el más mínimo error podía acabar con la vida de alguna persona irremplazable, y aunque eso había ocurrido en alguna ocasión, nadie se sentía bien al respecto, a pesar de que para algunos políticos había sido simplemente una cuestión de indiferencia. Para un buen espía de campo, sus agentes eran como sus propios hijos, cuya vida protegía de todo peligro. Ése era un punto de vista necesario. Si alguien se despreocupaba morían personas, y con sus vidas se perdía información, que en realidad era el único objetivo de un servicio clandestino.

—Bien, Ben —dijo Ryan, acomodado en su butaca mientras hojeaba el IPC—, ¿hay algo interesante?

—Mary Pat tiene algo en China, pero no estoy seguro de lo que es. Es muy reservada al respecto. Todo lo demás puedes verlo hoy en la CNN.

Era deprimente que eso sucediera tan a menudo. Por otra parte, el mundo estaba bastante tranquilo y extraer información no era particularmente necesario... o eso parecía, rectificó Ryan. Nunca se sabía. Él también lo había descubierto en Langley.

—Tal vez la llamaré para preguntárselo —dijo el presidente, antes de volver la página—. ¡Caramba!

—¿El petróleo y el oro en Rusia?

—¿Son esas cifras reales?

—Eso parece. Coinciden con las que nos ha facilitado paso a paso el secretario de la Tesorería.

Ryan suspiró mientras examinaba los pronósticos para la economía rusa, antes de fruncir el entrecejo, decepcionado. —El personal de George ha hecho una evaluación mejor de los resultados.

—¿Usted cree? Los especialistas en economía de la CIA tienen un historial bastante aceptable.

—George vive en ese mundo. Es mejor que ser un intelectual que observa los acontecimientos, Ben. La intelectualidad está bien, pero el mundo real es el mundo real, no lo olvides.

—Lo tendré en cuenta, señor —asintió Goodley.

—A lo largo de los ochenta, la CIA sobrevaloró la economía soviética. ¿Sabes por qué?

—No, no lo sé. ¿Qué falló?

Jack hizo una mueca.

—No fue lo que falló. Fue lo que no falló. En aquella época teníamos un agente que nos facilitaba la misma información que recibía el Politburó. Pero nunca se nos ocurrió que se mentían a sí mismos. El Politburó basaba sus decisiones en una quimera. Sus cifras casi nunca eran correctas, porque los subordinados se protegían a sí mismos. Metimos la pata.

—¿Cree que sucede lo mismo en China? —preguntó Goodley—. Después de todo, es el último país realmente marxista.

—Buena pregunta. Llama a Langley y pregúntaselo. Obtendrás la respuesta de la misma clase de funcionario que los chinos tienen en Pekín, pero que yo sepa no disponemos de ningún agente debidamente infiltrado que nos pueda facilitar las cifras que queremos. —Ryan hizo una pausa para mirar la chimenea situada frente a su escritorio y pensó que algún día debería ordenar al servicio secreto que instalara ahí un hogar auténtico—. No, supongo que las cifras de los chinos son mejores. Pueden permitírselo. En cierto modo, su economía funciona. Probablemente se engañen a sí mismos en otros sentidos, pero ciertamente lo hacen. Es una característica humana universal y el marxismo no mejora mucho la situación.

Incluso en Norteamérica, a pesar de la libertad de prensa y otras medidas de seguridad, a veces la realidad golpeaba a los políticos en la cara, con la fuerza suficiente para hacerles saltar algunos dientes. En todas partes la gente tenía modelos teóricos basados en la ideología más que en la realidad y esas personas solían encontrarse en el mundo intelectual o en el de la política, porque las profesiones del mundo real castigaban a esos soñadores mucho más que la política.

—Buenos días, Jack —dijo una voz desde el pasillo.

—Hola, Robby —respondió el presidente, señalando la cafetera.

El vicepresidente Jackson se sirvió una taza, pero no cogió ningún bollo. Su cintura parecía un poco abultada. Claro que Robby nunca había tenido el cuerpo de un corredor de fondo. Muchos pilotos de caza tenían barriga. Puede que les favoreciera en combate, especuló Jack.

—He leído el IPC de esta mañana. Jack, todo eso del petróleo y del oro en Rusia, ¿realmente es tan enorme?

—George asegura que es aún mayor. ¿Te has sentado alguna vez con él para aprender economía?

—Al final de esta semana tendremos una sesión en Burning Tree y estoy leyendo a Milton Friedman, además de otros dos libros para prepararme. George parece bastante listo.

—Lo suficiente como para ganar una tonelada de dinero en Wall Street. Y me refiero a que si pesaras todo su dinero en billetes de cien dólares, realmente pesaría una tonelada.

—Debe de ser muy agradable —suspiró el hombre que nunca había ganado más de ciento treinta mil dólares anuales, antes de su empleo actual.

—Tiene sus momentos, pero aquí el café sigue siendo bastante bueno.

—Era mejor en el Big John, en otra época.

—¿Dónde?

—El John F. Kennedy, cuando yo era un joven oficial y hacía cosas divertidas, como despegar con un Tomcat desde la cubierta del buque.

—Robby, lamento comunicártelo, amigo mío, pero ya no tienes veintiséis años.

—Jack, tienes una gran habilidad para alegrarme el día. He cruzado antes las puertas de la muerte, pero es más seguro y mucho más divertido con un caza sujeto a tu espalda.

—¿Cómo se te presenta la jornada?

—Aunque te cueste creerlo, debo ir al Capitolio y presidir durante unas horas el Senado, sólo para demostrar que sé lo que la Constitución dice que se supone que debo hacer. Luego, una cena en Baltimore, donde tengo que pronunciar un discurso sobre quién fabrica los mejores sujetadores —agregó con una sonrisa.

—¿Cómo? —preguntó Jack, levantando la cabeza del IPC. Robby tenía tal sentido del humor, que uno nunca sabía cuándo hablaba realmente en serio.

—Una reunión nacional de fabricantes de fibras artificiales.

También fabrican chalecos antibalas, pero según me informan mis investigadores, la mayor parte de su tejido se utiliza para sujetadores. Intentan preparar algunos chistes para el discurso.

—Ensáyalo —recomendó el presidente.

—Hace un momento te ha parecido gracioso —respondió Jackson a su viejo amigo.

—Rob, yo también creía tener gracia, pero Arnie dice que me falta sensibilidad.

—Lo sé, no hay que hacer chistes sobre los polacos. El año pasado algunos aprendieron a encender el televisor y hay seis o siete que incluso saben leer. Por no mencionar a la chica polaca que no utiliza el vibrador, porque le rompe los dientes.

—¡Maldita sea, Robby! —exclamó Ryan, que casi derramó el café de tanto reírse—. Ya no podemos siquiera pensar cosas por el estilo.

—Jack, yo no soy político. Soy piloto de caza. Tengo mi mono, mi cronómetro y mi palanca, ¿qué más puedo pedir? —preguntó el vicepresidente con una sonrisa—. Y de vez en cuando se me permite contar un chiste.

—Bien, pero no olvides que esto no es la sala de pilotos del Kennedy. Los periodistas no tienen el mismo sentido del humor que los aviadores.

—Sí, a no ser que nos sorprendan metiendo la pata. Entonces se tronchan de risa —respondió el vicealmirante jubilado.

—Rob, veo que por fin empiezas a comprenderlo. Me alegro.

Ryan vio la espalda del traje impecable de su subordinado, que se retiraba blasfemando entre dientes.

—Bien, Misha, ¿alguna idea? —preguntó Provalov.

Reilly tomó un sorbo de vodka, que aquí era muy suave.

—Lo único que debes hacer, Oleg, es sacudir el árbol y ver lo que cae. Podría ser cualquier cosa, pero «no lo sé» significa «no lo sé» y, de momento, no lo sabemos. ¿No te parece que dos ex miembros del Spetsnaz es excesivo para cargarse a un proxeneta?

El ruso asintió.

—Sí, claro, yo también lo he pensado, pero no olvides, Misha, que era un proxeneta muy próspero. Tenía muchísimo dinero y numerosos contactos en el mundo de la delincuencia. Era muy poderoso. Puede que también hubiera ordenado la muerte de otras personas. Nunca destacó su nombre en ninguna investigación criminal, pero eso no significa que Avseyenkono fuera un hombre muy peligroso y, por consiguiente, digno de esa atención a alto nivel.

—¿Ha habido suerte con ese tal Suvorov?

Provalov movió la cabeza.

—No. Tenemos su ficha del KGB y una fotografía, pero aunque correspondan a la persona indicada, todavía no lo hemos encontrado.

—Bien, Oleg Gregoriyevich, parece que tienes entre manos un caso realmente intrigante —dijo Reilly, al tiempo que levantaba la mano para pedir otra ronda.

—Se supone que eres un experto en crimen organizado —recordó el teniente ruso a su huésped del FBI.

—Es cierto, Oleg, pero no soy un adivino gitano, ni el oráculo de Delfos. Todavía no sabes quién era el verdadero objetivo, y hasta que lo averigües, no sabes una puta mierda. El problema estriba en que para saber quién era el objetivo, debes encontrar a alguien que sepa algo del crimen. Las dos cosas están entrelazadas, hermano. Consigue lo uno y tendrás lo otro. De lo contrario, no tienes nada.

Llegaron las copas, Reilly pagó y tomó otro trago.

—Mi capitán no está contento.

El agente del FBI asintió.

—Sí, todos los jefes del FBI son iguales, pero supongo que es consciente de los problemas que existen. Si lo es, sabe que debe concederte tiempo y recursos para investigar. ¿Cuántos hombres trabajan ahora en el caso?

—Seis aquí y otros tres en San Petersburgo.

—Puede que necesites algunos más, hermano.

En el departamento de crimen organizado del FBI de Nueva York dispondrían de hasta veinte agentes para un caso como éste, la mitad de ellos dedicados exclusivamente a este caso. Pero la falta de personal en la milicia de Moscú era sobradamente conocida. Para el nivel actual de delincuencia en la capital, la policía local no contaba con el apoyo gubernamental necesario. Pero podía haber sido peor. A diferencia de una gran parte de la sociedad rusa, los milicianos cobraban.

—Me dejas agotado —protestó Nomuri.

—Siempre puedo recurrir al ministro Fang —respondió juguetonamente Ming.

—Nava! —exclamó Nomuri, enojado—. ¿Me comparas con un viejo?

—Bueno, los dos sois hombres, pero es mejor una salchicha que una judía verde —respondió Ming, mientras se la cogía suavemente con la mano.

—Ten paciencia, muchacha, deja que me recupere de la primera carrera —dijo Nomuri, levantando a Ming y poniéndola encima de él.

Realmente debo gustarle —pensó—. Tres noches seguidas. Supongo que Fang no es el hombre que cree ser. Bueno, Charlie, no puedes ganarlas todas. Más la ventaja de ser cuarenta años más joven. Probablemente eso también contaba, reconoció el agente de la CIA.

—¡Pero tú corres mucho! —protestó Ming, frotándose contra él.

—Hay algo que quiero que hagas.

—¿De qué se trata? —sonrió juguetonamente Ming, mientras dejaba vagar un poco la mano.

—¡Eso no!

—¡Vaya! —exclamó, evidentemente decepcionada.

—Algo para el trabajo —explicó Nomuri.

Menos mal que ella no alcanzaba a percibir los temblores de su interior, que asombrosamente no se exteriorizaban.

—¿Para el trabajo? ¡No podemos hacer esto en la oficina! —respondió Ming con una carcajada, seguida de un beso cálido y afectuoso.

—Sí, quiero que introduzcas algo en tu ordenador —dijo Nomuri, mientras sacaba un CD-ROM del cajón de su mesilla de noche—. Toma, basta que lo introduzcas en tu PC, pulses «Instalar» y lo tires cuando hayas terminado.

—¿Y qué ocurrirá? —preguntó Ming.

—¿Te importa?

—Bueno... —titubeó sin comprenderlo—. Debe importarme.

—Me permitirá examinar tu ordenador de vez en cuando.

—¿Para qué?

—Para Nippon Electric... ¿no comprendes que nosotros fabricamos tu ordenador? —respondió Nomuri, al tiempo que se relajaba—. Para mi empresa es útil saber cómo se toman las decisiones económicas en la República Popular —explicó, con la mentira ampliamente ensayada—. Esto nos permitirá comprender un poco mejor el proceso, para poder hacer negocios de un modo más eficaz. Y cuanto mejor trabaje para la empresa, más me pagarán y más podré gastar en mi querida Ming.

—Comprendo —pensó equivocadamente Ming.

Se agachó para besar un punto particularmente agradable. El cuerpo de Ming se estremeció suavemente. Bien, no se resistía a la idea, o por lo menos no permitía que se interpusiera en su actividad actual, lo cual era bueno para Nomuri en más de un sentido. El agente secreto se preguntó si algún día le remordería la conciencia por usar a esa chica de ese modo. Pero primero era la obligación que la devoción, se dijo a sí mismo.

—¿Nadie lo sabrá?

—No, es imposible.

—¿Y no me causará problemas?

Al oír la pregunta Nomuri se giró en la cama, se colocó encima de ella y puso las manos en sus mejillas.

—¿Haría yo algo que pudiera crearle problemas a Ming-chan? ¡Jamás! —exclamó, antes de darle un beso fuerte y apasionado.

No se habló más del CD-ROM, que Ming guardó en su bolso antes de marcharse. Era un bonito bolso, copiado de algún modelo italiano que aquí podía comprarse en la calle, semejante a los que podían encontrarse en Nueva York «caídos accidentalmente de un camión», como solía decirse.

Cada vez que se separaban, era un poco duro. Ella no deseaba marcharse y él no quería que lo hiciera, pero era necesario. Si compartieran un piso, daría que hablar. Ming no podía plantearse ni siquiera en sueños dormir en la casa de un extranjero, porque gozaba de autorización de seguridad, había recibido instrucciones de un aburrido agente del Ministerio de Seguridad Estatal, junto con las demás secretarias, y no había informado de su contacto a sus superiores ni al jefe de seguridad de la oficina, como debía haberlo hecho. ¿Por qué? En parte porque había olvidado las normas, ya que nunca las había quebrantado ni conocía a nadie que lo hubiera hecho, y en parte porque, al igual que mucha gente, establecía una frontera entre su vida privada y su vida profesional. En su caso, no podían separarse, lo cual estaba incluido en las instrucciones de seguridad, pero de un modo tan torpe que ni siquiera había prestado atención al oírlo. Y ahí estaba, sin saber siquiera dónde y qué ahí era. Con un poco de suerte, nunca lo averiguaría, pensó Nomuri al verla desaparecer por la esquina. La suerte ayudaría. Era preferible no pensar en lo que le harían los interrogadores a una joven, en la versión pequinuesa de la Lubyanka, sobre todo cuando uno acababa de hacer dos veces el amor con ella, en las dos últimas horas.

—Buena suerte, cariño —susurró Nomuri, cuando cerraba la puerta para dirigirse al baño y tomar una ducha.

CATORCE

(PUNTO)COM

Nomuri pasó una mala noche. ¿Lo haría? ¿Haría Ming lo que le había dicho? ¿Se lo contaría a un agente de seguridad y lo denunciaría? ¿La sorprenderían con el CD-ROM al llegar a la oficina y la interrogarían? En tal caso, una inspección superficial revelaría que se trataba de un CD musical, una copia barata de la banda sonora de Rocky compuesta por Bill Conti, sin pagar los derechos de autor norteamericanos, algo bastante común en la República Popular. Pero una inspección más meticulosa revelaría que la primera pista, la más exterior de la superficie metálica, ordenaba al lector del CD-ROM dirigirse a cierto lugar donde el contenido no era música, sino código binario y, en realidad, un código binario sumamente eficiente.

El CD-ROM no contenía un virus como tal, porque los virus circulan predominantemente por las redes informáticas y penetran subrepticamente en un ordenador, al igual que lo hace un organismo infeccioso en un ser viviente (de ahí el nombre). Pero éste entraba por la puerta principal y, al ser detectado por el lector de CD-ROM, se abrió en pantalla una sola ventana y Ming, después de echar una fugaz mirada a su alrededor, hizo un clic con el ratón en «Instalar» y la ventana desapareció inmediatamente. El programa examinó su disco duro a casi la velocidad de la luz, catalogando todas las carpetas y creando su propio índice, para comprimirse luego en un fichero más pequeño capaz de ocultarse a plena luz del día, por así decirlo, que cualquier analizador del disco identificaría con un nombre perfectamente inocente, referido a la función desempeñada por otro programa distinto. Así pues, sólo una inspección muy directa y meticulosa por parte de un informático competente permitiría detectar su presencia. Cuál era exactamente su función, sólo podía determinarse leyendo el código binario del propio programa, algo muy difícil, en el mejor de los casos. Sería como intentar averiguar qué ocurría con una sola hoja de un solo árbol en un gran bosque, donde todas las hojas y todos los árboles tenían esencialmente el mismo aspecto, salvo que esta hoja en particular era más pequeña y más humilde que la mayoría. La CIA y la ASN ya no atraían a los mejores programadores en Norteamérica. Se manejaba demasiado dinero en la industria electrónica de consumo para que el gobierno pudiera competir eficazmente en ese mercado. Pero todavía se les podía contratar y los resultados seguían siendo excelentes. Y si se les pagaba lo suficiente —que curiosamente significaba mucho más que a un empleado—, no se lo contaban a nadie. Además, nunca sabían en realidad de qué se trataba.

En este caso, había un nivel adicional de complejidad que se remontaba a sesenta años atrás. Cuando los alemanes ocuparon Holanda en 1940 crearon una situación extraña. En aquel país, los alemanes encontraron la mayor cooperación de las naciones conquistadas, pero también la resistencia más encarnizada. El tanto por ciento de holandeses que se unió a los alemanes fue superior al de cualquier otra nacionalidad; suficiente para formar su propia división de las SS: SS Nordland. Simultáneamente, la resistencia holandesa se convirtió en la más eficaz de Europa, y uno de sus miembros era un matemático e ingeniero brillante que trabajaba en la compañía telefónica nacional. En la segunda década del siglo xx, el desarrollo del teléfono se había encontrado con un obstáculo. Al descolgar el teléfono, respondía una operadora que preguntaba por el destino deseado de la llamada y conectaba físicamente una clavija en el enchufe indicado. Este sistema fue práctico mientras hubo pocos teléfonos en uso, pero el invento demostró rápidamente ser demasiado útil para una aplicación limitada. Curiosamente, quien aportó una solución al problema fue un director de pompas fúnebres del sur de Estados Unidos. Harto de que la operadora local mandara a los clientes a una funeraria de la competencia, inventó el conmutador; que permitía a los usuarios llamar directamente, haciendo girar un disco rotatorio. Dicho sistema fue muy útil para todo el mundo, pero también exigió el desarrollo de un nuevo conjunto de conocimientos matemáticos denominado «teoría de la complejidad», que sistematizó la empresa norteamericana AT&T en los años treinta.

Transcurridos diez años, simplemente agregando dígitos a la hora de marcar, el ingeniero holandés de la resistencia aplicó la teoría de la complejidad a operaciones clandestinas,

creando caminos teóricos en las centrales y permitiendo así que los luchadores de la resistencia efectuaran llamadas sin saber a quién iban dirigidas o desconociendo incluso el número al que llamaban.

Un oficial del Ejecutivo de Operaciones Especiales británico fue el primero en detectar el inteligente teje maneje electrónico, que le pareció muy astuto y lo comentó con un colega norteamericano, mientras tomaban una cerveza en un bar de Londres. El oficial norteamericano del Departamento de Servicios Estratégicos, al igual que la mayoría de los elegidos por Wild Bill Donovan, era un abogado de profesión muy meticuloso que tomaba nota de todo y lo incluía en un informe. La noticia del ingeniero holandés llegó al despacho del coronel William Friedman, el primer descifrador de códigos norteamericano. Aunque no era un experto en hardware, Friedman reconocía algo útil cuando lo veía y era consciente de que la vida seguiría después de la guerra, cuando su organización —más tarde convertida en la Agencia de Seguridad Nacional— seguiría descifrando códigos y claves de otros países, además de elaborar los suyos propios. La posibilidad de elaborar vínculos telefónicos clandestinos, mediante un truco matemático relativamente sencillo, le pareció un don divino.

Durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta, la ASN había logrado contratar a los mejores matemáticos norteamericanos y una de las misiones que les encomendaron fue trabajar con la AT&T, para crear un sistema operativo universal de telefonía que pudieran utilizar clandestinamente los agentes secretos norteamericanos. En aquella época, la AT&T era realmente el único rival de la ASN en la contratación de expertos matemáticos, pero, además, la AT&T siempre había sido un contratista principal de casi todos los departamentos ejecutivos del gobierno. En 1955 lo habían logrado, y por un coste sorprendentemente modesto, la AT&T ofreció a todo el planeta un modelo de sistema telefónico que casi todo el mundo adoptó; el bajo coste se explicaba por el deseo de la AT&T de que los sistemas telefónicos de todos los países fueran compatibles en sí, para facilitar las comunicaciones internacionales. En la década de los setenta aparecieron los teléfonos de botones, que dirigían las llamadas electrónicamente mediante códigos de frecuencia controlada, todavía más sencillos para los sistemas electrónicos y de más fácil mantenimiento que los conmutadores electromagnéticos anteriores, con los que se había enriquecido enormemente el director de pompas fúnebres. A la AT&T también le resultaba más fácil amaños para la ASN. Los sistemas operativos suministrados inicialmente a las compañías telefónicas de todo el mundo por el laboratorio de investigación de AT&T en Pasippany, Nueva Jersey, se habían actualizado por lo menos una vez al año, brindando una mayor eficacia a los sistemas telefónicos del mundo entero, de modo que prácticamente no había ningún país en la tierra que no los utilizara. Y oculto en dicho sistema operativo había seis líneas de código binario, cuyo concepto operacional se remontaba a la ocupación nazi de Holanda.

Ming terminó la instalación, extrajo el disco y lo arrojó al cubo de la basura. La mejor forma de deshacerse del material secreto consistía en dejar que lo hiciera tu adversario; no a hurtadillas, sino abiertamente.

Nada ocurrió realmente durante varias horas, mientras Ming desempeñaba sus tareas habituales y Nomuri visitaba tres negocios para vender sus potentes ordenadores, pero todo cambió a las 19.45.

Ming estaba en su propia casa. Nomuri tenía la noche libre, mientras ella, para evitar sospechas, compartía la velada con su compañera de piso, viendo la televisión, charlando y pensando en su amante, con una serie de sonrisas inconscientes que delataban su estado de ánimo. Curiosamente, nunca se le ocurrió que su compañera lo había comprendido todo al instante, pero no lo mencionaba por pura cortesía.

Desde hacía mucho rato, su ordenador NEC estaba en modo pasivo, con la pantalla del monitor a oscuras y el piloto en la parte inferior derecha del marco de plástico de color naranja, en lugar de verde cuando estaba activado. El programa que había instalado aquel mismo día estaba diseñado especialmente para los ordenadores NEC, que como todos los aparatos semejantes disponía de códigos de fuente patentados, exclusivos para su marca. Sin embargo, la Agencia de Seguridad Nacional conocía dicho código.

Inmediatamente después de su instalación, el programa Fantasma —como había sido bautizado en Fort Meade, Maryland—, se había ocultado en un hueco especial del sistema operativo de NEC, la última versión de Windows. Dicho hueco había sido creado por un empleado de Microsoft, cuyo tío predilecto había fallecido en el norte de Vietnam cuando

pilotaba un bombardero F-105, y que desempeñaba su labor patriótica con el desconocimiento absoluto de la empresa para la que trabajaba. Encajaba también a la perfección con el código de NEC, convirtiéndolo prácticamente en invisible incluso a una inspección línea por línea realizada por un programador experto.

El Fantasma se había puesto a trabajar inmediatamente, creando un directorio que ordenaba los documentos en el ordenador de Ming, primero por fecha de creación o modificación y luego por categoría de archivo. Pasaba por alto algunos archivos, como el sistema operativo. También pasó por alto el programa de transcripción creado por NEC para la conversión de caracteres romanos, en realidad, los fonemas ingleses del mandarín hablado a sus ideogramas correspondientes, pero no pasó por alto los archivos de texto gráfico resultantes de dicho programa. Los copió, junto con los índices telefónicos y todos los demás archivos de texto, en el disco duro de cinco gigabytes. Guiado por el Fantasma, el ordenador tardó 1,14 segundos en completar dicha operación, agrupándolo todo en un solo archivo.

Después de un segundo y medio de reposo, el ordenador se activó de nuevo. Los aparatos NEC llevaban un módem interno de alta velocidad. El Fantasma lo activó, desconectando al mismo tiempo los pequeños altavoces incorporados, para que nadie pudiera oír la transmisión. (Dejar los altavoces conectados era una medida primordial de seguridad. Las lucecitas parpadeantes eran invisibles en este modelo, ya que se trataba de un módem interno.) El ordenador marcó un número de doce cifras, en lugar de las siete que eran habituales en el sistema telefónico de Pekín. Las cinco cifras adicionales mandaron la señal a dar un buen rodeo por el hardware del ordenador central, hasta aparecer en el lugar designado dos semanas antes por los ingenieros de Fort Meade, que evidentemente no tenían la menor idea de por qué lo hacían, dónde se utilizaría, ni quién estaría involucrado. El número que sonó, en realidad sin indicación sonora alguna, fue el de la línea especial del módem situado junto al escritorio de Chester Nomuri, conectada a su avanzado ordenador portátil, que no era NEC, porque en lo relativo a la mayoría de las aplicaciones informáticas, lo mejor seguía siendo norteamericano.

Nomuri también miraba la televisión en aquel momento, pero en su caso eran las noticias internacionales de la CNN, para saber lo que ocurría en su país. Luego conectaría con un canal japonés vía satélite, porque formaba parte de su tapadera. Esa noche transmitían una serie sobre samuráis que le gustaba, de un argumento y una simplicidad parecidos a las historias de vaqueros que habían saturado la televisión norteamericana en los años cincuenta. A pesar de ser un hombre culto y agente de inteligencia profesional, a Nomuri le gustaban los espectáculos tontos como a todo el mundo. El pitido le hizo volver la cabeza. Aunque su ordenador tenía un software similar al que funcionaba en el de Ming, había dejado conectada la alarma sonora para saber cuándo recibía algo, y se abría una ventana en su pantalla que le indicaba exactamente qué era y de dónde procedía.

—¡Sí! —exclamó, regocijado, el agente de la CIA, al tiempo que se daba un puñetazo con la mano derecha en la palma de la izquierda, que incluso le dolió.

Si. Su agente estaba en posición y ahí llegaba el fruto de la Operación Sorge. Una barra en la parte superior de la pantalla indicaba que la información llegaba a 57 000 bits por segundo; bastante rápido. Ahora sólo cabía esperar que en el servicio telefónico comunista no surgiera ninguna mala conexión entre la oficina de Ming y el servidor, o entre el servidor y su casa, pensó Chester. Aunque parecía improbable. La línea de salida de la oficina de Ming debía de ser de primera clase, destinada como estaba al servicio de la nobleza del partido. Y del servidor a su casa también parecía funcionar, porque ya había recibido varios mensajes, la mayoría de NEC en Tokio, felicitándolo por haber excedido ya su cuota de ventas.

Bueno, Chet, hay que reconocer que eres bastante buen vendedor, se dijo a sí mismo de camino a la cocina, decidido a premiarse con una copa. A su regreso comprobó que su ordenador todavía no había acabado de descargar el mensaje.

Maldita sea. ¿Cuánta mierda me está mandando? Luego se percató de que lo que recibía no eran archivos de texto, sino gráficos, porque el ordenador de Ming no guardaba los ideogramas como letras, sino como dibujos que en realidad eran. Eso hacía que el archivo fuera mucho más denso. Comprendió hasta qué punto, cuando acabó de recibirlos al cabo de cuarenta minutos.

Al otro extremo de la cadena electrónica, el programa Fantasma dio la impresión de haberse cerrado, pero en realidad dormía como los perros, con el oído siempre atento y

siempre consciente de la hora del día que era. Terminada la transmisión, el Fantasma tomó nota en su índice interno de ficheros.

Lo había mandado todo hasta la fecha. De ahora en adelante, sólo mandaría los nuevos, con lo que las transmisiones serían mucho más rápidas y breves, pero sólo de noche y sólo después de noventa y cinco minutos de inactividad total en el ordenador y sólo cuando exteriormente estuviera en modo de reposo. Habilidad técnica y precaución formaban parte del programa.

—¡Mierda! —masculló Nomuri entre dientes, al ver el tamaño del archivo recibido.

Si se tratara de fotografías, podría ser un catálogo pornográfico de todas las putas de Hong Kong. Pero su trabajo estaba sólo a medias. Abrió uno de sus propios programas y seleccionó la carpeta de «preferencias» que lo controlaba. Ya estaba activada la función de autocodificación. En cualquier caso, prácticamente todo en su ordenador estaba codificado, lo cual era fácil de explicar como secretos comerciales, pero con unos archivos más codificados que otros. Los que acaba de recibir del Fantasma fueron sometidos a la codificación más exhaustiva, derivada de un sistema de transcripción matemático de quinientos doce bits, más un elemento azaroso adicional que Nomuri no podía duplicar. Todo ello además de su clave numérica, 51240, que era el número de la casa en el este de Los Angeles donde había hecho su primera «conquista». Entonces llegó el momento de transmitir el contenido.

Este programa era un pariente cercano del Fantasma que le había entregado a Ming. Pero éste marcaba el número del servidor de Internet local y mandaba un extenso e-mail a un destino denominado patsbakery@brownienet.com. Brownienet era supuestamente una red para panaderos y pasteleros, profesionales y aficionados, a quienes gustaba intercambiar recetas, frecuentemente acompañadas de fotografías de sus creaciones, lo que justificaba los extensos archivos que se transferían de vez en cuando; las fotografías son notoriamente rapaces en su exigencia de bytes y espacio en el disco.

En realidad, Mary Patricia Foley había mandado su propia receta de una excelente tarta francesa de manzana, junto con una fotografía que su hijo mayor había tomado con su Apple digital. Esta operación había tenido menos que ver con establecer una buena tapadera, que con el orgullo femenino por su habilidad como cocinera, después de pasar una hora una noche examinando las recetas de otros en este tablón de anuncios electrónico. Unas semanas antes había probado una de una mujer de Michigan y era buena, aunque no extraordinaria. En las próximas semanas quería probar algunas recetas de pan, que parecían prometedoras.

Era por la mañana cuando Nomuri mandó su e-mail a Pat's Bakery, un negocio perfectamente real y legítimo situado a tres manzanas del parlamento estatal en Madison, Wisconsin, del que era propietaria una ex agente de la Jefatura de Ciencia y Tecnología de la CIA, ahora jubilada y ya abuela, pero demasiado joven para hacer calceta. Ella había creado este dominio de Internet y después de pagar la cuota nominal lo había olvidado, como había olvidado prácticamente todo lo que había hecho en Langley.

—Tiene correo —dijo el ordenador, cuando MP conectó con su servicio de correo en Internet, que utilizaba el programa Pony Express.

Dio la orden de cargar y vio que el remitente era cgood@jadecastle.com. El nombre de usuario era de Gunsmoke. El compañero lisiado de Marshal Dillon se llamaba Chester Good.

«Cargando», apareció en la ventana de la pantalla. Mostraba también el tiempo estimado que tardaría en cargar el mensaje: ¡cuarenta y siete minutos!

—Cabroncete —susurró entre dientes la subdirectora, antes de levantar el teléfono.

Pulsó un botón y esperó un segundo hasta oír la voz deseada.

—Ed, vale la pena que vengas a ver esto...

—De acuerdo, cariño, dame un minuto.

El director de la CIA entró con su taza matutina de café en la mano y vio a la mujer con la que estaba casado desde hacía veintitrés años, acomodada en su butaca, lejos de la pantalla de su ordenador. Mary Pat no solía alejarse de nada. Sencillamente, no era su naturaleza.

—¿De nuestro amigo japonés? —preguntó Ed.

—Eso parece —respondió MP.

—¿Cuánto material hay ahí?

—Parece que mucho. Supongo que Chester debe de ser bastante bueno en la cama.

—¿Quién lo entrenó?

—Quienquiera que sea, debería estar en La Granja y transmitir todos sus conocimientos. Por cierto —agregó después de levantar la cabeza, para captar la mirada de su marido—, tal vez tú podrías asistir al curso como oyente, cariño.

—¿Es una queja?

—Siempre se puede mejorar... y, sí, sé que yo también debo perder unos siete kilos —agregó, antes de que el director pudiera contraatacar.

Detestaba que su esposa actuara de ese modo, pero no ahora. En esta ocasión le acarició la cara con ternura, cuando una ventana en la pantalla advertía que faltaban aún treinta y cuatro minutos para completar la carga.

—¿Quién es el individuo de Fort Meade que ha elaborado los programas Fantasma?

—Contrataron una empresa de juegos... supongo que un individuo de dicha empresa —respondió la señora Foley—. Le pagaron cuatrocientos cincuenta de los grandes por el trabajo.

Dicha cantidad era superior a la suma de los sueldos del director y la subdirectora de Operaciones de la CIA, debido a que las normas federales prohibían que cualquier funcionario federal ganara más que un congresista, y éstos temían aumentar sus propios salarios para no ofender a los electores.

—Llámame cuando hayas acabado de recibir el mensaje, cariño.

—¿Quién es nuestro mejor especialista en China?

—Joshua Sears, doctorado en la Universidad de California, es quien dirige la sección china en la Jefatura de Inteligencia. Pero dicen que el especialista de la ASN es mejor en lo que concierne a sutilezas lingüísticas. Su nombre es Víctor Wang —respondió el director.

—¿Podemos confiar en él? —preguntó MP.

La desconfianza de los chinos en los servicios de seguridad nacional norteamericanos había alcanzado un nivel considerablemente elevado.

—Mierda, yo qué sé. Debemos confiar en alguien y Wang ha sido investigado dos veces por año en los últimos ocho años. Los comunistas chinos no pueden comprometer a todos los chinos norteamericanos que viven aquí. Ese tal Wang es norteamericano de tercera generación, fue oficial de las fuerzas aéreas (estuvo en ELINT, evidentemente procedente de Wright-Patterson) y acaba de alcanzar el nivel máximo en la ASN. Tom Porter dice que es muy bueno.

—De acuerdo, déjame ver de qué va todo esto, luego le pediremos a Sears que lo examine y tal vez más adelante, si es imprescindible, hablaremos con ese tal Wang. No olvides, Eddie, que al otro extremo hay un agente llamado Nomuri y una extranjera con un par de ojos...

Su marido levantó la mano para interrumpirla.

—Y un par de orejas. Lo sé, querida. Hemos pasado por ahí. Nosotros también lo hemos hecho. Y tenemos las camisetas que lo demuestran.

Tan improbable era que lo olvidara él como su esposa. Conservar vivos a los agentes en los servicios de espionaje era tan importante como para un inversor conservar el capital.

Durante veinte minutos, Mary Pat no prestó atención al ordenador, y en su lugar se dedicó a repasar el correo manual, procedente de Mercury en el sótano del antiguo edificio. Eso no era particularmente fácil, aunque no obstante necesario, porque la CIA tenía operaciones y agentes clandestinos en todo el mundo, o por lo menos lo intentaba, rectificó Mary Pat. Su trabajo consistía en reconstruir la Jefatura de Operaciones, restaurar la capacidad de inteligencia humana, HUMINT, destruida en gran parte a finales de los setenta y muy lentamente recuperada. No era una tarea fácil, ni siquiera para una experta en el campo. Pero Chester Nomuri era uno de sus predilectos. Lo había des-cubierto hacía unos años en La Granja y se había percatado de su talento, sus dotes y su motivación. Para él, el espionaje era tan vocacional como el sacerdocio, algo importante para su país y además divertido, tanto como para Jack Nicklaus efectuar un lanzamiento de quince metros en Augusta. Agregada su inteligencia y su sabiduría callejera, Mary Pat en aquel momento creyó haber descubierto a un ganador. Ahora Nomuri cumplía sus expectativas. Estupendo. Por primera vez, la CIA disponía

de un agente interno en el Politburó de la China comunista y eso era inmejorable. Puede que ni siquiera los rusos lo tuvieran, aunque uno no podía estar nunca seguro y se podía perder mucho dinero apostando contra los servicios rusos de inteligencia.

—Archivo completo —dijo por fin la voz electrónica del ordenador.

Eso provocó un movimiento de su silla giratoria. En primer lugar, la subdirectora hizo una copia de lo recibido en un segundo disco duro y luego otra en un disco de «tostadora», así llamado porque el disco entraba y salía del reproductor como una rebanada de pan. Hecho esto, mecanografió la clave de descodificación: 51240. No tenía la menor idea acerca de por qué Nomuri había especificado aquel número en concreto, aunque no era necesario saberlo, con la condición de que nadie más lo supiera tampoco. Después de mecanografiar las cinco cifras y pulsar «Intro», cambiaron los iconos del archivo. Ya estaban ordenados por fechas, y MP eligió el más antiguo. Apareció una página llena de ideogramas chinos. Con esa información, MP levantó el teléfono y llamó a su secretaria.

—El doctor Joshua Sears, Jefatura de Inteligencia, Sección China. Dile que venga a verme inmediatamente.

Transcurrieron seis interminables minutos. No era fácil que Mary Patricia Kaminsky Foley sintiera escalofríos, pero ahora los sentía. La ilustración en la pantalla parecía que alguien hubiera empapado con tinta las patas de varias gallinas borrachas, antes de dejarlas corretear sobre un papel en blanco, pero el grabado contenía palabras e ideas. Palabras secretas e ideas ocultas. Su pantalla le ofrecía la posibilidad de leer la mente de sus adversarios. Era como algo que permitiera ganar el campeonato mundial de póquer en Las Vegas, pero infinitamente más importante. Era una de esas cosas que había ganado guerras y alterado el curso de la historia previsto por sus principales protagonistas, y en ello radicaba el valor del espionaje, la razón para disponer de unos servicios secretos, por-que de ello dependía realmente el destino de las naciones...

Y ahora —reflexionó la señora Foley—, el destino de las naciones dependía del empuje de Chet Nomuri y del acierto con que lo utilizara. ¡Jodido mundo de locos! ¿Cómo diablos podían llegar a acertar los historiadores? Cómo podía uno comunicar la importancia de seducir a una secretaria anónima, una subordinada, una campesina de la era moderna que se limitaba a transcribir los pensamientos de los poderosos, pero que al haberse comprometido permitía que otros accedieran a dichos pensamientos y, al hacerlo, alteraba el rumbo de la historia con la misma certeza que el movimiento del timón cambia el rumbo de un gran buque. Para Mary Pat, subdirectora (de Operaciones) de la CIA, aquél era un momento de gratificación comparable al nacimiento de sus hijos. Toda su razón de ser se encontraba en los ideogramas en blanco y negro de la pantalla de su ordenador... y era incapaz de leer esos malditos dibujos. Sus conocimientos lingüísticos le permitían dar clases de literatura rusa en la universidad estatal de Moscú, pero lo único que sabía decir en chino era chop suey y moo goo gai pan.

—¿Señora Foley? —dijo una cabeza que acababa de asomarse a la puerta—. Soy Josh Sears.

Era alto, tenía cincuenta años, poco pelo y muy canoso. Ojos castaños. La subdirectora pensó que seguramente abusaba de la cafetería en la planta baja.

—Por favor, pase, doctor Sears. Necesito que traduzca unas cosas para mí.

—Por supuesto —respondió, acomodándose en una silla.

La subdirectora retiró unas hojas de su impresora láser y se las entregó.

—Bueno, dice que la fecha es el 21 de marzo y el lugar Pekín... Caramba, la sede del consejo de ministros. El ministro Fang habla con el ministro Zhang —dijo Sears, antes de examinar fugazmente el resto de la página—. Señora Foley, esto es material al rojo vivo. Hablan de las posibilidades de que Irán, o mejor dicho, la antigua República Islámica Unida, se apodere de todos los yacimientos petrolíferos del golfo Pérsico y del efecto que eso surtiría en China. Zhang parece optimista, aunque cauteloso. Fang es escéptico... Ah, claro, esto es un memorándum, ¿no es cierto? Son las notas de Fang sobre una conversación privada con Zhang.

—¿Significan los nombres algo para usted?

—Ambos son ministros sin cartera. Los dos son miembros de pleno derecho del Politburó, sin responsabilidades ministeriales directas. Eso significa que ambos gozan de la confianza del

presidente, el primer mandatario de la República Popular China, Xu Kun Piao. Hace más de treinta años que ocupan sus cargos, desde la época de Mao y Chou. Como usted ya sabe, los chinos son partidarios de relaciones muy duraderas. No desarrollan amistades exactamente como nosotros las conocemos, sino asociaciones. A decir verdad, son unas situaciones cómodas. Como una mesa de juego. Uno conoce las maneras y habilidades del otro, y eso facilita un juego largo y agradable. Puede que no se gane mucho, pero tampoco se pierde demasiado.

—No, parece que no se arriesgan.

—Este documento lo demuestra. Como sospechábamos, la República Popular apoyó al ayatollah Daryaei en su jugada, pero nunca permitieron que se divulgara públicamente su apoyo. A primera vista, parece que fue Zhang quien lo impulsó, así como la movida de los japoneses. Hace tiempo que intentamos recopilar información sobre ese tal Zhang y también sobre Fang, pero sin mucho éxito. ¿Qué necesito saber sobre este asunto? —preguntó, levantando la página.

Según el código federal, «secreto» era la clasificación máxima, pero en realidad había cosas todavía más secretas, denominadas «programas de acceso especial», identificadas por la palabra clave que las designaba.

—Palabra clave —respondió MP—. Se llama «Sorge».

No tuvo que explicarle que no debía mencionar aquella información a nadie y que incluso soñar con ella estaba prohibido. Tampoco fue necesario aclararle a Sears que Sorge le ofrecía la posibilidad de ascender y adquirir mayor importancia personal en el panteón burocrático de la CIA.

—De acuerdo —asintió Sears—. ¿Qué puede contarme?

—Lo que tenemos aquí es un compendio de conversaciones entre Fang y Zhang, y probablemente también otros ministros. Hemos encontrado la forma de penetrar en el archivo de estos documentos. Creemos que son auténticos —concluyó MP.

Sears sabía que no le revelaría las fuentes ni los métodos, pero eso era de esperar. Como miembro decano de la Jefatura de Inteligencia, su función consistía en evaluar la información procedente de diversas fuentes, en este caso, de la Jefatura de Operaciones. Si recibía mala información, su evaluación sería también mala, pero la señora Foley acababa de decirle que no se le consideraría responsable de mala información. De todos modos, escribiría también uno o dos mensajes internos para cuestionar la autenticidad de los documentos, con el propósito evidente de cubrirse las espaldas.

—Muy bien, señora. En tal caso, lo que tenemos aquí es pura nitroglicerina. Lo sospechábamos, pero aquí está la confirmación. Significa que el presidente Ryan tomó la decisión adecuada, cuando concedió a Taiwan reconocimiento diplomático. La República Popular se lo merecía. Habían conspirado para entrar en guerra, y puesto que nosotros intervenimos, puede decirse que conspiraron contra nosotros. Apuesto a que lo hicieron dos veces. Veremos si otro de estos documentos hace referencia a la aventura japonesa. Recordará usted que los industriales japoneses mencionaron el nombre de ese tal Zhang como implicado. Hasta ahora no existen garantías absolutas, pero si estos documentos lo confirman, se convertirá casi en algo que se podría llevar ante un juez. Señora Foley, tenemos un asunto extraordinario entre manos.

—¿Evaluación?

—Parece auténtico —respondió el analista, después de examinar de nuevo la página—. Suena como una conversación. Me refiero a que es abierto, no como el lenguaje oficial de la diplomacia, ni siquiera interministerial. De modo que suena como lo que pretende ser; notas de una conversación privada e informal entre dos colegas decanos.

—¿Alguna forma de comprobarlo? —preguntó a continuación MP.

Sears negó inmediatamente con la cabeza.

—No. No sabemos gran cosa acerca de ninguno de ellos.

En cuanto a Zhang, bueno, tenemos la evaluación del secretario Adler, ya sabe, de las discusiones diplomáticas posteriores al derribo del Airbus, que esencialmente confirma lo que ese tal Yamata declaró a la policía japonesa y a nuestros agentes del FBI, sobre cómo y por qué los chinos los habían empujado al conflicto con nosotros. La República Popular mira el este

de Siberia con ojos codiciosos —respondió el analista, demostrando sus conocimientos sobre la política y los objetivos de China—. Tenemos fotografías de Fang Gan tomando mao-tai en alguna recepción, con su chaqueta Mao y una sonrisa benigna, como hacen todos. Sabemos que es muy amigo de Xu, que le gusta jugar con el personal de la oficina, claro que muchos lo hacen, y eso es prácticamente todo.

Sears tuvo la delicadeza de no recordarle que lo de jugar con el personal de la oficina no era un defecto que se limitara a China.

—Entonces, ¿qué opinión nos merecen?

—¿Fang y Zhang? Bueno, los dos son ministros sin cartera. De modo que son jugadores útiles dentro del campo, puede que incluso segundos entrenadores. El presidente Xu confía en su criterio. Son miembros de pleno derecho del Politburó. Tienen voz y voto sobre todo lo que se dice. Influyen en la política, no en su elaboración, pero sí moldeándola. Todos los ministros los conocen. Y ellos conocen a todos los demás. Ambos están en sus cargos desde hace mucho tiempo. Los dos tienen más de sesenta o setenta años, pero allí las personas no se suavizan con la edad, como en Norteamérica. Ambos deben de ser ideológicamente coherentes, lo que significa, con toda probabilidad, comunistas acérrimos. Eso conlleva cierta ausencia de piedad, que podemos agregar a su edad. A los setenta y cinco, la muerte empieza a parecer algo muy real. Uno no sabe de cuánto tiempo dispone y esos individuos no creen en otra vida. Por consiguiente, sean cuales sean sus metas, a su edad deben apresurarse, ¿no cree?

—No parece que el marxismo y el humanismo sean muy compatibles.

—En absoluto —respondió Sears, moviendo la cabeza—, sin olvidar que en su cultura, la vida humana tiene mucho menos valor que en la nuestra.

—De acuerdo. Buen resumen. Tome —dijo MP, entregándole diez páginas impresas—. Quiero una evaluación por escrito después del almuerzo. Deje lo que esté haciendo; Sorge es más importante.

Eso significaba un «encargo del séptimo piso» para el doctor Sears. Trabajaría directamente para los directores. Disponía ya de un despacho privado y de un ordenador que no estaba conectado a ninguna línea telefónica, ni siquiera a una red interna, como lo estaban muchos ordenadores de la CIA. Se guardó los documentos en un bolsillo de la chaqueta y se retiró, mientras Mary Pat miraba por los grandes ventanales, reflexionando sobre su próximo paso. En realidad, le correspondía decidir a Ed, pero esa clase de decisiones se compartían, especialmente cuando el director era tu marido. En esta ocasión fue ella quien se dirigió a su despacho.

La oficina de dirección era larga y estrecha, con el despacho del director cerca de la puerta, alejado de la antesala. Mary Pat se sentó en una butaca frente al escritorio.

—¿Cómo es de valioso? —preguntó Ed, consciente de la razón de su visita.

—Llamarlo Sorge ha sido asombrosamente profético por nuestra parte. Es, por lo menos, igualmente valioso.

Puesto que los comunicados de Richard Sorge de Tokio a Moscú probablemente habían salvado la Unión Soviética en 1941, el comentario de su esposa obligó a Ed Foley a abrir los ojos.

—¿Quién lo ha visto?

—Sears. Por cierto, parece bastante listo. Hasta ahora nunca había hablado realmente con él.

—A Harry le gusta —respondió Ed, refiriéndose a Harry Hall, el subdirector actual (de Inteligencia), que ahora se encontraba en Europa—. ¿De modo que, según él, tiene bastante buen aspecto?

—Desde luego, Eddie —asintió solemnemente su esposa.

—¿Piensas mostrárselo a Jack?

¿Podían mostrárselo al presidente?

—¿Tal vez mañana?

Prácticamente, todo funcionario del gobierno podía hacer un hueco en su jornada laboral para visitar la Casa Blanca.

—Me parece bien. Dime, Eddie, ¿hasta dónde puede extenderse este asunto?

—Buena pregunta. Por supuesto a Jack. Tal vez al vicepresidente. Me gusta ese individuo, pero no se le suele informar de estas cosas —respondió el director—. Los secretarios de Estado y de Defensa son posibilidades. Quizá Ben Goodley. Mary, ya sabes cuál es el problema con estos asuntos.

Era el problema más antiguo y más frecuente con información secreta de alto nivel, realmente valiosa. Si se divulgaba demasiado, se corría el riesgo de comprometer la información, lo cual también equivalía a matar la fuente y, por consiguiente, la gallina de los huevos de oro. Por otra parte, si no se utilizaba de algún modo la información, ¿de qué servían los huevos? Establecer los límites era la operación más delicada en el campo del espionaje y uno nunca sabía el lugar exacto donde hacerlo. Uno también debía preocuparse de los métodos de divulgación. Si se mandaba la información codificada de un lado para otro, siempre cabía la posibilidad de que los malos hubieran aprendido a descodificarla. La ASN juraba que sus sistemas, especialmente Tapdance, eran invulnerables, pero los alemanes también creían que lo era Enigma.

Era casi igualmente peligroso entregar la información, incluso en mano, a un alto funcionario del gobierno. Esos cabrones hablaban demasiado. Vivían de hablar. Vivían de filtrar información. Vivían de mostrar a la gente lo importantes que eran, y la importancia en Washington significaba saber lo que otros desconocían. La información era la moneda del reino, en esta parte de Norteamérica. Lo bueno en este caso era que el presidente Ryan lo sabía. Había estado en la CIA, hasta ocupar el cargo de subdirector y conocía, por tanto, el valor de la seguridad. Probablemente era el mismo caso del vicepresidente Jackson, ex aviador de la armada. Seguramente había visto cómo se perdían vidas debido a una mala inteligencia. Scott Adler era diplomático y probablemente también lo sabía. Tony Bretano, respetado secretario de Defensa, trabajaba en estrecha colaboración con la CIA, como se veían obligados a hacerlo todos los secretarios de Defensa, y probablemente también era digno de confianza. Ben Goodley era el consejero de Seguridad Nacional del presidente y, por tanto, no se le podía excluir fácilmente. ¿Cuántos eran entonces en total? Dos en Pekín. En Langley, el director, el subdirector general, el subdirector de Inteligencia, y la subdirectora de Operaciones, además de Sears en la Jefatura de Inteligencia. Ya sumaban siete. Luego el presidente, el vicepresidente, el secretario de Estado, el secretario de Defensa y Ben Goodley. Ya eran doce. Y eso bastaba de momento, especialmente en una ciudad donde se decía que «si dos personas lo saben, ya no es un secreto». Pero la razón de la existencia de la CIA era esa clase de información.

—Elige un nombre para la fuente —dijo Foley a su esposa. —«Mirlo» bastará de momento.

Para MP era una cuestión de sentimentalismo darles a los agentes nombres de pájaros, costumbre que se remontaba a Cardenal.

—Muy bien. Muéstrame las traducciones cuando las recibas, ¿de acuerdo?

—No te quepa la menor duda, cariño —respondió Mary Pat, inclinándose sobre el escritorio para darle un beso a su marido, antes de regresar a su propio despacho.

A su llegada examinó el archivo Sorge en su ordenador. Se percató de que debería cambiarlo. Incluso el nombre del acceso especial a este fichero debería clasificarse como secreto o muy secreto. A continuación contó las páginas y tomó nota en un papel junto a la pantalla.

«Todas las 1349 páginas de recetas recibidas —escribió como respuesta a cgood@jadecastle.com—. Examinaremos las recetas. Gracias, Miles. Mary.» Pulsó «Intro» y el mensaje salió por el laberinto electrónico denominado Internet. Mil trescientas cuarenta y nueve páginas, pensó la subdirectora. Mantendría a los analistas ocupados durante algún tiempo. En el antiguo cuartel general, los analistas verían fragmentos del material de Sorge, con otros códigos transitorios elegidos al azar por el ordenador del sótano, pero sólo Sears conocería la historia completa y, en realidad, ni siquiera él lo sabía todo. Lo que sabía bastaría probablemente para que Ming perdiera la vida, cuando el Ministerio de Seguridad Estatal se percatara de quién tenía acceso a dicha información. En Washington podían tomar ciertas medidas para protegerla, pero no muchas.

Nomuri se levantó temprano en su piso de Pekín y lo primero que hizo fue conectar el ordenador para comprobar su correo electrónico. Ahí estaba, número siete en la lista, un mensaje de patsbakery@brownienet.com. Seleccionó el sistema de descodificación e introdujo la contraseña... bien, habían recibido todas las páginas. Estupendo. Arrastró el mensaje que había mandado a la papelera, donde Norton Utilities no sólo borraba el archivo, sino que limpiaba electrónicamente cinco veces el lugar del disco donde había residido temporalmente, de modo que no hubiera forma alguna de recuperarlo por muy experto que fuera quien lo intentara. A continuación eliminó toda prueba de haber mandado un mensaje a brownienet. Ahora no quedaba constancia alguna de que hubiera hecho algo, a no ser que su teléfono estuviera intervenido, lo cual, en realidad, no sospechaba. Pero incluso en tal caso, la información estaba plenamente cifrada y codificada y, por consiguiente, era irrecuperable. No, la única persona que ahora cogía peligro era Ming. Nomuri, como experto que era en espionaje, estaba plenamente protegido por el método en que el ordenador de Ming lo llamaba y, de ahora en adelante, los mensajes se mandarían automáticamente a brownienet, antes de borrarse del mismo modo en cuestión de segundos. Debería ser una operación de contraespionaje muy astuta la que pudiera perjudicarlo ahora.

QUINCE

EXPLOTACIÓN

—¿Qué significa esto, Ben? —preguntó Ryan, al comprobar un cambio en su agenda matutina.

—Ed y Mary Pat quieren hablar contigo. No han dicho de qué se trata —respondió Goodley—. El vicepresidente y yo también podemos estar presentes, pero eso es todo. Son sus requisitos.

—Una nueva clase de papel higiénico en el Kremlin, supongo —dijo el presidente.

Era un viejo chiste de la CIA, de los malos tiempos de Ryan durante la guerra fría. Removió el café de su taza y se reclinó en su cómoda butaca.

—Bien, ¿qué más ocurre en el mundo, Ben?

—¿De modo que esto es mao-tai? —preguntó el cardenal DiMilo.

No agregó que, según tenía entendido, los baptistas no tomaban bebidas alcohólicas. Era curioso, considerando que el primer milagro público de Jesús había consistido en convertir el agua en vino en las bodas de Caná. Pero el cristianismo tenía muchas caras. En cualquier caso, el mao-tai era terrible, peor que el orujo más ordinario. A su avanzada edad, el cardenal prefería bebidas más suaves; eran más fáciles de digerir.

—No debería tomar esto —reconoció Yu--, pero forma parte de mis costumbres ancestrales.

—No conozco ningún pasaje en las Sagradas Escrituras que prohíba esta debilidad humana en particular —respondió el católico.

Además, el vino formaba parte de la liturgia católica. Se percató de que su anfitrión chino tomaba sorbos diminutos de su pequeña copa. Probablemente, también por consideración a su estómago, pensó el italiano.

También tendría que acostumbrarse a la comida. El cardenal Renato DiMilo, buen gastrónomo como muchos italianos, comprobó que la comida en Pekín no era tan buena como la que había probado en los numerosos restaurantes chinos de Roma. Creía que el problema no era la cocina, sino los ingredientes. En este caso, el reverendo Yu se había disculpado a la llegada del cardenal, porque su esposa había ido a Taiwan para visitar a su madre enferma. Monseñor Schepke se había ocupado de servir la comida, como lo habría hecho un joven teniente que cuidara de satisfacer las necesidades de su general, pensó Yu, mientras contemplaba la función, ciertamente entretenido. No cabía duda de que los católicos tenían sus formas burocráticas. Pero ese Renato era un buen hombre, claramente culto y diplomático de profesión, de quien Yu comprendió que podía aprender mucho.

—De modo que ha cocinado usted mismo. ¿Cómo aprendió?

—La mayoría de los chinos sabemos cocinar. Aprendemos de pequeños de nuestros padres.

DiMilo sonrió.

—Yo también aprendí de pequeño, pero no he cocinado desde hace muchos años. Cuanto más viejo me hago, menos me permiten hacer por mi cuenta, ¿no es cierto, Franz?

—Yo también tengo mis obligaciones, eminencia —respondió el alemán, que tomaba su mao-tai un poco más a gusto.

Debe de ser agradable tener un estómago joven, pensaron los dos ancianos.

—¿Qué le parece Pekín? —preguntó Yu.

—Realmente fascinante. Los romanos creemos que nuestra ciudad es antigua y está repleta de historia, pero la cultura china ya era antigua cuando los romanos empezaron a construir muros. Y las obras de arte que vimos ayer...

—La montaña de jade —explicó Schepke—. Hablé con la guía, pero no conocía a los artistas que habían participado en la obra, ni tampoco el tiempo que habían tardado en esculpirla.

—Los nombres de los artesanos y el tiempo que necesitaran no tenían importancia para los emperadores de la antigüedad. En aquella época había mucha belleza, no cabe duda, pero también mucha crueldad.

—¿Y hoy? —preguntó Renato.

—Hoy también, como usted bien sabe, eminencia —confirmó Yu con un suspiro, hablando en inglés con un acento de Oklahoma que fascinaba a sus invitados—. El gobierno carece del respeto por la vida humana, que usted y yo preferiríamos.

—Cambiarlo no será fácil —agregó monseñor Schepke.

El problema no se limitaba al gobierno comunista de la República Popular. Hacía mucho tiempo que la crueldad formaba parte de la cultura china, hasta el punto de que alguien había dicho en una ocasión que China era demasiado extensa para ser gobernada con amabilidad, y las izquierdas del mundo entero habían adoptado aquel aforismo con una premura vergonzosa, sin tener en cuenta el racismo explícito del mismo. Tal vez el problema era que China había estado siempre abarrotada de gente y en las multitudes se genera ira, que conduce a la insensibilidad y la crueldad para con los demás. La religión tampoco había ayudado. Confucio, lo más próximo a un gran líder religioso surgido en China, predicaba como mejor acción la conformidad respecto a los demás. Mientras la tradición judeocristiana hablaba de los valores trascendentes del bien y del mal, y de los derechos humanos que surgían de los mismos, para China, la autoridad no era Dios, sino la sociedad. Por esa razón, pensaba el cardenal DiMilo, había arraigado allí el comunismo. Ambos modelos sociales compartían la ausencia de una separación absoluta entre el bien y el mal. Y eso era peligroso. En el relativismo radicaba la caída del hombre porque, a fin de cuentas, si se carecía de valores absolutos, ¿qué diferencia había entre un hombre y un perro? Y si dicha diferencia no existía, ¿dónde estaba la dignidad fundamental del ser humano? Incluso un ateo convencido reconocía la mayor aportación de la religión a la sociedad humana: la dignidad humana, el valor que se otorgaba a una sola vida humana, la simple idea de que el hombre era más que un animal. Esa era la base de todo progreso humano, porque sin ello la vida humana estaba condenada al modelo de Thomas Hobbes: «repugnante, brutal y breve».

El cristianismo, al igual que el judaísmo y el islamismo, que eran también religiones del Libro, exigían sólo que el hombre creyera en lo evidente: había orden en el universo, dicho orden procedía de una fuente y dicha fuente se denominaba Dios. El cristianismo no exigía siquiera que el hombre creyera en dicha idea, por lo menos ya no, sólo que aceptara su sentido y sus consecuencias, que eran la dignidad y el progreso humano. ¿Era eso tan difícil?

Lo era para algunos. El marxismo, al condenar la religión como «el opio del pueblo», se limitaba a recetar otra droga menos eficaz, «el radiante futuro», como lo habían descrito los rusos, pero que nunca habían sido capaces de ofrecer. En China, los marxistas habían tenido el buen sentido de adoptar algunas formas del capitalismo para salvar la economía de su país, pero sin incluir el principio de libertad humana que habitualmente lo acompañaba. Eso había funcionado hasta el momento, pensaba DiMilo, sólo porque la cultura china tenía un modelo previo de conformidad y aceptación de la autoridad suprema. ¿Pero cuánto duraría? ¿Y hasta qué punto podría prosperar China sin cierta idea de la diferencia entre el bien y el mal? Sin dicha información, China y los chinos estaban condenados a la perdición. Alguien tenía que llevar a los chinos la buena nueva de Jesús, porque no sólo aportaba la salvación eterna, sino también la felicidad temporal. Era algo muy ventajoso, y a pesar de ello había quienes eran demasiado estúpidos y demasiado ciegos para aceptarlo. Mao había sido uno de ellos. Había rechazado todas las formas de religión, incluso el confucionismo y el budismo. Pero cuando estaba tumbado en la cama, ¿en qué pensaba el presidente Mao? ¿Con qué «futuro radiante» soñaba entonces? ¿En qué pensaba un comunista en su lecho de muerte? Ninguno de los tres clérigos presentes deseaba conocer la respuesta a aquella pregunta, ni enfrentarse a la misma.

—Me ha decepcionado ver la pequeña cantidad de católicos que hay aquí, evidentemente sin incluir a los extranjeros y a los diplomáticos. ¿Es dura la persecución?

Yu se encogió de hombros.

—Depende de dónde se encuentre uno, del clima político y de la personalidad de los líderes locales del partido. A veces no nos molestan, sobre todo cuando hay extranjeros con cámaras de televisión. En otras ocasiones pueden ser muy rigurosos y llegar incluso a atosigarnos directamente. Me han interrogado muchas veces y sometido a asesoramiento político —levantó la cabeza y sonrió—. Es como oír ladrar un perro, eminencia. No es preciso responder. Evidentemente, usted se libraré de eso —señaló el baptista, refiriéndose a la categoría diplomática de DiMilo y su correspondiente inviolabilidad personal.

El cardenal captó la referencia, con cierta incomodidad. No consideraba su vida más valiosa que la de cualquier otro. Tampoco deseaba que su fe pareciera menos sincera que la de aquel protestante chino, educado en una seudo universidad de la pradera norteamericana, mientras que él había adquirido sus conocimientos en una de las instituciones intelectuales más antiguas y respetables del planeta, cuyos orígenes se remontaban al Imperio romano y, más allá, a la estancia del propio Aristóteles. Si de algo pecaba el cardenal Renato DiMilo de vanidoso, era de su educación. Era excelente y lo sabía. Podía hablar de La república de Platón en griego ático, o de los casos jurídicos de Marco Tulio Cicerón en latín imperial. Era capaz de debatir con un marxista comprometido los atributos de su filosofía política, en el mismo alemán hablado por el propio Marx y salir victorioso, porque Marx había dejado muchos huecos en los muros de sus teorías políticas. Había olvidado más de lo que sabían algunos psicólogos sobre la naturaleza humana. Estaba en el servicio diplomático vaticano porque era capaz de leer la mente de los demás, especialmente la de políticos y diplomáticos expertos en ocultar sus pensamientos. Podía haber sido un jugador de talento y riqueza con esas cualidades, pero en su lugar las consagraba a mayor gloria de Dios.

Su único defecto consistía en que, como todos los mortales, no podía predecir el futuro y, por tanto, era incapaz de prever la guerra mundial que aquella reunión acabaría por provocar.

—¿Le atosiga entonces el gobierno? —preguntó el cardenal.

Yu se encogió de hombros.

—De vez en cuando. Me propongo celebrar una sesión de oraciones públicas, para poner a prueba su voluntad de reprimir mis derechos humanos. Evidentemente, existe cierto peligro.

Fue un reto presentado con mucha pericia, que el anciano clérigo católico aceptó.

—Le agradeceré que nos mantenga informados a Franz y a mí.

—¿Mirlo? —preguntó Ryan—. ¿Qué puedes decirme acerca de él?

—¿Realmente quieres saberlo, Jack? —respondió Ed Foley, de forma harto significativa.

—¿Me estás diciendo que no me conviene saberlo? —respondió Ryan, al tiempo que se percataba de que Robby Jackson y Ben Goodley también estaban presentes y de que, según las normas de clasificación, incluso a este nivel, había cosas que él podía saber pero no otros—. Bien, dejémoslo por ahora —asintió.

—La operación global se denomina Sorge. Esto cambiará periódicamente —dijo Mary Pat a los presentes.

Inusualmente, el servicio secreto había abandonado el despacho oval para aquella reunión, que les habría ofrecido más información de la que la CIA deseaba, y habían conectado, además, un sistema especial de interferencia que bloquearía cualquier sensor electrónico en la sala. Podía comprobarse en el televisor situado a la izquierda del escritorio del presidente, sintonizado en la CNN. La pantalla estaba ahora cubierta de nieve, pero habían bajado el volumen para que no molestara el ruido. La posibilidad de que hubiera algún micrófono en aquella estancia de alta seguridad era muy improbable, pero el valor de Sorge era tan grande que habían tomado incluso esta precaución. Ya se habían distribuido las carpetas informativas. Después de hojear la suya, Robby levantó la cabeza.

—¿Notas del Politburó chino? ¡Válgame Dios! —exclamó el vicepresidente Jackson—. De acuerdo, ni fuentes ni métodos. Lo comprendo, muchachos. Ahora bien, ¿qué nivel tiene esto de fiabilidad?

—De momento lo hemos calificado de «B+» —respondió Mary Pat—. Esperamos aumentar la calificación más adelante. El problema estriba en que no utilizamos «A» sin confirmación externa y esto es tan profundo que no disponemos de otra forma de verificarlo.

—De modo que podría ser una falsa bandera —comentó Jackson—. Convincente, lo reconozco, pero no por ello menos falsa.

—Tal vez, pero es improbable. Aquí hay material sumamente confidencial para divulgarlo voluntariamente, aunque se tratara de un engaño a gran escala.

—Ya veo —dijo Ryan, parcialmente de acuerdo—. Pero recuerdo lo que solía decir Jim Greer: nada es demasiado descabellado para ser cierto. Nuestro problema fundamental con esa gente es que su cultura es tan diferente en muchos sentidos de la nuestra, que podríamos estar tratando con klingons.

—El caso es que aquí no nos muestran mucho afecto —observó Ben Goodley, a medio hojear su carpeta—. Cielos, este material es interesante. ¿Vamos a mostrárselo a Scott Adler?

—Esa es nuestra recomendación —dijo el director de la CIA—. Adler es bastante bueno para juzgar a las personas, y su opinión sobre este material, especialmente de la página cinco, será muy interesante. También habría que mostrárselo a Tony Bretano.

—Bien, eso es águila y trueno. ¿Alguien más? —preguntó Ryan.

—Eso es todo por ahora —respondió Ed Foley, al tiempo que su esposa asentía—. Señor pres...

Ryan le lanzó una mala mirada.

—Me llamo...

El director de la CIA levantó la mano.

—De acuerdo, Jack, mantengamos este asunto muy reservado de momento. Estudiaremos la forma de lavar la información, para que otros puedan saber lo que hemos descubierto. Pero no cómo lo hemos hecho. Eso jamás. Mirlo es un bien demasiado valioso para perderlo.

—Potencialmente esto es tan importante como Cardenal, ¿no es cierto?

—Puede que incluso más, Jack —respondió Mary Pat—. Esto es como tener un micrófono en la sala de juntas, y en este caso hemos perfeccionado nuestros métodos. Somos extremadamente cautelosos con nuestra fuente.

—¿Y los analistas? —preguntó Ben Goodley—. Nuestro mejor especialista en la República Popular es el profesor Weaver, de la Universidad de Brown. Tú lo conoces, Ed.

Foley asintió.

—Sí, lo conozco, pero esperemos un poco. Disponemos de alguien bastante bueno en nuestro personal. Veamos de lo que es capaz, antes de empezar a divulgar el material. Por cierto, hablamos de unas mil quinientas páginas impresas de esta fuente, más nuevo material a diario.

Ryan levantó la cabeza. Información diaria. ¿Cómo diablos lo habían organizado? Manos a la obra, se dijo.

—Bien, para empezar, quiero una evaluación de la personalidad de Zhang Han San —dijo Ryan—. He visto antes el nombre de ese cabrón. Inició dos guerras a las que nos vimos arrastrados. ¿Qué coño se propone?

—Tenemos un siquiatra en plantilla para que se ocupe de esto —respondió Mary Pat, sin aclarar que lo harían después de limpiar la información de toda referencia a la fuente—. Hace los perfiles de personalidad para nosotros.

—Sí, lo recuerdo —asintió Ryan—. ¿Algo más?

—Sólo lo habitual —respondió Ed Foley, al tiempo que se levantaba—No dejéis estos documentos sobre la mesa, ¿vale? Todos asintieron. Todos disponían de su propia caja fuerte para estos casos, conectada al centro de mando del servicio secreto y vigilada las veinticuatro horas del día por una cámara de televisión. La Casa Blanca era un buen lugar para guardar documentos, e incluso las secretarías pasaban más controles de seguridad que para entrar en el cielo. Mary Pat caminaba con alegría cuando abandonó el despacho. Cuando los demás se dirigían a la puerta del oeste, Ryan le indicó al vicepresidente que se quedara.

—¿Qué opinas? —preguntó el presidente.

—Parece un material muy fresco, Jack. Maldita sea, ¿cómo diablos se las arreglan para conseguirlo?

—Si algún día deciden revelármelo, tampoco podré contártelo, Rob, aunque no estoy seguro de querer saberlo. No siempre es agradable.

El piloto de caza jubilado estaba de acuerdo.

—Te creo. No es exactamente lo mismo que despegar de la cubierta del buque y dispararle al cabrón en la boca. —Pero igualmente importante.

—Claro, Jack, lo sé. Como en la batalla de Midway. En 1942, Joe Rochefort y sus muchachos de FRUPAC ahorraron a nuestro país muchos quebraderos de cabeza con nuestros pequeños amigos amarillos en el Pacífico occidental, cuando le advirtieron a Nimitz lo que se acercaba.

—Sí, Robby, y parece que tenemos más amigos del mismo estilo. Si aquí hay material operativo, quiero tu opinión.

—Eso puedo hacerlo ya ahora. Su ejército y lo que pasa por su armada hablan abiertamente de cómo se enfrentarían a nosotros, cómo neutralizarían nuestros portaaviones y cosas por el estilo. En su mayor parte son fantasías y autoengaño, pero me pregunto por qué lo hacen abiertamente. Tal vez para impresionar a los ignorantes del mundo, como los periodistas y demás imbéciles que no saben una mierda sobre la guerra marítima, y tal vez para impresionar a su propia gente con lo listos y duros que son. Tal vez para aumentar la presión sobre la República China de Taiwan, pero si pretenden invadirla, antes deben hacer algo, como construir una auténtica armada con verdadera capacidad anfibia. Pero para esto tardarían diez años y probablemente detectaríamos esas grandes canoas grises en el agua. Disponen de algunos submarinos y los rusos, asombrosamente, les venden material; acaban de entregarles un destructor con misiles teledirigidos clase Sovremenny, supuestamente equipado con misiles Sunburn. No tengo la menor idea de qué se proponen hacer exactamente con eso. No es la forma en que yo construiría una armada, pero no me han pedido consejo. Lo que me asombra es que los rusos les vendan el material, además de otras mercancías. Es una locura —concluyó el vicepresidente.

—¿Por qué? —preguntó el presidente.

—Porque en otra época, un individuo llamado Genghis Khan llegó con sus tropas hasta el mar Báltico; es decir, cruzó enteramente Rusia. Los rusos tienen un buen sentido de la historia, Jack. No lo han olvidado. Si yo fuera ruso, ¿de qué enemigo me preocuparía? ¿La OTAN? ¿Los polacos? ¿Los rumanos? No creo. Pero al sureste hay un país enorme, con muchísimos habitantes, una buena colección de armas y un largo historial de matanza de rusos. Pero yo no soy más que un especialista operativo y a veces me pongo un poco paranoico sobre lo que mis rivales en otros países puedan estar pensando.

Robby no tuvo que agregar que, en otra época, eran los rusos quienes habían inventado la paranoia.

—¡Esto es una locura! —exclamó Bondarenko—. ¡Hay muchas formas de demostrar que Lenin estaba en lo cierto, pero ésta no es precisamente la que yo elegiría!

Vladimir Il'yich Ulyanov había dicho en una ocasión que llegaría el momento en que los países capitalistas competirían entre sí para vender la cuerda a la Unión Soviética con la que la Unión Soviética más adelante los ahorcaría. No había anticipado la muerte del país que había fundado, ni tampoco que la próxima Rusia sería la que haría lo que había pronosticado.

Golovko no podía discrepar de su interlocutor. El había presentado el mismo razonamiento, aunque de una forma más serena, en el despacho del presidente Grushavoy.

—Nuestro país necesita divisas, Gennady losifovich.

—Efectivamente. Y puede que algún día también necesitemos los yacimientos petrolíferos y las minas de oro de Siberia. ¿Qué haremos cuando los chinos nos los arrebatan? —preguntó Bondarenko.

—El Ministerio de Exteriores descarta esa posibilidad —respondió Sergey Nikolay'ch.

—Estupendo. ¿Cogerán las armas esos maricas del servicio exterior si resulta que se equivocan, o se limitarán a lavarse las manos y a decir que no es culpa suya? Mis fuerzas son insuficientes para semejante situación. No podría detener un ataque chino y ahora les vendemos los planos del tanque T-99...

—Tardarán cinco años en poner en marcha la producción en serie y, para entonces, nosotros fabricaremos el T-10 en Chelyabinsk, ¿no te parece?

No se mencionó, sin embargo, que el Ejército Popular de Liberación disponía de cuatro mil tanques T-80/90 de diseño ruso. Eso había ocurrido hacía algunos años. Pero los chinos no habían utilizado los rifles de diseño ruso de 115 mm y habían optado en su lugar por el de 105 mm que les habían vendido las Industrias de Defensa Israelíes, conocido en Norteamérica como M-68. Iban acompañados de tres millones de proyectiles homologados en Norteamérica, incluidos los de uranio empobrecido, fabricados probablemente con el uranio empobrecido de los mismos reactores donde se obtenía el plutonio para los dispositivos nucleares. ¿Qué les ocurría a los políticos?, pensaba Bondarenko. Uno podía cansarse de hablar con ellos, pero ¡nunca escuchaban! Debía de tratarse de un fenómeno ruso —pensaba el general—, más que político. Stalin había ejecutado al agente secreto que pronosticó, a la sazón correctamente, el ataque alemán de junio de 1941 contra la Unión Soviética y que llegó hasta las puertas de Moscú. ¿Por qué lo habían ejecutado? Porque su pronóstico era menos agradable que el de Levrenti Beriya, que tuvo la inteligencia de contarle a Stalin lo que le apetecía oír. Y Beriya sobrevivió, a pesar de estar completamente equivocado. He ahí la recompensa del patriotismo.

—Si disponemos de dinero para ello y Chelyabinsk no se ha convertido en una jodida fábrica de lavadoras.

Rusia había canibalizado su infraestructura defensiva incluso con mayor rapidez que Norteamérica. Ahora se hablaba de convertir las plantas de aviones MiG en fábricas de coches. ¿No acabaría nunca?, pensó Bondarenko. Tenía al lado una nación potencialmente hostil y le faltaban muchos años para reconstruir el ejército ruso en la forma que deseaba. Pero para hacerlo debía pedirle al presidente Grushavoy algo que sabía que no podría concederle. Para construir un buen ejército debía pagar a los soldados un salario razonable, suficiente para atraer a muchachos patriotas y aventureros que quisieran vestir el uniforme de su patria durante unos años y especialmente a aquellos que disfrutaran lo suficiente de la vida militar para convertirla en una profesión, que llegaran a sargentos, los suboficiales sin los cuales, un ejército sencillamente no podía funcionar, los tendones que mantenían los músculos unidos al hueso. Para conseguirlo, un buen sargento debía ganar casi tanto como un especialista en la industria, que era sencillamente lo justo, ya que las exigencias que se le planteaban eran del mismo nivel intelectual. Las recompensas de una carrera militar no podían compararse a las de una fábrica de televisores. La camaradería y el puro placer de ser soldado eran algo que atraía a una clase especial de hombres. Los norteamericanos los tenían, al igual que los ingleses y los alemanes, pero esos profesionales de valor inestimable le habían sido negados al ejército ruso desde la época de Lenin, el primero entre muchos líderes soviéticos que supeditaron la eficacia militar a la pureza política en que la Unión Soviética insistía. O algo por el estilo, pensó Bondarenko. Ahora todo parecía demasiado lejano, incluso para alguien que se había criado bajo aquel maldito régimen.

—General, no olvide que yo soy su amigo en el gobierno —dijo Golovko.

Hizo bien en recordárselo. El ministro de Defensa era... bueno, decía las palabras adecuadas, pero era realmente incapaz de pensar correctamente. Podía repetir lo que otros le decían, pero eso era todo. En ese sentido, era un político perfecto.

—Gracias, Sergey Nikolay'ch —respondió el general, inclinando la cabeza con respeto—. ¿Significa eso que podré disponer de parte de la riqueza que el destino ha derramado en nuestro regazo?

—En el momento oportuno haré las recomendaciones adecuadas al presidente.

Para entonces estaré jubilado, escribiendo mis memorias o lo que se suponga que debe hacer un general ruso —pensó Bondarenko—. Pero por lo menos puedo intentar elaborar los programas necesarios para mis sucesores y, tal vez, ayudar a elegir al hombre adecuado para sucederme en la Jefatura de Operaciones. No esperaba llegar más lejos de donde ya estaba. Era jefe de Operaciones de su ejército (que incluía instrucción), y ésa era una de las mejores metas profesionales que cualquiera podía fijarse.

—Gracias, camarada ministro. Sé que su trabajo también es difícil. Por cierto, ¿hay algo que yo deba saber acerca de los chinos?

El ministro Golovko habría querido decirle al general que la SVR ya no disponía de una línea de información aceptable en la República Popular. Su hombre, un segundo secretario ministerial que había trabajado mucho tiempo en el KGB, se había retirado por cuestiones de salud.

Pero no podía reconocer que la fuente rusa dentro de la ciudad prohibida ya no era operativa y que con su desaparición no disponían de la información necesaria para evaluar los planes y las intenciones de la República Popular a largo plazo. Estaba todavía el embajador ruso en Pekín, que no era un imbécil, pero un diplomático veía principalmente lo que sus anfitriones querían que viera. Otro tanto ocurría con los agregados del ejército, de la marina y de las fuerzas aéreas, todos ellos oficiales de inteligencia, pero también limitados a lo que los chinos deseaban que vieran, e incluso esto debía tener su correspondencia en Moscú, como si de un elegante vals internacional se tratara. No, no había forma de sustituir a un buen agente de inteligencia con sus correspondientes enlaces para espiar en otro gobierno, para que Golovko pudiera saber exactamente lo que sucedía y comunicárselo a su presidente. No era frecuente que Golovko tuviera que reconocer que no sabía lo suficiente, pero en este caso había sucedido y no reconocería sus limitaciones ante este soldado, por muy decano que fuera.

—No, Gennady Iosifovich, no tengo nada que indique que los chinos pretendan amenazarnos.

—Camarada ministro, los descubrimientos en Siberia son demasiado importantes para no considerar la ventaja de apoderarse de ellos. Si yo estuviera en su lugar, haría los planes necesarios. Importan petróleo y con estos nuevos yacimientos, no sólo no tendrían que hacerlo, sino que obtendrían riqueza en divisas, que es lo que pretenden. Y en cuanto al oro, camarada, ¿no habla por sí solo?

—Tal vez —asintió Golovko—. Pero su economía parece sana actualmente y las guerras no las empiezan quienes ya son ricos.

—Hitler era bastante próspero en 1941. Eso no le impidió conducir a su ejército casi hasta las puertas de este edificio —señaló el jefe de Operaciones del ejército ruso—. Si tu vecino tiene un manzano, a veces le coges una manzana aunque tu barriga esté llena, tal vez sólo para probarla —sugirió Bondarenko.

Golovko tenía que admitir que era lógico.

—Gennady Iosifovich, somos muy parecidos. Ambos buscamos el peligro incluso cuando no es evidente. Usted habría sido un excelente agente de inteligencia.

—Gracias, camarada ministro —dijo el general de tres estrellas, levantando su copa medio vacía de vodka, para brindar a la salud de su anfitrión—. Antes de dejar el cargo, tengo la esperanza de dejarle un plan a mi sucesor, que si se lleva a cabo hará invulnerable a cualquier ataque a nuestro país. Sé que no podré ponerlo personalmente en acción, pero agradecería las facilidades para organizarlo, si nuestros líderes políticos consideran que la idea se lo merece.

Y ahí radicaba precisamente el problema. Tal vez el ejército ruso fuera capaz de ocuparse de enemigos externos. Pero eran los internos los que constituían realmente un problema insuperable. Uno normalmente sabía dónde se encontraba el enemigo, porque estaba frente a él. Saber dónde estaban los amigos era más difícil, porque normalmente se encontraban a la espalda.

—Me aseguraré de que presente usted mismo el caso ante el gabinete. Pero —Golovko levantó la mano— debe esperar el momento oportuno.

—Comprendo, y confiemos en que los chinos nos permitan esperar hasta dicho momento —dijo Golovko, vaciando la copa antes de levantarse—. Gracias por permitirme sincerarme con usted, camarada presidente.

—¿Entonces dónde está? —preguntó Provalov.

—No lo sé —respondió Abramov, hastiado—. Hemos identificado a una persona que asegura conocerlo, pero nuestro informador no tiene la menor idea sobre su paradero.

—Muy bien. ¿Qué es lo que sabéis? —preguntó desde Moscú.

—Nuestro informador dice que Suvorov pertenecía al KGB, fue despedido aproximadamente en 1996 y probablemente vive en San Petersburgo, pero si eso es cierto, tiene una documentación y un nombre falsos, o puede que «Suvorov» sea falso. Tengo una descripción: varón, alrededor de cincuenta años, altura y corpulencia medias, escaso pelo rubio, facciones regulares, ojos azules, en buena forma física, soltero, y se cree que frecuenta la compañía de prostitutas. Algunos de mis agentes hablan con esas mujeres en busca de información. De momento, nada —respondió el investigador de San Petersburgo.

Esto es asombroso —pensó el teniente Provalov—. Con todos los recursos con los que contamos, y no somos capaces de encontrar ni un poco de información fiable. ¿Perseguía fantasmas? El caso es que de esos tenía ya cinco: Avseyenko, María Ivanovna Sablin, el conductor cuyo nombre no recordaba en aquel momento y dos presuntos asesinos del Spetsnaz, Pyotr Alekseyevich Amalrik y Pavel Borissovich Zimyanin. Tres habían volado espectacularmente por los aires durante la hora punta de la mañana, y dos habían sido asesinados en San Petersburgo después de hacer el trabajo; ¿pero asesinados por haberlo logrado o por haber fracasado?

—Bien, infórmame cuando descubráis algo.

—Lo haré, Oleg Gregoriyevich —prometió Abramov.

El teniente de la milicia colgó el teléfono, ordenó su escritorio, guardó todas sus fichas «comprometidas» en un cajón bajo llave, bajó por la escalera para dirigirse a su coche oficial y condujo hasta su bar predilecto. Reilly estaba dentro y lo saludó con la mano cuando entró por la puerta. Provalov colgó su abrigo en una percha y se acercó para estrecharle la mano. Vio que le esperaba una copa.

—Eres un auténtico camarada, Mishka —dijo el ruso a su amigo norteamericano, cuando tomaba el primer trago.

—Comprendo tu problema, compañero —respondió compasivamente el agente del FBI.

—¿A vosotros también os ocurren estas cosas?

—Por supuesto. Cuando era novato empecé a trabajar en el caso Gotti. Nos esforzamos enormemente para condenar a esa escoria. Se necesitaron tres jurados para mandarlo a Marion. Nunca volverá a salir. Marion es una cárcel particularmente dura.

El concepto de «duro» que tenían en Norteamérica era muy distinto del de Rusia. Las cárceles rusas eran realmente inimaginables, pero eso a Reilly no le preocupaba excesivamente. Las personas que quebrantaban la ley en cualquier sociedad eran conscientes de las posibles consecuencias y lo que les ocurriera cuando los atrapaban no era su problema, sino el de ellos.

—Bien, ¿qué ocurre? —preguntó el norteamericano.

—Es Suvorov. No podemos encontrarlo, Mishka. Es como si no existiera.

—¿En serio?

Reilly estaba y no estaba al mismo tiempo sorprendido. Lo estaba en cuanto a que Rusia, al igual que muchas sociedades europeas, controlaba a sus habitantes de una forma que en Norteamérica hubiera provocado una segunda revolución. Aquí se suponía que la policía debía saber dónde vivía todo el mundo, una secuela de los malos tiempos cuando el KGB utilizaba un tercio de la población como informadores de los otros dos tercios. Era inusual para la policía local no poder encontrar a alguien.

Sin embargo, la situación no era sorprendente, porque si ese memo de Suvorov era realmente un ex agente del KGB, habría recibido una formación experta en el arte de desaparecer y esa clase de adversario no se perdía por estupidez, como la mayoría de los delincuentes norteamericanos o rusos. Tampoco se perdería por hablar demasiado. Los delincuentes comunes actuaban... bueno, como delincuentes. Presumían demasiado y con la gente equivocada, por regla general, otros delincuentes, cuya lealtad era como la de las serpientes de cascabel, y les costaba tan poco vender a un «amigo» como echar una meada. No, ese tal Suvorov, si era como los informadores decían, era un profesional, y la persecución de profesionales solía ser interesante y habitualmente ardua. Pero uno siempre acababa por atraparlos, porque la policía nunca dejaba de observar y tarde o temprano cometería un error, puede que no demasiado importante, aunque lo suficiente. No alternaría con sus antiguos

compañeros del KGB, que lo habrían ayudado a esconderse, y lo poco que hablaran lo harían sólo entre ellos. No, ahora estaba en otro ambiente, hostil, inseguro, y se lo merecía. Ocasionalmente, Reilly había llegado a sentir compasión por algún delincuente, pero nunca por un asesino. Había ciertos límites que uno sencillamente no podía cruzar.

—Se ha metido en un agujero y lo ha tapado desde el interior —dijo el ruso, con cierta frustración.

—Dime, ¿qué sabemos de él?

Provalov le contó lo que acababa de descubrir.

—Dicen que preguntarán a las putas si lo conocen.

—Buena idea —asintió Reilly—. Apuesto a que le gustan las de alto nivel. Tal vez como nuestra señorita Tanya. ¿Sabes lo que te digo, Oleg?, puede que conociera a Avseyenko. Puede que conozca a algunas de sus chicas.

—Es posible. Puedo ordenarles a mis hombres que lo comprueben.

—No perdemos nada —asintió el agente del FBI, mientras le indicaba al camarero que les sirviera otra ronda—. Amigo mío, tienes entre manos una auténtica investigación. Me gustaría pertenecer a tu cuerpo para poder ayudarte.

—¿Esto te divierte?

—No te quepa la menor duda, Oleg. Cuanto más difícil es el caso, más emocionante es la persecución. Y al final te sientes muy satisfecho, cuando metes a los cabrones en la cárcel. Maldita sea, cuando condenamos a Gotti celebramos una gran fiesta en Manhattan. El don de Teflón —dijo Reilly, con la copa en alto—. Espero que disfrutes en Marion, muchacho.

—¿Ese Gotti mataba gente? —preguntó Provalov.

—Desde luego. A veces, personalmente, y en otras ocasiones daba las órdenes. Su mano derecha, Salvatore Gravano, conocido como Sammy, el Toro, se convirtió en testigo de la acusación y nos ayudó a cerrar el caso. Entonces lo introdujimos en el programa de protección de testigos y el muy idiota empezó a traficar de nuevo con drogas en Arizona. De modo que Sammy está de nuevo en la cárcel. El muy imbécil.

—Como tú dices, todos son delincuentes —señaló Provalov.

—Sí, Oleg, lo son. Son demasiado idiotas para ir por el buen camino. Se creen más listos que nosotros. Y, ¿sabes una cosa?, al principio lo son. Pero tarde o temprano...

Reilly tomó un trago y movió la cabeza.

—¿Incluso ese Suvorov? ¿Tú crees?

Reilly miró a su amigo y sonrió.

—Oleg, ¿tú te equivocas alguna vez?

—Por lo menos, una vez todos los días —refunfuñó el ruso.

—¿Entonces por qué supones que son más listos que tú? —preguntó el agente del FBI—. Todo el mundo comete errores. Da igual que sea basurero o presidente de Estados Unidos. Todos metemos la pata de vez en cuando. Forma parte de nuestra naturaleza humana. El caso es que si lo reconoces, puedes llegar mucho más lejos. Puede que ese individuo haya recibido una buena formación, pero todos tenemos debilidades, aunque no siempre somos lo suficientemente listos para reconocerlas, y cuanto más listos seamos, menos probable es que las reconozcamos.

—Eres filósofo —sonrió Provalov.

Le gustaba aquel norteamericano. Parecían gemelos, como si alguna gitana hubiera cambiado los bebés durante el parto, o algo por el estilo.

—Tal vez, ¿pero conoces la diferencia entre un sabio y un imbécil?

—Estoy seguro de que me lo dirás —respondió Provalov, que reconocía un sermón a media legua, y éste llegaba con una luz roja intermitente sobre el techo.

—La diferencia entre un sabio y un imbécil estriba en la magnitud de sus errores. A un imbécil no se le confía nada importante —dijo Reilly, convencido de que el vodka empezaba a afectar su locuacidad—, pero sí al sabio, de modo que el imbécil no tiene la oportunidad de cometer ningún gran disparate, pero sí el sabio. Oleg, un soldado raso no puede perder una batalla, pero sí un general. Y los generales son listos, ¿no es cierto? Hay que ser bastante

inteligente para ser médico, pero los médicos a menudo matan accidentalmente. Es propio de la naturaleza humana cometer errores y la formación no importa un carajo. Yo los cometo. Tú los cometes —dijo Reilly, levantando nuevamente la copa— Y también los comete el camarada Suvorov.

Apuesto a que será su polla —pensó Reilly—. Si le gusta jugar con putas, le perderá la polla. Mala suerte, hermano. Pero Reilly sabía que no sería el primero en meter la pata por culpa de la polla. Y probablemente tampoco el último.

—¿Entonces ha funcionado? —preguntó Ming.

—¿Cómo? —exclamó Nomuri.

Era extraño. Se suponía que debía estar en la gloria, entre sus brazos, ambos fumando un cigarrillo después del coito.

—Hice lo que me pediste con mi ordenador. ¿Ha funcionado?

—No estoy seguro —arriesgó Nomuri como respuesta—. No lo he comprobado.

—¡No te creo! —respondió Ming, con una carcajada—. Lo he estado pensando. ¡Me has convertido en una espía! —agregó con una risita.

—¿Qué dices?

—Has querido tener acceso a mi ordenador para poder leer todas mis notas, ¿no es verdad?

—¿Te importa?

Ya se lo había preguntado en una ocasión y había obtenido la respuesta correcta. ¿Ocurriría lo mismo ahora? Sin duda, había visto a través de su tapadera. En realidad, no era particularmente sorprendente. Si no fuera lista, no serviría como agente infiltrada. Pero sabiendo lo que era... ¿hasta dónde llegaba su patriotismo? ¿Había interpretado Nomuri correctamente su personalidad? Asombrosamente, logró dominarse y no ponerse tenso, y se felicitó a sí mismo por haber aprendido otra lección en el mundo de la duplicidad.

—No —respondió Ming, después de reflexionar unos instantes.

Nomuri procuró no suspirar con excesivo alivio.

—Entonces, no tienes por qué preocuparte. De ahora en adelante, no harás nada en absoluto.

—¿Salvo esto? —preguntó con otra risita.

—¡Mientras siga complaciéndote, supongo!

—¡Salchicha maestra!

—¿Cómo?

—Tu salchicha me encanta —dijo Ming, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Nomuri.

Y eso, de momento, era suficiente, pensó Nomuri.

DIECISÉIS

LA FUNDICIÓN DEL ORO

Pavel Petrovich Gogol sólo alcanzaba a dar crédito a sus ojos, porque de joven había visto la totalidad del cuerpo acorazado del Ejército Rojo avanzando por el oeste de Ucrania y Polonia. Los vehículos de oruga que veía ahora eran más grandes y derribaban casi todos los árboles que los ingenieros aún no habían hecho volar con explosivos. La brevedad de la temporada no permitía andarse con sutilezas tales como la tala de árboles y la construcción de carreteras como en el decadente oeste. El equipo de exploración había encontrado la fuente del oro en polvo con sorprendente facilidad y ahora un equipo de ingenieros civiles y militares abría una pista hasta el lugar, arrasando la tundra y los árboles y depositando toneladas de grava en lo que algún día tal vez sería una carretera asfaltada, aunque dichas carreteras eran problemáticas en esas condiciones meteorológicas. Por ellas circularía maquinaria pesada de minería y material de construcción para los obreros, que no tardarían en construir sus casas en lo que habían sido los bosques «de Gogol». Le dijeron que le pondrían su nombre a la mina en honor a 61. Su única reacción había consistido en escupir en el suelo. También se habían llevado la mayoría de sus pieles de lobo doradas, después de pagar por ellas y, según él, con mucha generosidad. Le habían dado un nuevo rifle que le gustaba mucho: un Steyr austríaco con mira telescópica Zeiss, del calibre 338 Winchester Magnum norteamericano, más que suficiente para la caza local. El rifle era completa-mente nuevo y lo había disparado sólo quince veces, para asegurarse de que la mira estaba debidamente ajustada. El acero azulado era inmaculado, y la culata de nogal, realmente sensual, con su melosa pureza. ¡A cuántos alemanes podría haber matado con esto!, pensó Gogol. Y cuántos lobos y osos cazaría ahora.

Querían que abandonara su río y sus bosques. Le prometieron estancias en las playas de Sochi, cómodos pisos en cualquier lugar del país. Gogol respondió con un resuello. ¿Lo tomaban por un marica de ciudad? No, él era un hombre de los bosques, un hombre de las montañas, un hombre temido por los lobos y los osos, e incluso los tigres del sur probablemente habían oído hablar de él. Esta era su tierra. Y, a decir verdad, no sólo no conocía otro estilo de vida, sino que, en cualquier caso, era demasiado viejo para aprender. Lo que otros llamaban comodidades, para él eran molestias, y cuando llegara su hora se contentaría con morir en el bosque y dejar que los lobos y los osos se cebaran en su cuerpo. Era lo justo. Después de todo, él había matado y despellejado a muchos de ellos, y el deporte es el deporte.

La comida que le habían traído por avión, según dijeron, era bastante buena, especialmente la ternera, más sabrosa que el reno que comía habitualmente, y ahora tenía tabaco fresco para su pipa. A los periodistas de televisión les encantaba la pipa y lo alentaron a que les contara su vida en los bosques siberianos, así como sus mejores historias de osos y lobos. Pero nunca vería el documental televisivo que hacían sobre él; estaba demasiado lejos de lo que ocasionalmente denominaban «civilización» para tener su propio televisor. No obstante, procuró contar sus historias de forma clara y meticulosa, para que los hijos y nietos que nunca había tenido vieran el gran hombre que había sido. Como todos los hombres, Gogol tenía un buen sentido de la dignidad personal y habría sido un buen narrador en cualquier escuela infantil, cosa que no se les ocurrió a los burócratas y funcionarios que habían llegado para perturbar su existencia. En su lugar, lo veían como una especie de personaje televisivo y como ejemplo del individualista inquebrantable al que, por una parte, los rusos siempre habían idolatrado, y por otra, reprimido brutalmente.

Pero el verdadero sujeto del reportaje de cuarenta minutos, que elaboraba la televisión nacional rusa, no estaba realmente allí. Se encontraba a diecisiete kilómetros, donde un geólogo lanzaba al aire una pepita de oro del tamaño de un puño como si fuera una pelota, aunque pesaba mucho más que su volumen equivalente en hierro. Era la mayor pepita que habían encontrado. Ese yacimiento, explicó el equipo de geólogos ante las cámaras, era digno de una leyenda mitológica, tal vez del jardín del propio Midas. El alcance exacto de su riqueza era algo que sólo descubrirían cuando perforaran el suelo, pero el jefe del equipo de geólogos

estaba dispuesto a apostar su reputación profesional a que sería mucho mayor que la mina sudafricana, hasta ahora sobradamente la más extensa del planeta. Todos los días, las cintas grabadas por las cámaras se transmitían al satélite de comunicaciones ruso, que pasaba la mayor parte del tiempo sobre el Polo Norte; la mayor parte del país es demasiado septentrional para aprovecharse de los satélites geosincrónicos utilizados por el resto del mundo.

Eso no suponía ningún problema para la Agencia de Seguridad Nacional, que dispone de estaciones en el mundo entero. Una de ellas, situada en la localidad inglesa de Chicksands, captó la señal del satélite ruso y la transmitió inmediatamente a un satélite norteamericano de comunicaciones militares, que la mandó a Fort Meade en Maryland. Por suerte, la señal no estaba codificada y pudieron mandarla inmediatamente a lingüistas rusos para su traducción, y luego a la CIA y a otras instituciones nacionales para su evaluación. Dadas las circunstancias, el presidente de Estados Unidos vería la filmación una semana antes que el público ruso.

—Maldita sea, ¿quién es ese tipo, Jim Bridger? —preguntó Jack.

—Su nombre es Pavel Petrovich Gogol. Es el individuo a quien se atribuye el descubrimiento del yacimiento de oro. Fíjate —dijo Ben Goodley, en el momento en que la cámara captaba una fila de pieles de lobo doradas.

—Maldita sea, podrían colgarlas en el Smithsonian... como si fueran objetos salidos de una película de George Lucas... —comentó el presidente.

—O podrías comprarle una a tu esposa —sugirió Goodley. El presidente movió la cabeza.

—No... pero... tal vez si se tratara de una piel dorada de marta cebellina... ¿crees que los votantes lo aceptarían?

—Creo que pasaría la pregunta al señor Van Damm —respondió el consejero de Seguridad Nacional, después de reflexionar unos instantes.

—Sí, podría ser divertido verlo rabiar aquí, en el despacho oval. Por cierto, ¿no será secreta esta cinta?

—Sólo «confidencial».

—Bien, quiero mostrársela a Cathy esta noche.

La clasificación de la cinta no molestaría a nadie, ni siquiera a un periódico de gran circulación.

—¿La prefieres con subtítulos o doblada?

—Ambos detestamos los subtítulos —respondió Jack, mirándolo a los ojos.

—Entonces me ocuparé de que lo hagan en Langley —prometió Goodley.

—Se volverá loca cuando vea esa piel.

Con el dinero de su cartera de inversiones, Ryan se habían convertido en un buen conocedor de la alta joyería y peletería. Para las joyas, tenía un arreglo con Blickman's, una casa muy especial en el Rockefeller Center. Dos semanas antes de la última Navidad, una de sus vendedoras se había desplazado en tren a Washington, acompañada de dos guardias armados, a los que no se permitió entrar en el edificio de la Casa Blanca, después de que se organizara un gran revuelo entre la guardia exterior, al descubrir la presencia de hombres armados en el recinto, pero Andrea Price-O'Day apaciguó los ánimos y le mostró al presidente joyas clásicas y nuevas piezas creadas en la misma calle donde tenían sus dependencias, por un valor de cinco millones de dólares, y Ryan le compró algunas piezas. Su compensación fue ver cómo a Cathy casi se le salían los ojos de las órbitas bajo el árbol de Navidad y lamentaba que sólo le había comprado un juego de palos de golf Taylor. Pero eso no le importaba al presidente. Ver la sonrisa de su esposa el día de Navidad por la mañana era la mejor recompensa que podía obtener en la vida. Además, demostraba que tenía buen gusto con las joyas, que para un hombre era una de las mejores cualidades, por lo menos desde el punto de vista de su esposa. Pero, maldita sea, si pudiera conseguirle una de esas pieles de lobo... ¿Podría llegar a un acuerdo con Sergey Golovko?, se preguntó fugazmente. ¿Pero dónde diablos podría usarla? Debía ser práctico.

—Quedaría bien en el armario —dijo Goodley, al ver la mirada de su jefe perdida en la lejanía.

El color quedaría muy bien con su cabello dorado como la mantequilla. Después de unos momentos más de reflexión, movió la cabeza para alejar la idea de su mente.

—¿Algo más?

—Sorge ha generado nueva información. Se está procesando en este momento.

—¿Importante?

—La señora Foley no lo ha dicho, pero ya sabes cómo funciona.

—Desde luego, incluso las cosas insignificantes encajan para formar una buena imagen cuando es necesario.

La parte principal de la información estaba todavía en su caja fuerte. La triste realidad era que si bien, técnicamente, tenía tiempo de haberla leído, eso habría significado pasar menos tiempo con su familia y debería tratarse de algo sumamente importante para hacerlo.

—¿Que harán entonces los norteamericanos? —preguntó Fang, dirigiéndose a Zhang.

—¿Sobre la cuestión comercial? Se rendirán finalmente ante lo inevitable, nos concederán la calificación de nación altamente favorecida y retirarán su objeción a que nos incorporemos plenamente a la Organización Mundial de Comercio —respondió el ministro.

—Ya sería hora —comentó Fang Gan.

—Es verdad —reconoció Zhang Han San.

Hasta el momento se había ocultado perfectamente la situación financiera de la República Popular, que era una de las ventajas del sistema de gobierno comunista, como lo reconocerían ambos ministros, si alguna vez consideraran otra forma de gobierno. La pura verdad era que la República Popular se había quedado casi sin divisas, después de gastárselas principalmente en armamento y tecnología bélica en el mundo entero. Lo único llegado de Estados Unidos eran mercancías incidentales, sobre todo chips informáticos que podían utilizarse en casi cualquier artefacto mecánico. El material militar que compraban abiertamente procedía frecuentemente de Europa occidental y algunas veces de Israel. Norteamérica vendía las armas que destinaba a esta parte del mundo a los renegados de Taiwan, que evidentemente pagaban al contado. Eso era como una picadura de mosquito para el régimen continental, no muy grande ni peligrosa para la vida, pero sí algo molesto que producía escozor y cuanto más se rascaba, en lugar de mejorar empeoraba. Había más de mil millones de habitantes en la China continental y menos de treinta millones en la isla al otro lado del estrecho. La mal denominada República China utilizaba bien su población, que producía más de una cuarta parte de las mercancías y servicios que generaba anualmente la República Popular, con una cantidad cuarenta veces superior de obreros y campesinos. Pero si bien la China continental codiciaba las mercancías, los servicios y la riqueza resultante, no codiciaba el sistema político y económico que los hacía posibles. Su sistema, evidentemente, era muy superior, porque se basaba en una ideología mejor. El propio Mao lo había dicho.

Ninguno de esos dos miembros del Politburó, ni tampoco ninguno de los demás, reflejaba mucho de las realidades objetivas existentes. Estaban tan convencidos de sus creencias, como cualquier clérigo occidental de las suyas. No reconocían siquiera el hecho evidente de que la prosperidad de la que gozaba la República Popular se debía a empresas capitalistas autorizadas por dirigentes anteriores, a menudo contra las protestas y los gritos de horror de otros políticos de rango ministerial. Los últimos se contentaban con negarles influencia política a los que enriquecían el país, convencidos de que dicha situación duraría eternamente, y de que dichos empresarios e industriales se contentarían con ganar dinero y vivir en un lujo relativo, mientras ellos, los teóricos de la política, seguían dirigiendo los asuntos nacionales. Después de todo, ¿no era cierto que las armas y los soldados les pertenecían a ellos? Y la base del poder seguía siendo el cañón de una pistola.

—¿Estás seguro? —preguntó Fang Gan.

—Sí, camarada, completamente seguro. ¿No nos hemos portado «bien» con los yanquis? ¿No es verdad que últimamente no hemos amenazado a los bandidos taiwaneses?

—¿Y las quejas comerciales de los norteamericanos?

—¿No entienden cómo funcionan los negocios? —preguntó ostentosamente Zhang—. Les vendemos mercancías por su calidad y su precio. Compramos del mismo modo. Sí, lo reconozco, su empresa Boeing fabrica unos aviones excelentes, pero también lo hace la Airbus europea y los europeos han sido más... políticamente complacientes con nosotros. Norteamérica insiste en que abramos nuestros mercados a sus mercancías y nosotros lo hacemos; lentamente, por supuesto. Debemos conservar la llave del superávit que tan amablemente se nos ha brindado y adquirir los artículos que son importantes para nosotros. Pronto empezaremos a fabricar automóviles y los introduciremos en su mercado, como hicieron en otra época los japoneses. Dentro de cinco años, Fang, les estaremos sacando otros diez mil millones de dólares anuales a los norteamericanos... y eso, amigo mío, calculando muy por lo bajo.

—¿Tú crees?

—¡Sí! —afirmó categóricamente Zhang—. No repetiremos el error que cometieron al principio los japoneses, de venderles coches pequeños y feos. Ya estamos buscando ingenieros de estilo norteamericano, que nos ayuden a diseñar automóviles estéticamente agradables para los diablos blancos.

—Si tú lo dices...

—Cuando dispongamos del dinero necesario debemos reforzar nuestros ejércitos y nos convertiremos en la primera potencia mundial en todos los sentidos. Nuestra industria será la más importante del planeta. Militarmente, somos el centro del mundo.

—Me temo que esos planes son demasiado ambiciosos —dijo cautelosamente Fang—. En cualquier caso, no disponemos del tiempo necesario para llevarlos a cabo, ¿pero qué legado le dejaremos a nuestro país, si lo encaminamos por un rumbo equivocado?

—¿A qué equivocación te refieres, Fang? —preguntó Zhang—. ¿Dudas de nuestras ideas? Siempre la misma cuestión, pensó Fang, suspirando interiormente.

—Recuerdo cuando Deng dijo: «No importa que el gato sea blanco o negro, siempre y cuando cace ratones.» A lo que Mao respondió con un gruñido: «¿Qué emperador dijo eso?»

—Pero sí que importa, amigo mío, y tú lo sabes bien.

—Es cierto —asintió sumisamente Fang, que no quería una confrontación tan avanzado el día y con la jaqueca que tenía.

Con la edad, era aún mayor la pureza ideológica de Zhang que en su juventud y no había templado su ambición imperial. Fang suspiró de nuevo. Era partidario de abandonar el tema. No valía la pena. Pero insistiría sólo una vez más, para cubrirse políticamente las espaldas.

—¿Y si no lo hacen? —preguntó finalmente Fang.

—¿Qué?

—¿Si no nos siguen la corriente? ¿Si los norteamericanos crean problemas sobre el asunto comercial?

—No lo harán —aseguró Zhang.

—Pero si lo hacen, camarada, ¿qué haremos nosotros entonces? ¿Qué opciones tenemos?

—Pues supongo que podemos castigarlos con una mano y alentarles con la otra, anular algunos pedidos de Norteamérica e interesarnos por otras compras. Ha funcionado antes muchas veces —afirmó Zhang—. Ese presidente, Ryan, es previsible. Sólo necesitamos controlar las noticias. No le daremos nada que pueda utilizar contra nosotros.

Zhang y Fang siguieron hablando de otros temas, hasta que el último regresó a su despacho donde, una vez más, le dictó a Ming las notas de su conversación y ella las introdujo en su ordenador. El ministro pensó en invitarla a su apartamento, pero finalmente decidió no hacerlo. Aunque en las últimas semanas estaba más atractiva que nunca y no le habían pasado inadvertidas sus sonrisas en la oficina, había sido un día muy largo y estaba demasiado cansado, a pesar de lo bien que se lo solía pasar con Ming. El ministro Fang no sospechaba que sus notas estuvieran en Washington, en menos de tres horas.

—¿Qué opinas, George?

—¿Qué coño es esto, Jack? ¿Y cómo diablos lo hemos conseguido.

—Una comunicación interna, más o menos, del gobierno de la República Popular China, George. Y en cuanto a cómo lo hemos obtenido, no, insisto, no necesitas saberlo.

El documento había sido mejor lavado, refregado, que los ingresos de la mafia. Todos los apellidos habían sido cambiados, al igual que la sintaxis y los adjetivos, para ocultar pautas lingüísticas. Se creía, o mejor dicho, se tenía la esperanza de que ni siquiera los autores reconocieran sus propias palabras. Pero se había respetado el contenido, en realidad incluso se había mejorado, ya que las sutilezas del mandarín se habían adaptado perfectamente al inglés de Norteamérica. Esta había sido la parte más difícil. No es fácil traducir de un idioma a otro. Las denotaciones de las palabras son una cosa. Las connotaciones, otra, que nunca tienen realmente paralelismo en otra lengua. Los lingüistas empleados por los servicios de inteligencia estaban entre los mejores del país, eran lectores habituales de poesía, que a veces publicaban artículos firmados en las revistas para divulgar sus conocimientos e, indudablemente, su amor por el idioma extranjero de su elección, entre otros de semejante parecer. El resultado eran unas traducciones bastante buenas, pensaba Ryan, aunque siempre las miraba con cierto recelo.

—¡Esos gilipollas! Hablan de cómo piensan jodernos —exclamó George Winston, que a pesar de su riqueza conservaba el habla de sus orígenes de clase obrera.

—George, son negocios, nada personal —respondió el presidente, intentando calmarlo.

El secretario de la Tesorería levantó la mirada del documento.

—Jack, cuando dirigía el Grupo Columbus debía considerar a todos mis inversores como miembros de mi familia, ¿vale? Su dinero tenía que ser tan importante para mí como el mío. Esa era mi obligación profesional como asesor de inversiones.

—Lo sé, George —asintió Jack—. Por eso te pedí que formaras parte del gabinete. Eres honrado.

—Bien, pero ahora soy secretario de la jodida Tesorería, ¿vale? Eso significa que todos los ciudadanos de este país forman parte de mi familia y esos cabrones orientales pretenden joder a mi país, a toda esa gente —respondió el secretario Winston, gesticulando en dirección a las gruesas ventanas del despacho oval—, esas personas que confían en nosotros para mantener la economía equilibrada. ¿De modo que pretenden convertirse en una «nación favorecida»? ¿Y quieren ingresar en la Organización Mundial de Comercio? ¡Pues que se jodan!

El presidente Ryan se permitió una carcajada matutina y se preguntó si los agentes del servicio secreto habrían oído la voz de George y se habrían acercado a la mirilla de la puerta, para ver a qué se debía el escándalo.

—Café y bollos, George. Incluso la mermelada de pomelo está deliciosa.

El secretario se levantó y dio la vuelta al sofá, agitando la cabeza como un semental alrededor de una yegua en celo.

—De acuerdo, Jack, me tranquilizaré, pero tú estás acostumbrado a esa mierda, yo no —dijo antes de hacer una pausa y sentarse de nuevo—. Es cierto que en Wall Street contamos chistes, circulan anécdotas, e incluso nos confabulamos un poco, ¡pero no jodemos deliberadamente a la gente! ¡Yo nunca lo he hecho! ¿Y sabes lo peor?

—¿Qué, George?

—Son unos estúpidos, Jack. Creen que pueden jugar con el mercado según sus pequeñas teorías políticas y que todo caerá en su sitio, como un puñado de soldados salidos del campamento de instrucción. Esos pequeños cabrones serían incapaces de dirigir un supermercado y obtener beneficios, pero les permiten manejar su economía nacional y pretenden manejar también la nuestra.

—Te has desahogado?

—Te parece gracioso? —preguntó Winston, enojado.

—George, nunca te había visto tan excitado. Tu pasión me sorprende.

—¿Por quién me tomas, por Jay Gould?

—No —respondió juiciosamente Ryan—. Pensaba más bien en J. P. Morgan.

El comentario surtió el efecto deseado. El secretario de la Tesorería se rió.

—De acuerdo, tienes razón. Morgan fue en realidad el primer presidente de la Reserva Federal, a la que llegó como ciudadano privado, e hizo un buen trabajo, aunque eso es

probablemente una función institucional, porque no hay muchos J. P. Morgan donde elegir. Bien, señor presidente, me ha tranquilizado. Sí, son negocios, no asuntos personales. Y nuestra respuesta a su repugnante actitud política será también política. La República Popular China no será catalogada como «nación favorecida». No ingresarán en la Organización Mundial de Comercio, cosa que, por cierto, no se merecen, a juzgar por el tamaño de su economía. Y creo que les aplicaremos rigurosamente la Ley de Reforma del Comercio. Ah, hay algo más y me sorprende que no esté aquí —agregó Winston, señalando el informe.

—¿De qué se trata?

—Creo que podemos agarrarlos fácilmente de los pelos. La CIA no está de acuerdo, pero Mark Gant cree que su reserva de divisas es bastante escasa.

—¿En serio? —preguntó el presidente, mientras removía su café.

—No olvides que Mark es mi pequeño técnico —asintió enfáticamente Winston—. Es muy bueno en la elaboración de modelos informáticos. He organizado su propia sección, para que se ocupe de vigilar varias cosas. También he llamado al catedrático de Economía de la Universidad de Boston, Morton Silber, que es muy bueno con los microprocesadores. En cualquier caso, Mark ha estado estudiando el caso de la República Popular y cree que están al borde del Gran Cañón, porque se han dedicado a dilapidar su dinero, sobre todo en material bélico y maquinaria pesada, como para fabricar tanques y cosas por el estilo. Es una repetición del viejo comunismo, están obsesionados con la industria pesada. Están perdiendo el tren de la electrónica. Disponen de pequeñas empresas que fabrican juegos de ordenador y cosas parecidas, pero no aplican la tecnología en su país, salvo esa nueva empresa de informática que está robando a Dell.

—¿Entonces crees que esto es lo que debemos plantearles en las negociaciones comerciales?

—Es lo que pienso recomendarle a Scott Alder durante el almuerzo —respondió el secretario de la Tesorería—. Se lo hemos advertido, pero ahora vamos a presionarlos.

—Respecto a su cuenta exterior, ¿cómo está realmente?

—Mark cree que sus reservas son negativas.

—¿Están en el pozo? ¿Cuánto? —preguntó el presidente.

—Dice que, por lo menos, quince mil millones, mayormente en préstamos de bancos alemanes, pero los alemanes no lo han mencionado y no sabemos exactamente por qué. Podría tratarse de una transacción perfectamente normal, pero Alemania o la República Popular quieren mantener el secreto.

—No creo que fueran los alemanes, ¿no te parece? —preguntó a continuación el presidente.

—Probablemente, no. Sería buena publicidad para sus bancos. Seguramente son los chinos quienes lo encubren.

—¿Hay forma de confirmarlo?

—Tengo algunos amigos en Alemania. Puedo hacer algunas preguntas, o encargarle a un amigo que lo haga por mí. Supongo que así será mejor. Todo el mundo sabe que ahora trabajo para el gobierno y eso me convierte en un hombre siniestro —comentó Winston con una ligera sonrisa—. En cualquier caso, hoy voy a almorzar con Scott. ¿Qué le digo sobre las negociaciones comerciales?

Ryan reflexionó unos segundos. Este era uno de esos momentos, aterradores a su parecer, cuando sus palabras forjarían la política de su propio país y posiblemente también la de otros. Era fácil hablar a la ligera, decir lo primero que se le ocurriera, pero no, no podía hacerlo. Momentos como aquél eran demasiado importantes, demasiado vastos en sus consecuencias potenciales y no podían permitir que su capricho forjara la política gubernamental. Debía reflexionar a fondo, tal vez con rapidez, pero a fondo.

—Necesitamos que China sepa que queremos el mismo acceso a sus mercados, que nosotros les hemos concedido a los nuestros y que no les permitiremos vender productos de empresas norteamericanas, sin la compensación correspondiente. George, quiero que el campo de juego sea llano y justo para todos. Si no quieren jugar de ese modo, empezaremos a perjudicarlos.

—Me parece justo, señor presidente. Le pasaré el mensaje a tu secretario de Estado. ¿Quieres que le entregue también esto? —preguntó Winston, con el informe de Sorge en la mano.

—No, Scott ya tiene el suyo. Por cierto, George, ten muchísimo cuidado con esto. Si se divulga esta información, un ser humano morirá —dijo el presidente, ocultando deliberadamente el sexo de la persona en cuestión y confundiendo por tanto al secretario de la Tesorería.

Pero eso tampoco era personal, sino política.

—Lo guardaré en mi fichero confidencial —respondió, consciente de que ambos sabían que era un lugar bastante seguro—. Es interesante leer la correspondencia de otro, ¿no te parece?

—Prácticamente la mejor inteligencia que existe —reconoció Ryan.

—Los muchachos de Fort Meade, ¿no es cierto? ¿Han pinchado un teléfono móvil vía satélite?

—Las fuentes y los métodos, George, realmente no quieras saberlos. Siempre existe la posibilidad de que lo menciones al hombre equivocado por error y luego tengas el peso de la muerte de una persona sobre tu conciencia. Es algo que conviene evitar, créeme.

—Entendido, Jack. Bien, debo empezar mi jornada laboral. Gracias por el café y el bollo, jefe.

—De nada, George. Hasta luego.

Ryan consultó su agenda, mientras el secretario avanzaba por el pasillo desde donde descendería, saldría al exterior porque el ala del oeste no estaba realmente unida a la Casa Blanca propiamente dicha, entraría de nuevo en el edificio y luego se internaría por el túnel que conducía a la Tesorería.

En la antesala del despacho de Ryan, los agentes del servicio secreto consultaron también la agenda, pero su copia incluía, además, un informe del centro nacional de asuntos penales, para asegurarse de que no permitían el acceso de ningún asesino convicto al sanctasanctórum de los Estados Unidos de América.

DIECISIETE

LA ACUÑACIÓN DEL ORO

Scott Adler era considerado demasiado joven e inexperto para su trabajo, pero ése era el parecer de políticos en potencia que habían alcanzado casi la cima del escalafón, mientras que Adler había sido diplomático de carrera desde que se licenció en Derecho y Diplomacia en la Universidad de Tufts, hacía veintiséis años. Los que lo habían visto trabajar, lo consideraban un diplomático muy astuto. Y los que jugaban con él al póquer, cosa que a Adler le gustaba hacer antes de una reunión o negociación importante, pensaban de él que era un hijo de puta muy afortunado.

Su despacho, en el séptimo piso del edificio del Departamento de Estado, era espacioso y cómodo. Tras su escritorio había una cómoda, con las habituales fotos enmarcadas de su esposa, sus hijos y sus padres. No le gustaba llevar puesta la chaqueta cuando se sentaba a la mesa, porque le resultaba incómoda. Eso escandalizaba a algunos de los burócratas decanos del Departamento de Estado, que lo consideraban una informalidad completamente inaceptable. Evidentemente se la ponía para reuniones importantes con dignatarios extranjeros, pero no consideraba que las reuniones internas fueran suficientemente importantes como para estar incómodo.

A George Winston le parecía perfectamente apropiado y se quitaba la suya en el momento de entrar en el despacho. Al igual que él, Scott Adler se consagraba al trabajo y ésas eran las personas con las que Winston se sentía más a gusto. A pesar de haber sido siempre funcionario del gobierno, ese hijo de puta tenía ética profesional, que era más de lo que podía decirse de muchos de los empleados en su propio departamento. Hacía todo lo posible para eliminar a los zánganos, pero no era fácil y las normas del funcionariado convertían el despido del personal improductivo en una operación muy compleja.

—¿Has leído el material chino? —preguntó Adler, cuando acababan de depositar la bandeja del almuerzo sobre la mesa.

—Sí, Scott. Menuda mierda, amigo.

—Bienvenido a bordo. El material secreto que recibimos puede ser muy interesante —respondió Adler, que disponía de su propio servicio de espionaje en el Departamento de Estado, denominado Inteligencia e Investigación, y que aunque no podía competir con la CIA y demás servicios secretos, de vez en cuando extraía algún pequeño diamante en bruto del espeso lodo diplomático—. ¿Qué opinas de nuestros hermanitos amarillos?

Winston reprimió un gruñido.

—Amigo mío, puede que incluso deje de comer su maldita comida.

—Hacen que nuestros peores estafadores parezcan la madre Teresa. Son unos cabrones sin conciencia alguna, George, no cabe duda.

Winston empezó a sentir súbitamente un mayor afecto por Adler. Alguien que hablara de ese modo tenía verdaderas posibilidades. Ahora le correspondía a él actuar con frialdad profesional, para contrarrestar la jerga callejera de Adler.

—¿Crees entonces que actúan impulsados por su ideología?

—Completamente... bueno, quizás con un poco de corrupción agregada, pero no olvides que, a su parecer, la astucia política les concede el derecho a vivir mejor, y por consiguiente para ellos no es corrupción. Se limitan a cobrarles un tributo a los campesinos; la palabra «campesino» todavía se usa en su país.

—En otras palabras, ¿tratamos con duques y condes?

El secretario de Estado asintió.

—Esencialmente, así es. Tienen un sentido extraordinario de los derechos personales. No están acostumbrados a oír la palabra «no» en forma alguna y, por consiguiente, no siempre saben qué hacer cuando la oyen de alguien como yo. De ahí que a menudo estén en situación de desventaja en las negociaciones, por lo menos cuando nos ponemos duros. No solemos

hacerlo, pero el año pasado, después del atentado del Airbus, me puse un poco intransigente y a continuación concedimos reconocimiento diplomático a la República China de Taiwan.

Eso molestó profundamente a la República Popular, a pesar de que el gobierno de la República China no ha declarado oficialmente su independencia.

—¿Cómo? —preguntó el secretario de la Tesorería, a quien el detalle le había pasado por alto.

—Sí, la población de Taiwan practica un juego bastante equilibrado y razonable. Nunca han hecho nada que realmente pudiera ofender a la China continental. Aunque tienen embajadas en todo el mundo, nunca han proclamado que sean una nación independiente. Eso enfurecería a los chinos de Pekín. Tal vez los habitantes de Taipei consideren que sería de mala educación o algo por el estilo. Entretanto, tenemos un acuerdo del que Pekín es consciente. Si alguien se mete con Taiwan, aparece la séptima flota para vigilar la situación y no permitiremos ninguna amenaza militar contra el gobierno de la República China. La República Popular no dispone de una armada que preocupe demasiado a nuestros muchachos y, por consiguiente, lo único que se intercambian son palabras —dijo Adler, levantando la vista de su bocadillo—. Ya sabes, «a palabras necias, oídos sordos».

—Esta mañana he desayunado con Jack y hemos hablado de las negociaciones comerciales.

—¿Y Jack quiere que nos pongamos un poco más duros? —preguntó el secretario de Estado.

No era sorprendente. Ryan siempre había preferido jugar limpio y eso era algo poco común en las relaciones entre distintos países.

—Efectivamente —respondió Winston, después de darle un mordisco a un bocadillo.

Una característica de las personas de clase obrera como Adler, pensaba el secretario de la Tesorería, era que sabían lo que era un buen almuerzo. Estaba harto de comer delicadezas francesas al mediodía. Se suponía que el almuerzo debía ser un trozo de carne envuelto en pan. La comida francesa estaba bien, pero para la cena, no para el almuerzo.

—¿Cómo de duros?

—Debemos conseguir lo que queremos. Es preciso que se acostumbren a la idea de que ellos nos necesitan a nosotros mucho más que nosotros a ellos.

—Eso es mucho, George. ¿Qué ocurre si no nos escuchan?

—Llama más fuerte a la puerta, o a su cabeza. Scott, ¿no has leído tú el mismo documento que yo esta mañana?

—Sí —confirmó el secretario de Estado.

—La gente a la que dejan sin empleo son ciudadanos norteamericanos.

—Lo sé. Pero recuerda que no podemos dictar órdenes a un país soberano. Así no es como funciona el mundo.

—Bien, de acuerdo, pero podemos decirles que ellos tampoco nos pueden dictar prácticas comerciales a nosotros.

—George, desde hace mucho tiempo Norteamérica ha adoptado una actitud muy suave en este sentido.

—Tal vez, pero el Decreto de Reforma del Comercio ha entrado ahora en vigor...

—Sí, lo recuerdo. También recuerdo que involucré al país en una guerra —dijo Adler.

—Ganamos. Yo también lo recuerdo. Y puede que otros también lo recuerden. Scott, tenemos un déficit enorme en nuestra balanza comercial con los chinos. El presidente dice que eso debe acabar. Yo estoy de acuerdo. Si nosotros podemos comprarles a ellos, maldita sea, ellos deben comprarnos a nosotros, o de lo contrario adquiriremos los palillos y los ositos de peluche en otro lugar.

—Hay puestos de trabajo en juego —advirtió Adler—. Saben cómo jugar esa baza. Anulan contratos, dejan de comprarnos productos acabados y algunos de nuestros obreros también pierden su empleo.

—O, si tenemos éxito, les vendemos más productos acabados y nuestras industrias contratan más personal para fabricarlos. Juega a ganar, Scott —sugirió Winston.

—Siempre lo hago, pero esto no es un juego de béisbol con reglas y verjas. Es como una regla en plena niebla. Uno no siempre ve al adversario y la maldita línea de llegada es prácticamente invisible.

—Entonces puedo regalarte un radar. ¿Qué te parece si uno de mis chicos te echa una mano?

—¿Quién?

—Mark Gant. Es mi gurú informático. Conoce a fondo los asuntos desde un punto de vista técnico y monetario.

Adler reflexionó. Ese siempre había sido un punto débil en el Departamento de Estado. No muchos conocedores del mundo de los negocios acababan en el servicio diplomático y aprenderlo en los libros no era lo mismo que vivirlo en el mundo real, aunque muchos «profesionales» del Departamento de Estado no fueran suficientemente conscientes de ello.

—De acuerdo, mándamelo. Pero, dime, ¿cómo se supone que debemos ponernos de duros?

—Bueno, supongo que eso tendrás que hablarlo con Jack, pero por lo que me ha dicho esta mañana, quiere que se equilibre el campo de juego.

Era fácil decirlo, pensó Adler, pero no tanto conseguirlo. Sentía afecto y admiración por el presidente Rvan, pero no le pasaba inadvertido el hecho de que no era el hombre más paciente del mundo y, en el mundo de la diplomacia, la paciencia lo era todo. Maldita sea, la paciencia era prácticamente lo único.

—Bien —respondió después de unos momentos de reflexión—. Lo hablaré con él, antes de indicarles a mi personal lo que deben decir. Esto podría ponerse feo. Los chinos juegan duro.

—La vida es una putada, Scott —comentó Winston.

—De acuerdo, tomo nota —sonrió el secretario de Estado—. Veremos lo que dice Jack. Por cierto, ¿cómo va el mercado?

—Todavía bastante sano. Los precios y ganancias siguen ligeramente desequilibrados, pero en general aumentan los beneficios, la inflación está bajo control y la comunidad de inversores se siente a gusto. El presidente de la Reserva Federal mantiene un buen control de la política monetaria. Conseguiremos los cambios que deseamos en el código tributario. Todo tiene bastante buen aspecto. Siempre es más fácil navegar cuando la mar está en calma.

—Sí, algún día deberé probarlo —respondió Adler con una mueca.

Sin embargo, él tenía órdenes de desencadenar un maremoto. Sería interesante.

—¿Cuál es el estado de preparación de la tropa? —preguntó el general Diggs a sus oficiales reunidos.

—Podría ser mejor —reconoció el coronel en jefe de la primera brigada—. Últimamente han escaseado los fondos para la instrucción. Tenemos el equipo y los soldados, y pasamos mucho tiempo en los simuladores, pero no es lo mismo que salir al campo.

Todos asintieron.

—Es un problema para mí, señor —dijo el teniente coronel Angelo Giusti, comandante del primer escuadrón del cuarto regimiento acorazado de caballería, conocido en el ejército como «cuarto caballo», que era la unidad de reconocimiento de la división y su comandante estaba a las órdenes directas del general de los Primeros Tanques, en lugar de recibir órdenes del comandante de la brigada—. No puedo sacar a mis hombres y es difícil entrenar para el reconocimiento sin salir del cuartel. Los agricultores locales se ponen bastante furiosos cuando aplastamos sus campos y, por tanto, debemos fingir que hacemos reconocimiento desde carreteras asfaltadas. El caso es que no podemos, señor, y eso me preocupa.

Era innegable que hacer circular carros blindados por un campo de maíz era duro para el maíz y, si bien tras todas las formaciones del ejército estadounidense había un vehículo, cuyos pasajeros compensaban inmediatamente a los agricultores por el daño causado, los alemanes

eran gente ordenada y los dólares norteamericanos no siempre compensaban el desorden repentino de los campos. Había sido más fácil cuando el Ejército Rojo estaba al otro lado de la verja, amenazando Alemania occidental con la muerte y la destrucción, pero ahora Alemania era un país soberano y los rusos, que se habían retirado más allá de Polonia, habían dejado de suponer la amenaza de antaño. Había unos pocos lugares donde las grandes formaciones podían hacer maniobras, pero había que reservar con tanta antelación como para bailar con la más bella de las doncellas, en una fiesta de puesta de largo. Por consiguiente, el «cuarto caballo» pasaba también demasiado tiempo en los simuladores.

—De acuerdo —dijo Giggs—. La buena noticia es que vamos a beneficiarnos del nuevo presupuesto federal. Disponemos de muchos más fondos para entrenamiento y podemos empezar a gastarlos en doce días. Coronel Masterman, ¿se le ocurre alguna forma de gastarlos?

—Sí, general, creo que se me ocurrirá algo. ¿Podemos imaginar que estamos de nuevo en 1983?

En plena guerra fría, el séptimo ejército alcanzó un excelente nivel de entrenamiento sin parangón en la historia militar, como se demostró finalmente en Irak en lugar de Alemania, pero con un efecto espectacular. En 1983 había empezado a estar realmente vigente el incremento de financiación, hecho del que se percataron plenamente los agentes secretos del KGB y del GRU, hasta entonces convencidos de que el Ejército Rojo podría ser capaz de derrotar a la OTAN. En 1984, incluso los oficiales rusos más optimistas habían abandonado permanentemente dicha idea. Si lograban recuperar aquel nivel de entrenamiento, todos los oficiales reunidos sabían que sus soldados se sentirían felices, porque aunque el entrenamiento fuera duro, ésa era la razón por la que se habían alistado. Un soldado en el campo suele ser un soldado feliz.

—Coronel Masterman, la respuesta a su pregunta es sí. Volviendo a mi pregunta original, ¿cuál es el estado de preparación de la tropa?

—Nuestro nivel es aproximadamente de un ochenta y cinco por ciento —respondió el comandante de la segunda brigada—. Probablemente un noventa, más o menos, para la artillería...

—Gracias, coronel, estoy de acuerdo —interrumpió el coronel en jefe de la división de artillería.

—Pero todos sabemos lo fácil que es la vida para los artilleros —agregó con sarcasmo el comandante de la segunda brigada.

—¿La aviación? —preguntó Diggs.

—Señor, mi personal está a tres semanas del cien por cien. Afortunadamente, nosotros no destruimos ningún campo de maíz cuando estamos ahí arriba practicando. Mi única queja es que es demasiado fácil para mis muchachos localizar los tanques, cuando tienen que permanecer necesariamente en las carreteras, y no les vendrían mal unas prácticas un poco más realistas. Pero sí, señor, mis pilotos están en condiciones de enfrentarse a cualquiera, especialmente los apaches.

Los pilotos «de serpiente» disfrutaban con un régimen de carne cruda y bebés humanos. Los problemas que habían tenido en Yugoslavia unos años antes habían alarmado a mucha gente y la comunidad aérea había resuelto con presteza la situación.

—Bien, veo que todos están en bastante buena forma, pero no creo que les importe mejorar un poco, ¿no es así? —preguntó Diggs.

Todos asintieron, como era de suponer. Se había informado sobre todos sus mandos cuando cruzaba el charco. Había poco entre ellos que fuera desechable. El ejército tenía menos problemas que otros servicios para conservar a las personas valiosas. Las líneas aéreas no intentaban contratar a comandantes de tanques de la primera acorazada, aunque siempre intentaban robar pilotos de las fuerzas aéreas y, si bien a los cuerpos de policía les encantaba contratar personal de infantería con experiencia, su división contaba sólo con unos mil quinientos soldados y eso era la debilidad estructural de una división acorazada: insuficientes hombres con rifles y bayonetas. Una división de tanques norteamericana estaba extraordinariamente bien organizada para ocupar territorio, aniquilando a todo aquel que se encontrara en la zona que pretendían ocupar, pero no tan bien equipados para conservar el terreno conquistado. El ejército estadounidense nunca había sido un ejército conquistador. En

realidad, su espíritu había sido siempre liberador y por tanto esperaban que los habitantes del lugar ofrecieran su ayuda, o por lo menos mostraran su gratitud, pero no hostilidad. Esto constituía una parte tan fundamental de la historia militar norteamericana, que sus altos mandos raramente pensaban en otras posibilidades, si es que alguna vez lo hacían. Vietnam formaba ya parte de un pasado remoto. Incluso Diggs era entonces demasiado joven para participar en el conflicto y a pesar de que le habían dicho la suerte que había tenido de habérselo perdido, eso era algo en lo que casi nunca pensaba. Vietnam no había sido su guerra y en realidad no quería saber nada de infantería ligera en la jungla. El pertenecía a la caballería y su idea de combate eran tanques y Bradleys en campo abierto.

—Bien, caballeros. Quiero reunirme por separado con cada uno de ustedes durante los próximos días. Luego precisaré salir para ver sus unidades. Comprobarán que es bastante fácil trabajar para mí —dijo, refiriéndose a que no chillaba como otros generales, y a pesar de que exigía excelencia al igual que cualquiera, no creía que humillar a alguien en público fuera la manera de conseguirlo—, y sé que todos ustedes son bastante buenos. Dentro de seis meses a lo sumo quiero que esta división esté lista para enfrentarse a lo que se presente. Sea lo que sea.

¿Quién podría ser? —pensó el coronel Masterman—. ¿Los alemanes? Podría ser un poco más difícil motivar a la tropa, dada la ausencia total de una amenaza verosímil, pero el puro placer de ser soldado no era tan diferente del de jugar al fútbol. Para la persona adecuada, simplemente era divertido jugar en el barro con grandes juguetes y, con el transcurso del tiempo, empezaban a preguntarse cómo sería en una situación real. Había un contingente en los primeros tanques, de los regimientos 10. y 11., que había luchado el año anterior en Arabia Saudita y que, como todos los soldados, explicaban sus anécdotas. Pero pocas eran desgraciadas. En general contaban lo mucho que esa guerra se había parecido a unas maniobras, y tildaban a los que habían sido sus enemigos de «po

bres, imbéciles, hijos de puta», es decir, que a fin de cuentas no merecían siquiera ser sus enemigos. Pero eso sólo les servía para presumir un poco más. Una guerra ganada en su mayoría sólo deja buenos recuerdos, especialmente si ha sido breve. Se levantaban las copas y se brindaba por los caídos con tristeza y respeto, pero la experiencia global no había sido mala para los soldados que habían participado en la misma.

No era que los soldados anhelaran entrar en combate, sino que a menudo se sentían como futbolistas, que después de mucho entrenamiento nunca llegaban a jugar realmente un partido. Intelectualmente, sabían que el combate era el juego de la muerte, no como el fútbol, pero eso era demasiado teórico para la mayoría de ellos. Los artilleros de los tanques disparaban en las prácticas de tiro, y si el objetivo era de acero, tenían la satisfacción de ver las chispas del impacto, pero no era exactamente lo mismo que ver estallar la torreta del objetivo envuelta en llamas y humo... y ser consciente de que las vidas de tres o cuatro personas habían sido extinguidas, como las velas de un pastel de aniversario frente a un niño de cinco años. Los veteranos de la segunda guerra del Golfo hablaban ocasionalmente de la sensación de ver el resultado de su trabajo, generalmente con un «maldita sea, hermano, fue algo realmente terrible», pero no solía ir más allá. Para los soldados, matar no era realmente asesinar cuando se distanciaban del hecho; ellos habían sido el enemigo y ambos participaban en el mismo juego de la muerte en el campo de batalla, donde uno había ganado y el otro perdido, y si uno no estaba dispuesto a correr ese riesgo, ¿para qué ponerse el uniforme? Además, estaban acostumbrados a oír: «Entrénate mejor, imbécil, porque aquí va en serio.» Y ésa era la otra razón por la que a los soldados les gustaba el entrenamiento. No era sólo un ejercicio duro e interesante y bastante divertido. Era un seguro de vida si el juego llegaba a convertirse en realidad y a los soldados, igual que a los jugadores, les gustaba tener buenas cartas.

Diggs dio la reunión por concluida y le indicó al coronel Masterman que se quedara.

—¿Y bien, Duke?

—He estado husmeando. Lo que he visto está bastante bien, señor. Giusti es especialmente bueno y no deja de insistir en el entrenamiento. Eso me gusta.

—A mí también —reconoció inmediatamente Diggs—. ¿Qué más?

—Como ha dicho el jefe, la artillería está en bastante buena forma y las brigadas móviles se desenvuelven satisfactoriamente considerando la falta de práctica en el campo. Puede que no les guste mucho ser los simuladores, pero les sacan buen provecho. Están

aproximadamente a un veinte por ciento de nuestro nivel en el décimo de caballería, cuando jugábamos con los israelíes en el Negev, y eso no está nada mal. Si me concede tres o cuatro meses en el campo, señor, estarán listos para tomar el mundo.

—Bien, Duke, le entregaré el cheque la semana próxima. ¿Están listos sus planes?

—Pasado mañana. Voy a dar unas vueltas en helicóptero, para estudiar el terreno que podemos y que no podemos utilizar. Hay una brigada alemana dispuesta a ser nuestro rival.

—¿Son buenos?

—Eso aseguran. Supongo que habrá que verlo. Recomiendo que mandemos primero la segunda brigada. Están ligeramente mejor preparados que las otras dos. El coronel Lisle es nuestro mando.

—Su historial parece bastante bueno. Conseguirá su estrella en la próxima promoción.

—Se la merece —reconoció Masterman.

¿Y qué ocurre con la mía?, pensó aunque no se atrevió a preguntar. Consideraba que merecía el ascenso, pero en realidad nunca se sabía. En cualquier caso, por lo menos trabajaba para otro miembro de la caballería.

—Bien, ¿podrá mostrarme mañana sus planes para la próxima aventura de la segunda brigada en el campo?

—Sí señor, grosso modo —respondió Masterman, inclinando la cabeza, antes de dirigirse a su despacho.

—¿Cómo de duro? —preguntó Cliff Rutledge.

—Acabo de hablar por teléfono con el presidente —respondió Adler—y dice que quiere lo que quiere que es nuestro trabajo conseguirlo.

—Eso es un error, Scott —advirtió el ayudante del secretario de Estado.

—Error o no, trabajamos para el presidente.

—Supongo que sí, pero Pekín ha sido bastante razonable al no ensañarse con nosotros por lo de Taiwan. Puede que éste no sea el mejor momento para presionarlos tanto.

—Mientras hablamos, se están perdiendo puestos de trabajo norteamericanos debido a su política comercial —señaló Adler—. ¿En qué momento bastante se convierte en demasiado?

—Supongo que es Ryan quien lo decide.

—Eso dice la Constitución.

—Y quieres que yo me reúna con ellos, ¿no es cierto? El secretario de Estado asintió.

—Exactamente. Dentro de cuatro días. Redacta tu posición por escrito y muéstramela antes de entregársela, pero quiero que sepan que no bromeamos. El déficit comercial debe disminuir y debe hacerlo pronto. No pueden ganar tanto dinero con nosotros y gastárselo en otro lugar.

—Pero a nosotros no pueden comprarnos armamento —señaló Rutledge.

—¿Para qué necesitan tanto armamento? —preguntó retóricamente Scott Adler—. ¿Qué enemigos exteriores tienen?

—Responderán que su seguridad nacional es asunto suyo.

—Y nosotros les responderemos que nuestra seguridad económica es asunto nuestro y que ellos no colaboran.

Eso significaba señalar a la República Popular, que parecían prepararse para una guerra, pero Rutledge les preguntaría, con una sangre fría premeditada, contra quién se proponían luchar y si eso era bueno para el mundo.

—De acuerdo, puedo presentar nuestro caso —dijo Rutledge, después de ponerse de pie—. No me siento muy a gusto con la situación, pero supongo que eso no importa.

—También es cierto —respondió Adler, a quien no le gustaba mucho Rutledge.

Su historial y sus ascensos eran más políticos que meritorios. Por ejemplo, había sido íntimo amigo del vicepresidente Kealty, pero después de que se apaciguaron los ánimos respecto a aquel incidente, Cliff había lavado su imagen con admirable rapidez. Probablemente

no obtendría otro ascenso. Había llegado tan lejos como era posible sin vínculos políticos realmente importantes, como ser profesor en el colegio Kennedy de Harvard, donde era un personaje público que aparecía en las noticias de la televisión por la noche, con la esperanza de llamar la atención del político potencial adecuado. Pero eso era puramente una cuestión de suerte. Rutledge había llegado más lejos de lo que el mérito podía justificar, pero con un sueldo cómodo y mucho prestigio en los cócteles de Washington, donde siempre era uno de los principales invitados. Y eso significaba que, cuando dejara de trabajar para el gobierno, aumentaría considerablemente sus ingresos en alguna empresa de asesoría. Adler sabía que también podía hacerlo, pero con toda probabilidad no lo haría. Seguramente se haría cargo del colegio Fletcher en Tufts, e intentaría transmitir lo que había aprendido a una nueva generación de diplomáticos en potencia. Realmente era demasiado joven para jubilarse y las perspectivas en el gobierno eran escasas después de haber ocupado el cargo de secretario de Estado, pero la vida académica no estaría demasiado mal. Además, podría realizar algunos trabajos de asesoría y escribir algunos artículos para los periódicos, donde jugaría el papel de sabio estadista decano.

—Bien, voy a trabajar —dijo Rutledge cuando salía por la puerta y giraba a la izquierda, para dirigirse a su propio despacho del séptimo piso.

Bien, eso era un bombón, pensó el ayudante del secretario, aunque el chocolate fuera amargo. Ese Ryan no era como debía ser un presidente. Creía que las relaciones internacionales consistían en apuntar con armas a la cabeza de la gente y exigir, en lugar de razonar con ellos. El método de Rutledge era más lento, pero mucho más seguro. Había que dar algo, para conseguir algo a cambio. Claro que tampoco quedaba mucho por darles a la República Popular, salvo tal vez renunciar al reconocimiento diplomático de Taiwan. No era difícil comprender la razón por la que lo habían hecho, pero no dejaba de ser un error. No era del agrado de la República Popular y uno no podía permitir que un maldito «principio» se interpusiera en el camino de la realidad internacional. La diplomacia, al igual que la política, en la que Ryan también era tristemente deficiente, era una cuestión práctica. Había mil millones de habitantes en la República Popular y eso merecía un respeto. Claro que Taiwan tenía un gobierno democráticamente elegido y todo lo demás, pero no dejaba de ser una provincia emancipada de China y eso lo convertía en un asunto interno. Su guerra civil había estallado hacía más de cincuenta años, pero los asiáticos pensaban a largo plazo.

Bueno —pensó, al sentarse en su despacho—. Queremos lo que queremos y lo conseguiremos... Sacó un cuaderno y se acomodó en su butaca, para tomar unas notas. Puede que fuera la política equivocada, una política estúpida, una política con la que él no estaba de acuerdo, pero era una política y si algún día pretendía ascender, en realidad trasladarse a otro despacho del mismo piso, al de subsecretario de Estado, debía presentarla como si brotara de su propio corazón. Era como ser abogado, pensaba Rutledge. Siempre tenían que estar defendiendo casos estúpidos. Pero eso no los convertía en mercenarios. Los convertía en profesionales, y él era un profesional.

Además, nunca lo habían descubierto. Ed Kealty nunca había revelado a nadie que Rutledge había intentado ayudarlo a convertirse en presidente. Puede que su actitud respecto al presidente hubiera sido artera, pero manteniendo siempre la lealtad a su propia gente, como se suponía que debía hacerlo un político. Y ese Ryan, a pesar de lo listo que era, nunca se había enterado. Aquí estamos, señor presidente —pensó Rutledge—. Se cree usted muy listo, pero me necesita a mí para llevar a cabo su política. ¡Ja!

—Es un cambio agradable, camarada ministro —comentó Bondarenko al entrar en el despacho.

Golovko le indicó que tomara asiento y le sirvió una copa de vodka, el combustible de las reuniones de trabajo en Rusia. El teniente general tomó el sorbo obligado y dio las gracias por la hospitalidad formal. Solía acudir a aquel despacho después de las horas de trabajo, pero en esta ocasión había sido citado oficialmente, e inmediatamente después del almuerzo. Se habría sentido incómodo —en otra época, uno se apresuraba en ir al servicio cuando recibía una llamada del cuartel general del KGB—, de no haber sido por la relación cordial que mantenía con el jefe del espionaje ruso.

—Bien, Gennadv Iosifovich, he hablado de usted y de sus ideas con el presidente Grushavoy y hace mucho tiempo que tiene tres estrellas. Ha llegado el momento, el presidente y yo estamos de acuerdo en que se le conceda otra y un nuevo destino.

—¿En serio?

Bondarenko no estaba sorprendido, pero adoptó inmediatamente una actitud cautelosa. No siempre era agradable que su carrera estuviera en manos de otros, aunque fueran personas que le gustaban.

—Sí. A partir del próximo lunes será usted el general Bondarenko y poco después se trasladará para convertirse en capitán general del distrito militar del Lejano Oriente.

Esto le obligó a levantar las cejas. Era un sueño que albergaba en su mente desde hacía tiempo, y ahora se había convertido en realidad.

—¿Puedo preguntar por qué?

—El caso es que yo comparto su preocupación por nuestros vecinos amarillos. He visto algunos informes del GRU sobre las constantes maniobras del ejército chino y, para ser sinceros, la información secreta que recibimos de Pekín deja mucho que desear. Por consiguiente, Eduard Petrovich y yo consideramos que puede ser necesario reforzar nuestras defensas orientales. Esa será su misión, Gennady. Hágalo bien y probablemente le sucedan otras cosas buenas.

Y eso sólo podía significar una cosa, pensó Bondarenko, tras un rostro admirablemente impasible. Más allá de las cuatro estrellas existía sólo la grande de mariscal, que era el rango más elevado que podía alcanzarse en el ejército ruso. Luego, uno ya sólo podía ser comandante en jefe de las fuerzas armadas, o ministro de Defensa, o jubilarse para escribir sus memorias.

—Hay algunas personas a las que querría llevarme a Chabarsovil, unos coroneles de mi oficina de Operaciones —dijo contemplativamente el general.

—Está en su derecho, naturalmente. Dígame, ¿qué piensa hacer allí?

—¿Realmente quiere saberlo? —preguntó el general recién ascendido.

—Comprendo —respondió Golovko, con una radiante sonrisa—. ¿Piensa reconstruir el ejército ruso a su imagen y semejanza?

—No a mi imagen, camarada ministro. A una imagen de victoria, como la que teníamos en 1945. Hay imágenes que uno prefiere borrar y otras que son intocables. ¿Cuál cree que debería ser la nuestra?

—¿Cuánto costará?

—Sergey Nikolay'ch, yo no soy economista ni contable, pero puedo asegurarle que el coste de hacer esto será muy inferior al de no hacerlo.

Y ahora tendría más acceso a la información secreta que su país poseyera, pensó Bondarenko. Hubiera sido preferible que Rusia invirtiera los mismos recursos que en otra época invertía la Unión Soviética, en lo que los norteamericanos denominaban delicadamente «medios técnicos nacionales»: satélites estratégicos de reconocimiento. Pero dispondría de lo que había y tal vez lograría convencer a las fuerzas aéreas para que efectuaran algunos vuelos especiales...

—Se lo comunicaré al presidente Grushavoy.

Claro que no serviría de mucho. Las arcas seguían vacías, aunque eso podía cambiar en unos años.

—¿Nos permitirán gastar un poco más esos minerales de Siberia?

—Sí —asintió Golovko—, pero habrá que esperar unos años. Paciencia, Genady.

El general tomó un último trago de vodka.

—Yo puedo tener paciencia, ¿pero la tendrán los chinos?

Golovko comprendía la preocupación de su interlocutor.

—La verdad es que hacen más maniobras militares que antes. Pero no hay razones diplomáticas para preocuparse. Las relaciones entre nuestros países son cordiales.

Lo que al principio había sido motivo de preocupación se había convertido por su continuidad en una cuestión rutinaria y Golovko, al igual que muchos otros, tendía a perder esa información entre el ruido aparentemente azaroso de la vida cotidiana.

—Camarada ministro, no soy diplomático ni agente de inteligencia, pero estudio historia. Recuerdo que las relaciones entre la Unión Soviética y la Alemania de Hitler fueron cordiales hasta el 23 de junio de 1941. Las avanzadillas alemanas se cruzaron con trenes soviéticos que circulaban hacia el oeste, con aceite y grano para los fascistas. Eso me permite llegar a la conclusión de que la situación diplomática no es siempre un indicador de las intenciones de una nación.

—Es cierto y ésa es la razón por la que tenemos un servicio de inteligencia.

—Entonces recordará que, en el pasado, la República Popular siempre ha mirado con envidia las riquezas minerales de Siberia. Esa envidia probablemente ha crecido a raíz de nuestros últimos descubrimientos. No los hemos divulgado, pero debemos suponer que los chinos disponen de fuentes de inteligencia aquí, en Moscú, ¿me equivoco?

—Es una posibilidad que no podemos descartar —reconoció Golovko.

No agregó que dichas fuentes probablemente eran comunistas convencidos de la antigua Rusia, personas que lamentaban la caída del sistema político anterior en su país y tal vez veían en China el medio de restaurar en Rusia la verdadera fe marxista/leninista, aunque sazonada con un poco de maoísmo. En otra época, ambos habían sido miembros del partido comunista; Bondarenko, porque era un requisito para ascender en el ejército soviético, y Golovko, porque de lo contrario nunca se le habría confiado un cargo en el KGB. Ambos habían pronunciado las palabras y habían mantenido los ojos bien abiertos en las reuniones del pasado, al tiempo que tanto uno como otro contemplaban a las mujeres presentes, o se limitaban a soñar en cosas más inmediatas. Pero había quienes habían escuchado y reflexionado, que creían realmente en aquella basura política. Tanto Bondarenko como Golovko eran pragmáticos, interesados sólo en la realidad palpable, más que en un discurso que algún día podría o no convertirse en realidad. Afortunadamente para ambos, ejercían profesiones más interesadas por la realidad que por la teoría, donde sus exploraciones intelectuales se exploraban con mayor facilidad, porque los hombres de visión eran siempre necesarios, incluso en un país donde se suponía que la visión estaba controlada.

—Pero dispondrá de amplios recursos para actuar según sus preocupaciones.

No era cierto, pensó el general. Dispondrá de... ¿qué...? Seis divisiones de infantería motorizada, una división de tanques y una división de artillería, todas ellas formaciones del ejército regular con un setenta por ciento aproximado de fuerza nominal y un entrenamiento dudoso. Su primera misión, que no sería despreciable, consistiría en convertir a esos chicos uniformados en soldados del Ejército Rojo, como los que habían derrotado a los alemanes en Kursk y avanzado luego hasta capturar Berlín. Eso constituiría una auténtica proeza, ¿pero quién sería el más indicado para conseguirlo?, se preguntó Bondarenko. Sabía que había algunos jóvenes generales muy prometedores y tal vez robaría a uno de ellos, pero en su propia generación, el general Gennadv Iosifovich Bondarenko se consideraba el mayor cerebro de las fuerzas armadas de su país. Pues ahora ocuparía un cargo que le brindaría la oportunidad de demostrarlo. Evidentemente, existía la posibilidad de que fracasase, pero los hombres como él veían oportunidades donde otros veían peligros.

—¿Supongo que tendré vía libre? —preguntó, después de unas últimas reflexiones.

—Dentro de lo razonable —asintió Golovko—. Preferiríamos que no iniciara una guerra allí.

—No tengo intención de llegar a Pekín. Nunca me ha gustado su comida —bromeó Bondarenko.

Y los rusos deberían ser mejores soldados. Nunca se había puesto en duda la habilidad en combate de los varones rusos.

Sólo necesitaban un buen entrenamiento, un buen equipo un buen liderazgo. Bondarenko creía poder suministrar dos de esos requisitos y eso debería bastarle. Su mente ya volaba hacia el este, pensaba en su cuartel general, en el cuadro de oficiales que encontraría, en los que tendría que reemplazar y de dónde procederían los sustitutos. Únicamente habría zánganos, oficiales de carrera que sólo pretendían pasar el tiempo y rellenar formularios, como si ésa fuera la misión de un oficial de campo. A esos individuos se les acabaría la carrera...

bueno, les concedería treinta días para enderezarse y, conociéndose a sí mismo, inspiraría a algunos a descubrir de nuevo su vocación. Su mejor esperanza radicaba en los soldados individuales, los jóvenes que llevaban el uniforme de su país con indiferencia, porque nadie les había explicado con exactitud lo que eran y la importancia de su misión. Pero él lo resolvería. Esos muchachos eran soldados. Eran guardianes de su país y merecían sentirse orgullosos de ello. Con un entrenamiento adecuado, en nueve meses vestirían mejor su uniforme, caminarían más erguidos y presumirían un poco cuando estuvieran de permiso, como debían hacer los soldados. Les mostraría cómo hacerlo, se convertiría en un padre putativo que impulsaba y alentaba a sus nuevos hijos hacia la virilidad. Era una misión tan digna como la que cualquier hombre pudiera desear, y como comandante en jefe del Lejano Oriente, tal vez establecería un ejemplo que las fuerzas armadas de su país pudieran emular.

—Bien, Gennady Iosifovich, ¿qué le digo a Eduard Petrovich? —preguntó Golovko, inclinado sobre la mesa para servirle otra copa del excelente vodka Starka a su invitado.

Bondarenko levantó la copa para brindar.

—Camarada ministro, le ruego que le comunique a nuestro presidente que tiene un nuevo comandante en jefe del Lejano Oriente.

DIECIOCHO

EVOLUCIONES

Lo interesante para Mancuso de su nuevo trabajo era que ahora tenía aviones bajo su mando, que comprendía bastante bien, pero, además, tropas de tierra, que apenas entendía. Su último contingente comprendía la 3ª División de Infantería de Marina con base en Okinawa y la 25ª División de Infantería Ligera del Ejército de Tierra, estacionada en los cuarteles de Schofield, en Oahu. Nunca había tenido bajo su mando directo a más de unos ciento cincuenta hombres, todos a bordo de su primera y última auténtica comandancia, como él lo entendía, el USS Dallas. Eso era una buena cantidad, suficientemente grande para ser mayor que una gran familia y suficientemente pequeña para conocer los rostros y los nombres de todos ellos. La comandancia del Pacífico era algo muy diferente. El cuadrado de la tripulación del Dallas no se acercaba siquiera a la fuerza que mandaba directamente desde su escritorio.

Había hecho el curso de Capstone, un programa diseñado para introducir a los altos mandos de la armada a otras ramas del servicio. Había caminado por el monte con los soldados del ejército de tierra, se había arrastrado por el barro con los marines, había presenciado incluso un abastecimiento de combustible en pleno vuelo, desde el asiento auxiliar de un transporte aéreo C-5B (el acto más contranatural que había imaginado ver en su vida, el de dos aviones apareados en el aire a trescientos nudos) y había jugado con los equipos pesados del ejército en Fort Irwin, California, donde se había puesto a prueba conduciendo tanques y Bradleys. Pero verlo y jugar con los muchachos, así como embadurnarse de barro, no era exactamente lo mismo que conocerlo. Tenía una vaga idea sobre su aspecto, su ruido y su olor. Había visto la seguridad que reflejaban los rostros de los hombres con uniformes de diferentes colores y se había dicho a sí mismo un millar de veces que, en realidad, todos pertenecían a un mismo ejército. El espíritu de un sargento al mando de un tanque Abrams no se diferenciaba mucho del capitán de una lancha torpedera, ambos hacía tiempo que no se duchaban, y había escasa diferencia en la seguridad que tenían en sí mismos un «boina verde» y un piloto de caza. Pero para mandar a esas personas con eficacia precisaba más conocimientos, se dijo a sí mismo el comandante en jefe del Pacífico. Debía haber recibido más formación «conjunta». Pero luego pensó en que, incluso para los mejores pilotos de las fuerzas aéreas o de la armada, sería difícil comprender lo que había hecho en el Dallas. Maldita sea, sólo para comprender la importancia de la seguridad del reactor necesitarían un año, que era aproximadamente lo que había tardado él en otra época, sin llegar a convertirse en un «especialista nuclear». Los distintos servicios se diferenciaban en su forma de sentir la misión, y eso se debía a que las misiones eran tan diferentes por naturaleza como un perro ovejero y un pit bull.

Pero él debía mandarlos a todos y hacerlo con eficacia, para evitar que como consecuencia de algún error la señora Smith recibiera un telegrama comunicándole la muerte prematura de su hijo o de su esposo, debida a la metedura de pata de un alto mando. Por esa razón, reflexionó el almirante Bart Mancuso, disponía de una amplia colección de oficiales, incluido un especialista en superficie que explicaba lo que hacía un objetivo determinado (para Mancuso, cualquier barco de superficie era un objetivo), un sabueso del aire que explicaba los atributos de los aviones de la armada, un marine y algunos soldados que explicaban cómo desenvolverse en el barro, y algunos pilotos de las fuerzas aéreas que contaban de lo que eran capaces sus aparatos. Todos le ofrecían consejos, que cuando los aceptaba se convertían en sus propias ideas, porque él era quien estaba al mando y eso significaba ser responsable de todo lo que ocurría en o cerca del océano Pacífico, incluso cuando algún suboficial de un E-4 recién ascendido hacía un comentario lujurioso sobre las hermosas tetas de alguna compañera, algo nuevo en la marina que Mancuso habría preferido postergar otra década. Ahora admitían mujeres incluso en los submarinos, y el almirante no lamentaba en absoluto habérselo perdido. ¿Qué habrían pensado de eso Much Morton y los tripulantes de sus submarinos en la segunda guerra mundial?

Calculó que sabía cómo organizar unas maniobras navales, unos de esos grandes ejercicios de entrenamiento en los que la mitad de la 7ª. Flota atacaría y destruiría administrativamente la otra mitad, seguidos de un desembarco simulado de un batallón de marines. Los aviones de la marina entrarían en combate con los de las fuerzas aéreas y, cuando todo hubiera terminado, los ordenadores indicarían quién había ganado y quién había perdido; en diversos bares se pagarían toda clase de apuestas y habría algunos disgustos, porque quedaba constancia en los expedientes (e influían en las perspectivas de ascenso) de los resultados de los combates simulados.

Entre todas las fuerzas de las que disponía, Mancuso calculaba lógicamente que los submarinos eran los que estaban en mejor forma, porque su destino anterior era el de comandante en jefe de Submarinos en el Pacífico y había sometido sus buques sin contemplaciones a una preparación impecable. Además, el pequeño intercambio bélico en el que se habían visto envueltos dos años antes había imbuido en sus tripulaciones la sensación de una misión real, hasta el punto de que los tripulantes de los boomers, autores de una emboscada contra un submarino, digna de los mejores momentos de Charlie Lockwood, todavía presumían cuando andaban por la playa. Los boomers seguían en servicio como buques auxiliares de ataque rápido, porque Mancuso se lo había solicitado al comandante en jefe, que era su amigo Dave Seaton, y éste a su vez había solicitado fondos adicionales al Congreso, que respondió con amabilidad y solicitud después de dos conflictos recientes, en los que había quedado claro que el personal uniformado no sólo servía para abrirles y cerrarles las puertas a los representantes electos del pueblo. Además, los buques clase Ohio eran demasiado caros para ser desguazados y se utilizaban principalmente para valiosas misiones oceanográficas en el Pacífico norte, lo cual agradaba a los amantes de los árboles (o en este caso de los peces y los delfines), que gozaban de un poder excesivo a juicio de este guerrero de traje blanco.

Con cada nuevo día llegaba su informe oficial matutino, presentado habitualmente por el general de brigada Mike Lahr, su oficial de inteligencia J-2. Las noticias eran particularmente buenas. En la mañana del 7 de diciembre de 1941, Estados Unidos descubrió la ventaja de facilitar a los comandantes de zona la información secreta que pudieran necesitar y ahora el comandante en jefe del Pacífico, al contrario del almirante Husband E. Kimmel, recibía mucha información.

—Buenos días, Mike —dijo Mancuso, mientras un asistente preparaba el café.

—Buenos días, señor —respondió el general de una estrella.

—¿Qué hay de nuevo en el Pacífico?

—La noticia más importante es que los rusos han nombrado a un nuevo jefe de su distrito militar del Lejano Oriente. Su nombre es general Bondarenko. Su destino anterior era como oficial de operaciones J-3 del ejército ruso. Su historial es bastante interesante. Empezó en Comunicaciones, que no es una sección de combate, pero luego se distinguió en Afganistán al final de aquella aventura. Tiene la Orden de la Bandera Roja y es Héroe de la Unión Soviética, ambas condecoraciones concedidas cuando era coronel. A partir de ahí ascendió rápidamente. Buenos contactos políticos. Ha trabajado de cerca con un individuo llamado Golovko, ex agente del KGB que todavía se dedica al espionaje y conoce personalmente al presidente, me refiero al nuestro. Golovko es esencialmente el jefe operativo del presidente ruso Grushavoy, como una especie de primer ministro o algo por el estilo. Grushavoy le presta atención sobre muchos asuntos y es una vía de comunicación con la Casa Blanca para cuestiones de «interés mutuo».

—Estupendo. De modo que los rusos tienen acceso a Jack Ryan a través de ese individuo. ¿Qué clase de personaje es? —preguntó el almirante.

—Muy listo y muy capacitado, según nuestros amigos de Langley. Pero, volviendo a Bondarenko, según su historial, también es muy listo y muy capacitado, con buenas perspectivas de ascenso. La inteligencia y el valor personal pueden ser muy útiles en su ejército, al igual que en el nuestro.

—¿En qué condiciones está su nueva tropa?

—No muy buenas, señor. Observarnos ocho formaciones del tamaño de divisiones, seis divisiones de infantería motorizada, una de tanques y una de artillería. Todas parecen de bajo

nivel según nuestra evaluación y pasan poco tiempo en el campo. Bondarenko cambiará la situación, si actúa según lo previsto.

—¿Usted cree?

—Como J-3, se quejaba de que era preciso aumentar el nivel de instrucción; es bastante intelectual. El año pasado publicó un extenso ensayo sobre las legiones romanas, titulado *Los soldados de los césares*, en el que aparecía la famosa cita de Josephus: «Sus maniobras son batallas sin sangre y sus batallas son maniobras sangrientas.» En cualquier caso, era un escrito puramente histórico, con fuentes como Josephus y Vegetius, pero sus implicaciones eran claras. Pedía a gritos un mejor entrenamiento para el ejército ruso y también el establecimiento de suboficiales profesionales. Dedicó muchas páginas a las discusiones de Vegetius sobre la formación de centuriones. El ejército soviético no tenía sargentos como los conocemos nosotros y Bondarenko forma parte de una nueva generación de altos mandos, según los cuales, el ejército ruso debería introducir de nueva esa institución. Y tiene razón — opinó Lahr.

—¿Entonces cree que pondrá a su personal en forma? ¿Y la marina rusa?

—No está bajo su mando. Dispone de aviación frontal táctica y tropas terrestres, pero eso es todo.

—Su armada está tan hundida en la mierda que no alcanza siquiera a ver el papel higiénico —comentó Mancuso.

—¿Qué más?

—Un montón de material político que puede leer a su antojo. Los chinos prosiguen con sus maniobras. Ahora hacen ejercicios con cuatro divisiones al sur del río Amur.

—Tan grandes?

—Almirante, están en un régimen creciente de entrenamiento desde hace casi tres años. Nada desesperado, pero han estado gastando dinero para acelerar el Ejército Popular. En estas maniobras utilizan muchos tanques y transportes de personal blindados. Mucha artillería con fuego real. Disponen de una zona muy buena, con pocos civiles, parecida a Nevada pero no tan llana. Al principio los vigilábamos con mucha atención, pero ahora se ha convertido en algo bastante rutinario.

—No me diga. ¿Y qué piensan de eso los rusos?

Lahr se acomodó en su butaca.

—Probablemente es ésa la razón del nuevo destino de Bondarenko, señor. Es el revés de la forma en que han aprendido a luchar los rusos. Los chinos los superan por mucho en cantidad sobre el terreno, pero nadie anticipa hostilidades. La política es bastante estable en este momento.

—¿Y Taiwan? —refunfuñó el almirante tras su escritorio.

—Ligero aumento de maniobras cerca del estrecho, para principalmente de formaciones de infantería, sin nada que se parezca siquiera remotamente a ejercicios anfibios. Eso es algo que vigilamos de cerca, con la ayuda de nuestros amigos de la República China.

Mancuso asintió. Tenía un archivo lleno de planes para mandar la 7.ª Flota hacia el oeste y casi siempre había uno de sus buques de superficie en «visita de cortesía» en la isla. Para sus marinos, la República China era un puerto maravilloso, repleto de mujeres cuyos servicios eran objeto de negociaciones comerciales. Y la presencia de un buque gris norteamericano amarrado en el puerto suponía una protección para la ciudad contra un posible ataque con misiles. Un mero rasguño a un barco de guerra estadounidense era considerado como una provocación bélica. Y nadie creía que los comunistas chinos estuvieran todavía en condiciones de hacerlo. Para que no cambiara la situación, Mancuso mantenía sus buques en maniobras permanentes, practicando su fuerza de interceptación y ataque como en la década de los ochenta. Por lo menos, siempre tenía un submarino de ataque rápido o un boomer de ataque lento en el estrecho de Formosa, sobre lo que de vez en cuando se permitía una filtración a la prensa aparentemente no intencionada. Pero sólo muy raramente entraba uno de los submarinos en el puerto. Eran más eficaces cuando no se los veía. En otro archivo tenía gran cantidad de fotografías de periscopio de buques de guerra chinos y algunas fotos de «cascos» tomadas directamente desde debajo, que servían esencialmente para poner a prueba el temple de los comandantes de sus submarinos.

De vez en cuando también ordenaba localizar submarinos chinos a su personal, como lo había hecho él en el Dallas con los de la antigua armada soviética. Los reactores nucleares chinos eran tan ruidosos que hasta los peces huían para que no les dañaran los oídos, según bromeaban sus sonaristas. Por mucho que esgrimiera la República Popular su sable ante Taiwan, un ataque por su parte, si se enfrentaban a la 7.ª Flota, pronto se convertiría en una sangrienta masacre, y confiaba en que Pekín fuera consciente de ello. Si no lo eran, averiguarlo sería un ejercicio sucio y caro. Pero la capacidad anfibia de los comunistas chinos todavía era muy limitada y no mostraban indicios de mejorarla.

—¿De modo que en el campo parece un día como otro cualquiera? —preguntó Mancuso, concluido el informe.

—Así es —confirmó el general Lahr.

—¿Qué medios hemos asignado para vigilar a nuestros amigos chinos?

—Sobre todo aéreos —respondió J-2—. Nunca hemos tenido gran cosa en el sentido de inteligencia humana en la República Popular, por lo menos que yo sepa.

—¿A qué se debe?

—En términos sencillos, sería bastante difícil para personas como nosotros pasar inadvertidos en su sociedad y, según mis últimas noticias, la mayoría de los norteamericanos de origen asiático trabajan en empresas informáticas.

—No hay muchos en la marina. ¿Y en el ejército?

—No muchos, señor. Su representación es mínima.

—Me pregunto por qué.

—Señor; yo soy oficial de inteligencia, no demógrafo —respondió Lahr.

—Supongo que ese trabajo ya es bastante difícil, Mike. Bien, si ocurre algo interesante, comuníquemelo.

—No le quepa la menor duda, señor —dijo Lahr, de camino a la puerta, cuando llegaba el oficial J-3 de Operaciones, que aquel espléndido día informaría al almirante del paradero de todas sus naves, incluido el de los buques y aviones averiados a la espera de reparación.

Seguía tan atractiva como antes, aunque no había sido fácil lograr que viniera. Tanya Bogdanova no se había escondido, pero durante varios días no habían logrado localizarla.

—¿Has estado ocupada? —preguntó Provalov.

—Da, con un cliente especial —asintió Tanya—. Hemos estado en San Petersburgo. No me llevé el busca. Le molestan las interrupciones —explicó, sin el menor remordimiento.

Provalov podría haberle preguntado por el coste de pasar varios días con ella, y probablemente se lo habría dicho, pero decidió que no era imprescindible saberlo. Seguía siendo como un espejismo, al que sólo faltaban alas para ser un ángel. Salvo por los ojos y, naturalmente, el corazón. Los primeros, fríos, y lo segundo, inexistente.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo el teniente de policía.

—Adelante.

—Un nombre. Klementi Ivan'ch Suvorov. ¿Te dice algo? Se reflejó humor en su mirada.

—Sí, claro, lo conozco bien —respondió, sin tener que aclarar lo que se entendía por «bien» .

—¿Qué puedes decirme de él?

—¿Qué quiere saber?

—Su dirección, para empezar.

—Vive en las afueras de Moscú.

—¿Con qué nombre?

—El no sabe que yo lo sé, pero en una ocasión vi sus documentos. Ivan Yurievich Koniev.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Provalov.

—Estaba dormido, evidentemente, y registré su ropa —respondió con toda tranquilidad, como si le contara al teniente de policía dónde compraba el pan.

—De modo que él te jodió y tú lo jodiste a él, pensó Provalov. —¿Recuerdas su dirección? Tanya negó con la cabeza.

—No, pero vive en una de las nuevas urbanizaciones junto a la ronda exterior.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Una semana antes de la muerte de Gregorio Filipovich —respondió inmediatamente.

Entonces Provalov tuvo un ramalazo de inspiración. —Tanya, la noche anterior a la muerte de Gregoriy, ¿con quién estuviste?

—Un ex soldado o algo por el estilo, deje que piense... un tal... Pyotr Alekseyevich...

—¿Amalrik? —preguntó Provalov, casi levantándose de un brinco.

—Sí, algo así. Tenía un tatuaje en el brazo, un tatuaje del Spetsnaz que muchos se hicieron en Afganistán. Era un tipo muypreciado de sí mismo, pero no muy bueno en la cama —agregó desdeñosamente Tanya.

Y nunca lo será, pudo haber añadido Provalov, pero no lo hizo.

—¿Quién organizó la... cita?

—Ah, eso fue cosa de Klementi Ivan'ch. Tenía un arreglo con Gregoriy. Evidentemente, hacía mucho tiempo que se conocían. A menudo, Gregoriy organizaba citas especiales para los amigos de Klementi.

¿Suvorov hizo que uno o ambos de sus asesinos follaran con las putas pertenecientes al hombre que asesinarían al día siguiente...? Quienquiera que fuese Suvorov tenía un sentido curioso del humor... a no ser que el auténtico objetivo hubiera sido Sergey Nikolay'ch. Provalov acababa de descubrir una información importante, pero no parecía aclarar en absoluto el caso que investigaba. Un dato más que no facilitaba su trabajo, sino que lo dificultaba. Se enfrentaba de nuevo a las dos mismas posibilidades: ese Suvorov había contratado a dos soldados del Spetsnaz para matar a Rasputín y luego los había eliminado a ellos como «seguro» para evitar repercusiones, o los había contratado para eliminar a Golovko y luego los había matado a ellos por haber cometido un grave error. ¿Cuál de las dos? Tendría que encontrar a Suvorov para averiguarlo. Pero ahora disponía de un nombre y de un paradero probable, que le brindaban la posibilidad de seguir investigando.

DIECINUEVE

PERSECUCIÓN

Las cosas se habían calmado en el cuartel general de Rainbow en Hereford, Inglaterra, hasta el punto de que John Clark y Ding Chavez empezaban a manifestar síntomas de impaciencia. El régimen de entrenamiento era tan estricto como de costumbre, pero nadie había sufrido nunca de agotamiento y los objetivos —de papel y electrónicos en sustitución de seres humanos— no eran tan satisfactorios, o puede que el calificativo más apropiado fuera emocionantes. Sin embargo, los miembros del equipo Rainbow no lo expresaban, ni siquiera entre ellos, por temor a parecer poco profesionales y ávidos de sangre. Les habían enseñado que el entrenamiento era una batalla sin sangre y la batalla era un entrenamiento sangriento. Y lo cierto era que, al tomarse el entrenamiento tan en serio, mantenían sus habilidades muy afiladas; lo suficiente como para afeitar el vello del rostro de un bebé.

El equipo nunca se había dado a conocer públicamente, por lo menos no como tal. Pero de algún modo se sabía de su existencia. No en Washington ni en Londres, sino en algún lugar de Europa, se había filtrado la noticia de que la OTAN disponía ahora de un equipo contraterrorista muy especial y muy capacitado que había llevado a cabo varias misiones con violaciones y saqueos. Sólo en una ocasión habían sido contraatacados por terroristas irlandeses, pero luego pagaron un alto precio por su error de cálculo. Los periódicos europeos los llamaban «los hombres de negro» por el color de sus uniformes de asalto, y debido a su relativa ignorancia, la prensa europea había convertido Rainbow en algo aún más temible de lo que en realidad era. Tal era su reputación que, cuando siete meses antes el equipo se trasladó a Holanda, pocas semanas después de que circulara la noticia de su existencia, y los malos en una escuela secundaria descubrieron que había caras nuevas en el vecindario, se apresuraron a negociar con el doctor Paul Bellow y llegaron a un acuerdo antes de iniciar las hostilidades, para satisfacción de todos. Ni siquiera a «los hombres de negro» les atraía la idea de iniciar un tiroteo en una escuela llena de niños.

Durante los últimos meses, algunos miembros del equipo habían resultado heridos o habían regresado a los servicios de los que procedían, y habían llegado otros nuevos para reemplazarlos. Uno de ellos era Ettore Falcone, ex miembro del Cuerpo de Carabineros, mandado a Hereford tanto por su propia protección como para ayudar al equipo de la OTAN. Un buen día, Falcone estaba paseando por las calles de Palermo, en Sicilia, con su esposa e hijo en una agradable tarde primaveral, y se inició un tiroteo justo delante de él. Tres asesinos con ametralladoras acribillaban a un peatón, acompañado de su esposa y de un guardaespaldas de la policía, Falcone desenfundó inmediatamente su Beretta y aniquiló a los tres malhechores disparándoles a la cabeza desde diez metros de distancia. Su actuación no sirvió para salvar a las víctimas, pero despertó la ira del capo mafioso, dos de cuyos hijos participaban en el tiroteo. Falcone se mofó públicamente de la amenaza, pero en Roma, donde el gobierno italiano no quería que estallara una contienda entre la mafia y su propia policía federal, predominó la sensatez y mandaron a Falcone a Hereford, para convertirse en el primer miembro italiano de Rainbow. Pronto demostró ser el mejor tirador de pistola que habían visto nunca.

—Maldita sea —exclamó John Clark, después de terminar su quinta ronda de diez disparos.

¡Aquel individuo le había vuelto a ganar! Lo llamaban «gran pájaro». Ettore, Héctor, medía aproximadamente metro noventa y estaba delgado como un jugador de baloncesto, lo cual no era la mejor constitución para un miembro de un comando antiterrorista, ¡pero, joder, cómo disparaba aquel hijo de puta!

—Grazie, general —dijo el italiano, cuando recogía las cinco libras que se habían apostado.

John no podía siquiera presumir de haberlo hecho en la vida real, mientras que el «gran pájaro» sólo lo lograba en dianas de papel. Aquel italiano había aniquilado a tres individuos armados con metralletas y lo había hecho cuando paseaba con su esposa y su hijo. No sólo era un tirador de gran talento, sino que tenía dos enormes cojones de bronce entre las piernas. Y su esposa, Anna María, tenía la reputación de ser una excelente cocinera. En cualquier caso, Falcone le había superado por un punto en una ronda de cincuenta disparos. Y John había practicado durante varias semanas antes de la competición.

—Ettore, ¿dónde diablos ha aprendido a disparar? —preguntó Rainbow Seis.

—En la academia de policía, general Clark. Antes nunca había disparado un arma, pero tuve un buen instructor —respondió el sargento con una amable sonrisa, que no presumía en absoluto de su talento, lo cual empeoraba todavía más la situación.

—Sí, claro —dijo Clark, al tiempo que guardaba la pistola en su funda y se alejaba de la galería de tiro.

—¿Usted también, señor? —preguntó Dave Woods, el mejor tirador del equipo, cuando Clark se dirigía hacia la puerta.

—¿De modo que no soy el único? —respondió Rainbow Seis.

Woods levantó la mirada de su bocadillo.

—¡Maldita sea, tiene barra libre en el Green Dragon por haberme ganado! —declaró el brigada Woods, que era quien le había enseñado a Wyatt Earp todo lo que sabía.

En el bar del SAS/Rainbow, probablemente le había enseñado al nuevo muchacho a tomar cerveza inglesa. No sería fácil vencer a Falcone. El margen de probabilidades era muy limitado, con alguien que casi siempre daba en el blanco «posible» o certero.

—En tal caso, brigada, supongo que estoy en buena compañía.

Clark movió la cabeza y le dio una palmada en el hombro cuando se dirigía a la puerta. A su espalda, Falcone disparó otra ronda. Evidentemente, le gustaba ser el número uno, y practicaba mucho para no perder su puesto. Hacía mucho tiempo que nadie lo ponía a prueba en un campo de tiro. A John no le gustaba, pero reconocía que era justo y que Falcone había ganado ajustándose a las reglas del juego.

¿Era un indicio más de que empezaba a ser más lento? Evidentemente no corría con la rapidez de los jóvenes de Rainbow y eso también le preocupaba. John Clark todavía no estaba preparado para ser viejo. Tampoco lo estaba para ser abuelo, pero ahí no había tenido elección. Su hija y Ding le habían dado un nieto y no podía pedirles que lo devolvieran. Mantenía su peso controlado, aunque ello supusiera, como había ocurrido hoy, tener que sacrificar el almuerzo para perder cinco rondas en el campo de tiro.

—¿Cómo ha ido, John? —preguntó Alistair Stanley, cuando Clark entraba en las oficinas.

—Ese muchacho es realmente bueno, Al —respondió John, al tiempo que guardaba su pistola en el cajón del escritorio.

—Desde luego. La semana pasada me ganó cinco libras.

—Supongo que esto lo convierte en unánime —refunfuñó John, acomodándose en su silla giratoria, como el «administrativo» en el que se había convertido—. Bien, ¿ha llegado algo mientras yo me dedicaba a perder dinero?

—Sólo esto de Moscú. En cualquier caso, no tenía por qué haber llegado aquí —respondió Stanley, cuando le entregaba el fax a su jefe.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Ed Foley, en su despacho del séptimo piso.

—Quieren que los ayudemos a entrenar a algunos de sus muchachos —respondió Mary Pat a su marido.

El mensaje original era suficientemente absurdo, para haber tenido que repetirlo.

—Maldita sea, muchacha, ¿hasta qué punto se supone que debemos ser ecuménicos? —preguntó el director de inteligencia.

—Sergey Nikolay'ch cree que estamos en deuda con él. Y tú sabes...

Ed tuvo que asentir.

—Se bueno, puede que sí, supongo. Pero esto hay que consultarlo con las altas esferas.

—A Jack le parecerá gracioso —pensó la subdirectora (de Operaciones).

—¡Mierda! —exclamó Ryan en el despacho oval antes de levantar la cabeza, cuando Ellen Sumter le entregó el fax de Langley—. Discúlpeme, Ellen.

Ella le sonrió como una madre a un hijo precoz.

—Sí señor presidente.

—¿No tendrá un...?

La señora Sumter se había acostumbrado a llevar vestidos con grandes bolsillos laterales, de uno de los cuales sacó un paquete de Virginia Slims y se lo ofreció a su presidente, que cogió un cigarrillo y lo encendió con el mechero de butano que guardaba en el interior del paquete.

—Bueno, ¿no le parece que es extraordinario?

—Usted conoce a ese individuo, ¿no es cierto? —preguntó la señora Sumter.

—¿Golovko? Sí. —sonrió Ryan con una mueca, recordando una vez más la pistola apuntándole a la cabeza, cuando el VC-137 corría por la pista del aeropuerto Sheremetyevo de Moscú, muchos años atrás, lo cual en su momento no le había hecho ninguna gracia—. Sí, por supuesto, Sergey y yo somos viejos amigos.

Como secretaria presidencial, Ellen Sumter tenía acceso a casi toda la información, incluido el hecho de que el presidente Ryan le pedía de vez en cuando un cigarrillo, pero había cosas que nunca sabría. Era lo suficientemente lista para sentir curiosidad, pero también bastante inteligente para no hacer preguntas.

—Si usted lo dice, señor presidente...

—Gracias, Ellen.

Ryan se acomodó en su butaca, acercó el fino pitillo a sus labios y dio una honda calada. ¿Por qué la más mínima tensión lo impulsaba hacia ese maldito producto que le provocaba tos? Además, también se mareaba. Eso significaba que realmente no era fumador, se dijo a sí mismo el presidente. Leyó de nuevo el fax. Tenía dos páginas. Una era del fax original de Sergey Nikolay'ch a Langley, mandado a la línea directa de Mary Pat, que naturalmente Sergey conocía y quiso hacer gala de ello, y la segunda contenía las recomendaciones de Edward Foley, su director de la CIA.

A pesar de todo el bagaje oficial, era un asunto bastante sencillo. Golovko no precisaba siquiera explicar por qué Norteamérica debía acceder a su petición. Los Foley y Jack Ryan sabrían que el KGB había ayudado a la CIA y al gobierno norteamericano en dos misiones muy importantes y delicadas, y el hecho de que ambas también hubieran sido útiles para los intereses rusos no venía al caso. Por consiguiente, Ryan no tenía otra alternativa. Levantó el teléfono y pulsó una tecla de marcado directo.

—Foley —dijo la voz al otro extremo de la línea.

—Ryan —respondió, y oyó que su interlocutor se incorporaba en su butaca—. He recibido el fax.

—¿Y? —preguntó el director de la CIA.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Estamos de acuerdo.

Foley podía haber añadido que personalmente le gustaba Sergey Golovko, y sabía que a Ryan también. Pero eso no tenía nada que ver con gustar o dejar de gustar. Lo que hacían ahora era política gubernamental, que estaba por encima de factores personales. Rusia había prestado ayuda a Estados Unidos y ahora pedía que se la devolviera. En las relaciones habituales entre naciones, dichas peticiones, si existían precedentes, debían concederse. El principio era el mismo que prestarle a tu vecino un rastrillo, si el día anterior él te había dejado una manguera, sólo que a este nivel, de vez en cuando, moría alguien.

—¿Te ocupas tú del asunto o lo hago yo?

—La petición ha llegado a Langley. Responde tú. Averigua cuáles son los parámetros. No queremos comprometer a Rainbow, ¿no te parece?

—No, Jack, pero no es probable que ocurra eso. La situación se ha calmado bastante en Europa. Los componentes de Rainbow se dedican principalmente a hacer ejercicio y agujerear dianas de papel. En cuanto a la noticia que circuló, bueno... casi deberíamos darle las gracias al chivato que la divulgó.

El director de la CIA raramente decía algo favorable sobre la prensa. En este caso, algún funcionario había hablado demasiado sobre algo que sabía, pero a fin de cuentas, la noticia había surtido el efecto deseado, aunque la versión de la prensa estuviera repleta de errores, lo cual no era nada sorprendente. Pero algunos de los errores habían hecho que Rainbow pareciera bastante sobrehumano, lo cual satisfacía el ego de sus componentes e invitaba a sus enemigos potenciales a la reflexión. De este modo, el terrorismo había disminuido enormemente en Europa, después de su breve —y, por lo que ahora sabían, un tanto artificial— reaparición. Los «hombres de negro» eran demasiado aterradores para meterse con ellos. Los atracadores, después de todo, elegían como víctimas a las viejecitas que acababan de cobrar la pensión, no al policía armado que estaba en la esquina de la calle. En este sentido, los delincuentes eran sencillamente racionales. Una viejecita no puede resistirse fácilmente a un atracador, pero el policía va armado.

—Confío en que nuestros amigos rusos serán discretos.

—Creo que podemos estar seguros de ello, Jack —respondió Ed Foley.

—¿Alguna razón para no hacerlo?

Ryan oyó que el director de la CIA se revolvió en su silla.

—Nunca he sido partidario de revelar nuestros «métodos» a nadie, pero esto no es una operación de inteligencia propiamente dicha y podrían averiguarlo casi todo leyendo los libros adecuados. De modo que creo que podemos permitirlo.

—Autorizado —dijo el presidente.

Ryan imaginó a Ed asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo, hoy saldrá la respuesta.

Con una copia a Hereford, evidentemente, que llegó al despacho de John antes de concluir la jornada laboral. Llamó a Al Stanley y se la mostró.

—Supongo que nos estamos haciendo famosos, John.

—Te hace sentir bien, ¿no es cierto? —preguntó Clark de mala gana.

Ambos eran ex operadores clandestinos y, si hubiera habido una forma de ocultarles a sus propios supervisores sus nombres y sus actividades, hacía mucho tiempo que la habrían encontrado.

—Supongo que irás personalmente. ¿A quién te llevarás a Moscú contigo?

—A Ding y al número Dos. Ding y yo ya hemos estado antes allí. Ambos conocemos a Sergey Nikolav'ch. Por lo menos, así no verá muchas caras nuevas.

—Y, si mal no recuerdo, hablas ruso a la perfección.

—La escuela de idiomas de Monterey es bastante buena —asintió John.

—¿Cuánto tiempo calculas que estarás fuera?

Clark examinó el fax y reflexionó unos instantes.

—No más de... tres semanas —respondió—. Su personal del Spetsnaz no es malo. Les organizaremos un grupo de entrenamiento y al cabo de un tiempo probablemente podemos invitarlos a que vengan aquí, ¿no te parece?

Stanley no tuvo que señalarle que al SAS, en particular, y al Ministerio de Defensa británico, en general, les daría un ataque, pero a fin de cuentas deberían aceptarlo. Se denominaba diplomacia y sus principios, les gustara o no, configuraban la política de la mayor parte de los países del mundo.

—Supongo que no tendremos otra alternativa, John —dijo Stanley, que ya oía los gritos, los gemidos y los alaridos del resto del campo y de Whitehall.

Clark levantó el teléfono y pulsó un botón para llamar a su secretaria, Helen Montgomery.

—Helen, ¿tendría la bondad de llamar a Ding y decirle que venga a mi despacho? Gracias.

—Me parece recordar que también habla muy bien el ruso. —Tuvimos buenos profesores. Pero su acento es un poco sureño.

—¿Y el tuyo?

—De Leningrado... bueno, supongo que ahora debo decir de San Petersburgo. Al, ¿tú crees en todos los cambios? Stanley tomó una silla.

—John, todo es una locura, incluso hoy día, y lo ha sido desde hace diez años, cuando arriaron la bandera roja de la puerta de Spaskiy.

Clark asintió.

Recuerdo cuando lo ví por la televisión. Aquello era de locos.

—Hola, John —dijo una voz familiar entrando por la puerta—. Hola, Al.

—Entra y siéntate, muchacho.

Chavez, supuesto comandante del SAS, titubeo, ante lo de «muchacho». Cuando John hablaba de ese modo, algo raro ocurría. Pero podía haber sido peor. «Hijo» solía ser el precursor de algún peligro, y ahora que tenía esposa e hijo, Domingo siempre procuraba evitar problemas. Se acercó al escritorio de Clark y cogió los papeles que éste le ofrecía.

—¿Moscú? —preguntó.

—Parece que nuestro comandante en jefe lo ha autorizado.

—Estupendo —dijo Chavez—. Hace tiempo que no vemos al señor Golovko. Supongo que el vodka sigue siendo bueno.

—Es una de las cosas que hacen bien —reconoció John.

—¿Y quieren que nosotros les enseñemos a hacer otras cosas?

—Eso parece.

—¿Nos llevaremos a nuestras esposas?

—No —respondió Clark, moviendo la cabeza—. Sólo trabajo.

—¿Cuándo?

—Hay que calcularlo. Probablemente dentro de una semana, más o menos.

—Muy bien.

—¿Cómo está el pequeño?

—Todavía anda a gatas —sonrió—. Anoche intentaba ponerse de pie. Supongo que empezará a andar en unos días.

—Domingo, pasas el primer año enseñándolos a andar y hablar. Y los próximos veinte años intentando que se sienten y se callen —advirtió Clark.

—Oye, viejo, el niño duerme toda la noche y se despierta con una sonrisa, que es mucho más de lo que puedo decir de mí.

Era lógico. Cuando Domingo se despertaba, su única perspectiva eran los ejercicios habituales y una carrera de ocho kilómetros, que no sólo era agotador, sino al cabo de un tiempo también aburrido.

Clark no tuvo más remedio que asentir: que los pequeños siempre despertaran de buen humor era uno de los grandes misterios de la vida. Se preguntó en qué momento se perdía eso.

—¿Todo el equipo? —preguntó Chavez.

—Probablemente, sí. Incluido «gran pájaro» —agregó Rainbow Seis.

—¿Hoy también te ha derrotado? —preguntó Ding.

—La próxima vez que compita con ese hijo de puta en el campo de tiro quiero que sea después de la carrera de la mañana, cuando esté un poco tembloroso —respondió Clark, enojado.

En general no le gustaba perder en nada, pero aún menos si se trataba de algo tan propio de su identidad como disparar con pistola.

—Señor C, Ettore sencillamente no es humano. Con la MP es bueno, aunque no espectacular, pero con la Beretta es como Tiger Woods con el hierro de pitch. No falla una.

—Hasta hoy no me lo creía. Me parece que tal vez debería haber ido a almorzar al Green Dragon.

—Estoy de acuerdo contigo, John —dijo Chavez, que decidió no hacer ningún comentario sobre la barriga de su suegro—. No olvidéis que yo también soy bastante bueno con la pistola, pero Ettore me ha ganado por tres puntos.

—Ese cabrón me ha vencido por uno —dijo John, dirigiéndose al subjefe del equipo—. Es la primera vez que he perdido desde que pertenecía al tercer grupo de Operaciones Especiales.

Eso había sucedido hacía treinta años, compitiendo con el comandante de su unidad, después de apostarse unas cervezas. Había perdido por dos puntos, pero recordaba con orgullo que luego le había vencido tres veces seguidas.

—¿Es ése? —preguntó Provalov.

—No tenemos ninguna fotografía —respondió su sargento—, pero corresponde con la descripción general.

Además, se dirigía al coche correcto, mientras se disparaban varias cámaras de fotos.

Ambos estaban en una furgoneta, a media manzana del bloque de pisos que vigilaban. Los dos usaban prismáticos verdes forrados de goma, modelo militar.

Parecía ser el individuo que buscaban. Había bajado en el ascensor del edificio, desde el piso correcto. Aquella misma noche habían averiguado que un tal Ivan Yurievich Koniev vivía en el octavo piso de aquel lujoso edificio. No habían tenido tiempo de interrogar a sus vecinos, lo que, en cualquier caso, debía hacerse con mucho cuidado. Era más que probable que los vecinos de ese Koniev/Suvorov fueran ex agentes del KGB, como se suponía que lo era él y, por tanto, hacerles preguntas podría poner sobre aviso al sujeto de su investigación. Provalov no dejaba de recordarse a sí mismo que no se trataba de una persona corriente.

El coche al que subió era de alquiler. Había un coche privado registrado a nombre de Koniev, Ivan Yurievich, en esa dirección, un Mercedes serie C, y quién sabe cuántos otros coches podía tener bajo otras identidades. Provalov estaba seguro de que debía de tenerlas y de que los documentos debían de estar muy bien elaborados. El de Koniev ciertamente lo estaba. El KGB había formado concienzudamente a su personal.

El sargento al volante de la furgoneta arrancó el motor y habló por radio. Había otros dos coches de policía en las inmediaciones, con dos expertos investigadores en cada uno de ellos.

—Nuestro amigo está en movimiento. El coche azul de alquiler —dijo Provalov por radio y los otros dos coches acusaron recibo de la llamada.

El coche de alquiler era un auténtico Fiat fabricado en Turín, y no una de las copias rusas fabricadas en Togliattistad, uno de los pocos proyectos económicos especiales de la Unión Soviética que, en cierto modo, habían llegado a funcionar. ¿Lo había elegido porque era un coche ligero, se preguntó Provalov, o simplemente porque era un coche barato de alquiler? En aquel momento no había forma de saberlo. Koniev/Suvorov arrancó, y el primer coche que lo seguiría se colocó tras él, a media manzana de distancia, mientras el segundo lo precedía a otra media manzana, porque incluso un experto agente del KGB raramente miraría delante de él en busca de un coche que lo siguiera. Con un poco más de tiempo, tal vez habrían colocado un localizador en el Fiat, pero no llevaban ninguno, ni había oscuridad suficiente. Si regresaba a su casa, lo harían por la noche, a eso de las cuatro de la madrugada. Un transmisor que emitiera pitidos, sujeto con un imán al parachoques trasero, con una antena colgante como la cola de un ratón, prácticamente invisible. Parte de la tecnología a disposición de Provalov había sido utilizada originalmente para vigilar a supuestos espías extranjeros que circulaban por Moscú y eso significaba que era bastante buena, por lo menos para los niveles rusos.

Seguir el coche fue más fácil de lo que esperaba. Disponer de tres coches de seguimiento facilitó la operación. Detectar un solo coche no era demasiado difícil. Dos también podían ser identificados, ya que se turnarían cada pocos minutos. Pero con tres se rompía convenientemente la pauta, y aunque había sido entrenado por el KGB, Koniev/Suvorov no era un superhombre. Su verdadera defensa consistía en ocultar su identidad, que habían

descubierto gracias a una combinación de buena investigación y suerte, que era algo con lo que contaba la policía. Pero no el KGB. Con su organización obsesiva, no la habían incluido en su programa de formación, tal vez porque confiar en la suerte era una debilidad que en el campo podía conducir al desastre. Eso le indicaba a Provalov que Koniev/Suvorov no había pasado mucho tiempo en operaciones de campo. En el mundo real de las calles, esas cosas se aprenden con rapidez.

El seguimiento se hizo a la máxima distancia, más de una manzana, y las manzanas de la ciudad eran muy grandes. La furgoneta estaba especialmente equipada para ello. Las placas de la matrícula estaban sujetas a un soporte triangular y bastaba pulsar un interruptor para que éste girara, permitiendo elegir entre tres juegos de placas diferentes. Las luces delanteras también eran dobles, lo cual permitía cambiar el aspecto de la iluminación, que era en lo que un adversario experto se fijaría por la noche. Bastaba pulsar una o dos veces un interruptor, cuando no pudiera verlos por el retrovisor, y debería ser un genio para darse cuenta de lo sucedido. El que tenía la tarea más difícil era el que iba delante, porque no era fácil leer la mente de Koniev/Suvorov y cuando éste giraba inesperadamente, el que iba en cabeza debía apresurarse a seguir las instrucciones de los que lo seguían, para recuperar su posición delantera. Sin embargo, todos los agentes en aquella operación eran investigadores de homicidios experimentados, que habían aprendido a seguir las presas más peligrosas del planeta: seres humanos dispuestos a arrebatar la vida de otra persona. Incluso los asesinos más estúpidos podían tener astucia instintiva y habían aprendido mucho sobre operaciones policiales simplemente viendo la televisión. Eso hacía algunas de sus investigaciones más difíciles de lo que deberían haber sido, pero en un caso como éste, la dificultad adicional servía para que sus hombres alcanzaran un nivel de entrenamiento superior al que podría proporcionarles cualquier academia.

—Gira a la derecha —dijo su conductor por radio—. La furgoneta se coloca en cabeza.

El coche que iba en cabeza giraría a la derecha en la próxima calle y luego se apresuraría para recuperar su posición. El primer coche que lo seguía se colocaría detrás de la furgoneta y desaparecería unos minutos, antes de recuperar su lugar. Era una imitación de Fiat, blanco cortado, fabricado en Togliattistad; era el coche familiar más común en Rusia y, por consiguiente, bastante anónimo.

—Si ésta es su única tentativa para despistarnos, es que está muy seguro de sí mismo.

—Cierto —reconoció Provalov—. Veamos qué más hace a continuación.

El «qué más» tuvo lugar a los cuatro minutos. El Fiat giró de nuevo a la derecha, pero no por una calle, sino por el paso subterráneo de un bloque de pisos, que abarcaba toda la manzana. Afortunadamente, el primer coche que lo seguía ya estaba en la esquina lejana del edificio, intentando alcanzar al Fiat, cuando tuvo la suerte de que Koniev/Suvorov apareciera treinta metros delante de él.

—Lo tenemos —se oyó por la radio—. Vamos a retrasarnos un poco.

—Adelante! —ordenó Provalov y su conductor aceleró hasta la próxima esquina.

Entretanto, pulsó el interruptor para cambiar las placas de la matrícula y la iluminación, de modo que de noche la furgoneta parecería otra.

—Está seguro de sí mismo —comentó Provalov a los cinco minutos.

Ahora la furgoneta circulaba cerca del Fiat, seguida de los otros dos coches de vigilancia. Dondequiera que fuese, no lo perdían de vista. Había hecho una maniobra evasiva, muy astuta, pero sólo una. Tal vez consideró que con una bastaba, que si alguien lo seguía lo haría en un solo coche y lo habría detectado por el retrovisor en el paso subterráneo. Muy bien, pensó el teniente de la milicia. Lástima que no lo acompañara su amigo norteamericano del FBI. El FBI no lo habría hecho mejor, a pesar de sus vastos recursos. No era una desventaja que sus hombres conocieran las calles de Moscú y sus alrededores tan bien como cualquier taxista.

—Va a cenar y a tomar una copa en algún lugar —reparó el conductor de Provalov—. Parará en menos de un kilómetro.

—Veremos —respondió el teniente, pensando que probablemente el conductor estaba en lo cierto.

En aquella zona había diez u once restaurantes de categoría. ¿Cuál elegiría su presa?

Resultó ser el Príncipe Miguel de Kiev, un establecimiento ucraniano especializado en pollo y pescado, también conocido por su excelente bar. Koniev/Suvorov paró frente a la puerta, dejó que el portero aparcara su coche y entró.

—¿Quién es el que va mejor vestido de todos nosotros? —preguntó Provalov por radio.

—Usted, camarada teniente.

Las otras dos parejas vestían de obrero, lo cual no era lo más indicado para aquel lugar. La mitad de los clientes del Príncipe Miguel de Kiev eran extranjeros y era preciso vestir bien en su compañía; el restaurante se encargaba de ello. Provalov se apeó a media manzana y caminó a paso ligero hasta la marquesina de la puerta. El portero le permitió entrar, después de examinar su indumentaria; en la nueva Rusia, el atuendo tenía más importancia que en cualquier otro país europeo. Podría haber mostrado su placa, pero no habida sido una buena idea, pues era perfectamente posible que algún empleado del restaurante se lo comunicara a Koniev/Suvorov. En ese momento tuvo un destello de inspiración. Entró inmediatamente en el servicio y sacó su teléfono móvil.

—Diga —respondió una voz familiar.

—¿Mishka?

—¿Oleg? —preguntó Reilly—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Conoces un restaurante llamado Príncipe Miguel de Kiev?

—Sí, claro, ¿por qué?

—Necesito tu ayuda. ¿Cuánto puedes tardar en llegar? —preguntó Provalov, consciente de que Reilly vivía a sólo dos kilómetros del lugar.

—Diez o quince minutos.

—Date prisa. Estaré en la barra. Ponte presentable —agregó el policía.

—De acuerdo —respondió Reilly, mientras se preguntaba cómo le explicaría aquello a su esposa y por qué le habrían interrumpido su tranquila velada frente al televisor.

Provalov volvió a la barra, pidió un vodka con pimienta y encendió un cigarrillo. Su presa estaba a siete taburetes de distancia, también tomando una copa solo, tal vez a la espera de que se desocupara una mesa. El restaurante estaba lleno. Al fondo del comedor, un cuarteto de cuerda tocaba algo de Rimsky Korsakov. Era un establecimiento muy por encima de lo que Provalov podía permitirse habitualmente. Eso significaba que Koniev/Suvorov gozaba de una posición económica holgada, lo que no era particularmente sorprendente. Muchos ex agentes del KGB se desenvolvían muy bien en el sistema económico de la nueva Rusia. Tenían una mundología y unos conocimientos que muy pocos de sus conciudadanos podían igualar. En una sociedad conocida por su creciente corrupción, había un lugar para ellos en el mercado y una red de co-legas deambulantes a los que podían acudir, con quienes compartir sus beneficios, legales o ilegales, a cambio de diversas consideraciones.

Provalov había vaciado su primera copa y acababa de llamar al camarero para que le sirviera otra, cuando apareció Reilly.

—Oleg Gregoriyevich —exclamó el norteamericano a modo de saludo.

El policía ruso se percató de que no era ningún imbécil. El ruso que hablaba a voces era claramente norteamericano y constituía una tapadera perfecta en aquel entorno. Además, iba bien vestido, proclamando a los cuatro vientos su origen extranjero.

—¡Mishka! —respondió Provalov, estrechando calurosamente la mano del norteamericano, mientras llamaba al camarero.

—Bien, ¿a quién buscamos? —preguntó más discretamente el agente del FBI.

—El del traje gris, siete taburetes a mi izquierda.

—Lo tengo —dijo inmediatamente Reilly—. ¿Quién es?

—Actualmente utiliza el nombre de Koniev, Ivan Yurievich. En realidad creemos que se trata de Suvorov, Klementi Ivan'ch.

—Caramba —exclamó Reilly—. ¿Qué más puedes contarme?

—Lo hemos seguido hasta aquí. Ha utilizado un método de evasión simple aunque eficaz, pero disponíamos de tres coches para seguirlo y hemos vuelto a localizarlo inmediatamente.

—Muy bien, Oleg —dijo el agente del FBI.

Puede que su formación fuera deficiente y sus recursos precarios, pero Provalov no era un mal policía. En el FBI sería por lo menos agente especial supervisor. Oleg tenía un instinto policial excelente. Seguir a un individuo del KGB por las calles de Moscú no era un ejercicio trivial, como tampoco lo era seguir a un sicario paranoico por las de Queens. Reilly tomó un sorbo de su vodka con pimienta y se volvió de lado en su taburete. Más allá del sujeto había una belleza de pelo oscuro, con un ceñido vestido negro. A Reilly le dio la impresión de que era una de esas prostitutas caras, que anunciaba la mercancía. Sus ojos oscuros examinaban el entorno con la misma atención que los suyos. La diferencia era que Reilly era un hombre y el hecho de que buscara a una chica atractiva, o lo aparentara, no tenía nada de raro. En realidad, no era a ella a quien miraba fijamente, sino al hombre. Aparentaba unos cincuenta años, apuesto, nada inusual en su aspecto, como se suponía que un espía debía ser, al parecer a la espera de que se desocupara una mesa, acariciando su copa y con la mirada puesta en el espejo situado detrás de la barra, para comprobar si alguien lo vigilaba. Evidentemente, se había despreocupado del norteamericano y de su amigo ruso. Después de todo, ¿qué interés podía tener él para un hombre de negocios norteamericano? Además, el norteamericano estaba pendiente de la prostituta que había a su izquierda. Por consiguiente, no prestaba atención a los hombres a su derecha, ni directamente ni a través del espejo. Oleg era listo, pensó Reilly, utilizándolo como tapadera para su discreta vigilancia.

—¿Ha surgido algo más últimamente? —preguntó el agente del FBI.

Provalov le contó lo que había descubierto sobre la prostituta y lo que había ocurrido la noche anterior a los asesinatos.

—Eso es fascinante. Pero todavía no sabes quién era el objetivo.

—No —reconoció Provalov, y le dio un trago a su segunda copa.

Sabía que debía moderarse con el alcohol, para no cometer ningún error. Su presa era demasiado astuta y peligrosa para exponerse a cualquier riesgo. Siempre le quedaba la opción de detener al individuo para interrogarlo, pero sabía que eso sería inútil. A esa clase de delincuentes había que tratarlos con la misma delicadeza que a un ministro del gabinete. Provalov fijó su mirada en el espejo, donde examinó detenidamente el perfil de un probable asesino múltiple. ¿Por qué no tendrían las personas como él una aureola negra alrededor de la cabeza? ¿Por qué parecían personas normales?

—¿Se sabe algo más sobre ese memo?

Al ruso había llegado a gustarle la jerga norteamericana.

—No, Mishka —respondió, moviendo la cabeza—. Todavía no lo hemos comprobado con la SVR.

—¿Te preocupa que pueda tener una fuente dentro del edificio? —preguntó el norteamericano.

—La posibilidad existe —asintió Oleg.

Evidentemente existía. Los ex agentes del KGB probablemente constituían una estrecha fraternidad. Podían disponer perfectamente de alguien dentro del antiguo cuartel general —tal vez en los archivos de personal— que se lo comunicara si la policía se interesaba por alguna ficha en particular.

—Maldita sea —exclamó el norteamericano, mientras pensaba: menudo hijo de perra, acostarse con una de sus putas antes de cargárselo.

Había en ello una frialdad desagradable, como sacado de una película de la mafia. Pero en la vida real la Cosa Nostra no tenía agallas para hacer algo semejante. Por impresionantes que fueran, los sicarios de la mafia no tenían la formación de un agente de inteligencia profesional y en esta jungla en particular eran simples gatos callejeros comparados con panteras. Dirigió de nuevo su atención al sujeto. La chica era una distracción, pero no excesiva.

—Oleg.

—Dime, Mikhail.

—Mira a alguien que está cerca de los músicos. Su mirada vuelve siempre al mismo punto. No examina el entorno como lo hacía al principio.

El sujeto se fijaba en todos los que entraban en el restaurante, pero su mirada volvía a una parte concreta del espejo y probablemente había decidido que ninguno de los presentes suponía un peligro para él. Bueno, pensó Reilly, incluso la formación tiene sus limitaciones y tarde o temprano tu propia pericia puede volverse contra ti. Acababas por adoptar pautas y hacer suposiciones que podían perderte. En este caso, Suvorov suponía que ningún norteamericano podía estar vigilándolo. Después de todo, él no le había hecho nada a ningún norteamericano en Moscú, ni tal vez en toda su carrera, no estaba en territorio extranjero, sino en su propio campo y por el camino se había librado de quien pudiera seguirlo, como siempre hacía, en el supuesto de que se tratara de un solo coche. Bueno, los listos conocían sus limitaciones. ¿Cómo era el proverbio? La diferencia entre la genialidad y la estupidez consistía en que el genio sabía que tenía limitaciones. Ese Suvorov se consideraba un genio... ¿pero a quién miraba? Reilly hizo girar un poco más su taburete y examinó aquella parte de la sala.

—¿Qué ves, Mishka?

—Un montón de gente, Oleg Gregoriyevich, principalmente rusos, algunos extranjeros, todos bien vestidos. Dos chinos que parecen diplomáticos, cenando con dos rusos de aspecto oficial. La situación parece cordial.

Reilly pensó en que había cenado aquí tres o cuatro veces con su esposa. La comida era bastante buena, especialmente el pescado. Además, en el Príncipe Miguel de Kiev tenían un buen caviar, que era una de las cosas más exquisitas que se podían conseguir aquí. A su esposa le encantaba, y había descubierto que en su país sería mucho más caro... Hacía tantos años que Reilly realizaba vigilancias discretas, que había aprendido a ser invisible. Podía pasar inadvertido casi en cualquier lugar, salvo en Harlem, donde el FBI tenía agentes negros.

No cabía la menor duda, ese Suvorov miraba a un mismo lugar, aparentemente sin darle importancia y siempre a través del espejo. Incluso se colocó de tal modo que sus ojos miraran de forma natural al lugar en cuestión, desde su taburete. Pero las personas como él no hacían nada porque sí. Estaban entrenadas para pensar en todo, incluso para ir al retrete... y por consiguiente era asombroso que lo hubieran descubierto de un modo tan estúpido: mediante una puta que le había registrado los bolsillos, mientras dormía para recuperarse de un orgasmo. Había hombres, por inteligentes que fueran, que pensaban con la polla... Reilly volvió de nuevo la cabeza... uno de los chinos de la mesa del fondo se disculpaba para dirigirse al servicio. Reilly pensó en hacer lo mismo inmediatamente, pero... no. Si estaba preparado con antelación, eso podría estropearlo... Paciencia, Mishka, se dijo a sí mismo, al tiempo que volvía la cabeza para mirar al sujeto principal. Koniev/Suvorov dejó su copa en la barra y se puso de pie.

—Oleg. Quiero que me indiques dónde está el servicio —dijo el agente del FBI—. Dentro de quince segundos.

Provalov contó mentalmente los segundos y luego extendió el brazo en dirección a la puerta principal. Reilly le dio una palmada en la espalda y tomó la dirección indicada.

El Príncipe Miguel de Kiev era un bonito restaurante, pero no tenía ningún empleado que cuidara de los servicios, como en muchos lugares europeos, tal vez porque a los norteamericanos les resultaba incómodo o quizás porque la dirección lo consideraba un gasto innecesario. Reilly entró y vio tres urinarios, dos de ellos ocupados. Se bajó la cremallera, orinó, volvió a subírsela, bajó la mirada al darse la vuelta para ir a lavarse las manos y por el rabillo del ojo vio que aquellos individuos intercambiaban una fugaz mirada. El ruso era más alto. En aquel servicio había una toalla circular, como las que prácticamente habían desaparecido en Norteamérica. Reilly dio un tirón y se secó las manos, sin poder esperar mucho más. De camino a la puerta se metió la mano en el bolsillo, dejó colgando las llaves de su coche y se le cayeron al suelo cuando empujaba la puerta.

—Maldita sea —exclamó, al tiempo que se agachaba para recogerlas del suelo embaldosado, protegido de su mirada por un tabique de acero.

Entonces lo vio. Estaba bien hecho. Podían haber sido más pacientes, pero probablemente descartaron la importancia del norteamericano, y ambos eran profesionales. Apenas se tocaron y el ligero roce que tuvo lugar ocurrió por debajo del nivel de la cintura, fuera del campo de visión de un observador accidental. Pero Reilly no era un observador accidental e incluso por el rabillo del ojo, era evidente para un iniciado. Era un pase de roce clásico, tan bien hecho que ni siquiera Reilly, con toda su experiencia, pudo determinar quién

le había pasado qué a quién. El agente del FBI siguió su camino y regresó a su taburete junto a la barra, donde le hizo una seña al camarero para que le sirviera la copa que consideraba haberse ganado.

—¿Y bien?

—Debes identificar a ese chino. Él y nuestro amigo han intercambiado algo en el retrete. Un pase de roce, muy bien hecho —respondió Reilly, sonriente, mientras gesticulaba en dirección a la morena de la barra.

En realidad lo habían hecho tan bien, que si Reilly se hubiera visto obligado a declarar en un juicio y describírselo a un jurado, cualquier abogado recién salido de la facultad lo habría obligado a reconocer que no había visto nada en absoluto. Pero eso era muy significativo. Ese nivel de pericia era propio de un encuentro casual entre dos personas completamente inocentes, la más pura de las coincidencias, o de dos agentes secretos profesionales que utilizaban su habilidad a la perfección en un lugar ideal. Provalov estaba situado de forma que vio salir a los dos individuos del servicio. Ni siquiera se miraron, se prestaron menos atención que a un perro extraviado, exactamente como harían dos perfectos desconocidos después de coincidir en el servicio de cualquier lugar. Pero cuando Koniev/Suvorov regresó a su taburete en la barra se centró en su copa y dejó de mirar regularmente el espejo. En realidad, volvió la cabeza y saludó a la chica situada a su izquierda, antes de llamar al camarero para que le sirviera otra copa, que ella aceptó con una cálida sonrisa comercial. Su expresión proclamaba que había encontrado un cliente con quien pasar la noche. Era una buena actriz, pensó Reilly.

—Nuestro amigo va a follar esta noche —dijo Reilly.

—Es atractiva —reconoció Provalov—. ¿Veintitrés, te parece?

—Más o menos, tal vez un poco más joven. Bonitas maracas.

—¿Maracas? —preguntó el ruso.

—Tetas, Oleg, tetas —aclaró el agente del FBI—. Ese chino es un espía. ¿Ves a alguien que lo vigile?

—A nadie que yo conozca —respondió el teniente—. Puede que no sea conocido como agente secreto.

—Sí, claro, ¿vas a decirme que todo vuestro personal de contraespionaje se ha retirado a Sochi? Maldita sea, a veces me siguen incluso a mí.

—¿Significa esto entonces que yo soy uno de tus agentes? —preguntó Provalov.

Reilly soltó una carcajada.

—Avísame si piensas desertar, Oleg Gregoriyevich.

—¿El chino de traje azul claro?

—El mismo. Bajo, de unos cinco con cuatro, ciento cincuenta y cinco, rechoncho, cabello corto, cuarenta y cinco años aproximadamente.

Provalov lo convirtió a un metro sesenta y tres centímetros y unos setenta kilos, tomó nota mentalmente y volvió la cabeza para examinar su rostro, situado a unos treinta metros de distancia. Tenía un aspecto perfectamente común, como la mayoría de los espías. A continuación se dirigió al servicio, para llamar por teléfono a sus agentes que estaban en la calle.

Y así acabó prácticamente la velada. Koniev/Suvorov abandonó el restaurante al cabo de unos veinte minutos, con la chica del brazo, y se fue directamente a su casa. Uno de los que se habían quedado acompañó al chino a su coche, que llevaba matrícula diplomática. Los policías tomaron sus notas antes de dar por concluida su larga jornada, mientras se preguntaban qué habían descubierto y qué importancia tendría.

VEINTE

DIPLOMACIA

—¿Y bien? —preguntó Rutledge, cuando el secretario Adler le devolvía sus notas.

—Me parece bien, Cliff, con la condición de que puedas transmitir el mensaje de forma adecuada —respondió el secretario de Estado a su subordinado.

—Comprendo el proceso —dijo Rutledge, antes de hacer una pausa— El presidente quiere que se entregue este mensaje en términos inequívocos, ¿estoy en lo cierto?

—Efectivamente —asintió Adler.

—Sabes lo que te digo, Scott, nunca he presionado tanto a nadie.

—¿Alguna vez has querido hacerlo?

—Algunas veces, con los israelíes. Con Sudáfrica —agregó pensativamente.

—¿Nunca con los chinos o los japoneses?

—Scott, no olvides que nunca había sido negociador hasta ahora.

Pero lo era en esta ocasión, porque la misión con Pekín estaba considerada de gran importancia y requería un diplomático de alto nivel, en lugar de alguien con el mero título de embajador. Los chinos ya lo sabían. En su caso, el encargado público de las negociaciones sería su ministro de Exteriores, aunque quien se sentaría a la mesa sería un diplomático de rango inferior especializado en comercio exterior, que había sido muy afortunado en sus tratos con Norteamérica. El secretario Adler, con la autorización del presidente Ryan, filtraba lentamente a la prensa que tal vez deberían modificarse ligeramente las fechas y las normas. Le preocupaba que Cliff Rutledge no fuera exactamente la persona indicada para entregar el mensaje, pero Cliff era el bateador de turno.

—¿Cómo te llevas con ese tal Gant, de la Tesorería?

—Si fuera diplomático, estaríamos en guerra con todo el maldito planeta, pero supongo que probablemente conoce sus cifras y sus ordenadores —respondió Rutledge, sin disimular su desagrado por el judío nacido en Chicago, con aires de nuevo rico.

Rutledge era de origen humilde, pero eso hacía mucho tiempo que estaba olvidado. Una formación en Harvard y un pasaporte diplomático lo ayudaban a uno a olvidar cosas tan desagradables, como haberse criado en un barrio obrero comiendo las sobras del día anterior.

—Recuerda que a Winston le gusta y que a Ryan le gusta Winston, ¿de acuerdo? —advirtió amablemente Adler, que decidió no preocuparse por el antisemitismo de Cliff, propio de un blanco, anglosajón y protestante.

La vida era demasiado corta para tonterías y Rutledge sabía que su carrera estaba en manos de Scott Adler. Puede que ganara más dinero como asesor cuando abandonara el Departamento de Estado, pero si lo despedían de su cargo no mejoraría su valor como agente libre en el mercado.

—De acuerdo, Scott. Y, sí, necesito ayuda con los aspectos monetarios de esa negociación —asintió casi respetuosamente.

Bien. Sabía cómo postrarse cuando era necesario. Adler, ni siquiera se planteó revelarle la fuente de inteligencia que tenía en el bolsillo, gracias al presidente. Había algo en ese profesional de la carrera diplomática que hacía que su superior desconfiara de él.

—¿Y las comunicaciones?

—La embajada de Pekín dispone del sistema Tapdance. Así como del nuevo sistema telefónico, al igual que el avión.

Pero había problemas con el mismo, investigados recientemente en Fort Meade. Los instrumentos tenían dificultad en conectarse entre sí, y utilizar un vínculo vía satélite no resolvía el problema. Al igual que la mayoría de los diplomáticos, Rutledge raramente se

interesaba por esas trivialidades. Esperaba que la información apareciera como por arte de magia, sin preguntarse generalmente cómo se había obtenido, pero cuestionando siempre los motivos de la fuente, fuera quien fuese. A fin de cuentas, Clifford Rutledge segundo era el diplomático perfecto. Creía en muy pocas cosas, salvo en su propia carrera,

unas vagas nociones de concordia internacional y su habilidad personal para generarla, así como evitar la guerra mediante la pura fuerza de su genialidad.

Pero en su lado positivo, Adler reconocía que Rutledge era un técnico diplomático competente, que sabía cómo funcionaban los trueques y cómo presentar una posición de la manera más suave posible, pero en términos firmes. En el Departamento de Estado no había muchos como él. Como alguien había comentado en una ocasión sobre Theodore Roosevelt: «El caballero más amable que ha degollado a alguien.» Pero Cliff nunca llegaría tan lejos, ni siquiera para avanzar en su propia carrera. Probablemente se afeitaba con una maquinilla eléctrica, no por temor a cortarse, sino por miedo a ver la sangre.

—¿Cuándo sale tu avión? —preguntó el secretario.

Barry Wise ya había hecho las maletas. Era un experto, como era lógico, teniendo en cuenta que viajaba tanto como un piloto de unas líneas aéreas internacionales. El ex marine negro tenía cincuenta y cuatro años, había trabajado para la CNN desde su inauguración hacía más de veinte años y lo había visto todo. Había cubierto el conflicto de los «contras» en Nicaragua y los primeros bombardeos de Bagdad. Estaba en Yugoslavia cuando excavaban fosas comunes y había hecho retransmisiones en directo desde las carreteras de la muerte en Ruanda, con el deseo de hacer llegar el olor horrible que todavía lo perseguía en sus sueños y simultáneamente agradeciéndole a Dios no poder hacerlo. Como profesional de la información, Wise consideraba que su misión en la vida consistía en transmitir la verdad desde donde fuera, al lugar donde se encontrara la gente interesada en la misma y ayudar a que se interesaran si no lo estaban. No tenía mucho en cuanto a ideología personal, aunque era un gran creyente en la justicia y una de las formas de contribuir a que ésta se cumpliera consistía en facilitar la información correcta al jurado, en este caso a los televidentes. El y personas como él habían transformado Sudáfrica de estado racista en democracia funcional y también había jugado un papel en la destrucción del comunismo en el planeta. A su entender, la verdad era el arma más poderosa del mundo, si se disponía de los medios para hacerla llegar al público en general. Al contrario de la mayoría de los miembros de su profesión, Wise respetaba al ciudadano de a pie, por lo menos al que se tomaba la molestia de escucharlo. La gente común quería conocer la verdad, y su trabajo consistía en ofrecérsela como mejor pudiera, sobre lo que a veces dudaba y cuestionaba permanentemente sus propias habilidades.

Besó a su esposa de camino a la puerta, con la promesa de traer algo para los niños a su regreso, como siempre hacía, y cargó su bolsa de viaje en el único lujo personal que se había permitido, un Mercedes deportivo de color rojo, que luego condujo hasta la ronda exterior de Washington y de allí a la base Andrews de las fuerzas aéreas. Debía llegar temprano, porque las fuerzas aéreas se habían vuelto excesivamente precavidas respecto a la seguridad. Tal vez por esa estúpida película en la que unos terroristas cruzaban una serie de controles con guardias armados y, a pesar de que eran sólo aviadores y no marines, llevaban rifles y por lo menos parecían bastante competentes, incluso a bordo del avión militar, en el que un intruso era tan improbable, al parecer de Wise, como un ladrón en el despacho oval que le robara la cartera al presidente. Pero los militares tenían sus propias reglas, por ilógicas que fueran, como recordaba perfectamente de su época en el cuerpo. A su llegada había cruzado todos los controles, cuyos guardias lo conocían mejor que a su propio comandante y esperaba la llegada de la comitiva oficial, en la lujosa sala para visitantes distinguidos, junto a la pista Cero Uno Izquierda de Andrews. Luego subirían a bordo del venerable CV-137, para emprender el interminable vuelo a Pekín. Los asientos eran tan cómodos como podían serlo en un avión, y el servicio tan bueno como en primera clase de cualquier compañía, pero los vuelos tan largos no eran nunca divertidos.

—Nunca he estado antes allí —dijo Mark Gant, en respuesta a la pregunta de George Winston—. ¿Qué tal es ese Rutledge?

El secretario de la Tesorería se encogió de hombros.

—Funcionario del Departamento de Estado, que ha ascendido hasta casi la cima del escalafón. Solía tener buenos contactos políticos; en otra época fue íntimo de Ed Kealty.

El ex financiero levantó la cabeza.

—¿Y por qué Ryan no lo ha puesto de patitas en la calle?

—No es así como Jack hace las cosas —respondió Winston, al tiempo que se preguntaba si en esta ocasión los principios no se interponían en el camino del sentido común.

—¿No te parece, George, que sigue siendo bastante ingenuo?

—Puede que sí, pero es una persona recta y eso me gusta. Sin duda nos ha apoyado con lo de la política tributaria y el Congreso lo aprobará dentro de unas semanas.

Gant no se lo creería hasta que lo viera.

—Siempre y cuando no se les ocurra a todos los miembros de los grupos de presión de la ciudad cruzarse en la vía del tren.

—Sólo hay que engrasar un poco más las ruedas —respondió Winston de buen humor—. ¿No sería agradable encerrar a todos esos cabrones...?

George —pensó Gant—, si crees eso, es que has pasado demasiado tiempo con el presidente. ¿Pero estaba tan mal el idealismo después de todo?

—Me contentaré con estrujar a esos cabrones chinos en la balanza comercial. ¿Nos apoyará Ryan?

—Hasta las últimas consecuencias, según dice. Y yo lo creo, Mark.

—Supongo que ya lo veremos. Espero que ese Rutledge sepa interpretar las cifras.

—Estudió en Harvard —señaló el secretario Winston.

—Lo sé —replicó Gant, que se había licenciado veinte años atrás en la Universidad de Chicago y tenía sus propios prejuicios intelectuales.

¿Qué diablos era Harvard, salvo un nombre y un legado?

—No todos son imbéciles —dijo Winston, con una carcajada.

—Bueno, jefe, supongo que ya lo veremos —respondió, al tiempo que levantaba su maleta sobre las ruedas y se echaba la bolsa de su ordenador al hombro—. Mi coche espera en la puerta.

—Buen viaje, Mark.

Su nombre era Yang Lien Hua. Tenía treinta y cuatro años, estaba embarazada de nueve meses y muy asustada. Era su segundo embarazo. Del primero había tenido un hijo llamado Ju Long, un nombre particularmente auspicioso que significaba aproximadamente «gran dragón». Pero el niño había muerto a los cuatro años, empujado en la acera por una bicicleta bajo las ruedas de un autobús. Su muerte había destrozado a sus padres y afligido incluso a los funcionarios locales del partido comunista encargados de la investigación, que absolvieron al conductor del autobús y nunca lograron identificar al imprudente ciclista. El sufrimiento de la señora Yang había sido suficientemente intenso, para buscar consuelo de un modo que el gobierno de aquel país no aprobaba particularmente.

Lo había buscado en el cristianismo, la religión extranjera detestada en la realidad, aunque no exactamente ilegal. En otra época habría buscado consuelo en las enseñanzas de Buda o de Confucio, pero éstas también habían sido eliminadas en gran parte de la conciencia popular por el gobierno marxista, que todavía consideraba todas las religiones como un narcótico público. Una compañera de trabajo le había sugerido discretamente que hablara con un «amigo» suyo, un hombre llamado Yu Fa An. La señora Yang lo buscó, y así empezó su primera aventura en el mundo de la traición.

Comprobó que el reverendo Yu era un hombre culto y que había viajado mucho, lo cual para ella aumentaba su talla humana. También sabía escuchar, prestaba atención a cada una de sus palabras y de vez en cuando le servía compasivamente un té y le acariciaba la mano,

cuando le brotaban las lágrimas. Sólo cuando ella terminaba de contarle sus lamentos, empezaba él a hablar.

Le dijo que Ju Long estaba con Dios, porque Dios se interesaba particularmente por las necesidades de los niños inocentes. Si bien no podía ver a su hijo en aquel momento, él la veía a ella desde el cielo, y aunque su aflicción fuera completamente comprensible, debía creer que el Dios de la tierra era el Dios de la misericordia y del amor, que había mandado a su único hijo a la tierra para mostrar el camino a los hombres y sacrificar su propia vida por los pecados de la humanidad. Le entregó una Biblia impresa en gouyu, idioma oficial de la República Popular (también llamado mandarín) y le ayudó a encontrar pasajes apropiados.

No fue fácil para la señora Yang, pero tan honda era su aflicción que volvía en busca de consejo, hasta que por fin se presentó con su marido, Quon. El señor Yang resultó ser más difícil de convencer. Había servido en el Ejército Popular, donde había sido totalmente aleccionado en la política de su nación y sus respuestas habían llegado a ser suficientemente correctas para que lo destinaran a la escuela de suboficiales, para lo cual se requería fiabilidad política. Pero Quon había sido un buen padre para su pequeño «gran dragón» y también encontraba que el vacío en su sistema de creencias era excesivo para superarlo con facilidad. El reverendo Yu llenaba dicho vacío y paulatinamente llegaron a aceptar su pérdida, convencidos de la continuidad de la vida de Ju Long y de que un día volverían a verlo en presencia del Todopoderoso, cuya existencia era crecientemente real para ambos.

Hasta entonces, la vida debía seguir adelante. Ambos trabajaban como obreros en la misma fábrica y vivían en un piso para trabajadores en el distrito de Di'Anmen de Pekín, cerca del parque de Jingshan («colina de carbón»). Trabajaban en la fábrica durante el día, miraban la televisión estatal por la noche y, en su momento, Lien Hua quedó de nuevo embarazada.

Y con ello infringió la política gubernamental de control de la población, que era mucho más que draconiana. Se había decretado hacía mucho tiempo que los matrimonios podían tener un solo hijo. Un segundo embarazo requería autorización gubernamental. Aunque no solía negarse a aquellos cuyo primer hijo hubiera fallecido, era imprescindible obtener la debida autorización, y en el caso de padres políticamente inaceptables, el gobierno retenía generalmente dicha autorización como medio adicional de control de la población viva. Eso significaba que un embarazo no autorizado debía interrumpirse. Con garantías de seguridad y a costa del Estado en un hospital público, pero debía interrumpirse.

Para el gobierno comunista, el cristianismo era poco fiable, y no era sorprendente que el Ministerio de Seguridad Estatal hubiera infiltrado un agente secreto en la congregación del reverendo Yu. Dicho individuo, que en realidad eran tres por si alguno de ellos se dejaba corromper por la religión y se convertía, a su vez, en poco fiable, había incluido los nombres de los Yang en una lista de personas políticamente no fiables. Así pues, cuando la señora Yang Lien Hua registró debidamente su embarazo, recibió una carta oficial en la que se le ordenaba presentarse en el hospital Longfu, situado en la calle Meishuguan, para someterse a un aborto terapéutico.

Lien Hua no estaba dispuesta a hacerlo. Su nombre significaba «flor de loto», pero su interior estaba hecho de algo mucho más robusto. Al cabo de una semana escribió una carta al departamento gubernamental apropiado, para comunicarles que un aborto accidental había puesto fin a su embarazo. Debido a la naturaleza de las burocracias, nunca se comprobó su mentira.

La mentira sólo le concedió a Flor de Loto seis meses de estrés creciente. Nunca vio a un doctor, ni siquiera a uno de los «médicos descalzos» que la República Popular había inventado hacía una generación, ante la admiración de los izquierdistas de todo el mundo entero. Lien Hua estaba sana y fuerte, y la naturaleza había diseñado el cuerpo humano para producir hijos sanos mucho antes de la aparición de los ginecólogos. Lograba ocultar con bastante éxito su barriga progresivamente abultada, bajo la holgada ropa que llevaba. Lo que no podía ocultar, por lo menos a sí misma, era el miedo que sentía en su interior. Llevaba un bebé en la barriga. Ella lo quería. Quería una segunda oportunidad de ser madre. Anhelaba la sensación de un hijo que se alimentara en su pecho. Quería ofrecerle amor y cariño, ver cómo aprendía a gatear, levantarse, caminar, hablar y verlo crecer más allá de los cuatro años, ingresar en la escuela, aprender y convertirse en un buen adulto del que pudiera sentirse orgullosa.

El problema era la política. El Estado imponía despiadadamente su voluntad. Sabía lo que podía ocurrir: que en el mismo momento del parto se inyectara una jeringuilla llena de formol

en la cabeza del bebé. Era la política estatal de China. Para los Yang era un asesinato premeditado a sangre fría y estaban decididos a no perder su segundo hijo, que según el reverendo Yu era un don del propio Dios.

Y había una forma de conseguirlo. Si el parto tenía lugar en casa sin asistencia médica y el bebé empezaba a respirar, el Estado no lo mataría. Algunas cosas arrebataban incluso al gobierno de la República Popular, y matar a un niño que vivía y respiraba era una de ellas. Pero hasta que tomara aquel primer aliento, no tenía mayor importancia que una pieza de carne en un mercado. Se rumoreaba incluso que el gobierno chino vendía órganos de fetos abortados en el mercado mundial de tejidos humanos, para ser utilizados con fines médicos, y para los Yang no era difícil creerlo.

De modo que el plan de Lien Hua era parir en casa, para presentárselo luego al Estado como cosa hecha y más adelante el reverendo Yu lo bautizaría. Con dicho propósito, la señora Yang se mantenía en buena forma física, caminaba dos kilómetros todos los días, comía con sensatez y en general seguía todas las recomendaciones de las publicaciones del gobierno para futuras madres. Y si surgía algún problema grave, acudirían al reverendo Yu en busca de consejo y asesoramiento. El plan le permitía a Lien Hua controlar el estrés —que en realidad era terror— de su estado no autorizado.

—Y bien? —preguntó Ryan.

—Rutledge tiene la capacidad adecuada y le hemos dado las instrucciones pertinentes. Debería poder llevarlas a cabo. La incógnita radica en si los chinos seguirán la corriente.

—Si no lo hacen, las cosas se pondrán difíciles para ellos —respondió el presidente, si no con frialdad, sí con cierto grado de determinación— Si creen que pueden intimidarnos, Scott, ha llegado el momento de que descubran quién es el matón del barrio.

—Lucharán. ¿Recuerdas que hace cuatro días hicieron un pedido provisional de catorce aviones Boeing 777? Eso será lo primero que anularán si no les gusta nuestra propuesta. Eso significa mucho dinero y muchos puestos de trabajo para Boeing en Seattle —advirtió el secretario de Estado.

—Nunca me ha gustado el chantaje, Scott. Además, éste es un caso clásico de «proteger un puñado de árboles y descuidar el bosque». Si cedemos por esa causa, perderemos diez veces más dinero y diez veces más puestos de trabajo en otros lugares; sé que estarán repartidos, que los cámaras de televisión no tendrán un lugar concreto al que enfocar sus objetivos y, por consiguiente, no se divulgará la historia real, sino sólo lo que quepa en una cinta de un centímetro y cuarto. Pero no estoy aquí para complacer a los malditos medios de comunicación. Estoy aquí para servir al pueblo como mejor sepa, Scott. Y juro por Dios que así lo haré —prometió el presidente.

—No lo dudo, Jack —respondió Adler—. Pero recuerda que no sucederá exactamente como tú lo deseas.

—Nunca sucede, pero si se ponen duros, les costará setenta mil millones anuales. Nosotros podemos permitirnos prescindir de sus productos. ¿Pueden permitirse ellos prescindir de nuestro dinero? —preguntó Ryan.

Adler no se sentía plenamente cómodo con la forma en que el presidente había formulado la pregunta.

—Supongo que tendremos que mantenernos a la expectativa.

VEINTIUNO

HERVOR

—Dime, ¿qué averiguaste anoche? —preguntó Reilly.

Llegaría tarde a su despacho de la embajada, pero presentía que el caso del lanzagranadas, que era como él se lo planteaba, empezaba a aclararse y el director Murray tenía un interés personal en el mismo, porque también lo tenía el presidente, y eso lo convertía en algo más importante que el papeleo rutinario de su escritorio.

—Nuestro amigo chino, me refiero al que fue al lavabo, es el tercer secretario de su embajada. Nuestros amigos de la SVR, al otro lado de la ciudad, sospechan que pertenece al Ministerio de Seguridad del Estado. En el Ministerio de Exteriores, me refiero al nuestro, no se lo considera particularmente listo como diplomático.

—Así es como disimula uno a un espía —dijo Reilly—. Como un torpe funcionario. El caso es que está en el juego.

—Efectivamente, Mishka —respondió Provalov—. Ahora sería agradable saber quién le pasó qué a quién.

—Oleg Gregoriyevich —dijo Reilly, a quien le gustaba el tratamiento ruso semiformal—, aunque hubiera estado junto a ellos, mirándolos fijamente, dudo que lo hubiera visto.

Ese era el problema cuando una trataba con auténticos profesionales. Eran tan hábiles con sus maniobras como un crupier de Las Vegas con una baraja de naipes. Se necesitaba un buen objetivo y poder verlo a cámara lenta para estar seguro, y eso abultaba demasiado para el trabajo de campo. Pero habían demostrado que los dos estaban activos en el mundo del espionaje, y eso abría nuevas oportunidades en el caso, se mirara como se mirara.

—¿Habéis identificado a la chica?

—Yelena Ivanova Dimitrova —respondió Provalov, entregándole una carpeta—. No es más que una puta, pero, evidentemente, muy cara.

Reilly abrió la carpeta y hojeó las notas. Era una conocida prostituta especializada en extranjeros. Su fotografía era inusualmente halagadora.

—¿Has venido temprano esta mañana? —preguntó Reilly, pensando que debía de haberlo hecho si ya había resuelto tantos asuntos.

—Antes de las seis —confirmó Oleg, que también empezaba a emocionarse cada vez más con el caso—. De todos modos, Klementi Ivan'ch la ha retenido toda la noche. Ha salido de su piso y ha cogido un taxi a su casa a las siete cuarenta de esta mañana. Según mi personal, parecía feliz y satisfecha.

Soltaron una carcajada. ¿Había estado con su cliente hasta después de que Oleg llegara a su despacho? Eso debía de haber afectado su actitud de algún modo, pensó Reilly, sonriendo para sus adentros. Indudablemente habría afectado la suya.

—Me alegro por tu sujeto. No creo que repita la hazaña en unos meses —pensó el agente del FBI en voz alta, con la esperanza de que su colega ruso se sintiera un poco mejor.

—Siempre cabe la esperanza —respondió fríamente Provalov—. Dispongo de cuatro hombres que vigilan su casa. Si sale y da la impresión de que tardará en regresar, intentaré introducir un equipo en su piso para instalar algunos aparatos de vigilancia electrónica.

—¿Saben cómo ser cautelosos? —preguntó Reilly, pensando en que, si ese tal Suvorov era tan experto como creían, dejaría trampas en su casa que dificultarían la intrusión.

—También han sido formados por el KGB. Uno de ellos ayudó a capturar a un agente secreto francés en otra época. Ahora quiero hacerte yo una pregunta —dijo el policía ruso.

—Adelante.

—¿Qué sabes de un grupo especial antiterrorista con sede en Inglaterra?

—Te refieres a «los hombres de negro»?

—Sí —asintió Provalov—. ¿Sabes algo acerca de ellos? Reilly sabía que debía medir sus palabras, aunque sus conocimientos eran muy escasos.

—En realidad no sé más que lo que han publicado en los periódicos. Parece ser un grupo multinacional de la OTAN, creo que en parte militar y en parte policial. El año pasado tuvieron mucho éxito. ¿Por qué me lo preguntas?

—Una petición de las altas esferas, porque te conozco. Me han dicho que van a venir a Moscú, para ayudar a entrenar a nuestro personal: grupos especiales del Spetsnaz con funciones parecidas —explicó Oleg.

—¿En serio? Bueno, yo nunca he pertenecido a los grupos de fuerza del FBI, salvo en otra época al SWAT local. Gus Werner probablemente sabe mucho sobre ellos. Gus dirige la nueva división antiterrorista en el cuartel general. Anteriormente dirigía el equipo de rescate de rehenes y era comandante de campo, de una división, un gran departamento urbano. He hablado con él una sola vez. Gus tiene muy buena rep. en el servicio.

—¿Rep.?

—Reputación, Oleg. Está muy bien considerado por los agentes de campo. Pero como ya te he dicho, eso pertenece a los grupos de fuerza del FBI. Yo siempre he estado entre los jugadores de ajedrez.

—Querrás decir, investigaciones.

—Efectivamente —asintió Reilly—. Eso es lo que se supone que debe ser el FBI, pero la organización ha cambiado un poco a lo largo de los años —agregó, antes de hacer una pausa—. ¿De modo que vigilas muy de cerca a ese tal Suvorov/Koniev? —preguntó, para centrar de nuevo la conversación.

—Mis hombres tienen orden de ser discretos, pero sí, lo vigilamos de cerca, como tú dices.

—Si realmente trabaja con los espías chinos, ¿crees que su propósito puede ser el de matar a ese tal Golovko?

—No lo sé, pero debemos considerarlo como una posibilidad real.

Reilly asintió, pensando que aquello constituiría un informe interesante para mandarlo a Washington y puede que también para comentárselo al jefe de sección de la CIA.

—Quiero las fichas de todos los que han trabajado en alguna ocasión con él —ordenó Sergey Nikolay'ch—. Y también quiero su ficha personal.

—Sí, camarada director —respondió el comandante Shelepin, inclinando la cabeza.

El informe matutino, presentado por un coronel de la milicia, no había satisfecho al director de la SVR, ni a su guardaespaldas principal. En este caso, para variar, se había burlado la lentitud legendaria de la burocracia rusa y la información había llegado rápidamente a los interesados, entre los que se encontraba el hombre cuya vida, después de todo, tal vez se hubiera salvado por casualidad.

—Y formaremos un grupo de acción especial, para trabajar con ese joven Provalov.

—Por supuesto, camarada director.

Era asombrosa —pensó Sergey Nikolay'ch— la rapidez con la que podía cambiar el mundo. Guardaba un vivo recuerdo de la mañana del asesinato. No era algo que se olvidara con facilidad, pero superado el susto y el temor de los primeros días, había llegado a relajarse, a creer que ese tal Avseyenko realmente había sido el objetivo de un ajuste de cuentas de los bajos fondos y que su propia vida nunca había estado directamente amenazada. Con dicha aceptación, todo lo que había sucedido era como haber pasado junto a un accidente de tráfico. Aunque un desgraciado conductor hubiera fallecido en plena calle, uno lo descartaba como algo carente de importancia, porque era algo que no podía sucederle a él en su lujoso coche oficial, especialmente cuando lo conducía Anatoliy. Pero ahora había empezado a preguntarse si tal vez su vida se había salvado por casualidad. Se suponía que esas cosas no debían ocurrir, que eran innecesarias.

Ahora estaba más asustado que aquella espléndida mañana moscovita, cuando contemplaba desde su ventana los restos humeantes en la calzada. Significaba que tal vez todavía corría peligro y temía dicha perspectiva tanto como cualquiera.

Peor aún, el cazador podía ser perfectamente uno de sus propios hombres, un ex agente del KGB vinculado al Spetsnaz y si estaba en contacto con los chinos...

¿Pero por qué querrían los chinos acabar con su vida? O, para el caso, ¿por qué querrían los chinos cometer semejante crimen en un país extranjero? Aquello sobrepasaba los límites de la imprudencia.

Nada tenía sentido, pero como profesional del espionaje, Golovko había abandonado desde hacía mucho tiempo la ilusión de que el mundo debiera tener sentido. Lo que sí sabía era que necesitaba más información y, por lo menos, estaba en una situación excelente para obtenerla. Aunque no fuera tan poderoso como pudiera haberlo sido en otra época, todavía era lo suficiente para sus propios propósitos, se dijo Golovko a sí mismo.

Probablemente.

Procuraba no acudir muy a menudo al ministerio. No era más que una medida elemental de seguridad, pero muy sensata. Después de reclutar a un o una agente, era conveniente no exhibirse en público con él o con ella, para no comprometerle. Era una de las cosas que se enseñaban en La Granja. Si alguien comprometía a uno de sus agentes, podía tener problemas en dormir por la noche, porque la CIA actuaba generalmente en países donde la advertencia iba acompañada de una pistola, un puñal, los puños o algo igualmente indeseable, como solía ocurrir en los estados policiales y eso, por lo que le habían contado sus instructores en clase, podía ser muy desagradable. Especialmente en un caso como éste, en el que mantenía relaciones íntimas con su agente y, si dejaba de hacerlo, podría cesar su cooperación, que según Langley era excelente y querían que prosiguiera. Borrar el programa que había introducido en su ordenador sería difícil para un genio de la informática, pero se podía lograr el mismo efecto eliminando toda la información del disco duro e instalando nuevos archivos sobre los viejos, porque el pequeño programa en cuestión estaba oculto en el software del sistema y escribir de nuevo encima del mismo lo destruiría con la misma certeza que el terremoto de San Francisco.

De modo que realmente no quería estar allí, pero además de espía era un hombre de negocios y su cliente lo había llamado. La chica situada dos mesas más allá de la de Ming tenía un problema con el ordenador y él era el representante de NEC para las oficinas del ministerio.

Resultó ser un problema de menor importancia... había mujeres que no estaban hechas para los ordenadores. Era como dejar suelto a un niño de cuatro años en una armería, pensó, pero no se atrevía a decir cosas semejantes en esta época de la liberación, ni siquiera en un país como éste. Afortunadamente, Ming no estaba a la vista cuando llegó. Se había acercado al ordenador donde se encontraba el problema, lo había reparado en unos tres minutos y luego le había explicado el error a la secretaria en términos sencillos que pudiera comprender y que de ahora en adelante la convertirían en la experta de la oficina para problemas semejantes. Cuando se despedía con una sonrisa y una cortés reverencia al estilo japonés se abrió la puerta del despacho interior y apareció Ming, seguida del ministro Fang, que examinaba unos documentos.

—Hola, Nomuri-san —exclamó Ming, sorprendida, mientras Fang se dirigía a otra chica llamada Chai y le indicaba que lo siguiera.

Si Fang vio a Nomuri no dio muestras de haberlo hecho y se limitó a entrar de nuevo en su despacho privado.

—Hola, camarada Ming —dijo el norteamericano en inglés—. ¿Funciona bien su ordenador? —preguntó formalmente.

—Sí, muy bien, gracias.

—Estupendo. Si surge algún problema, ya tiene usted mi tarjeta.

—Sí, desde luego. ¿Ya está bien instalado en Pekín? —preguntó educadamente.

—Sí, muchas gracias.

—Debería usted probar la comida china, en lugar de limitarse a la de su país, aunque debo reconocer que últimamente me he aficionado a la salchicha japonesa —dijo Ming ante todos los presentes en la sala, con una expresión que habría enorgullecido a Amarillo Slim.

Por su parte, Chester Nomuri sintió que el corazón se le paraba por completo durante lo que parecieron unos diez segundos.

—Sí, claro —respondió cuando recuperó el aliento—, puede ser muy sabrosa.

Ming se limitó a asentir, antes de regresar a su escritorio y ponerse a trabajar. Después de una cortés reverencia, Nomuri abandonó la sala y avanzó por el pasillo para dirigirse inmediatamente al servicio, con una necesidad urgente de orinar. Santo cielo. Ese era uno de los problemas con los agentes. A veces su trabajo les producía una excitación como la de los drogadictos cuando la sustancia química penetra en su organismo y le hacían cosquillas al dragón, movidos por su entusiasmo nuevo y juguetón, para incrementar un poco la emoción, olvidando que la cola del dragón estaba mucho más cerca de la boca de lo que parecía. Era una estupidez disfrutar del peligro. Después de subirse la cremallera, se recordó a sí mismo que no había cometido ningún error, no se le había trabado la lengua al responder a su juguetona indirecta. Pero debería advertir a Ming del peligro de bailar en un campo mina-do. Uno nunca sabía realmente dónde poner los pies, y los errores se podían pagar muy caros.

Entonces fue cuando comprendió por qué había sucedido, y la idea lo dejó paralizado. Ming se había enamorado de él. Bromeaba porque... bueno... ¿por qué lo habría hecho si no fuera así? ¿Para jugar simplemente? ¿Lo consideraba todo como un juego? No, no tenía la personalidad adecuada para actuar como una prostituta. El sexo había sido bueno, tal vez demasiado, si es que eso era posible, pensó Nomuri cuando empezó de nuevo a andar en dirección al ascensor. Indudablemente aparecería esta noche, después de lo que había dicho. Tendría que detenerse en la bodega de camino a su casa y comprar otra botella de aquel terrible whisky japonés, a treinta pavos el litro. Aquí un obrero no podía emborracharse, a no ser que lo hiciera con el licor local, que era demasiado repugnante para contemplarlo.

Pero Ming acababa de consagrar su relación, arriesgando su vida frente a su ministro y sus compañeras de trabajo, lo cual era mucho más aterrador para Nomuri que el lamentable comentario sobre su polla y el hecho de que a Ming le gustara. Cielos —pensó—, esto se pone demasiado serio. ¿Pero qué podía hacer ahora? La había seducido, la había convertido en una espía y ella se había enamorado de él, probablemente por la simple razón de que era más joven que ese viejo cabrón para el que trabajaba; además, él la trataba mucho mejor. Puede que fuera bastante bueno en la cama, lo cual era excelente para su ego masculino, además, era un extranjero en un país desconocido, donde debía satisfacer sus necesidades biológicas, y hacerlo con ella era probablemente más seguro que buscar prostitutas en los bares. Por otra parte, no quería siquiera pensar en la posibilidad de tener una relación formal con una chica...

Pero cómo diferenciar una cosa de la otra, se preguntó a sí mismo, sin tener en cuenta el hecho de que mientras hacían el amor, su ordenador transmitía las notas que ella había transcrito al mundo etéreo...

Lo estaba haciendo de nuevo poco después de terminada la jornada laboral, y las once horas de diferencia prácticamente garantizaban que llegaría a los despachos de los funcionarios norteamericanos, poco después de la hora del desayuno. En el caso de Mary Patricia Foley, las mañanas eran mucho menos ajetreadas que en otra época. Su hija menor no estaba todavía en la universidad, pero prefería prepararse ella misma el desayuno e iba en su propio coche al colegio, lo cual le permitía a su madre quedarse otros veinte minutos en la cama todas las mañanas. Veinte años como espía de campo, compartidos con la maternidad, podían haber bastado para volverla completamente loca; pero había sido una vida de la que en realidad había disfrutado, especialmente los años que había pasado en Moscú haciendo su trabajo desde las propias entrañas de la bestia y ocasionándole al mismo tiempo una buena úlcera a ese cabrón.

Otro tanto podía decir su marido. Eran el primer equipo formado por marido y mujer que había llegado tan alto en Langley y conducían todas las mañanas a la oficina en su propio coche, en lugar de uno de la «casa» al que tenían derecho, aunque con un coche delante y otro detrás llenos de personal armado, porque cualquier terrorista con medio cerebro los

consideraría objetivos más valiosos que rubíes. Así podían hablar por el camino, y todas las semanas se comprobaba que no hubiera micrófonos en el coche.

Aparcaban en el amplio espacio reservado, en el sótano del edificio del antiguo cuartel general, y luego subían en el ascensor para ejecutivos, que siempre los estaba esperando para llevarlos hasta sus despachos en el séptimo piso.

El escritorio de la señora Foley estaba siempre ordenado. El personal de noche ordenaba impecablemente todos los documentos importantes para ella. Pero hoy, como venía haciéndolo desde hacía una semana, en lugar de examinar las carpetas con material clasificado como «Secreto y codificado», conectó primero el ordenador para comprobar su correo electrónico especial. Esa mañana no se llevó una decepción. Copió el fichero en su disco duro, imprimió una copia y a continuación borró el mensaje del sistema. Leyó de nuevo la copia impresa, levantó el auricular del teléfono y llamó al despacho de su marido.

—Dime, cariño.

—Sopa de huevo —dijo la esposa del director de la CIA, a quien le gustaba atormentar a su marido, refiriéndose a un plato de la cocina china que a él le parecía particularmente repugnante.

—De acuerdo, cariño. Ven a mi despacho.

El director comprendió que debía de tratarse de algo bastante importante, si su esposa intentaba provocarle náuseas por la mañana temprano.

—¿Más Sorge? —preguntó el presidente, después de setenta y cinco minutos.

—Sí, señor —respondió Ben Goodley, entregándole una hoja, breve pero interesante.

—¿Análisis? —preguntó Ryan, después de leerla por encima.

—La señora Foley quiere repasarla con usted esta tarde. Tiene un hueco en su agenda a las dos y cuarto.

—De acuerdo. ¿Quién más?

—El vicepresidente, puesto que está en Washington —respondió Goodley, consciente de que a Ryan le gustaba entrevistarse con Robby Jackson, para recibir interesante información estratégica—. El también está libre esta tarde.

—Bien. Organízelo —ordenó el presidente.

A seis manzanas de distancia, Dan Murray llegaba a su espacioso despacho (por cierto, bastante mayor que el del presidente) con su propia escolta, porque él, como agente principal del país de contraespionaje y antiterrorismo, disponía de abundante información por la que otros se interesaban. Y esa mañana recibió un poco más.

—Buenos días, director —dijo una de las empleadas, que era una agente armada y no una mera secretaria.

—Hola, Toni —respondió Murray.

Aquella agente tenía unas curvas espléndidas, pero el director del FBI se percató de que su esposa, Liz, tenía razón: se estaba convirtiendo en un viejo verde.

El personal de noche organizaba los montones sobre el escritorio, de acuerdo con cierto método. El montón de la derecha era de material de inteligencia, el de la izquierda de operaciones de contrainteligencia y el mayor, en el centro, de investigaciones penales en curso que requerían su atención o notificación personal. La tradición se remontaba al «señor Hoover», como se lo recordaba en el FBI, que al parecer examinaba los casos más importantes.

Pero Murray se interesaba desde hacía tiempo por el lado «negro» del cuerpo y eso significaba que atacaba primero el montón de la derecha. No había mucho. Actualmente, el FBI llevaba a cabo algunas operaciones propias puramente de inteligencia, lo que incomodaba en cierto modo a la CIA, aunque dichos cuerpos nunca se habían llevado especialmente bien, a pesar de que a Murray le gustaban los Foley. Qué diablos —pensaba—, un poco de

competencia era buena para todo el mundo, siempre y cuando la CIA no interviniera en investigaciones criminales, lo cual sería harina de otro costal. El primer informe era de Mike Reilly en Moscú...

—Maldita sea —susurró entre dientes, antes de sonreír para sus adentros.

Murray había seleccionado a Reilly personalmente para el puesto de Moscú, a pesar de las objeciones de algunos de sus funcionarios más decanos, que eran todos partidarios de mandar a Paul Landau, de la División de Inteligencia. Pero Murray decidió que lo que Moscú necesitaba era ayuda con el trabajo policial, no persiguiendo espías, en lo que ellos tenían mucha experiencia, y por consiguiente decidió mandar a Mike, un agente de segunda generación, que al igual que su padre, Pat Reilly, había provocado una seria indigestión a la mafia de Nueva York. Landau estaba ahora en Berlín, jugando con la Bundeskriminalamt alemana, la BKA, como enlace de asuntos penales y con bastante éxito. Pero Reilly era una estrella potencial. Su padre se había jubilado como ayudante de agente especial en jefe; Mike podía llegar más lejos.

Y el vínculo que había establecido con Provalov, ese detective ruso, no perjudicaría en absoluto su carrera. ¿De modo que habían descubierto una conexión entre un ex agente del KGB y el Ministerio chino de Seguridad del Estado? ¿Y eso formaba parte de la investigación de la gran explosión que había tenido lugar en Moscú...? Maldita sea, ¿los chinos podían estar involucrados? Y si así fuera, ¿qué diablos significaría eso? Era algo que debían ver los Foley. Con dicho propósito, el director Murray levantó el teléfono. A los diez minutos, el documento de Moscú era introducido en su fax de seguridad con destino a Langley, y sólo para asegurarse de que la CIA no se atribuyera el trabajo del FBI se mandó una copia impresa a la Casa Blanca, que entregaron en mano al doctor Benjamin Goodley, que sin duda se lo mostraría al presidente antes del almuerzo.

Había llegado al punto de reconocer su forma de llamar a la puerta. Nomuri dejó la copa sobre la mesa y se apresuró a abrirla, menos de cinco segundos después de que ella la golpeará sensualmente.

—Ming —exclamó Chet.

—Nomuri-san —respondió ella.

Tiró de ella hacia el interior, cerró la puerta y echó el pestillo. Luego la levantó del suelo y le dio un apasionado abrazo, que era menos del tres por ciento ficticio.

—¿De modo que te gusta la salchicha japonesa? —preguntó con un beso y una sonrisa.

—Ni siquiera sonreíste cuando te lo dije. ¿No te hizo gracia? —preguntó Ming, cuando él desabrochaba algunos de sus botones.

—Ming... —titubeó y optó por decir algo que había aprendido durante el día—. Baai-bei —dijo, que significaba «amor mío».

—Shing-gan —respondió Ming con una sonrisa, que significaba «corazón e hígado», pero en este contexto «corazón y alma».

—Amor mío —repitió Nomuri, después de darle un beso—, ¿haces publicidad de nuestra relación en tu oficina?

—No, puede que no le pareciera bien al ministro Fang, pero probablemente a las demás chicas de la oficina no les importaría si lo supieran —respondió, con una coqueta sonrisa—. Aunque nunca se sabe.

—¿Entonces por qué correr riesgos con ese tipo de bromas, a no ser que pretendas que te traicione?

—No tienes sentido del humor —dijo Ming, mientras le acariciaba el pecho por debajo de la camisa—. Pero no importa. Tienes otras cosas que necesito.

Entonces llegó el momento de poner manos a la obra. Bai-bei?

—Dime.

—¿Sigues funcionando bien tu ordenador?

—Desde luego —respondió con una voz adormilada. Nomuri la acariciaba suavemente con la mano izquierda. —¿Alguna de las otras chicas de la oficina utiliza su ordenador para navegar por la red?

—Sólo Chai. Fang la utiliza al igual que me utiliza a mí. A decir verdad, ella le gusta más que yo. Cree que su boca es mejor que la mía.

—¿Cómo? —preguntó Nomuri, suavizando la pregunta con una sonrisa.

—Ya te lo he dicho, el ministro Fang es un anciano. A veces necesita una estimulación especial y a Chai no le importa. Dice que Fang le recuerda a su abuelo —respondió Ming.

El norteamericano sintió asco al oír aquella respuesta.

—¿Entonces todas las chicas de la oficina habláis de vuestro ministro?

Ming se rió. Tenía gracia.

—Claro, todas lo comentamos.

Maldita sea, pensó Nomuri. Siempre había creído que las mujeres serían más... discretas, que eran sólo los hombres los que se vanagloriaban en los vestuarios de sus conquistas.

—La primera vez que me llamó —prosiguió Ming—, no sabía qué hacer y decidí pedirle consejo a Chai. Ella es la más veterana, ¿comprendes? Sólo me dijo que disfrutara, que procurara hacerlo feliz y que tal vez conseguiría una nueva silla de despacho, como ella. Chai debe de ser muy buena con él. El pasado noviembre recibió una bicicleta nueva. En cuanto a mí, creo que sólo le gusto porque tengo un aspecto un poco diferente. Chai tiene más pecho que yo; creo que yo soy más atractiva, pero ella tiene una personalidad encantadora y creo que le gusta el viejo. Por lo menos más que a mí —hizo una pausa—. No tengo tantas ganas de tener una bicicleta nueva.

—¿Qué significa esto? —preguntó Robby Jackson.

—No estamos seguros —reconoció el director de la CIA—. Ese tal Fang mantuvo una larga conversación con nuestro viejo amigo Zhang Han San. Hablaron de la reunión con nuestros negociadores comerciales que empieza mañana. Maldita sea —exclamó, mientras consultaba su reloj—, dentro de catorce horas a partir de este momento. Y parece que quieren concesiones por nuestra parte, en lugar de ofrecérnoslas ellos a nosotros. Están incluso más enojados sobre nuestro reconocimiento de Taiwan de lo que suponíamos.

—Que se jodan —exclamó Ryan.

—Jack, simpatizo contigo, pero procuremos considerar sus opiniones, ¿no te parece? —sugirió Foley.

—Empiezas a hablar como Scott —dijo el presidente.

—¿Qué tiene eso de malo? Si quieres en Langley a alguien que se limite a darte la razón, yo no soy la persona adecuada —replicó el director de la CIA.

—De acuerdo, Ed —reconoció Jack—. Prosigue.

—Jack, debemos advertirle a Rutledge que a la República Popular no le gustará lo que va a decirles. Puede que no estén de humor para hacer muchas concesiones comerciales.

—Bueno, tampoco lo están los Estados Unidos —dijo Ryan—. Y volvemos al hecho de que ellos necesitan más nuestro dinero que nosotros sus mercancías.

—¿Qué probabilidad existe de que esto sea una trampa? Me refiero a esta información —preguntó el vicepresidente Jackson.

—¿Te refieres a que utilicen esta fuente para filtrarnos información falsa? —dijo Mary Patricia Foley—. Según mi evaluación, prácticamente cero. Lo más cerca de cero que pueda estar cualquier cosa en el mundo real.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Mary Pat? —preguntó el presidente Ryan.

—Este no es el momento, Jack, pero lo estoy.

Ryan se percató de que la respuesta de Mary Pat había incomodado ligeramente a su marido. Entre agentes secretos no era usual que alguien pudiera estar tan seguro de algo, pero Ed siempre había sido el precavido, mientras que Mary Pat era la vaquera. Era tan leal a

su gente como una madre a su bebé, y Ryan la admiraba por ello, aunque tampoco podía olvidar que eso no era siempre realista.

—¿Ed? —preguntó Ryan, para saber su parecer.

—En este caso, apoyo a Mary. Esta fuente parece impecable.

—¿De modo que este documento representa el punto de vista de su gobierno? —preguntó el vicepresidente.

Foley sorprendió al vicepresidente moviendo la cabeza.

—No, representa el punto de vista de ese individuo llamado Zhang Han San. Es un ministro poderoso e influyente, pero no habla propiamente en nombre del gobierno. En este texto no se expresa cuál es su posición oficial. Zhang probablemente representa un punto de vista y muy poderoso, dentro de su Politburó. También hay elementos moderados, cuya posición no se menciona en este documento.

—Estupendo —dijo Robby, moviéndose en su silla—. ¿Entonces, por qué nos estás haciendo perder el tiempo con esto?

—Este tal Zhang es íntimo amigo de su ministro de Defensa; en realidad, tiene mucha influencia en todo lo relacionado con la seguridad nacional. Si ahora extiende su influencia a la política comercial, tendremos un problema, y nuestro equipo negociador necesita saberlo con antelación —explicó el director de la CIA.

—¿Y bien? —preguntó Ming, cansada.

Detestaba tener que vestirse, marcharse y dormir poco.

—Debes llegar temprano a la oficina y cargar esto en el ordenador de Chai. Sólo es un nuevo sistema de ficheros, de última generación, 6.8.1, como el que cargué en tu ordenador.

En realidad, la última versión era 6.3.2 y eso significaba que transcurriría por lo menos un año antes de que fuera necesaria una actualización.

—¿Por qué me obligas a hacer esto?

—¿Te importa, Bau-bei? —preguntó.

Ming llegó a titubear, reflexionó durante unos instantes y su incertidumbre congeló al espía norteamericano.

—No, supongo que no.

—Debo conseguirte algunas cosas nuevas —susurró Nomuri, cogiéndola en brazos.

—¿Como qué? —preguntó Ming.

Todos sus regalos anteriores habían sido debidamente apreciados.

—Será una agradable sorpresa —prometió.

Sus ojos oscuros brillaron de anticipación. Nomuri la ayudó a ponerse su horrible chaqueta. Vestirla no era tan emocionante como desnudarla, pero era de esperar. Al cabo de un momento, le dio un beso de despedida en la puerta, vio cómo se alejaba y entonces se dirigió a su ordenador para comunicarle a patsbakery@brownienet.com que había organizado una segunda receta, que esperaba que fuera de su agrado.

VEINTIDÓS

LA MESA Y LA RECETA

—Ministro, es un placer —dijo Cliff Rutledge en su tono diplomático más amigable, al tiempo que le estrechaba la mano.

Rutledge se alegraba de que la República Popular hubiera adoptado la costumbre occidental, porque nunca había aprendido el protocolo exacto de las reverencias.

Carl Hitch, embajador estadounidense en la República Popular, estaba presente para la ceremonia de inauguración. Era un profesional del servicio diplomático, que siempre había preferido trabajar en el extranjero a hacerlo en un despacho en el ministerio. Ocuparse de las relaciones diplomáticas cotidianas no era particularmente emocionante, pero en un lugar como éste requería una mano templada. Hitch la tenía y al parecer estaba muy bien considerado por el resto de la comunidad diplomática, lo cual no le perjudicaba.

Pero todo era nuevo para Mark Gant. El lugar era impresionante, como la sala de juntas de una gran empresa, diseñada para que los directivos se sintieran felices, como los aristócratas italianos de la Edad Media, con el techo elevado y las paredes cubiertas de tapices, o en este caso sedas chinas, evidentemente de color rojo, cuyo efecto era como el de penetrar en el corazón de una ballena, con arañas de cristal tallado y latón barnizado. Todos tenían una pequeña copa de Mao-tai, que según le habían advertido, era como beber gasolina.

—¿Es ésta su primera visita a Pekín? —le preguntó un subalterno.

Gant volvió la cabeza para mirar al pequeñajo.

—Sí, lo es.

—¿Es aún demasiado pronto para formarse una opinión?

—Sí, pero esta sala es realmente impresionante... claro que la seda es algo en lo que ustedes tienen una larga y fructífera tradición —respondió, inseguro de si parecía diplomático o simplemente torpe.

—Sí, así es —dijo el funcionario con una radiante sonrisa y haciendo un ademán con la cabeza, que no revelaron nada al visitante norteamericano, salvo que no gastaba mucho en cepillos de dientes.

—He oído hablar de la colección de arte imperial.

—La verá —prometió el funcionario—. Forma parte del programa oficial.

—Estupendo. Además de cumplir con mis obligaciones, me gustaría hacer un poco de turismo.

—Confío en que seamos unos buenos anfitriones para usted —dijo el pequeñajo.

Por su parte, Gant se preguntaba si aquel sonriente y solícito enano acabaría por arrodillarse y ofrecerle una mamada, pero la diplomacia era un campo completamente nuevo para él. Aquellos individuos no eran banqueros inversionistas, que solían comportarse como buitres corteses que le ofrecían a uno comida y bebida, antes de intentar arrebatarse el pene de un mordisco, pero sin ocultar nunca el hecho de que eran buitres. No estaba seguro con respecto a esa gente. Ese nivel de cortesía y solicitud era una experiencia nueva para Gant, pero dada la información que había recibido con antelación, se preguntaba si la hospitalidad no sería más que el prelude de una reunión inusualmente hostil cuando empezaran a hablar de negocios. Si los dos extremos debían equilibrarse, estaba seguro de que el polo opuesto sería bastante desagradable.

—¿Entonces, usted no es del Departamento de Estado norteamericano? —preguntó el chino.

—No. Soy del Departamento de la Tesorería. Trabajo directamente para el secretario Winston.

—Ah, ¿entonces pertenece al mundo de los negocios?

De modo que ese pequeño cabrón había sido informado... Era de esperar. A este nivel de gobierno no se improvisaba. Todo el mundo habría sido debidamente informado. Todos habrían leído el libro sobre los norteamericanos. Los miembros del Departamento de Estado del equipo norteamericano habían hecho lo mismo. Pero éste no era el caso de Gant, porque no era realmente un jugador propiamente dicho y sólo le habían contado lo que necesitaba saber. Eso le concedía una ventaja respecto al chino que le habían asignado para que cuidara de él. No pertenecía al Departamento de Estado y, por consiguiente, no se lo consideraría importante, pero era el representante personal de un funcionario norteamericano muy decano, a cuyo círculo íntimo se sabía que pertenecía y eso lo convertía en una persona sumamente importante. Podría ser incluso el consejero principal de Rutledge y eso, en el contexto chino, significaría que era él quien dirigía las negociaciones, en lugar del diplomático titular, porque los chinos solían hacer así las cosas. Gant pensó que tal vez podía confundirlo un poco... ¿pero cómo?

—Sí, he sido capitalista toda mi vida —respondió Gant, decidido a conservar la calma y tratar a ese individuo como si fuera un ser humano y no un jodido diplomático comunista—. Al igual que el secretario Winston y que nuestro presidente.

—Pero él era principalmente un agente secreto, por lo que me han contado.

Había llegado el momento de clavar el aguijón.

—Supongo que eso es en parte cierto, pero creo que su corazón siempre ha estado en los negocios. Cuando deje el gobierno, él y George probablemente se dedicarán a los negocios, y juntos se apoderarán del mundo entero.

Lo cual era casi cierto, reflexionó Gant, pensando en que las mejores mentiras solían serlo.

—Y usted ha trabajado varios años para el secretario Winston.

Gant se percató de que más que una pregunta era una afirmación. ¿Cómo responderle? ¿Cuánto sabían realmente acerca de él... o era un personaje misterioso para los comunistas chinos? En ese caso, ¿podría aprovecharlo en su propio beneficio...?

—Bueno, sí, George y yo hemos ganado algo de dinero juntos —respondió con una amable sonrisa—. Cuando Jack le dio un puesto en el gabinete, George decidió que quería que trabajara con él, para ayudarlo un poco con la política gubernamental. Especialmente, la política tributaria. Era un verdadero caos, y George la dejó en mis manos. ¿Y sabe lo que le digo? Puede que logramos resolverlo. Parece que el Congreso hará lo que le hemos ordenado, y no está mal poder obligar a esos idiotas a hacer lo que queremos —agregó, mientras contemplaba de una forma bastante intencionada una figura de marfil tallado en un aparador de madera, a la que algún artesano había dedicado mucho tiempo con un cuchillo afilado, hasta conseguir el efecto deseado... ¿Y bien, señor chino, le parezco ahora suficientemente importante? Reconoció que podía haber sido un buen jugador de póquer, porque sus ojos no expresaban absolutamente nada—. Disculpeme, hablo demasiado. El chino sonrió.

—Siempre se habla mucho en momentos como éste. ¿Por qué cree que todo el mundo toma una copa? —dijo con humor.

¿Tal vez le estaba recordando a Gant quién estaba realmente al mando de la situación...?

—Supongo —respondió Gant, no muy seguro de sí mismo, antes de echar a andar, seguido del subalterno, si es que lo era.

Por su parte, Rutledge intentaba averiguar si sus rivales sabían cuáles eran sus instrucciones. Se habían filtrado algunos indicios a la prensa, pero Adler lo había hecho con suficiente pericia como para que incluso un observador meticuloso —y el embajador de la República Popular en Washington indudablemente lo era— tuviera dificultad en decidir quién filtraba qué y con qué propósito. La administración de Ryan probablemente había utilizado a la prensa con bastante habilidad, pensó Rutledge, porque los ministros solían seguir las indicaciones del jefe de personal de la Casa Blanca, Arnie Van Damm, que era un político sumamente diestro. El nuevo gabinete no estaba formado por la colección habitual de personajes políticos temporales, que necesitaban el apoyo de la prensa para progresar en su propia carrera. Ryan había elegido primordialmente a personas sin agenda personal, lo cual había sido una hazaña considerable, dado especialmente que en su mayoría parecían técnicos competentes que, al igual que el propio Ryan, sólo pretendían abandonar Washington con su virtud intacta y volver a su vida real, cuando acabaran de servir a su país durante un período

limitado. Al diplomático de carrera le parecía imposible que el gobierno de su país se hubiera transformado como lo había hecho. Atribuía el mérito de lo sucedido a aquel loco piloto japonés, que había sembrado la muerte entre la oficialidad de Washington con un solo acto demencial.

Fue entonces cuando Xu Kun Piao hizo acto de presencia en la sala, acompañado de su séquito oficial. Xu era secretario general del partido comunista de la República Popular China y presidente del Politburó chino, aunque denominado por la prensa «primer ministro», que a pesar de ser incorrecto había sido adoptado por la comunidad diplomática. Tenía setenta y un años y pertenecía a la segunda generación de dirigentes chinos. Los supervivientes de la «larga marcha» habían fallecido hacía mucho tiempo, a pesar de que había algunos funcionarios decanos que aseguraban haber participado en la misma, pero bastaba hacer unos cálculos para percatarse de que en aquella época se estaban amamantando y nadie se los tomaba en serio. No, la generación actual de los dirigentes políticos chinos la constituían primordialmente los hijos o sobrinos del equipo original, criados en una situación de privilegio y comodidad relativa, pero siempre conscientes de que su lugar en la vida era precario. Por una parte estaban los otros descendientes políticos que aspiraban a llegar más lejos que sus predecesores, y para ello habían sido más católicos que el papa comunista local. Llevaban consigo su Pequeño libro rojo como adultos durante la Revolución Cultural, después de mantener la boca cerrada y los oídos bien abiertos durante la frustrada y depredadora campaña de las «cien flores» en los años cincuenta, en la que se había atrapado a muchos intelectuales, a los que se les había ocurrido ocultarse durante la primera década del régimen maoísta. Incentivados a salir a la luz del día, a instancias del propio Mao, para que aportaran sus ideas, cometieron el error de seguirle la corriente, extendiendo al mismo tiempo sus cuellos sobre el cadalso, para ser decapitados pocos años después durante la brutal y antropófaga Revolución Cultural.

Los miembros del Politburó actual habían sobrevivido en dos sentidos. En primer lugar, les habían protegido sus padres y su abolengo. En segundo lugar, se les había advertido meticulosamente lo que podían y lo que no podían expresar, y habían declarado siempre cautelosamente que las ideas del presidente Mao eran lo que China realmente necesitaba y que las demás, aunque tal vez interesantes en un limitado sentido intelectual, eran peligrosas en cuanto a que alejaban a los obreros y los campesinos del «verdadero camino» de Mao. Y cuando empezaron a rodar cabezas, por inspiración del Pequeño libro rojo, ellos se encontraban entre los primeros que salieron con dicho libro para mostrárselo a los demás y escapar en gran parte a la destrucción, aunque evidentemente algunos entre ellos fueron sacrificados, pero ninguno de los realmente listos que ocupaban ahora los escaños del Politburó. Había sido un brutal proceso darwiniano, al que habían sobrevivido por ser un poco más listos que los demás y ahora, en la cumbre del poder alcanzado mediante la inteligencia y la precaución, había llegado el momento de disfrutar de lo que habían ganado.

La nueva generación de líderes aceptaba el comunismo con la misma convicción que otros creían en Dios, porque no habían aprendido otra cosa ni utilizado su agilidad intelectual en busca de otra fe, ni habían buscado soluciones a las incógnitas que el marxismo no alcanzaba a resolver. Era una fe basada en la resignación, más que en el entusiasmo. Habían sido criados en una caja intelectual circunscrita, y nunca se habían aventurado a salir de la misma, por temor a lo que pudieran descubrir. En los últimos veinte años se habían visto obligados a permitir que el capitalismo floreciera, dentro de los confines de su país, porque necesitaban dinero para convertir China en un país más poderoso que el experimento fracasado de la República Democrática de Corea. China había experimentado su propia hambruna en torno a 1960, de la que habían aprendido lentamente y la habían utilizado a su vez como plataforma de lanzamiento de la Revolución Cultural, capitalizando, así, políticamente un desastre autoinfligido.

Querían que su país fuera una gran nación. En realidad, ya lo consideraban como tal, aunque eran conscientes de que otros países no compartían dicha visión y, por consiguiente, debían encontrar los medios de corregir el estúpido error del resto del mundo. Eso significaba dinero, y dinero significaba industria, y la industria requería capitalistas. Eso era algo que habían descubierto antes que sus estúpidos vecinos soviéticos, al norte y oeste de su país. Por consiguiente, la Unión Soviética había caído, pero la República Popular China sobrevivía.

O eso creían todos. Miraban al exterior, cuando se molestaban en hacerlo, a un mundo que fingían comprender y al que se sentían superiores, sin otra razón que su piel y su idioma,

con la ideología según ellos en un segundo lugar, porque el amor propio brotaba del interior. Esperaban que la gente los tratara con deferencia, y los años anteriores de diplomacia interactiva con el mundo circundante no habían cambiado sustancialmente su visión.

Pero en este sentido eran víctimas de sus propias fantasías. Henry Kissinger había visitado China en 1971 a instancias del presidente Richard Nixon, no porque considerara necesario establecer relaciones normales con la nación más poblada del planeta, sino para utilizar a la República Popular China como azote, a fin de forzar la sumisión de la Unión Soviética. En realidad, Nixon había iniciado un proceso tan duradero que se consideraba ajeno a las posibilidades de Occidente; era algo que, a criterio de los occidentales, los propios chinos eran capaces de concebir por cuenta propia. Con dichas ideas, la gente se limita a manifestar prejuicios étnicos de un modo u otro.

El jefe típico de un gobierno totalitario es excesivamente ego-céntrico para pensar mucho más allá de su propia vida, y las personas viven aproximadamente el mismo número de años en el mundo entero. Por esa razón tan sencilla, todos piensan en términos de programas que ellos puedan ver terminados en vida y poco más allá, porque siempre han sido hombres que han derribado las estatuas de otros y por tanto con escasa fe en sus propios monumentos. Sólo cuando se acercan a la muerte consideran lo que han hecho, y Mao reconoció tristemente ante Henry Kissinger que lo único que había logrado había sido cambiar la vida de los campesinos en un radio de pocos kilómetros alrededor de Pekín.

Pero los hombres en esta sala ceremonial no estaban suficientemente cerca de la muerte para pensar en dichos términos. Eran los magistrados de su tierra. Creaban las reglas que otros seguían. Su palabra era ley. Sus caprichos se materializaban con presteza. El pueblo los consideraba como en otra época habían considerado a los emperadores y los príncipes de la antigüedad. Tenían todo lo que un hombre podía desear. Por encima de todo, gozaban de poder. Eran sus deseos los que regían su vasto y antiguo territorio. Su ideología comunista era sólo la magia que definía la forma que adoptaban sus deseos, las reglas del juego que todos habían decidido utilizar hacía ya muchos años. Lo importante era el poder. Podían conceder o arrebatarse la vida de un plumazo, o para ser más exactos, dictando las instrucciones a una secretaria personal, que las transmitía a los subordinados que apretaban el gatillo.

Xu era un hombre mediano en todos los sentidos: altura, peso, ojos, cara y, según algunos, intelecto. Rutledge lo había leído todo en su ficha informativa. El verdadero poder estaba en otro lugar. Xu era una especie de cabeza simbólica, elegido parcialmente por su aspecto, su facilidad de palabra y su capacidad para defender alguna idea ocasional de otros miembros del Politburó, con aparente convicción. Como un actor de Hollywood; lo importante no era ser listo, sino parecerlo.

—Camarada primer ministro —dijo Rutledge, tendiéndole la mano, que el chino estrechó.

—Señor Rutledge —respondió Xu en un inglés aceptable, aunque había un intérprete presente para ideas más complejas—, bien venido a Pekín.

—Es para mí un placer y un honor visitar de nuevo su antiguo país —dijo el diplomático norteamericano, con el debido respeto y sumisión a juicio del dirigente chino.

—Es siempre un placer recibir a un amigo —prosiguió Xu, fiel a las instrucciones que había recibido.

Rutledge había estado antes de visita oficial en China, pero nunca como jefe de una delegación. Era conocido por el ministro de Exteriores chino como un diplomático que había escalado el escalafón de su burocracia, como lo hacían ellos, un mero técnico, aunque de alto nivel. El jefe del Politburó levantó su copa.

—Brindo por el éxito y la cordialidad de las negociaciones.

—Lo mismo digo, caballero —sonrió Rutledge, levantando también la suya.

Las cámaras lo captaron. Circulaban también los periodistas. Los cámaras se limitaban a filmar lo que ellos denominan tomas de «localización», como lo haría un aficionado con una modesta minicam. Filmaron la sala desde una distancia artificial, para mostrar los colores a los televidentes, con algunos primeros planos de los muebles en los que nadie debía sentarse y de algunos de los principales participantes, copa en mano y sonrientes, a fin de hacer llegar al público el ambiente de un gran cóctel oficial y no particularmente agradable. La auténtica cobertura de las noticias correría a cargo de personajes como Barry Wise y otros presentadores, capaces de explicar a los televidentes lo que no podían mostrar las imágenes.

Luego devolverían la conexión a los estudios de la CNN en Washington, junto a la colina de Union Station, donde otros presentadores comentarían lo que se les había filtrado o dejado de filtrar, antes de proponer según su sagaz visión personal cuál debía ser la posición que tendría que adoptar Estados Unidos. El presidente Ryan lo vería durante el desayuno, mientras leía los periódicos y el servicio *Early Bird* producido por el gobierno. Mientras desayunaba, Ryan haría breves comentarios ante su esposa, que ella comentaría durante el almuerzo con sus colegas la Johns Hopkins, quienes a su vez lo mencionarían a sus respectivos esposos o esposas, pero no pasaría de ahí. Por consiguiente, el parecer del presidente solía ser un misterio.

La recepción se dio por concluida a la hora prevista, y los norteamericanos regresaron a su embajada en sus coches oficiales.

—¿Qué puedes decirme extraoficialmente? —preguntó Barry, sentado junto a Rutledge en el asiento trasero del Lincoln extralargo.

—A decir verdad, no mucho —respondió el ayudante del secretario de Estado para Asuntos Políticos—. Escucharemos lo que tengan que decir, ellos nos escucharán a nosotros y a partir de ahí seguiremos.

—Pretenden ser considerados como «nación sumamente favorecida». ¿Lo conseguirán?

—No soy yo quien debe decidirlo, Barry, y tú lo sabes —respondió Rutledge, que estaba demasiado cansado y desconcertado después del vuelo para mantener una conversación inteligente en aquel momento.

No confiaba en lo que pudiera decir en esas circunstancias, y suponía que Wise lo sabía. Esa era precisamente la razón por la que el periodista insistía.

—¿De qué vais a hablar entonces?

—Evidentemente, nos gustaría que los chinos abrieran un poco más sus mercados, y también queremos examinar algunos asuntos, como la infracción de patentes y derechos de propiedad, de la que se han quejado empresas norteamericanas.

—¿El asunto de los ordenadores Dell?

Rutledge asintió.

—Sí, efectivamente —respondió con un bostezo—. Discúlpame. Ha sido un vuelo muy largo... ya sabes.

—Yo estaba en el mismo avión —señaló Barry Wise.

—Pues puede que a ti te siente mejor que a mí —respondió Rutledge—. ¿Te importa aplazar esta conversación un día o dos?

—Como tú digas —dijo el periodista de la CNN.

No sentía mucho afecto por ese pijo cretino, pero era una fuente de información, y el trabajo de Wise consistía en obtener información. En cualquier caso, el viaje fue muy corto. Los miembros de la delegación oficial se apearon en la embajada y los coches llevaron a los periodistas a sus hoteles.

La embajada disponía de habitaciones para todos los miembros de la delegación, sobre todo para asegurarse de que no se grabara nada de lo que dijeran mediante micrófonos colocados por el Ministerio de Seguridad Estatal en todas las habitaciones de los hoteles de la ciudad. Eso no significaba que las dependencias fueran palaciegas, pero Rutledge disponía de una habitación cómoda. El protocolo no trató tan bien a Mark Gant, aunque disponía de una confortable cama individual en una pequeña habitación privada, con cuarto de baño compartido. Decidió tomar un baño caliente y una pastilla para dormir, que le había suministrado el médico de la delegación oficial. Se suponía que debía proporcionarle unas ocho horas de sueño sin interrupción, que lo sincronizarían aproximadamente con el horario local por la mañana. Entonces tendría lugar un gran desayuno de trabajo, parecido al de los astronautas antes del lanzamiento de un transbordador, y algo tan tradicionalmente norteamericano como las barras y las estrellas sobre Fort McHenry.

Nomuri vio la llegada de la delegación comercial por la televisión china, que miraba principalmente para perfeccionar sus conocimientos lingüísticos. Iba mejorando, aunque la

naturaleza tónica del mandarín lo volvía bastante loco. En otra época había considerado que el japonés era difícil, pero era coser y cantar comparado con el gouyu. Miraba sus rostros y se preguntaba quiénes eran. El comentarista chino le sirvió de ayuda, a pesar de sus dificultades para pronunciar «Rutledge». Bueno, los norteamericanos también cometían verdaderos asesinatos con los nombres chinos, salvo los sencillos como Ming o Wang, y oír a algún hombre de negocios norteamericano intentando hacerse comprender por los lugareños era algo que a Nomuri le provocaba náuseas. El comentarista habló a continuación de la posición china en las negociaciones comerciales y de que Norteamérica debía a la República Popular toda clase de concesiones, ya que ¿no era China generosa permitiendo que los norteamericanos gastaran sus despreciables dólares en valiosos productos de la República Popular?

En este sentido, China era muy parecida a Japón en otra época, pero el nuevo gobierno japonés había abierto sus mercados. Aunque la balanza comercial era todavía favorable a Japón, la libre competencia en el terreno de juego había acallado las críticas norteamericanas, a pesar de que los coches japoneses eran aún peor recibidos que antes en Norteamérica. Pero eso pasaría, Nomuri estaba seguro de ello. Si Norteamérica tenía una debilidad, era la de perdonar y olvidar con excesiva rapidez. En este sentido, admiraba enormemente a los judíos. Todavía no habían olvidado Alemania, ni a Hitler. Y ojalá no lo hicieran, pensó. Lo último que se preguntó antes de acostarse fue cómo funcionaría el nuevo software en el ordenador de Chai y si Ming lo habría instalado. Entonces decidió comprobarlo.

Se levantó de la cama, conectó su ordenador y... efectivamente. El ordenador de Chai no disponía del software de transcripción que tenía el de Ming, pero transmitía lo que tenía. Bueno, para eso disponían de lingüistas en Langley. Puesto que a él no le apetecía hacerlo, se limitó a transmitirlo y se acostó de nuevo.

—¡Maldita sea! —exclamó Mary Pat.

Casi todo era ilegible, pero se trataba de la segunda fuente de Sorge; era evidente, por el camino que había seguido por la red. Se preguntó si Nomuri presumía, o si había logrado acostarse con la secretaria de otro alto funcionario chino. No sería la primera vez que un agente de campo llevara una vida sexual tan activa, pero tampoco era muy común. Imprimió el mensaje, lo guardó en el disco y llamó a un lingüista para que acudiera a traducirlo. A continuación descargó el último mensaje del Mirlo. Se estaba convirtiendo en algo tan regular como *The Washington Post*, aunque mucho más interesante. Se acomodó en su butaca y empezó a leer la traducción de las últimas notas de Ming, dictadas por el ministro Fang Gan. Esperaba que hablara de las negociaciones comerciales y, efectivamente, así lo hacía... Eso prometía ser importante, pensó la subdirectora. Sin embargo, pronto le sorprendería comprobar lo equivocada que estaba.

VEINTITRÉS

MANOS A LA OBRA

Huevos con tocino, pan tostado y patatas salteadas, acompañados de café colombiano. Gant era judío, pero no ortodoxo, y le encantaba el tocino. Al parecer, todo el mundo estaba levantado y con bastante buen aspecto. Las cápsulas negras suministradas por el gobierno (como todos las llamaban, debido evidentemente a alguna tradición que él desconocía) habían hecho su efecto, y los negociantes estaban muy despiertos y listos para entrar en acción. Gant vio que Rutledge estaba en la cabecera de la mesa, charlando amigablemente con el embajador Hitch, que parecía un hombre de gran entereza. En ese momento apareció un empleado de la embajada, muy alterado, que llevaba en las manos una carpeta con una cinta blanca y roja a su alrededor. Se la entregó al embajador Hitch y éste la abrió de inmediato.

Gant se percató instantáneamente de que era material clasificado. No era algo que abundara en la Tesorería, aunque aparecía de vez en cuando, y al entrar a formar parte del personal del secretario Winston, había recibido autorización para tener acceso al material secreto. No alcanzaba a ver exactamente de qué se trataba, ni sabía si lograría verlo. Se preguntó si lograría ejercitar sus músculos institucionales en este asunto, pero Rutledge sería quien decidiría si podía o no verlo y no deseaba brindarle a ese repelente del Departamento de Estado la oportunidad de demostrar quién era el jefe de la manada. La paciencia era una virtud que poseía desde hacía tiempo y ésta era una nueva oportunidad para ejercerla. Volvió a concentrarse en su desayuno y luego se levantó para servirse otra ración. El almuerzo en Pekín probablemente no sería muy apetitoso, ni siquiera en el edificio del Ministerio de Exteriores, donde se sentirían obligados a ofrecerles sus platos nacionales más exóticos, y pene de panda frito con raíces de bambú caramelizadas no era exactamente lo que le apetecía. Por lo menos, el té que les servían era aceptable, pero incluso en el mejor de los casos, no era comparable al café.

—Mark —dijo Rutledge desde su asiento, al tiempo que le indicaba con la mano que se acercara.

Gant se dirigió hacia él, con el plato de huevos con tocino que acababa de servirse.

—Dime, Cliff.

El embajador Hitch le ofreció una silla y un camarero le trajo unos cubiertos. Cuando se lo proponía, el gobierno podía hacer que uno se sintiera cómodo. Le pidió al camarero más patatas salteadas y tostadas. El café llegó aparentemente por voluntad propia.

—Mark, esto acaba de llegar de Washington. Es material clasificado...

—Sí, lo sé. No puedo verlo siquiera ahora, ni estoy autorizado a recordarlo. Así que, ¿me dejas verlo?

Rutledge asintió y le entregó los documentos.

—¿Cómo interpretas estas cifras del comercio exterior? Gant mordió un trozo de tocino y dejó de masticar casi inmediatamente.

—Maldita sea, ¿tan bajos están? ¿En qué han dilapidado el dinero?

—¿Qué significa esto?

—Cliff, en otra época el doctor Samuel Johnson dijo lo siguiente: «Tengas lo que tengas, gasta menos.» Pues los chinos no han seguido su consejo —respondió Gant, mientras hojeaba el documento—. No dice cómo se lo han gastado.

—Sobre todo en equipamiento militar, por lo que tengo entendido —dijo el embajador Hitch—. O en cosas que pueden tener aplicaciones militares, especialmente electrónicas. Tanto mercancías elaboradas como maquinaria para la construcción de componentes electrónicos. Al parecer, todo eso es carísimo.

—Puede serlo —reconoció Gant.

Volvió las páginas para empezar a leerlo desde el principio y comprobó que había sido transmitido mediante el sistema de codificación Tapdance. Eso significaba que era muy importante. Tapdance se usaba sólo para el material más delicado, debido a ciertas dificultades técnicas en su utilización... por consiguiente, esto debía de ser un documento secreto de gran importancia. Luego comprendió por qué. Alguien debía de haber instalado micrófonos ocultos en los despachos de funcionarios chinos de muy alto rango, para conseguir ese material...

—¿Eso qué significa, Mark?

—Significa que se han estado gastando más dinero del que ingresan, e invirtiendo la mayor parte de él en áreas no comerciales. Maldita sea, actúan como algunos de los imbéciles de nuestro gobierno. Creen que basta con chasquear los dedos para que aparezca el dinero, gastárselo con la rapidez que se les antoje y luego chasquearlos de nuevo para que aparezca más... Esa gente no vive en el mundo real, Cliff. No tienen la menor idea cómo y por qué aparece el dinero —dijo antes de hacer una pausa, pensando que había ido demasiado lejos, ya que alguien en Wall Street entendería su lenguaje, pero Rutledge probablemente no le comprendía—. En otras palabras, saben que el dinero procede de su desequilibrio comercial con Estados Unidos y parecen creer que el desequilibrio es un fenómeno natural, algo que pueden imponer fácilmente por ser quienes son. Creen que el resto del mundo está en deuda con ellos. Dicho de otro modo, si eso es lo que creen, negociar con ellos va a ser muy difícil.

—¿Por qué? —preguntó Rutledge, consciente de que el embajador Hitch, que debía de comprender mejor a esos bárbaros chinos, ya asentía.

—Las personas que piensan de ese modo no comprenden que las negociaciones son un tira y afloja. Quienquiera que sea el portavoz, cree que conseguirá lo que se le antoje porque todo el mundo se lo debe. Así es como debía de pensar Hitler en Munich. Yo lo quiero, tú me lo das y me siento feliz. ¿Supongo que no vamos a ceder ante esos cabrones?

—Esas son mis instrucciones —respondió Rutledge.

—¿Pues sabes lo que te digo? Esas son también las instrucciones de tu oponente chino. Además, su situación económica evidentemente es mucho más precaria de lo que nos habían dado a entender. Dile a la CIA que necesitan mejores especialistas en el Departamento de Inteligencia Financiera —observó Gant.

Hitch levantó la cabeza para mirar a un individuo al otro lado de la mesa, que debía de ser el encargado local de la CIA.

—¿Son conscientes de lo grave que es su situación? —preguntó Rutledge.

—Sí y no. Saben que necesitan divisas para hacer lo que tienen previsto, pero creen que pueden seguir indefinidamente como hasta ahora, que en su caso el desequilibrio es natural porque... ¿por qué? ¿Porque creen pertenecer a la maldita raza suprema? —preguntó Gant.

Una vez más, fue el embajador Hitch quien asintió.

—Se denomina complejo del «reino medio». Si, señor Gant, piensan en esos términos y esperan que la gente acuda a ellos para darles lo que quieren, no que deban ser ellos quienes acudan a los demás para pedirselo. Algún día eso será su perdición. Aquí hay una soberbia institucional... tal vez racial, difícil de describir y aún más difícil de cuantificar —dijo Hitch, antes de mirar a Rutledge—. Cliff, vas a tener un día interesante.

Gant se percató inmediatamente de que eso no era precisamente una bendición para el subsecretario de Estado de Asuntos Políticos.

—Ahora deben de estar desayunando —dijo el secretario Adler, con una copa de Hennessy en la mano, en la sala este.

La recepción había ido bien; aunque en realidad a Jack y Cathy Ryan esas funciones les resultaban tan aburridas como las reposiciones de La isla de Gilligan; eran tan intrínsecas a la Presidencia como el discurso del Estado de la Unión. Por lo menos, la cena había sido buena; una de las cosas que se podía esperar de la Casa Blanca era la calidad de la comida. Los asistentes eran gente de Washington. Incluso esto, aunque Ryan no se percatara de ello, había mejorado enormemente respecto de años anteriores. En otra época, los congresistas eran, en su mayoría, personas cuya ambición era el «servicio público», frase cuya noble intención había

sido usurpada por quienes consideraban que ciento treinta mil dólares anuales era un salario principesco (aunque era mucho menos de lo que podía ganar un estudiante que abandonara la universidad para elaborar programas para una empresa de juegos informáticos y muchísimo menos de lo que podía ganar alguien trabajando en Wall Street), y cuya verdadera ambición era la de aplicar su voluntad a las leyes de la nación. Ahora, muchos de ellos —debido principalmente a los discursos pronunciados por el presidente a lo largo y ancho del país— eran personas que habían servido realmente al pueblo con su trabajo, hasta que, hartos de las maquinaciones del gobierno, habían decidido tomarse unos años para reparar el tren averiado en el que Washington se había convertido, antes de escapar al trabajo productivo del mundo real. La primera dama había pasado gran parte de la velada hablando con el joven senador de Indiana, que gozaba de una buena reputación como médico pediatra y cuyos esfuerzos actuales iban encaminados a ende-rezar los programas sanitarios del gobierno, antes de que acabaran con demasiadas de las vidas que supuestamente pretendían salvar. Su mayor dificultad consistía en convencer a la prensa de que un médico podía saber tanto sobre curar a los enfermos como los grupos de presión de Washington, y se lo había repetido insistentemente al director general de Salud Pública a lo largo de la noche.

—El material que hemos recibido de Mary Pat debería ayudar a Rutledge.

—Me alegro de que Gant esté allí para traducírselo. Cliff tendrá un día ajetreado, mientras nosotros digerimos la comida y la bebida, Jack.

—¿Está a la altura de las circunstancias? Sé que era íntimo de Ed Kealthy, y eso no es una buena referencia para él.

—Cliff es un buen técnico —respondió Adler, después de otro trago de brandy—. Además, ha recibido unas instrucciones muy claras y dispone de información secreta sumamente útil para su tarea. Esto es como lo que Jonathan Yardley les facilitó a nuestros muchachos, durante las negociaciones del tratado naval en Washington. No llegamos exactamente a leer sus cartas, pero vemos cómo piensan y eso es prácticamente lo mismo. De modo que creo que sí, está a la altura de las circunstancias, de lo contrario no lo habría mandado.

—¿Cómo es el embajador que tenemos allí? —preguntó el presidente.

—¿Carl Hitch? Un tipo excelente, Jack. Diplomático profesional, a punto de jubilarse, pero es como un buen ebanista. Puede que no sea capaz de diseñar una casa, pero la cocina estará impecable cuando acabe con ella y, ¿sabes lo que te digo?, que me conformo con que un diplomático sea así. Además, diseñar la casa es tu trabajo, señor presidente.

—Sí, claro —comentó Ryan, mientras le indicaba a un camarero que le sirviera agua fresca, después de decidir que ya había bebido bastante por esa noche y de que Cathy empezara a darle de nuevo la lata; a quién se le ocurre casarse con una doctora, pensó—. ¿Pero a quién acudo para pedirle consejo cuando no sé qué coño estoy haciendo?

—Mierda, yo qué sé —respondió Adler, pensando que tal vez lo que necesitaba era un poco de humor—. Prueba con una sesión de espiritismo para ponerte en contacto con Tom Jefferson y George Washington —agregó con una carcajada, mientras vaciaba su copa de Hennessy—. Tranquilízate, Jack y haz tu jodido trabajo. Lo haces muy bien, te lo aseguro.

—Detesto este trabajo —dijo el presidente, con una amigable sonrisa a su secretario de Estado.

—Lo sé. Esa es probablemente la razón por la que lo haces tan bien. Dios nos proteja de alguien que quiera ocupar un alto cargo público. Joder, fíjate en mí. ¿Crees que mi ambición era ser secretario de Estado? Era mucho más divertido almorzar en la cafetería con mis compañeros y criticar al hijo de puta que ocupara el cargo. Pero ahora, maldita sea, ¡ellos siguen allí hablando de mí! No es justo, Jack. Yo soy un trabajador.

—¿A quién se lo cuentas?

—Plantéatelo de este modo: cuando escribas tus memorias recibirás un buen anticipo de tu editor, ¿El presidente accidental? —especuló Adler, respecto al título.

—Scott, eres muy gracioso cuando estás borracho. Me conformaré con el golf.

—¿Quién ha mencionado la palabra mágica? —preguntó el vicepresidente Jackson, al unirse a la conversación.

—Este individuo me humilla de tal modo en el green —protestó Ryan—, que a veces me gustaría que me tragara la tierra. ¿Cuál es tu hándicap ahora?

—No juego mucho, Jack, ha bajado a seis, tal vez siete.

—Va a convertirse en un profesional —sugirió Jack.

—Por cierto, Jack, te presento a mi padre. Su avión ha llegado tarde y se ha perdido la recepción oficial —explicó Robby.

—Reverendo Jackson, por fin nos conocemos —dijo Jack, al tiempo que estrechaba la mano del anciano cura negro. Durante la inauguración estaba en el hospital con cálculos renales, que probablemente no fueron tan divertidos como la fiesta.

—Robby me ha hablado muy bien de usted.

—Su hijo es piloto de las fuerzas aéreas, caballero, y ya se sabe que son unos exagerados.

El cura soltó una carcajada.

—Lo sé, señor presidente, lo sé.

—¿Qué le ha parecido la comida? —preguntó Ryan.

Hosiah Jackson tenía casi ochenta años, era bajo como su hijo y progresivamente redondeado con el paso del tiempo, pero poseía la inmensa dignidad propia de los sacerdotes negros.

—Demasiado fuerte para un anciano, señor presidente, pero me la he comido de todos modos.

—No te preocupes, Jack. Papá no bebe —dijo el vicepresidente, que lucía un escudo de las alas doradas de la marina en la solapa de su esmoquin.

Robby nunca dejaría de ser un piloto de caza.

—¡Y tú tampoco deberías hacerlo, muchacho! En la marina has adquirido muchos vicios, como el de fanfarronear demasiado.

Jack tuvo que acudir en defensa de su amigo.

—Caballero, al piloto de caza que no fanfarronea no se le permite volar. Además, Dizzy Dean lo expresó a la perfección: Si puedes hacerlo, no es fanfarronear.» Robby puede hacerlo... o al menos eso asegura.

—¿Han empezado ya a hablar en Pekín? —preguntó Robby, después de consultar su reloj.

—Dentro de media hora aproximadamente —respondió Adler—. Será interesante —agregó, refiriéndose al material de Sorge.

—Me lo imagino —reconoció el vicepresidente Jackson, que había captado el mensaje—. No es fácil querer a esa gente.

—Robby, tú no deberías decir esas cosas —protestó su padre—. Tengo un amigo en Pekín.

—¿Ah, sí? —exclamó su hijo, que no lo sabía.

—Sí, el reverendo Yu Fa An, un excelente predicador baptista, educado en la Universidad Oral Roberts —respondió, como si se tratara de un pronunciamiento papal—. Fue compañero de estudios de mi amigo Gerry Patterson.

—Un lugar difícil para un sacerdote, o para un ministro, supongo —observó Ryan.

Fue como si Ryan hubiera pulsado el interruptor de su dignidad.

—Señor presidente, yo lo envidio. Predicar en cualquier parte el Evangelio del Señor es un privilegio, pero hacerlo en tierra de infieles es una bendición muy inusual.

—¿Café? —preguntó un camarero que pasaba.

Hosiah tomó una taza, a la que agregó nata y azúcar. —Esto está bien —comentó inmediatamente.

—Una de las ventajas de este lugar, papá —dijo Jackson, con gran afecto—. Está incluso mejor que el café de la armada, claro que los asistentes que lo sirven son de la marina. El Blue Mountain jamaicano cuesta unos cuarenta pavos la libra —agregó.

—Cielos, Robby, no lo digas en voz alta. ¡La prensa todavía no lo ha descubierto! —advirtió el presidente—. Además, lo he preguntado y sé que lo compramos al por mayor, a treinta y dos pavos la libra.

—Menuda ganga —exclamó el vicepresidente con una carcajada.

Celebrada la ceremonia de bienvenida, las sesiones plenarias empezaron con poca fanfarria. El subsecretario Rutledge ocupó su lugar, saludó a los diplomáticos chinos al otro lado de la mesa y empezaron. Su discurso de apertura empezó con los cumplidos habituales, tan previsibles como los créditos de un largometraje.

—A Estados Unidos —prosiguió, entrando en el meollo de la cuestión—, le preocupan diversos aspectos inquietantes de nuestra relación comercial mutua. El primero es la aparente incapacidad de la República Popular para respetar acuerdos anteriores sobre el reconocimiento de tratados y convenciones internacionales respecto a marcas, derechos de propiedad y patentes. Todos estos asuntos han sido debatidos y negociados extensamente en reuniones anteriores como ésta y creíamos que las áreas de desacuerdo habían sido resueltas de un modo satisfactorio. Lamentablemente, éste no parece ser el caso.

Prosiguió citando varios casos concretos, que describió como ilustrativos, pero sin constituir en absoluto una lista completa de sus áreas de preocupación..

—Asimismo —prosiguió Rutledge—, no se han honrado los compromisos de abrir el mercado chino a las mercancías norteamericanas. Esto ha producido un desequilibrio en el intercambio mercantil, que no favorece el conjunto de nuestras relaciones. El desequilibrio actual se aproxima a los setenta mil millones de dólares estadounidenses y eso es algo que Estados Unidos no está dispuesto a aceptar.

»En resumen, el compromiso de la República Popular de honrar las obligaciones de los tratados internacionales y los acuerdos privados con Estados Unidos no se ha cumplido. Es una realidad del código norteamericano que nuestro país tiene derecho a incluir las prácticas comerciales de otros países en nuestra propia legislación. Me refiero al conocido Decreto de Reforma Comercial, aprobado por el gobierno norteamericano hace unos años. Por consiguiente, tengo la desagradable obligación de comunicar al gobierno de la República Popular que

Norteamérica aplicará dicha ley de inmediato, respecto a las relaciones comerciales con la República Popular, a no ser que se respeten sin demora alguna los compromisos adquiridos con anterioridad. Doy por terminado mi discurso de apertura —concluyó Rutledge.

«De inmediato» no era un término habitual en el discurso internacional.

Por su parte, Mark Gant se preguntaba si el otro equipo saltaría sobre la impecable mesa de roble con sables y puñales después de oír el discurso inaugural de Rutledge. Se había arrojado el guante en términos muy decididos, evidentemente, no con la intención de hacer felices a los chinos. Pero el ministro de Exteriores Shen Tang reaccionó con la misma tranquilidad que si acabara de recibir la cuenta en un restaurante y comprobara que le cobraban cinco dólares de más. Ni siquiera levantó la cabeza. Siguió examinando sus notas hasta que intuyó que el discurso de Rutledge tocaba a su fin y entonces levantó la mirada, con tan poca emoción o sentimiento como un individuo que examine un cuadro en una galería de arte, que su esposa quería que comprara para ocultar una grieta en la pared del comedor.

—Gracias por su exposición, secretario Rutledge —empezó a decir el chino—. En primer lugar, la República Popular les da la bienvenida a nuestro país y expresa su deseo de que continúen sus relaciones amigables con Norteamérica y con el pueblo norteamericano.

»Sin embargo, no alcanzamos a conciliar el deseo expreso de Norteamérica por mantener unas relaciones cordiales, con el reconocimiento de la provincia disidente de la isla de Taiwan como nación independiente que no es. Este ha sido un acto deliberado para inflamar nuestras relaciones; para avivar las llamas en lugar de extinguirlas. La población de nuestro país no aceptará esta intromisión desmesurada en los asuntos internos chinos y...

El diplomático levantó la cabeza, sorprendido, al comprobar que Rutledge había alzado la mano para interrumpirlo. Una interrupción tan temprana del protocolo lo desconcertó lo suficiente para que dejara de hablar.

—Ministro —dijo Rutledge—, el propósito de esta reunión es hablar de comercio. Es preferible dejar para otra ocasión el asunto del reconocimiento diplomático de la República

China por parte de Norteamérica. La delegación norteamericana no desea entrar hoy en esa cuestión —lo cual era una forma de decir «méntanse ese asunto por donde les quepa».

—Señor Rutledge, usted no puede dictar a la República Popular cuáles son nuestras preocupaciones y asuntos de nuestro interés —respondió el ministro Shen, en un tono tan sosegado como si hablara del precio de una lechuga en un mercado callejero.

Las reglas de una reunión como aquélla eran simples: el primero en enojarse perdía.

—Prosiga entonces, si es indispensable —dijo Rutledge con hastío.

«Me está haciendo perder el tiempo, pero trabaje o no, sigo cobrando», proclamaba la actitud del diplomático norteamericano.

Gant se percató de que la dinámica inicial consistía en que ambos países tenían sus agendas respectivas y cada uno intentaba ignorar la del contrario, para tomar el control de la sesión. Era tan diferente de una habitual reunión de negocios como para ser irreconocible como forma de intercambio verbal; en términos de relaciones íntimas, era como si dos personas desnudas en la cama, con el propósito expreso de hacer el amor, iniciaran el juego peleándose por el mando a distancia del televisor. Gant había visto toda clase de negociaciones, o eso creía. Pero esto era algo completamente nuevo para él y sumamente extraño.

—Los bandidos renegados de Taiwan forman parte de China, tanto histórica como hereditariamente, y la República Popular no puede ignorar este insulto deliberado a nuestra integridad nacional, por parte del régimen de Ryan.

—Ministro Shen, el gobierno de Estados Unidos tiene una larga historia de apoyo a los gobiernos democráticamente elegidos en el mundo entero. Esto ha formado parte de los valores de nuestra nación desde hace más de doscientos años. Deseo recordar a la República Popular que Estados Unidos de América tiene el gobierno más antiguo del mundo. Hemos vivido bajo nuestra forma constitucional de gobierno desde hace más de doscientos años. La cifra es pequeña comparada con la historia china, pero también me gustaría recordarles que cuando Norteamérica eligió a su primer presidente y su primer congreso, China era gobernada por una monarquía hereditaria. El gobierno de su país ha cambiado muchas veces desde entonces, pero no el gobierno de Estados Unidos de América. Por consiguiente, como nación independiente reconocida por las leyes internacionales y también como derecho moral propio de un gobierno duradero y por tanto legítimo, gozamos de la autoridad necesaria para actuar según nuestro propio criterio y para alentar gobiernos como el nuestro. El gobierno de la República China ha sido elegido democráticamente y por tanto merece el respeto de otros gobiernos semejantes elegidos por el pueblo, como el nuestro. En cualquier caso, ministro, el propósito de esta reunión es hablar de comercio. ¿Quiere que lo hagamos, o prefiere perder el tiempo hablando de irrelevancias?

—Nada podría ser más relevante para estas conversaciones que la falta fundamental de respeto mostrada por el gobierno de su país, ¿o debería decir por el régimen de Ryan?, respecto al gobierno de nuestro país. El asunto de Taiwan tiene una importancia fundamental para...

Siguió otros cuatro minutos con la cantinela.

—Ministro Shen, Estados Unidos de América no es un «régimen» de ningún tipo. Es un país independiente con un gobierno elegido libremente por sus habitantes. Esta forma de gobierno experimental que adoptamos cuando su país estaba gobernado por la dinastía Manchú es algo que tal vez consideren la posibilidad de imitar en algún tiempo futuro, por el bien de su propia gente. ¿Y ahora está usted dispuesto a volver al asunto que nos ocupa, o desea seguir perdiendo el tiempo hablando de una cuestión para la que no tengo instrucciones ni ningún interés en particular?

—No permitiremos que se nos descarte elegantemente de ese modo —respondió Shen, ganándose momentáneamente, pero sin mayores consecuencias, el respeto de Rutledge por su dominio de la lengua inglesa.

El diplomático norteamericano se acomodó en su silla y miró educadamente al otro lado de la mesa, mientras pensaba en los planes de su esposa para redecorar la cocina de su casa en Georgetown. ¿Eran el verde y el azul los colores más indicados? El prefería los tonos terrosos, pero era mucho más probable que ganara aquella discusión de Pekín que la de

George-town. La vida entera al servicio de la diplomacia no le permitía vencer en las discusiones con la señora Rutledge, en asuntos de decoración...

Y así prosiguió durante los primeros noventa minutos, hasta que llegó el momento de hacer el primer descanso. Les sirvieron té y canapés, y salieron al jardín. A Gant, que era su primera aventura en el mundo de la diplomacia y estaba a punto de aprender cómo funcionaban esas cosas, le pareció muy raro. Los chinos se juntaron con norteamericanos. A lo lejos se distinguía quién era quién. Todos y cada uno de los chinos fumaban, vicio sólo compartido por dos de los miembros de la delegación norteamericana, los cuales agradecieron la oportunidad de disfrutar de su hábito dentro de un edificio en este país. Puede que fueran nazis en el sentido comercial, pensó el funcionario de la Tesorería, pero no eran nazis sanos.

—¿Qué opina usted? —preguntó una voz.

Gant volvió la cabeza y vio al pequeñajo que lo había atosigado en la recepción. Recordó que se llamaba Xue Ma, con su metro sesenta de altura, la mirada de un jugador de póquer y cierta habilidad histriónica. Era más listo de lo que parecía, se recordó el norteamericano. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar? Ante la duda, lo mejor era decir la verdad, decidió Gant.

—Es la primera vez que observo una negociación diplomática. Me parece sumamente aburrida —respondió Gant, mientras tomaba un sorbo de su (horrible) café.

—Bueno, es normal —dijo Xue.

—¿En serio? No es así en los negocios. ¿Cómo llegan a resolver algo?

—Todo proyecto tiene su proceso —respondió el chino.

—Supongo. ¿Puede decirme algo?

—Puedo intentarlo.

—¿Por qué le dan tanta importancia a Taiwan?

—¿Qué tenía tanta importancia cuando empezó la guerra civil en su país? —respondió Xue, con una inteligente pregunta.

—Bien, de acuerdo, pero después de cincuenta años, ¿por qué no olvidar viejas rencillas y empezar de nuevo?

—No pensamos tan a corto plazo —respondió Xue, con una sonrisa de superioridad.

—En Norteamérica a eso lo llamamos vivir anclados en el pasado.

¡Trágate ésa, chinito!

—Son nuestros compatriotas —insistió Xue.

—Pero han decidido dejar de serlo. Si quieren recuperarlos, ofrézcanles ventajas. Ya sabe, alcanzando la misma prosperidad aquí que han conseguido ellos.

Comunista retrasado.

—Si uno de sus hijos se escapara de casa, ¿no intentaría recuperarlo?

—Probablemente, pero lo haría con alicientes, no con amenazas, especialmente si no tuviera la capacidad necesaria para amenazarlo eficazmente.

Y vuestras fuerzas armadas son también una mierda, según había leído en los informes durante el vuelo.

—Pero cuando otros alientan a nuestro hijo a que huya y desafíe a sus padres, ¿debemos permanecer impasibles?

—Escúcheme, amigo —respondió Gant, a su parecer sin mostrar lo irritado que estaba—, si quieren hacer negocios, hagan negocios. Si prefieren charlar, charlemos. Pero mi tiempo es valioso, como también lo es el de mi país y podemos dejar la charla para otro momento —agregó, consciente de que efectivamente no era un diplomático y de que aquél no era un juego en el que pudiera ganar—. Como usted puede comprobar, no soy muy hábil para esta clase de intercambios. Disponemos de personas que lo son, pero yo no soy una de ellas. Soy la clase de norteamericano que hace un trabajo real y gana un dinero real. Si a usted le gusta este juego, no tengo ningún inconveniente, pero no es mi juego. La paciencia es recomendable, supongo, pero no cuando impide alcanzar el objetivo, y creo que a su ministro se le pasa algo por alto.

—¿Y qué es, señor Gant?

—Seremos nosotros quienes conseguiremos lo que deseamos de estas reuniones —dijo Gant y se percató inmediatamente de que se había ido de la lengua y acababa de meter la pata hasta el fondo.

Se terminó el café, se disculpó y se dirigió innecesariamente al servicio, donde se lavó las manos antes de reunirse nuevamente con los demás. Vio a Rutledge que estaba solo, contemplando unas flores.

—Cliff, creo que he metido la pata —confesó inmediatamente Gant.

—¿Cómo? —preguntó el subsecretario, antes de oír la confesión—. No te preocupes. No le has dicho nada que yo no hubiera expresado ya. Lo que ocurre es que no entiendes nuestro lenguaje.

—¿Pero no nos considerarán vulnerables al creer que estamos impacientes?

—No, mientras sea yo quien hable en la sala —respondió Rutledge, con una amable sonrisa—. Aquí soy Jimmy Connors en el Open de Estados Unidos, Mark. Es mi oficio.

—El otro bando también lo cree.

—Cierto, pero tenemos una ventaja. Nos necesitan más a nosotros que nosotros a ellos.

—Tenía entendido que no te gustaba adoptar esa posición con la gente —comentó Gant, confuso por la actitud de Rutledge.

—No tiene por qué gustarme. Sólo debo hacerlo, y ganar es siempre divertido.

No agregó que nunca había hablado antes con el ministro Shen y, por tanto, no disponía de información personal para ponerle la zancadilla, como ocurría a menudo entre diplomáticos que anteponían sus amistades personales a los intereses de su país. Generalmente lo justificaban diciéndose a sí mismos que aquel cabrón estaría en deuda con ellos para la próxima vez y servirían entonces los intereses de su país. La diplomacia había sido siempre una cuestión personal y eso era algo que solía pasarles inadvertido a los observadores, que consideraban a esos técnicos de lenguaje ampuloso como robots.

A Gant todo aquello le parecía confuso, pero le seguiría la corriente a Rutledge porque no tenía otra alternativa y, además, ese individuo parecía que sabía lo que se hacía. Lo supiera o no... Gant no tendría forma de saberlo. Llegó el momento de entrar de nuevo en la sala.

Los sirvientes, que probablemente eran funcionarios políticamente fiables de un modo u otro, o con mayor probabilidad agentes secretos, que estaban ahí porque su gobierno no se exponía a ningún riesgo, o por lo menos procuraba no hacerlo, habían limpiado los ceniceros y rellenado las botellas de agua. Aquello era en realidad un desperdicio de personal especializado, pero los comunistas nunca se habían preocupado demasiado de utilizar la fuerza laboral con eficacia.

El ministro Chen encendió un cigarrillo y le indicó a Rutledge que prosiguiera. Por su parte, el norteamericano recordó que Bismarck recomendaba el uso de cigarrillos en las negociaciones, porque a algunos les irritaba el espeso humo del tabaco y eso le daba una ventaja al fumador.

—Ministro, un pequeño grupo de personas decide la política comercial de la República Popular y lo hace por razones políticas. En Norteamérica lo comprendemos. Lo que ustedes no alcanzan a comprender es que el nuestro es realmente un gobierno del pueblo y que nuestro pueblo exige que resolvamos el desequilibrio comercial. La incapacidad de la República Popular para abrir mercados a las mercancías norteamericanas supone la pérdida de empleos para ciudadanos norteamericanos. En nuestro país, la función del gobierno consiste en servir al pueblo, no en dirigirlo y, por ello, debemos resolver el desequilibrio comercial de una forma eficaz.

—Estoy completamente de acuerdo en que la función del gobierno consiste en servir al pueblo y por ello debemos considerar también la agonía que la cuestión de Taiwan supone para los ciudadanos de mi país. Los que deberían ser nuestros conciudadanos han sido separados de nosotros y Estados Unidos ha colaborado en la separación de nuestra gente...

Lo asombroso, pensó Rutledge, era que aquel viejo cretino no hubiera muerto como consecuencia de fumar esa porquería. Tenía el aspecto y el olor de los Lucky Strike que habían matado a su abuelo, a los ochenta años. Pero no había sido una muerte que complaciera a los médicos. El abuelo Owens conducía el coche en el que llevaba a su nieto a la estación del sur en Boston, cuando se le cayó un cigarrillo encendido sobre el regazo y al recogerlo se colocó

en el lado equivocado de la carretera. El abuelo tampoco creía en los cinturones de seguridad... era un fumador empedernido que encendía un cigarrillo con la colilla del anterior, como Bogie en las películas de los años treinta. Tal vez ése era el método que utilizaban los chinos como política de control de su población... aunque bastante desagradable...

—Señor ministro de Exteriores —empezó a decir Rutledge, cuando le llegó el turno—, el gobierno de la República China ha sido elegido con libertad y justicia por los habitantes de dicho país. Desde el punto de vista norteamericano, esto convierte el gobierno de la República China en un gobierno legítimo...

No dijo que el gobierno de la República Popular fuera por consiguiente ilegítimo, pero la idea permaneció suspendida en el aire como un oscuro nubarrón.

—Y eso hace que el gobierno en cuestión merezca ser reconocido internacionalmente —prosiguió Rutledge—, como habrá comprobado que ha ocurrido durante el último año.

»Es la política de nuestro gobierno reconocer a dichos gobiernos. No cambiaremos una política basada en unos principios sólidos, para satisfacer los deseos de otros países que no los comparten. Podemos hablar hasta que se le acaben los cigarrillos, pero la posición de mi gobierno en este asunto es inamovible. Usted elige, naturalmente, ¿pero no sería preferible ser productivos?

—Norteamérica no puede dictar a la República Popular asuntos que nos conciernen. Usted asegura que ustedes tienen principios y, naturalmente, nosotros tenemos los nuestros, uno de los cuales es la importancia de nuestra integridad territorial.

Para Mark Gant, lo difícil era permanecer impasible. Tenía que fingir que todo aquello tenía sentido y era importante, cuando habría preferido conectar el ordenador para repasar los valores de la Bolsa, o leer una novela bajo la mesa. Pero no podía hacerlo. Debía fingir que aquello era interesante y, si lo hacía bien, tal vez obtendría una nominación de la Academia como mejor actor secundario: «Por mantenerse despierto durante la competición más aburrida desde los campeonatos de crecimiento de césped en Iowa, el ganador es...» Se concentró en no moverse en el asiento, pero esto sólo sirvió para que empezara a dolerle el trasero, y aquellas sillas no eran de su tamaño. Puede que fueran cómodas para esos chinos enclenques, pero no para un profesional criado en Chicago que comía un bocadillo de carne acompañado de cerveza por lo menos una vez por semana para almorzar y no hacía suficiente ejercicio. Su trasero necesitaba una base más amplia y suave, pero no la tenía. Intentó encontrar algo interesante. Decidió que el ministro de Exteriores Shen tenía una piel terrible, como si en alguna ocasión se le hubiera quemado el rostro y alguien hubiera intentado apagar el fuego con un punzón. Gant intentó imaginar la situación sin reírse. Luego estaba la cuestión de que Shen fumara sin interrupción, encendiendo los cigarrillos con unos rudimentarios fósforos de papel, en lugar de con un encendedor. Tal vez era una de esas personas que dejan las cosas en un lugar y olvidan dónde las han puesto, lo que explicaría por qué utilizaba bolígrafos baratos desechables en lugar de una pluma propia de su rango. ¿De modo que ese cabrón había tenido acné de joven y era un patoso...? La idea hizo que Gant sonriera para sus adentros, su cantinela en un inglés aceptable. Eso generó un nuevo pensamiento. Tenía a su disposición un auricular para la traducción simultánea... ¿podría sintonizarlo a una estación de radio local? En Pekín debía de haber alguna emisora que transmitiera música de algún género.

Cuando le tocó el turno a Rutledge, fue casi igual de lamentable. La declaración de la posición norteamericana era tan repetitiva como la china, tal vez más razonable pero igualmente aburrida. Gant imaginó que los abogados que discutían un convenio de divorcio probablemente decían bobadas por el estilo. Al igual que los diplomáticos, cobraban por horas y no por trabajo hecho. Diplomáticos y abogados; menuda pareja, pensó Gant. No podía consultar su reloj. La delegación norteamericana debía presentar un frente unido sólido como una roca para mostrar a los infieles chinos que las fuerzas de la verdad y la belleza no cejaban en su empeño. O algo por el estilo. Se preguntó si sería diferente negociar con los británicos, por ejemplo, hablando todos el mismo idioma, pero esas negociaciones probablemente se hacían por teléfono o por correo electrónico, en lugar de toda aquella ceremoniosa mierda...

La hora del almuerzo llegó cuando era de esperar; con unos diez minutos de retraso porque Shen se había extendido demasiado. La delegación norteamericana se dirigió en peso al servicio, donde nadie dijo nada por temor a los micrófonos. Luego regresaron a la sala y Gant se acercó a Rutledge.

—¿Así es como te ganas la vida? —preguntó el financiero con no poca incredulidad.

—Lo intento. Estas conversaciones van bastante bien —respondió el subsecretario de Estado.

—¿Cómo? —exclamó Gant, completamente asombrado.

—El caso es que su ministro de Exteriores es quien conduce la negociación y, por consiguiente, jugamos con su primer equipo —explicó Rutledge—. Eso significa que podremos alcanzar un verdadero acuerdo y ahorrarnos un montón de idas y venidas entre subalternos y el Politburó que podrían complicar mucho las cosas. Algo de eso habrá, evidentemente. Shen deberá analizar sus posiciones con ellos todas las noches, puede que incluso ahora, porque no lo veo por ninguna parte. Me pregunto de quién recibe exactamente las órdenes. No creemos que tenga poderes plenipotenciarios, sino que los demás altos mandos tienen mucho que decir. Igual que los rusos en otra época. Ese es el problema con su sistema. Nadie confía realmente en nadie.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto, así es como funciona su sistema.

—Esto es un puticlub —dijo Gant.

—¿Por qué crees que la Unión Soviética estiró la pata? —pregunto humorísticamente Rutledge—. Nunca lograron actuar de una forma coherente, porque fundamentalmente no sabían cómo utilizar el poder del que gozaban. En realidad fue bastante triste, pero ahora van mucho mejor.

—¿Pero en qué sentido van bien las conversaciones?

—Si Taiwan es lo único que pueden sacar a relucir, sus argumentos comerciales no serán muy impresionantes. Taiwan es un asunto zanjado y ellos lo saben. Puede que firmemos un tratado con ellos de defensa mutua dentro de diez u once meses y probablemente también lo sepan. Disponen de buenas fuentes de información en Taipei.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gant.

—Porque nuestros amigos en Taipei se aseguran que así sea. Queremos que nuestros adversarios sepan muchas cosas. Eso contribuye a una mejor comprensión, evita errores y cosas por el estilo —respondió Rutledge, antes de hacer una pausa—. ¿Me pregunto qué habrá para almorzar...?

Cielos, pensó Gant. Luego dio gracias a Dios de que sólo estaba allí para ofrecer apoyo comercial a aquel diplomático. Su juego era tan diferente de todo lo que había conocido hasta entonces que se sentía como un camionero jugando a la Bolsa con su ordenador portátil en una cabina telefónica.

Los periodistas aparecieron a la hora del almuerzo para filmar a los diplomáticos charlando de cosas como el tiempo y la comida; los espectadores, por supuesto creerían que hablaban de asuntos de Estado, cuando en realidad, por lo menos la mitad de las conversaciones giraban en torno a la educación de los hijos o a cómo evitar las malas hierbas en el jardín. En realidad, todo era una especie de juego con escasos paralelismos en otras actividades que Gant sólo empezaba a comprender. Vio que Barre Wise se acercaba a Rutledge sin, al parecer, ningún micrófono ni ninguna cámara.

—¿Cómo va, señor secretario? —preguntó el periodista.

—Bastante bien. En realidad, hemos tenido una excelente sesión de apertura —Gant oyó que respondía Rutledge.

Era una pena, decidió el financiero, que el público no pudiera ver lo que ocurría en realidad. Sería lo más gracioso a este lado de Chris Rock. Hacía que Laverne & Shirley parecieran *El rey Leer* en su locura y que el campeonato mundial de ajedrez pareciera el campeonato de pesos pesados aletargado. Pero cada actividad humana tenía sus reglas, y éstas eran sencillamente diferentes.

—Ahí está nuestro amigo —observó el policía, cuando se detuvo el coche.

Era Suvorov/Roniev en su Mercedes serie C. La matrícula coincidía, al igual que su cara a través de los prismáticos.

Provalov había logrado que el equipo local se ocupara del caso, incluso con cierta ayuda del Servicio de Seguridad Federal, antes denominado Segunda Jefatura del ex KGB, los cazadores de espías profesionales que habían dificultado la vida en Moscú de los agentes secretos extranjeros. Seguían muy bien equipados y aunque no tan bien financiados como en el pasado, poco se podía criticar respecto a su formación.

El problema, evidentemente, era que ellos lo sabían y eso comportaba cierto nivel de soberbia institucional, que molestaba considerablemente a los investigadores de homicidios. No obstante, eran unos aliados muy útiles. Disponían de un total de siete vehículos para la vigilancia. En Norteamérica, el FBI habría dispuesto también de un helicóptero, pero Michael Reilly no estaba aquí para hacer observaciones condescendientes, de lo cual Provalov se alegraba. Aquel individuo se había convertido en un buen amigo y en un mentor de gran talento en lo concerniente a la investigación, pero a veces todo tenía un límite. Había furgonetas con cámaras de televisión para filmar los acontecimientos de la mariana y en todos los coches había dos ocupantes, para que la conducción no entorpeciera la vigilancia. Siguieron a Suvorov/Koniev al centro de Moscú.

En su piso, otro equipo había vencido ya el cerrojo y estaba en el interior de la casa. Lo que allí ocurría era tan elegante como una actuación del ballet Bolshoi. Una vez en el interior, el equipo de investigadores inicialmente permaneció inmóvil, en busca de trampas como un inocente pelo humano en la puerta de un armario, lo cual delataría que alguien lo había abierto. La ficha de Suvorov del KGB estaba ahora por fin en manos de Provalov y conocía todas las áreas en las que había recibido formación. Resultó que su formación era bastante amplia y que su nota media era «c», no lo suficiente para actuar como agente «clandestino» en territorio del «enemigo principal», es decir, Estados Unidos, pero sí para un especialista en inteligencia diplomática, sobre todo examinando información obtenida por otros, pero también para pasar cierto tiempo en el campo, intentando reclutar y «dirigir» agentes. A lo largo de su carrera había establecido contacto con varios diplomáticos extranjeros, sobre todo a nivel de charla superficial, pero todo se consideraba útil. El último destino de Suvorov había sido entre 1989 y 1991 en la embajada soviética de Pekín, donde había intentado reunir inteligencia diplomática y, por lo que pudieron comprobar, con cierto éxito en su momento. Provalov vio que nadie había comprobado los resultados en aquella época, probablemente porque había obtenido algunas pequeñas victorias contra el servicio diplomático de aquel mismo país, cuando estaba en Moscú. Según su ficha, hablaba y escribía el chino, que había aprendido en la academia del KGB, donde intentaban convertirlo en un especialista en China.

Uno de los problemas con las operaciones de inteligencia era que lo que parecía sospechoso, a menudo era inocuo y lo que parecía inocuo podía ser muy sospechoso. Un agente de inteligencia debía establecer contacto con personas de nacionalidad extranjera, a menudo agentes secretos, y entonces el espía extranjero podía ejecutar una maniobra que los norteamericanos denominaban «voltereta», convirtiendo al enemigo en aliado. El KGB había hecho lo mismo muchas veces y parte de la recompensa de dichas operaciones era que podía ocurrirle a tu propia gente, no tanto cuando no vigilabas, sino precisamente cuando lo hacías. El período del 89 al 91 había sido la época de glasnost, la «transparencia» que había destruido la Unión Soviética con la misma certeza que la viruela había aniquilado tribus primitivas. En aquella época, el KGB tenía sus propios problemas, recordó Provalov, ¿no podían los chinos haber reclutado a Suvorov? Entonces la economía china había empezado a crecer de nuevo y, por consiguiente, disponían de dinero para gastar, no tanto como parecían tener siempre los norteamericanos, pero lo suficiente para tentar a un funcionario soviético con la perspectiva de perder pronto el empleo.

¿Pero qué había estado haciendo Suvorov desde entonces? Ahora conducía un Mercedes Benz, y esos coches no caían del cielo. La verdad era que no lo sabían y no sería fácil averiguarlo. Sabían que ni Klementi Ivan'ch Suvorov, ni Ivan Yurievich Koniev habían pagado sus impuestos, pero eso simplemente los situaba en la misma categoría que la mayoría de los ciudadanos rusos, que no querían molestar con esas irrelevancias. Y una vez más, no quisieron interrogar a sus vecinos, cuyos nombres examinaban para comprobar si habían pertenecido al KGB y podían ser aliados de su sospechoso. No querían ponerlo sobre aviso.

El piso parecía «limpio» en el sentido policial. Entonces empezaron a examinarlo. La cama estaba desordenada. Suvorov/Koniev era un hombre y, por consiguiente, no era muy ordenado. Sin embargo, el contenido del piso era caro y, en su mayoría, de fabricación extranjera. Electrodomésticos de Alemania occidental; una debilidad habitual de los rusos adinerados. Los investigadores llevaban guantes de látex cuando abrieron la puerta del frigorífico (los frigoríficos con congelador eran conocidos escondrijos) para una inspección visual. Nada evidente. Luego, los cajones de la cómoda. El problema era que su tiempo era limitado y toda residencia disponía de demasiados lugares donde poder esconder algo, ya fuera dentro de unos calcetines o en el cartón de un rollo de papel higiénico. En realidad, no esperaban encontrar gran cosa, pero era imprescindible intentarlo; era más difícil explicarle a un superior por qué no lo habían hecho que mandar a un equipo de expertos a perder el tiempo. En otro lugar, alguien se ocupaba de intervenir el teléfono del piso. Pensaron en instalar diminutas cámaras. Eran tan fáciles de ocultar, que sólo un genio tenía posibilidades de encontrarlas, pero su instalación llevaba tiempo (la parte más difícil era la colocación de cables hasta una estación de control), y tiempo era algo de lo que no disponían. El jefe del equipo llevaba un teléfono móvil en el bolsillo de su camisa, a la espera de que vibrara si el sospechoso conducía de regreso a su casa, en cuyo caso lo ordenarían todo y saldrían a toda prisa.

Estaba a doce kilómetros. A su espalda, los coches que lo seguían aparecían y desaparecían de su campo visual, con la pericia del equipo nacional de fútbol ruso avanzando en el terreno de juego. Provalov iba en el coche de mando, vigilando y escuchando al jefe del equipo del KGB/FSS, que con la ayuda de una radio y un mapa dirigía los movimientos de su personal. Los vehículos eran todos viejos, sucios y discretos, que podían pertenecer tanto al municipio de Moscú como a taxistas gitanos y pasaban perfectamente inadvertidos entre muchos otros parecidos. En la mayoría de los casos, el segundo ocupante no iba junto al conductor, sino en el asiento trasero, como el pasajero de un taxi, y llevaban incluso teléfonos móviles para completar el disfraz, lo que les permitía comunicarse con la base sin despertar sospechas. Esa era una de las ventajas de la nueva tecnología, le comentó el jefe del equipo al policía.

Entonces les comunicaron que el sujeto se había detenido y había aparcado el coche. Los dos vehículos de vigilancia dentro de su campo visual siguieron su camino, dejando que otros se acercaran y pararan.

—Se apea —dijo un comandante del Servicio de Seguridad Federal—. Voy a seguirlo a pie.

El comandante era joven para su rango, generalmente indicio de un joven oficial precoz y prometedor que tendría éxito en su carrera, como era su caso. A sus veintiocho años era también apuesto y vestía con ropa cara, como un moscovita de la nueva generación de empresarios. Hablaba animadamente por su teléfono móvil, todo lo contrario de lo que haría alguien en servicio de vigilancia. Eso le permitió situarse a menos de treinta metros de su objetivo y vigilar atentamente todos y cada uno de sus movimientos. Esos ojos de lince eran precisos para captar la más elegante de las maniobras. Suvorov/Koniev se sentó en un banco, con la mano derecha ya en el bolsillo de su abrigo, mientras con la izquierda hojeaba el periódico que había sacado del coche y que era lo que le había indicado al comandante del FSS que algo se proponía. Un periódico era el objeto más común que utilizaban los espías, para disimular los movimientos de una mano, al igual que un prestidigitador en el escenario, que mantiene una mano deliberadamente activa mientras hace el truco con la otra. Y fue aquí, hecho con tanta perfección, que de no haber sido un experto, nunca lo habría detectado. El comandante se sentó en otro banco y llamó a otro número ficticio con su teléfono móvil, para hablar con un socio imaginario, y entonces vio que el sujeto se levantaba y empezaba a andar tranquilamente de regreso a su Mercedes.

El comandante Yefremov llamó a un número verdadero, cuando el sujeto se encontraba a cien metros.

—Habla Pavel Georgiyevich. Voy a quedarme aquí para comprobar lo que ha dejado —dijo a la base.

Se cruzó de piernas y encendió un cigarillo, mientras observaba al sujeto, que subía a su coche y se alejaba. Cuando se perdió de vista, Yefremov se acercó al otro banco y palpó debajo del mismo. Efectivamente: un sujetador magnético. Suvoroy los utilizaba desde hacía algún tiempo. Había adherido una placa metálica debajo de la madera pintada de verde, a la que había fijado un sujetador magnético de aproximadamente un centímetro de grosor, a juzgar por el tacto de su mano. Su sujeto era un «jugador», después de todo. Acababa de hacer una entrega.

Al oírlo, Provalov experimentó la emoción de haber presenciado un delito con sus propios ojos. Ahora su hombre cometía un delito contra el Estado. Había caído en sus manos. Ahora podían detenerlo en cualquier momento. Pero, evidentemente, no lo harían. El comandante de la operación que estaba junto a él le ordenó a Yefremov recoger el objeto para examinarlo. Debería hacerlo con mucha rapidez, porque luego tendría que devolverlo a su lugar. Sólo habían descubierto la mitad del equipo de espionaje; la otra mitad acudiría a recogerlo.

Era el ordenador. No podía ser otra cosa. Al encenderlo encontraron un laberinto de carpetas, pero se percataron inmediatamente de que el contenido de una de ellas estaba codificado. El programa de codificación era desconocido para ellos. Era norteamericano y aparecía su nombre. Por el momento no podían hacer nada más ahora. No disponían de discos para copiar el fichero. Podían resolverlo y copiar incluso el programa de codificación. A continuación deberían instalar un sensor en el teclado. De ese modo podrían utilizar la propia clave de Suvorov para descifrar el fichero codificado. Tomada dicha decisión, el equipo de intrusos abandonó la estancia.

La próxima parte se decidió visualmente. Siguieron el Mercedes con el mismo sistema de coches diversos, y la suerte les sonrió cuando se acercó enormemente un camión volquete, que seguía siendo el vehículo dominante en las calles de Moscú. El sujeto aparcó su coche alemán, se apeó, pegó una cinta adhesiva al poste de una farola y subió de nuevo a su coche. Ni siquiera se molestó en mirar atrás, como si hubiera hecho algo perfectamente rutinario.

Pero no era el caso. Acababa de dejar un mensaje, un recado para alguien desconocido indicando que había algo en el paquete del banco. Ese alguien pasaría andando o en coche, vería la cinta y sabría adónde dirigirse. Por consiguiente, debían examinar rápidamente la cápsula y devolverla a su lugar, si no querían advertir al espía enemigo que su pequeña operación estaba comprometida. No, uno no quería hacerlo hasta que se viera obligado a ello, porque eso era como deshacer el jersey que llevaba puesto una mujer atractiva. Uno no quería dejar de tirar de la lana hasta dejar sus pechos al descubierto, le dijo el comandante del FSS a Provalov.

VEINTICUATRO

INFANTICIDIO

—¿Qué es esto? —preguntó el presidente, durante su informe matutino del servicio secreto.

—Una nueva fuente de Sorge, ésta se llama Warbler. Me temo que no es tan buena desde el punto de vista de inteligencia, pero revela cosas sobre sus ministros —respondió el doctor Goodley, con fingida delicadeza.

Quienquiera que fuera Warbler, Ryan se percató de que era una mujer que escribía un diario íntimo. Trabajaba también para el ministro Fang Gan, que al parecer estaba enamorado de ella, y ella, aunque no estaba exactamente enamorada, ciertamente dejaba constancia de sus actividades; de todas, por lo que Ryan pudo comprobar. Lo suficiente para obligarlo a abrir enormemente los ojos, a aquella temprana hora de la mañana.

—Dígale a Mary Pat que puede vender este material a Hustler si lo desea, pero yo no lo necesito a las ocho de la mañana.

—Lo ha incluido para facilitar más detalles de la fuente —aclaró Ben—. El material no es estrictamente político como el que recibimos de Mirlo, pero Mary Pat cree que es muy informativo respecto al carácter del personaje, lo que siempre es útil, e incluye también cierto contenido político junto a la información sobre la vida sexual de Fang. Parece ser un hombre de... una virilidad encomiable, supongo, aunque es evidente que la chica en cuestión preferiría un amante más joven. Al parecer lo tenía, pero ese tal Fang lo ahuyentó.

—Posesivo hijo de puta —dijo Ryan, mientras examinaba dicha sección—. Supongo que, a esa edad, uno se aferra a lo que necesita. ¿Nos dice algo todo esto?

—Señor, nos dice algo sobre la clase de personas que allí toman las decisiones. Aquí los denominamos depredadores sexuales.

—De los que también tenemos unos cuantos en el gobierno —observó Ryan.

Los periódicos acababan de publicar una historia sobre un miembro del Senado.

—Por lo menos no en este despacho —dijo Goodley, sin agregar ahora.

—Este presidente está casado con una cirujana, que sabe cómo utilizar instrumentos afilados —dijo Ryan con una mueca—. ¿De modo que el asunto de ayer sobre Taiwan no fue más que una estratagema, porque todavía no han resuelto cómo tratar los asuntos comerciales?

—Eso parece y, efectivamente, es un poco extraño. Además, Mary Pat cree que disponen de una fuente de información de bajo nivel. Cree que saben un poco más de lo que pueden haber obtenido de la prensa.

—Estupendo —exclamó Jack—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Las empresas japonesas han vendido sus viejas fuentes a los chinos?

—Es imposible saberlo en este momento —respondió Goodley, encogiéndose de hombros.

—Dígale a Mary Pat que llame a Dan Murray y se lo comente. El contraespionaje es cosa del FBI. ¿Queremos actuar inmediatamente sobre esto, o comprometerá a Mirlo?

—No soy yo quien debe juzgarlo, señor —respondió Goodley, para recordarle al presidente que era bueno en su trabajo, pero no tanto.

—Ni yo tampoco. ¿Qué más?

—La Junta de Inteligencia del Senado quiere examinar la situación rusa.

—Vaya, ¿qué les preocupa?

—Parecen tener dudas respecto a la fiabilidad de nuestros amigos en Moscú. Les preocupa que utilicen el dinero del petróleo y del oro para convertirse de nuevo en la URSS y amenazar la OTAN.

—La última vez que lo comprobé, la OTAN se había desplazado varios centenares de kilómetros al este. La zona parachoques no perjudicará nuestros intereses.

—Salvo que ahora estamos obligados a defender Polonia —le recordó Goodley a su jefe.

—Lo sé. Dígale al Senado que autorice fondos para trasladar una brigada de tanques al este de Varsovia. Supongo que podremos utilizar una de las antiguas bases soviéticas, ¿no le parece?

—Si lo desean los polacos, señor, que no parecen estar particularmente preocupados.

—Probablemente lo están más por los alemanes, ¿no es cierto?

—Exactamente, y existe un precedente para su preocupación.

—¿Cuándo aprenderá Europa a vivir en paz? —preguntó Ryan, mirando al techo.

—Hay mucha historia, en cierta manera muy reciente, que no pueden olvidar, señor presidente. Y en gran parte apunta en otra dirección.

—¿No tengo un viaje programado a Polonia?

—Sí, dentro de poco; ahora están calculando el itinerario.

—Bien, le diré personalmente al presidente polaco que pueden contar con nosotros para mantener a los alemanes bajo control. Si se salen de madre, volveremos a quedarnos con Chrysler —dijo Jack, mientras tomaba un sorbo de café y consultaba su reloj—. ¿Algo más?

—Esto es todo por hoy.

El presidente miró con una pícaro sonrisa.

—Dígale a Mary Pat que si va a mandarme más material de Warbler, que incluya fotografías.

—Así lo haré, señor —respondió Goodley, soltando una buena carcajada.

Ryan levantó el informe y lo leyó de nuevo ahora más lentamente, entre sorbos de café, bufidos y alguna que otra muestra de descontento. La vida era mucho más sencilla cuando era él quien preparaba esos informes, en lugar de quien los leía. ¿Por qué? ¿No debería ser a la inversa? Antes, él era quien encontraba las respuestas y anticipaba las preguntas, pero ahora que otros lo habían hecho por él... era más difícil. Eso no tenía ningún sentido, maldita sea. Decidió que tal vez se debía a que, después de él, la información se detenía. El debía tomar las decisiones, y las que se hubieran tomado y analizado a niveles inferiores llegaban a un mismo lugar y paraban en seco. Era como conducir un coche; alguien podía decirle que girara a la derecha, pero él era quien ejecutaba la acción, y si alguien chocaba contra el vehículo, sería él quien se llevara la culpa. Momentáneamente, Jack se preguntó si estaba mejor preparado para permanecer uno o dos peldaños más abajo en el proceso, donde llevar a cabo el trabajo analítico y hacer sus recomendaciones con seguridad en sí mismo... aunque perfectamente consciente de que siempre sería otro a quien se atribuiría el mérito de los aciertos, o la culpa de los errores. Dicho aislamiento de consecuencias proporcionaba seguridad. Pero eso era una expresión de cobardía, pensó Ryan. Si había alguien en Washington mejor preparado para tomar decisiones, él todavía no lo había conocido y si eso era soberbia, ¿qué le vamos a hacer?

Pero debería existir alguien mejor, pensó Jack, cuando se acercaba la hora de su primera cita del día, y no era culpa suya que no existiera. Consultó su agenda. Tenía todo el día lleno de basura política... salvo que no era basura. Todo lo que hacía en su despacho afectaba la vida de ciudadanos norteamericanos y eso lo convertía en importante, para ellos y para él. ¿Pero quién había decidido convertirlo en papá de la nación? ¿Qué diablos lo convertía en un hombre tan listo? La gente a su espalda, según su criterio, más allá de las ventanas exageradamente gruesas del despacho oval, esperaba ineludiblemente que supiera tomar la decisión correcta, y alrededor de la mesa del comedor o mientras jugaban a los naipes, criticaban y protestaban de las decisiones que él había tomado y no les gustaban, como si ellos pudieran hacerlo mejor, lo cual era fácil de decir ahí afuera. Aquí era diferente. Por consiguiente, Ryan debía concentrarse en todas las pequeñas decisiones, incluso en los menús escolares, que eran un auténtico quebradero de cabeza. Si uno les daba a los niños lo que les apetecía comer, los expertos en dietética protestaban y aseguraban que deberían comer sanos brotes verdes y bayas, aunque seguramente la mayoría de los padres optarían por hamburguesas y patatas fritas, porque eso era lo que los niños comían, y por muy sana que fuera la comida, no les aprovechaba si no se la comían. En un par de ocasiones lo había

hablado con Cathy, aunque no era necesario. Permitía que sus propios hijos comieran pizza cuando les apetecía, que según ella, era muy rica en proteínas y el metabolismo infantil era capaz de digerir casi cualquier cosa sin ningún efecto perjudicial, aunque cuando se veía acorralada reconocía que no todos sus colegas en la Johns Hopkins estaban de acuerdo. ¿Qué se suponía entonces que debía pensar Jack Ryan, presidente de Estados Unidos, doctor en Historia, licenciado en Economía y contable diplomado (no recordaba por qué se había molestado en hacer ese examen), cuando los expertos, incluida la mujer con la que estaba casado, no se ponían de acuerdo? Eso le hizo saltar otro bufido, cuando sonaba el timbre de su escritorio y la señora Sumter le comunicaba que había llegado su primera visita. A Jack le apetecía ya un cigarrillo de gorra, pero no podría fumar hasta que tuviera un hueco en su agenda, porque sólo la señora Sumter y algunos de los miembros de su escolta podían saber que el presidente de Estados Unidos padecía, intermitentemente, de ese vicio.

Cielos —pensó—, como hacía a menudo al empezar el día, ¿cómo he podido llegar a verme en esta situación? Entonces se puso en pie mirando a la puerta, mientras evocaba su mejor sonrisa presidencial e intentaba recordar a quién diablos estaba a punto de recibir en primer lugar, para hablar de ayudas a la agricultura en Dakota del Sur.

El vuelo, como de costumbre, salía de Heathrow, en este caso, en un Boeing 737, porque Moscú no estaba tan lejos. Los miembros de Rainbow llenaron por completo la cabina de primera clase, lo cual complacería a los auxiliares de vuelo, aunque todavía no lo sabían, porque los pasajeros serían sumamente educados y poco exigentes. Chavez estaba sentado junto a su suegro, observando cortésmente el vídeo de seguridad, aunque ambos sabían que si el avión se estrellaba a cuatrocientos nudos, realmente no serviría de mucho saber dónde se encontraba la salida de emergencia más cercana. Pero esas cosas eran suficientemente inusuales para no prestarles atención. Ding sacó la revista del bolsillo del asiento y la hojeó, con la esperanza de encontrar algo interesante. Ya había comprado todos los artículos útiles del catálogo y algunos habían divertido compasivamente a su esposa.

—¿Anda mejor el pequeño? —preguntó Clark.

—Su entusiasmo es divertido, esa enorme sonrisa cada vez que llega del televisor a la mesilla, como si acabara de ganar la maratón, recibir una medalla de oro y un beso de miss América, de camino a Disney World.

—Las cosas grandes se componen de cosas pequeñas, Domingo —comentó Clark, cuando el avión aceleraba para despegar—. Y el horizonte está mucho más cerca cuando eres pequeño.

—Supongo. Pero es divertido... y enternecedor —reconoció.

—No está mal como misión ser padre de un pequeñajo, ¿verdad?

—No me quejo —respondió Chavez, mientras reclinaba el respaldo de su asiento cuando se había levantado el tren de aterrizaje.

—¿Cómo le va a Ettore? —preguntó Clark, volviendo a centrarse en el trabajo.

Eso de ser abuelo tenía sus límites.

—Ahora está en mejor forma. Ha necesitado aproximadamente un mes para lograrlo. Le tomamos un poco el pelo, pero lo aceptó estupendamente. Es listo. Tiene buenos instintos tácticos, teniendo en cuenta que es policía y no soldado.

—Ser policía en Sicilia no es como patrullar por Oxford Street en Londres.

—Me lo imagino —reconoció Chavez—. Pero en el simulador no ha cometido un solo error a la hora de disparar o dejar de hacerlo y eso no está mal. La única otra persona que no ha metido la pata es Eddie Price.

El simulador de entrenamiento informatizado en Hereford era particularmente despiadado en su presentación de posibles escenarios tácticos, hasta el punto de que un niño de doce años cogía un AK-74 y te acribillaba a balazos, si no prestabas mucha atención. Otro hueso era el de la mujer con un bebé en brazos, que cogía la pistola de un terrorista muerto y se volvía inocentemente para mirar a los «hombres de negro». En una ocasión, Ding le había disparado y al día siguiente se encontró una muñeca de trapo sobre su escritorio, con la cara

embadurnada de ketchup de McDonald's. Los componentes de Rainbow tenían un buen sentido del humor institucional, aunque un tanto perverso.

—¿Qué se supone entonces que debemos hacer?

—La antigua Octava Jefatura del KGB, su servicio de protección de ejecutivos —explicó John—. Les preocupa el terrorismo nacional, chechenos, supongo, y de otras nacionalidades que no quieren pertenecer al país. Quieren que los ayudemos a entrenar a sus muchachos, para ocuparse de ellos.

—¿Son buenos? —preguntó Ding.

—Buena pregunta —respondió Rainbow Seis, encogiéndose de hombros—. Su personal está formado por ex agentes del KGB, entrenados por los Spetsnaz, lo cual indica que probablemente son militares de carrera, en lugar de los que sólo sirven dos años en el Ejército Rojo. Con toda probabilidad son todos oficiales, pero con responsabilidades de suboficiales. Supongo que deben de ser listos, que están debidamente motivados, en buena forma física que comprenden la misión. ¿Serán tan buenos como es preciso? Probablemente, no —reflexionó John—. Pero en unas pocas semanas deberíamos ser capaces de mostrarles el buen camino.

—¿Entonces nuestra misión principal consiste en entrenar a sus instructores?

—Eso tengo entendido —asintió Clark.

—Estupendo —respondió Chavez, cuando llegó la carta del almuerzo.

—¿Por qué sería —se preguntó Chavez.— que en los aviones nunca tenían la comida que uno quería? Aquello era comida para la cena, no para el almuerzo. ¿Que tenían de malo una hamburguesa con queso y unas patatas fritas? Bueno, por lo menos podría tomarse una buena cerveza. una de las cosas que había llegado a encantarle de la vida en el Reino Unido era la cerveza. Estaba seguro de que no habría nada parecido en Rusia.

El amanecer en Pekín era tan desabrido como la contaminación atmosférica podía hacerlo, pensó Mark Gant. Por alguna razón había perdido el sincronismo con el horario local, a pesar de la cápsula negra y del sueño planificado se despertó con la primera luz del alba, que luchaba para surcar el aire como en los peores días de Los Angeles. Evidentemente, en la República Popular no había ningún departamento de protección ambiental, y de momento todavía no circulaban muchos coches por allí. Si algún día sucedía. China podría resolver su problema de población intoxicándola en masa. No había viajado lo suficiente para reconocer dicho problema como característico de los países marxistas, aunque tampoco eran muchos los que quedaban. Gant nunca había fumado; este era un vicio en general erradicado de la comunidad financiera, donde bastaba el estrés de su trabajo como agente letal para necesitar otros, y con este nivel de contaminación atmosférica se le humedecían los ojos.

No tenía nada que hacer y mucho tiempo por delante (cuando se despertaba, nunca podía volver a conciliar el sueño), por lo que decidió encender la lámpara de la mesilla de noche y examinar unos documentos que le habían entregado, en su mayoría sin la esperanza de que los leyera. El propósito de la diplomacia, había dicho en una ocasión el comandante Spock de «Star Trek», consistía en prolongar la crisis. El discurso serpenteaba lo suficiente como para que el río Mississippi pareciera un rayo láser, pero al igual que el «padre de las aguas», por fin debería avanzar, o descender, o lo que diablos hicieran los ríos. ¿Pero qué era lo que lo había despertado esta mañana? Miró por la ventana y vio la mancha de un color rosa anaranjado que empezaba a formarse en el horizonte, alumbrando de fondo los edificios. A Gant le parecían feos, pero sabía que no estaba acostumbrado a ellos. Los bloques de pisos de Chicago no eran exactamente el Taj Mahal y la casa de estructura de madera de su juventud no era el palacio de Buckingham. No obstante, la diferencia era sobrecogedora. Mirara donde mirara, todo le parecía extraño y no era suficientemente cosmopolita para superar esa sensación. Era como el ruido de fondo del hilo musical, que nunca estaba realmente allí, pero tampoco desaparecía. Era casi como un mal presentimiento, pero lo alejó de su mente. No tenía ninguna razón para sentirse de aquel modo. No sabía que muy pronto se demostraría que estaba equivocado.

Barry Wise ya estaba levantado, a la espera del desayuno, en la habitación de su hotel, que pertenecía a una cadena norteamericana, y la carta del desayuno era también más o menos norteamericana. El tocino local sería diferente, pero las gallinas chinas ponían huevos auténticos, de eso estaba seguro. Su experimento del día anterior con los barquillos no había tenido mucho éxito y Wise era un hombre que necesitaba un buen desayuno para funcionar debidamente durante el día.

Al contrario que la mayoría de los corresponsales de la televisión norteamericana, Wise buscaba sus propios reportajes. Su productor, más que un jefe, era un socio. Eran testigos de su éxito la colección de galardones Emmy que había recibido, aunque su esposa siempre se quejaba de tener que quitarles el polvo a esas malditas estatuillas detrás del bar del sótano.

Hoy necesitaba un nuevo reportaje. Su audiencia norteamericana se aburriría con las palabras de otro portavoz y una filmación del ambiente de las negociaciones. Necesitaba algo con sabor local, pensó, algo que permitiera al pueblo norteamericano identificarse con el chino. No era fácil y ya había suficientes reportajes sobre restaurantes chinos, que era lo único chino con lo que estaban familiarizados los norteamericanos. ¿Qué podía hacer entonces? ¿Qué tenían en común los norteamericanos con los ciudadanos de la República Popular China? No mucho, se dijo Wise, pero debía de haber algo que pudiera utilizar. Se puso de pie al llegar el desayuno y miró por la ventana cuando el camarero acercaba el carro a la cama. Resultó que habían confundido su pedido y le habían traído jamón en lugar de tocino, pero tenía buen aspecto y decidió comérselo, después de darle una propina al camarero y volver a sentarse.

Algo —pensó mientras se servía una taza de café—, ¿pero qué? Se había planteado aquel mismo dilema con bastante frecuencia. Los escritores de ficción censuraban a menudo a los corresponsales por su propia forma de «creatividad», pero el proceso era real. Encontrar algo de interés era doblemente difícil para los corresponsales, porque al contrario de los novelistas, no podían inventar. Debían utilizar la realidad y ésta podía ser muy dura, pensó Barry Wise. Abrió el cajón de la mesilla de noche para coger sus gafas y le sorprendió ver...

Bueno, tampoco era tan sorprendente. Era habitual en cualquier hotel norteamericano: una Biblia que había dejado allí la sociedad Gideon. Probablemente, sólo estaba allí porque el hotel era de propiedad y gerencia norteamericanas, y debía de tener algún convenio con la sociedad Gideon... pero no dejaba de ser un lugar extraño donde encontrarse una Biblia. La República Popular no estaba exactamente repleta de iglesias. ¿Había cristianos allí? Bueno, ¿por qué no averiguarlo? Puede que ahí hubiera un reportaje... En cualquier caso, mejor eso que nada. Con esa decisión parcialmente tomada, se concentró de nuevo en el desayuno. Ahora su equipo empezaría a despertar. Le indicaría a su productor que buscara a un pastor cristiano, incluso tal vez a un sacerdote católico; un rabino sería pedir demasiado. Eso supondría acudir a la embajada israelí, y sería hacer trampa.

—¿Cómo te ha ido el día, Jack? —preguntó Cathy.

La noche era un accidente. No tenían nada que hacer: ninguna cena política, ningún discurso, ninguna recepción, ninguna obra ni ningún concierto en el Kennedy Center, ni tampoco ninguna fiesta privada para veinte o treinta invitados en el piso del dormitorio de la parte residencial de la Casa Blanca, que Jack detestaba pero a Cathy le gustaban, porque a las mismas podían invitar a personas conocidas que eran de su agrado, o por lo menos a personas que deseaban conocer. A Jack no le importaban las fiestas propiamente dichas, pero consideraba que el piso del dormitorio de La Casa (como la denominaba el servicio secreto, para distinguirla de la otra Casa a dieciséis manzanas a lo largo de la calle) era el único espacio privado que le quedaba. Incluso, la casa de la que eran propietarios en Peregrine Cliff, en la bahía de Chesapeake, había sido renovada por el servicio secreto. Ahora disponía de rociadores antiincendios, unas setenta líneas telefónicas, un sistema de alarma como los utilizados para proteger los almacenes de armas nucleares y un nuevo edificio para albergar al personal de protección, cuando los Ryan decidían pasar allí el fin de semana, para comprobar si todavía disponían de una casa donde alojarse, cuando aquel museo oficial se les caía encima.

Pero esta noche no ocurría nada de eso. Esta noche eran casi personas normales. La diferencia era que si a Jack le apetecía una cerveza o una copa, no podía ir a buscarla personalmente a la cocina. Eso no estaba permitido. No, debía pedírsela a uno de los camareros de la Casa Blanca, que cogería el ascensor para bajar a la cocina en el sótano, o subir al bar en el piso superior. Evidentemente podía insistir y hacerlo él mismo, pero eso sería un insulto para los camareros, y aunque a ellos, principalmente negros (se decía que eran descendientes directos de los esclavos personales de Andrew Jackson), no les importaba, parecía innecesario insultarles. A Ryan, sin embargo, nunca le había gustado que otros hicieran su trabajo. Por supuesto, era agradable que alguien que no tenía otra cosa que hacer y que cobraba por ello un cómodo sueldo del gobierno le lustrara los zapatos por la noche, pero sencillamente no le parecía justo que lo trataran como a una especie de aristócrata, cuando en realidad su padre había trabajado intensamente como detective de homicidios en la policía de Baltimore y él había necesitado una beca del gobierno (por gentileza del cuerpo de marines de Estados Unidos) para estudiar en la Universidad de Boston, sin que su madre tuviera que buscarse un empleo. ¿Se debía a sus raíces y a su infancia de clase obrera? Probablemente, pensó Ryan. Esas raíces también explicaban lo que hacía ahora, sentado en un sillón con una copa en la mano, mirando la televisión, como una persona normal y corriente.

La vida de Cathy era la que en realidad menos había cambiado en la familia, salvo que por la mañana se desplazaba al trabajo en un helicóptero Blackhawk VH-60 del cuerpo de marines, de lo que no se quejaban los contribuyentes ni la prensa, después de que Sandbox, también conocida como Katie Ryan, hubiera sido víctima de un atentado terrorista en el Centro de Atención Diurna. Los niños miraban la televisión por su cuenta y Kyle Daniel, conocido por el servicio secreto como Sprite, dormía en su cuna. Y la doctora Ryan, apodada Cirujana, sentada frente al televisor, examinaba las notas de sus pacientes y repasaba una revista médica, como parte de su interminable formación profesional.

—¿Cómo van las cosas en el trabajo, cariño? —preguntó el presidente.

—Bastante bien, Jack. Bernie Katz tiene una nueva nieta. Está muy emocionado.

—¿De qué hijo?

—Mark, que se casó hace dos años. ¿Recuerdas que asistimos a la boda?

—¿El abogado? —preguntó Jack, recordando la ceremonia, en los viejos tiempos felices, antes de la maldición de la presidencia.

—Sí, su otro hijo, David, es médico, cirujano torácico y trabaja como profesor en Yale.

—¿Lo conozco? —preguntó Jack, que no estaba seguro.

—No. Estudió en Los Angeles, en la Universidad de California.

Volvió la página del Nett, England Journal of Medicine y luego decidió marcarla. Era un artículo interesante sobre un nuevo descubrimiento relacionado con la anestesia, que valía la pena recordar. Se lo comentaría durante el almuerzo a alguno de los profesores. Solía almorzar con sus colegas de distintas especialidades, para mantenerse al corriente del progreso de la medicina. El próximo gran salto creía que se daría en neurología. Uno de sus colegas de Hopkins había descubierto un medicamento, que parecía hacer crecer de nuevo las células nerviosas dañadas. Si se comprobaba su eficacia, eso significaría un Premio Nobel. Sería el noveno en la vitrina de los trofeos de la Facultad de Medicina de la Universidad Johns Hopkins. Por su trabajo con láseres quirúrgicos, a ella le habían otorgado el Galardón Lasker de Servicio Público, la más alta condecoración de su género en Norteamérica, pero no había sido suficientemente fundamental para desplazarse a Estocolmo. A ella no le importaba. La oftalmología no era esa clase de especialidad, pero arreglarle la vista a la gente era muy gratificante. Tal vez una consecuencia positiva del alto cargo de Jack y del suyo como primera dama sería la posibilidad real de hacerse con la dirección del Instituto Wilmer, en el supuesto de que Bernie Katz se decidiera algún día a soltar las riendas. Todavía podría ejercer la medicina, que era algo que nunca quería abandonar y supervisar también investigación en su campo, decidir a quién se concedían las becas y dónde se realizaba el trabajo de exploración realmente importante, para lo que se consideraba particularmente dotada. Puede que, después de todo, la presidencia no hubiera sido una pérdida total de tiempo.

Su única queja era realmente que la gente esperara de ella que vistiera como una supermodelo, y aunque siempre vestía con elegancia, nunca le había apetecido ser una maniquí. En su opinión, bastaba ponerse unos bonitos vestidos formales para las recepciones

oficiales a las que asistía (sin tener que pagar por ellos, porque los fabricantes se los regalaban). Sin embargo, a Worxen's Wear Daily no le gustaba su vestuario habitual, como si intentara imponer la moda de la bata blanca. No era eso, era su uniforme, como los marines en la puerta de la Casa Blanca usaban el suyo, que ella lucía con mucho orgullo. No muchas mujeres, ni tampoco muchos hombres, podían afirmar haber llegado a la cima de su profesión. Pero ella podía hacerlo. La velada había resultado ser agradable. Ni siquiera le importaba la adicción de Jack al Canal Histórico, aun cuando se quejara de algún pequeño error en sus documentales. Suponiendo —rió para sus adentros— que él estuviera en lo cierto y el programa se equivocara... Su copa de vino estaba vacía, y puesto que no tenía nada urgente programado para el día siguiente, le indicó al camarero que se la llenara. La vida podía ser peor. Además, se habían llevado un buen susto con aquellos malditos terroristas, aunque con suerte y con la ayuda de aquel maravilloso agente del FBI con el que Andrea Price se había casado, habían sobrevivido y no esperaba que volviera a suceder nada parecido. Su propia escolta del servicio secreto lo impediría. Su propio agente principal, Roy Altman, inspiraba tanta confianza en su trabajo como ella en el suyo, a juicio de Cathy.

—Aquí la tiene, doctora Ryan —dijo el camarero, entregándole la copa llena.

—Gracias, George. ¿Cómo están sus hijos?

—La mayor acaba de ser aceptada en Notre Dame —respondió con orgullo.

—Es maravilloso. ¿Qué tiene pensado estudiar?

—Un curso preliminar de medicina.

Cathy levantó la cabeza.

—Estupendo. Si puedo hacer algo por ella, dígamelo, ¿de acuerdo?

—Sí, señora, lo haré.

Y lo mejor del caso, pensó George, era que no bromeaba. Los Ryan eran muy populares entre el personal, a pesar de su torpeza con el protocolo. Había otra familia de la que se ocupaban los Ryan, la viuda e hijos de un sargento de las fuerzas aéreas, cuyo vínculo con los Ryan nadie parecía comprender. Además, Cathy se había ocupado personalmente de dos hijos de miembros del personal, que tenían problemas en los ojos.

—¿Cómo se presenta el día de mañana, Jack?

—Un discurso en la convención de veteranos de guerra en Atlantic City. Ida y vuelta en helicóptero después del almuerzo. No es un mal discurso el que me ha escrito Callie.

—Es un poco rara.

—Es diferente —reconoció el presidente—, pero es buena en lo que hace.

¡Gracias a Dios —pensó Cathy para sus adentros—, que generalmente no tengo que hacer yo esas cosas! Para ella, un discurso consistía en contarle a un paciente cómo iba a resolver su problema de visión.

—Hay un nuncio papal en Pekín —dijo el productor. —¿No es eso lo mismo que embajador?

—Esencialmente, sí —asintió el productor—. Es italiano y se llama Renato DiMilo. Anciano, no sé nada de él.

—Bueno, tal vez podamos hacerle una visita y conocerlo —dijo Barry, mientras se hacía el nudo de la corbata—. ¿Tienes su dirección y su número de teléfono?

—No, pero nuestro contacto en la embajada norteamericana nos los puede facilitar rápidamente.

—Llámalo —ordenó amablemente Wise.

Wise y su productor trabajaban juntos desde hacía once años, durante los cuales habían aguantado tiroteos y ganado un montón de galardones, lo que no estaba mal para dos ex sargentos de los marines.

—De acuerdo.

Wise consultó su reloj. El horario era perfecto. Podía hacer un reportaje sin precipitarse, mandarlo a Atlanta vía satélite para que lo montaran y pudieran retransmitirlo en

Norteamérica a la hora del desayuno. Eso le ocuparía el día en este país de paganos. Maldita sea, ¿por qué no celebrarían una conferencia comercial en Italia? Guardaba excelentes recuerdos de la comida italiana, cuando estaba con los marines en la flota mediterránea. Y también de las mujeres italianas. Les gustaba el uniforme de los marines estadounidenses. Bueno, a muchas mujeres les encantaba.

Algo que ni al cardenal DiMilo ni a monseñor Schepke había llegado a gustarles era la comida china para el desayuno, que no se parecía en nada a lo que los europeos estaban acostumbrados a desayunar. Por consiguiente, Schepke preparaba el desayuno todas las mañanas antes de que llegaran sus sirvientes chinos y les dejaban los platos para lavar. Ambos habían celebrado su misa matutina, para lo que se levantaban antes de las seis, más o menos como solían hacerlo los soldados, se decía a sí mismo frecuentemente el italiano.

Su periódico matutino era el International Herald Tribune, cuya orientación era excesivamente norteamericana, pero el mundo no era un lugar perfecto. Por lo menos publicaba los resultados del fútbol, que era un deporte que les interesaba a ambos y al que Schepke todavía jugaba, cuando se presentaba la oportunidad. DiMilo, que en su época había sido un buen mediocampista, ahora debía contentarse con verlo y protestar.

El equipo de la CNN tenía su propio transporte, una furgoneta americana que habían mandado a China hacía ya bastante tiempo. El vehículo disponía de su propio transmisor/receptor en miniatura vía satélite, una especie de pequeño milagro de la técnica que les permitía establecer contacto inmediato con cualquier lugar del planeta, a través de los satélites de comunicaciones en órbita alrededor de la Tierra. Podía hacer cualquier cosa, salvo operar cuando el coche estaba en movimiento, y eso era algo que intentaban solucionar, porque a los equipos móviles les permitiría transmitir con escaso riesgo de interferencias desde donde se encontraran.

Disponía también de un sistema de navegación por satélite: un verdadero milagro que les permitía encontrar cualquier lugar de cualquier ciudad, para la que dispusieran de un plano en CD-ROM. Con lo mismo, podían localizar cualquier dirección con mayor rapidez que un taxista local. El teléfono móvil les permitía obtener la dirección propiamente dicha, en este caso, de la embajada estadounidense que tenía las direcciones de todas las delegaciones extranjeras, entre las que figuraba la del nuncio papal. El teléfono móvil también les permitía llamar con antelación. El primero en responder fue una voz china, seguida de otra que parecía curiosamente alemana, que le dijo que los recibirían con mucho gusto.

Barry Wise vestía impecablemente, como de costumbre, con chaqueta y corbata, otra secuela de los marines, cuando llamó a la puerta y la abrió, como era de suponer, un ciudadano local, a los que sentía la tentación de denominar «indígenas», aunque eso le sonaba demasiado inglés y vagamente racista. El hombre los invitó a entrar en la casa. El primer occidental al que vieron no era el cardenal: era demasiado joven, demasiado alto y excesivamente germánico.

—Hola, soy monseñor Schepke.

—Buenos días, yo soy Barry Wise, de la CNN.

—Sí —sonrió Schepke—, lo he visto muchas veces por televisión. ¿Qué les trae por aquí?

—Hemos venido para cubrir la reunión comercial entre Norteamérica y China, pero hemos decidido buscar otros asuntos de interés. Nos ha sorprendido descubrir que el Vaticano tenía aquí una legación diplomática.

Schepke introdujo a Wise en su despacho y le ofreció una cómoda butaca.

—Yo hace varios meses que estoy aquí, pero el cardenal ha llegado hace poco.

—¿Puedo hablar con él?

—Por supuesto, pero en este momento su eminencia está hablando por teléfono con Roma. ¿Le importa esperar unos minutos?

—En absoluto —respondió Wise.

Observó al monseñor. Tenía aspecto atlético, alto y muy germánico. Wise había estado muchas veces en Alemania y siempre se había sentido ligeramente incómodo, como si el racismo que había causado el holocausto siguiera todavía ahí, oculto pero no muy lejano. Con otra indumentaria, habría tomado a Schepke por un militar, incluso por un marine. Parecía estar en buena forma y ser muy listo, claramente un buen observador.

—¿A que orden pertenece, si no le importa que se lo pregunte? —dijo Wise.

A la Compañía de Jesús —respondió Schepke.

Un jesuita, comprendió inmediatamente Wise. Naturalmente.

—¿Alemán?

—Efectivamente, pero ahora residente en Roma, en la Universidad Robert Bellarmine, y me han pedido que acompañara aquí a su eminencia debido a mi habilidad lingüística.

Su inglés, a medio camino entre el de Inglaterra y el de Norteamérica, pero no canadiense, era gramaticalmente perfecto, y su pronunciación, impecable.

Y porque es usted muy listo, pensó Wise. Sabía que el Vaticano disponía de un respetable servicio de inteligencia, probablemente el más antiguo del mundo, y decidió que el monseñor era una mezcla de diplomático y espía.

—No le preguntaré cuántos idiomas habla, seguro que más que yo —comentó Wise, que nunca había conocido ni había oído hablar de un jesuita que fuera tonto.

Schepke le sonrió amablemente.

—Es mi función —respondió antes de mirar el teléfono de su escritorio, comprobar que se había apagado el piloto, disculparse para entrar en el despacho interior y salir de nuevo—. Su eminencia lo recibirá ahora.

Wise se levantó y siguió al cura alemán. El hombre al que vio era corpulento y claramente italiano, sin atuendo eclesiástico, de chaqueta, pantalón y camisa roja (¿o era una camiseta?) con collarín. El corresponsal de la CNN no recordaba si, según el protocolo, debía besarle el anillo, pero ante la duda, decidió estrecharle la mano al estilo norteamericano.

—Bien venido a nuestra legación —dijo el cardenal DiMilo—. Usted es nuestro primer corresponsal norteamericano. Por favor... —agregó, ofreciéndole una silla.

—Gracias, eminencia —respondió Wise, que recordaba aquella parte del protocolo.

—¿En qué podemos servirlo?

—Estamos aquí para cubrir las conversaciones comerciales entre Norteamérica y China, y pensamos hacer un reportaje sobre la vida en Pekín. Acabamos de descubrir que el Vaticano tiene aquí una embajada y se nos ha ocurrido venir a hablar con usted.

—Estupendo —respondió DiMilo, con una beatífica sonrisa—. Hay algunos cristianos en Pekín, aunque esto no es exactamente Roma.

Wise tuvo la sensación de que se le apagaba la luz.

—¿Qué me dice de cristianos chinos?

—Sólo hemos conocido unos pocos. Curiosamente, vamos a visitar uno esta tarde, un pastor baptista llamado Yu.

—¿En serio?

Menuda sorpresa. ¿Un baptista local?

—Efectivamente —confirmó Schepke—. Un buen hombre, formado en Norteamérica, en la Universidad Oral Roberts.

—¿Un ciudadano chino de Oral Roberts? —preguntó Wise con cierta incredulidad, mientras en su mente veía un gran reportaje.

—Sí, bastante inusual, ¿no le parece? —comentó DiMilo.

Ya era bastante inusual que un baptista y un cardenal de la Iglesia católica se hablaran, pensó Wise, pero que eso ocurriera precisamente aquí parecía tan improbable como ver a un dinosaurio paseando por el centro de Washington. Indudablemente, eso les gustaría en Atlanta.

—¿Podemos acompañarlo? —preguntó el corresponsal de la CNN.

El terror empezó cuando llegó al trabajo. A pesar de la espera y la anticipación, la primera punzada en el bajo abdomen la cogió por sorpresa y no fue particularmente agradable. La vez anterior, hacía ahora casi seis años, también le había sorprendido el nacimiento de Ju Long a pesar de haberlo presagiado, pero aquél era un embarazo autorizado y éste no. Esperaba que el parto empezara por la mañana, un fin de semana, en su casa, donde ella y Quon podían haberse ocupado de todo sin complicaciones externas, pero en China, como en cualquier otro lugar del mundo, los bebés nacían cuando se les antojaba y éste no sería una excepción. La cuestión era si el Estado le permitiría tomar su primer respiro y con su primer espasmo muscular, el primer indicio de las contracciones del parto, llegó el temor de que se cometiera un asesinato, de que su propio cuerpo fuera la escena del crimen, de estar presente para ver y sentir cómo el bebé dejaba de moverse, de sentir la muerte. El miedo era la culminación de muchas noches sin dormir y de muchas pesadillas, que la habían hecho sudar en la cama a lo largo de las semanas. Sus compañeras se preguntaron por su estado al verle la cara. Unas pocas mujeres de la fábrica habían adivinado su secreto, pero nunca se lo habían comentado. El milagro era que nadie la hubiera denunciado, lo cual había sido el peor temor de Lien Hua, pero eso era sencillamente algo que no se hacía entre mujeres. Algunas de ellas habían tenido niñas, que habían fallecido «accidentalmente» al cabo de uno o dos años, para satisfacer el deseo de su esposo de tener un descendiente varón. Ese era un aspecto más de la vida en la República Popular del que raramente se hablaba, incluso entre mujeres en privado.

Yang Lien Hua miró a su alrededor en la fábrica, mientras sus músculos anunciaban lo que estaba por llegar y sólo le cabía esperar que parara o se retrasara. Dentro de otras cinco horas podría pedalear en su bicicleta hasta su casa y dar a luz allí, que aunque no fuera tan conveniente como en un fin de semana, era preferible a tener una emergencia en la fábrica. Flor de Loto se dijo a sí misma que debía ser fuerte y decidida. Cerró los ojos, se mordió el labio, e intentó concentrarse en su trabajo, pero los espasmos empezaron a ser molestos. Luego llegaría un dolor suave, seguido de las contracciones propiamente dichas, que le impedirían seguir de pie y... ¿qué haría entonces? Fue su incapacidad para imaginar las próximas horas lo que la obligó a contorsionar el rostro con mayor fuerza que el propio dolor. Temía la muerte y aunque eso era común a todos los seres humanos, su temor era por una vida que todavía formaba parte de la suya, pero que realmente no le pertenecía. Temía verlo morir, sentirlo morir, percibir el alma que se alejaba, y aunque estaba segura de que regresaría junto a Dios, ésa no era la intención del Todopoderoso. Ahora necesitaba a su asesor espiritual. Necesitaba a Quon, su marido. Necesitaba aún más al reverendo Yu. ¿Pero qué podía hacer?

El montaje de la cámara fue rápido. Los dos eclesiásticos observaron con interés, porque ninguno de ellos había visto antes aquella operación. A los diez minutos, ambos estaban decepcionados por las preguntas. Habían visto a Wise por televisión y esperaban algo mejor de él. No se percataban de que el reportaje que realmente le interesaba estaba a unos cuantos kilómetros y a una hora aproximadamente de allí.

—Perfecto —dijo Wise, terminada la inofensiva serie de preguntas y respuestas—. ¿Podemos seguirlos a casa de su amigo?

—Desde luego —respondió su eminencia, antes de ponerse en pie y disculparse, porque incluso los cardenales debían ir al baño antes de salir en coche, sobre todo a la edad de DiMilo.

Pero volvió y caminó con Franz hasta el coche, que el monseñor conduciría, ante la persistente decepción de su propio chófer que, tal como sospechaban, era un soplón del Ministerio de Seguridad Estatal. La furgoneta de la CNN los siguió por una serie de tortuosos callejones, hasta llegar a la modesta residencia del reverendo Yu Fa An. Aparcaron sin dificultad alguna. Los dos curas católicos se acercaron a la puerta de Yu y Wise se percató de que llevaban un gran paquete en las manos. —¡Caramba! —sonrió Yu, sorprendido, al abrir la puerta—. ¿Qué los trae por aquí?

—Amigo mío, le hemos traído un regalo —respondió su eminencia, entregándole el paquete.

Claramente se trataba de una Biblia de grandes dimensiones, aunque no menos agradable por su evidencia. Yu los invitó a entrar y vio a los norteamericanos.

—Han preguntado si podían acompañarnos —explicó monseñor Schepke.

—Por supuesto —respondió inmediatamente Yu, al tiempo que se preguntaba si tal vez Gerry Patterson vería el reportaje, e incluso quizá su lejano amigo Hosiah Jackson.

Pero no montaron las cámaras, antes de que abriera el paquete.

Yu lo desarrolló en su escritorio y al verlo levantó la cabeza, considerablemente sorprendido. Esperaba ver una Biblia, pero ésa debía de haber costado centenares de dólares norteamericanos... Era un ejemplar de la versión del rey Jaime en mandarín... y magníficamente ilustrada. Yu se puso en pie y dio la vuelta a su escritorio, para darle un abrazo a su colega italiano.

—Que Nuestro Señor Jesucristo lo bendiga por este regalo, Renato —dijo Yu, considerablemente emocionado.

—Ambos servimos a Jesucristo como mejor podemos. Se me ocurrió y pensé que le gustaría —respondió DiMilo, como podía haberlo hecho a un párroco en Roma, ya que eso era Yu, o algo muy parecido.

Por su parte, Barry Wise lamentó no haber montado antes la cámara para filmarlo.

—No es frecuente ver a católicos y baptistas tan amigos —comentó el corresponsal.

Fue Yu quien respondió y, en esta ocasión, la cámara filmaba.

—Se nos permite ser amigos. Ambos trabajamos para el mismo jefe, como dicen en Norteamérica.

Cogió la mano de DiMilo y la estrechó calurosamente. Raramente recibía un regalo tan sincero y era extraño recibirlo aquí en Pekín, de alguien a quien sus colegas norteamericanos denominarían papista y, además, italiano. Después de todo, había un propósito en la vida. El reverendo Yu tenía suficiente fe para no dudarlo nunca, pero era una bendición que algo lo confirmara de vez en cuando.

Las contracciones eran demasiado fuertes y se producían con excesiva frecuencia. Lien Hua las aguantó tanto como pudo, pero al cabo de una hora tenía la misma sensación que si alguien le hubiera disparado un tiro en la barriga. Se le doblaban las rodillas. Se esforzó por controlar el dolor, por permanecer de pie, pero era superior a sus fuerzas. Se quedó completamente pálida y se desplomó sobre el suelo de hormigón. Acudió inmediatamente una compañera de trabajo, que también era madre y sabía lo que ocurría.

—¿Estás de parto? —preguntó.

—Sí —asintió con un doloroso suspiro.

—Voy a llamar a Quon —dijo antes de salir corriendo.

A raíz de aquella conversación, empezaron a complicarse las cosas para Flor de Loto.

El encargado vio a una empleada que corría y, al volver la cabeza, a otra postrada en el suelo. Se acercó como lo haría alguien después de un accidente de tráfico, más por curiosidad que por deseo de intervenir. Raramente había prestado atención alguna a Yang Lien Hua. Desempeñaba satisfactoriamente su función, sin necesidad de regañarla ni de llamarle la atención, se llevaba bien con sus compañeras de trabajo y en realidad eso era todo lo que sabía acerca de ella y lo que consideraba que necesitaba saber. No había sangre. Su caída no la había provocado ningún accidente, ni ninguna avería mecánica. Qué extraño. La observó unos segundos, comprobó que no se sentía bien y se preguntó qué debía sucederle, pero él no era médico ni practicante y no quería entrometerse. Si hubiera sangrado, seguramente habría intentado vendarle la herida o algo por el estilo, pero ése no era el caso y se limitó a permanecer allí, como supuso que debía hacerlo un encargado, haciendo acto de presencia, pero sin empeorar la situación. Había una auxiliar médica en la enfermería, a doscientos metros de distancia. Probablemente la otra chica había ido a llamarla, pensó.

El rostro de Lien Hua se contorsionó de nuevo después de unos minutos de tranquilidad relativa, cuando se inició otra contracción. El encargado vio que cerraba fuertemente los ojos, empalidecía y jadeaba. Ah, se trata de eso, comprendió. Qué extraño. Se suponía que debía de

estar al corriente de ese tipo de cosas para programar las sustituciones en la cadena de producción. Entonces comprendió algo más. Éste no era un embarazo autorizado. Lien Hua había quebrantado las normas y se suponía que esto no debía suceder. Quedaría mal su departamento y él como encargado del mismo... Y algún día aspiraba a poseer su propio coche.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Pero Yang Lien Hua no estaba en condiciones de responder en aquel momento. Las contracciones se aceleraban mucho más que con Ju Long. ¿Por qué no podía haber esperado hasta el sábado? —le preguntó al destino—. ¿Por qué quiere Dios que mi hijo muera sin haber nacido? Intentó rezar entre el dolor, procurando concentrarse, suplicando la misericordia de Dios y su ayuda en aquel trance doloroso y aterrador, pero lo único que veía a su alrededor incrementaba su miedo. En el rostro del encargado no detectaba ninguna intención de prestarle ayuda. Entonces oyó pasos y vio que Quon se acercaba corriendo, pero antes de llegar, el encargado le cortó el paso.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el hombrecillo, con toda la dureza de su insignificante autoridad—. ¿Su esposa va a tener aquí un bebé? ¿Un bebé no autorizado? Ju hai —agregó, que significaba «puta».

Incluso el más insignificante de los funcionarios preguntaba y acusaba simultáneamente.

Por su parte, Quon quería también que naciera el bebé. No le había revelado a su esposa los temores que había compartido con ella, porque consideraba que habría sido poco varonil, pero las últimas palabras del encargado habían sido demasiado para un hombre sometido simultáneamente a dos clases de presión. Recordó el entrenamiento que había recibido en el ejército y le dio un puñetazo, acompañado de su propio insulto:

—Pok gai —exclamó, que significaba literalmente «cáete en la calle», pero en aquel contexto, «¡quítate de mi jodido camino!».

El encargado se produjo un corte en la cabeza al caerse, brindándole a Quon la satisfacción de ver vengado el insulto a su esposa. Pero Quon tenía otras cosas que hacer.

Dicho lo que debía decirse y hecho lo que debía hacerse, levantó a Lien Hua y la sostuvo lo mejor que pudo, en dirección al lugar donde se encontraban sus bicicletas. ¿Pero qué hacer ahora? Al igual que su esposa, Quon esperaba que todo esto sucediera en su casa, desde donde, en el peor de los casos, podía llamar para decir que estaba enferma. Pero se sentía tan impotente para detener aquel proceso como para impedir que la Tierra girara sobre su eje. No disponía siquiera del tiempo ni de la energía para maldecir el destino. Debía enfrentarse a la realidad tal como se presentaba, un segundo de inseguridad después de otro, y ayudar como mejor pudiera a su esposa.

—¿Se educó usted en Norteamérica? —preguntó Wise ante la cámara.

—Sí —respondió Yu, con una taza de té en la mano—. En la Universidad Oral Roberts de Oklahoma. Primero me licencié en Ingeniería Eléctrica, luego estudié Teología y me ordené más adelante.

—Veo que está usted casado —dijo el corresponsal, señalando una fotografía que colgaba de la pared.

—Mi esposa está en Taiwan, cuidando de su madre, que actualmente está enferma —explicó Yu.

—¿Entonces cómo se conocieron? —preguntó Wise, refiriéndose a Yu y al cardenal.

—Por iniciativa de Fa An —respondió el cardenal—. Él fue quien vino a dar la bienvenida a un recién llegado, podríamos decir que del mismo oficio —agregó DiMilo, con la tentación de decir que habían tomado unas copas juntos, pero consciente de que algunos baptistas se oponían radicalmente al consumo de alcohol y podrían pensar mal de su colega, prefirió no hacerlo—. Como puede usted imaginar, no hay muchos cristianos en esta ciudad y los pocos que somos debemos mantenernos unidos.

—¿No les parece extraño que un católico y un baptista sean tan amigos?

—En absoluto —respondió inmediatamente Yu—. ¿Por qué debería serlo? ¿No compartimos la misma fe?

DiMilo asintió, ante aquella perfecta e inesperada afirmación de sus creencias.

—¿Qué me dice de sus feligreses? —preguntó Wise, dirigiéndose al pastor chino.

El aparcamiento de bicicletas era una masa confusa de hierro y goma, ya que pocos obreros chinos poseían automóviles, pero cuando Quon conducía a Lien Hua hacia el rincón lejano del mismo fueron avistados por alguien que utilizaba un vehículo motorizado. Era un guarda de seguridad de la fábrica, que conducía un triciclo motorizado alrededor del perímetro de la planta, que le proporcionaba una sensación de importancia aún mayor que su uniforme y su placa. Al igual que Quon, era un ex sargento del ejército popular, que no había perdido una sensación de autoridad personal que se exteriorizaba en su forma de hablar con la gente.

—Alto! —exclamó desde el asiento de su triciclo—. ¿Qué ocurre ahí?

Quon volvió la cabeza. A Lien Hua, que acababa de tener otra contracción, se le doblaban las rodillas y jadeaba, mientras él prácticamente la arrastraba hacia sus bicicletas. De pronto comprendió que eso no funcionaría. Ella no sería en modo alguno capaz de pedalear en su propia bicicleta. Su piso estaba a once manzanas. Probablemente lograría arrastrarla por la escalera hasta el tercer piso, ¿pero cómo diablos iban a llegar al edificio?

—Mi esposa está... herida —respondió Quon, a quien el miedo le impedía confesar la verdad, a pesar de que conocía a aquel guarda, que se llamaba Zhou Jingjin y parecía una buena persona—. Intento llevarla a casa.

—¿Dónde vives, camarada? —preguntó Zhou.

—En los pisos de La Larga Marcha, número setenta y cuatro —respondió Quon—. ¿Puedes ayudarnos?

Zhou los observó. La mujer parecía sentirse mal. El suyo no era un país que valorara particularmente la iniciativa personal, pero aquella mujer era una camarada que tenía dificultades y se suponía que debía haber solidaridad entre la gente. Además, su casa estaba a sólo diez u once manzanas, apenas quince minutos incluso en aquel triciclo lento y torpe. Tomó su decisión, basada en la solidaridad socialista obrera.

—Súbela detrás, camarada.

—Gracias, camarada —respondió Quon, que se acercó con su esposa, le levantó el trasero y la colocó sobre la plataforma oxidada detrás del conductor.

Entonces le indicó con la mano a Zhou que se dirigiera al oeste. Esta contracción resultó ser dolorosa. Lien Hua jadeó y luego dio un grito, que afligió a su esposo y aún más al conductor, que volvió la cabeza y vio a una mujer que debería estar sana agarrándose la barriga con gran dolor. No era en absoluto una escena agradable y Zhou, después de haber tomado ya una iniciativa, decidió tomar otra. De camino a los pisos de La Larga Marcha se pasaba por la calle Meishuguan, donde se encontraba el hospital Longfu, que como casi todos los hospitales de Pekín disponía de un buen servicio de urgencias e ingresos. Aquella mujer estaba en peligro y era una camarada, miembro como él de la clase obrera, y merecía que se la ayudara. Volvió la cabeza. Quon estaba demasiado ocupado procurando consolar a su esposa para hacer cualquier otra cosa, mientras el triciclo de seguridad traqueteaba por la irregular calzada a veinte kilómetros por hora.

Sí, decidió Zhou, debía hacerlo. Giró suavemente el manillar, subió por una rampa construida más para camiones que para ambulancias y se detuvo.

Quon tardó varios segundos en percatarse de que se habían detenido. Miró a su alrededor, dispuesto a bajar a su esposa de la plataforma, pero entonces se dio cuenta de que no estaban en su bloque de pisos. Desorientado por los treinta minutos anteriores de urgencia y caos inesperado, no alcanzaba a comprenderlo, no sabía dónde estaban, hasta que vio aparecer en la puerta a alguien uniformado. Era una mujer con una cofia blanca en la cabeza. ¿Una enfermera? ¿Estaban en el hospital? No, no podía permitirlo.

Yang Quon se apeó para dirigirse a Zhou. Empezó a decirle que estaban en el lugar equivocado, que no quería estar allí, pero en aquel momento los trabajadores del hospital estaban inusualmente diligentes, sin nada que hacer en el servicio de urgencias y aparecieron

dos individuos en la puerta con una camilla. Yang Quon intentó impedirselo, pero simplemente lo empujaron a un lado mientras colocaban a Lien Hua en la camilla y entraban con ella en el hospital, sin que él pudiera hacer más que abrir y cerrar la boca. Respiró hondo y los siguió, pero un administrativo le cortó el paso y lo obligó a parar en seco como si lo apuntara con un rifle cargado, aunque de forma mucho más ignominiosa, para pedirle la información necesaria a fin de rellenar los formularios de admisión.

En la sala de urgencias propiamente dicha, un médico y una enfermera vieron cómo los celadores colocaban a Lien Hua sobre la mesa de observación. Con su experiencia, tardaron escasos segundos en hacer un primer diagnóstico, que compartieron con una mirada. Después de otros pocos segundos le habían quitado su ropa de trabajo y el embarazo era tan evidente como la salida del sol. También era evidente que Lien Hua había iniciado las contracciones del parto y eso no era una urgencia. La llevaron al ascensor para trasladarla al segundo piso, dónde se encontraba el personal de ginecología. El médico, una mujer, les indicó a los celadores dónde trasladar a la paciente. Luego se dirigió al teléfono para llamar al segundo piso y advertirles que subían a una parturienta. Hecho esto, la doctora regresó a la sala de médicos para fumar un cigarrillo y leer una revista.

—¿Camarada Yang? —preguntó otro administrativo de rango superior.

—Sí —respondió el preocupado marido, que seguía en la sala de espera prisionero de los administrativos.

—Su esposa está siendo trasladada al Departamento de Ginecología. Pero —agregó el administrativo— tenemos un problema.

—¿De qué se trata? —preguntó Quon, consciente de la respuesta, pero con la esperanza de que se produjera un milagro y completamente atrapado por los requisitos burocráticos del momento.

—En nuestros archivos no tenemos constancia del embarazo de su esposa. Ustedes están en nuestro distrito sanitario, su dirección es La Larga Marcha, 72. ¿Es correcto?

—Sí, allí vivimos —tartamudeó Quon, intentando encontrar en vano una salida a aquella trampa.

—Bien —asintió el administrativo—. Comprendo. Gracias. Debo hacer una llamada.

Fue la forma de pronunciar las últimas palabras lo que asustó a Quon: «Sí, claro, debo asegurarme de que esa porquería se elimine debidamente.» «Sí, claro, se ha roto el cristal e intentaré encontrar a alguien que lo repare.» «Sí, claro, un embarazo no autorizado, llamaré arriba para que sepan que deben matar al bebé cuando asome la cabeza.»

En el segundo piso, Lien Hua podía ver la diferencia en su mirada. Cuando Ju Long estaba a punto de nacer, había alegría y anticipación en los ojos de las enfermeras que cuidaban del parto. Se distinguía su sonrisa en la comisura de sus ojos por encima de su mascarilla... pero no ahora. Alguien entró en la sala de partos número tres donde se encontraba, le dijo algo a la enfermera, que volvió rápidamente la cabeza hacia Lien Hua, con una mirada que dejó de ser compasiva para convertirse en algo diferente, y aunque la señora Yang desconocía su significado, comprendía su importancia. Puede que no le gustara particularmente a la enfermera, pero ayudaría a hacerlo porque era su obligación. China era un lugar donde la gente hacía lo que debía, estuvieran o no de acuerdo, les gustara o dejara de gustarles. Lien Hua sintió una nueva contracción. El bebé estaba intentando nacer, sin saber que se precipitaba hacia su propia destrucción en manos del Estado. Pero el personal del hospital lo sabía. En la ocasión anterior, con Ju Long, aunque no tenía a las enfermeras constantemente encima, nunca se alejaron, sino que permanecieron suficientemente cerca para observar y asegurarse de que todo iba bien. Pero ahora no. Ahora se retiraron para no oír los gemidos de una madre que se esforzaba por alumbrar la muerte en un pequeño envoltorio.

En la planta baja, estaba igualmente claro para Yang Quon. Lo que recordaba ahora era a su primer hijo, Ju Long, la sensación de su pequeño cuerpo en sus brazos, los pequeños ruidos que hacía, su primera sonrisa, la primera vez que se sentó, que andó a gatas, que dio sus

primeros pasos en su pequeño piso, cuando pronunció sus primeras palabras... pero su pequeño Gran Dragón había muerto, aplastado bajo las ruedas de un autobús; nunca volvería a verlo. Un destino cruel le había arrebatado a su hijo de los brazos, para aplastarlo en la calle como una basura cualquiera, y ahora el Estado estaba a punto de asesinar a su segundo hijo. Y todo sucedería en el piso de arriba, a menos de diez metros de distancia, sin que él pudiera hacer nada para impedirlo... No era una sensación desconocida para los habitantes de la República Popular, donde la norma de arriba era la norma, pero a la que ahora se oponía el más fundamental de los impulsos humanos. Las dos fuerzas luchaban en la mente del obrero Yang Quon. Le temblaban las manos, mientras el debate seguía en su mente. Forzaba la mirada, que no iba más allá de las paredes de la sala, pero la forzaba de todos modos... algo, debía haber algo...

Había un teléfono público y tenía las monedas necesarias y recordaba el número. Yang Quon levantó el auricular y marcó, incapaz de encontrar en sí mismo la forma de cambiar el destino, pero con la esperanza de que otro la encontrara.

—Yo contestaré —dijo el reverendo Yu en inglés, levantándose para acercarse al teléfono.

—Es un hombre extraordinario, ¿no les parece? —preguntó Wise, dirigiéndose a los sacerdotes católicos.

—Es un buen hombre —reconoció el cardenal DiMilo—. Un buen pastor para su rebaño y eso es todo lo que un hombre puede esperar de sí mismo.

Monseñor Schepke volvió la cabeza, al oír el tono de la voz de Yu. Algo no iba bien, y a juzgar por su tono, era grave. Cuando el pastor regresó a la sala de estar, lo llevaba escrito en la cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Schepke en impecable mandarín. Tal vez aquello no era de la incumbencia de los periodistas norteamericanos.

—Una de mis feligresas —respondió Yu, cuando cogía su chaqueta—. Está embarazada, de parto en este momento, pero su embarazo no está autorizado y su marido teme que en el hospital intentarán matar al bebé. Debo acudir en su ayuda.

—Franz, was gibt's bier? —preguntó en alemán DiMilo.

El jesuita respondió en griego clásico, para tener la seguridad absoluta de que los norteamericanos no lo comprendían.

—Usted ya lo sabe, eminencia —dijo monseñor Schepke, en la lengua de Aristóteles—. Los abortistas aquí cometen lo que en cualquier país civilizado del mundo son literalmente asesinatos, y la decisión, en este caso, es puramente política e ideológica. Yu desea ir a ayudar a los padres a impedir este vil asesinato.

DiMilo tardó menos de un segundo. Se puso en pie y volvió la cabeza.

—¿Fa An?

—Diga, Renato.

—¿Podemos acompañarlo y ayudar? Puede que nuestra condición diplomática sea útil —dijo su eminencia en un mandarín mal pronunciado, pero comprensible.

El reverendo Yu tampoco tardó en responder:

—¡Sí, buena idea! ¡Renato, no puedo permitir que ese niño muera!

Si el deseo de procrear es el más fundamental conocido por la humanidad, hay pocas llamadas más poderosas para un adulto que la de un niño en peligro. Para ello, el hombre entra apresuradamente en un edificio en llamas o se arroja a un río. Para ello, ahora, tres eclesiásticos acudirían al hospital comunitario, con el propósito de desafiar el poder de la nación más poblada del planeta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wise, sorprendido por el cambio repentino de idioma y la forma en que los tres curas se habían incorporado.

—Una emergencia pastoral. Una feligresa de Yu está en el hospital y lo necesita. Nosotros lo acompañaremos para ayudar en las labores pastorales —respondió DiMilo.

Las cámaras seguían filmando, aunque éste era el tipo de material que luego se editaba. Qué diablos, pensó Wise.

—¿Está lejos? ¿Podemos ayudarlos? ¿Quieren que los llevemos?

Yu reflexionó y llegó rápidamente a la conclusión que su bicicleta no podía ir tan de prisa como una furgoneta de la prensa norteamericana.

—Sí, son ustedes muy amables.

—Bien, vámonos —dijo Wise ya de pie, haciendo un ademán con la cabeza en dirección a la puerta.

Su equipo lo recogió todo en escasos segundos y llegaron a la puerta antes que los demás.

El hospital de Longfu resultó estar a menos de tres kilómetros y medio, frente a una calle que iba de norte a sur. El edificio, pensó Wise, era tan feo que parecía diseñado por un arquitecto ciego; unas dependencias típicamente gubernamentales incluso en este país. Los comunistas probablemente habían matado a todo aquel que tuviera cierto sentido estético allá por los años cincuenta y nadie los había sustituido. Como la mayoría de los periodistas, el equipo de la CNN se presentó en la puerta principal al igual que un comando policial del SWAT. El cámara, con su equipo al hombro, junto al técnico de sonido, seguidos de Barry Wise y del productor, que estudiaban las mejores tomas. Calificar el vestíbulo de lóbrego habría sido pecar de generoso. El ambiente era más agradable en una penitenciaría estatal de Mississippi, a lo que había que agregar el olor a desinfectante que estremece a los perros en la consulta del veterinario y hace que los niños se te aferren al cuello por miedo al pinchazo inminente.

Por su parte, Barry Wise estaba inusualmente atento. Lo denominaba su formación militar, aunque nunca había participado en operaciones de combate. Pero una noche de enero en Bagdad, había empezado a mirar por la ventana cuarenta minutos antes de que cayeran las primeras bombas de los cazas Stealth y siguió mirando hasta que el edificio que los planificadores de las fuerzas aéreas estadounidenses denominaban AT&T recibió el primer impacto espectacular. Cogió el brazo del productor y le indicó que mantuviera los ojos abiertos. El segundo ex marine asintió. Lo significativo para él era la expresión de pronto lúgubre de los tres clérigos, que tan joviales estaban hasta que sonó el teléfono. Para que el viejo italiano tuviera aquel aspecto, ambos estaban seguros de que debía de tratarse de algo desagradable, lo cual a menudo significaba un buen reportaje y estaban sólo a escasos segundos de su conexión vía satélite. Como cazadores que hubieran oído el primer ruido de hojas en el bosque, los cuatro hombres de la CNN estaban atentos a la presa y al disparo.

—¡Reverendo Yu! —exclamó Yang Quon, casi corriendo hacia donde estaban.

—Eminencia, éste es mi feligrés, el señor Yang.

—Bacon giorno —respondió educadamente DiMilo.

Vio que los periodistas los filmaban sin entrometerse y con mayor discreción de la que esperaba de ellos. Mientras Yu hablaba con Yang, el cardenal se acercó a Wally Wise para explicarle la situación.

—Tiene usted razón en que las relaciones entre católicos y baptistas no siempre son lo amigables que deberían ser, pero en este caso estamos completamente unidos. En el piso de arriba, los funcionarios de este gobierno pretenden matar a un bebé humano. Yu quiere salvarlo. Franz y yo intentaremos ayudar.

—Esto podría ponerse feo, señor —advirtió Wise—. El personal de seguridad en este país puede ser muy contundente. Lo he visto antes.

DiMilo no era un hombre imponente en términos físicos. Era bajo y el norteamericano calculó que le sobran unos quince kilos. Le empezaba a escasear el pelo. Tenía pliegues en la piel a causa de la edad. Probablemente se quedaría sin aliento, subiendo dos pisos por la escalera. No obstante, el cardenal reunió toda su virilidad y se transformó ante los ojos del norteamericano. Su sonrisa y su cordialidad habían desaparecido como el vapor en el aire frío. Ahora su aspecto era el de un general en el campo de batalla.

—La vida de un niño inocente está en peligro, señor Wise —fue todo lo que dijo DiMilo y no tenía más que decir. El cardenal volvió junto a su colega chino.

—¿Lo has captado? —preguntó Wise, dirigiéndose a su cámara, Pete Nichols.

—¡Un número uno, Barry! —respondió el cámara.

Yang señaló, Yu se encaminó en la dirección indicada y Di-Milo y Schepke lo siguieron. En la recepción, el encargado levantó el teléfono e hizo una llamada. El equipo de la CNN siguió a los demás por la escalera, en dirección al segundo piso.

Si cabe, la planta de tocología y ginecología era todavía más lúgubre que la planta baja. Oyeron las voces, los gritos y los gemidos de las parturientas, porque en China, la medicina pública no desperdiciaba medicamentos para aliviar el parto. Wise llegó cuando Yang, el padre del bebé, de pie en medio del pasillo, intentaba identificar los gritos de su esposa. Evidentemente no lo logró y se dirigió a la mesa de la enfermera.

Wise no necesitaba comprender el chino para entender lo que sucedía. Yang, apoyado por el reverendo Yu, exigía saber dónde estaba su esposa. La enfermera en jefe les preguntó qué coño hacían allí y les ordenó que se marcharan inmediatamente. Yang, con la espalda erguida por la dignidad y el miedo, se negó a marcharse y repitió su pregunta. Una vez más, la enfermera lo mandó a freír espárragos. Entonces Yang quebrantó gravemente las normas, extendiendo el brazo sobre el mostrador y agarrando a la enfermera. Se distinguía en su mirada. La enfermera estaba traspuesta a un nivel muy fundamental, por el hecho de que alguien osara desafiar con tanta desfachatez la autoridad que le otorgaba el Estado. Intentó retroceder, pero él la sujetaba con fuerza, y por primera vez se percató de que ya no era miedo lo que reflejaban sus ojos. Ahora manaba de su mirada una ira asesina, porque para Yang, los instintos humanos habían desplazado todo el condicionamiento social adquirido a lo largo de treinta y seis años. Su esposa y su hijo estaban en peligro y por ellos, aquí y ahora, estaba dispuesto a enfrentarse a un dragón que lanzara llamas por la boca, sin reparar en las consecuencias. La enfermera optó por la solución más sencilla y señaló a la izquierda. Yang siguió la dirección indicada, acompañado de Yu y los otros dos clérigos y seguidos del equipo de la CNN. La enfermera se tocó el cuello y tosió para recuperar el aliento, todavía demasiado sorprendida para tener miedo, intentando comprender cómo y por qué se habían desobedecido sus órdenes.

Yang Lien Hua estaba en la sala de partos número tres. Las paredes eran de ladrillo amarillo barnizado y las baldosas del suelo, con el transcurso del tiempo, habían adquirido un color castaño grisáceo.

Para Flor de Loto había sido una pesadilla interminable. Sola, completamente sola en aquel establecimiento de vida y muerte, había sentido cómo aumentaba la fuerza de sus contracciones para fundirse en una tensión constante de sus músculos abdominales, empujando al bebé por el canal del parto, hacia un mundo que no lo quería. Lo había visto en el rostro de las enfermeras, la tristeza y la resignación, lo mismo que debían de haber visto y sentido en otros lugares del hospital, cuando llegaba la muerte para arrebatarse la vida de algún paciente. Todas habían aprendido a aceptarlo como inevitable y procuraban eludirlo, porque lo que debía hacerse era tan contrario a todos los instintos humanos que la única forma de soportarlo era irse a otro lugar. Pero ni eso funcionaba y aunque raramente lo reconocían incluso entre ellas, cuando regresaban a su casa después del trabajo y se acostaban en la cama, lloraban desconsoladamente por lo que ellas, siendo mujeres, se veían obligadas a hacer a los recién nacidos. Algunas abrazaban al bebé muerto que nunca había llegado a respirar, intentando expresar el cariño maternal a alguien que nunca lo experimentaría, salvo quizá los espíritus de los bebés asesinados que pudieran pulular por las inmediaciones. Otras hacían todo lo contrario y los arrojaban sin contemplaciones al cubo, como la basura que el Estado afirmaba que eran. Pero nunca bromeaban, ni siquiera hablan de ello, salvo tal vez para indicar que ya estaba hecho, o para comunicar que la mujer de determinada sala «necesitaba la inyección».

Lien Hua experimentaba las sensaciones, pero lo peor era que conocía los pensamientos, e imploró la misericordia de Dios. ¿Tan malo era ser madre, aunque frecuentara una iglesia cristiana? ¿Tan malo era tener un segundo hijo, para reemplazar al primero que el destino le había arrebatado de los brazos? ¿Por qué le negaba el Estado la bendición de la maternidad? ¿No había ninguna salida? No había matado a su primer hijo, como hacían muchas familias chinas. No había asesinado a su pequeño Gran Dragón, con sus brillantes ojos negros, su cómica risa y sus pequeñas manos que todo lo tocaban. Otra fuerza se lo había arrebatado y quería, necesitaba otro hijo. Sólo uno. No era codiciosa. No pretendía criar dos hijos. Sólo uno.

Sólo uno al que pudiera amamantar y que le sonriera por la mañana. Lo necesitaba. Trabajaba mucho para el Estado y pedía poco a cambio, ¡por eso lo quería! ¿Acaso no estaba en su derecho como todo ser humano?

Pero lo único que sentía ahora era desesperación. Intentó invertir las contracciones, impedir el parto, pero era como pretender detener la marea con una pala. Su pequeño llegaba. Lo sentía. Reconocía su existencia en la cara de la enfermera, que consultó su reloj, se asomó al pasillo y agitó el brazo, en el momento en que Lien Hua sentía el impulso de empujar y completar el proceso, ofreciendo su hijo a la muerte. Luchó, controló su respiración, intentó dominar sus músculos, jadeó en lugar de respirar hondo, luchó, luchó y luchó, pero todo ello en vano. Ahora lo comprendía. Su marido no estaba junto a ella para protegerla. Había tenido suficiente vigor para llevarla hasta allí, pero no el necesario para protegerlos a ella y a su hijo de lo que ahora sucedía. Con la desesperanza llegó el relajamiento. Había llegado el momento. Reconocía la sensación de la vez anterior. No podía seguir luchando. Era hora de rendirse.

El doctor vio que la enfermera agitaba el brazo. Era un hombre. Era más fácil para los hombres, y ellos eran quienes administraban la mayor parte de las «inyecciones» en el hospital. Cogió una jeringuilla de cincuenta centímetros cúbicos del almacén, se dirigió al armario de los medicamentos, abrió el cerrojo y sacó una gran botella de formol. Llenó la jeringuilla, sin molestarse en eliminar las burbujas de aire, porque su propósito era el de matar y toda precaución especial era superflua. Avanzó por el pasillo en dirección a la sala de partos número tres. Hacía nueve horas que estaba de servicio. Unas horas antes, había practicado con éxito una difícil cesárea y ahora con esto acabaría su jornada laboral. No le gustaba. Lo hacía porque era su obligación; formaba parte de la política del Estado. ¡Esa insensata! ¿A quién se le ocurre quedarse embarazada sin permiso? En realidad, ella tenía la culpa. Conocía las normas. Todo el mundo las conocía. Era imposible no conocerlas. Pero ella las había quebrantado. Y no se la castigaría por ello. No a ella. No iría a la cárcel, ni perdería su empleo, ni se le impondría ninguna multa. Se limitaría a regresar a su casa con el útero tal y como lo tenía nueve meses antes: vacío. Sería un poco mayor y un poco más sensata y habría comprendido que si volvía a sucederle, era preferible abortar durante el segundo o el tercer mes del embarazo, antes de sentirse demasiado apegada al maldito feto. Indudablemente, era mucho más cómodo que soportar una vez más todos los dolores del parto en vano. Era triste, pero había mucha tristeza en la vida y para esta parte de la misma todos se habían ofrecido voluntarios. El doctor había elegido ser médico y la mujer de la sala tres había elegido quedar embarazada.

Entró en la sala con la mascarilla puesta, para no infectar a la paciente. Por la misma razón utilizaba una jeringuilla limpia, en caso de que se le fuera la mano y la pinchara a ella por error.

Bien.

Se sentó en el taburete que utilizaban los ginecólogos para los partos y los abortos tardíos. El procedimiento que utilizaban en Norteamérica era un poco más agradable. Se limitaban a presionar el cráneo del feto, succionarle el cerebro, aplastarle el cráneo y extraerlo con mucha más facilidad que un feto plenamente formado, y además mucho más cómodo para la mujer. Se preguntó cuál sería el historial en este caso, pero en realidad carecía de importancia. ¿Qué sentido tiene conocer lo que uno no puede cambiar?

Bien.

Observó. Estaba plenamente dilatada y, efectivamente, ahí estaba la cabeza. Una pequeña cosa peluda. Era preferible esperar uno o dos minutos, a fin de que cuando él hubiera cumplido con su obligación, ella pudiera expulsarlo con un solo empujón y dar la operación por concluida. Entonces ella podría marcharse, llorar un rato y empezar a recuperarse. El médico estaba demasiado concentrado para percatarse del alboroto en el pasillo, junto a la puerta de la habitación.

Yang fue quien abrió la puerta. Y ahí estaba, a la vista de todos. Lien Hua estaba en la mesa de partos. Quon nunca había visto una antes y de la forma en que mantenía las piernas

de la mujer levantadas y abiertas, parecía un artefacto diseñado para facilitar su violación. Su esposa tenía la cabeza echada hacia atrás, no levantada para ver el parto, y entonces comprendió por qué.

Ahí estaba el... ¿médico? Y en la mano tenía una jeringuilla llena de...

¡Habían llegado a tiempo! Yang Quon empujó al doctor de su taburete y se acercó a la cabeza de su esposa.

—¡Estoy aquí, Lien! El reverendo Yu ha venido conmigo.

Fue como si se encendiera una luz en la oscuridad.

—¡Quon! —exclamó Lien Hua, que sentía la necesidad de empujar y por fin quiso hacerlo.

Pero entonces se complicó aún más la situación. El hospital disponía de su propio personal de seguridad, pero al recibir la alarma de la recepción, uno de ellos había llamado a la policía, que al contrario del personal del hospital, iban armados. Aparecieron dos agentes en el pasillo, sorprendidos al principio de ver a todos aquellos extranjeros con equipos de televisión. Sin prestarles atención, se abrieron paso al interior de la sala y vieron a una mujer a punto de alumbrar, a un médico en el suelo y a cuatro hombres, dos de ellos también extranjeros.

—¿Qué ocurre aquí?! —exclamó el más veterano de los agentes, puesto que la intimidación era una de las formas principales de control en la República Popular.

—¡Estas personas me impiden desempeñar mi obligación! —respondió el doctor, también a voces.

Si no actuaba con rapidez, el maldito bebé habría nacido, respiraría y entonces ya no podría...

—¡Explíquese! —exigió el policía.

—Esa mujer tiene un embarazo no autorizado y es mi obligación destruir el feto. Estas personas me lo impiden. Por favor, sáquelas de la sala.

Eso bastó para los policías y se enfrentaron a los visitantes, evidentemente no autorizados.

—¡Salgan ahora mismo! —ordenó el más veterano, mientras el joven colocaba la mano sobre su pistola reglamentaria.

—¡No! —respondieron inmediatamente Yang Quon y Yu Fa An.

—El doctor se lo ha ordenado, deben marcharse —insistió el policía, que no estaba acostumbrado a que la gente corriente desobedeciera sus órdenes—. ¡Se marcharán ahora!

El médico consideró que aquél era el momento de completar su desagradable obligación, para poder marcharse finalmente a su casa. Levantó de nuevo el taburete y lo colocó en el lugar oportuno.

—¡No lo hará! —ordenó en esta ocasión Yu, con toda la autoridad moral que su formación y su condición le otorgaban.

—¿Les importa sacarlo de aquí? —refunfuñó el médico, mientras colocaba el taburete.

Quon no podía hacer nada desde donde se encontraba, junto a la cabeza de su esposa. Vio, horrorizado, como el médico levantaba la jeringuilla y se ajustaba las gafas. En aquel momento, su esposa, que durante los dos últimos minutos podía haber estado en otra galaxia, respiró hondo y empujó.

—¡Ah! —exclamó el doctor, al comprobar que el bebé había asomado la cabeza por completo y lo único que debía hacer era...

El reverendo Yu había visto tanta maldad en la vida como la mayoría de los sacerdotes, que llegan a presenciar tanta perversión como cualquier policía veterano, pero ver el asesinato de un bebé con sus propios ojos era sencillamente demasiado. Apartó al joven policía de un fuerte empujón, golpeó al médico en la nuca, derribándolo de costado y le saltó encima.

—¿Lo estás filmando? —preguntó Barry Wise en el pasillo.

—Sí —confirmó Nichols.

Lo que ofendió al joven policía no fue que atacara al doctor, sino el hecho de que ese... ese ciudadano hubiera puesto las manos encima de un miembro de la policía armada. Escandalizado, desenfundó su pistola y lo que había sido una situación confusa se convirtió en mortal.

—¡No! —exclamó el cardenal DiMilo, acercándose al joven policía.

El agente volvió la cabeza y vio a un gwai de edad avanzada, un extranjero con un atuendo muy extraño, que se le acercaba con actitud hostil. La primera reacción del policía fue abofetear al extranjero con la mano izquierda.

El cardenal DiMilo no había recibido ningún bofetón desde la infancia y la afrenta personal era más ofensiva debido a su condición religiosa y diplomática, y por provenir de un crío. Recuperado del golpe, empujó al joven con la intención de ayudar a Yu, e impedir que ese médico asesino matara al bebé que estaba a punto de nacer. El doctor se tambaleaba sobre un pie, con la jeringuilla en el aire. El cardenal se la arrebató, la arrojó contra la pared y, aunque no se rompió porque era de plástico, la aguja metálica se dobló.

Si los policías hubieran comprendido mejor lo que sucedía, o si hubieran tenido mejor formación, aquí habrían acabado las cosas. Pero no era el caso. Ahora el policía veterano había desenfundado su pistola serie setenta y siete, con la que golpeó al italiano en la nuca, pero con poco acierto y sólo logró hacerle perder el equilibrio y producirle un rasguño.

Ahora le tocaba el turno a monseñor Schepke. Su cardenal, el hombre al que tenía el deber de servir y proteger, había sido atacado. El no podía atacar, pero podía defender, y lo hizo. Agarró la mano que sostenía la pistola del policía veterano y la dobló para que apuntara a un lugar de la habitación donde no había nadie. Pero entonces se disparó el arma, y aunque la bala se incrustó inofensivamente en el techo de hormigón, el ruido en la pequeña sala fue ensordecedor.

De pronto, el joven policía creyó que atacaban a su compañero. Dio media vuelta y disparó, pero en lugar de darle a Schepke alcanzó al cardenal DiMilo en la espalda. La bala del calibre 30 atravesó el cuerpo del clérigo y lo hirió en el bazo. El dolor sorprendió a DiMilo, pero tenía la mirada fija en el bebé que emergía.

El ruido del disparo había sobresaltado a Lien Hua y el empujón que siguió fue puro reflejo. El bebé salió y se habría caído de cabeza al suelo, de no haber sido por las manos extendidas del reverendo Yu, que evitó la caída y probablemente salvó la vida del bebé. Yacía de costado en el suelo y entonces vio que su amigo católico había sido herido de gravedad por el segundo disparo. Se esforzó para ponerse de pie con el bebé en brazos y miró vengativamente al joven policía.

—Huai dan! —exclamó, que significaba «villano». Totalmente ajeno al bebé que llevaba en brazos, avanzó agresivamente hacia el confuso y asustado agente.

De una forma tan automática como un robot, el joven policía se limitó a extender el brazo y disparar al pastor baptista en la frente.

Yu se contorsionó y se desplomó de espaldas sobre el cardenal DiMilo, con el recién nacido sobre su pecho.

—¡Guarda esto! —ordenó el policía veterano, refiriéndose al arma de su joven colega.

El reverendo Yu estaba muerto, con la masa gris que le salía por la parte posterior del cráneo y una gran cantidad de sangre sobre las sucias baldosas del suelo.

El doctor fue el primero en reaccionar inteligentemente. Ahora el bebé había nacido y no podía matarlo. Se lo quitó a Yu de los brazos y lo levantó por los pies con la intención de darle una palmada en el trasero, pero el bebé lloró por cuenta propia. Entonces, de una forma tan automática como el disparo del segundo policía, el médico pensó que aquella locura había tenido un buen resultado. El hecho de que hubiera estado dispuesto a matarlo sesenta segundos antes no tenía nada que ver. Entonces era tejido no autorizado. Ahora era un ciudadano de la República Popular que respiraba, y su obligación como médico era protegerlo. La ambivalencia no le preocupaba, porque ni siquiera se le había ocurrido pensar que existiera.

Durante varios segundos, intentaron asimilar lo sucedido. Monseñor Schepke vio que Yu estaba muerto. No podía estar vivo con esa herida. Su obligación ahora era para con el cardenal.

—Eminencia —dijo, después de agacharse para levantarlo del suelo ensangrentado.

A Renato DiMilo le pareció extraño que el dolor fuera tan mínimo, porque sabía que su muerte era inminente. En su interior, su bazo estaba destrozado y tenía una copiosa hemorragia interna. No tenía tiempo de reflexionar sobre su vida, ni sobre el futuro inmediato; sin embargo, su vida de servicio y fe se impuso una vez más.

—¿Y el bebé, Franz, y el bebé? —preguntó en un jadeo. —El bebé vive —respondió monseñor Schepke.

—Bene —sonrió amablemente el moribundo, antes de cerrar los ojos por última vez.

La última toma del cámara de la CNN fue del bebé sobre el pecho de la madre. Desconocían su nombre y el rostro de la mujer era de absoluta confusión, pero cuando percibió el tacto de su hija se le transformó la cara y dominaron por completo sus instintos maternos.

—Larguémonos de aquí cuanto antes, Barry —susurró el cámara.

—Creo que tienes razón, Pete.

Wise retrocedió y se dirigió a la izquierda por el pasillo, en dirección a la escalera. Ahora tenía en sus manos un reportaje, con el que podría ganar potencialmente un Emmy. Había presenciado un drama humano sin par y debían mandar la grabación cuanto antes.

En la sala de partos, el policía veterano sacudía la cabeza, todavía ensordecido por los disparos, intentando comprender qué coño había sucedido, cuando se percató de que había disminuido la intensidad de la luz y la cámara de televisión había desaparecido! Debía hacer algo. Se irguió, salió inmediatamente de la sala y al fondo del pasillo vio al último de los norteamericanos que desaparecía por la escalera. Dejó a su joven compañero en la sala, corrió hacia la escalera de incendios y bajó tan rápido como pudo.

Wise cruzó el vestíbulo principal con su personal en dirección a la puerta, donde se encontraba su furgoneta. Casi habían llegado, cuando una voz a su espalda los obligó a volver la cabeza. Era el mayor de los policías, a su parecer de unos cuarenta años, que había desenfundado de nuevo su pistola, alarmando considerablemente a la gente que circulaba por el vestíbulo.

—Seguid caminando —dijo Wise, mientras abría la puerta para salir a la calle.

La furgoneta estaba al alcance de la vista, con su pequeña antena parabólica sobre el techo, que era la clave para mandar su reportaje.

—¡Alto! —exclamó el policía, que al parecer sabía algo de inglés.

—Bien, muchachos, no perdamos la calma —dijo Wise a sus tres compañeros.

—Todo controlado —respondió Pete, el cámara, que se había quitado el aparato del hombro y tenía ocultas las manos.

El policía guardó su pistola y se acercó, extendiendo la palma de la mano derecha.

—Denme cinta —ordenó—. Denme cinta —repitió con un pésimo acento, pero en un inglés comprensible.

—¡Esa cinta es de mi propiedad! —protestó Wise—. Nos pertenece a mí y a mi empresa.

El inglés del policía no era tan bueno y se limitó a repetir: —¡Denme cinta!

—De acuerdo, Barry —dijo Pete—. La aquí tengo.

El cámara, cuyo nombre era Peter Nichols, levantó la cámara Sony, pulsó el botón de «Eject» y sacó una cinta formato Beta, que entregó de mala gana al agente. El policía la cogió con cara de satisfacción, dio media vuelta y entró de nuevo en el hospital.

No tenía forma de saber que Pete Nichols, como todos los cámaras de noticias, era tan hábil para cambiar cintas como un crupier de Las Vegas para cambiar naipes.

—¿Lo mandamos ahora? —preguntó el productor.

—No llamemos demasiado la atención —respondió Wise—. Vamos a desplazarnos unas manzanas.

Se dirigieron hacia la plaza Tiananmén, donde no era raro ver furgonetas con equipos de transmisión vía satélite. Wise hablaba ya por teléfono con Atlanta.

—Habla Wise desde Pekín con un reportaje —dijo el corresponsal por teléfono.

—Hola, Barry —respondió una voz familiar—. Soy Ben Golden. ¿Qué tienes para nosotros?

—Es espectacular —respondió Wise—. Un doble asesinato y un parto. Una de las víctimas es un cardenal católico, el embajador del Vaticano en Pekín. La otra es un pastor baptista chino. Los dos han sido asesinados ante la cámara. Tal vez debas consultar al departamento jurídico.

—¡Joder! —exclamaron en Atlanta.

—Ahora vamos a mandar la cinta sin montar, para que esté en vuestras manos. Estaré a vuestra disposición para el reportaje hablado. Pero mandemos antes el vídeo.

—De acuerdo. A la espera por el canal cero seis.

—Cero seis, Pete —dijo Wise, dirigiéndose al cámara, que también se ocupaba de la transmisión.

Nichols estaba agachado junto al cuadro de mandos.

—Listos... cinta introducida... ajustando seis... transmitiendo... ¡ahora!

Y así salió la señal que se elevó hasta el satélite situado a 36 500 kilómetros de la Tierra, sobre las islas del Almirantazgo, en el mar de Bismarck.

La CNN no se molesta en codificar sus imágenes. Hacerlo sería técnicamente engorroso y son pocos los que se interesan por piratear imágenes que podrán ver gratuitamente por cable a los pocos minutos, o escasos segundos si se transmiten en directo.

Pero esta transmisión se efectuaba a una hora inoportuna, que era, sin embargo, ventajosa para la CNN en Atlanta, porque brindaría a algunas personas de la central la oportunidad de repasar el material. Ver morir a alguien por un disparo no era lo que el norteamericano medio deseaba ver mientras desayunaba.

Recibía también las imágenes la comunidad de inteligencia norteamericana, que siente mucho respeto por la CNN y que, en cualquier caso, no divulga la información. Pero en esta ocasión llegó al Departamento de Señales de la Casa Blanca, institución esencialmente militar situada en el sótano del ala oeste. El oficial de guardia tuvo que decidir su importancia. Si se catalogaba de prioridad «crítica», el presidente debía ser informado en quince minutos, lo cual significaba despertarlo inmediatamente, lo cual no se podía hacer a la ligera con el comandante en jefe. Un simple «avance» podía esperar un poco más, como hasta la hora del desayuno, decidió el oficial después de consultar su reloj. Por consiguiente, llamaron en su lugar al consejero de Seguridad Nacional de la Presidencia, el doctor Benjamin Goodley. Dejarían que fuera él quien hiciera la llamada. Era el oficial titular de la Inteligencia Nacional.

—Diga —refunfuñó Goodley por teléfono, mientras miraba el reloj de la mesilla de noche.

—Doctor Goodley, lo llamo de Señales. Acabamos de recibir algo de la CNN desde Pekín, que le interesará al jefe.

—¿De qué se trata? —preguntó el asesor de Seguridad—. ¿Qué seguridad tienen? —agregó, después de oír la respuesta a la primera pregunta.

—Puede que el italiano haya sobrevivido, a juzgar por el video, si había un buen cirujano cerca de allí, pero al pastor chino le habían volado los sesos. No tenía posibilidad alguna de sobrevivir.

—¿A qué venía todo eso?

—No estamos seguros. Puede que la ASN tenga la conversación telefónica entre ese tal Wise y Atlanta, pero nosotros todavía no la hemos oído.

—Bien, cuénteme de nuevo lo que tienen —ordenó Goodley, ahora que estaba aproximadamente despierto.

—Señor, tenemos las imágenes de dos individuos abatidos por disparos y de un parto en Pekín. El vídeo procede de Barry Wise de la CNN. Se han filmado tres disparos de arma de fuego. Uno dirigido contra el techo de lo que parece la sala de partos de un hospital. El segundo alcanza a un individuo por la espalda. Ese individuo ha sido identificado como el nuncio papal en Pekín. El tercer disparo se efectúa directamente a la cabeza de un individuo identificado como pastor baptista en Pekín. Este parece de nacionalidad china. Entretanto, tenemos el parto. Ahora... espere un momento, doctor Goodley, ¿de acuerdo?, estoy recibiendo un avance de Fort Meade. Bien, ellos también lo han recibido y han recibido también la transmisión telefónica a través de su sistema Echelon, que están leyendo ahora. Bien, el cardenal católico está muerto, según esta información. Dice que se trata del cardenal Renato DiMilo, no puedo comprobar la ortografía, pero tal vez el Departamento de Estado pueda hacerlo, y el pastor baptista es un individuo llamado Yu Fa An, una vez más sin confirmar la ortografía. Estaban allí para, ¿cómo?, ah, bien, comprendo, impedir un aborto tardío, y parece ser que lo consiguieron, pero esos dos clérigos lo han pagado con su vida. El tercero, un monseñor llamado Franz Schepke, que a mí me parece bastante alemán, también

estaba presente y parece ser que ha sobrevivido, sí, claro, debe de ser el alto que vemos en las imágenes. Debe usted ver la cinta. Es todo muy confuso, señor, y cuando ese individuo Yu recibe el disparo, bueno, es como aquel vídeo de Saigón durante la ofensiva Tet. Ya sabe, cuando el coronel de la policía sudvietnamita le dispara en la sien a aquel espía nordvietnamita con una Smith Chief especial y de su cabeza mana un torrente de sangre. No es para verlo mientras uno desayuna, ¿comprende? La referencia era de una claridad cristalina. La prensa enarboló aquel incidente como ejemplo de la sed de sangre del gobierno sudvietnamita. Lo que nunca explicaron, ni probablemente nunca supieron, fue que la víctima era un oficial del ejército nordvietnamita, capturado en zona de combate con ropa de paisano y, por consiguiente, según la Convención de Ginebra, un espía expuesto a ser inmediatamente ejecutado, que fue exactamente lo que ocurrió.

—Bien, ¿qué más?

—¿Despertamos al jefe para comunicárselo? El caso es que allí tenemos un equipo diplomático y esto parece tener algunas implicaciones graves.

Goodley reflexionó durante un par de segundos.

—No. Yo se lo comunicaré dentro de unas horas.

—Señor, no le quepa la menor duda de que aparecerá en las noticias de la CNN de las siete de la mañana —advirtió el oficial de guardia.

—Bueno, deje que se lo comunique cuando tengamos algo más que sólo imágenes.

—Usted manda, doctor Goodley.

—Gracias. Ahora creo que intentaré descansar una hora más, antes de ir a Langley.

La línea se cortó antes de que Goodley reaccionara. Su cargo era muy prestigioso, pero le privaba de mucho sueño y de mucha vida social o sexual, y había momentos en los que se preguntaba qué diablos tenía de prestigioso.

FIN DE LA PRIMERA PARTE